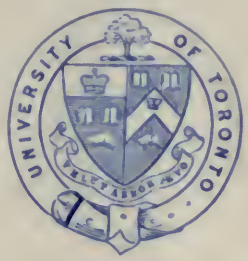
3 1761 08158689 3

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

HSP

AÑO 20. NUM. 232.

LA

ESPAÑA MODERNA

L'H

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ABRIL 1908

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 20
no. 232-34

11.676

HORAS CRÍTICAS DE ESPAÑA

I

Que los españoles nos hallamos en lamentable atraso respecto de las demás naciones del Occidente de Europa, es evidente; que la pérdida de las colonias suscitó en nosotros el deseo de reformarnos y que hemos practicado tentativas al efecto, es asimismo innegable; que estas tentativas han sido vanas y que nuestra situación es hoy igual ó peor que el día de la catástrofe, lo dice todo el mundo; y como yo tengo para mí que mientras no logremos vencer las resistencias en que se estrellan nuestros esfuerzos y entrar en la vía de un libre y progresivo desenvolvimiento, es deber de todo español pensar en los males de la patria y en los medios de curarlos, por ello me propongo discurrir de nuevo acerca de la naturaleza de nuestra dolencia, de sus causas y de la posibilidad de removerlas.

España no ha vivido sola. Por su posición geográfica y por influjo del cristianismo, su historia se ha desenvuelto en íntima conexión con la de las demás naciones del Occidente de Europa; por lo cual, una ojeada á la evolución general de estos Estados nos pondrá en camino de averiguar cuál es al presente nuestra situación.

Las actuales naciones aparecen constituídas en el siglo XI, pero con una organización muy débil, la organización feudal, en la que los señores, representantes de los intereses regionales y locales, lo eran todo y todo lo llenaban con el ruido de

sus hazañas, al paso que los reyes, símbolos de la unidad nacional, no eran nada ni su nombre sonaba en ninguna empresa. A partir de este punto, las naciones se desenvuelven, ni más ni menos que se desarrollan los organismos naturales, transfiriéndose la vida de la variedad á la unidad, de los señores al rey. Esta evolución del particularismo feudal á la unidad nacional empieza en el siglo XII y termina á fines del XV, con la erección de las monarquías absolutas, en las que el poder real se ha sobrepuesto á los señoriales y extiende su acción á todos los extremos del reino. España realizó esta evolución con suma facilidad, y llegó entonces, con los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II, al apogeo de su grandeza. Una nación hubo que no pudo realizarla: Polonia, la cual reincidió en pleno feudalismo, siendo su monarquía declarada electiva y pudiendo ser llamado á ocuparla hasta un extranjero. Esto la condujo, después de varias convulsiones, á la ruina, repartiéndose su territorio, en el último tercio del siglo XVIII, sus vecinas Rusia, Austria y Prusia. Véase cómo las naciones pueden morir, al modo que los organismos individuales, en uno de los períodos críticos de su desarrollo.

A partir del siglo XVI, por virtud del renacimiento literario y artístico, los descubrimientos geográficos, la Reforma religiosa y el progreso científico, se fué creando, á la sombra de la monarquía absoluta, un individuo nuevo, un individuo consciente de su valer, de su mérito, de su derecho, y este individuo necesitó, para vivir y desarrollarse, de lo que la monarquía absoluta no podía darle: la libertad y la igualdad políticas. El deseo de estos dones, de cada día más vivamente sentido, determinó una nueva evolución: la evolución de la unidad nacional, simple é indiferenciada, á la unidad nacional, compleja y multiforme, de la monarquía absoluta á la monarquía limitada, del gobierno de los reyes al gobierno de los pueblos. Esta transformación empieza en Inglaterra por la revolución de 1688, de la que salió, en el orden de los hechos, el régimen parlamentario, y en el de las ideas, la doctrina de

Locke acerca de la soberanía y la organización de los poderes públicos, que inspiró á Montesquieu, Voltaire, Rousseau y los enciclopedistas la filosofía social del siglo XVIII; en el Continente, la inicia de manera violenta la Revolución francesa de 1789, radical y cosmopolita, cuyas ideas se difundieron hasta los más remotos confines de Europa, conmoviendo en todos los Estados el orden de las creencias y quebrantando en no pocos su organización secular. Su proceso en Inglaterra y en las naciones del Continente ha sido muy diverso: allá ha marchado por pasos graduales; acá, por nuevas revoluciones, las de 1830 y las de 1848. Su término puede fijarse en 1870, al fundar Italia y Alemania sus respectivas unidades nacionales.

Así, en poco tiempo, en menos de una centuria, se ha efectuado la transformación social más profunda que registra la historia: la transformación de la fuerza al derecho, de la servidumbre á la libertad, causada por el ingreso en la vida de un factor nuevo, el individuo consciente y autónomo. Desde este punto, las sociedades europeas empezaron á caminar por nuevos derroteros, cuya existencia no habían sospechado siquiera ni griegos ni romanos (1).

¿Cuál ha sido el curso de esta transformación en España? Por todo extremo agitado y violento. Recuérdese la Constitución de 1812, dictada en medio del estruendo de los cañones y que Fernando VII abolió á su vuelta á España; recuérdese la revolución de 1820, que ahogaron á los tres años los cien mil hijos de San Luis, restaurando el antiguo régimen; recuérdese la guerra civil entre carlistas y cristinos, absolutistas y liberales, que ensangrentó nuestros campos durante siete años, hasta el de 1840; recuérdense las dictaduras militares, con sus motines y pronunciamientos; recuérdense, en fin, la revolución de 1868 y su gran obra, la Constitución democrática de 1869, que muchos saludaron como el término de esta la-

(1) El que desee más pormenores acerca de estos particulares, puede consultar el tomo IV de mi *Tratado de Sociología*.

boriosa evolución, y que no lo fué, porque aquel movimiento se desbordó y determinó la restauración de 1874. Transcurrido un breve período de parada, la España restaurada pareció entrar en una evolución progresiva y firme. Dos partidos políticos, el conservador y el liberal, turnaron pacíficamente en el poder, y pacíficamente, por la iniciativa del uno y el asentimiento del otro, fueron encarnando en las leyes los dos grandes principios que la revolución proclamara en el orden jurídico-político: el jurado y el sufragio universal.

Himnos de júbilo resonaron en todas partes: se había llegado felizmente al término de la evolución; España figuraba entre las naciones más democráticas del mundo.

¡Falaces ilusiones! No tardaron en percatarse, hasta los menos avisados, de que España no había logrado salvar la cumbre, que se había quedado estacionada en la mitad de la pendiente. Cupo á España, en esta crisis, la misma aciaga suerte que cupiera á Polonia en la anterior; faltáronle las fuerzas, se paró, y empezó á rodar cuesta abajo. Los dos partidos del turno pacífico se tornaron revolucionarios; la subida de cada uno de ellos al poder fué señalada por la suspensión ó el procesamiento de Diputaciones y Ayuntamientos; uno y otro emplearon en las elecciones todos los resortes del gobierno para violentar ó burlar la voluntad de los electores, de los cuales los buenos se retiraron á sus casas y los vividores se apiñaron en torno de un jefe, creándose el monstruo del caciquismo, que tuvo su cabeza en el Ministerio de la Gobernación y extendió sus garras por toda la Península. Escarnecida la sinceridad electoral, única fuente del derecho público, el sentimiento nacional se fué debilitando hasta extinguirse, erigiéndose en supremos reguladores de la conducta los intereses personales y los afectos de familia. La política pasó á ser un oficio, adonde se fué en busca de fortuna ó de notoriedad. Las funciones del Estado fueron apetecidas por el sueldo ó por el honor, y ejercidas sin otra mira que la conveniencia personal. La opinión pública, que había empezado á formarse, se des-

vaneció, y la prensa, falta de base, tomó el camino del industrialismo. En el gobierno, hemos retrocedido á un absolutismo de peor especie que el personal, á causa de ser ejercido por varios y carecer, por la instabilidad de las situaciones políticas, de la garantía de acierto que el otro ofreciera; en religión, á una credulidad insensata, que ha abandonado los antiguos y venerandos cultos patrios por otros nuevos y exóticos, engendros de una devoción hipócrita y calculadora.

¿Por qué ha sucedido esto? ¿Qué es lo que ha paralizado el curso de nuestra vida nacional? Indudablemente, la causa de ello hay que buscarla en nuestra constitución psíquica. Duéleme, como español, tener que sacar á luz los defectos de mi patria; pero ¿cómo no, si la primera condición para curar las dolencias es conocerlas? Tenemos los españoles muchas y excelentes cualidades, mas también adolecemos de graves deficiencias, y entre éstas hay dos que yo reputo fundamentos principales de nuestro estacionamiento y atraso, á saber: la pereza y debilidad de nuestro pensamiento, y la flaqueza de nuestra voluntad. Se ha dicho que el español vale como individuo, pero que no vale como colectividad. Esto es absurdo. Cada sociedad vale lo que valen sus individuos, ni más ni menos, como los individuos valen lo que vale la sociedad; son términos recíprocos. Otra cosa sería decir que, individual y colectivamente, el español vale mucho por el músculo, vale menos por el cerebro (1). Nuestra actividad mental es más expansiva que contentiva, más directa que reflexiva. Las ideas se nos ocurren con una fuerza difusiva arrolladora, y nos llevan, por encima de nuestra voluntad, á enunciarlas al punto, sin detenernos á recapacitar sobre ellas hasta cerciorarnos de su verdad, relacionarlas con otras y formar concepto cabal de las cosas. Esta

(1) Tan cierto es esto, como que en nuestros últimos treinta años de decadencia en lo intelectual, moral y social, tristemente significativos por haber gozado durante ellos de paz profunda, hemos progresado sensiblemente en la actividad más necesitada del trabajo muscular: la actividad económica.

labor mental, silenciosa é íntima, nos está poco menos que vedada. Esto explica nuestra fecundidad en retóricos y polemistas, nuestra esterilidad en pensadores. Nos paramos en las formas, no descendemos al fondo. Hacemos mucha vida externa, muy poca vida interna. Digan lo que quieran los neo-eruditos, nuestra historia es rica en literatos y artistas, pobre en matemáticos, físicos, filósofos y estadistas. Casi carecemos del poder de innovar, que es el fundamento del progreso. Las virtudes que más admiramos y de que más nos envanecemos son la sobriedad, la resignación y el sufrimiento; virtudes de asceta, negativas, de muerte, no de vida, reveladoras de que no gustamos de la lucha, de que no reaccionamos contra el obstáculo de fuera hasta removerlo y elevarnos, por una serie de laboriosas adaptaciones, á síntesis nuevas y más complejas, á un grado superior de desarrollo mental. En la esfera del pensamiento, propendemos á echarnos en brazos de la creencia; en la de la acción, á seguir los trillados senderos de la rutina. La creencia y el hábito pesan sobre nuestra conciencia con peso abrumador, y cuando el comercio con la naturaleza ó con nuestros semejantes suscita en nuestra mente una idea nueva, esta idea es siempre débil, y la voluntad consiguiente para realizarla indecisa y flotante. Solamente los grandes pensamientos suscitan voluntades soberanas.

Así se comprende que España no haya tenido más ideal que el religioso, que se basa sobre la creencia, no sobre la ciencia. De este ideal nos erigimos en campeones durante el siglo XVI, precisamente cuando ya empezaba á declinar. Esto no obstante, sólo entonces fuimos grandes, porque el ideal tiene la virtud de aunar todas las voluntades, orientándolas hacia un fin común. A impulsos del sentimiento religioso marchamos como un solo hombre, bajo los Reyes Católicos, á realizar la unidad de territorio; por la propagación de la fe, se decidió Isabel I á proteger la empresa de Cristóbal Colón; por defender la fe, envió Felipe II sus ejércitos y sus flotas á luchar en todas partes contra los herejes y los infieles. Fuimos vencidos,

porque peleábamos contra la libertad y contra el progreso; mas no por eso abandonamos nuestro caro ideal: seguimos aferrados á él, aun después de habernos llevado á la ruina en tiempo de Carlos II, aun después de haber penetrado en nuestra patria las ideas de la filosofía francesa. No empezamos á emanciparnos de su dominio hasta la primera mitad del siglo XIX; mas entonces faltáronle á nuestro pensamiento alas para elevarse á la concepción de un ideal nacional, y el curso de la vida pública se paralizó.

Porque el ideal es para las naciones lo que el alma para los individuos: foco de luz y de calor, que tiene la virtud de despertar todas las actividades y concertar todos los intereses para la realización de empresas colectivas. Hoy España no tiene ideal. ¿Qué español mueve su pensamiento hacia la exploración de los destinos nacionales? ¿Qué estadista se ha elevado en el Parlamento ó en la prensa hasta penetrar en el espíritu de la nación y señalar el derrotero que á España tienen trazado su historia y las circunstancias presentes? (1). En lo político, dominan las derechas, las fuerzas tradicionales, representadas por los conservadores, frente á los cuales liberales y republicanos, que juntos forman el centro, no se bastan para conservar lo presente, los derechos conquistados. De izquierdas, representantes de nuevas ideas, de fuerzas reformadoras, ninguna. Con semejante desequilibrio, el retroceso del Estado es inevitable. Si volvemos la vista á lo social, siéntese renacer briosa, lozana, dominadora el alma vieja española, el alma sombría, medrosa, crédula y rígida del siglo XVII, lle-

(1) No quiere esto decir que no haya en nuestras Cortes algún que otro varón de inteligencia poderosa y elevado sentido moral, que inspire su pensamiento en motivos de interés público y nacional; pero la verdad es que estos varones no han sabido sobreponerse á los intereses de lo presente, no han sabido levantarse al punto de mira desde el cual pudieran contemplar nuestro actual estado en relación con los pasados, y determinar, con todo el desenvolvimiento nacional á la vista, el camino que ahora debiéramos seguir, de conformidad con nuestra herencia, temperamento, situación y aspiraciones.

vando ya de vencida el alma nueva, el alma que nuestros padres trabajaron por formar en la pasada centuria, el alma de la ciencia, la libertad, la tolerancia y el progreso. En el campo de la cultura, esterilidad desoladora. Nuestro arte va cayendo, de una exposición á otra, en una falsa interpretación de la realidad, sin inspiración y sin grandeza; nuestra literatura es mezquina, pueril entretenimiento ó erudición insulsa; formalista y rutinaria es nuestra enseñanza; puramente externa, la religión; utilitaria, la moral, y el mismo trato social, sujeto á cálculo y conveniencia. Por ninguna parte se columbra una sola idea. Pues sin ideal, se vegeta, no se vive; sin ideal, muertos los sentimientos altruístas, rotos los vínculos colectivos, el interés bastardo ó el afecto ilegítimo, cuando no la osadía ó la procacidad, se suplantan en la vida pública á la ley, al mérito y á la justicia. Esta es nuestra situación. Tiéndase una mirada por los ámbitos de nuestra sociedad, y se verá que éstos, aquéllos y los otros, así los que se hallan bien avenidos con lo presente como los que suspiran por la vuelta de lo pasado y los que tienen la esperanza puesta en lo porvenir, todos, salvo contadas excepciones, persiguen intereses más ó menos egoístas. Como nación, España está en sus postrimerías, si es que no ha muerto. Ningún español la siente con la eficacia que es menester, no digo para sacrificarle sus particulares intereses, pero ni siquiera para abstenerse de infringir las normas de la moral nacional. Pues la nación sólo vive en las conciencias individuales.

Tal es el fundamento de nuestro desvalimiento: la carencia de ideal, que no hemos podido formar á causa de la debilidad de nuestro pensar y la flaqueza de nuestro querer, lo que nos ha impedido realizar la evolución de la geocracia á la democracia. Como los polacos del siglo xv fueron incapaces de elevarse á la concepción de la unidad nacional simple y absoluta, los españoles del siglo xix hemos sido incapaces de concebir la unidad nacional compleja y libre. Por la presión de los pueblos vecinos hemos adoptado las formas; el fondo ha per-

sistido idéntico. La tiranía y la violencia nos envuelven por todas partes. La autoridad es para nosotros poder, fuerza; la libertad, abuso, hacer lo que se antoje; la igualdad, desenfreno, no guardar respeto al mérito ni á la edad. Los preceptos de la moral religiosa han perdido su eficacia hasta en los encargados de hacerlos cumplir, y los de la moral social no han penetrado en las conciencias. El sentimiento de la propia estima, de la dignidad, del honor, basado sobre el juicio público y que tiene la virtud de imprimir á los actos humanos elevado sentido moral, empujándolos en ocasiones hasta el heroísmo, ha cedido el puesto al mezquino y grosero afán de lucro y de goce sensual, que degradan hasta el nivel del bruto.

II

Conocida la naturaleza mental de nuestra dolencia, procede inquirir sus causas. Pueden residir éstas ó en determinadas circunstancias históricas, ó en el desgaste de la población, ó en inferioridad étnica. Analicemos cada uno de estos extremos.

Todos los que se han ocupado en averiguar las causas de nuestra decadencia se han fijado en las grandes empresas que acometimos en el siglo XVI, superiores en concepto suyo á nuestros recursos: la colonización de América y las guerras contra los protestantes y los turcos. Pero olvidan los tales la gran fuerza de vitalidad de las naciones, por cuya virtud otros pueblos, habiendo hecho esfuerzos parecidos, no han sufrido depresión semejante. Durante cuarenta años sostuvo Holanda guerra contra Felipe II por la libertad religiosa, y en vez de decaer, salió de la lucha asegurada su independencia y echadas las bases de su engrandecimiento comercial. De Austria se calcula que perdió en la guerra de Treinta años las tres cuartas partes de la población, y no tardó más de cincuenta en recobrarlas. Francia vió florecer, después de treinta años de guerra civil entre calvinistas y católicos, el reinado de Enrique IV;

luego sufrió las asoladoras guerras de Luis XIV; á continuación, las de Luis XV; más tarde, las de la Revolución, el Directorio, el Consulado y el Imperio; y sin embargo de todo esto, á los pocos años de caído Napoleón I se había rehecho de pérdidas tan tremendas. De la postración causada por las guerras se han repuesto las naciones en seguida que, restablecida la paz, se han aplicado á reparar sus fuerzas mediante una administración inteligente y celosa. De ello ofrecimos nosotros mismos ejemplo en los reinados de Felipe V, Fernando VI y Carlos III, en que la riqueza y la población aumentaron notablemente, merced al buen gobierno de aquellos monarcas. En punto á la colonización, de Inglaterra emigraron á miles los puritanos en los reinados de Carlos I y Carlos II, sin que se detuviese su desarrollo económico, y los holandeses colonizaron en pocos años las extensas posesiones que arrebataran á los portugueses en las Indias orientales, sin mengua de su población. De nosotros podemos asegurar, aunque no tenemos estadísticas de los tiempos pasados, que hoy emigran anualmente á las Américas más españoles que emigraron en ningún año, desde el descubrimiento de aquellas tierras hasta que las perdimos en el reinado de Fernando VII; y en vez de disminuir, nuestra población crece. Si la colonización fuese causa de la decadencia de los Estados, Inglaterra, que ha colonizado casi medio mundo desde el último tercio del siglo XVIII, ya no existiría. A las dos circunstancias anteriores suele añadirse la expulsión de los judíos y los moriscos, que mermó notablemente en muchas de nuestras regiones los brazos empleados en el cultivo de los campos y en la industria. Esto es cierto; pero no lo es menos que Luis XIV expulsó de Francia á los calvinistas, parte de los cuales se fueron á repoblar el ducado de Prusia, sin sensible quebranto para la industria ni la agricultura. Del tiempo que tardó nuestra vida económica en reponerse de los brazos que le arrebatara aquella expulsión, no podemos formar juicio exacto; pero parece fuera de duda que no quedaba vestigio de ella á la muerte de Car-

los III. Lo expuesto muestra que las nombradas circunstancias no han influído sino débilmente en nuestra decadencia; sin ellas hubiésemos descendido lo mismo.

De mucha mayor trascendencia fueron, en concepto de muchos, otros dos factores: la Inquisición, que establecida contra los judaizantes, se aplicó luego á los herejes y después á los mismos cristianos que profiriesen algún concepto ó ejecutasen algún acto no ajustado al dogma, y el aislamiento mental á que nos condenó Felipe II por la pragmática de Aranjuez, de 1559. Mas obsérvese que la Inquisición y la pragmática no fueron impuestas por antojo de la autoridad, sino por la propia voluntad del pueblo español, ansioso de realizar en todo el reino la unidad de creencias y costumbres; que la pragmática no evitó que llegasen á España libros extranjeros, traídos de modo fraudulento; que la Inquisición no impidió al pensamiento moverse en las nuevas direcciones científicas por donde entonces discurría en los demás países de Europa: los estudios matemáticos, geográficos y astronómicos (1); por último, que la Inquisición se atenuó y la pragmática dejó de cumplirse al advenimiento de la casa de Borbón, la cual nos volvió á poner en íntima comunicación con Europa, especialmente desde el reinado de Fernando VI, en que cruzaron los Pirineos las primeras ideas de la Filosofía francesa. Entonces debió haber empezado á despertar nuestra conciencia, y no despertó, sin embargo, ni entonces ni después, á pesar de las tremendas sacudidas que recibió de fuera, en el reinado de Carlos III, primero, y durante la invasión napoleónica, más tarde. A la muerte de Fernando VII (1833), la Inquisición fué al cabo suprimida; nuestro pensamiento quedó entonces enteramente libre; era de esperar que se apropiase los elementos de cultura que en el ínterin habían conquistado las demás naciones; nada se

(1) La Inquisición persiguió á algún que otro astrónomo, como Copérnico y Galileo, y aun levemente; jamás se metió con los matemáticos ni con los geógrafos.

lo impedía. No se los apropió, á pesar de todo, lo que únicamente puede atribuirse á falta de vigor y de plasticidad. Por esta misma falta, en el período crítico que siguió, de renovación política y social, para pasar de la Monarquía absoluta á la limitada, no adelantamos un paso; la conciencia social no realizó una síntesis nueva con los elementos importados, á causa de no haber podido apropiárselos; nos limitamos á revestir el antiguo régimen, no sin desnaturalizarlo, con las formas del nuevo. Hoy mismo, después de treinta años de profunda paz, durante los que debimos habernos elevado á un nuevo concepto de la vida, del hombre y de la sociedad, en consonancia con los nuevos principios revelados por la ciencia, hemos caído en este hondo abatimiento del espíritu público, que esteriliza todos los campos de la actividad social, la política y el derecho, la ciencia y la moral, las letras y las artes. ¿Quién que presenciara el hervor de las ideas, el afán de instruirse abajo, el deseo de enseñar arriba, el entusiasmo y el desinterés por todas partes en los días de la revolución de Septiembre, podrá creer que esta España agotada, indiferente, egoísta, decrépita, es aquella misma que entonces ofreciera al mundo ejemplo tan admirable de vitalidad? Una sola energía se muestra viva y fecunda entre nosotros, la que radica en nuestras entrañas, la religiosa, levantando alrededor de nuestras grandes ciudades monumentales conventos, que amenazan ahogar las pocas ideas modernas que han prendido en algunos espíritus privilegiados. Todo lo cual revela que la Inquisición y la pragmática de Felipe II fueron síntomas, no causas de nuestro decaimiento. Y como fuera de los apuntados no se registran en nuestra historia nacional otros hechos que hayan podido torcer ó paralizar nuestro desenvolvimiento, concluímos que no reside en las circunstancias históricas la causa de nuestro apocamiento. Veamos si reside en el desgaste de la población.

La idea del desgaste de las sociedades se halla muy extendida. La sugiere la historia de los antiguos Estados orientales, de Grecia y de Roma, los cuales siguieron un curso parecido

al de los individuos: nacieron, crecieron, florecieron, decayeron y murieron. Aquel imperio romano, tan sólido y pujante en tiempo de los Antoninos, se debilita paulatinamente, como el anciano, hasta caer exánime en brazos de los germanos. ¿Por qué? Por el desgaste de la población, se dice. ¿Es esto exacto? No cabe duda que las sociedades, al tenor que progresan, consumen sus mejores energías, las cuales se condensan y fijan en los productos de la civilización, como las del árbol se condensan y almacenan en el fruto. El proceso de esta transformación es conocido. Los individuos mejor dotados, subiendo á ejercer las funciones directivas, cuyo desempeño requiere vida sedentaria é intenso y asiduo trabajo mental, se incapacitan más ó menos, por la ley biológica de la compensación, para la función procreadora, teniendo, por lo general, pocos hijos, y éstos de constitución física menguada y de aptitudes mentales inferiores, más ó menos, á las de sus progenitores. Todo el mundo sabe que los talentos sólo por maravilla se heredan (1). Esta destrucción, proviniente de causas fisiológicas, es agravada por la conducta de los padres, los cuales, como gozan de bienestar, crían á sus hijos en el lujo, el placer y el vicio, inútiles para el esfuerzo sostenido y la perseverante lucha. La suerte de estos vástagos, que pudiéramos llamar víctimas de la civilización, es muy varia: todos suelen seguir carrera y hacerse con un título; pero solamente algunos, los más capaces, heredan á sus padres en la función pública; unos cuantos llegan á ocupar puestos oficiales; los restantes se filtran de una capa social á otra, descendiendo hasta el nivel correspondiente al de su condición ética. Por este lado es innegable que las sociedades se gastan. Pero no es menos cierto que este deterioro de la población, que se efectúa arriba, se neutraliza con la fecundidad creadora de abajo, por cuanto las familias pobres que viven en las aldeas ó en los campos, sometiendo á sus hijos á la privación y al sufrimiento en la dura lucha con el

(1) O. Ammon: *L'Ordre Social*, trad. de Maffang, pág. 136.

medio, engendran nuevos talentos, nuevas constituciones privilegiadas, que suben, por la ley de la capilaridad, á ocupar los puestos vacantes, si se les deja expedito el camino (1). He aquí en dónde está el secreto de la duración de las sociedades: en mantener libre á todos sus individuos el acceso á los Centros docentes y á las funciones directivas, para que éstas vayan á parar á manos de los mejor dotados. Mas esto es difícil de conseguir, porque las sociedades tienden, al tenor que crecen y se diferencian, á constituirse en clases, tantas como funciones, y de estas clases las directoras propenden á cerrarse, por el empeño de los padres de conferir á sus hijos el cargo público que ellos ocupan; y á medida que estas clases se cierran, no cubriéndose las bajas que la muerte causa en ellas con el personal vigoroso é inteligente que se produce abajo, sino con el menguado y vicioso criado arriba, degeneran, se corrompen, y á este mismo paso la sociedad se debilita y disuelve. Por esta causa murieron las antiguas monarquías orientales, las ciudades griegas y el Imperio romano, y por la misma causa habrían sucumbido, sin la menor duda, las naciones del Occidente de Europa, á no haber sido reemplazada la antigua nobleza de sangre por la clase media en la dirección de la vida pública.

De este defecto no está, por desgracia, exenta España, donde por el encarecimiento de la vida, de matrículas, de grados y de libros, se ha dificultado, de unos años acá, á los hijos de familias pobres el acceso á las carreras; donde nuestros políticos ponen todo su empeño en colocar á sus hijos, parientes y deudos, sirvan ó no, en los más elevados puestos; donde el mezquino afecto de familia ó de amistad se sobrepone de ordinario al mérito y al derecho. Por todos estos influjos, el círculo de población en que se efectúa la selección para las funciones directivas se va estrechando, á consecuencia de lo cual es mayor de cada día el número de talentos que se desaprovechan

(1) G. Hamen: *Die drei Bevolkerungsstufen*, pág. 196.

por falta de cultivo; mayor el de las medianías que invaden nuestras Universidades y asaltan los cargos públicos; más bajo, de una generación á otra, el nivel mental y moral de las clases directoras. Por fortuna, este desgaste data de poco tiempo acá; su influjo en nuestra población ha sido hasta hoy de poca monta; por lo cual, si es un peligro para mañana, no puede invocarse como causa de nuestra postración presente.

Réstanos considerar si adolecemos de inferioridad étnica respecto de las demás naciones del Occidente de Europa, lo que requiere artículo aparte.

III

Sea uno ó múltiple el origen del linaje humano, no cabe duda que á partir del primero ó primeros hombres, que hubieron de diferir muy poco de las especies animales superiores (1), ha evolucionado paulatinamente: primero, en función de la herencia y el medio físico; después, del cruce y la cultura. De una raza ha derivado otra, de ésta una tercera, y así indefinidamente, cada una de complexión física más recia y de constitución mental más compleja que la anterior, hasta el estado actual, en que podemos medir el progreso efectuado por la distancia que separa á las razas más bajas de las más altas. En lo físico, la masa nerviosa del hombre civilizado es un 30 por 100 superior á la del salvaje: el cerebro del boschismano pesa, por término medio, 900 gramos; el de un negro africano, 1.300, y el de un europeo, 1.400: en las razas más altas, los cráneos más desarrollados alcanzan el volumen de 1.900 centímetros cúbicos, y en las más bajas, el de 1.500: por último, en la tierra

(1) «Por el cuerpo y por la cara, el negro se aproxima á los monos.» (Lapicgue: *Les Nègres d'Asie et la race nègre en général.—Rev. Scientif.*, tomo VI, núm. 3, pág. 77, 1906.)

de Van Diemen, la fuerza corporal de un colono inglés es á la de un indígena como 71 á 25. En lo mental, basta comparar la pobreza conceptiva de los pueblos que no saben contar más que hasta cinco, con la grandiosidad de nuestras concepciones matemáticas; y en lo social, las pequeñas agrupaciones fuegias, de 20 á 40 personas, con las actuales naciones, que aseguran la paz á millones de individuos. No pocas poblaciones han retrogradado; otras han perecido. Esto no obstante, de la mayor parte de las fases que ha recorrido la especie humana quedan representantes, que son las actuales razas y pueblos.

Estas razas y pueblos persisten invariables en lo esencial. La historia no nos ofrece ejemplo de haberse cambiado uno en otro. El semita de hoy es el mismo semita de ayer, y el ario conserva en todas partes sus rasgos distintivos. El medio físico carece de virtud para destruir lo que él mismo ha creado. Los pueblos que emigran á otro clima se modifican en algunas relaciones, mas no se confunden con los que han vivido siempre en él. La acción acumulada de la herencia es una fuerza resistente, que cede hasta cierto límite, pero que no se deja destruir. El medio físico actúa sobre ella muy lentamente, y necesita de siglos para imprimirle una ligera modificación. Así, cada raza y cada pueblo son unidades fisiológicas y psíquicas, sobre la base de la comunidad de sangre y de espíritu; tienen un determinado vigor físico y mental, una cierta capacidad evolutiva; todo lo cual se refleja en el progreso y organización de las sociedades que han fundado. Nunca se han elevado los negritos de Asia de las pequeñas y simples agrupaciones tribales; jamás los negros africanos han fundado otra cosa que efímeras dominaciones, más ó menos extensas; solamente los arios volcaron en Roma y en Grecia las monarquías primitivas y fundaron las libertades políticas, han derribado en los modernos tiempos las monarquías absolutas y establecido los derechos individuales. Estas diferencias no se explican por el hecho de que las razas débiles han sido lanzadas por las más fuertes de

las regiones feraces á las estériles, donde no han podido conservar su organización y su cultura; porque en las mismas comarcas ocupadas por los negritos asiáticos levantaron los semitas sus ciudades y sus imperios, y en los dilatados dominios de los negros africanos están fundando los europeos Estados regulares. Esto muestra que las actuales razas y pueblos forman, á lo menos desde el punto de vista social, á modo de jerarquía, en la que se sube, por transiciones más ó menos graduales, desde las más salvajes, que forman la base, á las más civilizadas, que ocupan la cumbre, y siendo, al parecer, las de cada orden incapaces de elevarse por solas sus fuerzas al grado de desarrollo que alcanzan las del orden inmediato superior. Podrán, si acaso, elevarse algunas mediante la imitación, apropiándose los elementos de cultura que las otras hayan creado, de lo que ofrecen los japoneses ejemplo bien reciente.

En esta jerarquía, ¿está la población española un grado más baja que la de las otras naciones del Occidente de Europa? ¿Es acaso menor que la de éstas su capacidad evolutiva? No creo que haya fundamento para afirmarlo. Fuerza es reconocer, sin embargo, que existe entre la una y las otras una diferencia digna de notarse, á saber: el gran caudal de sangre semita que se vertió en España del siglo XIII al XV, sin contar la que habían aportado los fenicios y los libios, y la que corriera por las venas de las primeras razas que ocuparon nuestro suelo. De sangre aria recibimos mucho menos. Los griegos se limitaron á ocupar unos cuantos puntos en la mitad Norte de nuestra costa levantina; los romanos fueron dominadores más que colonizadores, y no todos los colonos eran arios; la invasión germana, compuesta de vándalos, alanos, suevos y godos, fué poco numerosa en relación con la población indígena, y todavía una fracción de ella, la de los vándalos, se corrió al África; apenas merecen mencionarse, en fin, los guerreros que durante la Edad Media vinieron de diferentes puntos de Europa con motivo de la reconquista y se quedaron á vivir entre nosotros,

y las familias flamencas é irlandesas que inmigraron en nuestro suelo, las unas bajo los primeros Austrias y las otras poco después. De los primitivos pobladores, unos procedían de Africa, como los cromanianos, dolicocéfalos, cruzados quizás con semitas; otros de Europa, como los celtas, braquicéfalos; pero ni unos ni otros se elevaron de la organización tribal ni de los primeros rudimentos de la civilización, mostrándose inferiores á los semitas mental y socialmente. He aquí los tres componentes étnicos de nuestra población: el indígena, el semita y el ario; importantes los dos primeros, débil el tercero. Como del elemento indígena sabemos muy poco, á causa de no haber fundado Estados extensos ni civilizaciones notables, tenemos que limitarnos á tomar por base de las siguientes consideraciones los rasgos fundamentales del semita; mas sin entenderse por ello que prescindimos del indígena, al que deberán referirse aquellas particularidades de carácter que el influjo semita no baste á explicar.

La raza semita ha realizado grandes empresas, ha fundado Estados duraderos y extensos, ha contribuído notablemente á la obra de la civilización; pero no puede negarse que, en facultades conceptivas y aptitudes sociales, es de condición inferior á la aria. Jamás el semita ha concebido el mundo sino como una unidad simple é indiferenciada, sin oposición ni variedad interior. Jehová y Alá son conceptos simples, absolutos, que no admiten, al lado ni debajo de ellos, ninguna otra hipóstasis; que todo lo disponen, lo dirigen y lo ejecutan, de lo más grande á lo más pequeño, hasta el apenas perceptible movimiento de la hoja del árbol; de donde se origina ese fatalismo deprimente y esterilizador que no deja resquicio á la iniciativa individual. Y de la misma manera que el mundo, ha concebido el Estado, personificándolo en el jefe, imagen de la unidad divina, rey y sacerdote juntamente, cuya voluntad es absoluta, ilimitada su omnipotencia, que ejerce sobre todos y sobre todo, sobre lo físico y lo psíquico; de donde la esclavitud universal. Al semita jamás le han cabido en la cabeza ni las li-

bertades municipales, ni los derechos individuales. Nunca, en la larga serie de imperios que han fundado, desde los antiquísimos de Caldea y Asiria hasta los califatos medioevales, han salido los semitas del despotismo político y religioso.

No cabe duda que algunos de estos rasgos se han incorporado al carácter español. Suele atribuirse al influjo del clima el hecho de no haber penetrado en España el protestantismo, y no se alcanza á comprender, en verdad, cómo ha podido el clima surtir tamaño efecto. Que la diafanidad del cielo, el esplendor de la luz, la viveza de los colores y las galas de la vegetación llevan al espíritu hacia fuera, al culto de la forma, en perjuicio de la fuerza reflexiva, es sólo exacto hasta cierto punto; pues muy á menudo producen el efecto contrario, determinando un movimiento de reacción hacia la vida interna, de lo que son ejemplo los brahmanes en la India y nuestros propios místicos. Más que por el clima, se explica el hecho por la herencia semita, contraria al vigor é independencia de pensamiento que requiere la religión reformada.

Para el semita, lo primero de todo es la religión, y á la religión subordina el Estado, cuyo deber es servirla, haciendo de entrambos una sola entidad. Este modo de ver ha sido también el nuestro, al extremo de no haber retrocedido ante la ruina, en nuestro empeño de sacrificar las fuerzas del Estado á la defensa de la religión. Hoy todavía, raro es el español, aun entre los más cultos, que mueva su pensamiento libremente, con independencia de la creencia religiosa; el fatalismo musulmán no sólo anda en refranes, está incrustado en la conciencia de nuestro pueblo, que lo invoca á cada paso como la *ultima ratio* de las cosas, y en la vida pública andan, y andarán hasta que Dios quiera, mezclados y confundidos la religión y el Estado, privando en no pocas relaciones la primera sobre el segundo.

El absolutismo político es carácter esencial y permanente del Estado semita. Igualmente lo es del español. He aquí el punto en que la herencia árabe grava sobre nuestra concien-

cia con mayor pesadumbre; he aquí lo que nos ha inhabilitado para realizar la evolución de la monarquía absoluta al gobierno popular. El asunto merece que le dediquemos un poco de atención. Nuestros jefes de partido, lo primero que piensan al recibir el poder, es en proveerse de lo que ellos llaman órgano de gobierno, es decir, de una mayoría de representantes compuesta de deudos y de amigos, que apruebe todo lo que ellos propongan, que aplauda todo lo que ellos digan. Para proporcionársela, no reparan en medios. ¿Que hay una ley electoral? No importa. Se la burla; y si esto no basta, se la viola. En vez de promover la iniciativa de los distritos, á fin de que éstos designen y voten á las personas que por su saber y sus virtudes les inspiren mayor confianza, la matan donde aparece, con el objeto de imponerles sus candidatos, á quienes la mayor parte de las veces no conocen los electores, y para sacarlos triunfantes hacen uso de todos los resortes del gobierno, que rara vez dejan de dar el resultado apetecido. Por este procedimiento, practicado sobre todo desde que se estableció el sufragio universal, y de cada vez en mayor escala, se ha alejado de las urnas á los electores probos, y de los Cuerpos Colegisladores á las personas de juicio propio é independencia de carácter, precisamente las que mayores servicios podrían prestar al Estado con sus consejos; y las elecciones, que debieron haber sido para el pueblo estímulo de instrucción y de buenas costumbres, han sido fermento demoledor, que ha roto los vínculos de vecindad y de mutuo auxilio, que ha extinguido el respeto al mérito, á la virtud y á la tradición misma, en que se basaba la moralidad de nuestros Ayuntamientos. Creado el órgano de gobierno, tenemos instalado el despotismo. Apoyado sobre la fuerza de la mayoría, sumisa como la de una máquina, el jefe del Gobierno impone su voluntad en todas las esferas de la vida pública, con menos miramientos que la imponían nuestros antiguos reyes. País, conciencia, moralidad, todo lo pospone la mayoría á los quereres de su jefe, á quien aplaude por lo que dice y por lo que se calla, por lo que

hace y por lo que deja de hacer (1). Ante esta sumisión, la voluntad del jefe se torna más imperiosa. Las oposiciones se lo toleran todo, en la esperanza de que mañana él se lo tolere todo á ellas. Pero la mayoría no le sirve de balde: se hace pagar su adhesión al precio de distribuir entre sus individuos las gracias del Estado. El jefe se muestra pródigo en este punto. Los representantes invaden á toda hora los Ministerios é imponen á los ministros sus pretensiones, á pesar de ser, por lo general, otros tantos atentados á la ley, á la justicia ó á los intereses públicos; los gobernadores de provincia están á merced suya; hasta las audiencias y los jueces se doblan á menudo á sus arbitrarias exigencias. Violentada por tantas y tan formidables presiones, la administración se relaja, se inmoviliza, se prostituye, desde los centros supremos hasta los últimos subordinados, no tramitándose expediente que no lleve recomendación del diputado ó del senador. Por estos pasos se constituye una oligarquía altiva, opresora, desmoralizadora, para la que son palabras vanas virtud, ley y justicia, que tiene por únicos resortes el servicio personal, la adulación y el favor. El individuo que no procura relacionarse por uno ú otro medio con esta jerarquía oligárquica, halla cerrados todos los caminos que conducen al ejercicio de las funciones públicas.

¡Qué perversidad!, exclamará el lector. No, no hay tal; ni quizás egoísmo, que sólo se alberga en algún que otro pecho innoble. Nuestros políticos profesionales son, en general, honrados, de rectas intenciones, algunos de vasta cultura, todos poseídos de excelentes propósitos, ganosos de gobernar bien, de romper los moldes tradicionales y abrir á la vida nacional nuevos horizontes. No hay sino oirles, en las conversaciones privadas, lamentarse amargamente de la esterilidad de sus es-

(1) No hace muchos días, un ministro pronunció en el Congreso estas palabras: «Cuando un jefe de gobierno expone una teoría, la acatan cuantos en ese partido figuran». No iban más allá en servidumbre mental los cortesanos de Felipe II.

fuerzos, y señalar, con raro acierto, los males de nuestra vida pública. Y no puede ser de otra manera. La política, por el irresistible atractivo que ejerce sobre la conciencia de los españoles, se lleva parte de lo más selecto que produce la raza en el orden de la inteligencia, el sentimiento y el carácter; de suerte que nuestros políticos, en particular los optímatas, figuran entre los españoles más eminentes (1). Cierto que carecen de preparación. Ninguno ha hecho estudios profundos sobre la psicología, la filosofía del derecho y el derecho público, ni sobre la geografía y la historia patrias; los más son abogados, y sabido es que la lógica sofística y mezquina del foro incapacita, más que prepara, para las grandes concepciones, el desinterés y el sacrificio que requiere el desempeño de las funciones públicas. Nada de esto explica, sin embargo, lo estéril y ruin de nuestra política. Las dotes de inteligencia, cultura y buen deseo, que no pueden negarse á la mayoría de nuestros gobernantes, deberían bastar para imprimir á las fuerzas colectivas una dirección más acertada. Por lo cual acude á los labios la pregunta: ¿Cómo varones tan eminentes, la flor y nata de la raza, queriendo gobernar bien, gobiernan mal? ¿En dónde reside la causa de esta impotencia? En la voluntad, no; si acaso, en la inteligencia, y no debe ser extraña á ella la tradición semita.

Hemos visto que el semita jamás concibió la sociedad y el Estado sino como una unidad simple, lo contrario del ario, que se ha elevado en Atenas, en Roma y en las naciones modernas á la concepción de la unidad varia, compleja y multiforme. Pues los gobernantes españoles conciben la sociedad y el Estado como el semita, no como el ario. Por esto, en vez de dejar abiertas de par en par las puertas á la voluntad del pueblo, para que éste designe libremente á sus representantes, y éstos

(1) Muchos esclarecidos varones se mantienen alejados de la política por motivos de índole moral; otros, por el convencimiento de que serán inútiles sus esfuerzos para el bien de la patria.

aporten á las Cortes las diversas aspiraciones nacionales, cada una en la justa proporción y medida, y de la oposición y concierto de todas se forme la unidad sintética nacional, varia y armónica, la cual señale, en las diversas direcciones de la vida pública, la orientación que se ha de seguir, en vez de esto, se encastillan en su personal pensamiento, lo imponen al país por el falseamiento del sufragio, y así resulta una unidad simple y seca, que esteriliza y mata en vez de fecundar y crear. No es la conciencia colectiva la que en España rige los destinos públicos; es una determinada conciencia individual, la conciencia del jefe del partido, el cual debe á menudo su jefatura á condiciones puramente externas; y esta conciencia, suplantándose por la violencia y el fraude á la social, monopoliza la dirección del Estado y la ejerce necesariamente por motivos de índole privada. Por ello, todas las ramas de la actividad social, económica, educativa, científica, moral y otras, se desenvuelven en España, no con el concurso del Gobierno, sino á pesar del Gobierno, que las desdeña, cuando no las hostiliza. El Gobierno español es fuerza, no ley; es favor, no justicia. El personalismo, la arbitrariedad, el atropello, todos los defectos propios de los gobernantes semitas, se ven exactamente reproducidos en los españoles.

Se objetará que la tradición semita no pesa por igual sobre todas nuestras regiones, por no haber morado los árabes el mismo tiempo en ellas; que hay algunas, las adosadas á lo largo de la cordillera pirenaica, en las que es dudoso que dejaran vestigio alguno; y sin embargo de esto, no campan menos en éstas que en las otras la oligarquía, el personalismo y la violencia. Esto es cierto; mas nótese que en esas regiones predominan los elementos de la población hispano-primitiva, anterior á la llegada de los colonos orientales, de aptitudes no superiores á las de los semitas, y que, excepto Cataluña, fueron dejadas de lado en la invasión germana. Asturias es la patria del celta, *homo alpinus*, de cráneo braquicéfalo, y esta raza, ni aquí, ni en la Galia, ni en Bretaña se elevó de la organización

tribal ni de los rudimentos de la civilización; en Vasconia abunda el ibero, de cráneo dolicocéfalo, cuyos antepasados no se sabe que se adelantaran á los celtas en desarrollo psíquico y organización social, y ni en Vasconia ni en Asturias se establecieron germanos sino en número insignificante. En cambio, Cataluña recibió buena cantidad de sangre germana, por haber hecho los godos asiento en ella durante algún tiempo, y quizás se deba á esto su espíritu de iniciativa y de empresa y el persistente sentimiento de su personalidad regional. En conclusión: cierto grado de incapacidad mental, proviniente, ya del influjo semita, ya del indígena, debe computarse, si no como la causa única, á lo menos como una de las principales de nuestra secular decadencia.

MANUEL SALES FERRÉ

(Concluirá.)

LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

Los preliminares del reconocimiento.

V

ERRORES DEL ABSOLUTISMO

«De vuestra corona, señor, se han arrancado dos florones magníficos con que Cortés y Pizarro adornaron la de Carlos I. Quince millones de súbditos cuenta hoy menos la Monarquía española que contaba en 1808. El pabellón de los insurgentes de Méjico tremola en fin sobre las almenas de San Juan de Ulna, y es de temer que el de los insurgentes del Perú ondee en breve sobre las del Callao. Al tráfico inmenso que alimentaban con la metrópoli tan vastas posesiones ha sucedido un cabotaje mezquino, turbado todos los días por los piratas de aquellos mismos países que deben á España las artes de la paz y los beneficios de la civilización.»

Estas palabras con que se dirigió á Fernando VII el ilustre Javier de Burgos (1) condensan la situación que se había creado por efecto de la torpeza, del abandono y de la fatalidad. Mas el famoso exministro no se contentó con trazar el cuadro de las desdichas presentes, sino que definió claramente

(1) Exposición dirigida al Sr. D. Fernando VII desde París, en 24 de Enero de 1826, sobre los males que aquejaban entonces á España y los medios de remediarlos, por D. Javier de Burgos.

la responsabilidad contraída por los hombres que habían aconsejado al monarca.

«Cuando la Providencia—hubo de añadir—restableció á Vuestra Majestad en la plenitud de sus derechos, aun poseíamos vastos territorios en América y esperanzas fundadas de recuperar algunos de los que se habían sustraído á nuestra dominación. Era posible, y quizá fácil, reponer bajo la dependencia de la metrópoli la Nueva España, donde rebeldes sin jefes, sin unión, sin dinero y sin alianzas, no contaban con grandes probabilidades de resistencia ni de agresión. Era posible, quizá fácil, obtener triunfos decisivos en el Perú, donde un ejército realista continuaba sosteniendo el honor y la supremacía del nombre español. Más tarde este ejército ha capitulado; Méjico, Guatemala, Colombia, Perú, Chile y Buenos Aires han hecho empréstitos con que han provisto las necesidades de su emancipación y calmado el descontento interior, que era nuestro más poderoso medio de reconquista. La metrópoli, entretanto, más apurada de día en día, cuenta entre sus enemigos hasta los huracanes, que, dispersando la escuadra destinada á reforzar la guarnición del castillo de Vera Cruz, nos ha arrebatado la posesión de aquel punto importantísimo.»

Severas, duras si se quiere, pero perfectamente ajustadas á la realidad de las cosas, eran estas apreciaciones. Para otros hombres que los que rodearon á Fernando VII, nuestros repetidos fracasos en América habrían constituído una lección de la cual hubiesen sacado provechosa enseñanza; pero los ministros del rey, una y otra vez fracasados, parecía que no tenían otra misión que la de poner en juego todos sus recursos para mantenerse en la gracia del monarca.

Por esto repitieron en 1823 el error de creer—y si no lo creyeron es peor, porque lo aparentaron—que bastaba que se hubiese restablecido el poder absoluto para que cambiase de aspecto el problema americano. De ese error fué clara muestra el decreto de 25 de Noviembre de 1823, dictado á consulta del Con-

sejo Supremo de Indias, y que dió origen á la Real cédula de 25 de Diciembre siguiente, en la cual, «para mitigar los males que la revolución de la Península ha causado en aquellos dominios», se mandó abolir en América el régimen constitucional, restableciendo el Gobierno á la situación en qué se encontraba el 7 de Marzo de 1820.

Semejante resolución era perfectamente indiferente para la mayoría de los Estados de América, que gozaban ya de independencia; pero era lógico que causase mal efecto en los pocos que aun estaban sometidos al poder de España. En Inglaterra despertó recelos, hasta el punto de que el conde de Ofalia, que ocupaba la secretaría de Estado, se creyese en el caso de declarar al ministro británico que la restitución al ser y estado que tenían las cosas el 7 de Marzo de 1820 era solamente relativa á la estructura del Gobierno, al orden de las autoridades, á los derechos y obligaciones respectivas de los que mandaban y de los que obedecían, sin influir en lo más mínimo en las relaciones extranjeras.

No obstante aquella equivocada creencia, se estimó necesario—resucitando un antiguo proyecto, el que se acariciaba en vísperas de celebrarse el Congreso de Aquisgrán—invitar á las potencias á cooperar á la pacificación de América; y en efecto, el 26 de Diciembre, oído el Consejo de Estado, se expidió una circular á los Gabinetes de París, Viena, Berlín, Londres y San Petersburgo, invitándolos á nombrar plenipotenciarios para celebrar en la capital de Francia una Conferencia con objeto de determinar los auxilios que las potencias debían prestar á España para poner término al conflicto americano. Es decir, que se volvía, no obstante los desengaños recibidos, á la idea de la cooperación de Europa, que en realidad, dada la actitud de los Estados Unidos, era completamente impracticable.

Acaso por no confiar en el resultado de semejante invitación, ó por el contrario, por el deseo de asegurar la aceptación de ese proyecto, el Gobierno español no esperó á que las po-

tencias contestasen, y el 4 de Enero de 1824 se dictó una Real orden mandando á las autoridades de las provincias ultramarinas que no hiciesen novedad alguna, conservándose las relaciones del comercio directo con los extranjeros que existían en unas partes por tolerancia de los jefes locales y en otras por autorización expresa del rey, dictada á consulta del Consejo de Indias con anterioridad á 1820. Pero esto no era una solución, y así lo expresó el embajador de Francia en nota de 1.° de Febrero, insinuando la posibilidad de que Inglaterra reconociese la independencia de los nuevos Estados; y entonces el rey oyó á una Junta de consejeros de Indias, presidida por el duque de Montemar, y al Consejo de Ministros, asociado éste de dos Comisiones, una del Consejo de Estado y otra del de Indias. No hubo unanimidad de pareceres; y conformándose el Rey con el dictamen de la mayoría, se dictó el decreto de 9 de Febrero, cuya parte dispositiva decía así:

1.° Subsistirá en Mis dominios de América el comercio directo con los extranjeros súbditos de Potencias aliadas y amigas de España, y los buques mercantes de dichas Potencias podrán entrar á comerciar en aquellos puntos, como lo hacen en los de Mis dominios de Europa.

2.° Se expedirá un decreto ó ley para reglamentar aquel comercio, declarando los puertos habilitados para él, tanto en el mar del Norte é islas como en el Pacífico, estableciendo las Aduanas, aranceles y derechos de importación y exportación bajo el pie de igualdad entre los súbditos de las referidas Potencias.

3.° Se determinarán igualmente sobre esta materia las franquicias, preferencias y ventajas en favor del comercio, navegación, agricultura é industria española.

4.° Entretanto que se plantea y establece lo prevenido en los dos artículos precedentes, no se hará novedad en el estado actual del referido comercio, asimilándolo en cuanto sea posible en los demás puntos á lo que se practica en la Isla de Cuba.

«Los españoles americanos—se añadía al pie de esos preceptos—verán en esta resolución una nueva prueba de Mis vehementes deseos de su incremento y prosperidad; los españoles europeos, la decidida intención de asegurarles aquellas franquicias y preferencias á que son acreedores; los comerciantes de buena fe de todos los países, la de conservar y fomentar las relaciones mercantiles existentes y el ventajoso empleo de sus capitales; y los Soberanos y Gobiernos aliados ó amigos, un testimonio público de Mi esmero en conservar la armonía y buena inteligencia que Nos une.»

El dictámen que sirvió de base á este decreto lo firmaban el conde de Ofalia, D. Luis María de Salazar, D. Antonio Gómez Calderón, D. José de la Cruz, D. Francisco Tadeo de Calomarde y D. Luis López Ballesteros; pero hubo un voto particular, cuyo contenido demuestra cuán ciegos estaban aún algunos de los hombres que intervenían en la gobernación del Estado. En dicho voto, partiendo del supuesto de que Inglaterra no se decidiera á entrar «en el paso perjudicial á sus intereses del reconocimiento de la independencia americana», se decía que no cabía otra resolución que esperar la respuesta de las potencias á la circular de 26 de Diciembre, y que con objeto de evitar hasta el más ligero pretexto, empeñase el rey «desde ahora su Real palabra de no hacer novedad con sus providencias en el estado de hecho en que se hallan las relaciones comerciales con sus posesiones de América hasta que, de acuerdo con sus caros aliados, si fuese admitida su invitación, arregle definitivamente lo que más convenga, y no lo siendo, contra las justas esperanzas de S. M., se trate de este arreglo en negociaciones particulares» (1).

No carecía de lógica el voto particular, porque lógico habría sido esperar la contestación de las potencias á la mencionada circular; pero el Gobierno quiso, sin duda, adelantarse,

(1) Firman el voto particular D. José García de la Torre y D. Juan de Erro.

bien, como queda dicho, para facilitar una respuesta favorable, bien para hacer frente á las contingencias de una negativa. Lo malo fué que ni la Real orden de 4 de Enero ni el Real decreto de 9 de Febrero eran suficientes para evitar lo que aparecía entonces ya como inevitable. Esas disposiciones, como casi todas las adoptadas desde que se inició la insurrección americana, pecaron de tardías. En 1824 no era ya un problema el de la libertad de comercio, puesto que de hecho existía ésta y España no tenía medios para cortar la comunicación de sus antiguas colonias con las potencias extranjeras; de lo que se trataba era del reconocimiento. En las principales cortes existían plenipotenciarios americanos, si no admitidos oficialmente, recibidos en el terreno confidencial, y esa situación, que no podía prolongarse mucho tiempo, tenía que terminar por el reconocimiento público y solemne de los nuevos Estados. Así sucedió.

En 1.° de Enero de 1825 Mr. Canning anunció el reconocimiento de los Estados de Colombia, Méjico y Buenos Aires, á cuyo anuncio contestó en términos enérgicos el ministro de Estado, Sr. Zea Bermúdez. «El Rey, dijo (1), no consentirá jamás en reconocer los nuevos Estados de la América española, y no dejará de emplear la fuerza de las armas contra sus súbditos rebeldes de aquella parte del Mundo. S. M. Católica protesta del modo más solemne contra las medidas anunciadas por el Gobierno británico, como atentatorias á las Convenciones existentes y á los imprescriptibles derechos del Trono español». Poco hábil este lenguaje y menos oportuno, dió lugar á que Mr. Canning replicase con altanería algún tanto burlona, en una larga nota, en la cual, después de recordar las tentativas de Inglaterra para ejercer su mediación entre España y las colonias, añadía: «Inglaterra no abriga la pretensión ni el deseo de censurar las resoluciones de S. M. Católica; pero la

(1) Nota del Sr. Zea Bermúdez al encargado de Negocios de Inglaterra en Madrid; fecha, 21 de Enero de 1825.

conducta del Gabinete británico se encuentra completamente justificada por la declaración del Sr. Zea, puesto que todas las contemplaciones, aun las más amplias, no hubieran satisfecho á España, y aunque la Gran Bretaña hubiese diferido sus arreglos con los nuevos Estados el más largo tiempo posible, jamás hubieran tenido la adhesión de España, porque está decididamente opuesta á todo arreglo en todos casos y en todo tiempo, y porque está resuelta á hacer la guerra á sus Colonias hasta lo infinito. En cuanto á la protesta, ¿contra quién protesta España? La Inglaterra no había violado Tratado alguno, y el reconocimiento que prestaba á los nuevos Estados no decidía cuestión alguna de derecho». Por esto expresaba su deseo de terminar una discusión que carecía de objeto (1).

Es verdad. La polémica era completamente inútil. Los nuevos Estados, quisiéralo ó no España, tenían ya existencia internacional, pues Inglaterra había celebrado un Tratado de amistad, comercio y navegación con las provincias unidas del Río de la Plata (2 de Febrero de 1825) y con Colombia (18 de Abril), y esta última república tenía concertado un Tratado de alianza con los Estados Unidos (15 de Marzo). ¿Podía España rebelarse contra lo que era un hecho consumado? La última esperanza habíase desvanecido cuando tras la desgraciada batalla de Ayacucho (Diciembre de 1821), que consumó la separación del Perú y de Bolivia, se vió al año siguiente ir cayendo en poder de los insurrectos San Juan de Ulloa, en Méjico; la isla de Chilve, en Chile; y el Callao, en el Perú inferior.

A partir de este momento, y durante los siete años siguientes hasta la muerte de Fernando VII, no existe dato alguno de que se hiciese la más pequeña tentativa para resolver el problema americano. Incurrióse, pues, en un grave error, porque los nuevos Estados eran independientes, no sólo de hecho,

(1) Nota de Mr. Canning al ministro plenipotenciario de España, señor Gutiérrez de los Ríos; fecha, 25 de Marzo de 1825.

sino que en la esfera internacional lo eran también de derecho, puesto que su existencia había sido reconocida por las principales naciones, y España no podía, y sobre todo no debía, sin olvidar por completo su conveniencia, aislarse de los pueblos que habían sido sus colonias y en los cuales conservaba grandes intereses morales y materiales. Por un mal entendido orgullo nacional no se siguió el ejemplo dado en 1783 por nación tan poderosa como la Gran Bretaña.

VI

LA SOLUCIÓN

No ha faltado quien suponga que el móvil que impulsó á los ministros de doña Isabel II á estudiar la manera de establecer relaciones con las Repúblicas hispano-americanas, fué el temor de que éstas se entendiesen con el pretendiente don Carlos; pero sobre no descansar esa suposición en dato alguno autorizado, no hace falta recurrir á semejante hipótesis para explicar lo que era una consecuencia de las ideas y de los compromisos de los gobernantes y una necesidad para el país.

La hipótesis, por otra parte, resulta inverosímil. ¿Podían lógicamente las nuevas Repúblicas cooperar al triunfo de un sistema de gobierno el más opuesto á las instituciones que América había adoptado y el que mayor resistencia había hecho siempre á la idea del reconocimiento de la independencia? Además, ¿podían divorciarse los Estados americanos del criterio sustentado por Inglaterra y Francia? ¿Hacía falta idear explicación tan falta de fundamento para comprender lo que sin aquélla fácilmente se explica?

Era á la sazón presidente del Consejo el hombre que durante el período de 1820 á 1823 había creído que cuando menos «era menester, ante todas las cosas, remover estorbos y allanar el camino por medio de una negociación amistosa, sus-

pendiendo todo género de hostilidades y restableciendo desde luego las relaciones mercantiles, ínterin llegaba la ocasión oportuna de renovar las políticas» (1); y quien así pensaba en 1822, ¿no había de pensar con mayor motivo de igual suerte en 1834?

Ello es que, bien fuese por iniciativa del marqués de Miraflores, como este mismo dice (2), ó por resolución espontánea de Martínez de la Rosa, al darse á aquél, en 20 de Febrero de 1834, las instrucciones necesarias para el desempeño de la importantísima misión que se le había confiado en Londres, se abordó la cuestión hispano-americana, exponiéndose el pensamiento del Gobierno sobre el particular.

«Otro punto—se decía en las citadas instrucciones—de grande trascendencia, aunque no de resolución tan inmediata y ejecutiva, es la cuestión de América, sobre cuyo asunto se limitará V. E. á manifestar:

»1.° Lo resuelto que está el Gobierno de S. M. á entrar francamente en convenios para decidir esa materia, aunque sea de suyo delicada y espinosa.

»2.° Que el actual secretario de Estado, cuando ejercía este mismo ministerio por la primavera de 1822, mostró ya esa intención y deseo, comunicando una Nota relativa á este asunto á las principales potencias de Europa. Esta Nota debe existir en la Secretaría de Negocios extranjeros de S. M. B., y á ella aludió sin nombrarla Mr. Canning en un documento importante sobre el mismo asunto.

»3.° Que la mente del Gobierno español, en aquella época, era ajustar desde luego una tregua indefinida con los Estados disidentes de América; restablecer inmediatamente las comunicaciones mercantiles, y preparar y allanar por ambos medios la resolución de la cuestión política.

»4.° Que habiéndose malogrado aquella coyuntura, por las

(1) Martínez de la Rosa: *Bosquejo histórico de la política de España.*
(2) Miraflores: *Memorias*, tomo I.

circunstancias que sobrevinieron, y después de haber transcurrido más de diez años, en que tantos perjuicios ha causado el haber dejado este asunto sin intentar siquiera resolverlo, ha crecido la necesidad de verificarlo cuanto antes, por exigirlo así los intereses de la nación.

»5.° Que hallándose el Gobierno español animado de disposiciones tan favorables, oirá, con sincero deseo de terminar sus desavenencias con los Estados disidentes de América, todas las propuestas que éstos le hagan, ó por medio de comisionados que envíen al efecto ó por cualquier otro medio que estimaren más conveniente.

»6.° Que tratándose de arreglar amistosamente desavenencias de familia, por decirlo así, y teniendo España y los Estados disidentes de América tantos intereses comunes y tantos vínculos de confraternidad, el Gobierno de S. M. se lisonjea con la esperanza de que no será tan difícil como se imagina que se verifique entre ambas partes un arreglo equitativo y conveniente.

»7.° Que, por lo tanto, no juzga S. M. que sea necesaria la mediación de otras potencias (advirtiendo que sólo se tocará por V. E. este punto en el caso de que se le insinúe por el Gobierno de S. M. B. más ó menos directamente); pues esta mediación, lejos de allanar dificultades, acarrearía dilaciones; siendo el medio más rápido y sencillo el que los comisionados de los Estados disidentes de América se dirijan á Madrid, para lo cual está autorizado V. E. á darles todas las seguridades que pidieren; puesto que en la capital del Reino, donde reside el Gobierno supremo y donde se hallan á mano todos los documentos y datos de los Archivos, es donde más fácilmente se podrá entablar y concluir esta importantísima negociación.

»8.° Que por las razones expresadas, y por no mostrar una preferencia á favor de un Gabinete, que lastime la susceptibilidad de otros (en el caso de que sean varios, como es probable, los que se brinden á servir de mediadores), está resuelta

S. M. á no aceptar de ningún Gobierno esta especie de intervención, aunque sea dictada la propuesta por sentimientos de amistad y benevolencia.

»9.° Pero que no obsta á que S. M. mire con satisfacción el que sus Augustos aliados estén prontos á prestar el auxilio y cooperación que esté á su alcance, á fin de facilitar el curso de la negociación y su terminación favorable.

»10. Que si dicha terminación debe producir muchas ventajas á España, es también fácil de probar que es aún más esencial para los Estados disidentes de América, los cuales, después de tantos años de revolución y de amargas pruebas, deben estar íntimamente convencidos de que el paso preliminar para disfrutar á lo menos de tranquilidad y sosiego es arreglar definitivamente sus ulteriores relaciones con España, saliendo cuanto antes de un estado tan incierto y poco seguro.

»11. Que los capitalistas extranjeros que tienen empleadas en América tan cuantiosas sumas, ya en especulaciones mercantiles, ya en el laboreo de las minas, y ya, en fin, en los varios empréstitos contraídos por los Estados disidentes, tienen también un interés grandísimo en que se ajuste un arreglo definitivo entre dichos Estados y España, cuyo solo paso realizará necesariamente el valor de todos los capitales empleados en América.

»12. Que es también del interés y conveniencia de todos los Gobiernos (y especialmente del de S. M. B., por la inmensa extensión y ramificaciones del movimiento mercantil del Reino Unido) que no siga por más tiempo el vastísimo continente de América entregado á los horrores de la guerra civil y la anarquía, destruyendo sus recursos y alejando, desgraciadamente, la época de su tranquilidad interior, de su civilización y cultura; las cuales á su vez han de refluir en el bienestar y riqueza de las Naciones europeas, hasta un punto que no está al alcance de la previsión de los hombres.»

Ya por entonces las nuevas Repúblicas tenían representantes acreditados en París y Londres, y justo es decir que de

éstos partió la iniciativa de las negociaciones. Así resulta de la correspondencia de los mismos diplomáticos españoles, pues el duque de Frías, embajador de S. M. C. cerca de Luis Felipe, anunciaba pocos meses después que había ido á verle don Lorenzo Zavala, agente de Méjico en Francia, y que éste le empezó á hablar del reconocimiento de la independencia, contestándole aquél que esto era pedir el todo desde luego; que lo que convenía por el pronto era restablecer las relaciones de país á país, y que «la minoridad de la Reina y los Tratados que teníamos con otras Potencias, señaladamente el de Utrecht, debían ser atendidos para que una declaración semejante no nos malquistase con las mismas Potencias signatarias del Tratado de Utrecht, puesto que algunas de ellas se hallaban en el día, en cierto modo, en una actitud hostil con respecto á nosotros» (1). Ante esto, que significaba el comienzo de la realización de los deseos que abrigaba el Gabinete de Madrid, se contestó al embajador remitiéndole copia de las instrucciones dadas á Miraflores, insistiendo en que los agentes americanos viniesen á Madrid, y ordenándole que no se comprometiese á nada, pero que no excluyese base alguna para la negociación (2).

No se mostraron menos propicios los agentes americanos en Londres; y estimando el Gobierno español próximo el momento de iniciar las negociaciones con Venezuela, pidió informe á la Sección de Indias del Consejo Real, la cual lo evacuó en sentido favorable al reconocimiento, si bien exponiendo cierto temor por las consecuencias de las frecuentes mudanzas de los Estados americanos, é indicando que estimaba poco conveniente hacer la paz por mediación de otra Potencia, porque todas tenían interés en disminuir las ventajas políti-

(1) Despacho del duque de Frías al ministro de Estado; fecha, París, 6 de Diciembre de 1834.

(2) Real orden del ministro de Estado al duque de Frías; fecha, Madrid, 24 de Diciembre de 1834.

cas y mercantiles que podíamos obtener del reconocimiento. Acerca de esto insistía la Sección en los siguientes términos:

«De lo que no puede desentenderse la Sección es de decir: que si la fuerza de los acontecimientos fuese irresistible y obligase á elegir mediador, en el último extremo que acaba de indicarse (el de ser conveniente que una potencia garantizase el Tratado después de hecho), que jamás recaiga la elección en los Estados Unidos de la América del Norte, porque á todas luces será nociva su mediación, mediante que su dogma político, habitual y poco escrupuloso, es el de acrecentar por este y cualesquiera otros medios sus ventajas.—La potencia cuyos intereses están en el día más en armonía con los de la Península es la Inglaterra; porque no teniendo ya nosotros posesiones ultramarinas de importancia, relativamente á las que ella tiene, cooperará de mejor fe que ninguna otra potencia á restablecer y consolidar nuestro trato y amistad con los nuevos Estados americanos.»

Opinaba además la Sección que, cualquiera que fuese la fórmula que se adoptase para efectuar el reconocimiento (y estimaba preferible la del Tratado anglo-americano de 20 de Mayo de 1783), se reconociese explícitamente la independencia y soberanía de los Estados y se consignase la renuncia de todos nuestros derechos, puesto que de esto había de emanar el fundamento legal de la independencia de aquéllos; que se estipulase la devolución de prisioneros, amnistía y demás consecuencias naturales de la paz; que se indemnizase de un modo ó de otro á las personas que sufrieron en sus intereses no por efectos fortuitos de la guerra, sino por medidas dictadas á consecuencia de ella contra determinadas clases; que de las deudas públicas fuese responsable el Erario de los Estados en cuyo territorio se contrajeron; que para la importación de productos españoles en América se rebajasen los derechos á la mitad de lo que pagasen las naciones más favorecidas; que se estableciese completa libertad de pesca y navegación interior y exterior; que se cultivasen relaciones con los indios inde-

pendientes, y que los nuevos Estados soportasen una parte de la deuda.

Aunque en lo relativo al reconocimiento de la independencia y renuncia de la soberanía la Sección no podía mostrarse más explícita, sin embargo, se dejó seducir por la vana esperanza de los que aun soñaban con la posibilidad de que pudiera establecerse en América un trono para un Infante español. No comprendió que si era sobrado tarde para que se realizase tal idea cuando O'Donojú é Itúrbide pactaron el Convenio de Córdoba, más tarde era, naturalmente, en 1834, no sólo por el transcurso del tiempo, sino por el fracaso de Itúrbide y por la actitud de los Estados Unidos, revelada por Monroe; y porque no lo comprendió, en el proyecto de Tratado que acompañaba á su dictamen incluyó, con el carácter de secreto, el siguiente artículo:

«Siempre que el Estado de... mudase de forma de gobierno, por su propia y espontánea deliberación, y se convirtiese en monarquía hereditaria pura ó representativa, queda obligado á elegir un Príncipe de la dinastía que entonces reine en España, el cual será, y continuará siendo, Monarca de dicho Estado, así como sus sucesores; y si éstos faltaren, se volverá á elegir otro Príncipe de la misma dinastía que reinare en España, y él y sus sucesores reinarán en el referido Estado; continuándose de esta manera la elección siempre que se extinguiese su descendencia» (1).

Decidido el Gobierno á aceptar la invitación á negociar que confidencialmente se le había dirigido, encaminó sus primeros esfuerzos á conseguir que los agentes americanos viniesen á Madrid, lo cual consiguió, no sin dificultades. Llegó, pues, á la corte en la primavera de 1835, el Sr. Soublette, representante de Venezuela; pero desde luego se advirtió que las

(1) Informe de la Sección de Indias del Consejo Real; fecha, 28 de Diciembre de 1834. Lo firma el subdecano de la Sección, D. Ramón Gil de la Cuadra.

negociaciones luchaban con serios inconvenientes. De la importancia de éstos da clara idea el ministro de Estado, conde de Toreno, en la exposición que en 2 de Agosto de dicho año dirigió á la reina gobernadora.

«En las transacciones diplomáticas—decía—hay un tiempo y circunstancias propias para obtener dichosos resultados.—El que no aprovecha la oportunidad y se deja llevar de solas esperanzas, desoyendo imprudente la voz de la experiencia, pierde el bien, y hasta la ilusión de recuperarle; porque los errores en política difícilmente se corrigen cuando se conocen tarde. Esto ha sucedido con la cuestión americana, porque el desdén y la negligencia con que fué mirada cuando se conoció que la emancipación era inevitable, la constituyeron después embarazosa y de no tan útil terminación para el Gobierno de V. M., al paso que en un principio hubiera podido su resolución ser fácil y beneficiosa.

»Los encargados de Venezuela—añadía—que se hallan en esta Corte; la Nota pasada al Ministerio de mi cargo por el secretario de Estado del Gobierno de la Nueva Granada; la larga conferencia tenida en Londres por el ministro plenipotenciario de V. M. con el de Méjico, residente en aquella ciudad, y una Nota de éste, prueban, á la vez, que los Estados disidentes aspiran con empeño á que se finalice amistosamente este asunto, no menos de que el Gobierno de V. M. ha puesto en movimiento todo cuanto pudiese preparar el desenlace más pronto y conveniente de cuestión tan grave y delicada.—Hubiera ya comenzado á verificarse, si los esfuerzos y las justas pretensiones que ha sentado vuestro secretario de Estado como bases de la discusión hubiesen sido acogidas por los comisionados americanos de una manera que presagiase su adopción, aunque modificadas ó restringidas.—Pero la absoluta resistencia á no querer convenir en cosa alguna que no fuese el reconocimiento de la independencia y el restablecimiento de relaciones amistosas y comerciales, ha sido la principal causa de la lentitud con que ha caminado la negociación, y lo que

mueve á vuestro secretario de Estado á pedir á V. M. sea servida oir los pareceres de los Consejos de Gobierno y del Real y Supremo de España é Indias sobre tan espinoso asunto.

»El presidente del Consejo de Ministros—decía, por último—no hubiera esquivado tomar por su cuenta la responsabilidad anexa al curso y terminación de un solemne Tratado, en que consignando renuncias dolorosas, pero precisas, se consignasen también remuneraciones que templaran la dura necesidad de hacerlas; pero la constante negativa á toda concesión por parte de los americanos, y la persuasión en que se halla, por los documentos que obran en la Secretaría del Despacho de su cargo, de que es punto como acordado y convenido entre los Estados disidentes de América, que al tratar con la que fué su Metrópoli, no hayan de reconocer derechos que pudieran llevar consigo reclamaciones pecuniarias ó de privilegios, le han llevado á serias meditaciones y á decidirse á proponer á V. M. la conducta arriba indicada, porque será más fácil la resignación viendo que se ha juzgado preciso el sacrificio por dos Cuerpos de los más respetables de la Nación, á los cuales están confiadas importantes funciones, y la participación, á veces, en los negocios graves del Estado.»

Es decir, que los agentes americanos querían que España reconociese pura y simplemente la independencia de los nuevos Estados, y que, en virtud de esto, se restableciesen relaciones amistosas y comerciales entre aquélla y éstos, pero rechazando de plano toda idea de remuneración ó de recompensa á España y de indemnización á los españoles. Esto era contrario por completo al pensamiento que dominaba en algunos, no todos los centros directivos de la Península, y de aquí la indecisión, la perplejidad del Gobierno. Claramente se ve en la exposición que en 2 de Agosto dirigió á la reina el conde de Toreno, que éste se inclinaba á hacer el Tratado sin condiciones; pero que, no atreviéndose á ello, buscaba el escudarse con la opinión de los altos Cuerpos consultivos. La Corona se conformó con la propuesta de su primer ministro, y en 4 de Agos-

to se dirigieron las oportunas Reales órdenes al secretario del Consejo de Gobierno y al presidente del Consejo Real de España é Indias.

No tardaron éstos en emitir su dictamen. El primero que lo hizo, en 26 del mismo mes de Agosto, fué el Consejo de Gobierno, el cual, no obstante estimar que las circunstancias en que se encontraba el reino no eran las más á propósito para llevar á cabo las negociaciones pendientes, mostraba deseos de que se acelerase el término de este negocio en cuanto el bien del Estado y la dignidad de S. M. y de la nación lo permitiesen; pero añadía que al verificar el reconocimiento, no podía prescindirse de estos dos puntos: 1.°, indemnización á los súbditos de S. M. por las pérdidas que habían experimentado en sus bienes *en consecuencia de las confiscaciones* de que habían sido víctimas; y 2.°, repartición de la Deuda pública de la Monarquía anterior al tiempo de la separación de los nuevos Estados, proporcionalmente entre éstos y la antigua Metrópoli.

Respecto del primer punto, decía que «después de una guerra de tantos años, nada más natural que fundar el establecimiento de la paz y amistad de ambos países en la indemnización previa de los daños causados por las confiscaciones, y otros que pueden repararse; y se degradaría el Gobierno que hiciese abandono de los intereses de sus súbditos hasta ese punto»; y en cuanto al segundo, afirmaba que la deuda «fué contraída en tiempos en que, unidos aquellos Estados á España, formaban una sociedad cuyo Gobierno representaba los intereses generales de todos, y las obligaciones que contraía, así como los derechos que pudiera adquirir, eran á todos igualmente comunes»; que era notorio que aun los empréstitos contraídos desde 1820 á 1823 por las Cortes, fueron votados por los diputados ó representantes de las provincias de América que se hallaron en aquel Congreso nacional, y que, disuelta la sociedad, era justo que cada cual llevase su parte de la deuda común. «El gravamen—decía—que procede de la participación de la deuda, no es una cantidad que se exige por vía de

tributo ni aun por la de indemnización que la España tendría derecho á exigir en premio de la cesión de los de su soberanía sobre antiguas colonias conquistadas por su esfuerzo y conservadas y civilizadas por su continuo amparo y protección; sino que es *una carga de justicia* que, pesando desde su origen sobre toda la Monarquía, debe dividirse en la misma proporción que ésta haya sido dividida.»

Como el agente mejicano había manifestado que no podía separarse del texto de la declaración del Congreso de Méjico de 11 de Mayo de 1824, según la cual la República no accedería jamás á demanda alguna de indemnización, tributo ó exacción que pudiese entablar España, el Consejo de Gobierno añadió en su dictamen que esa declaración podía modificarla el mismo Congreso que la formuló; que de lo contrario, parecería que el Gobierno español estaba obligado á acatarla, y que los plenipotenciarios mejicanos venían, no á negociar, sino á imponer sus leyes; que si nuestro Gobierno tenía conocimiento de que sólo á ejecutar las determinaciones del suyo venían á España los agentes americanos, no les debió haber permitido venir, y que hubiese sido mejor negociar por medio de otra potencia, que habría sido testigo de nuestra buena fe y de la justicia de nuestras pretensiones.

Por último, se ocupaba de la cuestión comercial, y decía que se advertía que no se trataba de concedernos ventaja alguna especial, sino de humillarnos y dictar en todo la ley á la madre patria; que sobre esto último debía oirse á las corporaciones competentes y personas prácticas, y que por todo convenía prolongar las negociaciones para dar lugar á que, mejorando nuestra posición, fuesen más atendidos nuestros derechos (1).

No tardó mucho más en emitir su informe el Consejo real de España é Indias, pues lo hizo con fecha 11 de Septiembre

(1) El informe del Consejo de Gobierno está firmado por el conde de Ofalia.

del mismo año (1), partiendo del principio de no ser conveniente ni político pensar en reducir á la obediencia á nuestras antiguas colonias por la fuerza; de que carecíamos de la necesaria para acometer tamaña empresa, y de que habiéndose perdido la oportunidad, tan importante en todas las transacciones diplomáticas, no era posible imponer condiciones, examinaba las bases propuestas por el ministro de Méjico en Londres y el secretario de Estado de Nueva Granada, y sostenía que el reconocimiento debía hacerse en términos sumamente explícitos, pero decorosos para la nación española, y sin consignar reserva alguna de derechos, porque sería más perjudicial que útil.

Respecto de la idea de estipular que en caso de convertirse el Gobierno de cualquiera de los Estados disidentes en Monarquía habría de ser llamado á ocupar el trono uno de los príncipes de la dinastía reinante en España, formulaba las siguientes discretas observaciones: «Este artículo, que necesariamente habría de ser secreto, con la idea de evitar censuras, sospechas y acaloramientos en los varios partidos que ahora predominan en aquellos países, envuelve en sí mismo una idea que repugnaría á sus Gobiernos y que sería el origen de nuevos y lamentables disturbios y sangrientas é interminables revueltas. La experiencia funesta que tenemos de nuestras herencias en Italia y Flandes, y los inmensos tesoros y ríos de sangre que nos ha costado el fundar y sostener varios tronos de real familia en la península italiana, debe hacernos muy precavidos para contraer obligaciones de esta especie en las regiones de América. El llevar á ellas por sucesión eventual y pacífica, y no por guerras, individuos de nuestra dinastía reinante en el

(1) El Consejo nombró una Comisión, compuesta de los ministros don Ramón Gil de la Cuadra, D. Juan de la Dehesa, D. Manuel José Quintana, D. Manuel María de Aguilar y D. Joaquín Gómez de Liaño, nombrando secretario de ella á D. Juan José Martínez, que lo era de la sección de Marina. Esta Comisión presentó un informe, que aprobado por el Consejo en pleno, se elevó al Gobierno en 11 de Septiembre de 1835.

período que estos acontecimientos se realizaron, no nos sería ciertamente dispendioso, y por este medio nuestra influencia se aumentaría en aquellos territorios, y sería mayor la prosperidad y subsistencia de nuestro tráfico; mas también quedaríamos obligados, como por un pacto de familia implícito, á sostener los nuevos tronos contra la ambición ó solicitudes inmoderadas de las demás potencias, y combatir á fuerza armada los partidos y facciones que se declarasen contra aquellas Monarquías y las pusiesen en peligro de ser subvertidas, y de perecer con ellas con los soberanos que las rigiesen.»

Tanto más razonable era esto, cuanto que, como la misma Comisión hacía notar, la tendencia de la época era opuesta á las Monarquías absolutas; y no teniendo este carácter, dependiendo su política de la voluntad de las Cámaras, el trono que se erigiese en América no podía ofrecer garantía alguna de corresponder á los sacrificios que hiciese España.

Afirmábase luego en el dictamen que el pensamiento de obtener una recompensa pecuniaria por el reconocimiento de la independencia, sobre ser imposible, resultaría indecoroso para ambos países, puesto que daría el aspecto de una negociación mercantil de compra y venta á lo que debe tener la apariencia de ser una concesión generosa; que la justicia exigía sólo que se solicitase la división y reparto prudencial entre la Metrópoli y los nuevos Estados de las obligaciones que pesaban sobre el crédito de aquélla, y que pretender la cesión de territorios y plazas fuertes sería más perjudicial que útil. Después se analizaba detenidamente la cuestión de la Deuda, y concluía el dictamen sosteniendo que, á pesar de todo, debía empezarse á tratar con Méjico, ajustándose los preliminares sobre estas bases: 1.ª, reconocimiento del Estado de Méjico por España como libre, soberano é independiente, sin traba ni restricción alguna; 2.ª, amnistía la más general y completa que haya podido concederse, por toda especie de hechos y opiniones políticas desde el principio de las desavenencias; y 3.ª, renuncia por parte de España á toda especie de remuneración ó

subsidio por este acto, así como á toda cesión de territorios ó plazas fuertes.

Parecía natural que el Gobierno se diese por suficientemente ilustrado con estos informes, y que, en virtud de ellos, adoptase una línea de conducta definida, bien suspendiendo las negociaciones hasta que variasen las circunstancias en que se encontraba España, como quería el Consejo de Gobierno, bien ajustando desde luego un Tratado de mero reconocimiento con Méjico, como había propuesto el Consejo Real de España é Indias; pero en vez de hacerlo así, por Real orden de 16 de Octubre de 1835 nombró una Comisión para que informase sobre lo mismo que ya habían dicho aquéllos; esto es, acerca de si debía cejarse en la negociación ó concluirla con arreglo á las bases que aceptaban los americanos. Para formar esa Comisión se designó á D. Ramón Gil de la Cuadra, prócer del reino, como presidente; al general D. Alava, también prócer; á D. José Canga Argüelles, ministro del Consejo Real de España é Indias; al brigadier D. Vicente Sancho, secretario del Consejo de Ministros; á D. Valentín Ortigosa, arcediano de Carmona y co-juez del Tribunal del Excusado, y, como secretario, á D. Manuel María de Alzaybar, jefe de sección en el Ministerio de Estado. Dividiéronse éstos: la mayoría formuló un contra-proyecto de Tratado, manifestando que debía procederse desde luego al reconocimiento con arreglo á las bases presentadas por los americanos, y que se aplazase la celebración del Convenio de comercio hasta que la experiencia demostrase el modo más conveniente de realizarlo; y el general Alava y el arcediano Ortigosa formularon votos particulares (1).

El voto particular del general Alava sólo discrepaba de la opinión de la mayoría en cuanto al procedimiento, pues creía necesario el concurso de las Cortes; pero Ortigosa consignaba

(1) Tanto el dictamen como los votos particulares llevan fecha de Noviembre de 1835.

una idea que no dejaba de ser original, y que, cuando menos, merecía ser atentamente considerada. Si no ceden los agentes americanos—decía,—suspéndase la negociación; recíbalos la reina en audiencia de despedida, y cólmelos de agasajos; acúdase luego á las Cortes, para que acuerden éstas el reconocimiento de la independencia sin condiciones, y envíese á América una solemne embajada, que sea portadora del acta de ese acuerdo y lleve poderes para negociar después de hacer entrega de tan importante documento. ¿Habría producido esta conducta el efecto que esperaba Ortigosa, decidiendo á las Repúblicas hispano-americanas á transigir en cuestiones como la de la Deuda? Es dudoso; pero la posición de España no habría empeorado de adoptarse tal procedimiento, y en cambio se habría dado al mundo un hermoso ejemplo. Sin embargo, el Gobierno, lejos de aceptar esa idea, apareció inclinado á llevar á cabo al propio tiempo la negociación política y la meramente comercial, y aun cabría sospechar que, temiendo produjese mal efecto en el país el ceder en lo relativo á la Deuda, quiso contrarrestar aquél con la esperanza de las ventajas materiales que produciría el reanudarse las relaciones comerciales.

Despréndese esto de la Circular que en 31 de Octubre de 1835 se dirigió por la primera secretaría de Estado á las Juntas de Comercio de la Península, solicitando la opinión de éstas acerca de si, en el caso de que los nuevos Estados no accediesen á otras bases que á las comerciales y amistosas, se les debía reconocer como independientes.

Se decía en dicho documento que no era posible mirar con indiferencia el que permaneciese indecisa la cuestión de la América española disidente; que este problema comprendía dos puntos; que en el estado en que aquél se hallaba era preciso resolver á la vez la parte política y la parte comercial; y que en cuanto á la primera, como puramente del dominio de la diplomacia, el Gabinete de S. M. había practicado todo aquello que su saber y su experiencia y el consejo de per-

sonas y corporaciones instruídas habían ido indicando para conseguir sobre principios de dignidad é independencia las ventajas apetecidas en pro del Estado y de los intereses individuales atropellados y destruídos por efecto de la guerra y disensiones intestinas que han señoreado largo espacio aquellos territorios ultramarinos. Y luego añadía:

«Con mucho sentimiento ha visto el Gobierno de S. M. que sus afanes y esperanzas no han correspondido á sus deseos; porque no se negocia con provecho cuando las voluntades divergen en opiniones y miran las cuestiones sobre datos que hubieran sido uniformes, y como tales consentidos, si, más previsores y cautos, no se hubiera dejado al cuidado del porvenir el satisfacer las exigencias y pretensiones del poder. En semejante situación, el Gobierno de S. M. tal vez hubiera abandonado la resolución de la cuestión americana á mejores tiempos y circunstancias, si la parte comercial, tan de interés para la Nación y ligada íntimamente á la política, no le hubiese detenido, reflexionando que el deber de un Gobierno justo es, en la imposibilidad de beneficiar en todo, procurar hacerlo en cuanto alcance, para que el perjuicio, si le hay, sea menor, y no sufran todos los intereses del Estado, sino estrictamente aquellos que no han podido ponerse á salvo.»

Las contestaciones de las Juntas de Comercio no se hicieron esperar. De ellas, diez eran completamente favorables al reconocimiento: las de Alicante, Barcelona, Bilbao, Burgos, Cádiz, Madrid, Mallorca, San Sebastián, Valencia y Zaragoza; una contraria, la de la Coruña, y tres, las de Santander, Sevilla y Málaga, aunque manifestaban cuánto ganaría el comercio con establecer relaciones mercantiles con América, juzgaban que el reconocimiento debía hacerse con ciertas condiciones ó aplazarse.

Examinando detenidamente estas contestaciones, se observa que en todas las favorables al reconocimiento palpita el interés mercantil, exagerándose éste en algunas, como en la de Barcelona, en la cual se dice que, para el caso de que los

Estados de América no accedan más que á estipulaciones comerciales, el bien público aconseja como necesario el que se les reconozca como independientes, y que el reconocimiento se funde en un Tratado de comercio que establezca que los frutos y efectos españoles se admitan en los puertos de los nuevos Estados como nacionales, con el único derecho de 8 por 100, é igualmente los productos americanos en los puertos españoles, disfrutando además indistintamente las banderas de ambas partes las prerrogativas y consideraciones de nacionales, con el solo derecho de puerto de dos reales por tonelada; añadiendo que en tanto se concluye una transacción, se abran los puertos de unos y otros Estados al comercio por medio de un Tratado provisional. En la de Zaragoza, que era muy notable, se afirmaba que era un hecho la emancipación de América; que su reconquista estaba fuera de la esfera de lo posible, y que el bien público de la nación exigía imperiosamente se reconociesen como independientes aquellos Estados, por los beneficios incalculables que de esta gran medida debían esperarse.

La de la Coruña, como queda dicho, era resueltamente contraria, y, á decir verdad, los términos en que estaba redactada exigían atenta consideración; pues no sólo se estimaba en ella que el reconocimiento no era conveniente, sino que se presagiaba que las ventajas que se esperaban de aquél serían nulas é ilusorias por largos años, atendiendo al imperio é influencia que ejercían en las provincias de América las principales Potencias de Europa, á la inmensa distancia que nos separaba de la industria y economía de aquellas y á otras circunstancias que hacían opinar á la Junta «que desde la base y primer paso del reconocimiento sufrirían el honor é intereses de la nación una suerte sensible y de difícil remedio para lo sucesivo» (1). ¿No es verdad que, aun cuando exa-

(1) El informe de la Junta de Comercio de la Coruña lleva fecha de 28 de Noviembre de 1835.

gerada en la forma, tenía esa opinión un gran fundamento en el fondo? El reconocimiento era indispensable, pero no podía producir, ni siquiera en el terreno mercantil, las consecuencias que de él esperaban algunos: era tarde, muy tarde para eso. El monopolio del mercado se había perdido definitivamente, y se habría perdido más pronto ó más tarde, aun sin la guerra; pero la situación ventajosa, hasta privilegiada, á que se pudo aspirar, se perdió por efecto de la incomunicación, y no era posible recobrarla, porque aun suponiendo que América se hubiese prestado á otorgarnos algo semejante á lo que pretendía la Junta de Barcelona, todas las naciones europeas que mantenían comercio con aquélla lo habrían hecho imposible con su oposición (1).

Pero, en fin, exacta ó equivocada la idea que de los efectos del reconocimiento se había formado, no cabe duda de que una parte considerable de la opinión era favorable á que se llevase á cabo; y como, según ya se ha dicho, en las esferas gubernamentales existía marcada inclinación en ese mismo sentido, nada tiene de particular que el Ministerio, fortalecido con esa especie de plebiscito, y después de oir á una nueva Comisión (2), estimase llegado el caso de negociar franca y abier-

(1) Indudablemente debió contribuir á afirmar la opinión favorable al reconocimiento el hecho de que varios comerciantes de Montevideo dirigiesen á todos los Tribunales de comercio del reino una circular, fecha 4 de Junio de 1834, ofreciendo entrar en relaciones comerciales y proteger los intereses de los españoles, bajo los auspicios de aquel Gobierno disidente, que se prestaba á ello, y había ya dado pruebas en el caso de la llegada al citado puerto uruguayo de la goleta mercante española *Veloz Mariana*.

(2) En 30 de Enero de 1836 se nombró otra Comisión informadora, que presidió el marqués de la Reunión de Nueva España, y de la que formaron parte D. Antonio Alcalá Galiano, D. Mariano Carnerero, D. José Ventura de Aguirre Solarte y D. Antonio Cano Manuel, y luego, por fallecimiento de este último, D. Antonio González.

Esta Comisión se dividió también al dar su dictamen, formulando votos particulares el marqués de la Reunión de Nueva España, Aguirre Solarte y Carnerero, los cuales discrepaban en detalles referentes á la cuestión comercial.

tamente sobre la base del reconocimiento, pero con el natural deseo de sacar el mejor partido posible en lo relativo á la cuestión de la Deuda; y en efecto, obtenida la autorización de las Cortes por ley de 4 de Diciembre de 1836, se firmó el 28 del mismo mes el primer Tratado de reconocimiento, que fué el que se ajustó con Méjico, de cuya negociación no es necesario ocuparse aquí.

Evidenciado queda cuán torpe fué la conducta de los Gobiernos españoles durante todo el proceso del conflicto hispano-americano, y cuán funesta influencia ejercieron en el curso y desenlace de éste las revueltas interiores; pero de la exposición imparcial de los hechos resulta que si de algo pecó España en lo relativo al problema ultramarino, fué de cierto indiferentismo, de cierta fatalista resignación, y que lejos de haber resistido tenazmente el reconocimiento de los nuevos Estados, la opinión pública lo solicitó, é impulsó al Gobierno á llevarlo á cabo, forjándose ilusiones que no podían realizarse, y no se realizaron, respecto á las consecuencias de esa medida.

Jerónimo Bécker

RECUERDOS

Llegué en esta serie de recuerdos, en que bien sé que camino lentamente, pero á los viejos no se nos puede exigir que corramos mucho; llegué, digo, á aquellos momentos solemnes de las Cortes Constituyentes en que se discutía la cuestión religiosa.

Y por lo tanto, llegué al discurso pronunciado por mí en aquella ocasión, y á que se dió el nombre del «discurso de la trenza», de la trenza del quemadero.

Muchos imaginan que tal discurso fué el primero de mis dramas, en que calculé los efectos de antemano, en que dispuse finales aparatosos, en que sacrifiqué la verdad á la dramática, y en suma, que ni hubo tal quemadero, ni tal trenza, más que en mi imaginación y en mis procedimientos de autor dramático.

Pues nada de esto es verdad.

Ni recuerdo el discurso, ni he tenido la mala ocurrencia de volver á leerlo.

Gustó, esto es innegable, con razón ó sin razón; con motivo ó sin motivo, el discurso fué aplaudidísimo y tuvo gran resonancia, aun en el extranjero, de donde me enviaron varias traducciones.

Pero sea de ello lo que fuere, afirmo enérgica y honradamente que no fué invención mía, ni lo del quemadero ni lo de la trenza.

¿Por qué creen mis lectores que yo intercalé en mi peroración ese episodio de gran efectismo, así resultó, no lo niego, pero que no era composición artificiosa y sin fundamento en la realidad, para excitar los sentimientos de la Cámara?

¿Por qué hablé yo de la trenza del quemadero?

Asómbrense mis lectores, porque voy á decir algo que va á parecerles extravagante.

Pues yo saqué á colación la chamuscada trenza por dos causas.

1.ª Porque en aquellos días se estaban haciendo las obras de la distribución de aguas del Lozoya.

2.ª Porque había sido profesor mío, queridísimo y admirado, el eminente ingeniero D. José Morer, uno de los hombres de más talento que ha tenido España en la pasada centuria.

Si no se le ocurre á Bravo Murillo traer á Madrid las aguas del Lozoya; si no acierta á explicarme Geometría descriptiva D. José Morer, á mí jamás se me hubiera ocurrido hablar ante las Cortes Constituyentes, ni de ningún quemadero, ni mucho menos de ninguna trenza.

Véase cómo en este mundo se enredan las cosas y los sucesos.

En rigor, el responsable de mis arranques dramáticos sobre las chamusquinas de los inquisidores fué D. Juan Bravo Murillo, trayendo á Madrid las aguas del Lozoya.

Vamos á ver cómo se armonizan estos disparatados conceptos.

*
* *

Era la víspera de aquel día, para mí solemne, en que tenía compromiso de hablar por primera vez ante las Cortes Constituyentes, sobre la cuestión religiosa.

No había solicitado yo esta honra: he rehuído y rehuyo siempre hablar en público; pero se había empeñado D. Manuel Ruiz Zorrilla, y era indispensable complacerle, venciendo mi timidez ó mi indiferencia.

Al día siguiente tenía que hablar en las Cortes, y naturalmente, tenía preparado y pensado maduramente mi discurso, en el cual afirmo que no figuraban ni la célebre trenza ni el odioso quemadero.

Y con el discurso en el cuerpo y con la agitación nerviosa que yo debía sentir en aquellos momentos, aunque no recuerdo si la sentía, porque en aquella época yo no era nervioso, me fuí, según costumbre, al café Suizo, á las mesas que llamaban «de los Economistas y de los Ingenieros».

Todas las noches nos reuníamos en aquel rincón Rodríguez, Figuerola, Bona, San Romá y otros varios.

Nos reunimos aquella noche los de costumbre, y se habló, como se hablaba en aquellos días, de la cuestión religiosa, del discurso de Castelar y del triunfo seguro de los ideales democráticos.

Triunfaron éstos en el Ateneo, en aquellas mesas del Suizo y en los mitins de la Bolsa, mucho antes de que triunfasen en el Parlamento.

Hoy algunos desdichados se burlan de todo aquello, que ni alcanzaron ni comprenden, que Dios no se lo tome en cuenta cuando les juzgue como seres racionales.

Pero sigamos nuestro relato.

Llegué yo, y, lo que es natural, todos me preguntaron: ¿Hay buen ánimo? ¿estará usted muy fuerte? ¿será largo el discurso? y todas las cosas que se dicen en casos semejantes.

En este punto estábamos, cuando llegó D. José Morer, tan simpático, tan vehemente, tan entusiasta por las ideas liberales, como siempre lo fué, aunque nunca figuró en la política activa.

Cuando se enteró que tratábamos de la cuestión religiosa, tomó la palabra para decirnos que venía profundamente conmovido.

—Sí, parece providencial; para las obras del alcantarillado, ó de la distribución de aguas, ó para las fundaciones del depósito (no sé cuál de estas obras citó), estamos haciendo

unas excavaciones en el sitio que, según dicen todos, fué el Quemadero de la Cruz, y hemos encontrado, entre otras cosas, dos restos de aquel fanatismo ó de aquella barbarie.

—Qué, ¿han encontrado ustedes algo?—preguntamos todos con interés supremo.

—Ya lo creo—dijo José Morer;—una trenza, trenza de mujer, indudablemente, quemada en gran parte, y unos hierros oxidados, que no sé si serían grillos ó mordazas, ó qué otro instrumento brutal y maldito. Y además...

Pero yo no le oí lo que siguió diciendo; con la trenza y los hierros me bastaba, y de aquélla y de éstos me apoderé, engarzándolos instantáneamente en mi discurso, y adivinando que serían de un gran efecto, para lo cual no se necesita gran poder de adivinación.

Yo creí lo que nos contó Morer, porque era hombre serio, incapaz de inventar una farsa, y porque los objetos él los había visto.

¿El sitio de la excavación, era realmente el quemadero? ¿La trenza, era trenza de mujer que agoniza entre las llamas? ¿Los hierros, eran realmente pedazos de cadena, de mordaza ó de grillos?

¿Qué me importaba ó qué me importa todo eso, si eran símbolos fieles y trágicos de un fanatismo y de una barbarie que ha existido?

¿Es que, como han dicho algunos, tan imbéciles como fanáticos, con los cerebros ahumados por el tufo de las hogueras inquisitoriales, aquella excavación no se hizo en el Quemadero de la Cruz?

Aunque así fuera, yo pregunto: ¿No hubo más quemaderos en España?

Pues variad el nombre, variad el sitio; pero el crimen, para nuestra vergüenza y nuestro remordimiento, siempre quedará en lo pasado, y siempre humeará en la Historia.

¡Qué escrúpulos tan ridículos!

Aunque aquella trenza no se desprendiese de entre unas

llamas, y cayese en un rescoldo y se conservase entre tierra y ceniza, ¿qué importa?, vuelvo á repetir.

¿Es que trenzas de jóvenes y canas de viejos no se chamuscaron nunca en las hogueras inquisitoriales?

Preguntad á los judíos, á los moriscos y á tantas infelices víctimas de un fanatismo brutal, con el que, según parece, es moda hoy tener todo linaje de hipócritas y dulzarronas benevolencias.

Aquellos hierros, que llevaban señales de fuego, como afirmaba Morer, podrían no ser grillos, ni mordazas, ni cadenas; pero cadenas hubo por toda España para amarrar cuerpos, y mordazas para ahogar gritos, en las cien hogueras de la Inquisición.

Toda esta parte de mi discurso era verdadera, absolutamente verdadera, y sólo puede negarlo el que lleve en sus venas, sin que lo sospeche quizá, el microbio de la reacción, que, aunque todavía no se ha encontrado, yo estoy seguro que lo encontraría Cajal como estudiase en el microscopio la sangre que yo le diese.

***

Pero me figuro que estos recuerdos, más que recuerdos, son pasiones de hace cuarenta años.

Y me enardezco, y me irrito, y hasta veo color de sangre, siquiera sea la puramente precisa para el microscopio, y me siento tan cimbrio y tan demócrata como en el año 69.

Tengamos calma, bajemos la temperatura y limitémonos á recordar, sin querer convertir los recuerdos en pasiones, que para los viejos son malsanas.

Ello fué que la trenza y los hierros encajaron admirablemente en mi discurso, y al día siguiente me proporcionaron un gran triunfo.

***

Con los discursos sucede algo parecido á lo que sucede con los dramas.

Los dramas se hacen entre el autor, los actores y el público.

Si uno de estos tres elementos falta, el drama no tiene éxito: *no resulta.*

Por bueno que el drama sea, y por esmerada que sea la ejecución, si no hay cuerdas artísticas en el público, que den la misma nota que el autor ha querido dar, y que han pretendido repetir los actores, el acorde resultará incompleto, y á la emoción se sustituirán el cansancio, la indiferencia y el hastío, cuando no la hostilidad manifiesta.

Esto se ha visto cien veces en el teatro.

Y se ha visto lo contrario: obtener un gran éxito un drama mediano, medianamente interpretado, pero hiriendo las fibras sensibles del público en aquel momento.

El público puso lo que á la obra dramática le faltaba; el público hizo el drama, y resultó de su gusto, y *se emocionó* con su propia emoción, y se aplaudió á sí mismo, cuando creía aplaudir al autor y á los actores.

Caso evidente de autosugestión colectiva.

Pues algo muy parecido á lo que acabo de describir, sucede con los discursos, y sobre todo con los discursos políticos, y sobre todo con los discursos parlamentarios.

Y esto tiene un nombre: la oportunidad.

Yo no sé lo que mi discurso era, porque no he vuelto á leerlo, como antes dije; pero dí una nota que vibraba en la atmósfera, desperté un sentimiento que dominaba en la Cámara, porque dominaba en la Cámara el espíritu liberal, y al aplaudirme se aplaudieron á sí mismos.

No quiero decir con esto que el discurso fuera malo: en primer lugar, porque no lo sé; y además, porque sería una modestia afectada y hasta ridícula.

La modestia tiene sus límites en la sinceridad.

Nada más ridículo que la manera que tienen los chinos de saludarse, según he leído no en un libro, sino en muchos, de los que describen las costumbres del Celeste Imperio.

Se encuentran dos chinos, y se saludan en una forma parecida á la siguiente, aunque es claro que, como yo no conozco

el chino, no puedo dar más que una interpretación, que quizá resulte exagerada.

Pregunta el uno al otro:

—¿Cómo está su esposa de usted?

Y el otro contesta, haciendo grandes saludos:

—Aquel monstruo horrendo, aquella mujer intolerable, aquella harpía, espanto de la casa, sigue bastante bien. Y la de usted, ¿cómo se encuentra?

Y el uno contesta al otro:

—Pues aquel mamarracho, aquella sucia insufrible, aquel sér abyecto, está un poco acatarrada. ¿Y sus niños de usted?

Y contesta el papá:

—Aquellos mocosos, tan sucios y tan insufribles como la mamá, siguen convirtiendo la casa en un infierno.

Y de este modo continúan los dos chinos poniendo á sus respectivas familias como queda dicho, que es decir bastante.

Así lo exige la cortesía y la modestia, y así se entendía en otro tiempo la buena educación en todos los órdenes de la vida, como los describe el gran crítico en su *Castellano Viejo*.

Le invita un castellano viejo á comer en esta forma, ponderando lo mala que va á ser la comida:

—¿Quiere usted venir mañana á hacer penitencia con nosotros?

Y dice *Fígaro*, con muchísima razón:

«O el buen hombre cree lo que dice, ó no lo cree. Si no lo cree, es una afectación ridícula. Y si lo cree, es una crueldad y una impertinencia.»

De todo esto deduzco que entre la vanidad desenfrenada y la exagerada modestia hay un término medio en que están la sinceridad y el buen sentido.

De todas maneras, yo no hago otra cosa que señalar un hecho.

El discurso gustó muchísimo: Dios se lo pague á todos,

por lo que me dieron en justicia, si es que hubo algo de justicia, y sobre todo por lo que me dieron de más.

Y basta de discurso.

*
* *

Dije antes que lo importante en los discursos parlamentarios es la *oportunidad*, y presenté el discurso de la trenza como una prueba de esta afirmación, si es que necesita pruebas.

Pues ahora voy á presentar otra en sentido contrario; mejor dicho, otra para probar lo mismo, pero por opuestos efectos.

Voy á recordar otro discurso de aquella misma época, casi de aquellos mismos días, un discurso de forma admirable, como de quien era, y que dado su punto de vista, que no fué ciertamente el mío, pero que sería el de muchos de los que le estaban oyendo, era de un gran fondo y encerraba su buena dosis de verdad.

Discurso que en otra ocasión y en otro momento hubiera sido aplaudido con entusiasmo por los amigos, aunque los enemigos hubieran protestado con ira: que la protesta del que se siente herido equivale á un aplauso, porque demuestra que el golpe fué certero y la mano vigorosa. Pues digo que este discurso á que voy refiriéndome, que hubiera podido ser en otras circunstancias un triunfo, levantó una protesta general en la Cámara y costó la existencia ministerial á un ministro; pero instantáneamente, puede decirse.

Era por entonces ministro de Ultramar el gran poeta, el gran dramaturgo D. Adelardo López de Ayala, figura noble á la antigua española y simpático para todos, desde los neos á los republicanos.

Sintióse enfermo, fatigado, con uno de aquellos accesos de aburrimiento y cansancio que, según sus íntimos, sufría con alguna frecuencia, y se marchó á descansar á su tierra: á descansar dos ó tres semanas, sin acordarse en ellas de la política activa, ni de las luchas del Parlamento, ni de lo que en el Parlamento pudiera ocurrir durante su ausencia.

Y es el caso que, al marcharse, la política andaba muy revuelta, muy encarnizadas unas con otras las fracciones de la Cámara, y con pocas probabilidades, según los pesimistas, de salir á flote la nueva Constitución.

Al marcharse Ayala á su tierra, los demócratas y los progresistas estaban á punto de romper con los representantes de la antigua Unión liberal, que eran, por decirlo de este modo, los conservadores de aquella época.

Estas impresiones se llevó Ayala á su tierra; y completamente aislado, sin noticias casi de Madrid, sin leer más periódicos que los suyos ni recibir más cartas que las de algunos amigos tan apasionados como él mismo contra los demócratas y sus nuevas teorías, que eran para ciertas gentes el modernismo de entonces, exagerado y demoledor, allá á sus solas el gran poeta fué cuajando en frases artísticas, pero violentísimas, todos sus enojos y todas sus pasiones políticas.

Y de este modo, en una especie de idealismo conservador, lejos de toda realidad, sin tener en cuenta la marcha del Parlamento, forjó el discurso á que me voy refiriendo, que él creyó, porque debía creerlo, de efecto contundente, y que de golpe le costó la cartera, por una circunstancia tan sólo: por falta de oportunidad; mejor dicho, por una inoportunidad evidente.

Mientras él, allá en su tierra, á solas con su fantasía, elaboraba frases dramáticas caldeadas por la pasión contra progresistas y demócratas, en el Parlamento se había cambiado de rumbo y los acontecimientos marchaban en sentido opuesto á aquel en que iban marchando cuando Ayala se marchó á descansar.

Después de muchos trabajos internos, de muchas conferencias entre los jefes, de arreglos mil y componendas más ó menos elásticas, unionistas, progresistas y demócratas habían llegado á pactar una especie de tregua hasta que la Constitución se aprobara y todos la firmasen; porque todos llegaron á comprender que una ruptura estrepitosa en aquellas circunstan-

cias era la ruina y la vergüenza para cuantos habían contribuído á la revolución de Septiembre.

Por eso he dicho muchas veces en estos recuerdos, que en aquella época las ideas solían imponerse á las pasiones, á los intereses y aun á los odios más violentos.

Este hecho que cito lo demuestra de una manera indiscutible.

Pactóse, pues, la tregua; calmáronse los ánimos y se trataron los mayores adversarios como si fuesen los mayores amigos, al menos por algunos días.

Era una amistad prendida con alfileres, como vulgarmente se dice, que de éstas hay muchas en política; pero de todas maneras, unos y otros se contenían en los límites de una aparente cordialidad, procurando evitar todo motivo de discordia.

En estas circunstancias volvió Ayala, recuperada la salud y con grandes deseos de batallar.

Y así se presentó en el Congreso, y se sentó en el banco azul.

¿Es que no se hizo cargo ni se enteró de lo que había sucedido durante su viaje?

¿Es que no le enteraron sus compañeros de Gabinete, ó es que alguien tenía interés en que la tregua se rompiese, y quería sacar el ascua con mano ajena, sirviéndose del talento y de la palabra elocuente de Ayala para deshacer la concordia, romper de nuevo las hostilidades y hacer imposible que la nueva Constitución se votase por todos?

Lo ignoraba y lo ignoro, limitándome á relatar los hechos externos.

Las apariencias fueron que D. Adelardo ignoraba por completo cuanto durante su ausencia había ocurrido en la Cámara.

Y pidió la palabra, no sé con qué motivo, y se levantó solemne y majestuoso. Era la primera vez que hablaba ante las Constituyentes.

Silencio, expectación, solemnidad.

Y empezó su discurso D. Adelardo, con acentos enérgicos, como si allí no hubiera ocurrido nada; tomando las cosas desde el punto en que las dejó, y no faltaba mucho para que empezase de este modo: Señores diputados: decíamos ayer...

Asombro en la Cámara desde el principio, inquietud desde las primeras palabras, interrupciones y protestas desde los primeros párrafos.

¿Qué significaba aquello? ¿Qué interpretación tenían aquellos ataques extemporáneos á los elementos avanzados de las Constituyentes?

¿Hablaba en nombre del Gobierno ó por su propia cuenta?

¿Era el arranque genial de un orador y de un poeta, ó una provocación á todos, calculada con el fin de que se rompiese la tregua?

Pocas veces se ha visto una reprobación más general.

No al orador, que la peroración era magnífica; no al hombre político, que muchos estaban conformes con cuanto decía: pero sí al que llegaba, á modo de *enfant terrible,* á destruir con un discurso la obra trabajosa de la conciliación, de la cual dependía el que se votase en paz aquella obra que había de ser el código de 1869.

Todos protestaban: progresistas, demócratas, republicanos y hasta la mayoría de sus propios amigos.

Si algunos le habían incitado para que realizase aquel acto, en vista del efecto producido, le negaron como San Pedro á Cristo, y se indignaron tanto como todos los demás.

Sus compañeros del banco azul, unos se revolvían inquietos, otros ponían la cara triste, y en suma, la reprobación era universal.

Y él, impasible, descargando mandobles con su caballeresca espada, no precisamente á derecha é izquierda, sino sobre la izquierda sólo; descargando frases, trazando cuadros, enardeciéndose cada vez más.

Recuerdo la pintura que hizo del día en que embarcaron

en Cádiz á los generales desterrados para Canarias, y con qué soberano desprecio pintó la actitud cobarde de las masas populares.

Y claro es que, cuanto más elocuente estaba, mayor era la indignación; la verdad es que la Cámara no estaba para retóricas.

Muchos hombres políticos, sobre todo de los partidos avanzados, se acercaron al banco azul, y con gran calor y en tonos violentos hicieron saber al duque de la Torre, que si en el acto no desautorizaba al ministro, la conciliación estaba rota, y la lucha sería implacable.

A todo esto, Ayala continuaba impasible, diciendo en sustancia, aunque en formas épicas, que las masas populares y los partidos avanzados, ni servían para nada, ni para nada tenían fuerza, y que no estarían allí seguramente, si los generales, la marina y la Unión liberal no los hubieran traído.

Y terminó arrogante y magnífico.

Y se levantó el duque de la Torre, y en pocas palabras y enérgicas le desautorizó por completo.

No era hombre que se inmutase Ayala: apenas mostró sorpresa, aunque el duque de la Torre era gran amigo suyo; pero al fin se hizo cargo de las circunstancias, y en el acto presentó su dimisión.

De manera que un discurso admirablemente artístico, y con cuyo fondo estaban conformes todos los de la Unión liberal, le costó la vida ministerial á un ministro simpático y prestigioso.

¿Por qué?

Sólo por falta de oportunidad.

Cada cosa en la vida, y sobre todo cada discurso, tiene su momento oportuno.

José Echegaray

DOÑA LEONOR DE GUZMÁN

La intervención del eterno femenino y su influencia decisiva en los hechos humanos, es una verdad tan axiomática, que el espíritu de vulgarización de nuestros vecinos la ha sintetizado en una frase: *cherchez la femme*, dando con esto á entender cómo siempre tras el velo de un misterio en lo más recóndito de una causa ó móvil desconocido se hallaba la mujer cual factor poderoso y origen cierto de bienandanzas ó desdichas.

Elena, en la dorada leyenda clásica, había producido la lucha entre dos pueblos, y acheos y troyanos, en guerra por el amor de una mujer, dieron lugar á uno de los monumentos más grandiosos de la epopeya humana. *Aspasia*, con sus encantos y belleza, había sido el alma del siglo de *Pericles*.

El perfumado ambiente de las triremes de *Cleopatra* atraía á *Marco Antonio*, y la nave voluptuosa con velas de púrpura arrastraba al triunviro en pos de la reina de Egipto, decidiendo el combate de *Actium* y la victoria de *Octavio*, y hasta *Justiniano*, el emperador jurista, en un rasgo de pasión elevaba al solio imperial á la cómica *Teodora*.

En España, el nombre de *Leonor de Guzmán* evoca multitud de confusos recuerdos de poéticas remembranzas y amores cortesanos. La memoria de la célebre favorita se halla unida á los hechos de uno de los monarcas más ilustres de nuestra historia, y no podemos hablar de *ella* sin pensar en su real amante. La figura de Alfonso XI, noble, generoso y magnánimo, eclipsa con su brillo cuanto le rodea; pero la dama á quien pro-

fesó constante y firme afecto descuella como estrella radiante de primera magnitud.

Escasas son las noticias acerca de los personajes importantes de la primera mitad del siglo XIV; y así como es fácil y hacedero el construir una biografía de la época moderna, grandes dificultades ofrece el seguir paso á paso la vida y contingencias de una figura histórica en plena Edad Media. Sólo indicaciones sobre D.ª Leonor de Guzmán encontramos en la célebre Crónica de *Villazan*, y el analista *Ortiz de Zúñiga* repite con ligeras variantes los mismos datos; el *P. Flórez* añade algunas referencias, sacadas en su mayor parte de documentos oficiales, quedando al curioso investigador la ardua labor de extraer de los pergaminos aquellas deducciones lógicas encaminadas á completar la monografía, para llegar por conjeturas más ó menos hipotéticas á resucitar un medio y una manera de ser tan distintos de los nuestros, aspirando por un esfuerzo imaginativo á respirar el ambiente y á comprender la mentalidad y sentimientos de aquella remota edad.

Tres mujeres se disputan el valimiento del rey de Castilla desde los comienzos de su reinado: *Constanza*, hija de *D. Juan Manuel* y desposada con Alfonso en su menor edad; *D.ª María de Portugal*, su legítima esposa, y *Leonor de Guzmán*, la hermosa favorita dueña durante su vida del corazón del monarca castellano.

D.ª Constanza, tierna y delicada princesa, víctima de amaños políticos, fué encerrada en un castillo para hacerla prenda segura contra la altivez de su padre. No vió en su triste juventud más que los muros sombríos de la ciudad de *Toro*, no gozando sino en sueños infantiles de la gloria de su encumbramiento.

Cuentan las historias, y en ello se afirman los portugueses, que Alfonso, de espíritu apasionado, llegó á profesar verdadero afecto á aquella compañera nominal, y que cuando las circunstancias políticas hicieron nulo aquel matrimonio, de suyo *rato*, hubo de sentir honda pena, acrecentada por la noticia de

que la princesa contraía nuevas nupcias con un magnate lusitano. Parece ser que Alfonso experimentó amor por aquel bien que para siempre le escapaba, y así la leyenda habla de cartas fidedignas no examinadas aún por la severa crítica. Sea de ello lo que quiera, la figura de la hija de D. Juan Manuel es por demás simpática, y aquel lazo de unión entre el vasallo y su señor, aquella mutua atracción entre personas por quienes corría la misma sangre (pues de estirpe regia y de la misma familia eran), hace recordar el idílico amor del rey hacia su prima como una de las pruebas más claras y fehacientes de una edad en que todo era ideal caballeresco y acendrado culto á la dama.

María de Portugal, casada con Alfonso por móviles políticos, base de combinaciones ulteriores, representaba en el trono de Castilla la fatuidad petulante del reino lusitano; tras ella se veía el apoyo del portugués, siempre encomiado hasta los límites de la hipérbole, y siempre exiguo y mezquino cuando llegaba la hora del combate. Era personalmente modesta, sencilla y retraída, y por semejanzas y analogías que se presentan á través de los siglos, recuerda en nuestro sentir el mismo papel representado en la corte de Francia por *María Teresa*, la piadosa mujer de Luis XIV. Ella también, como *María de Portugal*, representaba la altivez y orgullo retraído de nuestra raza; como ella, también, llevaba su piedad como único consuelo á su infortunio, y la religión, la plegaria y el fervor ascético suplían en ambas la falta de amoroso celo de sus respectivos consortes.

Llenos están los cartularios y las colecciones de pergaminos pertenecientes á órdenes monásticas, de privilegios, fueros, exenciones y cuantiosos legados de *D.ª María de Portugal*, que multiplica sus generosos galardones en favor del clero y sus adeptos.

Después del coronamiento de Alfonso XI comienza una lucha sin tregua ni cuartel, ora solapada, ya en abierta hostilidad, entre las dos rivales, disputando la reina la primacía á la

manceba, que supo con sus gracias reducir al soberano, esclavo de sus deseos.

Las tropelías de los tutores habían dejado la tierra yerma y estragada; el labriego no podía cultivar su pobre heredad con sosiego, pues temía á cada instante la irrupción de gentes extrañas, la llegada de algún oficial ostentando las prerrogativas del infante, dueño y señor de aquella comarca, siempre dispuesto á esquilmar las cosechas, exigiendo cuantiosos tributos y vejando de continuo á sus pacientes vasallos. Alfonso miró ante todo á reparar el mal, devolviendo la tranquilidad á sus reinos, librándolos de la anarquía y corrigiendo con mano firme los desmanes de la turbulenta nobleza. Asegurada la paz interior, pensó el monarca castellano en continuar la empresa tradicional de sus mayores, expulsando de una vez al infiel de los dominios hispanos. La ocasión era propicia, pues el decadente reino granadino se deshacía por rivalidades intestinas, ensangrentando el palacio de la Alhambra con sus rencillas dinásticas. El *Mogreb*, en cambio, era poderoso, y su hegemonía, reconocida en la Península, daba más de un motivo de temor á los cristianos de España. Los *nazaritas* acudían al *Benimerin* en demanda de auxilio, deseosos de conservar las ventajas que obtuvieran en las anteriores revueltas. Para atajar este peligro acude Alfonso á Sevilla, y en esta ocasión fué cuando conoció á *Leonor de Guzmán*, mujer de excepcionales dotes, pues de ella dice la crónica que era en *fermosura la más apuesta mujer del reyno*. Hija de *Pero Núñez de Guzmán* y de *Beatriz Ponce de León*, estaba emparentada con las familias más linajudas de la corte, y casada con *Juan de Velasco*, enviudaba á poco, siendo al tiempo de la conquista de *Olvera* (1327) de pocos años más que el monarca. Conocióla el rey con motivo de darse un sarao en casa de D. Enrique Enríquez, cuñado de Leonor, y tal impresión causó en su ánimo el gentil donaire, la belleza y discreción de la linda viuda, que hubo de ser desde entonces el pensamiento dominante de Don Alfonso alcanzar el codiciado bien que ambicionaba. Difícil era sojuz-

gar un carácter tan resuelto y un espíritu tan firme como el del rey de Castilla; pero *Leonor de Guzmán* puso en ello tal empeño y se dió tal maña, que la resistencia fué la clave de la victoria. Siguióla el rey desalado fuera de Sevilla, y *María de Portugal* supo con tristeza, mas no con desencanto, que su primo Alfonso faltaba á los deberes de esposo.

Una de las virtudes características de rey tan ilustre por sus hechos, era la constancia; y si llevó como lema de sus actos políticos la perseverancia, no fué menos igual en afectos, mereciendo con justicia que de él dijera el insigne historiador de su hijo D. Pedro que *no había sido tornadizo ni en amores*.

Rendida al fin la de Guzmán, comenzó para el real enamorado una era de venturas, amargada solamente por los remordimientos de una situación equívoca y por las reclamaciones del Papa y el de Portugal, que afeaban su conducta.

Era D.ª Leonor mujer inteligente y de buen sentido; cosa rara, pues con dificultad se encuentran hermanados el entendimiento y la hermosura en mujeres en que, dominando la vanidad al verse ensalzadas, como la Guzmán, pierden toda noción de medida, y cegadas por los propios encantos que la Naturaleza pródiga les diera, se creen dechado de perfecciones y con méritos para escalar los más altos puestos. No abusó la favorita de su valimiento, y contentándose con dominar en el ánimo del rey, trató de conseguir las mayores ventajas que su situación le deparaba, sin traspasar los límites de la prudencia. En vano *D. Juan Manuel*, en sus arteras combinaciones de rebelde empedernido, quiso hacer de ella un instrumento para derrocar á la reina Doña María, creando nuevos conflictos en Castilla por la guerra con Portugal, consecuencia cierta del repudio proyectado por el inquieto magnate. Rechazó con altivez la Guzmán las proposiciones del noble prócer; y avisada, no se dejó deslumbrar por el brillo de una corona, mirando con prevención todo aquello que pudiera acarrear trastornos para su patria. No tardaron los cortesanos en comprender cuán grande era la influencia de la favorita, y cómo les conve-

nía estar á bien con ella si querían conservar la gracia del monarca. Pronto las intrigas envolvieron en su tupida malla todos los actos de la *Guzmán*, haciendo de sus caprichos más insignificantes cuestiones de trascendencia notoria para el país. Era consecuencia natural de su privanza, y por lo tanto no puso ella gran empeño en cortar los progresos de un mal cuyo origen conocía y no podía evitar. Formóse, pues, una camarilla compuesta de nobles y dignatarios, en la que figuraban hasta prelados indignos, arrastrados por desmedida ambición, que les llevaba á halagar la concupiscencia de su señor para obtener de él mayores recompensas. La gloria de doña Leonor perduraba á despecho de los partidarios de D.ª María y contra los legítimos derechos de la esposa y de la reina.

Consagrado su prestigio por el favor del rey, nada se oponía á su voluntad, poniendo mano en todos los negocios del Estado, y logrando elevarse por su cordura y talento á la cúspide del poderío. A ella acudían las embajadas de príncipes extranjeros implorando su mediación; los infanzones solicitaban con afán una sonrisa de sus labios, como promesa segura para recabar gracias y mercedes; los ambiciosos esperaban, multiplicando sus lisonjas, medrar en la corte; el primado de las Españas hacíale donaciones, encomiando sus virtudes; y adulada por sus enemigos, agasajada y querida por los suyos, temida de propios y extraños, Leonor era la dueña y señora de Castilla. *Rodrigo Alvarez de Asturias*, señor de *Ribera* y *Cabrera*, dejaba sus dominios en herencia á un hijo de la favorita. Garcilaso de la Vega le brindaba con su amistad, y su hermano *Gonzalo Ruiz* era mayordomo de D. Fadrique.

Sus parientes ocupaban los primeros puestos: *Pero Núñez de Guzmán* era merino de *León; Alfonso Méndez de Guzmán* fué maestre de Santiago, y *Enrique Enríquez, el Mozo*, sobrino de D.ª Leonor, desempeñó el cargo de justicia mayor de la casa del rey, una de las funciones más importantes de la corte en aquel entonces. Entre los confirmantes de privilegios rodados, aparecen los caballeros *Juan Alfonso de Guzmán*, *Juan*

Ramírez de Guzmán, *Alvar Pérez de Guzmán* y *Ramir Flores de Guzmán*, el matador de *Alvar Núñez de Osorio*, privado del monarca. Deudo de Leonor era también *Pedro Ponce de León*, segundo señor de *Marchena* y jefe de esta poderosa familia, que obtuvo pingües beneficios por sus relaciones de parentesco con la favorita.

La amiga del rey es sin duda alguna, si no la causa voluntaria, al menos la eficiente de los males ulteriores de España, porque mientras la portuguesa estéril y abandonada todavía no había dado herederos al trono, la manceba dominadora y triunfante legitimaba en cierto modo la bastardía, procurando para sus hijos lo más rico y saneado del patrimonio real. *Don Pedro*, el primer vástago, era señor de Aguilar; D. Enrique poseía *Noreña, Cabrera* y *Ribera*, ostentando el título de conde de *Trastamara; D. Fadrique* era maestre de Santiago con dispensa de edad; el fatuo *D. Sancho*, señor de *Ledesma; don Fernando*, señor de *Haro*, quedando aún mercedes para *D. Tello*, *D. Juan* y *D.ª Juana*, últimos retoños de esta lista casi interminable, que patentizaba la fecundidad de la concubina en contraposición á la esterilidad de la legítima reina.

Colmóla el rey de mercedes, y en diversas regiones de la Península tenía la de Guzmán valiosas posesiones, y así como la reina D.ª María prodigaba su generosidad en los conventos, Leonor, más mundana, confirmaba privilegios y daba cartas pueblas á villas y ciudades. Extensas tierras tenía en Castilla, como eran *Villagarcía* y su territorio; *Paredes de Nava* y la villa de *Oropesa*, en el centro y riñón de España. Trocó con *Juan Alfonso de la Cerda* sus dominios del *Real* de *Manzanares* por la villa de *Huelva* y su castillo; gozaba de lucrativos derechos en la conquistada Algeciras, y cerca de su ciudad natal poseía *Alcalá de Guadaira*, rica donación de su real amate.

Valerosa y esforzada, acompañaba al rey Alfonso á la guerra, confortándole con su presencia en los duros trances del asedio de Algeciras; sostenía con varonil constancia las privaciones del sitio, compartiendo con el ejército las amarguras y

desmayos de un cerco prolongado, que recuerda la gloria helena y las míticas y fabulosas hazañas de los héroes de Homero.

Los historiadores portugueses, y entre ellos *Rodrigo Da Cunna*, atribuyen á D.ª Leonor maquinaciones arteras, y hasta el empleo de maleficios, para impedir diese á luz la reina doña María un hijo varón, y así asegurar el trono á sus descendientes. Afirman anduvo en tratos con una mora hechicera, para que usase de sortilegios y artes mágicas para conseguir su objeto. Pero tanto esta aseveración como la de los partidarios de *D. Enrique de Trastamara*, que aseguraban ser *D. Pedro* hijo de una judía, ó de la reina, y D. Juan Alfonso de *Alburquerque*, llamando al rey de Castilla *Pero Gil* para escarnecer su memoria, recordándole su impuro origen, son falsedades forjadas por la pasión política, de las que debe prescindir en absoluto la serena crítica y rechazar de plano la veracidad histórica.

Para muchos la conducta de Alfonso XI en sus relaciones domésticas, y el desvío con que tratara á su legítima esposa, fueron causa del odio concentrado que desde niño fué alimentando el alma del príncipe heredero, que veía en su madre la víctima de los desmanes de la favorita y de la altivez y procacidad de los bastardos. Ese veneno lento que se iba infiltrando en las venas de D. Pedro, formado de postergaciones y desdenes, es para sus panegiristas la disculpa más elocuente de cuantas crueldades y tiranías cometiera luego el legítimo heredero del rey legislador. No estimamos estas circunstancias de la misma manera, y creemos con la crítica moderna que D. Pedro, de naturaleza aviesa y desmandada, cometiera todo género de tropelías y despotismos arrastrado por su instinto malévolo, guiando sus acuerdos y voluntades del mero capricho, de la venganza más refinada y de la crueldad típica que le caracteriza como el rey más funesto de la Edad Media.

Tanto poder y valimiento como tuvo la Guzmán habían de acarrearle más tarde grandes infortunios, y aquella misma que fuera de hecho reina y señora en Castilla vería con dolor

creciente la desgracia de los suyos, su linaje escarnecido y el vilipendio y la vergüenza de una posición sostenida á duras penas por el amor de un rey que, al morir ante los muros de *Gibraltar*, abandonaba sin defensa á su fiel compañera para ser víctima expiatoria de sus propios devaneos. La esperanza de Leonor feneció con Alfonso, pues poco podía esperar del hijo de su rival. Desatáronse sin freno las iras y rencores ocultos, y la reina doña María, que había sido hasta entonces modelo de esposas resignadas, hubo de sentir el deleite de la venganza, queriendo torturar á la favorita y cobrarse con creces de las humillaciones pasadas.

Caro había de pagar Leonor de Guzmán tan larga privanza; pero hemos de considerar que si el valimiento fué grande y prolongado, la expiación superó en mucho, por su crueldad, á cuanto podía esperarse. La piadosa doña María no perdonaba, y los instintos fieros del nuevo rey de Castilla habían de secundar los ardientes deseos de su madre. Presentimientos de la triste suerte que la aguardaba tuvo doña Leonor, pues abandonando el fúnebre cortejo que acompañaba los restos de D. Alfonso, se refugió en *Medina Sidonia*, villa de su pertenencia. Dispersos sus partidarios, sola y sin más auxilio que su firmeza, vió cómo sus hijos, para asegurar sus puestos, pactaban con los contrarios, y pronto, sin amparo, cayó en poder de sus enemigos para ser llevada á Sevilla, donde permaneció prisionera en manos de su temida rival, que contemplaba con regocijo su caída y se ensañaba en su desventura. En la cárcel, las miras políticas y el afecto maternal hicieron influyese de una manera decisiva para que el infante D. Enrique consumase el matrimonio con la hija de D. Juan Manuel, y este acto hábil y calculado fué el postrero, pues sirviendo de pretexto á sus verdugos, les indujo á decretar su sentencia. ¡Con la voz de la humanidad y de la justicia, no podemos menos de recriminar tan cobarde felonía y la fiera saña de *doña María* y *D. Juan Alfonso de Alburquerque*, que cebaban sus odios en el caído, débil é indefenso!

La triste herencia de los errores domésticos de un rey tan grande como Alfonso XI dió lugar á las crueldades de un loco furioso como Pedro I. La reconquista retardaba siglo y medio su remate, el reino granadino alentaba aún en su agonía, Aragón luchaba contra Castilla, y, lo más lamentable para España, la intervención extranjera era un hecho en el solar castellano. Las compañías blancas, *Beltrán Du Guesclin* y el príncipe *Negro*, paseaban sus huestes por la Península, y extraños invasores se aprovechaban de nuestros disturbios para lograr tierras, haciendas y tesoros que arruinaban al Erario, empobrecían al pueblo y devastaban nuestro territorio. Grandes desastres y males sin cuento sobrevinieron á Castilla como consecuencia de un concubinato impuesto por el rey, tolerado por la nobleza, que había existido por culpables condescendencias de los prelados, sufrido por las Cortes y la nación entera sin la más leve protesta. Los frutos de esta unión y trato ilegítimos habían de traer funestos desvaríos, luchas encarnizadas, guerras fratricidas que tiñeron de sangre real los campos de *Montiel*, elevando al trono á una raza bastarda, ya manchado el escudo real con estigma indeleble, que no logró borrar la munificencia del *Trastamara*.

Antonio Ballesteros

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

IDEALES ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS [1]

La guerra que privó á España de las últimas reliquias de un imperio en cuyos confines un tiempo «no se ponía el sol», ha producido en el pueblo español una influencia doble. Por una parte, ha ocasionado un efecto material bien definido, capacitando á los españoles para consagrar sus energías á elaborar su propia salvación económica y levantar su país al mismo nivel de civilización que las demás grandes naciones de Europa. Por otra, ha originado una influencia menos perceptible aún, pero de carácter más espiritual. Ha inducido á aquellos españoles que consideran que una nación puede ser grande únicamente por su distinción moral é intelectual, por su fidelidad á sus mejores y peculiares instintos, á proponerse una tarea nacional de autoanálisis y autocrítica. ¿Cuál es el espíritu real de España?, parecen preguntarse á sí mismos estos hombres. ¿Cuál es la naturaleza de sus grandes tradiciones? ¿Cómo podemos los españoles modernos llegar á ser fieles á este espíritu y á estas tradiciones? ¿Hasta qué punto seremos cuerdos en intentarlo? Los que proponen estas preguntas—reducido grupo de profesores de Universidad, novelistas, periodistas, pertenecientes á todas las regiones de España—representan en su país actualmente el papel que desempeñaron hace casi un

(1) De *Fortnightly Review*.

siglo, por modo más espléndido y resonante, Carlyle en Inglaterra y Emerson en América. El nuevo auge de prosperidad material en España ha merecido la atención de varios escritores en diversos países; pero á mi parecer este movimiento de autointerrogación espiritual no ha atraído la menor atención fuera de España, y no sería tiempo perdido el de intentar describir su carácter y tendencias.

El escritor de tal grupo que por mayor cantidad de motivos merece ser nombrado el primero, quizá como el iniciador de este movimiento—puesto que su libro apareció antes de la guerra y no ha sido superado por ningún otro publicado desde entonces,—es Angel Ganivet.—No figura su nombre mencionado fuera de España aun por aquellos que se interesan en la literatura de esta nación, pero á los españoles serios de la novísima generación es Ganivet bien familiar, y con razón, pues su opúsculo *Idearium Español*, verdadera obra maestra, contiene un caudal de excelentes pensamientos é intensa doctrina, más importante que ningún otro libro de los publicados en España en los últimos años. Cierto que no fué escrito en España, y á este hecho se puede atribuir sin duda en considerable proporción el hallarse dotado de tan bellas cualidades de desapasionamiento y de íntima percepción del genio de España, concienzuda y deliberada. Después de una brillantísima carrera académica ingresó Ganivet en el Cuerpo consular; ya desde los tiempos de Hawthorne no han sido los deberes de un cónsul incompatibles con el ejercicio de la más alta literatura. Por más que á un cónsul, en una situación particularmente favorable para adquirir una idea objetiva del país que representa, no se le puede considerar completamente como un desterrado: continúa viviendo bajo la bandera de su nación y permanece diariamente en contacto con su pueblo y sus intereses. Ganivet vivió por largo tiempo en Amberes; su *Idearium* fué terminado en Helsingfors en 1897. Dos años después, cuando contaba los treinta y tres de vida, se suicidó en circunstancias trágicas y obscuras.

El diagnóstico de Ganivet sobre la enfermedad de que su país adolece—pues casi todos los intelectuales españoles convienen en tenerla por una enfermedad, aunque discrepan en cuanto á su naturaleza y gravedad—es la *abulia* ó carencia de voluntad. Con ser el vivir de Ganivet esencialmente cosmopolita, inquiere el remedio para España en su propia fuerza nativa. «El motivo central de mi idea—declara—es la restauración de la vida espiritual de España». En cuanto á la posibilidad de esta restauración, no siente la menor duda. Parodiando á San Agustín, asienta este concepto: *Noli foras ire*; *in interiore Hispaniae habitat veritas*. «Dentro de sí misma, y no fuera, debe España buscar su salvación». Cerrar con candaduras y cerrojos las puertas por donde sale el espíritu de España á dispersarse estérilmente por los cuatro puntos cardinales. La guerra que siguió inmediatamente á la publicación del *Idearium* dió apoyo á su moral para identificarla con la lógica de los hechos contemporáneos. De esta manera resulta que Ganivet, cuyo libro en todo caso hubiera sido memorable, llega á ser el profeta de un renacimiento espiritual en España.

Realmente los más de los libros que se produjeron inmediamente con ocasión de la guerra se elaboraron demasiado precipitada y superficialmente para mostrar la influencia directa de un pensador tan sutil y serenamente sugestivo como el autor del *Idearium Español*. Algunos de ellos, reflejando el profundo abatimiento, que fué el primer efecto de la lucha en muchos españoles, revelan un pesimismo casi inconsolable. Uno de los mejores ejemplos de esta clase es *El Problema Nacional*, que publicó Ricardo Macías Picavea, cabalmente después de la guerra, en 1899, en el que presenta una pintura tenebrosa del carácter nacional, en la que existe considerable elemento de verdad. Macías Picavea censura en sus compatriotas sus excesos de individualismo arbitrario y sus tendencias centrífugas; en esto ve la fuente de las calamidades españolas. «Hemos tenido mil pronunciamientos y motines—dice,—y ni una sola revolución fructífera.» Este derroche caprichoso y

fácil de energías lo reconoce Macías Picavea más concretamente en dos defectos originales de carácter: un defecto dinámico original en el predominio de la pasión sobre la voluntad (y en esta apreciación coincide con Ganivet) y un defecto moral original en la sustitución del principio de justicia por el sentimiento socialmente inadecuado de compañerismo y amistad. En cuanto á lo primero, trae á cuenta la tendencia española de vivir al día y aplazar toda labor para un remoto *mañana*, la propensión de convertir la vida en una lotería, en el subjetivismo que se satisface con imaginarias posibilidades en vez de sólidas y previsoras actividades. La segunda cualidad es el manantial de la inmoralidad administrativa de España, que consiste no tanto en la venalidad ó rapiña como en los afectos caseros y de compadrazgo que inclinan siempre á favorecer al amigo por ser amigo y llegan á erigir la impunidad en ley.

Sin duda ninguna, acierta en esto Macías Picavea con la fuente real de una calamidad efectiva experimentada por cuantos extranjeros han estado en relación con la España administrativa. Mas la razón es que el español, quizá más que ninguna otra persona del mundo civilizado, es singularmente afecto á su familia, á su amigo, huésped, vecino, y la mitad de las personas lejanas ó invisibles que no se encuentran dentro de este círculo no le inspiran motivo intrínseco para la acción. En casos tales se hacen necesarios algunos motivos extrínsecos. Constituye esto una manera antisocial si consideramos en un sentido algo extenso la sociedad, por más que en esto exista una parte estimable y digna de admiración. No es disparatado atribuir á esta tendencia el hecho nada dudoso de que España ha sido particularmente prolífica, no solamente en retóricos, sino en moralistas. Por lo que toca á Macías Picavea, parece no alentar grandes esperanzas respecto á sus compatriotas, y ve el problema nacional casi por completo sin solución.

Este libro, dicho sea de paso, ilustra el concepto, tan á menudo acreditado por españoles y extranjeros, de que los defectos del carácter nacional de España son necesariamente de re-

ciente existencia y debidos á una supuesta decadencia. Consideremos, por ejemplo, un pormenor característico que es hoy muy familiar á naturales y extranjeros: la tendencia á diferir todo para un remoto *mañana*. Cuando el Congreso Internacional de Medicina se reunió hace algunos años en Madrid, nada había preparado en el día de la apertura, y hasta muchas de las invitaciones llegaron á manos de los congresistas cuando el Congreso había terminado. Fué quizá este incidente el que sugirió al escritor satírico que escribe con el nombre *Azorín* burlarse de las dilaciones de sus compatriotas en *La ruta de Don Quijote*, fingiendo á un distinguido cirujano inglés que llega á Madrid lleno de entusiasmo y presuroso de componer un libro acerca del país que él tiene por el mejor del mundo, y prosiguiendo en la confección de su obra, se encuentra, en virtud de esta manía de aplazamiento, con que la cosa más trivial no puede realizarse sin moratorias, por lo que finalmente resuelve titular á su libro: *El tiempo que se pierde en España*. Hace tres siglos, en 1607, refería Francisco Bacon exactamente lo mismo en un memorándum oficial de las famosas demoras de los españoles en las negociaciones, y nos recuerda también lo del secretario de Estado lord Salisbury de que esto no es debido «á malicia ó desafecto hacia nosotros», sino en parte á la multiplicidad de los tribunales españoles y en parte también á una causa psicológica, «al carácter de la raza, que es soberbio, y por consecuencia dilatorio, pues los hombres soberbios son dilatorios y es necesario aguardarlos». «Todo lo cual—dice Bacon de su cuenta—ha hecho que los aplazamientos de los españoles se hayan acreditado como proverbio por todo el mundo; y así creo que Su Señoría debió aludir al dicho de Italia, *mi venga la morte di Spagna*, véngame la muerte de España, porque así tengo por seguro que ha de ser tardía su visita». Y esto sucedía en la mitad de aquella gran época de España, cuando en todas las manifestaciones de la vida y del arte desplegaban los españoles una energía, resolución y actividad que han dado inmortalidad á sus nombres. Las cuestiones de

psicología nacional son más complicadas de lo que nosotros á veces podemos comprobar, y el incalculable número de hombres que han hecho grande á un país puede á menudo desplegar cualidades distintas y aun opuestas á las que tenemos costumbre de ver como inherentes á la gran mayoría de sus compatriotas.

Más lisonjero tono adopta Ramiro de Maetzu en su *Hacia otra España*, publicado también en 1899. Afirma, es cierto, que España se halla al principio de una gran lucha económica, y no sabe con seguridad hasta qué punto se adapte al éxito en las vías del progreso industrial. Pero á lo largo de estas vías es donde nota señales de promesa; por el avance enérgico en esta dirección cree que España puede engrandecerse, y podemos á la vez esperar para ella un nuevo renacimiento intelectual del espíritu hispano. Aun ofrece más fácil optimismo Luis Morote en *La moral de la derrota*, publicada en 1900. Es Morote periodista, y fué corresponsal en Cuba; los rebeldes le hicieron prisionero, y le condenaron á muerte como espía. Pero se salvó, y á su vuelta á España publicó una serie de libros, marcados con el sello de ardiente patriotismo y fe entusiasta en la nueva España del porvenir. Todo lo que España necesita es, á su parecer, aprovechar las lecciones de la experiencia, abandonar su vana política de aventuras mundiales, y trabajar por la dicha y civilización de la propia Península; esta es *La moral de la derrota*. Cree lo menos necesario para España intentar expediciones al exterior, una vez que ha conquistado su posición en el mundo é impuesto uno de los cuatro lenguajes universales. «Nuestra lengua, civilización, arte, genio y espíritu de raza perdurarán eternamente y constituirán la más grande España del planeta, el país moral y mental de las diez y ocho nacionalidades, casi un continente completo, que aunque políticamente separadas por las letras y el idioma, por la poesía y el amor, perpetuará el empleo de la lengua de Castilla.» En una obra posterior publicada en 1904, *Los frailes en España*, toca Morote la cuestión que la mayor parte de

los progresistas españoles considera más radical en la regeneración de España: la de las comunidades religiosas. «¡Si pudiéramos desembarazarnos de los frailes tan fácilmente como de las colonias!, se hacía decir á un español representado en los periódicos festivos de Madrid durante la guerra. Era ésta una aspiración alimentada por muchos españoles de todas las clases. Hace siglo y medio que por cada treinta habitantes en España había un sacerdote; á principios del XIX, Portugal, Roma, Sicilia y Turquía eran los únicos puntos que aun ofrecían mayor proporción de eclesiásticos que España. Verdad es que poco tiempo más tarde prosiguieron los españoles la reforma revolucionaria que ha llenado su nación de nobles ruinas de monasterios; pero el libro de Morote sirve para demostrar que los españoles sienten aún atormentada su existencia con el excesivo número de monjas y frailes improductivos. Es de alguna dificultad precisar en qué estado se encuentra España actualmente en el asunto de las comunidades religiosas. Por un lado, se percibe claramente en hombres y mujeres un gran caudal de fe, de observancia religiosa y aun de fervorosa devoción, y á veces intolerante mojigatería, apoyado todo esto en una masa de tradiciones magníficas, de espléndida arquitectura y pompa litúrgica, de una organización clerical y unas riquezas hoy no superadas por ningún otro país. Pero por otro, notamos las sutiles y avasalladoras influencias del Liberalismo, República y Anarquismo, de la rebeldía á las fuerzas envejecidas é inertes que se consideran como obstáculo al progreso de España; la importancia y realidad de este movimiento se manifiesta en los vigorosos esfuerzos del partido liberal en España para seguir el ejemplo de Francia y conseguir una inspección nacional de las asociaciones religiosas (1).

(1) En España, sin embargo, el movimiento anticlerical no es de necesidad irreligioso. El conde de Romanones, caudillo político de los anticlericales y ministro de Instrucción pública en el último Gabinete liberal, no es adversario en modo alguno del cristianismo ni aun del catolicismo, de la escuela democrática del cardenal Gibbons y del arzobispo de Irlan-

Esta discrepancia se refleja en las opiniones de los españoles del día. Así, uno de los más modernos críticos de la España literaria, Manuel Bueno, declara que «ninguna filosofía opuesta á la piedad cristiana hallaría ambiente favorable en España». En cambio, otro pensador, Pascual Santacruz, afirma que el pueblo español está sumergido ahora en el más profundo escepticismo, y hasta en el indiferentismo, y en grado tal, que hasta los más religiosos han cesado de considerar el catolicismo como la legítima interpretación del Evangelio de Cristo. Sorprenden tales afirmaciones acerca de un pueblo que ha representado parte tan viva y tan imponente en el desarrollo del catolicismo. Pero podemos tener presente que Francia, uno de los países más católicos y tierra de santos, ha sido la primera en rechazar toda conexión oficial con la religión, y una región tan ardientemente piadosa como Bretaña se ha distinguido siempre por el fervor de sus librepensadores. El vino viejo ha sido derramado en odres nuevos, y el espíritu de los padres se renueva en los hijos bajo distintas formas. No podemos esperar que desaparezca. El temperamento pasional de los españoles y su místico fundamento—esa fuerza que dejan tras sí Raimundo Lulio, Loyola y Santa Teresa—son inherentes á la raza. Ganivet considera que la tendencia española al misticismo ó exaltación del sentimiento religioso es una santificación de su primitiva sensualidad africana, y que su tendencia al fanatismo ó exaltación de la acción práctica es un retorno sobre sí de la furia acumulada durante ocho siglos de combates entre cristianos y moros. Como quiera que sea, estas cualidades no pueden menos de persistir, aun cuando ya no inspiren el catolicismo, que fué algún tiempo su manifestación suprema.

---

da. Unicamente combate á una Iglesia que se niega á pactar con los progresos sociales, y emplea armas políticas en su ayuda, en vez de auxiliarse con la fuerza espiritual. Considera él que los ideales en que se cifra la evolución política moderna están enteramente de acuerdo con las doctrinas de Jesús.

No es preciso extendernos en más pormenores sobre las más aparentes manifestaciones del espíritu español, representadas en forma pesimista por Macías Picavea, y optimista por Morote. De mayor interés son los ahincados esfuerzos de los mejores pensadores de la España actual para averiguar con toda certeza los rasgos fundamentales y permanentes del carácter español. Una tentativa notable para preparar el camino en esta dirección cuidadosa y deliberada, aunque como consecuencia directa de la guerra, nos suministra la *Psicología del pueblo español*, publicada en 1902 por Rafael Altamira, catedrático de la Universidad de Oviedo. Altamira no es, seguramente, un psicólogo sutil como Ganivet; pero dedicado al estudio de las leyes y de la sociología é historia de la civilización, familiarizado en gran manera con los sucesos y opiniones del pasado, se halla bien libre de incurrir en actitudes extravagantes á vista de los problemas actuales. Representa el mejor ejemplar del catedrático español moderno, erudito y cauteloso, pero ilustrado y progresivo, entusiasta por los adelantos educativos, y ferviente abogado de su forma de popularizarlos llamada «extensión universitaria», de la que su propia Universidad ha dado ya ejemplo en Asturias. Como puede presumirse de todo el que lleva hábito de historiador, Altamira es menos inclinado á encontrar la fuente del presente social de España y debilidad política en defectos personales, como el de falta de constancia, en que Costa insiste, ó excesos de individualismo, á que Ganivet consagra tanta importancia, que en otras causas más lentas y complejamente laboriosas de orden económico. Encuentra su explicación, conforme á la antigua teoría, no tanto en la desmoralización producida por el «oro de América», como en la despoblación, á que contribuyeron varias causas, en el empobrecimiento nacional y en la dirección errónea seguida por el sentimiento religioso. La tendencia combinada de estas influencias durante los últimos siglos, cree Altamira que ha interpuesto obstáculos, que ha dispersado tantas energías de España, que, concentradas en un

momento dado, hubieran bastado á la salvación de sus crisis internas. Como las aguas del Guadiana en parte de su curso, el vigor nacional ha sido derramado y deglutido por la tierra. Altamira concluye que la regeneración nacional es posible, aunque únicamente sobre la base de las condiciones naturales, atestiguadas por el estudio del pasado. Considera esencial para esta regeneración una fe renovada en las cualidades naturales del pueblo y sus aptitudes para la vida civilizada, pero con el debido cuidado de evitar el ensayo de una mera resurrección arcaica de las formas del pasado, pues sólo en contacto con la civilización moderna puede el genio nacional ser vivificado y apto para la obra que tiene ante sí.

Mediante un análisis histórico y psicológico combinado del espíritu español, agregado un toque de ironía, nos encontramos finalmente con un escritor que ocupa en la actualidad lugar más distinguido en la literatura española que ningún otro de los escritores vivientes de que tenemos noticia. Miguel de Unamuno, vasco de nacimiento y actualmente rector de la Universidad de Salamanca, es uno de los más brillantes escritores españoles y un crítico profundo, de una crítica á menudo más cáustica que amable de los caracteres y defectos de sus compatriotas. Su reciente *Vida de Don Quijote y Sancho* es una tentativa curiosa de ensayo de psicología española cifrada en dos personajes que compendian la manera de comprensión de la vida por los españoles. De más significación, sin embargo, para nuestro punto de vista, es el volumen titulado *En torno al Casticismo*, publicado en el año 1902, aunque realmente fué escrito en 1895, y así, pertenece al mismo período que el *Idearium Español*, de Ganivet, de quien es interesante asociado. Ganivet, viviendo vida cosmopolita, fuera de su patria, concentró sus reflexiones entusiastas en lo permanentemente vital y en los preciosos elementos del espíritu español, única fuente á su juicio de una regeneración social. Unamuno, escritor menos convencido quizá, pensador original menos atrayente, posee más considerables

puntos de vista, el encanto de un estilo ardiente y espontáneo, un vasto conocimiento de los libros y de la generación novísima española, yuna inquieta impaciencia por remover los obstáculos del camino del progreso, que le conducen á emplear un tono de sátira, aun en sus trabajos más serios, para definir con precisión la esencia del espíritu castellano. La palabra *casticismo*, con la que designa tal espíritu—palabra que con tanta frecuencia se ve empleada en escritos de críticos españoles,—puede muy bien significar «raza» ó «linaje» en el uso más popular de las palabras, como indicación de adecuidad. En la edad de oro de la literatura castellana, especialmente en el drama y, sobre todo, en Calderón—«el poeta españolísimo», como le llama Menéndez Pelayo—es donde Unamuno encuentra las más puras manifestaciones de *casticismo*. En esta palabra están concentrados la virtud y valor específico de Castilla, como las cualidades correspondientes del Japón en la palabra *bushido*. Pero Unamuno, aunque de ninguna manera quiere aparecer como despreciador de lo *castizo*, revela no ser un verdadero hijo de Castilla, insistiendo grandemente en señalar su esterilidad é incongruencia con la práctica. Por un lado, resulta el casticismo plebeyamente realista, y formalmente idealista por otro, y, por tanto, menos capaz de efectuar una unión vital de tan dispares elementos. El grave Hurtado de Mendoza (si podemos admitir la improbable historia de su autoridad) narra las añagazas de Lazarillo de Tormes, y Quevedo deja su Marco Bruto para referir la de D. Pablos. Unamuno nota el contraste entre la estrecha esterilidad del casticismo y el espíritu universalmente humano de Cervantes, y excita á sus paisanos á reconocer que sólo en las más vastas y vitales ideas de la vieja España es posible encontrar medio para abordar los problemas del mundo moderno.

Al tratar de comparar los ideales de progreso mantenidos por estos predicadores de la regeneración hispana, encontramos varias diferencias individuales, pero todas concuerdan en

la dirección en que desean encaminar la nueva generación española. Cierto que Ganivet parece encontrarse aparte en algún modo con su elocuente consejo á sus compatriotas, de mirar hacia dentro y buscar la salvación en sí mismos y en sus mejores tradiciones. Pero ha de recordarse que Ganivet escribió antes de la guerra, cuando las limitadas energías de España se perdían en inútil combate para mantener lo que se consideraba el honor de España en Cuba, y que la concepción de Ganivet sobre el espíritu español no corresponde de ninguna manera al mezquino casticismo castellano que Unamuno analiza cruelmente; llegó él á incluir como elemento permanente suyo la influencia árabe de los musulmanes españoles, y creyó que los que niegan ó se desentienden de estas influencias, no sólo se muestran incapaces de comprender el carácter español, sino que «cometen un crimen psicológico». Este concepto de las relaciones entre la civilización española y musulmana, dicho sea de paso, aunque opuesta á algunas tradiciones populares, la suscriben muchos intelectuales del día. Los moros invasores—por su mayor parte berberiscos, acompañados de algunos, muy pocos, árabes—no trajeron civilización alguna consigo. Apenas acababan de salir del salvajismo. Pero adquirieron en España una receptividad singular de que no dieran frecuentes ejemplos en su patria, y lentamente absorbieron y desarrollaron los elementos de las tradiciones cristianas y clásicas que encontraron á su alrededor. «Averroes», hace notar Valera, «fué tan español como Séneca». «El Cid», dice Dozy, con algo de exageración quizá, «era más bien musulmán que cristiano». En espíritu, y con frecuencia, aunque dudosamente, en sangre, los grandes nombres de la civilización musulmana pertenecen á España. Habrá de tenerse en cuenta también que al paso que los moros toleraban el cristianismo, las grandes ciudades cristianas de España, por su parte, acogían amablemente á los hombres de ciencia mahometanos, así como la filosofía muslímica. Renan dice que á Raimundo, arzobispo de Toledo y canciller de Cas-

tilla, debe la cristiandad la introducción de los textos árabes en sus escuelas y la iniciación en un nuevo movimiento científico y filosófico que influyó profundamente en los destinos de Europa. Mas no es tanta la distancia entre Ganivet y entre Unamuno y todos aquellos que consideran mal original de España esta falta de receptividad para las ideas extranjeras. El docto Altamira—que desea «harmonizar los ideales y el genio de España con todo lo bueno y sano de la civilización moderna», tiene gran cuidado de notar que la España grande en su más próspera edad fué singularmente vivaz para toda corriente de influencia extranjera, cristiana ó árabe, y que la fecundación de su genio nativo por estas relaciones se ve claramente en la literatura española medioeval, en el humanismo español del Renacimiento y en muchos elementos de la legislación española. No fué únicamente esto, añade, sino que los españoles, deliberadamente, trataron de multiplicar sus puntos de contacto con el mundo, llamando á sus universidades maestros extranjeros y yendo ellos mismos á estudiar fuera, mientras los canónigos de muchas iglesias españolas fueron obligados por estatutos eclesiásticos á proseguir parte de sus estudios en universidades extranjeras, estado de cosas que no bastaron á suprimir los esfuerzos de Felipe II para aislar á España intelectualmente. Estamos acostumbrados á mirar todo pensamiento español como fundido en molde de rígida uniformidad; pero, como Altamira observa, siguiendo en esto á Menéndez Pelayo, nunca se dió este caso ni aun en la esfera religiosa; dentro de la Iglesia había amplia libertad de especulación en toda clase de asuntos, como no fueran materia de fe, mientras que fuera del palio de la ortodoxia, las variadas manifestaciones del pensamiento racionalista no fueron escasas. Tan señalada, á la verdad, fué la variedad del pensamiento teológico en España, que un viajero italiano observó que la Inquisición, no requerida en su país, era una necesidad en España. La violenta oposición que el establecimiento de la Inquisición española encontró, oposición que

hizo mártires á algunos de los primeros inquisidores, evidencia esta misma dirección.

Unamuno, aunque escritor de diferente temperamento é intereses, toca conclusiones semejantes á las de Altamira. Distingue entre individualidad y personalidad. S. Juan de la Cruz, que representa el punto culminante del misticismo español, esencia del casticismo castellano, fué en el más alto grado individual; pero su espíritu fué antipersonal, y sólo esta rica personalidad que consiste en sentir por instinto que uno está en todo y todo en uno puede ser fructífera. Un casticismo histórico, menguado y rígido, sólo es instrumento de empobrecimiento espiritual. El alma castellana únicamente fué grande cuando se abrió á los cuatro vientos y se esparció por el mundo. Y únicamente abriendo nuestras ventanas á los vientos de Europa, repite, en fin, Unamuno, con la fe de que no por esto hemos de perder nuestra personalidad, podremos pensar en regenerar el agotado suelo moral de España. Que España ha pasado por un largo tiempo de marasmo espiritual, lo admite claramente cada uno de los escritores cuya opinión hemos revistado, y lo declara á veces con el mayor énfasis. En la causa de su padecimiento moral es en lo que difieren. Para uno consiste en la prolongada influencia de desgraciadas circunstancias económicas y políticas. Para otro en gran parte es debida al apego exagerado á las mezquinas tradiciones de la pasada grandeza. Para un tercero tiene mucha importancia el desacuerdo natural entre impulsos extravagantes de realizar grandes designios y la inadecuada aptitud de ejecución. Para otro, finalmente, la nación se halla postrada por el mal de la falta de voluntad. Para el forastero que toma á su cargo alcanzar una vista comprensiva de la situación, puede muy bien parecer—sin dejar de admitir un defecto de vitalidad en el estado espiritual de España—que tanto causas externas como la reacción natural sobre ellas, han contribuído á producir y mantener este estado. Una serie de ásperas mortificaciones, de escaseces impuestas durante largos

siglos, pueden producir en el pueblo más fervoroso y de más elevado espíritu la autosugestión de la propia ineficacia y la desesperación del esfuerzo. El mismo Altamira, que encuentra la fuente real de los males en las condiciones económicas, compara al elemento intelectual de la población española con el Dmitri Rudin de Turguenieff, víctima de la desconfianza en sus facultades, que se crea á sí mismo una atmósfera de pesimismo en el que la fe y la energía no pueden respirar.

Sí, en este mundo, en cierto modo, acaece que la fe del hombre moldea la realidad: fuerte es el que se siente fuerte. Es difícil para el extranjero ver otra equivocación fundamental en la vida espiritual de España que la creencia del español de que está equivocado. Todo viajero que haya estudiado á España no ha dejado de impresionarse por las recias y nobles cualidades que son patrimonio de los aldeanos y trabajadores de España, «raza tan excelente como puede uno pretender encontrar», ha dicho con verdad persona que los conocía bien. El pueblo español es aún sano de corazón; tanto ha sufrido á consecuencia de sus virtudes como de sus vicios, por su idealismo, por su indiferencia ante las granjerías mundanas, su temperamento apasionado, su estoica resignación. Si los españoles pudieran tan sólo utilizar el tesoro intacto de energía original acopiado en el fondo de su raza, calladamente manifiesta en los pormenores de la vida diaria, se vería resuelto el problema. Sólo tienen que educar y emplear el excelente material humano que poseen. El que se tiene por decadente permanece en el abatimiento por creerse paralítico sin remedio. Algún día, no podemos dudarlo, la voz de un profeta más potente que el que hoy escuchamos le mandará que coja su cama y ande. En tal día comprobaremos que su estado espiritual no es menos desesperado que sus condiciones económicas é industriales.

HAVELOCK ELLIS

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

LIBRO SÉPTIMO

EL ÚLTIMO DECENIO

CARGOS Y OBRAS OFICIALES

También esta vez demoró Velázquez la vuelta á España como si se tratase de un adiós á la vida. Reiteradamente se le enviaban recordatorios; en cinco cartas al embajador duque del Infantado, apremiaba Felipe la vuelta, primero el 17 de Febrero de 1640, y luego en 27 de Enero de 1651, no sin alusiones á la notoria flema de su pintor. Ultimamente notificó el secretario D. Fernando Ruiz de Contreras la orden terminante del rey; no debía diferir la partida ni un minuto. Pensaba haber vuelto por Francia, y hasta tenía ya el pase expedido en la embajada; pero ahora debía hacer la travesía por mar, á causa de la urgencia del llamamiento.

La travesía de Génova á Barcelona fué borrascosa. En Junio de 1651 entró la embarcación en el puerto de la capital de Cataluña. En Madrid presentóse en seguida al rey, el cual expresó su contento por la vuelta del pintor y por los cuadros que traía, en una carta escrita con este exclusivo objeto á don Luis de Haro: «El Sr. Velázquez está de vuelta y trae algu-

nos cuadros». El 29 de Noviembre le fué entregada su paga de pintor de cámara é inspector de la sala ochavada, devengada durante los años de ausencia.

Nueve años permaneció aún al lado de su real protector en más estrecho comercio con él que nunca, honrado, lleno de encargos y hasta amado. Su último servicio fué la organización del viaje real á los Pirineos, con motivo del matrimonio de la hija mayor del rey. Curiosa coincidencia: su introducción en la corte había sido próximamente simultánea con el rompimiento de las hostilidades, y ahora, después de haber sido testigo del tratado de paz con Francia, su vida llegaba á su término. Durante estos treinta y siete años ininterrumpidos de guerras extenuadoras y de creciente crisis de capacidades políticas y militares y de necesidades financieras cada vez más apremiantes, había conservado, en el foco de todas estas calamidades, su completo favor, como un árbol que hunde sus raíces en el combatido escollo.

A estos últimos diez años, á la terminación del cincuenta y uno, pertenecen las obras que más emocionan á artistas y profanos. Y también corresponden á este tiempo las distinciones que á un hombre de su condición y de su educación podían halagar más: honrosos cargos palaciegos y una cruz. Mientras que en otras ocasiones el idealista trató de quitarse de encima ocupaciones accesorias tan molestas y perturbadoras, precisamente ahora se cargaba de otras nuevas: realmente sólo le quedaban para el arte las horas de ocio. En sus obras apenas se echa de ver esta circunstancia; su manera se hará aún más compendiosa, aún más rápida que hasta entonces, pues nadie supo como él hacer de la necesidad virtud. En una época en que menos que en otra alguna se pertenecía á sí mismo, creó cuadros que cuando menos igualaban á los demás. Abarcaban toda la variedad de asuntos de su competencia: mitología; recuerdos de impresiones romanas; figuras grotescas de palacio y de la ciudad; imágenes, personas regias, damas, especialmente las nuevas estrellas femeninas: una reina joven que en-

contró al paso en su viaje, y su princesita nacida pocas semanas después. Pero todo esto aparece como producción secundaria al lado de dos creaciones sin ejemplo.

APOSENTADOR DE PALACIO

Según la opinión de los españoles, fué Velázquez un hidalgo sin tacha. Desde los días del «mayestático» Antonio Moro, no se recuerda en Madrid otro caballero como Velázquez entre los pintores. Un pintor, Burgos Mantilla, que le conocía desde treinta y cuatro años antes, hace notar que difería notablemente de los demás de la profesión, por ser más *comme il faut* y por su *mayor punto* y *gravedad*.

El escribano Fuensalida, que tuvo trato con él durante toda una generación, encómiale como indiscutiblemente: *decente* y *autorizado*. Tres testimonios, el de los pintores Alonso Cano, Pedro de la Torre y el portugués Francisco de Meneses, declaran casi con las mismas palabras que se presentaba con el *lucimiento* ó *lustre* y *porte* del *hidalgo* (1). Francisco Gutiérrez Cabella, por último, le llama «uno de los más *primorosos* hombres de su tiempo». Palabras intraducibles de conceptos específicos españoles, elegidos para hacerle aparecer como un caballero cruzado en toda línea. Tratándose de un artista de su categoría, nos parecen apenas necesarias. De ello da idea su retrato en los Oficios, que al Cicerone le parece «de nobleza un tanto afectada».

Velázquez, descendiente de una antigua casa portuguesa, que al principio de su carrera había pensado tomar arraigo en la corte, en lugar de hacer viajes de artista á Italia, compartía naturalmente las preocupaciones de su clase. Los menudos oficios de *ujier* ó de *ayuda de cámara* no le podían ser indiferentes; estaba en situación de escalar los altos cargos de

(1) *Revista Europea*, 1874, II.

la corte. Sabido es que, desgraciadamente, tales empleos eran desde hacía mucho tiempo el más alto y único punto de vista de principales ambiciones. Al noble castellano, cada vez más sumergido en un vanidoso ocio, le importaban ya poco los cargos que le sacaban de la comodidad y diversión de Madrid. El único empleo—dice Gramont,—al cual, según mis observaciones, dan algún valor los grandes, es el de *gentilhombre de cámara en ejercicio*, porque gozan los que le desempeñan del privilegio de ver á S. M. en la mesa y cuando se viste y se desnuda durante el servicio de semana.

Velázquez volvía ahora de Roma; había cosechado honores en el Vaticano y en la república de las artes. Pero al volver á ver los muros del Alcázar, despertó en él de nuevo la ambición del cortesano. En las perspectivas de sus corredores y habitaciones, la vana pompa, de la cual se ríe la posteridad, era el objeto de la vida. Y en la altura del poder en donde creara tantas obras que hacen peregrinar á los hombres inteligentes aun después de muchos siglos, aspiraba á la plaza de aposentador de palacio.

Ya había tomado parte en la deliberación, respecto del modo de instalar y colocar cuadros y estatuas, y en el decorado de las habitaciones de palacio y las nuevas construcciones; son cosas éstas en las que un pintor no tiene más remedio que intervenir. Mientras no se mezcló en estos asuntos oficialmente, su intervención pudo dar ocasión, enfrente de jefes ignorantes, á frecuentes perplejidades. Por esto deseaba ejercer esta ocupación favorita con autoridad oficial. Años antes, el rey le había nombrado ayudante en la dirección de sus construcciones particulares (1643) é inspector del edificio de la tribuna (1647).

Ahora se ofrecía á la vista un cargo palatino que le podía dar autoridad en todo el vasto campo de su competencia. Lo peor era que ahora debía ocuparse de una infinidad de bagatelas, que habían de quitarle tiempo y humor para otras cosas mejores. Y en esto precisamente difería su nuevo empleo

de los anteriores, cuyo objeto había sido asegurar su entrada y su influencia en la corte.

El cargo de aposentador de palacio vacó un año antes de su vuelta de Italia. El puesto, si bien no era empleo de alta nobleza, era tenido por muy honroso (1). Velázquez resolvió pretenderlo, con su tácita aceptación, cuando no con sugestiones al rey. Fundó su pretensión, entre otras cosas, en que cuadraba con su carácter particular, inclinación *(genio)* y ocupaciones. La paga consistía en tres mil ducados. La vivienda aneja encontrábase en la casa del Tesoro.

El empleo de *Aposentador* (en Italia *foriere maggiore*) pertenecía en la economía de los reyes castellanos á la jurisdicción del mayordomo mayor, jefe de palacio. El veneciano Vincenzo Quirini, en su Relación de 1505 habla de tres *aposentadori maggiori*, que tenían autorización de dar alojamiento, previo examen, á todos los que seguían á la corte; tenían á sus órdenes diez *aposentadori* (ó *camerini di corte*). El cargo en cuestión de *aposentador mayor de palacio de S. M.* (pues también la reina y las infantas tenían los suyos), era muy distinto del alto cargo de aposentador mayor simplemente, ó intendente mayor de palacio; ambos, sin embargo, tenían en la corte española una significación especial. Esto, por la circunstancia de que el segundo piso de cada casa de la capital pertenecía al rey. Al aposentador mayor de S. M. estaban encomendadas las habitaciones reales, esto es, aquella parte de palacio que daba al segundo patio, y la organización de los viajes reales. Según Gil González Dávila y algunos documentos oficiales (2), debía estar siempre de capa, sin sombrero ni espada en las habitaciones del rey, cuyas puertas y ventanas abría. Era de sus atribuciones la *composición*, el *aliño* y adorno del palacio,

(1) Jusepe Martínez le llama *carga de mucha importancia y honor*. Discursos, 119.

(2) Gil González D'Avila: Teatro de las grandezas de Madrid, 1623, pág. 332. Rodríguez Villa: Etiquetas de la casa de Austria. Madrid, página 45 y sig. (1876).

incluso la limpieza y calefacción. La llave que llevaba en el cinturón (*llave de furiera*) abría todas las puertas; presentaba en nombre del rey las llaves de la cámara regia. Señalaba su habitación á las damas de palacio. Cuando el rey comía en público, le ponía la silla y levantaba la mesa. Al prestar el príncipe en Castilla y en los demás reinos juramento de fidelidad, él le presentaba su silla, así como en las audiencias á cardenales, y en juras de virreyes y presidentes. Ordenaba los preparativos de las fiestas públicas; en las mascaradas, comedias, torneos y deportes, redactaba el programa con S. M. y señalaba á los cortesanos su sitio en los balcones. En los viajes (jornadas) era el encargado de alojar á los reyes y dignatarios palatinos; se suponía que los pretendientes tenían ya la conveniente práctica. En una pragmática de Alfonso el Sabio dícese que el aposentador distribuye los alojamientos entre el séquito del rey y dirime las disputas entre los huéspedes y los propietarios de las casas; el día antes de la llegada pone una bandera como señal en la casa que ha de ocupar el rey. Ya entonces su cargo, en una nación tan formulista, no estaba exento de espinas. Si se considera que las fiestas y viajes consumían una gran parte de la renta, se comprenderá que el aposentador no podía ser un dilettante en materias financieras. Se sabe que en los años 1654-1656, sólo los viajes de la corte á Castilla costaron unas 400.000 pezze (1).

Las solicitudes para obtener este cargo debían dirigirse al consejo de administración de la casa real (*bureo*), compuesto de seis individuos bajo la presidencia del mayordomo mayor.

Según la relación de 16 de Febrero de 1652, Velázquez tenía pocas esperanzas de éxito. Sólo un pretendiente era reconocido unánimemente como el de más probabilidades: Gaspar de Fuensalida, entonces jefe de la *Cerería* desde 1627 en este empleo y el más antiguo entre los *jefes de los oficios*. Conocía

(1) Domenego Zane: Desp. 15 Abril 1856.

á nuestro pintor desde su llegada á Madrid, y que se había expresado en otras ocasiones amigablemente sobre él. El marqués de Ariza ni siquiera nombra á Velázquez. El que seguía como más favorecido era Francisco de Roxas, por mucho tiempo guardajoyas del cardenal infante y mayordomo del príncipe; fué luego sucesor de Velázquez.

Según el conde de Puñonrostro, sirvió siempre con toda fidelidad, puntualidad y satisfacción. Los demás solicitantes eran Simón Rodríguez y Alonso Cardenal; también se cita á Joseph Nieto, mayordomo de la reina y guardadamas, al cual Velázquez retrató en el cuadro de las Meninas. Cinco señores recomendaban á Velázquez, si bien ninguno en primer lugar; pero el conde de Isinguien, que le colocaba en último lugar, alegaba en su favor el mismo título que Velázquez; hacía constar en la solicitud «que había dirigido durante muchos años el decorado y ordenación de las habitaciones de S. M. con pericia y *acierto*, lo cual no ignora S. M.»

El rey escribió en el margen: *Nombro á Velázquez.*

De las actas del archivo de palacio aparece que Velázquez tenía que ocuparse en parte de una serie de pequeñeces, á lo cual debía sumarse ya las recordaciones y órdenes de empleados superiores, ya las quejas de la baja servidumbre (1).

También había que añadir las cuentas mensuales, que se dividían en ordinarias y extraordinarias. La ocupación normal consistía en la ordenación de pagos de los empleados que estaban á sus órdenes: mozos de escoba de la cámara, patios, cocinas, pasillos (dos y medio reales diarios), *sollinador* de la chimenea y *chinoniero*, además de las pagas á sus viudas, etc.; para pago de los leñeros, gastos de carbón para la guardia y porteros, de mozos de escoba para la limpieza de muebles y habitaciones, entretenimiento de lámparas, tubos y mechas; para mendigos, servicios de alcobas, lavado de paños para la

(1) En parte en los *Doc. inéd.*, Madrid, 1810, pág. 405 y siguiente. En las siguientes se utilizan también documentos inéditos.

limpieza de los muebles del real *retrete*. Estos gastos ordinarios ascendieron en el primer mes de su nombramiento (Marzo 1652) á 101.705 $^1/_2$ maravedís.

Los extraordinarios eran mucho más considerables, pues importaron aquel mismo mes 690.945 maravedís. La mayor parte de esta cantidad se empleaba en viajes reales y partidas de caza, palmas para el Domingo de Ramos, etc.

El mayordomo mayor, conde de Montalbán, á lo que parece su principal sayón, tuvo buen cuidado de no dejarle disfrutar en paz su destino. El único manuscrito existente (3 de Marzo de 1653) se refiere á la limpieza de palacio.

Tenía la casa de S. M. en este punto poco que reprochar á la villa de Madrid, la cual gozaba fama europea. Patios, zaguán, pasillos, estaban llenos de basura, y ofrecían á las mayestáticas narices en la cotidiana salida matinal á misa el consiguiente perfume. La guardia nocturna emporcaba todos los corredores y el pasadizo de la capilla. El aposentador despidió, á consecuencia de este abandono, al negligente *guardamea* Vicuña, y llamó á un Velasco, el cual consagraba todo su esfuerzo á este objeto. En lo que se refería á la guardia, debían ser amonestados los cabos y el alférez castigado.

Medio año después aparece un recuerdo del mismo sitio. La puerta de cadenas (llamada por algunos de una cadena sujeta en un poste), por la cual los consejeros iban á su despacho del piso bajo, conducía á las cocinas reales. A causa de esto apiñábanse allí los caballos y mulas de los *procuradores* y los aguadores del copero y de la cocina. Su presencia producía escándalo, porque la comida y libaciones de S. M. había que llevarla pasando por delante de estos cuadrúpedos. A la vez había que censurar una usurpación de funciones. La casa de la reina tenía aquí de portero un negro, mientras que para la puerta de cadena había los trece *porteros de cadena*.

El aposentador pagaba también los carros de leña que palacio devoraba en el rigor del invierno, de los alrededores de Madrid. Las chimeneas se encendían desde mediados de No-

viembre hasta el 24 de Mayo. Los acarreadores pagaban á los labriegos de Colmenar, Las Rozas, Galapagar, Fuencarral, Alcobendas, etc., la *arroba* á 28 maravedís. Las cuentas de gastos extraordinarios del primer mes de su nombramiento contienen pagos á estos acarreadores por once días, desde el 8 al 20 de Marzo; fueron suministradas 1.481 *arrobas* (de 25 libras) al coste de 40.024 maravedís, ó sean 1.177 reales. Una vez quejóse de que no hubiera en caja un real para pagar la leña de las chimeneas de las habitaciones reales.

La tribuna para el personal de palacio en las corridas de toros en la Plaza Mayor (se levantaba delante de la *panadería*) costaba para cada una de las fiestas 500 reales.

En tiempo de invierno se colocaban esteras en palacio, las cuales debía guardar, componer y renovar. El 8 de Marzo daba cuentas el mayordomo al aposentador, y en su nombre pagaba al *esterero* Francisco González 400 reales por las esteras del coro de la iglesia de San Jerónimo, adonde el rey iba todos los domingos. El 27 de Octubre de 1653 mandó comprar esteras nuevas para reemplazar las deterioradas. El 30 de Marzo tratóse de mejorar y renovar la ropa de cama del rey. El 22 de Noviembre de 1655 ajustó las cuentas de la reposición de los *jergones* en que dormía la guardia. Firmó recibos de 18 reales por dos varas de paño y otras tantas de rodillas para la limpieza de mesas, sillas, puertas, balcones y cuadros del cuarto del rey, y para escobas de barrer los pisos y la capilla. Pagó al cerrajero Pedro Sánchez en 27 de Marzo de 1660 104 reales de 150 escarpias para colgar cuadros. Pagaba á la baja servidumbre de la cocina, además de ciertos detalles de limpieza y comodidad en los grandes viajes de la corte y en los límites del suplemento para viajes, dando por ejemplo á los ocho pinches y á los seis *galopines* real y medio para cama; en conjunto 518 reales, así como á los *sotoayudas* ó *mozos de furriera*, que consistían en cinco *barrenderos* y dos *mozos de retrete*. De estos siete fué una vez acusado ante el rey, como él afirmaba, «sin derecho y sin razón», por considerarse per-

judicados por el nombramiento de un *barrendero* no jurado de las habitaciones reales. También creyó necesario un experto carpintero de confianza. Los *mozos de retrete* expusieron otra reclamación al rey, pues el aposentador, antes de la partida, omitió entregarles los almohadones y valijas (de embalaje) para las reales *sillitas*, así como una cama de madera nueva (de 6.000 reales), y habían acudido al inspector, el cual ponía dificultades. Es preciso ahora trasladarse á aquellos tiempos; sabido es que en una tan grande corte se conservaba celosamente el privilegio de rodear á S. M. también en este trono, privilegio que las favoritas sabían estimar. El 17 de Septiembre de 1555 tuvo que informar sobre la demanda de una viuda de *furriera* que no había percibido nada desde hacía diez y ocho meses. Se ordenó fuese pagada *de lo primero que hubiere*.

La mayor parte del tiempo la perdía Velázquez en los viajes periódicos de la corte á los palacetes de recreo, á las cortes de provincia y al teatro de la guerra. Hacía estos viajes en mulas. Lo que suponía una vuelta á España puede imaginarlo quien haya viajado por la península balcánica. «No se encontraba, dice Sangredo, más que un techo sobre el desnudo suelo». Comedores, cocinas, camas, sillas y mesas había que llevarlas consigo, así como la servidumbre; ningún río ni canal para transportes; las calles estaban completamente abandonadas; el campo parecía durante muchas leguas un árido desierto (1). En el invierno los carruajes pasaban á menudo una noche entera atascados en la nieve. Aun se leen las lamentaciones de los embajadores extranjeros, cuyas quejas sobre las fatigas soportadas en el viaje apenas bastaban. La mayor parte llegaban enfermos á Zaragoza y Madrid, y los mismos españoles necesitaban algunos días de descanso antes de poder dedicarse á sus visitas y negocios. Giustiniani empleó cincuenta días en Noviembre y Diciembre desde Toulouse á Madrid, y

(1) Niccolo Sagredo: Des. 16 de Abril de 1641.

murió á su llegada (3 de Febrero de 1660). Ningún particular, dice un veneciano, puede costear los gastos que supone seguir al rey en campaña. Cualquier género alimenticio costaba tres ó cuatro veces más que en Italia. Sólo el viaje á Madrid consumió las provisiones de un año (1624).

«El que quiera ejercitar su paciencia que venga aquí; encontrará más exigencias que en la Orden de San Francisco.»

Lo más duro para un artista nos parecen las molestias inauditas y fatigosas relacionadas con el desconcierto financiero de la corte. Como el dinero salía continuamente de la caja, se suspendían los pagos, la gente del pueblo se negaba á suministrar los trabajos en las habitaciones reales, las personas se helaban de frío, las damas de la corte tenían que mandar á la ciudad por comida si no querían ayunar, se usaban los vestidos rotos. Los sastres remendones debían de hacer en la corte de S. M. C. un gran negocio. Las consecuencias de todo esto eran una multitud de deudas; en cierta ocasión quejóse de que se le debían 60.000 reales, de los cuales 30.000 correspondían sólo al año 1653. Esta clase de cuidados fueron una preocupación crónica para el pintor aposentador. Pero no olvidemos el ingenio del español para conllevar los problemas económicos. A la muerte de Velázquez se descubrió que su capital estaba alcanzado en una respetable suma; sobre el aposentador pesaba una deuda de 1.220.770 maravedís (35.905 reales ó 3.964 ducados), á consecuencia de la cual fué decretado el secuestro de la sucesión. Por las circunstancias descritas sabemos el juicio que hemos de formar de todo esto. En el curso de las actuaciones, que duraron cinco años, púsose de manifiesto que tenía grandes reclamaciones hechas al Fisco; y resultó que la mitad de sus deudas debían ser cubiertas con todo su activo, mientras la otra mitad debía enjugarla su yerno y testamentario Juan Bautista del Mazo, padre de muchos hijos (3 de Marzo de 1665). Sólo entonces fué el secuestro levantado.

Palomino hace notar que este empleo reclamaba toda la actividad de un hombre, y se expresa de modo tan incisivo y li-

bre, que no se hubiera atrevido á emplear bajo la anterior dinastía (Museo, II, 340).

«Gran honra fué para Velázquez; sin embargo, no han faltado los que opinaron que desde un punto de vista elevado, este tratamiento no era el más adecuado. La recompensa al artista es muy distinta de la que corresponde á otros servicios. Cuando se trata de gentes sin ocupación determinada, la concesión de tal empleo realza sus méritos; tratándose de artistas, significa mucho más; se engaña su merecimiento por la recompensa. Si sus merecimientos se fundan en el ejercicio de su arte, ¿cómo pueden conservarse si se les quita la posibilidad de seguirle ejercitando? Por esto, la recompensa al artista sólo debe consistir en honores y dinero. En honores, como acicate y reconocimiento de sus producciones; en dinero, para procurarles ocios con que por sus estudios puedan descubrir á la posteridad las secretas bellezas del arte. Recompensas son éstas por las cuales á los grandes artistas se les puede proporcionar consagración y prestigio. La creación, dice en otro lugar (p. 108), es el más grande goce del artista, y no se iguala á la ganancia ni á la fama, ni siquiera al contentamiento de sí propio. Pero interrumpir el ejercicio del arte, aunque sea por un empleo honorífico, es una recompensa que parece una pena disfrazada. Quien faltase, sería suspendido de empleo. Lo que para éstos es una corrección, ¿cómo podría ser una recompensa para los demás? Realmente, lo más preciado en tales honores es servir á Su Majestad. Pues bien, que le sirvan en la esfera á que les elevó el favor de su soberano, pero no por senderos que repugnan á su genio. Pues de otra manera pierden con todos sus servicios el valor especial de aquél, y á la vez sus merecimientos. Para los empleos de corte, salvo la rutina, cualquier talento ordinario; para más altas habilidades, de ningún modo. La Naturaleza enseña lo que cuesta elevarse á los espíritus importantes, de los cuales la mayor parte se quedan al pie de la montaña. Se hallarán muchos que igualen al más grande artista en el servicio de corte, y á menudo que le

sobrepujen; pero en cuanto á obras originales, pocos ó ninguno; y por esto se debe emplear á un hombre en aquello en que no tenga rival, no donde se muestre vulgar.»

Palomino olvida que Velázquez solicitó el empleo y que hasta alegó su «genio» para desempeñarle. Aquí está propiamente el reproche. Pagó tributo á la vanidad de su posición (1).

No necesitaba de todo esto para estar cerca del rey. Este le honró á menudo con diálogos confidenciales sobre asuntos *arduos*, lejos de los palaciegos. Esto hacía crecer su prestigio. Como en otro tiempo el hijo de un gran señor se mostrase descortés con él con motivo de una exhortación oficial, su padre le reprendió en estos términos: «¡Haberte permitido tal inconveniencia con un hombre de que el rey hace tanta estimación y que goza de largas horas de conversación con Su Majestad! Vé, y hasta que le hayas dado cumplida satisfacción y asegurado por completo su amistad, no te presentes ante mis ojos.»

Palomino parece también saber que el rey le tenía aún reservado para más altos puestos que el de aposentador y aun que el de caballero cruzado (Museo, p. 341, 350).

ADMINISTRACIÓN DE CUADROS

«A los cuidados de Velázquez, dice el prior de los Santos (1621) en su descripción del Escorial (2), se debe que el palacio real fuese uno de los más célebres entre los palacios de

(1) Qui ne sait être un Erasme doit penser à être évêque; mais quel besoin a Benigne d'être cardinal? La Bruyère: *Du mérite personnel.*

(2) Diego Velázquez... á quien Su Majestad honró mucho por sus prendas y lealtad con que le sirvió, y por el cuidado que puso en que su real palacio fuesse como es en materia de los adornos de la pintura de los mayores que ay entre los Monarchas del mundo. *Descripción de* San Lorenzo, 1681, p. 67.

monarcas de todo el mundo, en lo que se refiere al decorado de cuadros. Ya antes de su nombramiento había dirigido las frecuentes variaciones del decorado en las paredes. El viejo alcázar, según apareció en el año 1660 y hasta su destrucción, era un monumento de su actividad de largos años. Los inventarios del archivo de palacio dan detalles sobre su disposición desde el principio hasta el fin del reinado de Felipe IV. El de 1636 muestra aún una parte de las habitaciones en el estado en que las dejó Felipe III, así como la ya comenzada y fácilmente cognoscible transformación; el de 1660, completado por el de 1686, arroja el resultado de los cuarenta y cinco años de gobierno del monarca protector de las artes. Poco había quedado en su sitio; lo que en tiempo de Felipe II estaba en la Casa del Tesoro y en el guardarropa, hizo ahora su entrada en el ala del Sur, planeada por aquél, pero empezada y amplificada en tiempo de Felipe III. Varias colecciones de cuadros habían desaparecido casi enteras; el mayor número de los cuadros de valor procede de este tiempo. Tiziano y los venecianos fueron muy especialmente acrecentados. Rubens casi nuevo (62 cuadros) y Van Dyck (19) proceden de esta fecha; además, Españoleto, Guido (12); los españoles son pocos. El inventario de 1686 cita 614 originales, 210 copias; el autor Bernardo Ochoa cita un número de originales de que ningún soberano podía envanecerse.

La gestión administrativa comprendía también las compras de cuadros. Velázquez era más á propósito que otro alguno para tales asuntos. Era consultado por los mismos diplomáticos italianos; el embajador de Módena, Guidi, confióse enteramente á él en una compra de catorce cuadros de caza de Paul de Vos, de la sucesión del duque de Aerschot (*conforme al suo giudicio, e parere mi governarò*, 26 de Noviembre de 1641).

Ya el año 20 mandó el rey empezar las reconstrucciones en palacio. Estas tenían por objeto la grande sala sobre la puerta principal en la parte Sur, más tarde llamada sala de los

Espejos, á la cual se agregó después la sala ochavada. Después fueron construídas en el piso bajo nuevas habitaciones. Estos recintos habían sido hasta entonces como los de la mayor parte en las casas nobles y palacios, especies de fortalezas obscuras, casi sin ventanas é inhabitables. La carencia de habitaciones al Norte obligaba á la corte á salir de palacio y aun de la capital en los meses de verano. Entonces se hicieron bajo la dirección del arquitecto Juan Gómez de Mora, en el departamento de verano, atrevidas aberturas en los muros de carga por medio de arcos, y una serie de frescas habitaciones abovedadas (*las bóvedas*).

Estas bóvedas se unían á las de Tiziano en el jardín de los Emperadores, construídas por Felipe II. Eran en parte muy pequeñas (*piezas pequeñas*), y abríanse por una balconada ó puerta á la plaza de palacio ó á los jardines del Oeste y del Norte. Allí comía el rey en la época de los grandes calores, ó contemplaba espectáculos, como corridas de toros en privado, en el pequeño anfiteatro bajo la galería del Norte. El decorado consistía en retratos de casas y personas célebres, que habían sido traídas de las salas del piso principal destinadas para las obras maestras de arte.

También las habitaciones del *cuarto bajo de verano* (residencia de verano) fueron alhajadas de nuevo y repletas con una colección de cuadros de gran valor. Y aquí nos encontramos ahora con Rubens por todas partes, el cual era para Felipe IV lo mismo que Tiziano para su abuelo. Las siguientes instalaciones aparecen como las más interesantes del inventario de 1696.

En el *gran comedor* estaba el primero y más grande cuadro que vino á palacio de su mano: la Adoración de los Reyes, que había poseído el infortunado D. Rodrigo Calderón.

En la Casa de la cena dominaba con Snyders y Brueghel: aquí mandó poner el rey los 25 lienzos enviados recientemente de Bruselas por la reina Isabel, que hasta entonces habían estado en la Torre nueva; entre ellos, Diana la cazadora y Ce-

res, escenas de la vida de campo de su tía en Bruselas, en las que se respiraba propiamente el ambiente flamenco.

De todas partes se buscaron retratos para este cuarto, por ejemplo, el que fué salvado del incendio del palacio del Pardo. Los grandes se apresuraron á enviar cuadros á Su Majestad: Medina de las Torres le regaló los «Cinco sentidos», de Brueghel y Rubens, para la biblioteca. Leganés algunos Snyders, entre ellos el «Concierto de pájaros», y D. Luis de Haro la mayor parte de los paisajes. El boloñés Virgilio Malvezzi le regaló un cuadrito de la Sacra Familia, de su propia mano, con marco de marfil.

En el despacho (*pieza en que Su Majestad negocia*) pusiéronse los retratos de reyes de Tiziano: Carlos V, de armadura y espada; su enano Estanislao; Felipe II, de negro, en la época de novio de la inglesa María; un Dux; los retratos del príncipe Johanes Friedrich, el Generoso, de Sajonia; el perdido del Langravio; Felipe el Generoso de Hesse, y la Veneciana del abanico.

En la alcoba se rodeó de cuadros de sus abuelos: allí estaba el encuentro de Rodolfo de Habsburgo con el sacerdote de Rubens; la Religión socorrida por España, de Tiziano (procedente del Pardo); los Emperadores (ídem), su tía Isabel; la sanguinaria María de Mor; su padre, en una alegoría de Justus Tiles; él mismo y su hermano de jóvenes. Obras destinadas á actualizar la ilustre misión de la casa. Pero el Baco de Velázquez nos revela que al lado de aquellos dioses había otros.

También en el oratorio aparecía Rubens; suya era la Concepción del altar, regalo de Leganés.

El año 30, el decorado del Buen Retiro puso á contribución todos los elementos artísticos. Después vino la torre del Pardo, que consumió todo el tesoro de Rubens. Finalmente, con motivo de la terminación del panteón del Escorial, pareció al Rey un deber volver á ocuparse de la «octava maravilla», desde la muerte de su fundador abandonada á sí misma, y llevar

allí todo lo que se poseía de más preciado entre los cuadros religiosos de la escuela italiana (1656). De entonces data que la sacristía de San Lorenzo ocupe el primer rango entre todas las salas de cuadros de los reyes de España.

A consecuencia de esto las obras del primer pintor no abundaban en el palacio, si bien todo lo había pintado allí. El inventario de 1686 menciona nada menos que 43 Velázquez, pero entre ellos había muchos insignificantes, como ciervos, cuatro caballos, parejas, entre ellas dos caballeros sólo diseñados, parejas con cuatro de igual contenido de Ribera. Todos los retratos ecuestres de los treinta años, la Rendición de Breda, la Fragua de Vulcano, el Aguador, los cinco truhanes y otros, fueron al Buen Retiro.

De la entonces ardiente escuela andaluza, al Sur del reino, de la cual únicamente se acuerda la posteridad cuando se habla de escuela española, poco había llegado á la corte. Los nombres de Zurbarán y Murillo no aparecen en los inventarios del alcázar de Felipe IV. Sólo Españoleto conquistó su corazón desde el primer momento; últimamente se contaban 36 lienzos, y en su alcoba y en su cuarto mortuorio se encontraban cinco. El rey hallaba más gusto en las interesantes y exuberantes «mitologías» que en aquella pintura religiosa, en la cual, por aquel tiempo, la escuela española alcanzaba inmarcesibles laureles.

En lo tocante á Tiziano, conserva el alcázar su privilegio; de éste, el más grande entre los pintores que habían dado esplendor á los palacios españoles, se había tenido la discreción de conservar todo, con excepción de algunos cuadros religiosos. Felipe IV se había podido jactar, no sólo de conservar, sino de haber aumentado la herencia de su abuelo en las *Bóvedas de Tiziano*, con todas las mitologías, aún resplandecientes de juventud, del príncipe Ludovisi; añadió, á los cuartos heredados del Tiziano, uno nuevo: una sala de retratos al lado de aquéllos. A él se trasladó la gran galería del Sur, llamada también galería de la Reina. Estaba sobre el jardín de los Em-

peradores y sobre la bóveda de Tiziano (1). Aun en 1636, mostraba este local la decoración del gusto anticuado de curiosidades del siglo XVI. En 1665 estaba completamente transformado; allí se veían los once emperadores de la galería de Mantua, adquiridos en la subasta de Carlos I: Carlos V con el perro, la emperatriz Isabel, el emperador Fernando, Felipe II de armadura, la duquesa de Alba, doña María de Mendoza, esposa del Secretario De los Cobos, el duque Alfonso de Ferrara, el duque de Urbino, con la mano sobre un cañón, el Landgrave, la Santa Margarita, la dama del turbante, y, finalmente, el retrato de Tiziano; en suma, 35 cuadros. Estaban acompañados de una sociedad homogénea de otros grandes venecianos.

Y con esto no estaba aún agotado el tesoro. En el pasadizo que conducía desde esta sala á la tribuna (*pasillo de la Madonna*), estaban, al lado del Cristo en Getsemaní (tasado en 4.000 ducados), del Correggio, y una Sagrada Familia, la Salomé de Tiziano y otros, con diez retratos de Tintoretto.

El inventario de 1686 da cuenta de 79 Tizianos originales y 28 copias, 43 Tintorettos, 29 Paolos y 26 Bassanos. Los Tizianos que se mandaron al extranjero ó que se perdieron serían unos sesenta; á ellos pertenecen el Descanso en la huída con la Santa Catalina y el Tributo (National Gallery); del cual, el *Noli me tangere* del Prado es un fragmento; de mitología, las dos Dianas en el baño, Europa, la Venus del espejo, un Baco y las cuatro figuras de tártaros, Prometeo y Sísifo, Tántalo é Iglón, Perseo y Andrómeda, Orfeo, Tarquino y Lucrecia. De retratos, los doce Césares, Alejandro VI con el almirante Pesaro, Carlos V de armadura, el mismo con la emperatriz en un retrato, el rey Luis de Hungría, doña María Enríquez, la duquesa de Alba, el secretario Francisco de los Cobos y su mu-

(1) «Cerca della (la galería de Mediodía) está un jardín adornado de fuentes y estatuas de emperadores romanos, y la del gran Carlos Quinto. En él ay unas quadras acompañadas de pinturas á diferentes fábulas de mano del gran Tiziano, y mesas de jaspes de diferentes colores.» — Gil Gonz. Dávila, 1623, p. 310.

jer, el príncipe de Sajonia, el Landgrave de Hesse, Francisco Sforza, el duque de Urbino, apoyada la mano en un cañón, el Dux Gritti, el pintor inglés Juan Albin (¿Hans Holbein?) el enano Estanislao (1).

A la sala de los espejos se destinó al principio una colección de obras maestras; hasta el último momento fué la colección depurada y enriquecida; algunos grandes cuadros de Carducho y Caxesi, que al principio estaban al lado de los venecianos, fueron expulsados. Se buscaba homogeneidad del asunto: los grandes retratos ecuestres y mitologías. Se trajo del Pardo el Carlos V en Mühlberg, el Felipe II con el niño Diego (1574); á su lado se pusieron el Felipe III y los Moriscos de Velázquez, un retrato ecuestre (perdido) del rey, el infante Fernando de media figura, de Van Dyck, y la batalla de Nördlingen.

Aun era más interesante la parte mitológica; en ningún modo se podían comparar espíritus tan diversos como Tiziano, Tintoretto y Paolo, Rubens y Van Dyck, Velázquez, Ribera y Artemisia Gentileschi, en la interpretación de los asuntos clásicos. El Jael y Dalila del Españoleto (perdido) parece haber sido su primera obra que llegó á Palacio.

En el taller del pintor de cámara había, en 1694, un diseño del salón dorado hecho por Velázquez (2).

LA TERMINACIÓN DEL ESCORIAL

En Mayo del año 1654 fueron agitadas la corte y las provincias por una solemnidad de orden desusado: la consagración de la cripta del Escorial y la traslación de los reyes predecesores á su panteón.

---

(1) En el *Jahrbuch der K. Prenss Kustsammlungen*, 1889, hay un ensayo de descripción completa.

(2) «Una mancha de prospectiua del Salon Dorado de Palazio, por acauar, de vara y media de alto y dos y media de ancho, maltratada y sin marco, de mano de Velázquez.»—*Documentos inéditos*, p. 139.

La erección de tal mausoleo era uno de los esenciales designios, realmente el primero que presidió á la edificación del gigantesco edificio de Felipe II. Carlos V había ordenado en su testamento que se enterrase su cuerpo y el de la emperatriz en una sepultura general de la casa. Pero la cripta estaba sin concluir á la muerte del fundador, y permaneció así medio siglo.

Felipe II ya había, en el año 1594, hecho conducir los restos de todos los individuos de su familia, desde la desgraciada Juana inclusive, á San Lorenzo, haciendo que se colocaran provisionalmente en la antigua iglesia. Destinó para su última morada un edificio central ochavado, «con arreglo al modelo de las catacumbas de los antiguos cristianos y su culto á los mártires», bajo el altar mayor, dentro de los cimientos. Inconvenientes imposibles de prever ni de vencer impidieron la terminación; el rey expresaba su pensamiento diciendo: «Había edificado una casa para Dios, y su hijo podía construir cuando quisiera otra para sus restos y los de sus antepasados». En todo caso la capilla era «profunda, triste, obscura y de difícil acceso». Por este motivo mandó hacer, entre ésta y el suelo del altar, una segunda cripta provisional en tres galerías (callejones) abovedadas, en las cuales debían quedar los féretros hasta 1654 (1).

Hasta mucho después no se acordó Felipe III del deseo de su padre. El cardenal Zapata había conocido en Roma á un joven arquitecto de la corte pontificia, á quien invitó á que le siguiera á Madrid (1616), Giovanni Battista Crescenzi, fué el constructor del panteón en su forma actual. Las paredes debían ser construídas de nuevo después de rebajar el suelo cinco y medio pies, de granito, con mármoles, jaspes y bronces ricamente incrustados; hizo un viaje á Italia para traer espe-

(1) José de Sigüenza: *Historia de la Orden de San Jerónimo*, libro II, cap. XIII.—Francisco de los Santos: *Descripción del Escorial*. Madrid, 1657, pág. 113.

cialistas. Los trabajos continuaron hasta la cúpula; ésta fué cubierta al principio del reinado de Felipe IV.

Descubrióse entre las piedras un manantial, que no se pudo dominar. La construcción se detuvo; se quiso destruir el panteón y construirlo en otro lado. Sólo en el año 1645, y merced á la habilidad del vicario P. Fray Nicolás de Madrid, se consiguió separar el manantial, dar luz por una ventana hecha en el muro de la iglesia y construir una escalera cómoda. Los ornamentos de la cúpula que aun faltaban fueron terminados por dos hermanos de la santa casa; y así, para satisfacción del rey, fué zanjada la cuestión del panteón. El hermano Nicolás fué promovido en su consecuencia á prior y obispo de Astorga. La cruz, de cinco pies de alta, del altar era de mármol negro de Vizcaya; el Salvador de bronce, obra del carrarense Pietro Tacca, regalada por éste en 1616 á Felipe III con motivo del envío de su estatua ecuestre.

A la traslación fueron abiertos los féretros de los antepasados. El cadáver del emperador estaba casi intacto. El 15 de Marzo el rey subió á la bóveda. A la vista de su bisabuelo dijo al de Haro: «*D. Luis, honrado cuerpo*»; á lo que éste contestó: «*Sí, señor; muy honrado*». El embajador veneciano Quirini, que examinó la momia de Carlos V, escribía en 25 de Marzo: «Se reconoce muy bien la semejanza con su retrato. Tenía una bastante abundante barba rubia; el cuerpo era de estatura un poco más baja que la ordinaria, los huesos finos (*minute*), la carne escasa y seca (*adusta*); nariz y labios, dedos y dientes desfigurados por la gota, que ni á los muertos perdona; después de un siglo se veían aún las huellas de los dolores que había sufrido» (1).

En el centro de la basílica se elevaron cinco catafalcos cubiertos con terciopelo bordado en oro y con coronas; en la primera fila colocaron á Felipe II y III, encima el emperador y, finalmente, en el altar, las cuatro reinas: Isabel de Portugal y

(1) Despacho de 25 de Marzo, *Frari*.

Margarita de Austria, Isabel de Borbón y Ana de Austria. El enterramiento de las urnas se efectuó el 16 de Marzo de 1654, poniendo la del emperador el mismo Felipe IV.

Este acto impresionó al monarca, de cincuenta años. La idea de que en no largo espacio de tiempo ocuparía un nicho de aquel panteón; la voz de sus teólogos, que le decían que sólo había puesto á la maravilla de Felipe II la corona (1), despertó en él el deseo de hacer algo más en San Lorenzo el Real. Destinó á la iglesia cuarenta y dos cuadros elegidos que en los últimos años habían llegado á su poder, la mayor parte regalados. Eran cuadros de los primeros pintores italianos: Rafael Ticiano, Pablo Veronés y Tintoretto. Nada más apropiado para acrecentar la fama del claustro.

«Su Majestad ha echado de ver (dice de los Santos) que varios locales, especialmente la sacristía, estaban escasos de cuadros, lo cual trató de remediar separando de su palacio una colección de cuadros religiosos. Al separarse de ellos dió un nuevo y especial testimonio de su amor á esta santa casa y de que para alhajarla fastuosamente no titubeaba en desprenderse (cuando era necesario) de lo más preciado y familiar». Pudieron, sin embargo, entrar otros motivos en juego.

A los más excelentes de estos cuadros pertenecen los cuatro que había adquirido D. Luis de Haro en la subasta de la testamentaría de Carlos I Estuardo: la *Perla*, de Rafael (por la cual el comisario mayor Edward Bass pagó en 23 de Octubre de 1651 2.000 libras); la *Sacra Familia*, de Andrea del Sarto (Prado, 385, 230 libras); las *Bodas de Caná*, de Paolo (534), y el *Lavatorio*, de Tintoretto (en la sala capitular del Escorial, 250 libras).

Cuando el Parlamento decretó el 23 de Marzo de 1648 el inventario y venta de la herencia del rey decapitado, tuvo España la suerte de poseer un diplomático en Londres que desde el principio se entendió perfectamente con los individuos del

(1) EGERTON MANUSCRIPTS. British Museum, 1.636.

Parlamento: D. Alonso de Cárdenas. «El embajador español, se lee en un documento de aquel tiempo, fué el primero que hizo compras. Adquirió del tratante en maderas Harison por valor de 500 libras; del sastre Muray y de otros dos cuadros de Ticiano, una Venus, media figura y los Joyeros, por 50 libras (Viena, núm. 220, llamado Lotto). Un cardenal sentado y dos viejos detrás de él, de Tintoretto, 800 libras. El Estado le dió los Once Césares, de Tiziano, completados por Van Dick. Estos costaron al rey cien libras cada uno, y le fueron ofrecidas 12.000 (?). (Según las *Anécdotas*, de Walpole, II, 116, los compró D. Alonso por 1.200 libras.) Poseía la célebre Venus del Tiziano, por la cual le ofrecieron al rey 2.500 libras». (La Venus del Organo, Prado, 1.651.)

A éstos hay que añadir el retrato de Carlos V con el gran perro, que compró en subasta sir Balthasar Gerbier el 21 de Junio de 1651 en 150 libras; el Descanso en la huída, de Tiziano (Prado, 472); La conversión de Saulo, de Palma (100 libras, Prado, 325); David vencedor de Goliath (100 libras, Prado, 324); el primer retrato de Tiziano, el Almirante Pesaro ante Alejandro VI (Museo de Amberes). El embajador florentino cita aún una Porcia Romana (Lucrecia). Estos, con dos Madonnas y los doce emperadores, así como quince Tizianos, llegaron á Madrid en Septiembre de 1652 (1).

Debemos creer que Felipe IV, que no carecía de sentimiento, tenía sobre estos objetos del infeliz príncipe en otro tiempo huésped en su palacio, sus propias ideas. Lo que allí llegaba era la propiedad del heredero legítimo. Los deudos de

(1) Al Sigr. Don Luigi d'Haro sono venuti, di Londra; 15 quadri del Tizziano, comprati da S. Ecca. scudi 16ma. e sono li 12 Cesari, che già furono delli Sigri. Duchi di Mantona, due Madonne, et una Porzia Romana. Li 12 Cesari il Sigr. Don Luigi d'Haro li á donati á S. Mta. etanno un poco patito, e dicono, che uno é quasi quarto affatto, vi e la copia, di mano di Van Dick, che molto ben rimedia al male, et sono stati graditi da Re, como meritano opere tanto insignie. Desp. Res. Tosc., 9 Sep. 1652. Los Doce Césares se encuentran hasta el fin del siglo en la Gal. Mediodía Pal. Una Lucrecia había aún en 1772 en el Buen Retiro.

Carlos Estuardo y su hijo hablaban con amargura de la avidez con que los príncipes europeos se habían asegurado su parte en aquel botín. Por su venta á otros países se perdió la esperanza de recobrarlos más tarde. Con tal idea, habían adquirido los amigos del rey muchos de los más preciados lienzos. En efecto, en las referencias españolas se niega toda participación del rey Felipe IV en este asunto. Haro los había comprado por propia cuenta; á su llegada á Madrid, pareció que era digna de ser mostrada al rey, y Haro la puso á sus pies. De la relación de Sir Edward Hydes, el cual era embajador de Carlos II, con el septuagenario Cottington, aparece que no tenían la conciencia tranquila cuando el buque llegó de Inglaterra á la Coruña. En Enero de 1651 recibieron repentinamente su pase. Después supieron el verdadero motivo: no debían ser testigos de cómo había sido llevado al palacio de Madrid el tesoro del rey. El transporte tuvo lugar en diez y ocho mulas (1).

Comprendemos el impulso de Felipe IV, de alejar de su palacio los cuadros ingleses, que le representaban de trágica manera las vicisitudes del destino, enviándolos á aquel lugar sombrío, mansión del desengaño.

Asimismo, en la descripción del P. de los Santos, se hace mención de Carlos Estuardo y de su desgraciada suerte con elogio de su amor á las artes, y lamentándose que «á su trágica muerte, los cuidados y trabajos de muchos días vinieron á tierra en uno solo». También se hace mención en todas partes de los donadores españoles.

De D. Luis de Haro recibió el rey además (aparte los 28 cuadros de Paul Bril y Bassano, para su cuarto de lectura en el jardín de la Priora), un *Ecce Homo,* de Pablo Veronés, y la *Prisión de Cristo*, de Lucca Cambiaso. Al ministro añadíanse cuatro grandes colecciones de los virreyes de Nápoles. La serie comenzaba con Monterey (1635) y terminaba con el

(1) CLARENDON: History of the rebellion. VI, 457. Oxford, 1820.

conde de Castrillo (1653). Justamente á mediados del año treinta comenzó el afán de coleccionista de Felipe IV. En el inventario de palacio encontramos pocos regalos anteriores á esta fecha; de Alba sólo se menciona una vista de Nápoles con el Posilippo; un San Sebastián, de Tiziano, procede del virrey conde de Benavente.

D. Emanuel de Guzmán Fonseca y Zúñiga, CONDE DE MONTEREY, Presidente del Consejo de Italia, era por su larga práctica en los negocios la persona más autorizada en las cuestiones de Italia, si bien Camillo Guidi le llamaba el enemigo mortal de su nación. Como estadista, regente y general, era una nulidad; pero su exiguo cuerpecillo encerraba la avidez de goces y de lujo de un sultán. Las cualidades sobresalientes de los poderosos españoles de aquel tiempo se daban cita en él. Altanero, «despreciador de todos», falso, vengativo, interesado, ergotista, no podía pasar un solo día, ni aun en campaña, sin un estado mayor de comediantes y cortesanos. El botín que este insaciable Verres trajo de Italia fué el más copioso que se embarcó en el Molo de Nápoles. En el año 1633 vió el embajador florentino conducir doce carros con cuadros á Madrid. La plata, los tapices, cuadros, joyas y millones le permitieron poner su casa en un pie de lujo que eclipsaba la casa real. Él fué también quien llevó las obras juveniles de Tiziano.

De él hay en El Escorial el Salvador con la cruz á cuestas, de Sebastián del Piombo (Prado, 395). La Asunción de María, de Annibal Carracci (90), y un *Ecce Homo,* atribuído á Tiziano (48). La mayor parte los hizo traer al claustro de Salamanca, del cual quería hacer una especie de Escorial.

Su sucesor, D. Ramiro Felipe de Guzmán, era un pobre hidalgo cuando Olivares ocupó el poder. A su parentesco de primo debió su matrimonio con su hija y el título de duque de Medina de las Torres. Se alababa su habilidad en el discurso, y era un vividor vanidoso, falto de carácter y acomodaticio. Se casó en segundas nupcias con la más rica heredera de Nápoles, Anna Colonna. En lo tocante á rapacidad, no se quedó

muy atrás de D. Emmanuel. Los lienzos destinados al Escorial son la menor parte de los que regaló á Su Majestad.

El más preciado de Rafael que España había adquirido hasta entonces, hoy la verdadera «Perla» de la colección de Madrid, la Madonna con Tobías, uno de los últimos que el pintor acaba de su propia mano, fué sustraído por Medina con ayuda del complaciente general de los dominicos, Rodolfi, de la capilla de Santa Rosa, en San Domenico de Nápoles, de lo cual tuvo éste que justificarse en Roma; el prior se resistió, y hubo de salir de la ciudad.

Del mismo procede el *Noli me tangere* (Prado, 132), de Correggio; la Madonna llamada del Pordenone, con los santos Antonio y Roque (un Giorgione 341); El descanso en la huída, con la Santa Catalina, hoy el cuadro favorito del Tiziano, en la National Galery de Londres, y la Purificación (perdido) de María, de Pablo Veronés. Entre los lienzos con que se quedó el rey, estaban los Cinco Sentidos, de P. Brueghel, que D. Ramiro había recibido del duque de Pfalz-Neuburg, y regalado á éste por el cardenal Infante.

Don Juan Alfonso *Enríquez de Cabrera*, almirante de Castilla (1644-1646) proporcionó los dos Paolos, Cristo en el Limbo y el Martirio de Santa Inés; además un cuadro perdido de Caravaggio: Santa Margarita resucitando á un muerto.

Por último, D. García de Avellaneda y Haro, *conde de Castrillo*, que aun regentaba Nápoles (1653), envió un tercer Rafael: la Visitación de María á Isabel (Prado, 368); el encantador cuadro pintado en los Abruzzos para San Silvestre, y conservado allí celosamente durante más de un siglo.

Estos cuadros italianos eran aún tasados en su actual valor, una mínima parte de la rapiña que los virreyes, en su generalmente corto gobierno, se apresuraban á ejercer en los dominios que se les confiaban, pero también lo único que no se dispersó rápidamente á todos los vientos: sus orgullosos nombres.

«Scauros y Fabios les llamáis como antes; pero los retra-

tos de sus antecesores se avergüenzan de vosotros en la antesala.»

Recuerdan la degeneración del arte español de gobernar, tan prestigioso en Europa anteriormente, en una inicua explotación despótica. Entre los donantes, aparecen tres Guzmanes (1): el sobrino, el cuñado y el yerno de Olivares. Las revueltas napolitanas, cuya coincidencia con la independencia de Holanda parecía un aviso del destino, abortó por sí misma; sin embargo, no se renunció á castigarla sanguinariamente. En vista de estos cuatro nombramientos de la grey de los más concupiscentes é incapaces vampiros que han oído nunca la maldición de un pueblo, y cuya semilla aun se cosecha después de desaparecida largo tiempo su tiranía, no se puede menos de pensar, aun dada la estrechez de espíritu de la corte española, que se tuvo el pensamiento de ofrecer una especie de expiación á tanta rapacería al separarse el rey de todas estas joyas para colocarlas en aquella santa casa que se había elevado sobre el polvo de sus abuelos.

La instalación de los 41 cuadros fué encomendada á Velázquez. El lugar elegido fué la hermosa sacristía de 108 pies de larga y 30 de ancho, bóveda en forma de cuna que recibía la luz por nueve altas ventanas por el lado de la izquierda. Era el más apropiado local para cuadros. Sigüenza dice que cuando entraba parecía que se le ensanchaba el corazón. Ya Felipe II trajo allí algunos de sus Tizianos: la Ofrenda, la Magdalena arrepentida, el Ecce Homo y la Dolorosa, la Santa Catalina y una María con el Niño. El cuadro del altar, hasta entonces había sido el Crucifijo de Van der Weyden, de tamaño natural, entre María y Juan (ahora detrás del coro), de la Cartuja de Bruselas. Fueron destinados á la sacristía 30 cuadros; los restantes fueron puestos en la antesacristía y en otros locales; pero no se encontró sitio adecuado para otros cinco á causa de su tamaño. El sitio de honor sobre el altar mayor,

(1) Si no era liberal por lo que tenía de *Guzmán*, dice Novoa de Haro.

donde desde Carlos II estuvo el cuadro de las Sagradas Formas, de Claudio Coello, le ocupó la Perla, de Rafael.

Debemos confesar que el rey mostraba inteligencia para la colocación de los cuadros. El afortunado monarca tuvo en todo tiempo á mano á su D. Diego para retratar su persona, y durante largos años al propio Rubens, en vida, para el decorado de su palacio de caza; una galería de Tiziano para adorno mitológico de las habitaciones de verano, y los retratos de salón como herencia; y ahora sus sátrapas le enviaban á Rafael para el sitio de honor de la creación de los reyes españoles. En nuestros días hemos visto con vergüenza la Madonna de Rafael, en otro tiempo en la Regia de Nápoles, muchos años expuesta en Kensington, y no ha habido nadie que quisiera conservar para Europa esta preciosa obra de juventud de un artista sobre cuyas creaciones se funda no en último lugar la grandeza espiritual de Europa.

En el largo muro, de frente á las ventanas, se pusieron diez y seis cuadros en dos filas; siete sobre los armarios y nueve sobre las mesas. ¡El lugar de honor en el centro le ocupó el Lavatorio, de Tintoretto, sustituyendo al Descendimiento, de un Roger Van der Weyden! A su derecha estaba la Sacra Familia, de Andrea del Sarto; un *Ecce Homo*, de Paolo, y dos cuadros de la Pasión, de Cambiaso. A la derecha, la Oración en el Huerto, de Tiziano; la Visitación, de Rafael, y la Prisión, de Tiziano. En la fila de arriba sobre el Lavatorio la Magdalena, de Tiziano; á la derecha un Caravaggio, la Ofrenda, de Tiziano; la Asunción, de Anníbal; el Sacrificio, de Abraham de Paolo; á la derecha, Cristo con la cruz, de Sebastián; el Noli me tangere, de Corregio, y dos Guidos.

En la pared de la entrada estaba el supuesto Giorgione (Prado, 236, un Palma vecchio); el Cristo mostrado al pueblo, de Tiziano; el Descanso en la huída, del mismo, con la Santa Catalina y el Pordenone, llamado Giorgione.

Entre las ventanas el anterior, único Rafael: María con el niño y Juan; el San Sebastián, de Tiziano; la Crucifixión, el

Bautista y una media figura de Santa Margarita con el Dragón. De Tintoretto, dos Magdalenas; el Cristo en el limbo, de Sebastián; el Nacimiento del Salvador, de Schiavones, y el San Jerónimo, de Van Dyck.

En el vestíbulo el Entierro y la Huída á Egipto, de Tiziano; los Reyes Magos, de Paolo, y la Predicación del Bautista; el Emmaús, de Rubens; la Madonna con la Santa Magdalena, de Van Dyck, y el San Pedro y San Pablo, de Ribera.

Si bien se entresacó lo mejor para la sacristía, había aún una habitación que por lo preciado de su contenido no igualase á aquélla. Esta era el Aula de la Santa Escritura, una sala para la enseñanza teológica de los monjes, que recibía luz sólo por una gran ventana en el Occidente. Allí se veía ya la célebre Gloria, de Tiziano, pintada para Carlos V; los dos grandes lienzos, de Paolo y de Tintoretto, destinados para el altar mayor de la iglesia principal: la Anunciación y el Nacimiento; la Santa Margarita con el dragón y el San Jerónimo, de Tiziano; la última obra de El Mudo; el Entierro de S. Laurencio. Y después, como regalo del rey: la Madonna con el Tobías, de Rafael; un Entierro y un *Ecce Homo*, de Tiziano; Cristo en el Limbo y el Martirio de San Ginés, de Paolo.

La mayor parte de estos cuadros fueron trasladados en el siglo anterior al Museo de Madrid; otros desaparecieron ó fueron llevados al extranjero. Los sitios desocupados se llenaron con una deplorable colección de lienzos recogidos aquí y allá.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)

MATERNIDAD

(NOVELA)

(Conclusión.)

XVII

Y Regina llevó la careta por última vez: asistió á la ceremonia mortuoria de Goteborg, celebrada con toda sencillez. Asistieron algunos amigos de negocios del difunto, pero no estuvo presente ningún noruego ni tampoco ningún miembro de la familia. Regina se había olvidado en absoluto de advertir á las dos hermanas de su marido.

Todo, para la joven viuda, parecía como perdido en una bruma. Hubiera podido quedarse en cama y no salir de su casa, pero esto hubiera sido demasiado cómodo. Ahora que había triunfado experimentaba una extraña necesidad de castigarse ella misma, de pagar, en cierto modo, algo de su deuda.

En el horno crematorio, cuando vió el féretro de su marido en la plataforma de bronce que iban á meter en las llamas, le pareció que todo giraba en torno de ella y prorrumpió en sollozos nerviosos. Tuvieron que llevársela afuera. Pronto terminó todo, y los asistentes empezaron á retirarse. Al pasar se descubrían ante Regina, que estaba allí, del brazo del subdirector, y cuya gran emoción era ostensible.

Aquella misma tarde volvía á su casa por el ferrocarril. Más allá de Goteborg, la entrada de la bahía, tan renombrada

por su belleza, extendíase bajo un velo de bruma melancólica, en el que las numerosas islas, las rocas, no eran más que manchas indecisas y sombrías.

Regina buscó con los ojos el lugar de la ciudad en donde estaba situado el horno crematorio; subía de él una humareda blanca que se mezclaba á la densa atmósfera que pesaba sobre todas las cosas... Después de todo, aquella humareda tal vez no tenía nada que ver con el cadáver de Flaten...

El subdirector, sentado frente á Regina, contaba una historia que ella no entendía. No quería pensar; quería cerrar los ojos, adormecerse. Tenía la sensación de ocultar en el fondo de ella misma algo peligroso que no debía escapársele... ¡Que pasara tiempo, que pasara tiempo!...

Por fin se encontró sola en las habitaciones de la vasta casa. Todo era suyo ahora. El subdirector seguía dirigiendo la fábrica hasta que el hombre de negocios de la viuda encontrase un comprador.

Pero Regina no era libre todavía. Cada paso de aquella casa le recordaba á Flaten, pero no podía irse hasta dar á luz al hijo de aquel hombre; no le era posible correr en busca de su hijo, del suyo, mientras que sintiera en su seno al otro, al pequeño Flaten. Era como una idea que la repugnaba.

El parto no sería hasta Marzo... ¡Ah! ¡qué interminable espera!

Regina estaba allí, condenada á formar con su carne y su sangre al vástago del hombre á quien había asesinado. Hartos delitos había cometido, y dispuesta estaba á cometer otros si era preciso. Pero ante lo que la sucedía ahora permanecía impotente, con el sentimiento de alguna intervención sobrenatural. Sería un niño, estaba segura de ello; un niño que crecería, que sería el vivo retrato de su padre y que, un día, le pediría cuenta de lo que había hecho... Pues bien, puesto que tal era el destino, que se cumpliese. Lo aceptaba. Sin duda aun era tiempo, si quisiera, de hacer inofensivo á aquel sér embrionario; pero esto hubiera sido demasiado fácil. Aquel feto que,

en lo futuro, sería para ella un juez implacable, estaba tan desarmado, tan sin defensa actualmente, que ella no podía menos de protegerle y de pensar en él con cierta ternura. Que sucediera lo que debía suceder... Ella bajaba la cabeza, se estremecía; pero era preciso que sucediese...

Regina tomó una señora de compañía que dormía en el mismo cuarto que ella; inventó mil expedientes para matar el tiempo. Y el sér que llevaba en sus entrañas crecía, formándose con su sustancia, adquiría en su alma un puesto cada vez más importante. Cada vez que el niño manifestaba su existencia con un movimiento propio y como voluntario, le parecía á Regina que recibía de parte de Flaten una nueva advertencia, una nueva señal que le recordaba el inevitable destino que, más adelante, alzaríase ante ella.

Entonces, para no desfallecer por completo, se aferró cada vez más convulsivamente á los sueños que la acercaban á su propio hijo, á su primogénito, al que pronto encontraría. Aquel niño tan querido, por quien su madre se había cubierto de tanto oprobio, alzábase ahora sobre las tinieblas en que estaba sumida como un ángel salvador de cuya mano cogeríase ella un día. Cuando fuera hombre, cuando ella pudiera apoyarse en su brazo, ¿qué la importarían entonces las potencias vengadoras que pudieran presentársela? ¿No tendría su defensor? ¿No diría él: «cuanto mi madre ha hecho lo ha hecho por mí; mía es la culpa, y reivindico la plena responsabilidad»?

Los días, las semanas se suceden. El invierno se desliza lentamente; nevadas, tempestades... Diariamente había un combate en el alma de la joven; esforzábase en dar á su sueño, á su esperanza salvadora, una intensidad tal que la sombra que la envolvía no la abrumara, que la angustia no fuese más fuerte que ella. Estaba pálida, tenía desencajadas las facciones. No llevaba ya la máscara de la alegría, pero seguía ocultando sus inquietudes. Si hablase, ¿quién la hubiera comprendido?...

Pero su prueba termina; pronto podrá decir: «Será en la semana próxima».

Por fin llegó el día en que nació el niño. Era, efectivamente, un varón...

Ella era rica ahora, y sin embargo no llegaba á gustar del sér que había dado á luz. Le miraba y trataba de sonreir; pero á veces, cuando se inclinaba sobre el niño, sacudíale el corazón un extraño estremecimiento: aquel niño tenía unos ojos raros.

Impulsada por la necesidad de atormentarse que desde la muerte de Flaten experimentaba, Regina quiso criar; nada de biberones. Como las prolongadas emociones sufridas habían agotado sus fuerzas, cada vez que el pequeño mamaba tenía ella la sensación de que se desprendía de la misma sangre de sus venas. Pero deseaba que fuese así; deseaba dar al niño aquel todo lo que podía darle. Porque también él tenía que realizar en el mundo una gran misión... Ella lo quería así.

Pasaron semanas y meses. El pequeño se desarrollaba á maravilla.

Una mañana Regina recibió una carta con el sello de la pequeña población del litoral en donde su madre se había instalado al quedarse viuda; y aquella carta anunciaba la muerte de su madre.

La joven se quedó pensativa. No experimentaba una verdadera pena; en aquellos últimos tiempos la imagen maternal casi se había borrado de su corazón. Pero decía:

«Ahora va á ser preciso que te apresures á buscar á tu hijo, Regina, si no quieres verte completamente sola en el mundo...»

A mediados de Mayo marchó con el niño á Goteborg; había allí un establecimiento para los niños pequeños. Para mayor seguridad, pidió á un médico que atendiese á la criatura. Después respiró aliviada.

Había vendido sus propiedades; encontrábase al frente de

una fortuna que ascendía á cosa de un millón. Pero su pelo blanqueaba en algunos lugares y su rostro evocaba el de una tísica.

XVIII

En el verano de 1880 pudo leerse en los periódicos de Cristianía este original anuncio:

«En el mes de Marzo de hace dos años, un señor y una señora se presentaron en la Maternidad y adoptaron un niño. Se dará una buena recompensa á quien pueda dar algunos datos sobre la identidad de esas personas é indicar su domicilio actual. Escríbase á la inicial R., en las oficinas de este periódico.»

Se estaba en los primeros días de Junio. Diariamente podía verse, á eso de medio día, bajo el follaje verde tierno de la Studentenlud, pasar y repasar, siempre sola, una mujer vestida de negro. Evidentemente era una forastera desocupada. Veía que varias personas se saludaban entre sí, pero nadie la saludaba nunca á ella. Sentábase en un banco cuando se cansaba de andar, y levantábase cuando se cansaba de estar sentada. A veces con la contera de su sombrilla escribía un nombre en la arena; pero antes de irse lo borraba cuidadosamente. Podía tocar la música, podían charlar y reir los paseantes, jóvenes ó viejos: todo pasaba lejos de ella, se deslizaba ante la mirada indiferente de sus ojos... Sacaba el reloj, veía que se acercaba la hora de comer en la fonda, se iba... Así mataba una parte de la tarde. A las seis visitaba las administraciones de los periódicos para enterarse de si se había recibido alguna carta con su inicial desde la víspera.

Regina, ahora, llevaba esa vida de fonda tan vacía de una rica forastera. El día en que la pasaron la cuenta se fijó en que ya llevaba un mes allí. Esto no tenía importancia: tenía tiempo por delante. De un momento á otro podía producirse

un acontecimiento; bastaba esperar pacientemente que llegase la carta... En la mesa Regina trabó un conocimiento superficial con algunas personas, con las que cambiaba algunas palabras vulgares. Para todos los demás su existencia se ocultaba como detrás de un muro. Ahora que hubiera podido arrojar la careta y mostrarse tal cual era, no lograba encontrarse á sí misma. Y, además, ¿no tenía ella siempre en su fuero interno cosas que para todo el mundo debían permanecer ocultas?

A su llegada á Cristianía, confió la historia de su hijo al hombre de negocios que administraba su fortuna, y él también comenzó por su parte las investigaciones. Pero al mismo tiempo había hecho ver á Regina con qué diverso concurso de circunstancias tenía que contar.

El niño podía haberse muerto, ó haberse muerto los padres adoptivos, ó haber dejado el país. Era también posible que uno solo de los esposos hubiese muerto, y que el otro se hubiera vuelto á casar y tenido un hijo: en este caso, tal vez el pequeño habría pasado á otras manos. Tal vez Regina le encontraba diariamente en la calle, sin adivinar que era el que buscaba. Era igualmente posible que el niño, á la hora actual, se revolcase en la suciedad, en el fondo de algún patio pobre, después de haber pasado de unas á otras manos desde su salida de la Maternidad. O bien podía admitirse que se encontrase en alguna casa de campo, en medio de un valle aislado, ó en una isla cualquiera... ¿Qué se podía saber?... Pero aun admitido que nada de aquello hubiese ocurrido, que el niño siguiese en casa de quienes lo adoptaron, ¿acaso aquellas personas no se habrían habituado desde largo tiempo á considerar al niño como hijo propio? ¿No les costaría trabajo separarse de él? Y en este caso, ¿qué móvil podría impulsarlos á darse á conocer? ¿Qué les importaba—si lo sabían—que una extraña, una desconocida buscara al niño, á aquel niño que les pertenecía desde el punto de vista legal, puesto que les fué cedido en plena libertad?... Dadas todas estas dificultades, era preci-

so prepararse á esperar. Tal vez un anuncio en los periódicos diera algún resultado...

«Pues bien—se dijo Regina,—esperaré.»

Y todas estas imposibilidades, esos diversos azares, empezaron entonces á bailar en su cerebro. El hombre de negocios adquirió la certeza de que ninguna de las dos tías de Regina, ni la de los Oplandene, ni la del Nordland, habían adoptado al niño. Era una luz menos. Todas las mañanas, al levantarse, Regina no podía menos de temblar de impaciencia. ¿Qué le reservaría aquel día que empezaba?

Sucedíanse los días... y nada se presentaba.

El recuerdo del tiempo que había pasado en Suecia era para Regina una siniestra pesadilla: luchaba para tenerlo encerrado. No quería vivir sino en lo futuro; evocaba sin cesar su antiguo sueño, representándose el momento en que por fin encontrase á su hijo. Este sueño tomaba también en ella un sentido religioso: encontrar á su hijo era encontrar la paz del alma, la salvación. A su lado se arrepentiría de todo. Le serían perdonados los pecados, y ya no haría sino el bien, el bien á todos, sin pedir siquiera que se lo agradeciesen.

Pero el tiempo pasaba; el millón tan trabajosamente adquirido no servía de nada á Regina. En su alma oscurecíanse de día en día la fe y la esperanza; la angustia y los malos recuerdos aumentaban... ¡Oh! ¡que no sucediera aquello, que no sucediera!

Por fin, una mañana, al entrar en las oficinas de un periódico, la señora que estaba en el ventanillo le dijo sonriendo:

—Hay algo para usted, señora.

¡Dos cartas!... Regina tuvo que sentarse para leerlas. Era uno de esos momentos en que se espera una sentencia de vida ó de muerte. Sus manos temblaban.

Una de las cartas venía de Cristiansad; la otra, de la provincia de Rosusdal. Cada uno de los dos comunicantes afirmaba haber encontrado á las personas en cuestión... Uno de ellos debía de estar en lo exacto.

Agotada como estaba por aquella espera tan prolongada, Regina apenas pudo resistir la emoción que se apoderó de ella. Todo su cuerpo temblaba. Esta vez no era de angustia; era de un sentimiento nuevo para ella: era de felicidad...

Regina dió un billete de Banco á la señora del ventanillo, y volvió precipitadamente á la fonda para hacer sus preparativos de viaje. De cualquier modo hizo el equipaje, y de vez en cuando se paraba para respirar y sonreir. Luego sus ojos se llenaron de lágrimas, y por fin estalló en sollozos... ¡Ah! la felicidad... Parecíale que hasta entonces había sido de hielo, y que el hielo ahora empezaba á derretirse.

Aquella misma noche, Regina se encontraba á bordo del vapor que hace el servicio entre Cristianía y Bergen. El barco partía las aguas del fjord en un doble surco de espuma; iban muchos pasajeros, y Regina, que había tenido la suerte de asegurarse la posesión de una cómoda butaca de rejilla, habíase instalado en la parte del puente reservada á los viajeros de primera clase.

El que tras una larga ausencia vuelve á la casa paterna, en cuanto ve el humo de la chimenea se cree ya en el hogar. Así ahora tenía Regina la sensación de que tocaba al término. Dos horas hacía que el primer rayo de sol había llegado hasta ella, y ya estaba literalmente aniquilada de gozo. El niño estaba ya en sus rodillas; oíale reir y balbucir; le alzaba en sus brazos, le miraba sin cesar; y al mismo tiempo, tenía el sentimiento delicioso de que le eran perdonados todos sus pecados, que vivía en un mundo nuevo, al que no podían llegar ni remordimientos, ni recuerdos de actos pasados.

Era uno de esos atardeceres de Junio, en que el fiord de Cristianía es una decoración encantada. Y Regina, que aquella misma mañana encontrábase aún sumida en una cueva tenebrosa, habíase de pronto convertido en el centro de aquel hermoso crepúsculo de verano. El fiord, como un espejo de oro y azul, reflejaba el oro y azul del cielo; y la mar y el cielo no resplandecían sino para ella, para ella solamente. El sol de-

rramaba su luz más alegre sobre las colinas que bordean la costa; y hasta las sombras azuladas en que se sumía la playa, todo sonreía en la Naturaleza. De los dos lados del golfo, las casetas de baños, las blancas casitas que se miraban en las ondas, parecían hacer signos á Regina. Las islas que desfilaban ante el barco, con sus residencias de verano, sus bosques aromáticos, estaban engalanadas en su honor. El sol comenzaba á descender hacia Askerland, entre un nimbo de nubes radiantes; jamás se había puesto con tanto esplendor. Regina permanecía allí deslumbrada, como un mendigo que muere junto á una puerta y se despierta en el paraíso. Y sin cesar, sentía circular por su corazón como una corriente maravillosamente ardorosa... ¡Ah, qué felicidad!... Y le parecía que era feliz desde hacía muchos años.

Todas las personas que la rodeaban eran simpáticas y distinguidas. La miraban afectuosamente, como si lo supieran todo. Hasta la cadena del timón, que se aflojaba y se estiraba, tenía algo de simpático, de afectuoso. El ruido de la máquina cantaba en sus oídos una canción alegre... Por último, se puso á tocar una orquesta en el puente. Y Regina se creyó entonces en medio de un cortejo triunfal. Tuvo que contener las lágrimas.

Cristianía empezaba á desvanecerse como un poco de bruma en el fondo del fiord.

«¿Cuándo volveré á esa ciudad?—se decía Regina.—Por de pronto, cogeré á mi hijo y marcharé al extranjero; pero tal vez volveré algún día. Y entonces daré limosnas á los necesitados; daré dinero, sobre todo, á esas pobres muchachas de la Maternidad... No; mi hijo se encargará de esto, para que todos sepan lo bueno y generoso que es.»

El sol desapareció. El cielo tomó tintes de oro mate; luego se envolvió con los velos de un crepúsculo azulado. Fué una de esas primeras noches claras en las que se distinguen claramente todos los detalles del paisaje: montañas, fiord, praderas, mientras que al mismo tiempo se ve apuntar las estrellas. El

vapor seguía hendiendo las aguas, perseguido por el borboteo de su espumosa estela; luego, las olas que venían de alta mar empezaron á mecerle. A lo lejos, veíanse en el horizonte los amarillentos relámpagos de un faro...

A la mañana siguiente, Regina se arregló un poco en la fonda de Cristiansad: quería estar bien para el momento en que cogiera en brazos á su hijo. Después tomó un coche que la llevó por las calles anchas y claras de la ciudad. La carrera le pareció bien larga; pero al fin, en una tienda de modas y de papelería situada en un barrio extremo, encontró á la señora Larsen, que era la que le había escrito la carta... Era una mujer gruesa, de cierta edad, con los cabellos grises, de labios contraídos y penetrantes ojuelos.

«¡Dios mío!—se dijo Regina.—¡Con tal de que no sea esta mujer la que haya tenido á mi hijo durante todo este tiempo!»

En cuanto la matrona se enteró de lo que se trataba, abrió la puertecilla del mostrador, sonrió, haciendo muchos movimientos de cabeza, y dijo:

—Haga usted el favor de entrar por aquí, señora. Estaremos mejor para hablar.

Hizo pasar á Regina á una trastienda oscura, y la invitó á sentarse en un sofá, ante el cual había una mesa con dos bandejas llenas de fotografías y de tarjetas. La señora Larsen se sentó en una mecedora al otro lado de la mesa, cruzó las manos sobre su abultado vientre, y se puso á contar interminables historias respecto á lo difícil que era la vida en los tiempos presentes.

Regina la interrumpió con impaciencia:

—¿De modo que usted cree saber en dónde está el niño?

La señora continuó balanceándose, mientras que la mecedora crujía al peso. Dirigió á Regina una mirada inquisidora, como si, sospechando que el asunto era delicado, quisiera estimar con exactitud el valor de la fortuna de su visitante.

—Pues bien, sí—dijo al fin,—es un asunto muy difícil. Yo debería callarme, después de todo; prometí el silencio... pero

es muy duro para una pobre viuda el verse casi reducida á la miseria. Debo decir á usted que mi marido...

Regina se levantó bruscamente.

—Si puedo serla útil en algo, prestarle un servicio pecuniario, por ejemplo—dijo,—dígame la suma. Pero cuénteme lo que sepa; tengo mucha prisa, mucha prisa.

La señora se puso á tirar de unas cintas descosidas que adornaban su traje, mientras que hablaba con tono melancólico de su comercio de modas. Uno de sus proveedores, una casa extranjera, la amenazaba con hacerla quebrar. Era la ruina completa para ella. Tal vez se trataba de la voluntad de Dios, á la que era preciso someterse. Tal vez Regina era un ángel enviado á ella para salvarla, por lo mucho que ella había rezado.

Y la señora se enjugó unas lágrimas más ó menos ficticias.

Regina exclamó casi encolerizada:

—Dígame la cifra. Por el momento, tengo un poco de dinero conmigo... Si puede usted indicarme en dónde se encuentra mi hijo, dígame la suma que usted necesita.

—Debo cinco mil coronas á la casa extranjera en cuestión.

La matrona miró á Regina con sonrisa inquieta, y añadió:

—Naturalmente, no se trata de un préstamo, si la cosa es posible.

—¿Tiene usted con qué escribir, para que le firme un cheque sobre mi banquero?

La señora se levantó, mientras que la mecedora seguía balanceándose. Y cuando Regina escribía, la miraba con aire de beatitud, suspirando dulcemente.

Por fin Regina puso sus dos manos en los hombros de su interlocutora:

—Y ahora, dígame el nombre. ¿Quién es?

La señora Larsen había cogido el cheque y lo daba vueltas entre sus dedos, con los ojos húmedos.

—Ante todo—empezó á decir,—espero que Dios la bendecirá á usted. Y...

Pero Regina, incapaz de contenerse por más tiempo, exclamó con violencia:

—Va usted á decirme en seguida lo que sepa, ó rompo el papel que acabo de darle.

Esta amenaza hizo su efecto. La señora de Larsen suspiró y dijo:

—Pues bien, es mi propio hermano. Es comerciante, y su almacén está en esta misma calle, no lejos de aquí. Debo confesar que es un mal hombre; y si no fuera en interés de la criatura, yo no hubiera dicho nada. Pero júreme usted..., señora, que no revelará usted nunca quién la ha puesto en camino...

Regina no escuchaba. Preguntó con voz ahogada por la emoción:

—¿Y cómo está la criatura?

—Creo que está bien, desde el punto de vista físico, por supuesto. Pero no se encuentra en una casa en la que se puedan educar niños sin detrimento suyo... Oiga nada más lo que mi hermano ha hecho contra mí...

—¿Dónde vive?

Y obtenidas las señas, Regina salió corriendo.

Cuando estuvo ante la casa, cuya planta baja ocupaba una tienda de ultramarinos, se detuvo para contemplar el primer piso. Blancas cortinas aparecían tras de los cristales; en las ventanas había tiestos con flores, rosas abiertas... ¡Allí era donde su hijo había vivido tanto tiempo! Allí se encontraba en aquel momento... Por fin iba á cesar su sufrimiento...

Como una demente, se precipitó, subió la escalera, llamó. No había pensado ni por un instante en la manera como iba á proceder, pero le pareció que tardaban una eternidad en abrirla. Salió una criada.

—¿Está la señora?

—No; está afuera.

—¿Y su marido?

—Tampoco. El señor está en Cristianía.

Una rápida decisión se impuso á Regina.

«Pues bien—se dijo,—voy á apoderarme en seguida de mi hijo.»

Y entró en el recibimiento, abriéndose el abrigo.

—Voy á esperar á la señora.

La criada la hizo pasar á una sala muy clara. Pero apenas entró en ella Regina, oyó en la habitación contigua una voz infantil.

Regina se llevó las dos manos al pecho para impedir que estallara. Al instante se precipitaba á la puerta, la abría y entraba en una amplia alcoba en la que una criada planchaba sobre una mesa, mientras que una criaturita jugaba en el suelo.

Regina la miró profundamente, dijo cualquiera cosa á la criada, é inclinándose cogió á la criaturita en brazos... De repente se echó á reir, á reir como una loca, temblándole todo el cuerpo... Estrechaba á la criatura contra su pecho con mimo, le besaba en la cara, en el pelo... Y continuaba al mismo tiempo riendo nerviosamente, convulsivamente, mientras que las lágrimas corrían por sus mejillas. La criaturita, asustada, se puso á gritar.

Intervino la criada:

—¿Pero qué hace usted? Está usted asustando...

Y quiso coger á la criatura, pero Regina no la soltaba.

La criada se impacientó y exclamó:

—¿Pero quién es usted? ¿Está usted loca?

Regina la rechazó y continuó riendo.

—Déjeme—dijo;—me pertenece.

—¿Que es de usted? ¿Pero qué está usted diciendo? Vaya, suelte usted á esta criatura, que está asustada.

—Sí, me pertenece—replicó Regina, que empezó á pasearse con su presa por la habitación...—Dígame su nombre. ¿Se llama Olaf? Si no se llama Olaf, le cambiaré el nombre... Vamos, no llores más, hijito mío; no llores, queridín... ¿Estás ya contento, niñito mío?

La criada, segura ya de que aquella mujer estaba loca, exclamó furiosa:

—¡Pero si no es un niño! Es una niña, y se llama Inga.

Regina se quedó parada, miró un instante á la criada y medio dejó caer á la niña al suelo.

—¿Qué dice usted?... ¡una niña!... ¿Quiere usted hacerme creer...? No... no... ¿Pretende usted que es una niña?

—Véalo usted si no me cree... Pero, en fin, ¿qué ha venido usted á hacer aquí? ¿Habrá que llamar á alguno de la tienda?

—No, no—dijo Regina en voz baja, pasándose una mano por la frente.

Cerró los ojos un instante y después murmuró:

—Es una niña... está bien... Perdóneme. Ya me voy... Ha sido un error... Perdón. Me voy, me voy...

Y salió lentamente, como si no estuviese bien despierta, y bajó la escalera tambaleándose.

XIX

A las doce de la noche volvió á la fonda, después de haber pasado varias horas en un parque. Había llovido; en los árboles brillaban gotas de agua. El piso exhalaba un olor húmedo y acre.

Regina sintió como un hachazo en el cráneo, y al pronto quedó casi desvanecida. Pero había procurado reaccionar en seguida, y se decía:

«Esto no es nada, no es nada. Tengo que seguir andando.»

Todavía le quedaba una carta: no había que desesperar aún.

Dábase ánimos. A los dos días estaría en Romsdal: un viaje sencillo, una excursión de recreo... Decíase que allí encontraría á su hijo seguramente...

Y fué una nueva noche de espantosa soledad. Sola en la fonda, en una ciudad desconocida... El sol sale temprano: por esto, sin duda, no puede dormir; tal vez, también por las moscas que zumban... ¿ó bien será porque piensa en Rumsdal y en todas esas cosas?... Su piel está seca, sus ojos ardorosos; le duele la nuca, como si hubiera recibido un golpe; sus párpados se cierran con fatiga; pero las imágenes que pasan ante ella son demasiado vivas para que pueda descansar. ¿Y por qué tiene tan calientes las manos y los pies?

¡Ah! Feliz el que puede juntar las manos y lanzarse á la oración, que absuelve como á unos brazos tendidos; mas para rezar hay que arrepentirse. ¿Lo podía ella?

¿Y si era la voluntad de Dios que, en castigo de su pecado, no volviese á ver á su hijo? — Imposible. Necesitábase, en primer término, ante todo, que encontrase á su hijo, por quien ella había pecado, y entonces... entonces podría convertirse y lavar con lágrimas todas sus manchas...

Pero hay algo negro detrás de ella que se esfuerza por cogerla. Para escapar á esas manos espantosas, es preciso que espere, que esté persuadida de que su hijo le será devuelto un día. No hay que mirar tras sí; siempre adelante, adelante.

Y al día siguiente, Regina volvió á ponerse en camino.

Mientras que el barco hendía las aguas á lo largo de Jæderen, iba ella sentada en la popa, agarrada á una barandilla de hierro. No se daba cuenta de que estaba mareada... La noche fué penosa. Pero al otro día estaban en Bargen, y, desde allí, se sigue durante varias horas la costa por aguas muertas, dentro de un cinturón de arrecifes: es un viaje de los más cómodos. La orilla, desnuda y sombría, bordada de numerosos islotes, de rocas sobre las que se ciernen las gaviotas, desfila interminablemente. Negras montañas vertientes se alzan hacia el cielo; aquí y allí, en una verde grieta, en donde tal vez no penetra nunca el sol, se ven algunas cabañas de pescadores. Un barquichuelo se balancea, sujeto por un cable, al pie del acantilado...

Regina, con una gorrita de viaje y subido el cuello de su capa de lana, estaba en el puente. Aquel sombrío paisaje daba una singular impresión de frío; sugería pensamientos de tristeza.

«¿Y si también este viaje fuese inútil? ¿Y si te espera una nueva decepción? ¿Tendrías el valor de continuar viviendo y luchando?»

Apretábase su garganta; sentía el corazón helado.

Pero, cuando el barco entró en el golfo de Molde, hacía un día de verano, resplandeciente y tibio. Parecía que se entraba en otro mundo en el que todo resplandecía. Los pasajeros, agolpados en la borda, miraban: un ancho golfo, de olas claras, ligeras, de rientes playas. Las frondosas colinas llenaban el ambiente de frescos aromas; y, más arriba, picos nivosos resplandecían en el cielo azul. Las cascadas brotaban de las grietas de las rocas, se precipitaban de un salto, desde la altura media de la montaña. En el fondo del valle percibíanse ruines pueblecillos entre pinares. — Por fin apareció la población: un conjunto de casas de campo en medio de un jardín... En aquella atmósfera, en aquel bello paisaje, ¿cómo no hubiera podido sentirse á gusto Regina?...

Sentada en un cochecillo que la mecía dulcemente, se dirigía á la alquería cuyo dueño la avisara. En todos los caminos veíanse ingleses con pantalón de ciclista, la caña de pescar al hombro y la pipa en la boca. Había muchos turistas, y por todas partes cruzaban los vehículos de toda especie.

El cochero que llevaba á Regina conocía al hombre en cuestión. Al cabo de una hora el coche paró en el patio de una hermosa casa de labor. La casa habitación pintada de blanco, los grandes establos pintados de rojo, el jardín admirablemente cuidado, todo contribuía á dar á la propiedad un aspecto de prosperidad y de bienestar. El dueño, en mangas de camisa, se encontraba precisamente en el patio cuando entró Regina. Era una especie de viejo gigante, con una gran barba y rebelde pelambrera sobre la que se alzaba una gorra

de visera. Tenía las manos metidas en los bolsillos, y en los labios humeaba una pipa corta. Lo primero que hizo fué mirar con cierto desprecio al caballejo, que, en cuanto se paró, se puso á comer un poco de hierba.

Por fin se dirigió á los huéspedes y levantó su gorra al saludar á Regina, que se había apeado del cochecillo.

Se quitó la pipa de los dientes, y dijo:

—Viene usted de paseo, ¿eh?

En cuanto la viuda le hizo saber quién era, el labrador sonrió maliciosamente y se volvió á llevar la pipa á los labios. Después hizo pasar á Regina á una sala espaciosa que olía á pintura, y en la que zumbaban legiones de moscas. Regina se sentó en un sofá, y una mujer entró con un vaso de leche; el viejo se puso á pasear por la sala.

Regina bebió un poco de leche, y se puso á mirar al hombre en actitud de espera.

El viejo siguió dando paseos, y había empezado á hablar del nuevo juez cantonal. ¿Le conocía ella por casualidad? El juez procedía de las provincias del Sur; pero que no se creyese aquel señor que podía hacer lo que se le antojase con campesinos que ya en otro tiempo se habían tomado la justicia por su mano. Y el labrador se echó á reir, y miró á la viuda con expresión de astucia. Regina se esforzó en aprobar aquellas razones, y hasta dijo:

—¡Hola! ¿Conque es un hombre así?

El viejo no tenía necesidad de más para continuar charlando sobre los procedimientos del juez respecto á los campesinos del cantón. A Regina le pareció que aquella charla duraba horas. Comprendió, entre otras cosas, que el labrador se proponía hacer que escribieran un artículo en el periódico, á propósito de aquel dichoso juez.

Por fin ella le interrumpió:

—¿Tratábase de él, acaso, en la carta de usted?

El viejo hizo un guiño de inteligencia, y mientras que se esforzaba en encender la pipa, que se había apagado, dijo:

—Conste que yo no he dicho nada. Ahora, usted misma puede ir á informarse. ¡Ja, ja!

Y fué á sentarse en el sofá, al lado de Regina, lanzando grandes bocanadas de humo, accionando con una mano peluda y arrugada.

—Vaya usted á informarse, sí. ¡Ja, ja! Pero conste que yo no he dicho nada; yo no sé nada.

—¿Tiene en su casa un niño procedente de la Casa de Maternidad de Cristianía?

—Yo no he dicho eso.

Y siguió riendo: no decía gran cosa. Y por lo visto, hubiera sido inútil hacerle más preguntas...

Regina había subido ya al cochecillo para marcharse; el aldeano se acercó:

—Y si puede usted llevarle á los tribunales, no tenga miedo; apriete bien, no le suelte.

Regina se sentía contrariadísima. ¿Qué perseguía, en suma, de viaje en viaje? Considerando las cosas tales como eran, la mujer de Cristiansad no había querido otra cosa que molestar á su hermano y ganar dinero; y en cuanto á aquel hombre, era muy posible que hubiese inventado toda su historia con el designio de suscitar disgustos al juez cantonal. ¿Valía la pena de comprobar sus insinuaciones?... Después de todo, mejor era, ya que no tenía ella otra cosa más apremiante que hacer.

El caballejo trotaba sin prisa. El camino seguía el curso de un arroyo espumoso, que á veces desaparecía tras el soto. El sol comenzaba á bajar. Una de las vertientes del valle subía bruscamente; pequeñas ondulaciones del terreno, cubiertas de árboles y de granjas, conducían insensiblemente hacia la otra cumbre. El camino se iba ensombreciendo; enjambres de moscas y mosquitos revoloteaban en los últimos rayos del sol poniente como insectos de oro. Cantaba el cuclillo; las golondrinas describían rápidos círculos.

Cuando Regina llamó á la puerta del juez cantonal, tem-

blaba de impaciencia nerviosa. No esperaba nada de aquella nueva tentativa, y al mismo tiempo temía sufrir otra decepción. No se atrevía á estar alegre; no se atrevía tampoco á desesperar.

Una señora de cierta edad, pálida, con una cofia blanca, abrió la puerta.

Regina, con tono indiferente, preguntó si podían indicarla alguna casa próxima que admitiera huéspedes para el verano.

La señora se mostró algo asombrada; pero, sin embargo, rogó á Regina que entrase, y la condujo á un amplio y luminoso salón, cuyos balcones se abrían sobre el valle y las montañas. Regina dijo su nombre, y cuando se hubieron sentado las dos, la señora enumeró varios lugares en donde acostumbraban á recibir huéspedes.

Regina fingió interesarse en aquellos datos, y contestó lo mejor que pudo; pero no cesaba de decirse:

«¿Qué voy á hacer? Tengo que marcharme pronto... y entonces...»

La señora se mostraba amable, con su cara simpática y su voz dulce y melodiosa. Regina empezaba á avergonzarse de representar aquella comedia; hubiera querido echarse en brazos de aquella excelente mujer y contárselo todo. Pero no pudo, porque en aquel momento la dama se pasó una mano por los ojos, y dijo:

—Perdóneme usted; pero me encuentro muy cansada...

Era una manera cortés de despedir á la visitante.

Regina se levantó sin saber lo que debía hacer. Entonces su interlocutora añadió con una sonrisa melancólica:

—Es que no nos hemos acostado estas últimas noches.

—¡Ah! ¿Han tenido ustedes algún enfermo?

—Sí, un niñito. Murió anoche. La colerina es una terrible enfermedad...

Y la señora se enjugó los ojos con su pañuelo.

Regina hizo un gran esfuerzo para permanecer tranquila. Preguntó discretamente:

—¿Era su nietecito, quizá?

—No; no era nieto, ni hijo, ni sobrino mío siquiera.

Regina tendió la mano á la señora.

—Le doy muchas gracias por los informes que se ha servido darme. Si hubiera sabido esta desgracia, no la hubiese molestado.

Y se dirigió hacia la puerta; pero se volvió de pronto.

—Ya ve usted—dijo,—yo también he perdido un hijo de la misma manera que usted... ¿Qué edad tenía el niño?

—Dos años.

—¿Quizás era un niño que ustedes habían adoptado?

Y mientras que pronunciaba estas palabras, decíase Regina: «Dentro de un segundo caeré desvanecida.»

—Sí; era un niño que adoptamos en la Maternidad hace dos años... Una muchacha que sirvió en nuestra casa, y á la que queríamos mucho, fué á establecerse en Cristianía, y... En fin, ya no hay que hablar de esto...

Regina oyó estas últimas palabras con un consuelo inmenso.

«¡No ha muerto!... Gracias á Dios, no era él», se decía.

Y en alta voz añadió:

—Le repito las gracias, señora. Pienso quedarme en una de las casas que usted me ha indicado. Adiós.

La señora la acompañó hasta la puerta.

Aquella misma noche, Regina estaba sentada en el balcón de la fonda, con la mirada perdida en el claro paisaje. Oíase en el comedor próximo el rumor de una segunda tanda de comensales. Algunos turistas se habían hecho servir el café en el balcón en unos veladores. Oíanse ruidos, risas, conversaciones en diversos idiomas. Aquellas gentes viajaban por gusto, se divertían, comían, bebían, dormían bien por la noche; aquellas gentes no llevaban consigo un hondo y sombrío dolor...

Aquella historia de la criada del juez, ¿no sería tal vez una invención?... ¿Sería su propio hijo el que...? ¡No! no soporta-

ba esta idea. Si alguna vez llegara á tener la certeza de semejante cosa, ¿qué ocurriría entonces? ¿No se sentiría ella entonces paralizada, con los pies clavados en el suelo, sin refugio ya al que dirigirse, al que huir? Y los poderes tenebrosos, siempre tras ella, se apoderarían de su alma para siempre...

«¡No, no! Mi hijo está vivo. Esa señora no ha mentido: el muerto es el hijo de la otra... Alabado sea Dios. Regina, todavía puedes seguir viajando en busca de tu hijo; para eso tienes un millón... El camino que se abre ante ti se encuentra tal vez lleno de espinas... ¡No importa! ¿Mereces otra cosa? ¿No es conveniente que se te ofrezca así una ocasión de expiar un poco tus culpas?

¿Pero á dónde dirigirse ahora?... Si tuviera siquiera un amigo ó una amiga á quien pedir consejo... Pero estaba sola, desprovista de relaciones, de todo lazo, aislada en medio del mundo. Todos sus pensamientos quedaban secretos, todas sus penas sin consuelo. En estas condiciones, ¿no se arriesgaría á cometer errores irreparables? ¿Cómo podía pensar claramente, medir el pro y el contra, elegir los mejores caminos, ella que apenas tenía ya fuerzas para seguir una idea, sin que esta idea se le escapase?...

Dieron las doce de la noche. Regina seguía en el balcón, desierto ya. La población estaba callada. Oíanse mejor el rumor de los arroyos, el chapoteo de las olas que llegaban á morir en la playa. La noche era tan clara como el día. En el cielo, las nubes incendiadas por el sol seguían irradiando.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío!...

Regina había telegrafiado desde Cristiansad para que la remitiesen las cartas á Molde. Cuando se presentó en las oficinas de Correos á la mañana siguiente, le entregaron, con gran sorpresa suya, dos nuevas cartas que habían llegado á los periódicos durante su ausencia.

XX

Las dos cartas en cuestión llevaron á Regina al Trondelagen y al Nordland.

En el primer viaje, avivóse una nueva esperanza en su corazón, y se alegró al sentir que aun podía esperar... Pero sufrió otra decepción, que le hizo el efecto de un nuevo martillazo en el cerebro, que la dejó aturdida.

Después se dijo que la carta del Nordland era la buena, según todos los indicios; su tía, como al principio lo había pensado, no debía ser extraña á la adopción del niño; en todo caso, habitaba en el mismo fiord del que procedían los informes... Regina concibió una loca esperanza, y se dirigió al Norte...

Pero á los pocos días regresaba de allí con otra decepción más. Sin embargo, había encontrado un indicio que la ponía sobre una nueva pista. ¿Qué podía hacer sino dirigirse allí?

Y desde entonces fué para Regina una extraña existencia: le era ya imposible estar quieta, no continuar el movimiento empezado; viajaba sin cesar; pasaba constantemente de una nueva desilusión á una nueva esperanza; recibía golpe tras golpe; cada vez creía no levantarse, pero se volvía á levantar; y erraba por todas partes, sin tregua, sin descanso...

Un día de otoño iba en un cochecillo por el Gudbrandsdal. Los árboles del camino tenían las hojas amarillentas. El río corría rumoroso por el fondo del valle, bañando los prados y las huertas... Tratábase de sorprender á un médico á cuyo cuidado tenía un niño...

Cuando la nieve hubo llegado, hubiera podido verse á Regina, en trineo y envuelta en pieles, por los caminos de Toten. Los cascabeles resonaban al través de los nevados bosques. Entre los campos alfombrados de blanco, las grandes alquerías lanzaban al cielo sus humaredas. Esta vez iba á casa de

un capitán, á la que había que llegar de improviso... Regina ahora estaba completamente convencida de que los verdaderos padres adoptivos del niño se esforzaban por tener secreto el asunto, puesto que se habrían enterado de las gestiones que ella estaba haciendo. Se ocultaban, ocultaban al niño: tal vez ellos mismos la guiaban por falsas pistas para burlarse de ella... Y seguía viajando, con la furiosa impaciencia de encontrar á aquellas gentes que la habían llenado de males. Viajaba, con los puños cerrados, por decirlo así, sin poder gustar un momento de reposo...

Poco después de Navidad, subía de Osterdalen. Desde la ventanilla del coche dejaba vagar sus miradas, hasta el infinito, por pinares llenos de deslumbradora nieve... Iba á casa de un abogado de Tonset á echar una ojeada...

Aquella mujer que tan bien había sabido guardar su secreto, que había llevado sus sufrimientos con tanta altivez, sin que los revelase nunca un gesto de su cara, lo descubría todo ahora á los unos y los otros, en cuanto vislumbraba que la pudiese ser de alguna utilidad. Pasaba de un agente de negocios á otro, arrojaba el dinero á diestra y siniestra. En cuanto oía hablar favorablemente de un hombre de ley, se dirigía á él. Todos empezaban por ir á informarse á la Maternidad, cuyos registros no contenían nada sobre el hecho, que solamente conoció el profesor. Y ella no podía decirles nada, ni el nombre del niño, ni el de los padres adoptivos, ni siquiera si éstos se encontraban en Noruega ó fuera.

Los hombres de negocios, ante semejante situación, no podían hacer otra cosa que asegurarla que harían gestiones, que esperase. ¡Pero esperar! Esto era precisamente lo que ella no podía hacer. Era preciso que se apresurasen á encontrar á su hijo antes de que fuese demasiado tarde: ¿quién sabía el tiempo que aun la quedaría por vivir?

«No—se dijo al fin,—no hay que contar sino contigo misma. Si fueras verdaderamente perspicaz, adivinarías la palabra del enigma.»

Un día volvió de pronto á su memoria un recuerdo casi borrado de su estancia en la Maternidad. Se esforzó en precisarle. ¿No recordaba que una vez al despertarse vió á dos visitantes en compañía del profesor? Encontrábanse, cierto es, á alguna distancia de su cama, pero la miraban á ella. ¿Cómo eran aquel hombre y aquella mujer? Regina quería recordárselo; comprendía que si llegaba á hacerlo tendría la llave del asunto. Convulsivamente, trataba de evocar de la manera más viva posible aquella breve escena... Sí; ¿cómo eran?... Veía al profesor, veía al lado de éste á los dos extraños... Veamos... primeramente el hombre... Su nariz, su barba, su traje, su pelo... Casi llegaba á reconstituir...

Al día siguiente había reconstituído también el retrato de la mujer. Ahora los veía bien á los dos... ¿Pero en dónde se encontrarían? Había que buscarlos. Los encontraría... Y además, desde el momento en que podía describir á los padres adoptivos, era mucho más facil el dar informes.

Regina cayó en manos de gentes que aprovecharon esta coyuntura para sacarla el dinero. Ella lo dejaba hacer, siempre dispuesta á pagar caro una nueva esperanza, hasta cuando tenía la sospecha de que la engañaban: porque era para ella un nuevo pretexto para ponerse en camino. Y cuantos más viajes realizaba, más decepciones sufría y menos difícil se mostraba en la elección de las pistas que la proponían. El menor indicio la era precioso. ¿No era la gota de aceite que reanimaba por un instante el fuego que ella llevaba, cuando amenazaba extinguirse? ¿No era un nuevo impulso, un nuevo viaje, la seguridad de que una vez más escaparía á las sombras que la perseguían?

De esta suerte fué como Regina llegó á sospechar de un ingeniero que marchara al Africa del Sur; de un empleado de Correos que, tras una sustracción de fondos, se había refugiado en América; de un cónsul de Noruega en Australia: guardó cuidadosamente estos datos para el caso en que todos sus viajes por Noruega no produjesen resultado.

Y las semanas y los meses pasaban.

Cada nueva decepción producía una nueva arruga en su rostro, aclaraba un poco más su cabellera, en otro tiempo tan espléndida. En la mesa redonda, en las fondas, todos se fijaban en aquella mujer vestida de negro, tan pálida, con largas pestañas todavía tan bellas. No se podía calcular su edad: podía ser joven, podía ser vieja.

Todo lo que veía, todo lo que escuchaba, referíalo Regina á aquella cosa única fuera de la cual no existía nada para ella en el mundo. Una conversación vulgar en un coche del ferrocarril la daba á veces una nueva y excelente idea que conducía á veces á una nueva pista, á una nueva esperanza. Siempre que se encontraba entre gentes, miraba maquinalmente para ver si por casualidad veía á la pareja aquella que tan perfectamente recordaba ahora: si la viera, no tardaría ella en obrar... A medida que pasaba el tiempo, iba sintiendo que se acercaba al abismo ante el que habría que detenerse, renunciar para siempre á encontrar á su hijo y confesarse que había asesinado á un pobre hombre, sin provecho alguno; cada vez se mostraba más impaciente en sus viajes, más exigente, más intratable: los caballos no corrían bastante, los trenes andaban mal, los vapores la enfurecían por retrasos de cinco minutos.

Pero siempre la quedaba su riqueza, se decía, siempre la quedaba tiempo; tratábase solamente de esperar sin desfallecer.

Recibió un día de uno de sus agentes una carta que la enloqueció por completo. Aquella carta la decía que su hijo había muerto á los pocos meses de edad, que su padre adoptivo, juez cantonal de Drammen, había muerto también, y que su viuda, la madre adoptiva, vivía en el extranjero. Afirmaba el agente que, sin duda alguna, ésta era la solución del enigma. Y terminaba anunciando que haría gestiones para encontrar á la viuda, á fin de que ésta confirmase sus deducciones.

Pero después de algunas horas de reflexión, Regina se

dijo que la idea aquella era, verdaderamente, demasiado absurda. ¡Su hijo muerto! No, no había que abusar de su credulidad. Nunca se podía tener confianza en los hombres de negocios... ¿Quién la decía que éste no se encontraba en relaciones con las personas que ella buscaba y que tenía interés en engañarla? Pero era igual: no lograrían hacerla abandonar su presa, no lo lograrían.

Volvió á ponerse en camino; pero desde aquel momento no abrió las cartas que el agente la dirigía: no quería saber si había descubierto á la viuda. No creía ya en nada ni en nadie, no contaba más que con ella misma.

Y al mismo tiempo que las penalidades y los sufrimientos padecidos le hacían más precioso á su hijo, Regina sentía que las imágenes, las representaciones que se formaba de aquel hijo iban haciéndose cada vez más lejanas, más quiméricas. Veíale ahora en sus sueños como si se hubiese encontrado en alguna cumbre luminosa, en una tierra de promisión, en la que ella entraría algún día para disfrutar de un eterno reposo.

Concluyó por situarse en un paraíso indefinible, cerrado al pecado, al remordimiento, un paraíso al que le bastaría llegar para ser salvada...

Por último, Regina se dijo que en los diferentes lugares en donde ya había estado no había escrutado suficientemente los ojos de las gentes cuando éstas la habían contestado. Concluyó por decidirse por volver á hacer aquellos viajes; luego hizo otros y otros...

Un día, el que administraba su fortuna informó á Regina que las hermanas de Flaten se ocupaban en que la herencia dejada por aquél se dividiese entre su hijo y su viuda antes de que Regina la hubiese dilapidado por completo.

Además, una de las hermanas solicitaba la autorización de hacerse cargo de su sobrinito. Regina firmó cuanto quisieron, impaciente de tener paz por ese lado. Pero, sin embargo, tuvo la sensación de una tempestad que comenzaba á cernirse sobre ella: era la primera advertencia que recibía del pequeño Fla-

ten, que crecía, que se acercaba al año, al día en que se mostraría dispuesto á presentarse ante ella. Y se presentaría, estaba segura... Tratábase de apresurarse, de aprovechar el tiempo que todavía quedaba.

XXI

Y el tiempo pasa...

Regina, acostada en su cama de la fonda, tiembla con la mirada perdida en la oscuridad.

No está despierta, pero tampoco duerme; va de viaje, pero el barco no avanza; el tren se para, no se mueve. ¡Qué angustia! Pero el tren permanece inmóvil... Desaparece el ferrocarril; ahora corre á pie por un camino, pero las piernas la pesan tanto que apenas puede levantarlas... Se encuentra en un arenal; reina oscuridad completa; en el cielo hay grandes relámpagos amarillentos, densos nubarrones que arrastra el huracán...

Ella avanza con dificultad contra el viento frío. Y he aquí que á su espalda siente unos pasos que conoce muy bien. Echa á correr. No se atreve á mirar, á volverse, y sin embargo ve constantemente ante ella aquel rostro de bigotes grises, de ojos de bondad... Flaten no la quiere hacer daño; quiere decirle solamente que la perdona aquello, como todo lo demás, aquello... bien sabe ella qué... «Espera, no corras tanto, mi querida mujer; no quiero más que abrazarte, decirte que te lo perdono todo... Estás esparciendo á todos los vientos la fortuna que formé con una vida entera de trabajo; pero ¿qué importa? Te perdono, ¿me oyes?»

Ella corre, corre... Volando sobre ella la acompañan unos pájaros. ¡Ah! son sus recuerdos, los reconoce: todos sus recuerdos... Los unos tienen trinos muy dulces, pero los otros lanzan gritos espantosos; están dispuestos á caer sobre ella si se detiene... No, no quiere detenerse... Pero sus pies se fijan

en el suelo. No puede andar... Regina salta de la cama, enciende luz...

«¡Dios mío! He tenido un sueño espantoso... Y no es más que la una... Regina, Regina, tienes que sacudir estas pesadillas, tienes que convertirte...

»¿Convertirme? ¿arrepentirme? ¿arrojarme en brazos del Salvador, entregarme á El, estar dispuesta á sacrificarle todo? Pero entonces, cuanto he hecho habrá sido en vano. No habré dado un solo paso... No, no tengo valor para hacerlo... antes tengo que encontrar á mi hijo.

»¿Pero y si murieras esta noche, Regina? Piensa: volver á verle, oir de su boca que te perdona. ¿No sería esto peor que todo lo demás?

»¿Te sientes con fuerzas para soportar esta idea?...

»¡Ah! ¡que no se sepa, al menos, si esta existencia se encuentra ó no seguida de otra existencia!... ¡Dios mío! Si se pudiera desaparecer, desvanecerse como una blanca humareda, aniquilarse... Pero nadie lo sabe, nadie lo sabe...

»¡La vida! ¡qué raro tejido de mil distintos colores! Yo misma tengo el hilo en la mano; punto por punto mi aguja pica en la tela, siguiendo el dibujo... y si me equivoco en un solo lugar, se ha concluído: piérdese el precioso tejido, se pierde sin remedio...

»En suma, ¿cuál ha sido mi falta en su origen? Con cinco coronas más hubiera podido pagar mi cuenta antes de salir del hospital. Y nada de lo que ahora es hubiera sido.

»Pero es imposible retroceder ni borrar nada. Es imposible, aunque se tenga una eternidad delante...

»Ahora te encuentras aquí en esta fonda desconocida, Regina; y Dios sea alabado, porque al estar aquí es señal de que no ha desaparecido toda esperanza. Manténte firme todavía un poco. Mañana tal vez habrá cambiado todo; y entonces, entonces... todo quedará olvidado y la vida no será más que un reconocimiento infinito, una acción de gracias á tu Creador...

»¿Pero cómo? Permanecer aquí, dejar pasar el tiempo... ¿Y

si tu hijo se encontrara en casa de ese sacerdote, de ese pastor?... ¿Y si estuviera enfermo y se fuera á morir esta misma noche?... ¡Y tú permaneces aquí, esperando! ¿Estás loca?»

Se precipita á la campanilla, se viste apresuradamente... ¿No vienen? Vuelve á llamar. Por fin aparece una criada que se cae de sueño... ¡Caballos, un coche, en seguida!

—¿A media noche?

—Sí, pagaré el doble; ¡qué importa! Pero que el coche esté listo en seguida.

.....

.....

Y el sordo rodar de un coche se pierde en la oscuridad...

JOHAN BAYER

CRÓNICA LITERARIA

Por los escenarios. *Señora ama*, comedia de Jacinto Benavente.— *El crimen de ayer*, drama por Joaquín Dicenta. — *Las hijas del Cid*, leyenda dramática por Eduardo Marquina.

Hasta ahora, la presente temporada teatral no ha sido mala para el arte dramático. Se han estrenado en los teatros de Madrid varias obras interesantes, á algunas de las cuales se puede calificar, sin reservas mentales, de buenas. Hasta en el género chico, que durante mucho tiempo ha tenido escasas relaciones con la literatura, las obras que mayor éxito han alcanzado: *La patria chica,* de los hermanos Quintero; *Alma de Dios*, de Arniches; *Santos y meigas,* de Linares Rivas, son piezas bien ideadas, escritas con gracia y con soltura y que se permiten hasta el lujo de tener un pensamiento moral, cosa que parecía completamente superflua en esta clase de teatro. Verdad es que esas obras proceden, dos de ellas de literatos acreditados en mayores empresas, y la otra del autor más equilibrado y de más intuición teatral de la Dramática menor. Es lástima que el público no supiera apreciar igualmente el precioso cuadrito de costumbres (de malas costumbres) de Benavente *Todos somos unos*, hecho con el primor y la aguda sátira que distinguen á este afamado dramaturgo. Si no por el éxito material, por la calidad literaria, *Todos somos unos...* debe figurar también entre lo mejor del teatro por horas en la actual temporada.

Pero en este artículo no voy á tratar del género chico, sino de algunas de las obras grandes recientemente estrena-

das, y aquella mención es sólo un ejemplo demostrativo de que llevamos un año teatral bastante aceptable. Las obras de que voy á hablar son *Señora ama*, de D. Jacinto Benavente; *El crimen de ayer*, de D. Joaquín Dicenta, y *Las hijas del Cid*, de D. Eduardo Marquina. Al tratar de las tres en un solo artículo tengo que hacer voto de brevedad. Una obra dramática, aunque sólo sea medianamente interesante, ofrece varios aspectos. Una crítica que pretenda ser completa aspirará á abarcarlos todos ó el mayor número posible de ellos. Mi propósito es más limitado. En esta reseña, encaminada á reflejar algo del movimiento de las ideas y de las formas en la Dramática, me contentaré con examinar algún aspecto de los que ofrecen las citadas obras.

***

Señora ama es una comedia de un tipo nuevo en el *Teatro* de Benavente, que ocupa ya trece tomos y ha sacado á los escenarios materia para añadir otros dos ó tres á la colección. En las obras de ese fecundo y notable dramaturgo hallamos una aguda y clarividente sátira de las costumbres urbanas, cuadros de la vida de la sociedad aristocrática y de la burguesía rica y encumbrada, costumbres de la farándula, de la alta bohemia cosmopolita á que pertenecen los héroes de *La noche del sábado* y de *La princesa Bebé;* dramas exóticos como *El dragón de fuego,* piezas históricas. La comedia moral faltaba en esa extensa galería de asuntos y de personajes, y esta es la novedad que nos presenta *Señora ama*. En varias de sus obras nos ha ofrecido Benavente escenas de la vida de provincia, mas hasta ahora no había hecho una comedia de campesinos, de gente de aldea, de labriegos.

En *Señora ama* hay una exacta y penetrante observación de ese nuevo medio social — nuevo en la dramaturgia de Benavente. Los tipos tienen una intensa realidad y el asunto dramático no podía hallar marco más adecuado que la vida campesina, marco patriarcal y conservador por excelencia.

En la apreciación de las ideas morales es muy frecuente guiarse por apariencias y no llegar al fondo de los fenómenos. La moral común es una moral epidérmica. Así, la obra de Benavente, mirada de un modo superficial, parece una obra muy desenfadada y libre, que habla sin el menor empacho de los pecados sexuales. Pero si se la considera con mayor atención se advierte que es una comedia eminentemente moral. Lo más que se puede decir de ella es que es una comedia moral con formas desenvueltas.

Y la moral de *Señora ama* no es una moral revolucionaria, de esas que se presentan pregonando la alteración de los valores éticos. Es la moral tradicional. Su pensamiento es que los hijos son el fin y la consagración del amor, el lazo que le da permanencia, los genios tutelares del hogar, y no cualquier clase de hijos, sino los habidos en legítimo matrimonio. Renace la antigua idea de que la descendencia es una bendición divina, idea natural al par que religiosa, porque ese es el designio que la Naturaleza persigue en la unión de los seres.

Los dos personajes principales de la comedia, Feliciano y Dominica, están casados, pero su matrimonio no se consolida y perfecciona hasta que ella siente en las entrañas al hijo. Antes, el marido, Tenorio de aldea, corre de aventura en aventura, aumentando la cifra de la natalidad ilegítima en proporciones lastimosas para la virtud aldeana y altamente lisonjeras para las facultades de *genitor* del enamoradizo é infiel esposo. ¡Es tan sano el aire del campo! ¡Son tan largas las horas para el terrateniente acomodado que no tiene que ganar el pan sobre la dura tierra! El caso es que aparece en escena hasta una media docena de chiquillos más ó menos naturales, lo cual ha dado pie á algunos para que tachen la comedia de inmoral, sin reparar en que la moral es una ciencia de fines y de finales, que espera al término de las cosas para pronunciarse. El final de esta comedia no puede ser más honesto.

Ella, la esposa, soporta entre celosa y envanecida las escapatorias amorosas de su marido, como si la aureola libertina

que rodea al conquistador campestre la realzase á ella, á la mujer propia, á la compañera legítima de aquel hombre tan afortunado con las otras, con las inferiores, con las ilegítimas, con las que tienen que amarle en secreto, con la vergüenza de un pecado y de una falta social. Este carácter, que no es común, pero sí posible y real, está perspicazmente comprendido y presentado en la comedia. Es una singular aplicación psicológica del principio por virtud del cual la mujer participa de los honores y consideraciones del marido. Cierto que en este caso la participación es platónica y adquirida á costa de una evidente merma de la exclusiva conyugal, pero las infidelidades masculinas no son afrentosas para la víctima como las femeninas. En un hombre sería vil el estado de alma de Dominica. En ella, las satisfacciones del amor propio curan las heridas del amor conyugal. Es suyo aquel hombre guapo, afortunado con las mujeres, emprendedor de aventuras, atrevido en lances de amor. Las mujeres suelen prendarse de estos defectos mucho más que de ciertas virtudes obscuras y domésticas. Se podría apostar algo á que las espectadoras han comprendido el carácter de Dominica mejor que los espectadores. Nada tiene de extraño, porque Benavente es un excelente pintor de mujeres, un adivinador de almas femeninas.

Pero cuando se anuncia el hijo, todo eso desaparece. Feliciano se arrepiente de sus aventuras; Dominica no será ya tolerante. Ahora va á ser de veras el ama, porque ha llegado lo que faltaba en aquel hogar: la fecundidad, que es la corona de la esposa en su reinado doméstico. La moral, que había andado hasta entonces huída en la comedia, reaparece triunfante, y asiste con sonrisa de vencedora al descendimiento del telón. De ella ha quedado el campo. La última palabra ha sido la suya.

En esta comedia tan real, tan contemporánea, cuyos campesinos son de hoy, vemos la supervivencia de viejos sentimientos y costumbres ancestrales. Se esboza la antigua fami-

lia patriarcal, en que la fecundidad de la mujer es indispensable para que conserve con honor su puesto de esposa; reaparece la sombra de los derechos feudales (la mayor parte de las conquistas de Feliciano son de mujeres ó hijas de colonos); se percibe un eco de la antigua poligamia y de su heredera la barraganía, admitida en las costumbres. Las viejas raíces históricas, enterradas profundamente en el terruño, dan todavía brotes que salen á la superficie, porque en el campo perduran los vestigios de muchas épocas. Por eso decía que Benavente ha dado el marco apropiado á la acción dramática de *Señora ama* al ponerla en ese medio rústico. Con personajes cultos y urbanos, la comedia perdería la mitad de su fuerza. Ese poder del hijo es un sentimiento primitivo, natural, histórico; es la continuidad buscada por la Naturaleza detrás del atractivo del amor, y buscada también por la historia en las viejas religiones familiares, en que hace falta un heredero que perpetúe el culto de los manes, de los muertos de la estirpe, de la *gens*, de la familia. El amor sin hijos, tal vez temeroso de hijos, es un sentimiento refinado y falso de una civilización corrompida, de medios urbanos, donde se vive una existencia agitada y vibrante de egoísmo y de placer.

Esta moral de *Señora ama* es una postura de pensamiento nueva en la obra de Benavente. ¡Qué diferencia entre ella y la psicología amatoria de *La princesa Bebé*, por ejemplo! Esa diferencia de moral y de pensamiento corresponde á la diferencia de medio y de condición de los personajes. Es un rasgo de objetivismo. Benavente está presente, sin duda, en todas sus obras. A todas asoma su espíritu sarcástico de crítico de costumbres, suavizado por un impulso sentimental que á veces hace humana y compasiva la ironía; velado en ocasiones por una neblina de ensueño y de estetismo, de religión del gusto y de la belleza, que dulcifica la violencia de los gestos humanos. No hay autor que se eclipse en un objetivismo absoluto. Pero Benavente es también un gran observador, un intérprete sagaz de la realidad, principalmente de la realidad psíquica.

Por eso ha podido dar vida á tal variedad de tipos. *Señora ama* es una de las obras en que el autor consigue identificarse más con el asunto, hacerse de él en vez de hacerle suyo.

Dramáticamente, la obra está bien construída y desenvuelta con habilidad. El episodio amatorio de Feliciano con su cuñada es una concesión al movimiento dramático, á la necesidad de agrupar los hechos en torno á una acción central, aun cuando el asunto, como aquí ocurre, consista más en caracteres que en hechos. Es la carne dramática puesta en un argumento, que sin ella resultaría demasiado escueto y poco consistente. Sin esa acción, que es, en cuanto al movimiento externo de la comedia, principal, pero que dentro de su psicología, de su alma, es puramente episódica, hubiera podido escribirse *Señora ama*; mas habría resultado, probablemente, una obra lánguida, vaga, menos inteligible é intensa que es. En la introducción de ese elemento dramático veo una muestra del instinto teatral de Benavente. La última escena se prolonga demasiado; se insiste en el tema de la copla, y aun se le agrega un comentario hablado. Se ve que el autor confía poco en las entendederas y en la impresionabilidad del público, y busca el efecto por medio de la repetición.

***

También se plantea la cuestión del hijo en el drama de Dicenta *El crimen de ayer*, pero en otro medio y con un sentido diferente, que envuelve, á mi parecer, una gran contradicción mental. El Sr. Dicenta es un romántico, y los románticos están llenos de contradicciones. Todos llevamos dentro algunas, como que nuestro espíritu es hijo de muy diversas influencias, y en él vive junto á lo nuevo la herencia de los muertos.

Sí; Dicenta, radical, naturalista en la forma, aficionado á crudezas de expresión, es un romántico. También Zola, el apóstol del naturalismo, fué un gran romántico. El naturalismo era la doctrina, el aparato exterior; pero los vuelos del alma del novelista de Medan eran románticos. Tal vez por lo que

tiene Dicenta de romántico, y porque el romanticismo no está de moda, no aprecian algunos debidamente lo que hay de fuerte y robusto en su inspiración poética, que á veces engendra criaturas algo toscas, pero llenas de pasión. Hasta en lo que tiene de falso su arte, la falsedad es vigorosa y acredita la fuerza creadora del autor. Sus personajes no son pálidos muñecos estéticos ni estudiadas reconstrucciones; tienen una humanidad exagerada y violenta, pero su fondo pasional es muy humano, aunque la hinchazón romántica les haga parecer en ocasiones poco verdaderos. Su verdad es la verdad de la idea, de lo general, del tipo y del carácter. Su falsedad suele estar en las situaciones, en los pormenores, en lo concreto, en la encarnación del tipo. Los que exigen á Dicenta cierto realismo exterior, cierta verosimilitud de detalle, que consisten en que no ocurra nada de particular y en que todo lo que ocurra tenga una causalidad completamente lógica, olvidan que esto es lo último que puede pedirse á un romántico, y que ni el teatro, ni la novela, ni cualquier clase de ficciones literarias necesitan atenerse á los términos medios, á lo usual y corriente en la vida. Lo excepcional no les está vedado. El arte crea fantasmas que imitan á los seres de la realidad, pero engendra también *posibles*.

El asunto de *El crimen de ayer* se desarrolla en una sociedad ó grupo de artistas, cada uno de los cuales tiene su amiga correspondiente. Se ha reprochado á Dicenta este cuadro de vida bohemia, diciendo que carece de realidad en España, que es un trasunto del barrio latino, de la bohemia literaria y artística de París. Y no porque los artistas y los bohemios de aquí sean de tan morigeradas costumbres que repugnen las uniones libres, sino porque sus amigas no suelen tener suficiente trato de gentes para poder alternar en sociedad, y por otra parte, el carácter celoso de los españoles y la hipocresía de las costumbres se prestan poco á esas reuniones de hombres y mujeres, de amigos y de queridas de los amigos. Las parejas buscan la soledad. La mujer, aunque sea ilegítima, para

la casa. Esta aplicación de la doctrina de la perfecta casada á las casadas imperfectas tiene algún grado de verdad, pero dista mucho de ser una verdad absoluta. En resumen, ¿qué pasa en el drama de Dicenta? Que en el primer acto, varios artistas se reúnen á comer, acompañados de sus señoras de la mano izquierda; que esos artistas y esas señoras se visitan. ¿Es esto tan inverosímil? ¿Está tan apartado de las costumbres? En todo caso, estaría dentro de ese reino de los posibles, al cual le es permitido asomarse á la dramática. A fuerza de imitar á los franceses, tenemos la obsesión de ver imitaciones en todo. Los dedos se nos hacen huéspedes y galicismos. Y quien dice galicismos, dice imitaciones del francés.

Con estos artistas alterna un hijo de familia acomodada, Julián, que acaba de terminar la carrera de Derecho. Como los demás, tiene una amiga: Carmen. De ella ha tenido un hijo. Julián es un *arriviste*, un hombre que quiere llegar, que ambiciona una posición. Carmen es para él un estorbo, una locura de la juventud, á la que conviene dar un prudente finiquito. Julián va á contraer un matrimonio de conveniencia. En el tercer acto, que es una larga escena de gran tensión dramática, ella se resiste al abandono, le implora, le exige por último que reconozca al fruto de su amor, y, cuando resueltamente se niega, le mata. Este es *El crimen de ayer*: la venganza de la mujer abandonada que se hace justicia por su mano.

Aquí es donde veo la inconsecuencia y la contradicción del Sr. Dicenta. Admitido el supuesto de la unión libre, ese desenlace da demasiada importancia al Registro civil. Trasplanta al terreno de la unión libre dos elementos esencialmente matrimoniales: la permanencia del vínculo y la posesión y definición de estado civil del hijo. ¿En qué quedamos? Si á la unión libre se le atribuye perpetuidad y fijeza de estado de la prole, todo se reduce á suprimir un trámite preliminar. Es un matrimonio en que se ha prescindido del cura y del juez municipal. La temerosa revolución en las costumbres que parece anunciar ese nombre de unión libre se reduciría á una

simplificación en el procedimiento, á la supresión de los expedientes matrimoniales. Julián es un mal hombre porque abandona á Carmen. Estoy conforme con que el personaje es poco simpático. Pero ¿á qué queda reducida la libertad de la unión libre, si no puede disolverse en cualquier momento por voluntad de las partes ó de una de ellas? Todavía sería lógica la venganza de Carmen si Julián se negase á alimentar al hijo, porque esto pertenece al número de las obligaciones naturales; pero ¿por no reconocerle? ¿por no llenar un requisito de derecho civil, procedente de una unión que no tiene existencia civil? Convengamos en que la heroína da una excesiva importancia al Registro civil, y que todo ese drama está edificado sobre un casuísmo jurídico, sobre la diferencia que pueda haber entre los hijos naturales reconocidos por los padres y los reconocidos solamente por la madre. Es un poco estrecha la base, pero sobre menores cimientos se puede levantar una vistosa fábrica dramática.

Lo que ocurre es que bajo las ideas radicales del Sr. Dicenta en punto á la unión libre, subsiste el elemento tradicional, los sentimientos matrimoniales. *El crimen de ayer* es un drama inspirado en sentimientos completamente matrimoniales. Si damos tanta importancia al Registro, á la intervención del Estado en la filiación, ¿por qué no dársela á la unión, que es su antecedente? Sería más sencillo empezar por ahí; pero entonces nos encontraríamos con el matrimonio, porque desde el momento en que la unión libre se inscribiera en un Registro sería ya un matrimonio.

Hay, pues, una inconsecuencia, una contradicción que debilita el efecto dramático, porque disminuye la justificación de la catástrofe. Claro es que la vida está plagada de contradicciones é inconsecuencias. El que el Sr. Dicenta sea dramaturgo no es una razón para que sea menos contradictorio que otro cualquiera. Pero á las ficciones literarias les pedimos más lógica que á la vida, porque, como son artificiales, nos parece que el autor ha podido ponerla, en lo cual acaso nos engaña-

mos, pues las obras de arte son fruto de un temperamento y á veces de una inspiración.

Tiene *El crimen de ayer* unos cuantos latigazos satíricos aplicados á varias gentes, lo cual siempre ameniza la dramática, porque satisface aquella general tendencia de los espíritus que puede resumirse en la sentencia: «al prójimo contra una esquina». ¡Lo que nos gusta ver ridiculizar y maltratar al prójimo! Con tal de que no haya demasiada brutalidad en esos tratos (y en el drama de Dicenta no la hay), nos proporciona eso uno de los placeres viciosos y malignos del espíritu. La obra, en los dos primeros actos de exposición y ruido, ofrece esa nota satírica. En el último se torna intensamente dramática, mantiene tirante á más no poder la cuerda de la emoción, y acaba con un efectismo feliz después de la muerte de Julián. Junto á la habitación en que acaba de consumarse *El crimen de ayer* duerme el hijo inocente de aquellos amores trágicos, la víctima. Carmen, la mujer que ha matado, extiende la cortina de la alcoba como para interponer una barrera entre el niño y el cadáver. El telón desciende sobre este gesto poético.

***

La leyenda dramática de D. Eduardo Marquina, *Las hijas del Cid*, es un vistoso drama comparable á esos grandes lienzos de historia que no suelen faltar en las exposiciones de pintura, y á cuyo efecto suele contribuir el asunto. No lo digo por rebajar el mérito literario de la obra. Acometer un asunto semejante requiere condiciones de cultura, de gusto artístico y acaso de sentido histórico, que no son vulgares. El asunto ayuda, pero obliga, y acaso ambas influencias se compensan.

El drama histórico es poco frecuente en España, entre otras razones porque la historia le importa poquísimo á la gente. Por lo mismo que se sabe poco de estas cosas, tales obras desempeñan pasajeramente el papel de instrumento pedagógico. Por el drama de Marquina ha sabido alguna gente del Cid

ó ha entrado en curiosidad de saber quién era, con alguna más precisión que antes. Se han registrado los Diccionarios enciclopédicos, se han acordado algunos de Masdeu, de Dozy, y, como era de rigor, del Romancero y del Mío Cid, sin olvidar á Guillén de Castro, á Corneille, á Fernández y González ni al mismo Diamante, aunque éste apostaríamos algo á que está citado de segunda ó más remota mano. El caso es que el Cid ha tenido sus horas de actualidad.

El Sr. Marquina ha elegido por asunto de su obra la leyenda de las hijas del Cid y los infantes ó condes de Carrión, y ha introducido en ella variaciones importantes, como la de hacer que D.ª Elvira, disfrazada con armas de varón, sea uno de los campeones que luchan con los de Carrión y los vencen, castigando su felonía. Como la leyenda se toma libertades con la historia, no tiene derecho á quejarse que sus adaptadores á nuevas formas literarias se las tomen con ella. Lo importante es conservar el color y el ambiente de la época, ó mejor dicho, la ilusión de época, porque un dramaturgo no escribe para eruditos, y probablemente lo haría mal si se empeñara en escribir para ellos; escribe para un público á quien le basta una visión aproximada de la historia, á la cual cooperan en no escasa medida el atrezzista y el escenógrafo.

Por otra parte, la transformación del carácter de D.ª Elvira tiene algún antecedente en la leyenda. No está fuera del tipo psicológico que ésta nos presenta. Las hijas del Cid, orgullosas como buenas ricashembras castellanas, piden á sus desalmados maridos, en la leyenda, que las corten la cabeza con las espadas Tizona y Colada, presente del héroe, mejor que que las afrenten azotándolas. Además, el tipo de la mujer que en hábito masculino se atreve á vengar un agravio con las armas es muy español. No creo que desde este punto de vista puede hacerse un serio reproche al dramaturgo.

El tipo del Cid ha parecido á algunos demasiado blando y patriarcal, un excelente padre de familia sin suficiente irritabilidad y violencia para un héroe. Los héroes son personajes

irritables y desaforados. Pero el Cid legendario era amantísimo de sus hijas y de Jimena y tierno con ellas. Los personajes más adustos de la historia no han solido ser insensibles á los afectos de la familia. Ejemplo, la correspondencia de Felipe II con sus hijas las infantas Isabel y Catalina, publicada por Gachard. Además, la leyenda poética ha suavizado, pulido y ensalzado el carácter del Cid, extremando sus rasgos caballerescos, haciéndole justiciero, leal, desinteresado y humano. Entre el Cid histórico de Ibn Bassan y de los relatos historiales antiguos y el de los poemas y romances, hay alguna diferencia, la diferencia que existe entre la realidad y la poesía, cuya misión es embellecer las cosas. De modo que el señor Marquina sigue la corriente de la leyenda en una de sus partes ó aspectos, el de la nobleza de sentimientos del Cid. No hay que olvidar que el drama no trata de las hazañas del Cid, sino del episodio de sus hijas y los condes de Carrión. El Cid está presentado de soslayo.

El drama es lento, lánguido; hasta el acto tercero no adquiere interés dramático, y sólo lo tiene pleno en el cuarto y en parte del último. Quizás contribuye á esto un exceso de descripción del medio, una exposición, ó, mejor dicho, una introducción demasiado larga en que el asunto particular de la obra, ó sea el episodio de los condes de Carrión, permanece casi intacto.

La forma métrica elegida tiende á dar á la obra cierto sabor arcaico. La declamación disfraza bastante la dureza de los endecasílabos libres de cuarta y séptima, en que está escrito casi todo el drama, y que entre los variados tipos de acentuación del endecasílabo es uno de los menos felices. Los partidarios de estos metros desusados ó raros que privan entre los llamados modernistas suelen quejarse del oído de los que no aprecian tales versos. El oído del público no está educado para ellos, dicen. Eso sería ya una razón para no usarlos. Pero además se observa que los primeros que no suelen tener el oído educado para tales metros son los mismos autores que los em-

plean. La versificación de *Las hijas del Cid*, briosa á trozos, en algunos pasajes delicada, es bastante defectuosa. Creo preferibles los rotundos y valientes metros castellanos de Fernández y González ó de Guillén de Castro, aunque no den una sensación tan primitiva, de una poesía bárbara é imperfecta, en su robusta juventud. En la obra de Marquina ese sabor primitivo es contrahecho, parece conseguido á fuerza de artificio.

En resumen: *Las hijas del Cid* me parecen un drama en que hay más arte que inspiración. Son una obra erudita, muy literaria, que necesita ser representada por una buena compañía y contar con el auxilio de un rico vestuario y de buenas decoraciones. Este nuevo Cid no es un Cid popular.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Higiene: Lo que beben los sabios, los escritores y los artistas.=Literatura: Los orígenes de la *Bella durmiente del bosque* y las princesas dormidas.=Cuestiones sociales: La guerra desde el punto de vista psico-sociológico.=Costumbres: El verdadero hombre de letras.=Enciclopedia: Pensamientos de Leonardo de Vinci.=Crítica: ¿Análisis *química*, ó *químico*?—¿Jimeno, ó Gimeno?=Impresiones y notas: Bismarck, corrector de pruebas.—Una nueva hipótesis sobre las relaciones entre el alma y el cerebro.—Pensamientos y observaciones de Renan.—Diplomacia napoleónica.—Para la historia de la guerra hispano-americana.—Pattiana.

HIGIENE

Lo que beben los sabios, los escritores y los artistas.—*La Revue* de París ha abierto una información con objeto de averiguar lo que beben ordinariamente los intelectuales de todo género, pues todavía está muy arraigada en el vulgo la creencia de que el vino y los licores espirituosos, sin duda por lo de *espirituosos*, son los que más favorecen las concepciones y los partos del espíritu. Las gentes semicultas se imaginan, en efecto, que Platón no podía haber escrito *El Banquete* sin ser aficionado á levantar el codo, que Shakspeare escribía sus dramas en las tabernas, que Rembrandt se metía en un chamizo para pintar sus cuadros, y que Alfredo de Musset no empezó á tener talento hasta que no se empapó de ajenjo. Por eso, al mismo tiempo que curioso, no deja de ser instructiva y oportuna la información de *La Revue,* que para ello ha

recogido las respuestas concretas y positivas de gran número de cerebrales, escritores y artistas, algunos de ellos ya fallecidos.

El gran químico Berthelot dice que su bebida ordinaria se compone de tres partes de agua y una de vino, añadiendo después de la sopa un vasito de Burdeos añejo; no toma té ni café, ni tabaco en dosis apreciable, temiendo los excitantes, y dice que el alcohol es perjudicial á todo el mundo, salvo como excitante momentáneo para un enfermo ó un hombre agotado.

Camilo Saint-Saens bebe cuando tiene sed, sobre todo, agua mineral, vino sin exceso y algo de cerveza, porque rara vez es buena. Teme el alcohol por ser de hígado irritable; pero no se abstiene de él por completo, aunque jamás lo emplea como excitante para el trabajo. Cuando tiene la cabeza pesada, toma á veces café. Si pudiera tener agua pura y fresca de fuente, la preferiría á toda otra bebida.

Julio Claretie bebe poco alcohol, alguna que otra vez, en forma de licor suave; no cree que sirva de excitante intelectual; fustiga los nervios de pronto, pero luego deprime. Nunca trabaja mejor Claretie que en ayunas. «Las musas verdes y amarillas son mortales y trágicas consejeras.»

León Bonnat bebe como todo el mundo, salvo cerveza, que detesta; vino puro, agua enrojecida alguna vez y media copita de coñac detrás de las comidas. Jamás se ha servido de la bebida como excitante para sus producciones.

Gerome dice que para llegar á ser un artista digno de éste nombre hay que ser un trabajador enérgico, pues hay que gastar mucha fuerza cerebral, y es evidente que el abuso de los licores deprime, impidiendo tener visiones claras y firmes de las cosas para fijarlas en el lienzo ó en el barro. Una mirada experta reconoce en una exposición las obras cuyos autores son aficionados al alcohol; hasta en los artistas de gran talento se nota una ejecución que muestra que el esfuerzo no ha podido ser seguido por un instrumento relajado y aminorado.

Ernesto Hebert dice que el vino, la cerveza y el coñac dan pasajera animación al pensamiento, seguida de una depresión cuyo desarrollo se halla en razón directa de la excitación anterior. Por consejo de Zola, bebe sólo agua y se encuentra bien.

Roll dice que bebe de todo, vino, agua y cerveza, á su capricho. Reconoce que el alcohol embrutece, pero añade que no sabe lo que hubieran sido sin alcohol Poe, Musset, Verlaine, Chiffart y otros. El mejor excitante del trabajo es el trabajo mismo. Pero entre el pobre artista que se embriaga para olvidar sus penas, y el que se atraca de tazas de té en casa de los aficionados ricos, está por el primero. Entre los bebedores de ajenjo y los lamedores de suelas, no hay vacilación posible.

Julio Bretón no cree que haya peor excitante que el alcohol para el trabajo intelectual, pues su uso moderado acaba por embotar la sensibilidad, y su abuso conduce al *delirium tremens*. Por eso no bebe más que un vaso de vino y medio litro de cerveza al día.

Camilo Flammarion no ha bebido nunca agua y no la usa más que para lavarse. Bebe vino, Borgoña, Burdeos, champagne, azul, rojo, rosa, gris, con tal de que sea bueno. Su abuelo fué viñador y murió á los noventa años, un año de mala cosecha en que el sol no se había portado bien. En post-scriptum añade que no escribe después de las comidas, sino sólo de ocho á doce de la mañana, desayunándose con dos huevos pasados por agua, sin bebida ninguna.

Emilio Zola dice que sólo bebe agua y que no puede trabajar con toda claridad sino por la mañana en ayunas.

Carolus Duran tampoco bebe casi más que agua. Una puesta de sol, un bosque, el mar, un hermoso niño, una linda mujer, todos los espectáculos de la naturaleza, y también una sinfonía, una bella obra de arte, y una grande y noble emoción, son mejores excitantes del genio que la menor ó la más copiosa dosis de alcohol.

Juan Richepin dice que comiendo bebe vino, y que entre comidas no bebe nada. El alcohol, según él, puede excitar como un latigazo.

Sully Prudhomme no tiene relaciones con el alcohol, que siempre ha temido. Su salud le ha obligado á beber en los últimos años agua mezclada con zumo de limón. Pero nunca ha abusado del vino ni ha tenido por costumbre tomar café.

Massenet no cree que el alcohol sirva de excitante feliz para la composición, pues él siempre se ha abstenido de beberlo.

Vincent d'Indy bebe coñac, chartreuse y benedictino, pero no los considera como excitantes del trabajo. Cuando de joven tenía que pasar noches enteras copiando música, se mantenía despierto á fuerza de coñac, y ahora, todavía, cuando tiene un trabajo urgente que hacer de noche, se vale del coñac para no dormirse; sólo para ese efecto material lo juzga útil.

Julio Lemaître ha dejado de beber vino y licores porque le hacían brotar rubicundeces en la cara que le parecían muy feas. Después sólo bebe agua, y á veces cerveza ó un poco de champagne, y ha ido ganando en salud con este régimen. No ve ninguna diferencia entre sus escritos de antes y los de ahora, ni ha notado alteración en la mayor ó menor facilidad para trabajar. No cree que un poco de alcohol sea necesario para la producción literaria; si el alcohol es mucho, ya es otra cosa, pues en otro tiempo, cuando le ocurría beber sensiblemente más que de ordinario, se sentía más capaz para el trabajo.

Enrique Lavedan sólo bebe agua, agua de Alet muy fresca, y firmaría con ambas manos cuantas peticiones antialcohólicas se le presentaran, por estimar el alcohol como un veneno. Cuando come fuera suele beber vino blanco con agua ó champagne dulce con agua. Nunca ha notado que la bebida influya poco ni mucho en su inspiración.

Victoriano Sardou tiene el alcohol por un veneno, y no soporta media copita de aguardiente. En cambio es gran bebedor de café, pues lo toma tres veces al día, y no duerme bien sino á condición de tomar media taza, sin azúcar, después de la comida.

Freycinet ha usado siempre agua con vino, é ignora si con otra bebida le habría ido peor ó mejor.

Mauricio Rollinat no bebe agua ni leche, que le pondrían soso el espíritu; bebe té caliente en todas las comidas y con el café no toma nunca coñac. La condición de la producción es la sobriedad, y el alcohol, en lugar de excitante, sería estupefaciente para él.

Bouguereau sólo ha bebido agua hasta los veinticinco años. Después empezó á beber vino y lo ha bebido medio siglo, sin exceso, en las comidas ordinarias, y libremente en las reuniones de amigos, sin experimentar por ello más que placer. Hace algún tiempo ha vuelto al agua sola y se encuentra bien. Nunca se ha servido de excitantes para ayudar la inspiración ni el trabajo.

Mistral bebe vino de su cosecha con dos tercios de agua; después de la sopa lo bebe puro (un dedo sólo). En viaje se alegra un poco tomando, como cosa extraordinaria, un ajenjo. Su padre vivió más de ochenta años sin beber más que un dedo de vino bien diluído en agua, y su madre, de la misma edad, no bebió más que agua en toda su vida. *L'aigo fai beni poulido*, como dicen las jóvenes en Provenza (el agua pone hermosa).

Blanche dice que apenas bebe por gusto, pero que podría beber mucho más sin notar diferencia en la calidad ni en la cantidad de la producción.

Los grandes pintores del siglo, David, Ingres, Delacroix, Millet, Corot, Manet, Chavannes, han sido todos sobrios. Los excitantes sólo los requieren los falsos artistas, los bohemios, los fracasados.

Roybet bebe un dedo de vino blanco con mucha agua de

Evian, y entre comidas nada. A veces se ha servido con éxito del alcohol y el café como estimulante; pero convertirlos en bebida habitual, nunca.

Lecocq prefiere para las comidas la cerveza y los vinos espumosos. Dos ó tres veces que ha tomado aperitivos le han cortado el apetito. Usa de los espirituosos con moderación, y se abstendría de ellos sin trabajo. Se ha emborrachado dos veces en su vida, y una borrachera fué tristona y otra alegre. Para el trabajo serio son perjudiciales los excitantes, aunque alguna vez le ha ocurrido improvisar con gran facilidad después de un buen almuerzo.

Augusto Rodin cree que el vino es cosa excelente, y que si se bebe poco y se ha puesto de moda el no beberlo, es porque se le ha falsificado con demasiada frecuencia.

Para Pablo Bourget, el alcohol, por débil que sea la dosis y cualquier forma que revista, es un impedimento absoluto para el trabajo.

Edmundo Harancourt bebe agua por la mañana para todo el día; en las comidas, al final, toma un poco de Burdeos. No va nunca al café, y jamás se le ocurriría beber para trabajar.

Dalou ha bebido alcohol, aunque poco, y hace años que sólo bebe agua. No cree en los estimulantes.

Melchor de Vogüé dice que hace años le dijeron que todos los microbios homicidas conspiraban en el agua, y siguió bebiendo agua; que ahora se dice que han pasado al vino, y sigue bebiendo vino; de niño le ponían en guardia contra el vino blanco, y ahora contra el rojo, y bebe indiferentemente de los dos. Durante una campaña electoral, tuvo que beber diariamente varios litros de vino, licores y cervezas, y nunca se encontró mejor. Es cuestión de individuos y de circunstancias: la misma causa produce distintos efectos, según las complexiones, edades, costumbres y género de vida. La Naturaleza echa por tierra los cálculos mejor formados.

Gastón Paris ha bebido siempre vino tinto, puro ó con agua en sus comidas, y una copita de coñac tras el café, sin haber

jamás notado influencia alguna de este régimen sobre la actividad cerebral.

J. P. Laurens prefiere á toda bebida el agua, aunque también bebe vino, cerveza y sidra, siempre bautizadas copiosamente. Nunca ha notado que la bebida ejerza influjo ninguno sobre su producción pictórica.

Raffaeli emplea constantemente las bebidas conforme á lo que siente que le falta. Toma una taza de leche caliente al levantarse y otra al acostarse, como refrescantes; toma una media botella de vino tinto bastante fuerte en cada comida; al producir necesita caldeantes, y toma vino tinto, té, quinina, hierro; la cerveza alimenta, y también la toma cuando tiene un gran trabajo que hacer. En cambio durante las vacaciones, hace curas de agua y de leche (durante quince días sólo toma leche) y come uvas y legumbres. El vino blanco y el café le enervan. De joven abusó de los alcohólicos como excitantes de sus orgías de trabajo; pero hoy, ordenada ya su vida, los ha desterrado por completo del uso diario. En el invierno, cuando se pasan noches de fiesta, el Champagne es útil para combatir el agotamiento. Cuando se siente uno melancólico, no importa beber una excelente botella de Pomard. En cuanto al ajenjo, su uso revela una enfermedad de la voluntad, semejante á la de los tomadores de éter, opio, tabaco con exceso y morfina.

Pablo Margueritte dice que no cree de ningún modo que el alcohol aumente la potencia de trabajo del artista ó del novelista.

Víctor Margueritte bebe agua cuando tiene sed, y detestando el alcohol, no desdeña una copita de licor fino ó de vino bueno. El agua lava y calma la sed; el vino tonifica; el alcohol mata.

Flourens bebe agua con un poquito de Burdeos, y nunca ha notado que las bebidas alcohólicas facilitaran su trabajo.

Enrique Houssaye bebe en su casa generalmente sidra no espumosa; fuera, bebe lo que le dan. Rara vez toma una gota

de aguardiente, y nunca supuestos aperitivos: ajenjo, bitter, vermut y demás venenos. Le basta envenenarse con cigarrillos.

Reyer no bebe más que agua teñida en sus comidas, y, si acaso, una copita de crema de cacao.

Benjamín Constant toma té como estimulante, y cuanto más calor hace más caliente lo toma.

Pedro Loti se declara musulmán en sus tres cuartas partes, y no bebe alcohol, ni vino, ni cerveza.

Dagnan-Bouveret bebe indiferentemente vino, cerveza ó agua, sin haber podido comprobar nunca si eso le favorecía ó le perjudicaba.

Daniel Lessueur bebe agua en las comidas, y de tiempo en tiempo un vaso de Chateau-Iquem ó una copa de Champagne. Fuera de las comidas bebe cerveza, té y limonada hecha por él mismo. No cree que el alcohol inspire á nadie.

Mauricio Barrès bebe agua y vino, pero no todos los días; cada seis meses un vaso de cerveza; nunca alcohol. Para trabajar no hacen falta estimulantes. Basta tener las ventanas abiertas al campo.

Eugenio Carrière está convencido de que el alcohol es nocivo.

Emilio Ollivier ha sido toda su vida un bebedor de agua, como su mujer y sus hijos. Cuando están solos, ni siquiera hay en la mesa una botella de vino. El alcohol oscurece la limpidez del espíritu, y es un obstáculo para la regularidad de la digestión.

LITERATURA

Los orígenes de la «Bella durmiente del bosque» y las princesas dormidas.—La hija de Félix Faure, el presidente que fué de la República francesa, Lucía Félix-Faure-Goyau, que cultiva con éxito las letras, publica en la *Revue Hebdomadaire*, de París, un erudito artículo sobre los orígenes del famoso cuento de Perrault, *La belle au bois dormant*.

¿De dónde viene ese cuento? Lucía Faure lo hace remontar á Perséfona, hija de Demetrio, cantada por Homero, ó á Proserpina, hija de Ceres, glorificada por Ovidio en sus *Metamórfosis*. Arrebatada por Hades á la vista de Hécate impotente, su madre, tras larga busca, logra encontrarla y volverla á la luz, como vuelve la bella durmiente del bosque; pero, según el juicio de Zeus, tiene que pasar ocho meses en la tierra, al sol, entre mieses y fuentes, y cuatro en la morada subterránea del infierno. Es el misterio de los brotes primaverales, el viejo mito de las fuerzas que, pareciendo muertas durante el invierno, trabajan secretamente para producir los tesoros de la nueva vegetación. Perséfona reaparecerá sonriente y llorosa, y su madre, besándola, reconocerá su joven belleza. Su encanto no la hace olvidar que ha conversado con el rey de las sombras, y á nosotros nos gustaría contemplarla como una ninfa de Botticelli. Perséfona es una hermana mayor de la bella durmiente del bosque. Demetria y Perséfona eran las diosas por excelencia de los misterios eleusíneos, las grandes diosas, como entonces se decía con toda veneración. El hada de nuestro cuento con su varita nos hace pensar en Hermes, provisto también de una varita que dirigía las sombras y tocaba los ojos de los muertos, derramando sobre ellos los filtros del sueño ó de la muerte.

La antigüedad nos habla también de Epiménides, que, después de estar durmiendo muchos años, se despertó como un extraño en medio de su familia y de su pueblo. La *Leyenda de oro* nos habla también de los Siete Durmientes. Bajo el emperador Decio, siete cristianos de Éfeso, queriendo huir de sus persecuciones, se refugiaron, según cuenta el suave Santiago Vorágine, en una caverna, después de distribuir sus bienes á los pobres. Durante su sueño, que duró un siglo, el mundo se había hecho cristiano. El emperador Teodosio se desconsolaba al ver el incremento que tomaba una nueva herejía, que negaba la resurrección de los muertos, cuando los Siete Durmientes se despertaron. Reconocieron el sitio, el cielo y los

campos, pero no conocían ni las personas ni las cosas que les rodeaban. De estupefacción en estupefacción se supo la verdad; el obispo, los habitantes de la ciudad y el emperador mismo, que vino de Constantinopla, fueron á la caverna para ver y oir á los Siete Durmientes. Estos proclamaron la resurrección de los muertos y volvieron á dormirse para siempre.

La dulce poetisa María de Francia nos cuenta la historia de la princesa dormida, sacada de una antigua canción de Bretaña. El señor Eliduc se va á guerrear al extranjero, bajo las órdenes de un rey, cuya hija Guillardita, de maravillosa belleza, está enamorada del apuesto y gentil Eliduc, á quien cree soltero, pero que está casado con la dulce Guildelina. Sin atreverse á confesar la verdad, no rechaza el amor de Guillardita, ese amor medioetáneo que sólo se explica por la influencia de un filtro; amor entre Ginebra y Lancelote, Tristán é Isolda, Paolo y Francesca. Eliduc encuentra al rey en su palacio jugando al ajedrez con un caballero que vuelve de allende el mar, y enseñando á su hija las reglas del juego. Habiendo observado el cariño de Guillardita, la propone que acepte por novio á Eliduc, y éste no se atreve á declarar la verdad. Eliduc lleva á su prometida en un buque, y estalla una tempestad. Los compañeros de Eliduc se dicen que el pecado de éste va á perderlos, y proponen brutalmente arrojar al mar á Guillardita, causa de todo; la princesa lo oye todo, y comprende que su amor es un crimen; no la muerde una serpiente, como á Eurídice, ni la atraviesa la mano una rueca, como á la bella del bosque; basta una palabra para hacerla caer inanimada. La creen muerta, y Eliduc la deposita en una ermita en medio del bosque. Guildelina, la esposa, posee la intuición de los que aman, y sabe que su corazón no halla eco en el de su esposo; pero es una santa, y ninguna reconvención brota de sus labios. Descubre la ermita en que yace su rival y adivina el secreto, llorando sobre las manos de la joven princesa muerta, llevándola á la ciudad; coloca entre los labios de la bella

joven una flor roja, cuya virtud la ha enseñado una comadreja, y Guillardita despierta. Guildelina se retira á un monasterio, y deja que Eliduc se case con la princesa. Vivieron felices muchos años; pero al fin de su vida, Eliduc fundó un convento, donde se retiró, y Guillardita fué á unirse con Guildelina, que la recibió como una hermana, rogando así los unos por los otros.

Bajo el Renacimiento corrió el rumor de haberse descubierto un ataúd en el que descansaba una hermosa joven de rosada tez que parecía estar dormida. La leyenda no dice si despertó. En la colección del napolitano Juan Bautista Basilio, del siglo XVII, se cuenta también una extraña historia del príncipe de Camporotondo, dormido sobre un sepulcro coronado por una ánfora; la princesa Zoza, perseguida por una maldición, no tendrá otro esposo que aquel príncipe, que debe despertarse cuando una mujer haya llenado con sus lágrimas el ánfora del sepulcro; Zoza llora al ver en aquel estado al único sér con quien podía casarse, y llora tanto que el ánfora se llena de lágrimas; pero Zoza se duerme cuando el príncipe despierta. Una negra le hace creer que es ella quien le ha salvado llorando, y el príncipe se juzga obligado á casarse con ella por gratitud. Gracias á un talismán, Zoza consigue dar á su rival el deseo de oir contar historias, y así se descubre lo ocurrido, y la negra es castigada y el príncipe se casa con Zoza.

Dos de los cuentos del *Pentámeron* hablan también de heroínas dormidas. Lisa, la hija de Lella, cae en una especie de letargo mágico por haberla su madre, sin querer, clavado en la cabeza el peine con que la estaba peinando; encierra el cuerpo de su hija en una caja de cristal, y muerta la madre, un hermano suyo hereda la casa; su mujer es mala, y habiendo descubierto la caja de la dormida, hace caer el funesto peine y Lisa se despierta; su tía la impone una verdadera esclavitud, hasta que llega el día en que el tío se entera de las tribulaciones de su sobrina y las hace cesar.

El otro relato se titula *El sol, la luna y Talía*. Talía se ha

dormido porque, jugando con la rueca de una hilandera, se ha clavado bajo la uña un hilo de cáñamo; descansa en un lecho de oro y brocado en una sala del castillo, cuando un joven rey que estaba de caza por las cercanías penetra en el castillo, encuentra á la bella durmiente, y enamorado de su belleza, la adora sin lograr despertarla. La maternidad la arranca de su sueño, pues sus dos hijos gemelos, el Sol y la Luna, chupándola el dedo herido, la libran del maldito hilo de cáñamo. Como se ve, el cuento es simbólico: Talía es la tierra despertada por la primavera.

En las leyendas recogidas por los hermanos Grimm se encuentran también cuentos emparentados con el de Perrault. ¿Cómo no recordar los de Blanca-Nieve y Rosa-de-Espina? Blanca-Nieve, perseguida por una madrastra envidiosa de su belleza, es ocultada y guardada por los gnomos; pero como es algo aturdida, come un trozo de manzana envenenada que la reina había preparado, y muere; los gnomos la encierran en un féretro de cristal, del que se hacen guardianes; pero el hijo del rey la ve y, prendado de su hermosura, quiere obtener la guarda del féretro para honrarla; al transportarlo al palacio cae bruscamente el precioso cofre, y con la sacudida se desprende la hechizada manzana y Blanca-Nieve vuelve á la vida y se casa con el príncipe, siendo la mala reina castigada de muerte.

En Rosa-de-Espina una hada, la trece, á quien se habían olvidado de invitar, maldice á Rosa-de-Espina, y ésta duerme cien años, hasta que la despierta el príncipe Encantador, con quien se casa. Son cuentos simbólicos en los que se poetizan los fenómenos de la naturaleza, singularmente el invierno y la primavera.

Perrault no conoció probablemente los cuentos de Basilio. Pero cien versiones semejantes corrían por el mundo procedentes de la India, de Egipto y de la Arabia, y Perrault vistió una de ellas á su guisa. Llena su fantasía del espectáculo de las grandes fiestas de Versalles, tomó de ellas el salón de los

espejos, el lujo de las recepciones, y con todo ello vistió su leyenda.

CUESTIONES SOCIALES

La guerra desde el punto de vista psico-sociológico.—Aunque no sirviera la psicología social—dice Enrique Mazel en la *Revue de Psychologie sociale*—más que para resolver problemas tan angustiosos como el de la guerra, merecería el reconocimiento del público intelectual.

Todas las soluciones unilaterales dadas aquí, la mística como la biológica, y la humanitaria como la teológica, son incompletas. Tratar de saber si la guerra es buena ó si la guerra es mala es plantear mal la cuestión. La guerra es, en opinión de todos, hasta de sus apologistas, una plaga; todo protesta en nuestras conciencias contra ella; y sin embargo, en cuanto se entabla la contienda, los cantores de la paz son los que nos ensosecen el corazón y los héroes de la guerra los que hacen vibrar nuestras cuerdas nobles.

Atractivo de lo paradójico por de pronto; y luego, atractivo de todo cuanto invita al heroísmo y al sacrificio. Hervor oscuro de nuestras tendencias expansivas; repulsión contra los defensores de la tesis contraria, en quienes la bajeza de alma se dibuja á través de simplona sensiblería; cobardía de quienes se apiadan gimoteando de los sufrimientos de los heridos porque tiemblan que les llegue la hora de sufrir; mezquindad de los que aborrecen la milicia porque los saca de su vida vulgar y burguesa; envidiosa avaricia de los que calculan cuántas espórtulas electorales quedarían disponibles suprimiendo ó rebajando los presupuestos de guerra y marina; miopía ruin de los que sueñan con la fraternidad de los pueblos y se imaginan que todo choque de imperios y de pueblos es un error deplorable.

El hecho de que casi todos los apologistas de la guerra han sido grandes escritores y pensadores profundos, cuando casi

todos los defensores de la paz no han sido más que asquerosos escritorzuelos y medianos charlatanes, debe dar desde luego que pensar al psicólogo. Quizá no es un azar el que hace que se encuentren en el mismo campo espíritus tan vigorosos como José de Maistre, inteligencias tan lúcidas como la de Moltke, sinceridades tan brutales como Proudhon, almas tan heroicas como Nietzsche, cuando en el campo opuesto están... ¿qué nombres que no hicieran sonreir pueden ponerse al lado de esos otros? Hasta en las informaciones que suele abrir la prensa cuando falta original interesante, ¡qué lamentable desfile el de los pacificistas contemporáneos, y qué amplio suspiro de satisfacción cuando de tiempo en tiempo brota entre esa colección de vulgaridades una palabra áspera de nítido guerrerismo!

Y sin embargo, en estos últimos tiempos parecen haberse invertido los términos y que en ese duelo eterno el caballero de la Muerte tiene algo de un cualquiera y el pastor de la paz parece ser alguien. El caballero de la Muerte es el doctor holandés Steinmetz, autor de *La guerra, medio de selección colectiva*, donde se afirma que á la guerra se debe el progreso, que «el vencedor es fatalmente el que debía vencer»; afirmaciones ambas sujetas á prueba, pues sería difícil demostrar que las guerras del antiguo régimen trajeran beneficios á la humanidad, ó que las minas del Transvaal no estarían bien explotadas sin la destrucción de la república boer, y hasta que la invasión de los bárbaros, las conquistas del Islam y las galopadas mongólicas, de las que sin duda ha salido el actual estado de civilización, han sido positivamente ventajosas, pues también podría pensarse lo contrario. En cambio la paz ha encontrado por primera vez un defensor digno de ella en Tarde, pues los novelistas, como Tolstoi, Erckmann y Suttner, se limitan á conmover sin tratar de convencer.

Tarde, con serena intransigencia, establece en su *Oposición universal* el principio absoluto de que el progreso ha podido realizarse desde el principio sin la guerra. La civiliza-

ción, dice, es más religiosa que belicosa; la guerra representa sólo un papel negativo, cuando no nefasto; el duelo nunca ha sido fecundo; sólo el himeneo engendra y produce. Todas estas ideas son exactas; pero el himeneo mismo no se lleva á cabo sin violencia, y también hay sangre en el nacimiento de una criatura como en la destrucción de un pueblo. Y luego, ¿qué son los cadáveres amontonados por la guerra al lado de los cadáveres de hermanos inferiores, pero hermanos al fin, que nuestro apetito carnívoro exige? Si hay crimen, no es en la humanidad, sino en el cosmos.

Es posible que la guerra sea conforme á la naturaleza; pero la civilización consiste precisamente en no seguir de un modo ciego á la naturaleza. Es posible que haya sido á veces útil al progreso, pero no es seguro, y aun es más probable lo contrario. Es posible que sean exagerados los males que se le achacan, si es verdad que el trabajo causa mayor número de víctimas y que sus estragos son reparados con instantánea rapidez. ¿Por qué entonces tantas almas elevadas se entretienen en glorificar la guerra mientras tantos corazones vulgares se acurrucan medrosicos en el culto de su rival? Todo depende del espíritu con que se las considere.

La guerra es la escuela de la abnegación tanto como de la violencia. El amor maternal, la gran fuente de la abnegación, no tiene nada de común con la guerra; pero, socialmente hablando, el sacrificio apenas tiene otra ocasión de manifestarse que la guerra. Ahí está el lazo misterioso que liga al patriotismo con la religión; esas dos fuerzas ambiciosas é insaciables, destructoras y fecundas, que reclaman el sacrificio absoluto, una del cuerpo, otra del alma, y sin las cuales, sin embargo, la humanidad no sería más que animalidad. La guerra es también la manifestación suprema de la energía expansiva, sin la cual no se comprende el progreso; la invención intelectual, el impulso místico, la busca del oro, no pueden ser sino motivos de marcha individual, y el mundo no avanza sino por las multitudes, por las colectividades. Si se estuviera seguro de supri-

mir la guerra, pero suprimiendo con ella la alegría conquistadora y la vida dominadora, sería preciso abatir á sus pies á la paz de un hachazo. Pero si la guerra se olvida de sus causas profundas y naturales, si reemplaza la energía expansiva por la violencia opresora, la alegría conquistadora por la tiranía, la abnegación por el odio, el sacrificio de sí por la inmolación de los demás, entonces la guerra es mala y merece todos los anatemas.

Como se ve, para juzgarla, hay que ir más allá de los medios de selección colectiva, y hasta de las conciliaciones de duelos lógicos y teleológicos; es preciso colocarse de un salto no sólo en el terreno de la psicología social, sino en el sagrado recinto de la ética. El problema de la guerra no corresponde á la biología ni á la economía política, ni aun á la pura psicología; se levanta á la sombra misma del árbol de la ciencia del bien y del mal, con las escamas chispeantes y la cabeza erguida, espantoso y fascinador.

COSTUMBRES

El verdadero hombre de letras. — Un escritor injustamente olvidado, según Jacobo Lux, del siglo XVIII, Antonio Leonardo Tomás, tuvo en su discurso de recepción en la Academia un gran éxito al trazar el retrato del «verdadero hombre de letras», del «hombre de letras ciudadano». «¡Qué profesión—decía—la del que, por deber, tiene que ser siempre el intérprete de la moral y de la virtud! Pero para ser digno de pintarla, hay que sentirla. El verdadero hombre de letras no se limitará, pues, á enseñar la virtud en sus escritos; no se verán sus costumbres contradichas en sus obras, y cuando un sentimiento honrado venga á ofrecerse á su pluma, no lo rechazará como un acusador. En sociedad, simple y sin fausto, tan alejado de la falsía como de la rudeza, hablará á los hombres sin lisonjearlos, como sin temerlos. No separará el respeto

que debe á los títulos del respeto que todo hombre merece. Sabe que la dignidad de los rangos es de corto número, pero que la dignidad del alma es de todo el mundo; que la primera degrada al hombre que no tiene otra, y que la segunda eleva al hombre á quien le falta todo lo demás. Si la fortuna le da un bienhechor, dará gracias al cielo por tener un deber más que cumplir. A sus enemigos opondrá el valor y la dulzura, á la envidia el desarrollo de sus talentos, á la sátira el silencio, á los calumniadores su virtud».

¡Qué pasada de moda, qué añeja esta silueta, comparada con la del hombre de letras actual! Este solo nombre de «literato», «escritor», se ha convertido en un apellido marchitado por furiosa pretensión: la del hombre para quien todo es secundario en la vida, fuera de lo que él cree ser su talento, su reputación. El cuidado de uno y otra llevan á este desgraciado á los más increíbles extravíos del sentimiento y de la acción. Se ha denunciado lo embustero de los juramentos y la fragilidad de las relaciones políticas; pero ¿qué decir de la amistad, de la abnegación de los literatos? Duran el tiempo necesario para obtener la satisfacción deseada y desaparecen al día siguiente. Lealtad, afectos, nada hay que el literato no esté dispuesto á sacrificar á su vocación. Muchos se vanaglorían de ello, practicando el odioso culto de la genialidad. Y en materia de conocimientos existe el mismo exclusivismo; el literato no se interesa por otra labor que la suya; la ignorancia legendaria del cómico ó del artista es venial al lado de la suya.

Uno de los rasgos característicos de esta especie contemporánea (¿es bien contemporánea, ó es una especie antiquísima que va llegando á su máximo desarrollo?) es la envidia, la sorda hostilidad á los compañeros. No se puede imaginar á qué grado de ferocidad llega un literato que cree tener un pretexto satisfactorio para exhalar su secreto rencor. El egoísmo y la envidia son lote común de los humanos, y no hay que asombrarse de ver á los literatos afligidos por tan feos

defectos; pero es que la vanidad les exaspera y los lleva al colmo.

Hay, por otra parte, que considerar, para ser justos, las dificultades de la vida actual. El número de escritores que se disputan el favor del público indómito crece sin cesar. El talento se vulgariza, y la mediocridad es la suerte con que tienen que resignarse muchos de los que saben su oficio y lo practican á conciencia. Hasta los viejos lo consignan con melancolía. «Cuando yo vine á París, decía poco hace Julio Lemaître, la vida literaria era fácil y agradable; de la noche á la mañana un artículo ingenioso, un libro de mérito, os hacía casi célebre; pero ahora, cuando los que escriben son un tropel, muchos de los cuales tienen habilidad y talento, ¿cómo abrirse paso los jóvenes? En verdad que amo el pasado, me repugna el presente y me asusta el porvenir».

¿Cómo distinguirse? Ese es el problema que se plantean con angustia cuantos entran en la carrera, hombres y mujeres. Ensayan todos los medios: el *bluff*, la paradoja, el reclamo en las revistas ilustradas, donde exhiben la fotografía de su torso y de sus pantorrillas... Su vanidad se hace enfermiza y se rebajan hasta la envidia más ruin.

Por fortuna no todos son así, y los hay todavía, no lo dudéis, de aquellos de quienes en su pomposo tono decía Antonio Leonardo Thomas: «¡Qué diferente es el hombre de letras! Nada de lo que turba y agota á los demás hombres ejerce imperio sobre él. No corre tras las recompensas; la suya está en su corazón. Si las riquezas vienen hasta él, se honra con su uso; si se alejan, se honra con su pobreza. Así pasan los días y transcurren los años en medio de la dicha y de la paz. La tranquila vejez viene al fin á coronar sus trabajos. Ve el último término sin remordimientos y sin turbación, y vuelve los ojos hacia la patria de que se separa. Ella le ha honrado y lo echa de menos. Él ve á la posteridad que se adelanta para recibir su nombre. Muere; pero sus pensamientos viven y harán todavía algún bien á la tierra, cuando ni aun sus cenizas

existan ya. Tal es la carrera del hombre de letras ciudadano. ¿Hay alguna en que la gloria sea más dulce y deje en el fondo del corazón una satisfacción más conmovedora y más pura?»

ENCICLOPEDIA

Pensamientos de Leonardo de Vinci.—Con el título de *Textos escogidos* ha publicado Peladan una colección de pensamientos recogidos en el enorme montón de manuscritos dejados por Leonardo de Vinci. Emilio Faguet ofrece á los lectores de *La Revue* una muestra de estos pensamientos, y nosotros, haciendo un nuevo cribado, la transmitimos á nuestros lectores.

Faguet se asombra de que en las 380 páginas de la colección de Peladan no se hayan recogido más que tonterías é inepcias como las siguientes:

«Se preguntaba á un pintor por qué él, que hacía figuras tan hermosas, había hecho hijos tan feos; él respondió que la pintura se hace de día y los hijos de noche.—Uno dijo á otro: se te han puesto los ojos de un color muy extraño. Y el otro respondió: es porque mis ojos ven tu extraño rostro.—El peor error de los hombres está en sus opiniones.—Quien no refrena sus deseos se rebaja al rango de las bestias.—La leña alimenta el fuego que la consume.—Lo que es bello no siempre es bueno: se ven grandes charlatanes sin ninguna doctrina.—El recuerdo de los beneficios es frágil en el ingrato.—Quien piensa mucho se engaña mucho».

Algunos de estos pensamientos son, en efecto, tonterías, y otros perogrulladas, pero hay alguno que no es indigno de ser recogido. Por otra parte, hay que comprender que estas exhumaciones de escritos de un autor cualquiera están sujetas á muchos errores. Yo oigo una anécdota, como la primera por ejemplo, y la apunto para utilizarla con un fin cualquiera, el

de coleccionar chistes ú ocurrencias, el de apuntar ideas extravagantes, el de recoger un tema de ridículo, etc.; meto el apunte entre mis papeles sin ninguna acotación más, y á mi muerte, pasados más ó menos años, un rebuscapapeles tropieza con el mío y lo publica.— ¡Qué tonto! ¡Qué majadero! Pero ¿es posible que escribiera tal cosa un hombre de tanta ilustración? ¡Y así se escribe la historia!

Quizá de este género son los apuntes, notas y pensamientos con los que puede formarse, como dice Faguet, todo un bestiario y un volucrario que no deja de tener interés para el estudio de las supersticiones y leyendas del siglo XVI, y á cuyo grupo pertenecen los extractos siguientes: «El licornio ó unicornio, por su intemperancia, no sabe vencer el placer que tiene por las doncellas, desmintiendo así su ferocidad y salvajismo; dejando todo recelo, va á la doncella, se echa en su regazo y de este modo lo cogen los cazadores».

«Cuando el lobo se desliza hacia algún redil y por casualidad pone las patas en falso, da un grito y se muerde la pata en castigo de su error.»

«Cuando el hipopótamo está enfermo, busca una espina ó, en su defecto, un trozo cortante de caña, y se frota tanto una vena que la abre. Cuando ya la salida de la sangre es excesiva, tapa y cierra la llaga con limón.»

«El reno tiene la pierna de un solo trozo, y cuando quiere dormir se apoya en un árbol. Los cazadores conocen el sitio donde duerme y sierran el arbusto, y cuando se apoya en él para dormir, se cae; entonces lo cogen los cazadores, y no hay otro medio, por su velocidad.»

«La tortuga no engaña nunca á su pareja; y si uno muere, el otro observa perpetua castidad, y no se pone nunca sobre una rama verde ni bebe más en agua clara.»

«El basilisco es tan cruel, que cuando no puede matar á los animales con sus ojos venenosos, se vuelve contra las hierbas y las plantas, y las hace secar con los efluvios de su mirada.»

«La auferilina tiene dos cabezas: una en el sitio normal y otra en la cola; como si no bastase que el veneno yaciera en un solo lugar.»

«Cuando el águila es vieja, vuela tan alto que se quema las plumas, y la Naturaleza consiente que recobre su juventud cayendo en agua poco profunda. Si sus hijos no pueden soportar la vista del sol, no los alimenta.»

«Las grullas son tan fieles y tan leales á su rey, que por la noche, cuando duerme, algunas van alrededor del prado á mirar de lejos, mientras que otras están junto á él; cada una tiene una piedra en la pata, á fin de que si el sueño las invade, se caiga la piedra y las despierte con el ruido.» Para lo cual—añade Faguet—necesitan tener debajo de la pata un caldero.

¿Quién va á creer que todas estas leyendas las ha recogido Vinci creyendo en ellas? Figuran entre sus papeles, como pueden figurar entre los de cualquier polígrafo, otros muchos semejantes, cuyo objeto sólo él puede conocer. En la colección de Peladan hay otros textos de mayor interés, aunque no son muchos, y que versan sobre multitud de cosas. He aquí algunos:

«El hombre es llamado por los antiguos un microcosmo: nombre justo, porque el hombre se parece al mundo. Si el hombre tiene sus huesos para servirle de armadura y sostener la carne, el mundo tiene sus rocas que sostienen la tierra; si el hombre tiene su respiración, el cuerpo de la tierra tiene su Océano, que crece y decrece cada seis horas para su respiración; si de ese lago de sangre derivan las venas que van ramificándose por todo el organismo, así el Océano llena el cuerpo terrestre de innumerables venas de agua.»

«El hombre tiene un gran razonamiento, pero en su mayor parte vano y falso; los animales lo tienen menor, pero útil y verídico; y más vale pequeña certidumbre que gran engaño.»

«Por nuestro arte (la pintura) merecemos ser llamados hi-

jos de Dios. Si la poesía se eleva á la filosofía moral, la pintura practica la filosofía natural. Si la primera describe la operación de la inteligencia que reflexiona, la otra con la inteligencia opera por los movimientos. Si el poeta y el pintor se desafían para figurar la belleza, la ferocidad, una declaración brutal, etc., hay de lo imaginado al efecto la misma proporción que de la sombra al cuerpo que la proyecta; porque la poesía habla á la imaginación con las letras, mientras que la pintura pone realmente ante la vista una imagen de la que recibe la semejanza como si las cosas fueran naturales. La poesía no da esa semejanza y no obra sobre la sensibilidad por la vía del poder visual como la pintura.»

«Si tú dices: la pintura es una poesía muda que no puede hacer hablar á los que representa, ¿no ves que tu libro se encuentra en peor grado? La pintura es una poesía que se ve en lugar de sentirse, y la poesía es una pintura que se siente en lugar de verse. Luego la pintura, para llegar al sentido común (general), pasa por el sentido más noble, que es la vista, y la poesía pasa por el sentido menos noble del oído. Poesía muda (pintura) ó pintura ciega (poesía), una y otra imitan la Naturaleza cuanto pueden; pero la pintura que sirve á la vista, sentido más noble, encuentra una proporción armónica, como cuando muchas voces juntas cantan al mismo tiempo. Y ocurre, en la belleza de cualquier creación del poeta, que el hecho de dar sus partes separadamente en tiempos sucesivos impide á la memoria percibir la armonía de ellas.»

Bien puede servir de prefacio al *Laocoonte* de Lessing este trozo, en que tan claro ha visto Vinci el concierto de los colores y figuras en el conjunto de un cuadro, y la dificultad con que la poesía tropieza, por la obligada sucesión de sus partes en el tiempo, para obtener ese conjunto, aunque tenga amplias compensaciones que hacen desaparecer esa inferioridad en que Vinci la coloca. De todos modos, claro es que quien pretenda formarse idea del valor de Vinci por el libro de Peladan, se equivocará por completo. Para eso hay que leer

Leonardo de Vinci, artista y sabio, de Gabriel Séailles. Allí se ve al pensador repensado por otro, como dice Faguet, cosa necesaria para no extraviarse en sus juicios.

CRÍTICA

¿ANÁLISIS QUÍMICA, Ó ANÁLISIS QUÍMICO? ¿JIMENO, Ó GIMENO? En una obra de Medicina y Farmacia que publica *La segunda enseñanza* en su cubierta, tropiezo con las obras siguientes: «Salazar (D. F.): *Análisis química*, etc.»—«Gómez Pamo: *Manual de Análisis química*».—«García Molinas: *Memorandum de Análisis químico*». Para unos el *análisis* es palabra femenina, y para otros masculina; unos dicen *análisis químico* y otros *análisis química*. ¿Quién tiene razón? ¿Debemos decir *químico* ó *química* al aplicar este calificativo al análisis?

Acudimos, para salir del paso, á la *Memoria de la Universidad* para saber qué nombre se da oficialmente á esta asignatura, y nos encontramos con que tanto en la Facultad de Ciencias como en las de Farmacia y Medicina hay una ó varias asignaturas del nombre en cuestión, todas ellas llamadas *Análisis químico*, y otras que se refieren al mismo nombre, con diversa adjetivación, como las de *Análisis matemático*. Parece, pues, que la ciencia oficial se decide por el género masculino. No es gran argumento, pues sabido es que esa ciencia, que ha admitido el barbarismo de *verificadores de contadores de electricidad*, suele dar tremendos tropezones, y que en modo alguno puede recomendarse la *Gaceta* como fuente de buen decir; pero algo es algo.

Pasamos, por curiosidad, á saber lo que opina la Real Academia Española, y en su *Diccionario* encontramos clasificada la palabra *análisis* como ambigua, lo cual es poner una vela al diablo y otra á San Miguel y dejar la cuestión sin resolver, cosa que tampoco nos sorprende, aunque revela la arcádica anarquía en que nos revolvemos dulcemente los españoles. Con

esta manera de cortar nudos gordianos se comprende que Salazar hable de *Análisis química* y García Molinas de *Análisis químico*. Para el uno la ley acatable es la estampada en la *Gaceta*, y para el otro la autorización que le da el Diccionario de la Academïa. ¿Quién de los dos tiene razón? Los dos y ninguno, pues el catedrático de Análisis que dice *químico* hace perfectamente, puesto que esa es la denominación oficial de la asignatura y él no tiene para qué meterse á enmendar la plana al Gobierno; y el otro catedrático de Análisis que dice *química* también obra con buen acuerdo, pues el hombre, sintiendo alguna duda sobre el género de la palabra, y sabiendo que en España tenemos una autoridad reconocida por el Gobierno para estas cuestiones, acude al Diccionario de la Real Academia, ve que *Análisis* es voz ambigua, opta por el femenino, que es el género de origen; sabe que el adjetivo concierta con el sustantivo en género y número, y dice y escribe *análisis química*, como hubiera dicho *análisis matemática* y *análisis lógica* si hubiera tenido que servirse de estos epítetos. Los dos, pues, están en lo cierto, y tan bien atrincherados que es difícil arrojarlos de sus posiciones desde el punto de vista estrictamente legal. Pero como al tener razón los dos en cosa contradictoria no la tiene ninguno, nos encontramos sin saber á qué carta quedarnos, y podemos remedar el famoso sorites de Epiménides para probar á la vez que los cretenses son embusteros y veraces.

La cuestión sería insoluble si tuviéramos que atenernos al principio de autoridad. Afortunadamente, estamos en unos tiempos en que la autoridad, cuando se aparta de la razón, no significa absolutamente nada, no ya en materia de ciencia pura y de mera especulación ideológica, sino en materia de conducta práctica, política, económica ó social. Que el Gobierno diga *químico* ó *química* nada nos importa *per se*, porque todos sabemos que el hacer hembra ó macho á la palabra depende sólo del timonel que en aquel momento dirija el barco gubernamental, cuando no del escribiente encargado de sacar la co-

pia de las cuartillas para la *Gaceta*, y ni el timonel ni el escribiente nos ofrecen garantía ninguna de competencia ni de acierto; que la Academia diga por su parte *química* ó *químico* tampoco nos importa nada, pues todos estamos en el secreto de cómo se hacen y se discuten las papeletas para el *Diccionario*, y la ciencia de la Academia, como colectividad, no nos inspira respeto ninguno. Por otra parte, la Academia, rompiendo con su sana tradición, ha olvidado en sus últimos Diccionarios, con las *h* de *harmonía* y las *b* y *p* de *subscripción*, y tantos otros lastimosos atentados contra la evolución natural é histórica de la lengua, que su misión no es más que la de *fijar el uso*, y ha acabado de perder el poco prestigio que todavía la quedaba, con harto dolor de quienes confiábamos algo en su regeneración, lamentándonos de ver que institución tan hermosa se halle entregada á los políticos, que todo lo empequeñecen y corrompen.

Dejemos, pues, á un lado el análisis macho del Gobierno y el análisis medio hembra ó hermafrodita de la Academia, y veamos si hay medio de orientarnos en esta confusión. Desde luego, para guiarnos en esta cuestión, como en todas las semejantes, tenemos una brújula infalible: el uso, ese árbitro supremo del lenguaje, *jus et norma loquendi*. ¿Cuál es el uso, el uso general y corriente entre los buenos hablistas? El de hacer masculina la palabra análisis. Todos los que tienen al hablar ó al escribir que emplear esta palabra, dicen *Análisis lógico*, *análisis matemático*, *análisis biológico*, *análisis histológico*, *análisis microscópico*, *análisis bien hecho*, *análisis mal hecho*. ¿A quién se le ocurre decir que tal análisis está *mal hecha* ó que es un análisis *incompleta*? A nadie que se precie de castellano. La misma Academia lo reconoce implícitamente así al hablar de análisis *cualitativos* y *cuantitativos*, optando por el masculino sin dar ejemplo alguno de femenino.

¿Por qué, entonces, la Academia no hace francamente masculina la palabra, y por qué Salazar y Gómez Pamo dicen

Análisis química? Por razones muy sencillas, aunque diversas. La Academia hace ambigua la palabra por respetos á la etimología, pues el griego ἀνάλυσις es femenino; Salazar y Gómez Pamo la hacen femenina porque los franceses conservan el género griego, y á fuerza de leer cosas en francés y de ver siempre *l'analyse* en femenino, la han empleado en femenino en castellano; y si se les ha ocurrido, además, consultar el Diccionario, se han aferrado más á esa opinión. Pero la Academia no ha tenido en cuenta la evolución impuesta á esta palabra en castellano por la anteposición del artículo masculino, por razones de eufonía, que si en palabras del tipo de *agua*, *águila* no ha llegado á producir el cambio del género, por razones fáciles de explicar, en otras, como *análisis*, ha llegado á esa transformación, prevaleciendo en la lucha entre las dos formas, *l'análisis* y *el análisis*, esta última, que ha impuesto el masculino al nombre.

La etimología de una palabra es cosa muy respetable; pero no debe llegar el respeto hasta el punto de sacrificar el genio de un idioma á la conservación de un término, ni menos á su restauración, con olvido de toda la historia, de todas las influencias étnicas que han producido el estado popular general consagrado de la palabra. Lós griegos decían *análusis*, femenino, y los franceses han conservado el género, pero han cambiado la terminación *usis* en *yse*, *analyse*, llevando de paso el acento, al que han obligado á avanzar hasta la penúltima sílaba, conforme al genio del francés; nosotros hemos mantenido la forma esdrújula ó proparoxítona de la palabra, pero la hemos hecho masculina; los franceses han conservado la trascripción latina del úpsilon griego en *y* escribiendo *analyse*, conforme á la ortografía, respetuosa, pero confusa y enmarañada, que allí ha prevalecido; nosotros hemos conservado nuestra tradición fonética, haciendo de esa *y* una *i*, y escribiendo *análisis*, conforme á nuestra tendencia á ortografiar como pronunciamos, que todos los demás idiomas nos envidian. Así el *análusis* femenino griego, trocado en el *analysis*

femenino latino, ha dado el *analyse* femenino francés y el *análisis* masculino castellano.

Así lo ha querido el uso, en unas y otras lenguas, y ese uso es el que hay que acatar, bueno ó malo. Cuando el castellano haya perdido su fisonomía propia y haya cambiado de sexo al análisis, entonces diremos y escribiremos *análisis química*, como diremos y escribiremos *obscuro* y *subscripción;* mientras esto no suceda, deberemos decir y escribir *análisis químico*, *oscuro* y *suscrición*, salvo que algún cajista meticuloso me haga escribir *obscuro* contra mi consciente voluntad, como más de una vez ha sucedido, y como le pasaba al ex-Ministro D. Amalio Jimeno cuando enviaba sus disposiciones á la *Gaceta*.

Pero esto merece capítulo aparte. El Dr. Jimeno, cuando fué ministro de Instrucción pública, firmaba los Reales decretos y Reales órdenes poniendo su apellido con *G*, como era su costumbre. Pero los cajistas cambiaban la *G* en *J*, y D. Amalio se encontraba tan disfrazado con aquella *J*, que no se reconocía, y hasta le molestaba que tales atrevimientos se permitieran con su persona, sin respetar su valer científico y sin que le valieran sus reclamaciones ni aun su autoridad de consejero de la Corona. Un cajista le enmendaba la plana (están tan acostumbrados á hacerlo con tantos *ilustres* personajes y tantas eminencias, que sin los cajistas serían el hazme-reir de los chicos, que no es extraña la cosa), y tenía que bajar la cabeza y tascar el freno. Los cajistas, en general, tienen razón en estas menudencias, pues son la mejor autoridad que puede invocarse, y en el caso de *obscuro* por *oscuro* la tienen también dentro del humilde papel de cumplidores de la voluntad de la Academia; pero fuera de este papel no la tienen, porque esa *b* de *obscuro* va contra el uso, contra la evolución de la lengua y contra el genio del idioma, y su resurrección constituye un arcaísmo, ó mejor, un latinismo vituperable; y aun reducidos á ese papel, tampoco la tienen en el caso de *Jimeno*, pues si bien es cierto que el nombre *Jimeno* debe escribirse así, con *J*, y no

con *G*, como *Jerónimo* (lo cual no quita para que una de las calles más céntricas y frecuentadas de Madrid se llame *Carrera de San Gerónimo*, sin que el Ayuntamiento ni la Academia hayan pensado nunca en tamaña falta de ortografía), no es menos cierto que, usado como apellido, puede escribirse con *G* ó con *J*, debiendo respetarse la *grafía* (no digo *orto-grafía* porque de *orto* nada tiene) usada por la familia y transmitida de una á otra generación, con sus faltas y todo. Cuando yo escribo *oscuro* y el cajista me corrigé *obscuro*, hace bien, pues puede creer que ha sido un *lapsus* mío, y su obligación es corregir lo que no se ajuste al Diccionario de la Academia; cuando el Dr. Jimeno escribía *Gimeno* y se lo enmendaban no estaba bien, pues si desde niño venía el doctor firmándose *Gimeno*, y figuraba con este nombre en su partida de bautismo y en sus títulos académicos y profesionales, y así venía escribiéndose por tradición de sus padres y abuelos, no puede alterarse esa escritura, por ser en cierto modo el apellido una propiedad de familia que todos deben respetar en su integridad. ¿Qué diríamos si al comerciante de la calle Mayor que pone en su muestra *Schumaque*, y que se firma así, le hicieran ministro y le obligaran á restaurar su apellido, restableciendo la forma alemana primitiva, que seguramente es *Schuhmacher*?

IMPRESIONES Y NOTAS

Bismarck, corrector de pruebas.—El libro de Mauricio Busch, *El conde de Bismarck y su gente*, publicado en 1878, produjo gran sensación por el sinnúmero de pormenores íntimos de la vida pública y privada del gran canciller, que, por lo mismo que eran exactos, constituían otras tantas indiscreciones del autor. El público esperó con ansia alguna protesta, alguna señal de irritación de Bismarck; pero Bismarck se calló, y su silencio sorprendía á todos más que la publi-

cación misma del hecho. Veinte años después, en otro libro de Busch, *Hojas del diario*, 1899, se descubrió el misterio de aquel silencio: Bismarck no podía incomodarse por la publicación, por la sencilla razón de que no sólo la había autorizado, sino que había contribuído á ella corrigiendo las pruebas, suprimiendo y añadiendo lo que había tenido por conveniente. Jorge Böttticher acaba de publicar en Leipzig un trabajo, con el título de *Bismarck corrector*, en el que figuran todas las correcciones hechas al margen de la obra de Busch por el canciller, con numerosos facsímiles de las mismas.

El documento es realmente interesante, porque revela la corrección del canciller. Así, por ejemplo, en cierto punto, Busch narraba una entrevista sumamente violenta, que por poco no provoca un duelo entre los enviados prusianos y el conde de Rechberg, con motivo del tratado de Francfort en 1850. Bismarck escribe al margen: «No va; las primeras ocho líneas, inexactas; las otras no responden exactamente á la verdad; además, el conde R. vive todavía, y como ministro, está conmigo en relaciones de amistad; tengo por eso motivos para encontrar de muy mal gusto este relato.»

Cuando encontraba, dice Némi en la *Nuova Antologia*, afirmaciones algo ásperas sobre actos oficiales, mitigaba ó suprimía el texto, y sobre todo tratándose de Moltke, era muy meticuloso. Busch, por ejemplo, llamaba á Moltke *cara-de-ave-de-rapiña* (Raubvogelgesicht), y Bismarck suprimió el mote como poco respetuoso. Al lado de una crítica ponía: «Semejante crítica de la labor del general Moltke hecha por un paisano haría necesariamente un efecto cómico, aunque fuese justa, lo que no está probado»; al margen de otra sobre el sitio de París, escribe: «Estas censuras de operaciones militares, hechas después que aquéllas han obtenido el más feliz éxito, me hacen un efecto ridículo; son críticas que se hacen de sobremesa, cuando están excitados los nervios, pero no se escriben».

También se cuida mucho de no herir la susceptibilidad del

rey Guillermo, dejándose alabar á sí mismo con detrimento del rey. Y en todo se revela el carácter de un sagaz político y un habilísimo diplomático que sabe conservar su discreción hasta en las revelaciones más importantes.

*
* *

UNA NUEVA HIPÓTESIS SOBRE LAS RELACIONES ENTRE EL ALMA Y EL CEREBRO.—Hugh Maccoll, en el *Hibbert Journal*, estudia este supremo problema de las relaciones entre lo físico y lo psíquico, y emite una nueva hipótesis que vale la pena de recoger para unirla á las existentes.

Cuando afirmamos—dice Maccoll—que el cerebro es el asiento de la conciencia (aunque se arranque de la más empírica de las definiciones del alma, «lo que experimenta sensaciones») queremos decir que, siguiendo la huella de aquella energía ó fuerza por la cual la sensación llega por los nervios al cerebro, donde se pierde sin dejar vestigios, se ve que el cerebro es la base de la sensibilidad. Pero ¿se deduce de eso que el cerebro deba ser necesariamente centro consciente de esa sensibilidad?

Los fenómenos de la telegrafía sin hilos enseñan que ciertos delicadísimos mecanismos pueden ser influídos á distancia por seres conscientes de modo que transmitan pensamientos y sensaciones que los mecanismos por sí ni sienten ni comprenden. ¿Tenemos pruebas directas de que sea el cerebro mismo el que siente? No. ¿Y no podemos deducir de aquí que todo el cuerpo material, incluso el cerebro mismo y todo el sistema nervioso, es acaso simple instrumento de transmisión sensoria, insensible por sí mismo como lo es el aparato transmisor de la telegrafía sin hilos? El alma, el yo sintiente, el sér consciente receptor de las sensaciones y de los estímulos, puede estar dentro del cuerpo mismo, ó cerca del cuerpo, ó á miles de leguas del cuerpo. La cuestión está abierta.

El cuerpo serviría así al *yo* como instrumento de educación, como medio de apreciación de la vida humana, y estando sujeto á decadencia y destrucción, sería quizá sustituído á su muerte por otro instrumento más perfecto, y así sucesivamente.

***

Pensamientos y observaciones de Renan. — La *Revue Bleue* publica un cuaderno de Renan, escrito en 1843 en el Seminario de San Sulpicio, y distinto de los *Cuadernos de juventud*, cuyo extracto hemos hecho en otros números. He aquí algunos de los pensamientos y notas más interesantes de este cuaderno:

—Hay personas que se quejan de que á medida que aprenden olvidan. Pero no entienden bien la cosa. Es verdad que las cosas aprendidas desaparecen en grau parte, pero el avance que el espíritu ha dado por ellas subsiste. Es como con el alimento para el cuerpo. ¿Qué me queda de lo que he comido hace tres ó cuatro años? Acaso ni una molécula. Pero me queda el crecimiento logrado por mi cuerpo. Las cosas aprendidas se eliminan, pero el resultado queda.

—La autoridad es como los fantoches. Mientras no se ve el hilo, *aunque se sepa que lo hay*, se la deja uno pegar, y hasta se complace en su ilusion. Pero si por una torpeza el hilo se deja ver... ¡adiós! ¡no me la dan á mí; usted se está burlando! —Pero ¿cómo, no sabía usted que lo había?—Sin duda, pero no quería que se viese.—Por eso es peligroso usar demasiada listeza, pues es difícil que en la banda de los engañados no haya algún listo que no descubra el hilo que conduce la máquina. Por lo demás, este descubrimiento no es peligroso sino para una clase de personas, pues los demás ó son papanatas, ó hábiles-hábiles, ó hábiles-pedantes. Los papanatas no se figuran siquiera que haya hilos; creen que aquello es la verdad, que no hay trampa, que aquellos fantoches son personas que se mueven, y si aparece el hilo son demasiado obtusos para

hacer deducciones. Los hábiles-hábiles reconocen el hilo y se burlan de él, pero van sin embargo, no porque el hilo les conduzca, puesto que se ríen de él, sino por razón. Los hábiles-pedantes, envanecidos por el descubrimiento del hilo, chillan y se acaloran, se enfurecen, etc., y sacan en conclusión que no se debe hacer lo que quería la autoridad. ¡Imbéciles! Sin duda es necedad ir donde lleva el hilo porque el hilo lleva, pero es razonable ir porque, sobre llevarnos el hilo, nos lleva la razón. Es como en los fantoches: los tontos ven el hilo y se quedan, sin embargo, con la boca abierta; los hábiles-hábiles ven el hilo, pero se callan y se divierten con la farsa; los hábiles-pedantes ven el hilo y quieren en seguida mostrar su listeza y perspicacia mostrando á los demás su descubrimiento y diciéndoles que son unos tontos en dejársela pegar. Pero ¿no sabías, al venir, que había hilos en la tramoya? Y se burlan de ellos las otras dos clases, los hábiles alzando los hombros de lástima y los tontos porque no lo entienden. Comedia en la comedia.

—Los que se ocupan de política lo hacen por interés particular, ó por desocupación ó por esperanza de reformar la sociedad. Concibo lo primero, pero lo segundo es una necedad. En cuanto á los últimos, tienen buena intención, pero es inútil. Hay imperfecciones *necesarias* ligadas al gobierno de los hombres. Se dice que el pueblo ha hecho tal cosa. Sí; es decir, individuos que se llamaban el pueblo, pero el pueblo ó ha sido absolutamente pasivo ó no ha tenido más que una actividad pasiva, si me atrevo á decirlo. La gran revolución francesa es, quizá, el único hecho que parece salir de la regla, y, aún, no completamente.

—Es un hecho psicológico muy notable que en las comunidades en que se prescribe el silencio se ama uno más; la observación es de Bossuet. Yo mismo he observado que quería más á algunos de mis condiscípulos cuando no les trataba frecuentemente y, sobre todo, cuando no les hablaba actualmente. Esto proviene de que, cuando se vive en compañía, se

aburre uno pronto del otro. Pero, se dirá, ¿no podría uno verse más de tarde en tarde en la vida ordinaria? No, pues eso sería señal de indiferencia.

—Un hombre que espontáneamente mata á otro, se juzga que desmerece infinitamente menos que el que mata deliberadamente. Una madre que se arroja al agua espontáneamente para salvar á su hijo, se juzga que merece mucho más que la que se detuviese á pensarlo. ¿De dónde viene esta diferencia? Del hábito adquirido, sin duda, y ese hábito tiene muy distinto merecimiento. Del lado del que mata, el hábito adquirido no es el de matar, pues de otro modo no se juzgaría que desmerece menos; pero el de encolerizarse se perdona más fácilmente. En una palabra: por una parte, el hábito adquirido es el de hacer la cosa; y por otra, el hábito de hacer una cosa es la ocasional de la cosa en cuestión.

—Hay influencias psíquicas en el cuerpo que son asombrosas. Yo he notado que el labio superior se contrae ó se alarga, según esté uno de bueno ó de mal humor. Esta mañana estaba yo contento y quería ocultarlo. Mi labio me molestaba singularmente: quería contraerlo; ¡imposible! Por eso se tienen los labios apretados con el mal humor, porque hay que levantar el labio de abajo y contraer la barbilla para alcanzar el superior. Por eso también, en los apuros, en los momentos críticos, las fibras de los lados de la nariz se contraen involuntariamente. ¿Hay nada más singular? Relación entre mi humor malo ó bueno y las fibras de mis narices y de mis labios.

—El señor Billion ha observado en sí mismo un hecho análogo al anterior, y es que cuando está apurado su labio superior se contrae, y se figura que los demás lo notan, cuando de ordinario no ven nada. Este último hecho es muy notable y enseña que estas impresiones son sólo para el sujeto frecuentemente. Yo lo experimenté el domingo último en el catecismo: estaba apurado, creía que los demás lo notaban, y ¡nada de eso!

—La fe no es ver siempre, sino haber visto una vez. *Vidimus.*

***

Diplomacia napoleónica.—Luis XIV, al final de su vida, atormentado por la corte pontificia sobre la declaración de 1682, había escrito una carta al Papa en la que hacía amplias concesiones á la voluntad de Roma. Cuando Pío VII, más de un siglo después, fué conducido á Francia, llevó consigo esta carta, cuyo contenido citó muchas veces á Napoleón, que quería apoyar sus negociaciones en la declaración de 1682. Un día el Papa no se contentó con referirse á la carta, sino que se la presentó á Bonaparte para que se convenciera. Bonaparte la cogió, la leyó detenidamente, y luego la arrojó al fuego delante del Papa, estupefacto de semejante acción.

—La quemo—dijo Napoleón—por interés de los dos. Vos me citaríais siempre esa carta, y yo rechazaría siempre su autoridad, y nunca estaríamos de acuerdo. Ahora que ha desaparecido el título, los asuntos serán más fáciles de tratar. No tenemos ya más que aproximar nuestras voluntades, y la razón se encargará de lo demás.

Bonaparte gustaba de violentar las negociaciones, que parecían siempre demasiado largas á su espantosa actividad, con gestos más ó menos diplomáticos. Si la anécdota de la porcelana rota en Campo-Formio es auténtica, sería de desear que la quema de la carta de Luis XIV lo fuese menos, así como el discursito justificativo que siguió á aquel acto, tan incalificable como inútil, aunque muy ajustado al temperamento de Napoleón, cuya buena fe está harto comprometida ya, como dice la *Revue Hebdomadaire,* de donde tomamos la anécdota.

***

Para la historia de la guerra hispano-americana.—En un largo artículo de Sydney Brooks dedicado á la ruido-

sa personalidad de William Randolph Hearst, el jefe del partido de la independencia en los Estados Unidos, por la *Fortnightly Review*, de Londres, tropezamos con el relato de un hecho que importa mucho recoger para la historia de nuestra guerra con los Estados Unidos, y que es una prueba más de la mala fe y la canallesca conducta con que los Estados Unidos procedieron para llegar al acto de bandidaje de nuestro despojo.

He aquí el hecho, tal como lo narra la revista inglesa. Algún tiempo antes de la guerra hispano-americana, el *New York World* (periódico de Hearst) envió á Cuba un corresponsal tomador de croquis, con el encargo de permanecer allí «hasta la ruptura de las hostilidades». El corresponsal, Federico Remington, se trasladó á Cuba, y al cabo de unas semanas, no observando en el horizonte ningún asomo de guerra internacional, telegrafió á su director, el señor Hearst, diciéndole: «Todo está tranquilo; ninguna especie de perturbación. No habrá guerra. ¿Puedo regresar?» La respuesta del director no se hizo esperar, y Remington recibió el siguiente cablegrama de su jefe: «Permaneced ahí. Usted suministra los croquis; yo suministraré la guerra». Pocos días más tarde se produjo el criminal atentado del *Maine*, que sirvió de fuego á la mecha; la prensa amarilla tenía su deseada guerra.

Sin comentarios, para que no venga á los labios... la saliva.

*
* *

Pattiana.—Adelina Patti ha sido siempre reina de la escena, y reina absoluta, pues ella es la que siempre ha impuesto condiciones, sin someterse á ninguna. Jacobo Isnardon cuenta en *Música* que en el Covent-Garden, de Londres, se trabajaba para las representaciones del *Barbero de Sevilla*; todos los artistas asistían al ensayo, menos la Patti, que no iba nunca, y que aquel día había enviado á Nicolini, su segundo marido, para que la reemplazara. La sustitución se reducía á que Nico-

lini, sentado en una silla ante la concha del apuntador, dejaba marchar á la orquesta sin dar más notas que las necesarias para marcar los compases. Un joven barítono, inquieto por los movimientos imprevistos á que pudiera dar lugar Rosina, preguntó á Nicolini:

—Dispense usted, caballero; ¿sabe usted qué es lo que hace la señora durante esta escena?

—¿Lo que hace? Pues nada: canta; ¿le parece á usted poco?

—Bien, señor; pero ¿por qué puerta entra?

—Pues entra y sale siempre por la puerta de la izquierda, que es la más próxima á su cuarto.

—Muy bien; pero ¿dónde se pone mientras yo canto mi frase?

—¿Que dónde se pone, querido? Pues se pone donde no haya corrientes de aire.

Adelina Patti tiene su leyenda, y sus contratos son dignos de esa leyenda. He aquí cómo fué contratada para una de las últimas *tournées*: «Adelina Patti cobrará por cada concierto 5.000 dollars, y si la taquilla diera más de 7.500 duros, la mitad de las entradas; el total de estos sueldos (por 60 conciertos) formará la suma de 300.000 duros, de los que 50.000 serán entregados en el acto, y el resto antes de su partida, fijada para el 15 de Octubre próximo. La travesía se hará en un trasatlántico de primera elegido por la diva, en un camarote de lujo. Los viajes en América se harán en tren especial de lujo para ella, para el barón de Cederstrom, su marido, siete criados, varios perros y pájaros, etc.; la diva tendrá siete departamentos á su disposición, y el empresario podrá viajar en el mismo tren, pero en vagón aparte. En cada concierto habrá que arrojar al escenario tres ramos ó coronas de flores por lo menos. Las localidades no podrán costar menos de tres duros las de última categoría. La Patti elegirá los hoteles y habitaciones en que haya de alojarse, á razón de 50 duros diarios, y sus comidas serán preparadas por dos cocineros que llevará consigo. Dos carruajes de dos caballos estarán constantemente,

día y noche, á su disposición. Todos los gastos de viajes, alojamiento, comida, etc., serán satisfechos por el empresario»; etc.

Eso se llama tener conciencia del propio valer, y saber y querer sacar partido de lo que se vale.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Della filosofia del diritto.—Opera di cultura generale, di Diodatto Lioy. Quarta edizione riveduta et ampliata.—Padova-Verona, Fratelli Drucker, editori, 1906. Dos volúmenes de XXIV-448 y 435 págs., á 4 liras cada uno.

Ya hace muchos años, cerca de veinte, que dí yo cuenta de este libro, en el mío sobre *El positivismo en la ciencia jurídica social italiana*. Después se publicó una traducción española de él. Por manera que, para el público español, culto y amante de los estudios de filosofía del derecho, no es una obra desconocida.

Ahora sale á luz en nueva edición, revisada y en muchos puntos ampliada. Pero su estructura y su índole continúan siendo las mismas. Se le ha puesto una *introducción* tocante al problema de las relaciones entre la sociología y la filosofía del derecho, y después de ella vienen unos *prolegómenos*, en los que se hace una sucinta reseña histórica de la metafísica al través del tiempo, y dos partes, consagradas igual que en las anteriores ediciones, la primera al *objeto del derecho* (con otros tantos capítulos relativos á la religión y los cultos, á la ciencia y la enseñanza, á las bellas artes, á la industria y la propiedad, al comercio y los contratos, á la moralidad y la beneficencia, y á la justicia reparadora), y la segunda al *sujeto del derecho*, entendiendo bajo este epígrafe, y en sendos capítulos, el individuo, la familia, los órdenes y clases sociales, el municipio, la provincia, el Estado (con dos secciones, sobre las garantías de los individuos frente al Estado y sobre las funcio-

nes y órganos del Estado), la sociedad de los Estados (con otras dos secciones, sobre los derechos absolutos de los Estados y sobre la guerra) y la humanidad.

Si esta distribución de materias es un tanto singular, comparada con la que ofrecen otros libros de filosofía del derecho, más lo es aún la manera de tratarlas, que es, diríamos, adoptando las denominaciones corrientes, predominantemente pictórica y no filosófica, pues el autor, bastante más que de dilucidar las cuestiones con arreglo á un criterio propio y con propia doctrina, se cuida de recoger, recapitular y exponer criterios y doctrinas de otros, adjuntándoles abundancia de noticias y datos de diferentes clases. Por este aspecto, el trabajo del Sr. Lioy ofrece indudable utilidad y merece el subtítulo que lleva de *obra de cultura general*, mejor aún acaso, á mi juicio, que el título de *filosofía del derecho*.

P. Dorado

ÍNDICE

	Págs.
Horas críticas de España, por Manuel Sales Ferré	5
La independencia de América, por Jerónimo Bécker	29
Recuerdos, por José Echegaray	55
Doña Leonor de Guzmán, por Antonio Ballesteros	67
España fuera de España, por Havelock Ellis	77
Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi	92
Maternidad, por Johan Bayer	121
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	150
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	163
Notas bibliográficas, por P. Dorado	200

CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, Fomento, núm. 7, bajo.—Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.— El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.— El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.— Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.— Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.— Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.— Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.— La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.— Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giurlati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo Floretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil. 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas,

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen. 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde. — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida.)—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas. — Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas. —La Edad Clásica, 6 pesetas.— —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Tolstoy. —El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky. — Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y Portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New-York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.— Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.— Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas. — César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nom-

bre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas. —La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas. —Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 20. NUM. 233.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

MAYO 1908

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

11.704

LA CRUZ DE MADRID

Apuntes para escribir la historia del ataque y toma de esta villa por las tropas francesas en Diciembre de 1808.

Los asiduos contertulios á la librería de Hurtado, establecida en la calle de Carretas, á mano derecha, poco más arriba de la Casa de Correos, hoy Ministerio de la Gobernación, reuníanse á la caída de la tarde, durante los meses de la canícula, para entretener el tiempo, charlando de lo humano y lo divino, según se terciaba, discutiendo los actos del Gobierno, siempre censurables, y comentando las noticias de los pocos periódicos que entonces se publicaban, razón por la cual el insulso *Diario*, á falta de cosa mejor, conseguía servir de tema á polémicas de historia, de literatura, de política, de religión y de sociología.

El día 6 de Julio de 1817, uno de los concurrentes que primero topó con el *Diario*, y después de hiperbólicas exclamaciones suplicando atención y silencio, leyó con clara é inteligible voz la siguiente real orden, comunicada al Corregidor de Madrid, con fecha 10 de Junio anterior, por el Excmo. Sr. Don Juan Lozano de Torres, secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia, é inserta en el número del citado periódico correspondiente al día de que hemos hecho mención:

«He dado cuenta al Rey nuestro Señor de la exposición del Ayuntamiento de su muy heroica villa de Madrid, dirigida á que S. M. se dignase perpetuar su soberana aceptación y la

memoria del denodado é inaudito ardimiento con que todo su vecindario había señalado la inalterable fidelidad que le caracteriza, resistiendo á las tropas francesas mandadas por el mismo Napoleón en los tres primeros días de Diciembre de 1808, y que para ello se sirviese conceder una cruz de distinción á los cabezas de familia que hubiesen asistido á tan gloriosa defensa, y á las demás personas que en ella hubiesen sobresalido por alguna acción brillante y no se hubiesen hecho indignas de esta condecoración por su posterior conducta, como así bien la misma cruz, aunque con la diferencia de que pendiese de cinta más ancha y colgase del cuello, á los individuos del Ayuntamiento que ahora son y que lo fueren en lo venidero (1).

»No puedo explicar bien la emoción de gozo y de placer que sintió mi corazón al ver la benignidad y gusto con que S. M. se dignó condescender con las súplicas del Ayuntamiento, defiriendo en todo á su propuesta. Es, pues, su real voluntad que todos los miembros de tan noble é ilustre corporación, y los que para siempre lo fueren, puedan traer colgada del cuello y pendiente de una cinta de color rojo y filetes blancos cruz de oro de ocho brazos cortados en sus puntas ó extremos, y esmaltados de verde en el anverso, y en el reverso de blanco; que tenga en el centro ó contorno del anverso un brazo armado con espada en campo de plata, y en su orla la inscripción siguiente: «Al valor y fidelidad de Madrid»; y en el centro del reverso las armas de Madrid, y en su orla estas palabras: «En los primeros días de Diciembre de 1808»; colocándose rayos de oro entre los brazos de la cruz, que ha de cubrir una corona real en demostración de ser Madrid la corte de los reyes de España, todo en conformidad del diseño presentado por el Ayuntamiento.

(1) El uso de esta insignia fué abolido durante el período de la Revolución de 1868, pero se restableció á la venida de Alfonso XII y aun subsiste.

»Cada cabeza de familia y demás personas que se hubiesen distinguido en días tan memorables, exceptuando los comprendidos en cualquiera de los artículos que se expresan en la adjunta nota, podrán usar la misma cruz, pendiente de cinta de los mismos colores, aunque más estrecha. Y S. M. espera que el Ayuntamiento, á cuya discreción confía la calificación de los méritos de los que aspiren á esta distinción, se conducirá con aquella rectitud, imparcialidad y justificación que le es propia y hacen más apreciables este género de gracias.

»Lo comunico á V. S. de Real orden para inteligencia y cumplimiento del Ayuntamiento, con tanta satisfacción mía cuanta es la parte que me cabe en la de un Cuerpo de que me glorío ser individuo.»

—En la nota—añadió el lector haciendo un extracto de ella—se excluyen los compradores de bienes nacionales, los que obtuvieron destinos del gobierno intruso, los que estuvieron empleados en el Juego de la Ruleta y en la oficina general del Timbre, y los que hubieran sido procesados *por cualquier delito* desde la vuelta de Fernando VII. Esta real orden—exclamó dirigiéndose á los oyentes—se halla pensada y escrita con soberana impremeditación, y contribuirá á hondar más y más las excisiones que separan á nuestros partidos políticos. La redacción es de lo más servil que ha salido de pluma absolutista; la insignia es de tal naturaleza, que podría figurar en un cuartel del escudo de la Inquisición, y el hecho que se pretende conmemorar fué una algarada grotesca que no merece estos inusitados honores.

—Poco á poco—replicó Hurtado;—la defensa de Madrid durante los tres primeros días de Diciembre de 1808 compite con el alzamiento del 2 de Mayo, y usted, que es un jacobino exaltado, no demuestra imparcialidad al juzgar con tan despectiva frase aquel hecho glorioso.

El librero tenía razón. Fué atrevida, fué heroica la resistencia que hizo la villa contra un ejército de 60.000 hombres y 150 piezas de artillería mandado por Napoleón en persona.

Dos batallones de infantería y un escuadrón de nueva leva componían en junto la guarnición de Madrid; repartiéronse fusiles entre los vecinos, con tal escasez, que algunos tuvieron que utilizar escopetas viejas sacadas de la Real Armería, y á muchos se les armó con un chuzo, una pica ó una bayoneta ajustada al extremo de un palo, de cuyo armamento quedan aún ejemplares auténticos en el Museo Arqueológico y en el Archivo del Ayuntamiento. La provisión de municiones se hacía con excesiva tasa, por el temor fundado de que, siendo reducido el número que de ellas había, se agotasen en breve tiempo. Añádase á esto la divergencia de opiniones entre los individuos que componían la Junta de defensa instalada en la Casa de Correos, y, por último, la falta de dirección, de capacidad, de carácter, de prestigio en los hombres que tenían á su cargo la grave responsabilidad de organizar la resistencia de un asedio preparado por el vencedor de Jena y de Austerlitz.

La incapacidad era la nota característica de aquel Gobierno. Desconociendo las proporciones del ejército enemigo, y sin tener en cuenta los medios de defensa de la población, había excitado el patriotismo de los españoles en general, y el de los madrileños en particular, promulgando desde Aranjuez, con fecha 21 de Noviembre, la siguiente alocución:

«Españoles:

»La Junta Central gubernativa del Reino, después de haber tomado y estar tomando todas las medidas que están en su arbitrio para rechazar y derrotar los enemigos que, continuando sus arrojos, se han avanzado hasta las inmediaciones de Somosierra, se dirige á vosotros para preveniros de las sorpresas é intrigas con que los agentes pérfidos de Napoleón tratarán de alarmaros aumentando *el número de enemigos, que escasamente llegan á 8.000 hombres*, según los partes de los generales que la misma Junta ha nombrado anticipadamente y encargado la defensa de aquel importante punto y los demás de Guadarrama.

»Madrileños:

»La Patria necesita de vosotros; vuestra circunspección y patriotismo bien acreditados son un antemural con que cuenta para defenderla, y confía que sabréis auxiliar las disposiciones de vuestro Capitán general y del Tribunal de Vigilancia para descubrir y entregar al inexorable brazo de la ley los traidores, que ahora más que nunca pondrán en práctica todos los medios de introducir el desorden y entorpecer la actividad con que debéis acudir á los puntos que se os señalen, acordándoos del día 2 de Mayo, en que, privados de todo auxilio, y aun de la libertad de defenderos, admirasteis con vuestro valor y lealtad á toda la Nación.

»La Junta Central no puede explicaros toda la confianza que le inspira el entusiasmo con que los soldados de la Nación se preparan á batir á los enemigos de nuestro amado soberano Fernando VII, de la Patria y de la Religión. Nuestros aliados los ingleses, bien penetrados de la justa causa que defendemos, y poseídos del mismo entusiasmo que nosotros, están convidados y dispuestos á marchar también desde El Escorial, donde se hallan, á reforzar las posiciones que sus sabios generales elijan, y proteger las operaciones de nuestra vanguardia, que ya habrá empezado á escarmentar á los esclavos del tirano opresor de todas las naciones.

»Españoles: sólo la cobardía inspirada por la traición intentará por todos los medios aumentar los peligros que exagera el cobarde y mal intencionado para desalentaros, y que únicamente serían capaces de frustrar las medidas de la Junta, que por otra parte descansa en vuestra obediencia acreditada y fidelidad sin ejemplo.»

No podía pedirse mayor desacierto: excitar al pueblo á la defensa sin proporcionarle medios adecuados, y ocultar el número de los enemigos con quienes tenía que combatir, fué un acto que la historia juzga con severidad, pero con justicia.

Y por si esto no era bastante, el Consejo Supremo dirigió al pueblo de Madrid otra alocución cuatro días después, ma-

nifestando que había acordado fortificar la población, *no en toda su forma, pero sí bastantemente, para no temer del enemigo insulto alguno, aun cuando se atreviera á acercarse á sus muros con un ejército respetable*, calificando á renglón seguido de despreciables las fuerzas francesas que se aproximaban á esta capital, y añadiendo que el enemigo pretendía aparentar que el número de sus tropas era infinitamente mayor del que realmente alcanzaba.

Promovióse espontáneamente una suscripción popular, á la que se adhirieron individuos de todas las clases sociales, desde el acaudalado propietario al modesto menestral, como puede apreciarse por las numerosas listas que publicaba el *Diario*, y en las que figuraban los primates de la aristocracia madrileña, los empleados, los gremios, los comerciantes y los conventos. Allí aparecen D. Patricio Martínez de Bustos, comisario general de Cruzada, precursor de aquel Fernández Varela, cuya fastuosidad tanto dió que hablar en Madrid; D. Matías Mesonero y Herrera, padre del eximio cronista de la villa; D. Manuel Trasviña, el droguero de la calle de Postas, cuyo establecimiento aun subsiste; D.ª Margarita García de Gil, conserja (así figura en la lista) y tesorera del Retiro; D. Francisco Martínez Marina, canónigo de San Isidro, escritor notabilísimo; D. Antonio Capmany, quien quizá sea el autor de la *Filosofía de la elocuencia*; D. Juan Hartzenbusch, tío, sin duda alguna, de nuestro antiguo maestro y amigo, regocijo de las musas castellanas. Los donativos consistían en ropas y dinero metálico, haciéndose cargo de todo, por la confianza que inspiraba, la Diputación de los cinco gremios mayores de Madrid, establecida, si no recordamos mal, en su casa propia de la calle de Atocha, edificio que hoy ocupa la Caja general de Depósitos. El almacén de efectos entregados se estableció en los sótanos del Banco nacional de San Carlos, á los que se entraba por la calle de Silva, esquina á la de la Luna, por donde estaba la puerta principal del establecimiento. Era tal el entusiasmo de que se hallaban

todos poseídos, que en pocos días se organizó un regimiento de caballería, denominado de *Voluntarios de Madrid*, consiguiendo sin gran esfuerzo reunir 300 caballos, cedidos gratuitamente por sus dueños para tan patriótico fin. Instalóse el ganado en el cuartel de Guardias de Corps (hoy Conde-Duque), y fué de admirar la diligencia con que se apresuraron á contribuir con ganado, más ó menos escogido, los títulos que tenían en la corte su asiento, como Abrantes, Benavente, Alba, Rivas y tantos otros, sin olvidar al duque del Infantado, que envió una mañana 21 caballos no despreciables. Las Reales Caballerizas entregaron, no sabemos á nombre de quién, 10 caballos y 14 mulas. Todo ésto, amén de sillas, bridas, monturas y otros efectos necesarios para equipar el regimiento. Este fué desde luego destinado á tomar parte en las operaciones que iban á tener lugar en Guadarrama, y salió de Madrid, animado del más bélico anhelo y de las más risueñas esperanzas, el 10 de Noviembre, aclamado por inmensa muchedumbre que acudió á despedirle.

De voluntarios de Madrid también se formaron ó se intentó formar algunos batallones, alistándose con tal objeto algunos miles de vecinos, y hasta se les designó uniforme, que consistía en chaqueta y pantalón pardos, con cuello rojo y vueltas de este mismo color, solapa anteada, botón blanco y sombrero redondo de copa alta con escarapela encarnada. De armamento andábamos mal: el que era aficionado á la caza y tenía escopeta, ó con su dinero podía adquirirla en el momento, se encontraba convertido en pundonoroso y bravo militar desde que quedaba inscripto en la lista; pero los que se vieron forzados á esperar que el ministro de la Guerra les proveyera de fusil, ésos no lograron realizar su patriótico deseo.

La literatura también contribuyó como siempre á fomentar el entusiasmo, dedicando al asunto prosa y verso, quizá con más fecundidad que buen gusto. El *Diario* de fines de Noviembre anunciaba la publicación de las obras siguientes,

curiosas, sin duda alguna, para formar la bibliografía de aquel período memorable:

—*La guerra.* Canto épico, por D. Eugenio Roldán, quien destinó el producto de la venta al socorro del ejército.

—*El buen soldado de Dios y del rey.* En una época, decía el *Diario*, en que por un verdadero patriotismo nos hallamos todos en la obligación de tomar las armas, parece recomendable esta pequeña obra, que une las más sólidas máximas del cristianismo con los preceptos militares.

—*Alegoría poética que descubre todas las iniquidades que ha cometido contra el género humano el más perjudicial y maligno hipócrita del mundo, Bonaparte.*

—*Historia y portentosas maravillas de la Virgen del Pilar de Zaragoza en las guerras ocurridas con moros y franceses, desde la venida de Nuestra Señora á España.*

—*Discurso á los franceses, que manifiesta enérgicamente la perfidia de éstos, los engaños hechos á la nación española y lo que ésta promete para su desagravio.*

—*Vindicta del honor catalán, calumniado por el Gobierno francés.*

—*El arcano de la Naturaleza.* Descubrimiento con relación á los sucesos del día, hecho por un estudiante vestido de negro en Salamanca; poema dramático en un acto.

—*Estímulo de la guerra, que autoriza el valor, espíritu y glorioso fin que debe saber la juventud, para que con honor defiendan la religión, la patria y el soberano.*

—*El sueño del tío Josef, que quiso ser primero y se quedó cola*, triálogo. Con un largo discurso que tuvieron Napoleón y Murat después que regresó éste de España á Francia.

—*Carta de un clérigo vivo al P. Salas, difunto, comprensiva de otras varias propias del día, y entre las que hay una que da noticia de la situación actual de nuestro muy amado Fernando VII.*

—*Disertación política sobre el interés de España*, por el Br. D. I. de T. y J.

—*Indignos ultrajes, martirio y muerte cruel que han dado los franceses á una monja en el saqueo de Zaragoza.*

—*Nuevo retrato de Napoleón y sus cofrades, descubierto en el Archivo imperial de Bayona.*

—*La España en la irrupción de los franceses, á sus amados hijos.* Elegía.

—*El Correo del otro mundo.* Contiene: El Druida y el moderno francés, Carta que dirige el Príncipe D. Carlos de Viana á D. Fernando VII, y Quejas que han dirigido contra los franceses las sombras de algunos asiáticos y africanos.

—*Mis desahogos á las ninfas del Betis por la sensible é inesperada situación de nuestro amable y deseado soberano el Señor D. Fernando VII en que ha puesto su real persona la felonía é inicua traición del vil Emperador de los franceses.*

—*Elogio ó defensa del Sr. D. Napoleón, dirigido á los andaluces,* por un artífice de telescopios.

—*La Centinela contra los franceses.*

—*Quejas de Fernando VII desde su prisión, á sus leales vasallos.*

Los dibujantes no quisieron ser menos, y dieron á las prensas algunos grabados de que asimismo trae noticia el *Diario.*

—Estampa que representa á Bonaparte trabajando para la regeneración de España, y el modo *particular* con que ésta, agradecida, le paga el beneficio. De este grabado se conserva un curioso ejemplar en la biblioteca del Ayuntamiento de Madrid. No es publicable por un motivo también *particular*, y para darlo á entender hemos subrayado el adjetivo.

—Estampa iluminada en medio pliego de marca mayor, que representa al intruso rey José Napoleón predicando en la ciudad de Logroño por la felicidad de España: efectos que causó su elocuencia á los vecinos de dicha ciudad, y movimientos rápidos en los de su comitiva.

—Caricatura titulada *Enigmas de las ideas de Napoleón, En la estampa se representa la casa de campo de Marrac, y recibimiento que en ella hizo Bonaparte al rey Fernando VII; el*

despreciable estado á que se ve reducido Godoy; varias figuras ridículas que representan á Murat, Belliard, Montion, Moncey, Dupont, Savari, Gruchi y el llamado Pepe Botella, con una explicación de las hazañas que han hecho en España.

—*La fiesta de toros en España, ó el matador Corso en peligro.* Copiada de un original inglés.

La música también contribuyó á fomentar y sostener latente el entusiasmo; además de esas canciones populares que no se sabe dónde nacen ni quién las inventa, pero que se propagan y generalizan con pasmosa rapidez, el *Diario* anunciaba la venta de una *Tirana* para cantar á piano forte, en obsequio del Sr. Rey D. Fernando VII; un *Recitado* y *Aria*, con orquesta, dedicados á las mismas personas, y unas piezas para piano tituladas *Bailén, Valencia, Las Eras de Zaragoza* y *El 2 de Mayo en Madrid.*

Excusado parece añadir que los teatros contribuyeron á excitar el espíritu público poniendo en escena comedias y alegorías apropiadas á las circunstancias, pues en aquellos días se representó con ovación indescriptible en el coliseo del Príncipe (hoy Español) el drama titulado *El bombeo de Zaragoza*, segunda parte de *Los patriotas*, estrenado anteriormente con éxito extraordinario; y en el teatro de la Cruz (situado en la calle del mismo nombre, ocupando lo que es hoy terminación de la de Espoz y Mina) obtenía entusiastas aplausos *La gloriosa defensa de Gerona por el valor catalán.*

Figúrese el lector la situación moral de los madrileños en aquellos días. Su arrojo oponiéndose al paso de Napoleón es uno de los actos más espontáneos y temerarios que para demostrar el espíritu de independencia se han realizado en la Historia. Madrid detuvo dos días ante sus puertas al coloso de la Edad moderna, al vencedor de ejércitos aguerridos, al que había paseado por Europa, siempre triunfantes y altaneras siempre, las águilas francesas.

Desgraciadamente, no se ha estudiado aquel hecho con el detenimiento debido, y gracias que el P. Mtro. Salmón, quizá

testigo ocular, nos lo dejó relatado á grandes rasgos cuatro años después. Y no es sólo que no se le conceda el puesto honroso que merece; es que se le ha mirado con mofa y menosprecio, presentándole á nuestros ojos como acto ridículo y ejemplo de la más repugnante farsa.

El concepto equivocado que teníamos de este acontecimiento obedece á que no lo conocíamos bien, haciendo solidario de las torpezas y de los desatinos de la *Junta* al pueblo de Madrid, cuyo comportamiento merece no escatimados elogios. Algo menudo, sí, pero desconocido, nos cabe la satisfacción de añadir á lo que ya se sabía; y si bien no hemos conseguido descubrir por completo el mosaico que representa el cuadro del suceso, los materiales que ofrecemos podrán servir á otros de estímulo para nuevas investigaciones, despertando quizá la idea de reconstituir la historia de aquella honrosa jornada.

Gobernaba la nación una *Junta Suprema Central*, instalada el 25 de Septiembre en Aranjuez y trasladada á Badajoz cuando se supo que el ejército francés se dirigía á marchas forzadas sobre Madrid; presidía la Junta el conde de Floridablanca; entre sus vocales figuraban personas ilustres, como Jovellanos, Palafox, el marqués de Campo Sagrado y el bailío Valdés, y sin embargo, su indecisión constante y su falta de energía en determinadas ocasiones irrogó fatales consecuencias. No podía menos de suceder así: se carecía de un hombre de genio que, sobreponiéndose á las circunstancias, hubiera sabido contrarrestar la preponderancia avasalladora de Napoleón. Los antiguos próceres estaban gastados en el concepto de la opinión general, y por un fenómeno social, harto frecuente en la vida de los pueblos, se veían precisados á oponerse al influjo francés, que tantas veces había informado sus actos en la política nacional.

La Junta de Madrid era reflejo fiel de la Central de Badajoz; presidíala el duque del Infantado, y formaban parte de ella el marqués de Castelar, capitán general; D. Pedro de Mo-

ra y Lomas, corregidor de la villa; varios ministros de los Consejos y algunos regidores del Ayuntamiento.

La organización de la defensa se encomendó al marqués de Castelar y á D. Tomás Morla (1), que mandaron aspillerar las tapias de la ronda de la población y construir fosos y baterías á barbeta delante de las puertas exteriores que daban á las carreteras, defendiendo la entrada con cañones de poco calibre.

En 1.° de Diciembre se vislumbraron á lo lejos las avanzadas del ejército francés, y el 2 por la mañana aparecieron en los altos del Norte los dragones de los generales Lafour, Maubourg y La-Houssai, habiendo llegado Napoleón á Chamartín á las doce del día.

Todo el que por su salud y por su edad se hallaba en disposición de prestar algún servicio coadyuvó á la defensa tomando parte activa en la lucha, en los trabajos de fortificación, en la provisión de municiones ó de víveres, sin que para ello se estableciesen distingos de clases ni categorías sociales. Del examen de los muchísimos documentos que referentes al suceso en cuestión se custodian en el Archivo municipal hemos sacado á la ventura, y sin dedicar minuciosa y sistemática investigación, curiosos pormenores que vamos á dar á conocer al lector.

D. Luis de Mata y Araujo, que habitaba en la calle de Jardines, número 50 (hoy 16), catedrático de Latín y de Retórica de la Real Casa de Pajes, autor de una gramática en la que seguramente habrán estudiado algunos de los que lean estos renglones, estuvo haciendo fuego en la batería de la calle de Alcalá, cuyo acto le enajenó, como á otros muchos, las simpatías del Gobierno francés, por lo que tuvo que huir á Granada, y mientras tanto le confiscaron sus bienes.

---

(1) Morla era un general ilustrado; escribió dos libros: *Arte de fabricar pólvora* y *Tratado de Artillería*; pero en la defensa de Madrid, dice un autor, le faltó valor y procedió deshonrosamente.

No fué menos decidido el respetable D. Francisco de Paula Martí, profesor de Taquigrafía y académico de la de San Fernando; el día 1.° de Diciembre, á la hora de la alarma, según escribe él mismo, tomó un par de pistolas y un sable y echóse á la calle animado de patriótico entusiasmo; moraba á la sazón en la de Francos (hoy Cervantes), número 16 antiguo, casa que hace esquina á la plazoleta de Jesús, y caminando sin rumbo fijo dió en el Prado cuando se estaban repartiendo fusiles á los vecinos dispuestos á tomar las armas; cogió un fusil y, á la cabeza de cincuenta patriotas que le proclamaron jefe del pelotón, marchó á la Puerta de Alcalá (1), poniéndose á las órdenes de D. Francisco de Mazarredo, coronel del regimiento de la Patria, y de D. Domingo Cervino, teniente general que mandaba aquel punto. En la madrugada del día 2 le encargaron, á él y á su gente, auxiliar la defensa de la batería formada en lo alto de la calle de Alcalá, delante del convento de las monjas Vallecas (hoy casa del café Fornos), en cuyo paraje estuvieron haciendo fuego hasta el día 3 á las once de la mañana, hora en que se mandó suspender las hostilidades. Martí tuvo que huir á Cádiz; en su destierro escribió la tragedia *El Dos de Mayo* y la comedia *El mayor chasco de los afrancesados*.

Prestaron su concurso en la defensa: D. Agustín Esteve, pintor de cámara; habitaba en la calle Ancha de San Bernardo, número 66 moderno.

D. Matías Mesonero y Herrera, Olivo Bajo, número 8 moderno. Le hemos mencionado anteriormente.

D. Juan de Villanueva, sobrestante en aquellos días de las obras del Real Palacio. Actuó de ingeniero militar dirigiendo la construcción de las fortificaciones de la Cuesta de la Vega; habitaba en la Plaza del Alamillo, número 8 moderno.

D. Juan Antonio Labra, dueño de la famosa posada del Peine, estuvo defendiendo el Retiro.

---

(1) Aun se conservan, en la parte oriental de este elegante monumento, las señales de la artillería de Napoleón.

D. Miguel Sebastián Ramos, capellán de las religiosas del Caballero de Gracia, pasó los días del asedio haciendo cartuchos y conduciendo pan sobre sus hombros á las baterías y barricadas.

D. José Mariano Vallejo, catedrático de Matemáticas, quizá conocido de algunos de los que hoy viven, que habitaba en la calle de la Luna, esquina á la de Tudescos, recibió de un soldado francés, defendiendo la Puerta de los Pozos (Glorieta de Bilbao), un culatazo en el pecho, de cuyas resultas estuvo enfermo de gravedad; también emigró á Cádiz.

Dignos son de mención especial, por los auxilios que prestaron en aquellas fatales circunstancias, los dos pintores hermanos D. Angel María y D. Antonio María Tadey; el primero habitaba en la calle del Río, números 8 á 10 modernos; su encono contra los partidarios del rey José fué causa para que tuviera que ausentarse de la corte, estableciéndose en Cádiz hasta la vuelta de Fernando VII. El otro hermano pudo permanecer en Madrid, adonde había llegado de Milán en 1788. Vivía en la calle del Caballero de Gracia, número 36 duplicado moderno, casa que hace esquina á la de Peligros.

Por lo que se desprende de los documentos del Archivo municipal, los franceses amagaron el ataque á la población en general, á fin de hacerse cargo de las fuerzas con que los madrileños contaban, y el día 2, á las cinco de la tarde, cargaron con ímpetu á la Puerta de los Pozos, donde la tropa y el paisanaje resistió tenazmente. Parece que nuestras bajas fueron en número considerable; podemos entre éstas citar á D. Manuel Calvo, empleado en el archivo de la secretaría de Estado, capitán improvisado, herido gravemente por un casco de granada; el sargento del pelotón de Calvo, herido en un brazo, como también Manuel Pérez, repostero del famoso café de San Sebastián, y cuatro números muertos de la fuerza que mandaba el capitán citado.

Allí se distinguió José Gómez, herrero que vivía en la calle de la Palma Alta, número 18 antiguo, casa esquina á la de San

Andrés; este patriota era ya célebre desde el día 2 de Mayo por haber tenido á su cargo el cañón de la calle de San José (hoy Velarde) y haber dado muerte en la refriega del Parque á dos oficiales franceses.

Las peripecias que relata un procurador llamado D. Lorenzo Cisneros, que habitaba en las casas de Bringas (Puerta de los Pozos), podrían servir de asunto para escribir una novela. Animado de la mejor voluntad, cogió un azadón y ayudó cuanto pudo en la excavación del foso del Portillo de San Bernardino; su mujer y su criada, entretanto, hicieron la comida para la guardia que defendía esta entrada, y él, á la hora debida, se encargó con otro compañero de hacer la repartición, amén de cuatro azumbres de vino que abonó también de su bolsillo. Cuando entró el ejército de Napoleón lanzaron al procurador de su domicilio para establecer en sus habitaciones una comisaría francesa, que hizo desparecer por obra de encantamiento 1.500 duros que el hombre tenía en el fondo del cajón de una cómoda. Sus ideas políticas, contrarias al gobierno intruso, forzaron á Cisneros á salir furtivamente una noche camino de Lisboa, abandonando esposa, bienes y asuntos, y al trasladarse embarcado al puerto de Cádiz naufragó el bergantín que lo conducía, salvándole de la muerte un marinero que le cogió por los cabellos en el momento en que el asendereado procurador se iba á fondo.

La batería establecida en la calle de Alcalá, delante del convento que ya hemos citado, de monjas Vallecas, fué el baluarte donde se quemó el último cartucho: su dirección, construcción y defensa se encomendó por la Junta militar á un clérigo menor, llamado José de Fuentes, hombre de un valor á prueba de bomba, pues cayeron muchas cerca del sitio en que se hallaba, sin que le hicieran perder su serenidad y sangre fría. La barricada tenía dos cañones y un obús, con cuyas piezas, dos artilleros y el paisanaje impidió el fraile que los franceses se posesionaran de la calle de Alcalá hasta dos horas después de haber tomado el Retiro, y á costa de la pérdi-

da del general francés Bruyère, que murió en el ataque. Fuentes fué sorprendido en su puesto de honor, y, por lo tanto, cogido prisionero y transportado á Francia, viaje que, como supondrá el lector, no lo hizo en silla de posta.

La confusión produjo descuidos, y éstos, accidentes desgraciados, de que fueron víctimas algunos infelices. El día 4, por la mañana, en los momentos en que se retiraban á sus casas los defensores de la batería de las Vallecas, se voló en la calle de Peligros un carro cargado de pólvora, produciendo con la explosión muchos heridos. La víspera se inflamó casualmente la pólvora de un depósito establecido en la confitería de don Vicente Martínez, calle de Latoneros, acera de la derecha, al salir á Puerta Cerrada, y aunque por fortuna no hubo que lamentar desgracias personales, las pérdidas materiales fueron de consideración. Por último, la casualidad de haber habilitado para polvorín una de las casas llamadas de Bringas, inmediatas, como se ha dicho, á la Puerta de los Pozos (1), hizo que una bomba, arrojada por los sitiadores, cayese en el depósito de municiones, ocasionando el hundimiento de una parte del edificio y la muerte de algunos soldados del batallón de Voluntarios de Avila que allí daban guardia.

Merece cumplidos elogios un maestro de primeras letras que habitaba en el Postigo de San Martín, números pares, esquina á la calle de Preciados, y que daba lección gratis á 20 niños pobres; porque este tal, hombre aficionado á la caza, reunió al pie de 60 compañeros de venatorios instintos, y poniéndose á las órdenes del coronel Mazarredo, que, como ya hemos dicho, defendía la Puerta de Alcalá, verificó con ellos algunas descubiertas arriesgadas, perdiendo dos cazadores. El día 3 se les destinó á reforzar la guarnición del Retiro, y allí estuvieron haciendo fuego hasta que los franceses abrieron brecha.

La Puerta de Recoletos (2) fué el punto por donde comen-

(1) Pozos de nieve para el abasto de la población.
(2) Se hallaba situada al final del paseo de este nombre.

zó el ataque el día citado últimamente, habiendo conseguido los sitiados rechazar la embestida, hasta que, tomado el Retiro, una bomba arrojada desde este sitio rompió la tapia de circunvalación, y cogidos entonces los de Recoletos entre dos fuegos, tuvieron que apelar á la retirada; así lo refiere Juan Gómez de Zafra, guarda-almacén del Hospital general en aquella fecha.

El ataque del Retiro debió de ser formidable, á juzgar por las referencias que de él se hacen en los papeles del Archivo municipal; pero no hemos conseguido reunir sino frases sueltas y conceptos aislados, que si bien dejan entrever las proporciones terribles de la lucha, no bastan á historiar la generación de acto tan heroico, hasta el momento en que el ejército francés, merced á 30 piezas de artillería, logró abrir en las tapias de aquel ameno jardín ancho boquete que le dió paso, y que fué signo de terror para cuantos defendían el real sitio.

También la suerte nos ha negado descubrir el punto donde se abrió la brecha; sin embargo, el conde de Toreno (1) dice que fué en la parte oriental, y un paisano de los que defendían el olivar de Atocha manifiesta en un escrito de 1817 que el boquete se abrió no lejos de donde él estaba, en vista de lo cual podremos señalar el sitio de la brecha hacia donde está la *Casa de fieras,* extensión que pudo dominarse con los cañones colocados en el antiguo camino de Vicálvaro.

Los muertos y heridos se presume que fueron muchos por las referencias citadas, pero no hemos hallado relación de su número: entre los primeros figura el hijo de D. Joaquín Martínez Mendinueta, veedor del real sitio del Buen Retiro. Don Esteban de Agreda, director de escultura de la Fábrica de la China (situada donde hoy la fuente del Angel caído), tuvo que huir abandonando el establecimiento, que sufrió por parte de los franceses un saqueo horroroso, según asegura en escrito que tenemos á la vista Eusebio Arias, dependiente de la Real

(1) *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.*

Casa. Bueno es hacerlo constar, para que no echemos toda la culpa de la destrucción de la fábrica á los ingleses. Unos y otros estaban interesados en que desapareciera aquella industria madrileña.

Los franceses entraron en el Retiro á las nueve de la mañana del día 3, y tomada esta posesión, Madrid se vió precisada á capitular.

Estas noticias, si no sirven para formar juicio exacto de las tristes pruebas que la población sufrió en aquella memorable jornada, demuestran de una manera clara y evidente que los madrileños no esquivaron el peligro, ofreciendo su sangre y su vida en defensa de la independencia nacional. Si la *Junta de defensa* cometió torpezas, cobardías y desaciertos, caiga sobre ella el terrible anatema que ha formulado la Historia; pero rehabilítese la memoria y buen nombre de aquellos ciudadanos que, engañados y mal dirigidos por la ineptitud de las autoridades, cumplieron con su deber, ganando honrosamente la *Cruz de Madrid*.

CARLOS CAMBRONERO

JOSÉ DE ESPRONCEDA Y DELGADO

SU ÉPOCA, SU VIDA Y SUS OBRAS

Es triste cosa, pero muy frecuente, esta de que hasta que no se celebran sus correspondientes centenarios, ó por cualquier otro motivo se revuelven los huesos de los hombres más ilustres, desde que mueren hasta dicho momento, han de permanecer con la careta que la admiración de los amigos, las absurdas especies de los enemigos, y sobre todo la ignorancia del vulgo, que sólo por falsas referencias los conoció durante sus vidas, les colocan sin ton ni son, les cuadre ó no les cuadre; y las leyendas toman cuerpo y crecen sin cesar, sin que la crítica logre destruirlas hasta que no transcurren muchos años.

Así, se necesitó del IV centenario del descubrimiento de América para conocer la verdadera figura de Colón y para averiguar la nobilísima conducta de Pinzón, sobre el que pesaron hasta entonces las mayores calumnias.

La exposición de los cuadros de Zurbarán durante el centenario del *Quijote* sirvió también para que conociésemos no sólo las mejores obras, sino la tan ignorada como curiosa vida de este artista.

Y el primer centenario del nacimiento de Espronceda ha dado ocasión á que se averigüe que el autor del *Diablo Mundo*

fué un hombre completamente distinto de lo que hasta aquí se le ha creído.

*
* *

Los investigadores y los críticos han puesto de relieve que el pobre bohemio disfrutó de una posición más que desahogada; que el irreligioso era un buen católico y muy timorato; que el calavera no se aproximaba ni con mucho á D. Félix de Montemar, ni sus travesuras excedían á las de cualquier otro joven de su edad y su fortuna; que sus amores no fueron tan románticos que se sacrificase por una sola mujer, y que sus alardes revolucionarios, su aparente despreocupación y todas sus aventuras fueron puros deportes del elegante que deseaba estar á la moda de su época.

Es más: hasta la fecha, nadie había descubierto que no fué el único hijo de sus padres, sino que tuvo otros dos hermanos por lo menos. Tampoco se sabía en qué sitio y en qué circunstancias nació, y por último, y lo que parece más increíble, hasta hace poco nadie logró precisar las fechas exactas de su nacimiento y de su muerte.

*
* *

Rico, de buena presencia, niño mimado de la sociedad más distinguida, y de mucho talento, pero muy impresionable, no reunía condiciones Espronceda para poder sustraerse á la influencia del medio, sino que concurrían en él todas las más abonadas para ser un fiel reflejo de las costumbres y de las ideas de su tiempo; tiempo que comprende el período más intensamente revolucionario de España y de toda la humanidad civilizada, tanto en el terreno político como en el filosófico y el literario.

Para que el lector pueda convencerse hasta qué punto fué mi biografiado hijo del ambiente de su tiempo, y para que aprecie mejor su carácter, su vida y sus obras, empezaré el estudio de Espronceda por examinar el cuadro histórico dentro del que se desarrolla y desenvuelve desde que nace hasta que deja de existir.

Desde 1808 hasta 1842 se consolida la independencia de América y se transforma Europa en sus luchas con Napoleón y por virtud de las semillas que había sembrado la Revolución francesa, que no tardaron en germinar en todas las naciones del viejo y del nuevo mundo, llegando á su apogeo después de la restauración.

El modesto oficial de Artillería que figuraba como uno de tantos en las jornadas del 20 de Junio y del 10 de Agosto de 1792 en París, que revelaba su genio militar en el sitio de Tolón, arrojando de la plaza á los ingleses, y que por su amistad con Borrás salvaba á la Convención, ametrallando á los sediciosos en la escalinata de la iglesia de San Roque, no tarda mucho tiempo en ser el victorioso general que dorrota á los austriacos en Montenotte, Mellesimo, Dego, Mendovi, Lodi, Castiglione, Arcola y Mantua, y á los egipcios en Alejandría, ante las Pirámides, en el Cairo y en Siria, y que, con la aureola del vencedor, se apodera del gobierno de Francia, mediante el golpe del 18 Brumario, que lo elevó en el acto á primer cónsul, más tarde á cónsul vitalicio, y por último á emperador.

El que debía su rápido encumbramiento á los azares de la revolución, unidos á los laureles de la guerra, no podía prescindir de ésta, y en vez de devolver la paz al mundo, continuó peleando contra toda Europa, venciendo en 1805 á los austriacos en Ulm y á los rusos en Austerlitz, y en 1806 á los prusianos en Jena. En 1807 vence otra vez á los rusos en Friedland; y para vencer á Inglaterra y arruinar su vida económica, decreta el bloqueo continental. Portugal le desobedece, y entonces firma con el Gobierno de Carlos IV el tratado secreto de Fontainebleau, por el que España dió paso franco á los veintisiete mil hombres de Junot, que invadieron el reino lusitano, y la flota española se unió á la francesa, con la que fué deshecha en Trafalgar.

Tras de Junot atraviesa Murat los Pirineos y se establece en Madrid, donde permanece mientras se desarrollan los tristes sucesos de Aranjuez, los no menos desdichados de Bayona

y los tan sangrientos como gloriosos del día 2 de Mayo (del mismo año en que nació Espronceda) con que se inauguró la *guerra de la independencia española*, en cuya batalla de Bailén fueron vencidas por primera vez las hasta entonces invencibles tropas imperiales. Desde entonces se eclipsa la estrella del gran emperador, que en la posterior guerra de Austria es herido, aunque levemente, en Eckmuhl, y después del incendio de Moscou, cuando invade los dominios de Alejandro, ve deshacerse su ejército *de las naciones* entre la nieve de las estepas rusas. A continuación es derrotado en Leipzig, y más tarde invaden á Francia las fuerzas de sus enemigos coaligados, que entran en París y obligan al coloso á redactar su abdicación y á trasladarse á la isla de Elba, de donde regresa á poco para volver á perturbar el mundo durante cien días más, al cabo de los cuales es vencido en Waterloo y conducido como prisionero á la isla de Santa Elena, donde hubo de morir.

Desde que Bruswich penetró en Francia por encargo de Austria y Prusia, ó, para mayor precisión, desde que Dumourier le detuvo en Valmy hasta la batalla de Waterloo, todas las energías de todos los pueblos europeos se concentraron en la lucha contra el francés, y toda su política estuvo supeditada, primero á la revolución, y después á Bonaparte, cuyos hermanos y parientes llegaron á reinar en España, en Italia, en Nápoles y en Westfalia.

Después de Waterloo pasó la influencia al Austria, y al genio de la guerra de Napoleón siguió el de la diplomacia de Metternich, verdadero dictador del Congreso de Viena y de los internacionales sucesivos, donde los vencedores de Francia arreglaron á su gusto el mapa de Europa, sin tener para nada en cuenta las condiciones de los países ni las aspiraciones de los habitantes, sobre cuya suerte decidieron.

Enemigo Metternich de las ideas democráticas que la Revolución francesa había difundido, patrocinó el pensamiento de Alejandro de Rusia para la constitución de una Santa

Alianza entre los soberanos interesados en mantener el absolutismo; mas, á pesar de todos sus esfuerzos, las doctrinas liberales continuaron ganando terreno é imponiéndose en todos los pueblos.

Desde la restauración hubo ya en Europa dos modos distintos de concebir el Gobierno: el absolutista y el constitucional. Cada país tuvo sus partidos opuestos, mantenedores de estos respectivos ideales; pero mientras los del primero perdieron, poco á poco, el campo, los del segundo lo fueron ganando cada vez más, como lo demuestra un ligero análisis de cada una de las naciones en que se luchaba.

En Francia se acentuó la contienda más que en parte alguna, esforzándose Luis XVIII y Carlos X en robustecer la autoridad del trono, con perjuicio de los constitucionales, que acabaron por destituir al segundo en la famosa revolución de Julio de 1830 (en la que tomó parte Espronceda), proclamando á Luis Felipe de Orleans por sus ofrecimientos liberales, y destronándolo también el 48 por empeñarse en no cumplirlos.

Mazzoni, refugiado á la sazón en Francia, cuando los emigrados españoles y de otras naciones absolutistas se agitaban en París, organizó (enfrente de la Santa Alianza de los reyes) la sociedad secreta titulada la *Joven Europa*, que se proponía derribar todos los tronos, convirtiendo á cada Estado en una república independiente. Su divisa era *Libertad*, *Igualdad*, *Humanidad*. Un Dios, un soberano, el pueblo, la ley de Dios; y en todas las naciones se formaron partidos con aquel programa, apareciendo la Joven Polonia, la Joven Rusia, la Joven Alemania y la Joven Italia.

En Inglaterra, donde también fué á parar Espronceda, sucedió á la reacción, que había dominado hasta el año 20, la era de la libertad, que inauguró Jorge IV y secundaron Guillermo IV y Victoria, ayudados por los ministerios de Canin, Wellington, Grey y Malbure-Russel, quienes en la política exterior favorecieron á los constitucionales españoles y portugueses, contribuyendo á la independencia de Grecia, y en la

política interior abolieron el juramento del Test, emanciparon á los católicos ingleses, reformaron la ley electoral, persiguieron la esclavitud de los negros y abordaron la reforma social.

En Alemania, y á pesar de los decretos represivos de Metternich, se establecieron constituciones liberales en Wartenberg, Baden, Baviera y Veimar. La Dieta de Francfort se manifestó también liberal, y en 1832 se celebró la fiesta del Mayo alemán.

En Hungría se empezó á trabajar por el régimen constitucional y la prensa libre, desde la Dieta del 32, y el célebre revolucionario Kossuth conmovió el Imperio con sus campañas nacionalistas.

En Prusia fué espantosa la reacción durante los años que abarca la vida de nuestro poeta; pero aquella reacción era compensada por el aumento del bienestar material y el fomento de la instrucción pública, á la que contribuían en la Universidad de Berlín teólogos como Schleiermacher, jurisconsultos como Savigny, geógrafos como Retter y filósofos como Hegel.

En Italia, la patria de Mazzoni, no obstante la política de León XII y de Pío VI, surgieron las revoluciones liberales de Nápoles, Bolonia, Romania, las Marcas, Parma, Módena y Roma, robusteciéndose el partido de la Joven Italia, cuyo programa fijara Gioberthi, Balbo y el Meglú.

En Rusia se mantuvo el orden hasta ocurrir la muerte de Alejandro; pero al sucederle Nicolás estalló la revolución de 1825, organizada por los nobles, que hubieran preferido tener por soberano á Constantino; mas fué sofocada en el acto, y durante el reinado de aquel zar simbolizó el Gobierno moscovita el absolutismo más exagerado enfrente de la Europa liberal, consagrando toda su atención á las guerras de Turquía con motivo de la independencia de Grecia y de las luchas de Mahomed con el pachá de Egipto Mehemé Alí.

En Polonia estalló la revolución en 1830, siendo Espronce-

da uno de tantos emigrados de los que se alistaron en París para ir á derramar su sangre por la independencia de aquel pobre pueblo.

Turquía sufre también violentas revoluciones y empieza á desmembrarse por esta época. Por dos veces se intentaron allí reformas liberales: la una por el mismo Mahomed, que fué vencido por los viejos turcos, y la otra por el ministro de Abdul-Medjid, Richech, que dió una carta constitucional en 1839 y reformó el Código penal en 1840. Mahomed había sido derrotado por Mehene-Alí en las campañas de Siria y Anatolia, y gracias á Metternich no fué depuesto Abdul-Medjid, á quien se le aseguró en el trono por el tratado de los Estrechos y el posterior de Londres de 1841. Mas ya se habían declarado independientes Grecia, Servia, Moldavia y Valaquia.

Bélgica, que el Congreso de Viena había unido á Holanda, sin consideración á sus diferencias de idiomas, creencias y costumbres, fué también sacudida por la revolución de Julio, y los católicos y los liberales, unidos para recabar la autonomía desde 1828, proclamaron su independencia el 25 de Agosto de 1830, rechazando á los ejércitos holandeses que se presentaron ante Bruselas á las órdenes del príncipe Federico, y eligiendo para su trono á Leopoldo de Coburgo, que juró la nueva constitución basada en la soberanía del pueblo.

En Dinamarca creó Federico VI las asambleas de los Estados provinciales, y Cristián VIII dejó redactado un proyecto de Constitución.

Suecia y Noruega volvieron al absolutismo, que conservaron durante el reinado de Carlos XIII y los primeros años de la monarquía de Bernadotte, hasta que éste no tuvo más remedio que seguir el ejemplo de los demás soberanos, y transformó el Consejo en Ministerio en 1840.

Suiza se dió por la Dieta de los 22 Estados el *Pacto federal* de 1815, y fué reconocida la neutralidad de su territorio.

En Portugal surgió, con la restauración, la guerra civil que sostuvieron entre sí absolutistas y constitucionales, hasta

que la cuádruple alianza consolidó en el trono á D.ª María de la Gloria.

En España, y durante la primera infancia de Espronceda, se desarrolla la *guerra de la independencia*, que empezó con la victoria del Bruch y los descalabros de Cabezón y Rioseco; que continuó con el triunfo memorable de Bailén; que asombró al mundo con los sitios de Zaragoza y Gerona, y que casi puede decirse que terminó en los Arapiles, en 1812, año en que las Cortes, refugiadas en Cádiz, promulgaron la primera Constitución española.

España se había liberalizado durante el cautiverio de su rey; pero cuando después del tratado de Valencey (el 3 de Diciembre de 1813) regresó Fernando á Madrid el 13 de Mayo de 1814, hizo volver las cosas al estado en que se hallaban antes de su partida, empezando un período de horrorosa reacción.

Ya encontrándose en Valencia, alentado por las tropas de Elío, firmó, el 4 de aquel mes (de Mayo), un decreto-manifiesto restableciendo su poder absoluto y anatematizando la obra de los constitucionales de Cádiz; y antes de llegar á la coronada villa ordenó la prisión de los principales diputados, entre los que figuraban el ilustre poeta Quintana, el actor Máiquez, el sabio sacerdote Muñoz Torrero y otros muchos á cual más notables por sus talentos y virtudes cívicas.

Una vez en la corte, los decretos reaccionarios fueron en aumento, y el 17 de Diciembre de 1815 ordenó el déspota monarca que, después de 19 meses de prisión, fuesen extraídos de sus cárceles los detenidos más ilustres y condenados á cumplir las siguientes condenas: D. Agustín Argüelles, ocho años en el fijo de Ceuta; D. José María Calatrava, D. Manuel García Herrero, D. Francisco Martínez de la Rosa y D. Francisco Sánchez Barbero, igual tiempo en los presidios de Melilla, Alhucemas y el Peñón; D. Ramón Feliú y D. José Canga-Argüelles, la misma pena en los castillos de Benasque y Peñíscola; D. Diego Muñoz Torrero y D. Joaquín Lorenzo Villanue-

va, siete años en los conventos de Erbón y Salleda; y D. Juan Nicasio Gallego, D. Manuel Ramos Arispe y D. Manuel López Cepero fueron recluídos en las Cartujas de Jerez, Valencia y Sevilla.

Para librarse de la persecución absolutista huyeron oportunamente al extranjero Alcalá Galiano, Flores Estrada, Antillón, Luján, Toreno, Istúriz, Caneja y muchos más.

El desenfreno de la reacción empieza á provocar los levantamientos militares. En el mismo año de 1815 se levanta el general Porlier en Galicia en favor de la libertad, pero fracasa y es ahorcado. Le sigue D. Vicente Richard, y sufre la misma suerte, en 1816. Lacy y Milans se levantan en Cataluña en 1817, proclamando la Constitución del año 12, y también fracasan; el segundo pudo escaparse, mas el primero murió fusilado. Los levantamientos de Valencia fueron igualmente anegados en sangre.

La América española, que había empezado á sublevarse durante las guerras napoleónicas, seguía agitada por la insurrección, mientras en la inglesa ardía la guerra civil. Muchas de nuestras colonias se habían declarado independientes, y la guerra fué general en Méjico, Venezuela, el Plata, Nueva Granada, Chile, Colombia, Perú, etc., hasta que todas consiguieron emanciparse y ser reconocidas por los Estados Unidos en 1822 y por Inglaterra en 1825. Incluso el Brasil, portugués, recobró su autonomía, con el carácter de Imperio, en 1822.

Pues bien: cuando todavía abrigaba Fernando VII esperanzas de sofocar la insurrección americana, el general Riego, al frente de un ejército destinado á embarcarse para luchar contra los insurrectos, considerando que lo primero para la madre patria era salvarla á ella de la esclavitud en que la tenía la camarilla del rey, se sublevó en Cabezas de San Juan el 1 de Enero de 1820 al grito de ¡viva la Constitución del 12! El coronel Quiroga le secundó, apoderándose, con siete batallones, de la Carraca y de la isla de León, y en Barcelona, Zaragoza,

Coruña y Pamplona hicieron repercutir el movimiento Arco Agüero, López Baños y O'Dali.

Al fin triunfaron los esfuerzos de los liberales. Madrid se alzó el 9 de Marzo, y Fernando VII se vió obligado á jurar la Constitución y á convocar las Cortes.

*
* *

Las gentes, que durante más de cinco años se habían visto privadas de reuniones, empezaron á formar sociedades patrióticas, y en poco tiempo se constituyeron las de *Los Amigos de la Libertad*, en el café de Lorenzini; *La Cruz de Malta*, en el de la calle de Caballero de Gracia; *La Fontana de Oro*, en el de la Carrera de San Jerónimo; *Los Amigos del Orden*, *La Landaburria*, *Los Comuneros* y otros, cuyos individuos estaban inficionados de las teorías filosóficas y literarias de la época, que tanto influyeron en el espíritu de Espronceda.

El escepticismo estaba de moda y la literatura romántica empezaba á propagarse. Aquél había tenido su origen en las teorías de los deístas ingleses. En posesión Inglaterra, desde su revolución de 1688, de gran libertad política y de la tolerancia confesional, los filósofos británicos del siglo XVIII no hicieron más que justificar con sus teorías lo que acababa de nacer en el orden de los hechos, supeditando las creencias religiosas al dominio de la razón.

Locke, el autor de las *Cartas sobre la tolerancia*; Shafterbury y Bolingbrok, fueron los inventores de la *Religión natural*, que sólo reconocía la existencia de un Dios que rige al mundo y la de un alma inmortal.

Estas doctrinas llegaron pronto á Francia, oprimida por el absolutismo de los últimos Luises y por la intolerancia religiosa, y desde el mismo siglo XVIII empezó en las clases ilustradas el espíritu de oposición á la Iglesia y á la Monarquía, naciendo los espíritus fuertes, que, sin atacar abiertamente á la religión oficial, profesaban la indiferencia y fomentaban el descontento político.

Como á los escritores franceses no les era dado, en un principio, profesar descaradamente las doctrinas recibidas de Inglaterra, empezaron á propagarlas muy cautelosamente en novelas, cuentos y relatos de viajes, con nombres que las disimulaban, hasta que acabaron por hacer su ostentación, sacando, á la vez, de ellas principios más radicales y reformas más extensas que sus predecesores los filósofos ingleses, á los que aventajaron en radicalismos Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Diderot, Helvecio, Holbach, Mably, Raynal y otros eminentes publicistas, que divulgaron sus ideas colaborando en la Enciclopedia, la que era leída y releída en todas partes, cuando Espronceda empezaba á pensar.

Marchaban por entonces al frente de los cultivadores de la bella literatura Chateaubriand, Lamartine, Eugenio Sue, Balzac, Jorge Sand y Alfredo Musset, en Francia. Estaban en boga en Alemania las obras de Goethe, Schiller, Leonitz, Humbold, Kant, Hegel, Fischer, Grimm, Schlegel, Beck y Enrique Heine. En Inglaterra se destacaba entre todos los escritores la gran figura de Lord Byron, en Escocia Walter Scott, en Italia Leopardi; y en España florecían, entre otros muchos ingenios, Lista, Hermosilla, Quintana, Gallego, Floridablanca, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Moratín, Bretón de los Herreros, Gil y Zárate, Jovellanos, Meléndez Valdés, Iriarte y Reinoso.

Plutarco, Epíteto y Raynal eran por entonces los autores favoritos de Espronceda, que ya se daba cuenta de los acontecimientos políticos que agitaban á Europa, cuando, después del golpe de Riego, empezaba á gozar España de cierta libertad; pues, como ya dejo indicado, nació en el mismo año en que empezó la guerra de la independencia española, y contaba sus doce abriles.

***

Esta fecha, la del nacimiento del poeta, ha sido ignorada hasta ahora por todos sus biógrafos (menos por el último, el

Sr. Cortón); Rodríguez Solís, el más serio y el mejor de ellos, la colocaba en la primavera de 1809; Ferrer del Río, el padre Blanco y otros la fijaban en 1810.

Esta falta de precisión sólo puede atribuirse á indolencia ó á falta de verdadero interés de los citados escritores, que han considerado más cómoda la tarea de copiarse unos á otros, en vez de consagrarse á investigar, hasta que se hubiesen orientado hacia el Archivo General Castrense, donde les habrían proporcionado una certificación como ésta:

«D. Atilano del Valle Alvarez Presbitero. Capellan del Cuerpo Eclesiastico del Ejercito, Jefe del Archivo. Negociado cuarto del Vicariato General Castrense=Certifico: Que en el libro de Bautizados, volumen número mil doscientos cuarenta y dos, al folio catorce vuelto se halla inscripta la siguiente partida, que copiada literalmente dice:«=José Ignacio Xabier de Espronceda y Lara=En la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Purificacion de la Villa de Almendralejo en veinte y cinco de Marzo de mil ochocientos ocho, el abajo firmado capellan por Su Rl. Mag. y cura Párroco Castrense del Regimto Cavalleria de Borbon. Baptizé solemnemente un niño nacido á las seis y media del propio dia, á quien puse los nombres de José Ignacio Xabier, Oriol, Encarnacion, hijo legitimo del Tte Coronel Dn Juan Espronceda Sargto Mayor del expresado Regimto, natural de los Barrios en el Campo de Gibraltar y de D.ª Maria del Carmen Delgado y Lara natural de Pinos del Balle, Arzobispado de Granada: Abuelos P. P. el coronel Dn Diego de Espronceda, natural de Tafalla en Navarra, y D.ª Agustina Fernandez Pimentel, natural de Zeuta: Maternos Dn José Delgado y D.ª Tadea de Lara, naturales de Pinos del Valle: fué su Padrino el Exmo Sor el Vizconde de Zolina, Brigadier de los Rl.s Extos y Coronel del propio Cuerpo, quedando adbertido del Parentesco y obligacion que habia contraido; Se hallaron ptes como testigos Dn Carlos Franco y Dn Juan Quadrado. Capit.ns del mismo Reg.o=Juan Antonio Jordan—Rubricado»=Es copia exacta del original á que me

remito y en la cual se ha respetado la ortografía antigua=Madrid á trece de Marzo de mil novecientos ocho=Atilano del Valle Alvarez.»

Si acerca del día y el año no había fijeza alguna, acerca del lugar del nacimiento había ignorancia ó error, suponiéndole nacido en el mismo pueblo en que fué bautizado.

Según los vecinos de Villafranca de los Barros, nació Espronceda en las cercanías, y dentro del término de este pueblo, en un campo llamado los *Pajares de la Vega*, sito en el camino de Almendralejo, lugar cubierto de escombros y ruinas de abundantes edificios romanos.

D. Juan de Espronceda y D.ª María del Carmen Delgado residían en dicha población, habitando la casa señalada con el número 8 de la Plaza Vieja (hoy de Fernando Ceballos), cuando los sucesos de Aranjuez fueron causa de que tuvieran que salir precipitadamente para Badajoz.

A poco de salir de Villafranca y de sufrir D.ª Carmen las molestias del coche que la conducía, experimentó los dolores del parto, y hubo que bajarla en seguida, conduciéndola á la choza de unos pastores cercana á la carretera, donde vino al mundo el gran cantor del *Dos de Mayo*.

En vez de regresar al punto de partida continuaron sus padres el viaje en la dirección que llevaban hasta llegar á la ciudad inmediata, Almendralejo, donde tenía su residencia oficial el capellán del regimiento y donde en casa de la noble familia de D. Francisco Vélez recibió la enferma todas las atenciones que requería su estado y el recién nacido el agua del bautismo; y aunque había nacido en el campo, el sacerdote se abstuvo de consignar esta circunstancia.

Algo de esto debió averiguar el Sr. Rodríguez Solís, quien lo supone naciendo dentro del coche y, desde luego, antes de penetrar en Almendralejo.

Al interesado también debieron referirle sus padres dónde y cómo vió la luz, á legua y media ó á siete kilómetros del pueblo en que fué bautizado, según lo demuestra él mismo en

la siguiente poesía «A Carolina Coronado, después de leída su composición *A la palma*».

Dicen que tienes trece primaveras
y eres portento de hermosura ya,
y que en tus grandes ojos reverberas
la lumbre de los astros inmortal.
Juro á tus plantas que insensato he sido
de placer en placer corriendo en pos,
cuando *en el mismo valle* hemos nacido,
niña gentil, para adorarnos, dos.
Torrentes brota de armonía el alma;
huyamos á los bosques á cantar;
dénos la sombra tu inocente *palma*
y reposo tu *virgen Soledad*.
Mas ¡ay!, ¡perdona!, virginal capullo;
cierra tu cáliz á mi loco amor:
que nacimos de un aura al mismo arrullo,
para ser yo el insecto, tú la flor.

Espronceda no dice «cuando en el mismo pueblo hemos nacido», lo que podría decir sin alterar la armonía del verso, sino «cuando *en el mismo valle*»; y así fué en efecto. Villafranca y Almendralejo distan sólo dos leguas, y ambas poblaciones están situadas en el mismo valle y regadas por el mismo río.

Para poner en claro el hecho de la residencia de los padres del poeta en la ciudad de Villafranca de los Barros, en 1808, y la posibilidad de la exactitud de la tradición que conservan los villafranqueses, he procurado averiguar, por el libro de las partidas bautismales, los puntos en que estuvo el regimiento de Borbón desde el primer año del siglo XIX, y he podido saber que á principios de 1808 paraba en Villafranca. Antes había estado: en 1800, en Algeciras; el 25 de Mayo de 1801, en Córdoba, de paso para Extremadura; el 29 de Agosto, en Villafranca de los Barros, donde sigue hasta Octubre, y en Diciembre, en Olivenza; desde Junio de 1802 hasta Diciembre de 1804, en Zaragoza; desde Abril hasta Septiembre de 1805, en

Reus; desde Julio hasta Septiembre de 1807, en Barcelona; en 1808, en Villafranca y Almendralejo, y el 8 de Octubre de 1809, en el campo de batalla de Tamames.

No fué sólo Espronceda el que nació por entonces en tan anormales circunstancias. Al año y un día precisamente, y en la misma forma que él, al salir sus padres también de Villafranca, vino al mundo otro escritor, el licenciado D. José Muñoz Rodríguez (autor de *Los buhoneros* en *Los españoles pintados por sí mismos*), quien ha dejado descrito en sus *Memorias de un estudiante* cómo acaeció su nacimiento. Dice así:

«Era el año de 1809, época de la gloriosa Guerra de la Independencia española, contra los ejércitos invasores del emperador Napoleón I. Los habitantes de los pueblos indefensos, al aproximarse las tropas del vencedor de Austerlitz, abandonaban sus casas, dejándolas completamente á merced de los soldados extranjeros.

»Imitando esta conducta, mi familia abandonó también la suya, en el pueblo de Villafranca de los Barros, con el objeto de refugiarse en la villa de Hornachos, á la distancia de tres leguas, donde residía una familia íntima amiga de la mía, y cuya villa, por hallarse situada en medio de la sierra de su nombre, se consideraba menos accesible y más segura de las correrías de aquellos vándalos modernos; mas la Providencia lo dispuso de otro modo.

»Mi madre, María Rodríguez Luque, muy adelantada en su embarazo, se sintió indispuesta al llegar al pueblecito llamado Puebla del Señor Prior, á dos leguas de distancia de Villafranca. Allí tuvo necesidad de detenerse toda la familia, y allí nací yo el 26 de Marzo de 1809.»

Todos los biógrafos nos presentan á Espronceda como hijo único del teniente coronel D. Juan y de D.ª Carmen Delgado; mas según aparece en el Archivo general castrense, por las interesantes notas que me ha facilitado el ilustrado sacerdote, jefe de dicho Archivo, D. Atilano del Valle, á quien desde aquí

le envío la expresión de mi gratitud, el eximio vate tuvo por lo menos dos hermanos mayores que él.

«Francisco Xavier Diego, que nació en Reus el 13 de Mayo de 1805 (siendo su padre Capitán), y fué bautizado al día siguiente por el presbítero D. Nicolás de Villalba y Figueroa, apadrinándolo el «Vizconde de Zolina», y «María del Carmen, Agustina, Tadea, Teresa, Javiera, Eulalia, que nació en Barcelona á las tres y cuarto de la madrugada del 12 de Febrero de 1807 (cuando ya su padre era Sargento mayor), y fué bautizada aquel mismo día por D. Carlos de Horts y Brú, Barón de Horts, Arcediano de Badalona, apadrinándola el Vizconde de Zolina.» Una nota marginal de esta partida dice *obiit*, como queriendo indicar que falleció poco después. En efecto, su partida de defunción aparece firmada el 24 de Marzo, y se enterró en la iglesia de Padres Carmelitas Descalzos del mismo Barcelona. Quizás su hermano Francisco muriese también de corta edad, y por esta razón se ha supuesto que José era unigénito.

D. Antonio Cortón hace en su reciente libro acerca de *Espronceda* esta observación: ¿De dónde ha sacado un distinguidísimo biógrafo que la joven esposa de D. Juan de Espronceda siguió á éste de cerca en la campaña, llevando á su hijo?

Por el distinguidísimo biógrafo, que tal vez sea el Sr. Rodríguez Solís, me permito contestar al Sr. Cortón que si no considera bastante prueba el que esta señora diese á luz un hijo en Reus, otro en Barcelona y otro en el riñón de Extremadura. Si no acompañaba á su marido, viajaría sola, pero bastante.

En 1820 ya residía *Pepe Espronceda* con su familia en Madrid, en una casa de la calle del Lobo. Su padre, que había ascendido á brigadier, solicitó para el joven vástago, en Julio de dicho año, una plaza de cadete en el colegio de Artillería de Segovia, plaza que se le concedió en Junio de 1821, pero que no debió ocupar mucho tiempo, cuando ingresó en aquel mismo curso académico en el colegio de San Mateo, que se

acababa de fundar, dirigido por D. Juan M. Calleja, y del que eran profesores D. José Gómez Hermosilla y D. Alberto Lista, cuyas sabias lecciones recibió el pequeño vate hasta el aciago año 23, en que fué cerrado el colegio, de Real orden, porque hasta Hermosilla era considerado como revolucionario por los gobernantes de la segunda reacción absolutista.

Mientras Espronceda estuvo en este colegio, y desde el grito de las Cabezas de San Juan, se multiplicaron en España las sociedades políticas, públicas y secretas, y á las ya enumeradas se sumaron en poco tiempo la de los *Comuneros*, formada por los más exaltados patriotas, y la de los *Anilleros*, que dirigía Martínez de la Rosa.

Espronceda y otros amigos, todos niños de doce á diez y seis años, que poco antes habían fundado la academia poética *El Mirto*, influídos por el medio y deseandoi mitar á los hombres, resolvieron crear una sociedad revolucionaria, titulada *Los Numantinos*, de la que sólo formaron parte doce afiliados.

Miguel Ortiz y Escosura concibieron la idea; Espronceda y Ventura de la Vega, con Bernardino N. Arenas, Barrera, Tijero, Cortés y otros, fueron los fundadores.

Las primeras reuniones las celebraron á campo abierto, en los cerros del Observatorio astronómico y en la Pradera del Canal, y las sucesivas en un sótano que proporcionó el afiliado D. Indalecio N, mancebo de una botica de la calle de Hortaleza.

Si durante la reacción, que precedió á la libertad del año 20, habían sido los liberales los autores de los alzamientos para restablecer la Constitución de 1812, desde que ésta volvió á estar en vigor fueron los reaccionarios los que fomentaron las conjuraciones para restablecer el absolutismo, fundando á su vez las sociedades tituladas *El Angel Exterminador*, *La Concepción* y otras.

Mientras las Cortes se entregaban á un liberalismo exagerado, los absolutistas levantaban partidas en armas, y Fernando VII sostenía desde el Escorial correspondencia secreta

con el soberano de Francia. Pronto empezaron á darse vivas al rey absoluto, y en Valencia se insurreccionó á este grito un piquete de Artillería.

Los excesos de la demagogia llegaron á tales extremos, que merecieron las censuras de Martínez de la Rosa y de Toreno en la sesión parlamentaria del 4 de Febrero de 1882. Al salir á la calle aquellos dos ilustres patriotas fueron soezmente insultados por las turbas, que pasaron después á la casa del segundo, la tomaron por asalto, destrozaron los muebles, maltrataron á los criados, injuriaron á su hermana, la viuda del general Porlier (el ahorcado en la Coruña por la causa de la libertad), y se dirigieron á la casa de Martínez de la Rosa con ánimo de repetir las mismas escenas, lo que habrían conseguido á no impedirlo las fuerzas del general Morillo.

Estos excesos liberticidas alientan á los absolutistas, y el 2 de Junio se sublevan cuatro compañías de la Guardia real, dirigiéndose al Pardo, dando vivas al rey absoluto. A eso de la media noche del día 6 caen sobre la capital, entran con el mayor sigilo por el portillo del Conde-Duque, y marchando por la calle Ancha de San Bernardo y la de la Luna, llegan á la de Silva, donde les da el alto una patrulla mandada por el exguardia D. Agustín Miró, que rompe el fuego contra los sediciosos; pero éstos siguen avanzando, y mientras una de sus columnas se dirige á la Puerta del Sol, la otra marcha hacia la Plaza Mayor, acometiendo su recinto por tres puntos, con tan violento empuje, que parecía imposible pudieran resistirlo los inexpertos nacionales, entre los que estaba el joven revolucionario D. José Espronceda con otros héroes de su edad.

Mandaba toda la fuerza miliciana el brigadier Palarea, y bajo su dirección se condujo aquélla con tal brío, que acribilló con sus fuegos á los temerarios agresores. La artillería diezmó las filas de éstos con sus primeros disparos, y los que quedaron con vida fueron rechazados á la bayoneta, hasta obligarlos á retroceder, para ampararse en la columna que

marchó hacia la Puerta del Sol, donde acabó de ametrallarlos Ballesteros. Entonces emprendieron el camino de palacio, llegando hasta sus puertas, acosados por el general Morillo.

La victoria fué completa para las armas constitucionales. La luz del nuevo día disipó las ilusiones de los reaccionarios, que pocas horas antes, en las tinieblas de la noche, se regocijaban con la caída del régimen constitucional y el seguro entronizamiento del despotismo que soñaban.

Aquella lucha, en la que intervino Espronceda cuando empezaba á versificar, le impresionó tan profundamente, que le sirvió de motivo para el primer ensayo poético que dió á la publicidad, dedicado *Al 7 de Julio*.

Discípulo por entonces de Lista, sometió á su examen aquel trabajo. El maestro lo leyó entusiasmado, y «alentó con su aplauso al genio que nacía».

A los abusos de los liberales victoriosos contestaron los absolutistas levantando partidas en toda Cataluña, dirigidas por fray Antonio Marañón, *El trapense*, que contribuyó á que se constituyera en la Seo de Urgel una regencia provisional, presidida por el marqués de Mataflorida.

Mina fué contra estas facciones, y las venció en Febrero de 1823. Mas en este mismo año penetró en España el duque de Angulema, al frente de 100.000 franceses, decidido á reponer á Fernando en su antiguo poder absoluto.

El citado Mina, Ballesteros, La Bisbal, Morillo y Villacampa tratan de contener al invasor; pero son rechazados en todas partes, y Angulema hace su entrada en Madrid el 23 de Mayo, nombrando una nueva regencia en sustitución de la que antes había establecido en Oyarzún, y siguiendo de Madrid á Sevilla y de Sevilla á Cádiz, donde se hallaba el rey casi prisionero de los liberales.

Estos desprecian enérgicamente la intimación de rendirse que les hace el general francés, y acuerdan sostener la lucha; pero al ver tomado por los sitiadores el fuerte del Trocadero, perdida ya toda esperanza, resuelven no prolongar una con-

tienda tan costosa como inútil. Deciden que Fernando se traslade al campamento de Angulema para tratar con él, y el 30 de Septiembre marcha *el Deseado* al Puerto de Santa María, ofreciendo á los diputados constitucionales dejar ilesas las libertades públicas y salvar sus personas de toda persecución y venganza.

Una vez libre Fernando, lejos de cumplir lo ofrecido declaró nulo todo lo hecho desde el 27 de Marzo de 1820 hasta el 1 de Octubre de 1823, firmando el nefasto Manifiesto que le presentó el nuevo ministro D. Víctor Sáez.

Desde entonces se inauguró la segunda época absolutista; las proscripciones y las sentencias de muerte contra los liberales volvieron á empezar.

Una de las primeras víctimas fué Riego, preso traidoramente y conducido á Madrid, en cuya Plaza de la Cebada sufrió la muerte en horca el 7 de Noviembre del 23, siendo insultado y escarnecido por el mismo populacho que antes lo había hecho su ídolo.

Espronceda, Escosura y otros *numantinos* presenciaron la ejecución desde la puerta principal de los Estudios de San Isidro. Llenos de indignación aquellos niños, se reunieron á los tres días para tomar acuerdos. Hablaron Vega y Espronceda, y todos juraron no omitir medios para vengar la muerte del desgraciado patriota, consignando su juramento en un escrito que luego sirvió de prueba contra ellos.

Fernando VII, que emprendió en seguida su viaje á Madrid, oyó en Utrera, con el mayor placer, los gritos de ¡viva el rey absoluto!, ¡vivan las cadenas!, proferidos por la ronca muchedumbre; y á los seis días de ejecutado Riego, hizo su entrada en la corte en un carro triunfal que los absolutistas le tenían preparado, y del que tiraban orgullosos 24 jóvenes de las familias más aristocráticas.

La reacción fué en aumento, y en el breve plazo de diez y ocho días fueron ahorcados ó fusilados más de 112 liberales.

El padre de Escosura, enterado de cuanto pensaban y ha-

cían los jóvenes *numantinos*, temió por la suerte de su hijo ante aquel desenfreno vengador de los ministros absolutistas, y lo obligó á salir de Madrid en el mes de Septiembre de 1824. Espronceda lo reemplazó en la presidencia, pero á los pocos meses de desempeñarla fué delatada la sociedad y él condenado, por la Sala de Alcaldes, á cinco años de reclusión en el convento de San Francisco de Guadalajara, sufriendo sus compañeros idéntica pena en otros monasterios.

Sin embargo, el indulto no se hizo esperar. Mas durante el cautiverio, que no debió ser muy duro, empezó Espronceda á escribir su poema épico *Pelayo* (que no concluyó); obra que emprendió, dice el Sr. Rodríguez Solís, «sin presunción, pero sin ignorancia, pues en su corta edad (de diez y seis años) se hallaba versado en todos los géneros de la literatura; había leído en el original, sintiendo y comprendiendo, las bellezas de los poetas latinos; conocía el griego lo suficiente para descifrar á Homero; sabía inglés y francés, y era, en fin, uno de los primeros humanistas de su generación, como lo demuestran sus versos, dignos por su elevación y poético artificio de los mayores elogios».

En efecto, su poema *Pelayo* descubre, como dice Villalta, abundantes rasgos de verdadera inspiración, de aquellos que sólo puede trazar la pluma de un gran poeta, sobre todo el admirable cuadro *El Hambre*, que honraría á cualquier autor épico que le adoptara.

Terminada su clausura y vuelto á Madrid, continuó sus estudios en el nuevo colegio de humanidades que abrió D. Alberto Lista en la calle de Valverde, y que dirigió desde 1825 á 1826. El pequeño alumno presentó modestamente sus ensayos de Guadalajara al antiguo y querido maestro, y éste, lleno de entusiasmo, no sólo aplaudió lo hecho, sino que le animó en tan gran empresa, contribuyendo á su realización con algunas octavas que se conservan entre los fragmentos del citado poema, confundiéndose con las del discípulo, que aun no se había emancipado de los clásicos.

Mas desde esta época empezó á dejarse influir por los escritores contemporáneos, representantes del romanticismo, y no tardó en sobreponerse á todos hasta ser el primero de ellos.

Las obras filosóficas de Condorcet, los libros de los enciclopedistas, las estrofas de Chernier y los demás autores de moda, que llegaban á España, fueron transformando poco á poco los sentimientos y las ideas de Espronceda, quien, según los críticos más autorizados, llegó á tener algunos puntos de contacto con Musset, con Heine y con Byron.

En 1826, la sociedad secreta *El Angel Exterminador* y la Federación de los realistas puros se pusieron bajo la bandera del infante D. Carlos y provocaron en Cataluña otro levantamiento absolutista, que tuvo que sofocar el conde de España, en tanto que en Madrid seguía la persecución de los liberales.

Espronceda figuraba entre los sospechosos, y fuese porque temiera sufrir la suerte de otros amigos suyos ó porque deseara ver tierras y correr aventuras, se marchó de Madrid á Gibraltar, y en aquel puerto se embarcó para Lisboa en una balandra sarda, donde hizo un viaje penosísimo, viaje que describió después en un curioso artículo titulado «De Gibraltar á Lisboa: viaje histórico» (1).

Durante su ausencia de España continúan los fusilamientos de liberales, y el partido carlista adquiere gran fuerza. El año 28 evacuan los franceses las plazas que guarnecían para consolidar el despótico Gobierno reaccionario, y el 29 de Diciembre de 1829 se celebra el cuarto matrimonio del monarca con la princesa María Cristina de Nápoles.

Mas el que se había ido huyendo de los excesos absolutistas de su patria fué á padecer los abusos de otro mayor absolutismo.

Cuando Espronceda llegó á Lisboa reinaba D. Miguel, que

(1) Que publicó en 1841 en el periódico *El Pensamiento*, y puede saborear el lector en la segunda edición del libro *Páginas olvidadas de Espronceda*. Madrid, 1882, librería de los Sres. Simón y Osler, pág. 69.

se había hecho proclamar por las Cortes de Lamego, y tenía agitado el reino con otra guerra civil muy semejante á la española.

D. Juan VI, que estaba en el Brasil desde la invasión napoleónica, deseaba permanecer allí; pero al proclamarse en Portugal en 1820 nuestra Constitución del año 12, no tuvo más remedio que regresar á la metrópoli, donde se vió obligado á jurar aquella Constitución democrática, hasta que el 1823 recobró, como Fernando, su poder absoluto. Muerto D. Juan VI, su hijo Pedro, que ya era emperador del Brasil, renunció en su hija, D.ª María de la Gloria, la corona lusitana, encomendando la regencia á su hermano D. Miguel. Este se hizo proclamar rey, con perjuicio de los derechos de su sobrina, y empezó la guerra entre liberales y miguelistas, hasta que vino á Europa Pedro I del Brasil y, apoyado por Francia é Inglaterra, arrojó del trono á D. Miguel, colocando en él á D.ª María, después de firmado el convenio de Evaromute de 1834.

En Portugal siguió Espronceda rindiendo culto á las musas; pero como también quiso rendirlo á la política, fué preso y encerrado en el castillo de San Jorge en unión de otros emigrados españoles.

Allí conoció á Teresa, y desde entonces empezaron aquellos románticos amores que tantas aventuras y tantos disgustos habían de proporcionar al poeta.

Teresa, que era andaluza é hija de uno de los jefes militares españoles presos con Espronceda, iba con frecuencia á visitar á su padre. El joven revolucionario se prendó de su hermosura y «le ofreció un corazón puro, apasionado y ardiente; una fantasía galana y risueña, un semblante que enamoraba á las mujeres y un brazo que respetaban los hombres». Teresa se enamoró también locamente del gentil caballero, á quien bordó una preciosa gorra de cadete de Artillería; y la pasión de uno y otro fué en aumento, hasta que el Gobierno portugués, temeroso de los presos españoles, se apoderó de los más importantes, entre los que figuraba el padre de Teresa, y los

trasladó en un barco á Inglaterra, ocasionando la separación de los dos enamorados.

Teresa casó en Londres con un comerciante español bastante rico, pero Espronceda no llegó á saberlo hasta que su suerte ó su desgracia le llevó también á las Islas Británicas, abrigando la ilusión de que aun le pertenecería el corazón de su bella.

Espronceda llegó á Londres cuando reinaba Jorge IV y era presidente del Consejo de Ministros Wellington, que favorecía á los emigrados españoles; esto es, en la época precisamente en que se llevaban á cabo las reformas más liberales de la Constitución inglesa, cuando los whigs conseguían la abolición del ya citado juramento del Test, que obligaba á comulgar, según el rito anglicano, antes de ocupar un cargo público, y O'Connell recababa la plenitud de los derechos políticos para los antes vejados católicos.

Allí estudió Espronceda á Byron y á los principales poetas ingleses y escribió muchas de sus poesías, entre otras la titulada *A la patria*, y algunos artículos en prosa (1). Pero sus principales esfuerzos fueron dirigidos á seducir á Teresa. Esta se dejó vencer por su antiguo y primer amor, y, dispuesta á seguirle, se vistió una noche un traje de hombre, descendió al jardín de su casa, franqueó el muro con el auxilio de una escalera y, á favor de la niebla, fué en busca de un emigrado español al servicio de Es pronceda, que la condujo en un coche hasta el sitio donde éste la esperaba, por el que Teresa abandonó no sólo á su marido, sino á un hijo de su matrimonio.

Una vez juntos los dos amantes, se dirigieron al puerto de Plimouth, donde tomaron pasaje en un barco de vela que los llevó á Cherbourg. Desde aquí marcharon á París, estableciéndose primero en un piso segundo interior del Pasaje del Panorama, y después en una casita de Passy.

Cuando llegó Espronceda á Francia se acentuaba la lucha

(1) Conservados en la citada edición de *Páginas olvidadas*.

entre el Parlamento y Carlos X, el antiguo jefe de los ultras, consagrado en Reims.

Al ser proclamado ó impuesto por los vencedores de Napoleón para rey de Francia Luis XVIII, el Senado había redactado un Código fundamental que sentaba en principio la soberanía de la nación. El pueblo francés llamaba libremente al trono á Luis Estanislao Javier, hermano del último rey. Una vez aceptada la Constitución por el pueblo, el nuevo monarca debía jurarla y firmarla antes de ser coronado. Luis XVIII se negó á ratificar dicho documento; tomó ante todo posesión de la corona, y sólo cuando todo el mundo lo reconoció como soberano mandó redactar otro Código político, la Carta de 1814, en que se evitó cuidadosamente el nombre de Constitución.

La Carta dejó sin resolver la manera de elegir la Cámara, los límites de la libertad de la prensa y las atribuciones del poder real sobre la designación de los ministros (si habían de ser elegidos de las mayorías de la Cámara ó de personas extrañas á ésta); y desde 1814 á 1816 sirvieron de grandes campos de batalla la ley electoral, el régimen de la imprenta y el carácter del poder real.

Los realistas se habían vengado de los comprometidos en los *cien días* con procesos y matanzas que sembraron el terror blanco; y á causa de esta política se formaron dos partidos extremos: el de los ultras absolutistas y el de los liberales ó bonapartistas. Entre estos dos bandos, ambos hostiles á la Carta, se constituyeron otros dos grupos gubernamentales: el de los realistas moderados y el de los realistas avanzados.

En 1815 se hicieron las elecciones durante la invasión y el terror blanco, y esto dió la mayoría á los ultras, que votaron las leyes de excepción y fueron árbitros de Francia hasta que se indispusieron con el rey, cayendo el Ministerio Richelieu, que había sustituído al de Talleyrand-Fauche.

El Ministerio Decazes empezó una vida política regular con una Cámara compuesta casi únicamente de doctrinarios, y la Constitución funcionó bien desde 1816 á 1820, en que los libe-

rales (cada vez más descontentos), agitando al país, organizando sociedades secretas y conspiraciones militares, escribiendo proclamas y haciendo manifestaciones públicas, dieron lugar á que el poder pasase á manos de los ultras después del asesinato del duque de Berry. El ministerio de éstos, Villele, suspendió las reformas, consiguió que la Cámara votara leyes reaccionarias como la del sacrilegio y la de indemnización á los emigrados, y, por su influjo, se llevó á cabo la venida de Angulema á España, que en el Congreso de Verona dispuso Metternich.

Desde 1824 ceñía la corona por muerte de Luis XVIII su hermano Carlos X, que era tenido por el jefe de los congregacionistas y autor de los consejos reaccionarios.

Villele, vencido en las elecciones de 1827, fué sustituído por Martinac, que á su vez fué derrotado en la Cámara, sucediéndole Polignan en 1827.

Polignan tuvo en contra suya todos los partidos. Al discurso del trono proclamando la soberanía del monarca, la Cámara respondió con un mensaje suscrito por 222 diputados. Carlos disolvió aquella Cámara y convocó otra, en que las oposiciones le enviaron 270 representantes, orleanistas en su mayoría.

Confiado en la influencia del triunfo del ejército, que acababa de conquistar á Argelia, firmó el ordenamiento de 26 de Julio de 1830 disolviendo la nueva Cámara y reformando las leyes electoral y de la prensa.

La opinión general se le puso enfrente, considerando que había traspasado su derecho. Los periodistas parisienses firmaron una protesta, y los diputados presentes en la capital resolvieron organizar la resistencia legítima. Mas estos medios legales no podían prevalecer contra un Gobierno apoyado en la fuerza pública.

Espronceda era testigo y participaba de estas contiendas. En París existía entonces un partido republicano compuesto especialmente de estudiantes y obreros. Era poco numeroso y

no tenía diputados ni periódicos, pero estaba bien organizado y provisto de armas. Con éstas realizó la revolución del año 30.

Los hombres de aquel pequeño partido construyeron barricadas en las estrechas calles del E. de París y enarbolaron la bandera tricolor. El Gobierno no estaba preparado, y los insurrectos conquistaron la ciudad en tres días, del 27 al 29 de Julio.

«El grito de libertad de Francia halló en su puesto á Espronceda», y el pueblo de París aplaudió con entusiasmo durante las famosas jornadas al joven y denodado español, que fué uno de los héroes del Puente de las Artes.

Carlos X huyó á Francia, y los diputados orleanistas, reunidos después del triunfo, nombraron una Comisión, que se instaló en el Hôtel de Ville y restableció la guardia nacional, dando el mando de ella á Lafayette. Luis Felipe fué nombrado lugarteniente general del reino, del que no tardó en ser monarca (el 9 de Agosto inmediato), bajo la promesa de aceptar la bandera tricolor y el régimen parlamentario. Hasta 1840 fué su gobierno verdaderamente constitucional; pero á partir de esta fecha quiso hacerlo personal, y también perdió la corona en la revolución de Febrero del 48.

La revolución de Julio repercutió en toda Europa, y el Gobierno de España, alarmado, tomó toda clase de medidas para evitar el contagio; mas no pudo impedir que los emigrados de Londres se trasladasen unos á Gibraltar y otros al Mediodía de Francia, y que empezasen á organizar expediciones militares para traer la libertad á su patria.

Uno de los primeros en pisar el suelo español fué el coronel De Pablo, que penetró por la puerta de Valcarlos, llevando entre sus valientes á Espronceda. El general Eraso le salió al encuentro, con más de mil hombres, entre soldados y voluntarios realistas. El invasor, que sólo contaba con doscientos combatientes, sabedor de que las primeras tropas con que iba á batirse pertenecían á su antiguo regimiento de Voluntarios

de Navarra, creyó que arengándolas las atraería á su bando, y procuró dirigirles la palabra; pero la contestación á su discurso fué una descarga de los realistas, que le hizo caer mortalmente herido. Y á pesar de los prodigios de valor que realizó Espronceda, quien sólo con un puñado de hombres detuvo el ímpetu de las fuerzas absolutistas, no pudo impedir que los vencedores se apoderaran del cadáver de su ilustre jefe, cuya trágica muerte cantó el poeta en sentidos versos.

Después de muerto De Pablo, invadió Valdés la Navarra por el pueblo de Urdax, siguiéndole los generales Mina, Butron y López Baños, el coronel Iriarte, el jefe de Estado Mayor, O'Donnell y Jáuregui. Todos fracasaron; no teniendo mejor suerte el general Palencia y el coronel Guerra, que penetraron en Aragón, ni Miranda, San Miguel, Chacón y Grases, que entraron en Cataluña, ni Milans, Brunet y Baijes en la Junquera, ni Antonio Rodríguez Bordas en Galicia.

Los emigrados en Gibraltar, no queriendo ser tachados de cobardes y esperando tener más suerte que los de Francia, organizaron á su vez otras expediciones no menos desgraciadas, puesto que costaron la vida al anciano coronel Manzanares, á D. José María Torrijos (cuya muerte también cantó Espronceda, lo mismo que la del temerario De Pablo), D. Francisco Fernández Golfín, D. Manuel Flores Calderón y otros muchos ilustres proscritos.

La reacción se acentuó en España hasta el extremo de ordenarse la clausura de todas las Universidades, sustituyéndolas con una escuela de tauromaquia, que con carácter oficial se abrió en Sevilla.

Al estudiar las luchas entre absolutistas y liberales, comprendió Cristina que su suerte iba ligada á la de éstos, y empezó á protegerlos. Los dos bandos se distinguieron desde entonces con los nombres de cristinos y carlistas. El rey vacilaba entre dejar la corona á su hija Isabel, respetando la Pragmática sanción de Carlos IV, ó dejarla á su hermano Carlos, invocando la ley Sálica importada por Felipe V.

Al fin triunfaron los derechos de su hija, en lo que no tuvo pequeña parte la infanta D.ª Luisa Carlota.

Ante los repetidos fracasos de las intentonas de los emigrados, perdida la esperanza de poder ser útil á la causa de la libertad española, Espronceda volvió la vista á la desgraciada Polonia, que (irritada contra el despotismo de Nicolás, quien al suceder á su padre Alejandro dejó de convocar la Dieta y empezó á gobernar autocráticamente) se sublevó al contagio de la revolución de Julio, proclamando la destitución de la dinastía Romanoff y la anexión de Lituania. Emisarios polacos recorrieron las Cortes de las grandes potencias en demanda de protección, y el Gobierno francés, á cuya política convenía entonces fomentar las sublevaciones extranjeras, procuró favorecerlos, no sólo con sus simpatías, sino enviándoles algunos jefes distinguidos, como el general de Caballería Hellerman y otros generales extranjeros, y fomentando la formación de un regimiento de franceses y emigrados que deseaban ir á salvar la Polonia.

Espronceda se alistó en aquella cruzada de espíritus generosos; mas cuando ésta se hallaba dispuesta á partir, se reconcilió Luis Felipe con el Zar, y mandó detener y prender á los mismos que antes empujara al combate.

En España adquiere gravedad la enfermedad del rey, que, próximo á morir, encarga á Cristina el despacho de los negocios públicos. Esta se apresura á decretar una amnistía que abre las cárceles á los presos y las fronteras á los emigrados, y ordena vuelvan á funcionar todas las Universidades.

Al fin muere Fernando VII el 29 de Septiembre de 1833, y los partidarios del infante D. Carlos se lanzan á las armas, provocando la guerra civil. Apoyan á D. Carlos en el interior las Provincias Vascongadas, el clero regular y secular y algunos militares; y en el exterior, las potencias del Norte, D. Miguel de Portugal y los reyes de Nápoles y Roma. Defienden á Isabel II la clase media, los hombres acaudalados, algunos no-

bles, las grandes poblaciones y casi todo el ejército, con la protección de Francia é Inglaterra.

Encargada de la Regencia Doña María Cristina, la desempeñó con los Ministerios de Cea Bermúdez, Martínez de la Rosa, conde de Toreno, Mendizábal, Istúriz, Calatrava y Pérez de Castro, hasta que la sustituyó Espartero, después de haber puesto término á la guerra reconciliándose con Maroto en el abrazo de Vergara.

Espronceda aprovechó la segunda amnistía de 1833 para volver á la patria, y al poco tiempo de llegar ingresó en el Cuerpo de Guardias de Corps, continuando el cultivo de las letras y asistiendo al Parnasillo del café de la Plaza de Santa Ana, con Vega, Escosura, Ortiz, Pezuela, Santos Alvarez, Villalba, Ros de Olano, Álvarez López y otros, que formaron los grupos de líricos, dramáticos, críticos y prosistas, entre los que se cruzaban con frecuencia acerados epigramas.

Cuando Espronceda llegó á Madrid, residían sus padres en una casa de la calle de San Miguel (aunque poseían dos de su propiedad en las calles de la Cruz y de Majaderitos), y con ellos se fué á vivir el poeta, poniéndole casa aparte á Teresa, que le había seguido en la repatriación.

Esta mujer, soberanamente hermosa, al decir de los cronistas, quedó en una situación violenta al no seguir habitando bajo el mismo techo que su amante. Y éste, en lugar de tratarla con el recato y el respeto de una esposa, como le había ofrecido, procuró exhibirla en todos los sitios públicos, haciendo gala de su trofeo de conquistador. Tal conducta dió lugar á que, como dice Rodríguez Solís, «empezaran á formarse algunas nubes en el hermoso cielo de los dos amantes, hasta hacer estallar la tormenta. Irritada por la soledad en que Espronceda se veía forzado á dejarla; celosa por estas ausencias, que ella juzgaba otras tantas infidelidades; herida en su amor propio, llegó un día en que Teresa lo quiso *todo ó nada*. Hermosa como era, muchos hombres la galanteaban, entre ellos algunos amigos de Espronceda. Los celos de Tere-

sa llegaron á tal grado de exaltación, que ofreció á uno de esos amigos de su amante huir con él si mataba á Espronceda.

Al fin Teresa adoptó un día un partido extremo que creyó para ella salvador. Huyó del lado de Espronceda, fugándose á Valladolid. Espronceda fué en su busca y la trajo de nuevo á su lado. Pero Teresa había jugado con fuego... y, después de su fuga, los lazos que la unían á Espronceda quedaron relajados y próximos á romperse. Espronceda no tuvo ya para ella aquellas delicadas atenciones, aquellas encantadoras armonías, aquellos sublimes pensamientos. Teresa lo comprendió y lloró su desgracia con lágrimas de sangre. Durante los graves sucesos políticos que precedieron á la caída de Istúriz, Espronceda, jefe de un motín ocurrido á la salida de la Plaza de Toros, tuvo que esconderse, librándose por milagro de las garras de la policía. Su íntimo amigo D. R. del B. le salvó, llevándole á esconder á la casa de un comisario de policía, amigo suyo, que habitaba en la calle de la Flora...

Allí escribió sus célebres composiciones *El Verdugo* y *El Mendigo*, que su amigo el Sr. B. llevó al periódico la *Revista Española*, del Sr. Carnerero. Teresa no podía acompañar á Espronceda en esta vida de sobresaltos, y hubo de quedar en su casa de la calle del Olmo...

Aunque las visitas de Teresa eran comprometidas, porque muy bien podía ser espiada por la policía, al fin le vió, aunque pocas veces para no despertar las sospechas del Gobierno. A causa de estas visitas y de ciertos sucesos ocurridos en aquellos días, terminaron por completo y para siempre los amores de Teresa y Espronceda.

Teresa lo abandonó, separándose de él, como antes lo había hecho de su legítimo esposo, y dejando en su poder (como antes había dejado en poder de su marido al hijo que tuvo de éste) una niña que había tenido de Espronceda y Delgado, que llevaba el nombre de Blanca y había nacido en 1834, el mismo año en que murió el brigadier D. Juan Espronceda y

Fernández; llevó la niña al lado de su madre, y esta digna señora, que jamás quiso rehuir ningún sacrificio, fué una abuela ejemplar. A su lado permaneció la pobre nieta abandonada, hasta que aquélla falleció en 1840, dejando al ya renombrado poeta sumido en el mayor dolor. Su amigo Ros de Olano se lo llevó para consolarlo á su casa de la calle de Almudena, y poco después «ocupó Espronceda una casa que en la calle de la Greda había buscado y dispuesto para él su íntima amiga la generala D.ª C. O.»

Teresa había fallecido el año anterior, de un violento vómito de sangre, en la casa de la calle de Santa Isabel, número 22, el 18 de Septiembre de 1839, siendo enterrada en el cementerio extramuros de la puerta de Toledo, hoy general del Sur.

Al considerar el duro corazón de esta desgraciada, que abandona á sus hijos por seguir, libre de estorbos, los impulsos de sus pasiones, y al recordar la forma en que salió de su casa de Londres, no se sabe qué pensar: si fué Espronceda el que raptó á Teresa ó Teresa la que sedujo á Espronceda, arrastrándolo fácilmente á tan romántica aventura de amor, y haciéndose adorar de él hasta el extremo de inspirarle el admirable canto que le dedicó en *El Diablo Mundo*.

El poeta, sin embargo, no murió de amor, y halló pronto consuelo en los brazos de la generala D.ª C. O., á quien le unían cariñosísimos lazos cuando se publicaron por primera vez sus *Poesías*, que le dedicó en este soneto:

Marchitas ya las juveniles flores,
nublado el sol de la esperanza mía,
hora tras hora cuento, y mi agonía
crece con mi ansiedad y mis dolores.
Sobre terso cristal ricos colores
pinta alegre tal vez mi fantasía,
cuando la triste realidad sombría
mancha el cristal y empaña sus fulgores.

Los ojos vuelvo en incesante anhelo,
y gira en torno indiferente el mundo
y en torno gira indiferente el cielo.
A ti las quejas de mi amor profundo,
hermosa sin ventura, yo te envío:
mis versos son tu corazón y el mío.

A los pocos meses de mostrarse tan apasionado con la señora D.ª C. O., entablaba relaciones con la Srta. D.ª Bernarda Beruete, dispuesto á casarse con ella para crear una familia, como lo hubiese realizado de no impedirlo la muerte.

José Cascales y Muñoz

(Concluirá.)

HORAS CRÍTICAS DE ESPAÑA

IV

¿Puede vencerse esta debilidad? Difícilmente (1). La conciencia social se desarrolla por el mismo proceso que la individual, apropiándose nuevos elementos, que ya son felices adaptaciones realizadas por los individuos, ya ideas é instituciones tomadas de los pueblos vecinos. La apropiación se efectúa mediante lucha, por resistirse los antiguos elementos á dar entrada á los nuevos, á causa de la incompatibilidad entre unos y otros, y su resultado es la formación de una síntesis nueva, de orden más complejo y elevado que la anterior. En este mayor grado de complejidad estriba el progreso. Para que

(1) El inteligente y laborioso catedrático de la Universidad de Oviedo, D. Rafael Altamira, en su erudito é interesante libro *Psicología del pueblo español*, se muestra en este punto muy optimista. Es natural: toma por base de juicio lo que los escritores de los siglos pasados, que vivieron en época de relativa grandeza nacional, dijeron de España y de los españoles. No; no es ese el camino. La sociedad que á nosotros nos importa conocer, para apreciar su fuerza de vitalidad y juzgar de su porvenir, es la actual, y ésta, con el auxilio de las leyes y métodos que la ciencia social ha conquistado desde el siglo XVIII acá, podemos observarla en multitud de aspectos y relaciones que nuestros antepasados no pudieron ver en la suya. El historiador ó sociólogo que juzgase de la España actual por lo que los publicistas de tal ó cual siglo nos hayan dejado escrito de la España de su tiempo, incurriría en el mismo error que el médico que, para estudiar una enfermedad, tomase por base no al individuo enfermo, sino lo que éste era en estado de salud. ¡Que esto conduce al pesimismo! Pues qué, ¿hay médico capaz de ser optimista ante un agonizante? Seme-

la nueva síntesis se forme, es necesario que la conciencia colectiva posea la correspondiente capacidad evolutiva, el grado requerido de vigor y plasticidad, faltando el cual podrá suceder, si la lucha estalla, que la antigua síntesis se destruya; mas no se formará la nueva, se formará á lo sumo una componenda, yuxtaponiéndose unos á otros los dos grupos de elementos. En este caso, la obra es sencillamente de destrucción. Las antiguas instituciones desaparecen reemplazadas por las nuevas; mas las creencias y costumbres persisten, y como unas y otras son antagónicas, resulta que, al juntarse, luchan, se hostilizan, causándose recíprocamente daño casi igual. Las nuevas instituciones son falseadas por las antiguas creencias, y éstas pierden la virtud de dirigir la conducta. Del régimen caído sólo subsiste lo malo, nada más que lo malo se toma del nuevo, y entre estas dos selecciones regresivas, la sociedad se disuelve. Todo lo colectivo, vínculos, móviles é ideales, todo desaparece, y pasan á ocupar su puesto los intereses y afectos privados. La esfera de la vida se circunscribe á lo presente; en lo pasado y lo futuro nadie piensa. Como en un cadáver galvanizado, el orden material, la forma externa, se mantiene; el orden moral, el espíritu, muere.

En dos ocasiones se ha mostrado la conciencia social espa-

---

jante optimismo sería una sangrienta burla. Por otra parte, no puede decirse que el pesimismo sea mejor ni peor que el optimismo: ambos conducen á cruzarse de brazos. Con razón Ward opone á uno y otro el *melioríismo*. Así llega el Sr. Altamira á formular proposiciones tan graves como ésta: España puede volver á ser, por la sencilla razón de que fué. No: en la evolución social, no todas las sociedades avanzan hasta la misma meta; cada una adelanta hasta el límite que le fijan la herencia étnica y las condiciones del medio físico. Esa proposición es contraria á una de las leyes históricas más firmemente sentadas; á saber: que ningún pueblo que ha llegado á la plenitud de su desarrollo y ha decaído, ha vuelto á levantarse. Ahí están, en la antigüedad, todos los Estados orientales, todas las ciudades griegas y el Imperio romano; en el período medioeval, los califatos árabes y el Imperio bizantino; en la Edad moderna, Marruecos, Turquía, Polonia y nosotros mismos, que llevamos tres centurias cabales de decadencia.

ñola falta del vigor requerido para elevarse á un grado de cultura y de organización social superior al del antiguo régimen: el reinado de Carlos III y el de Isabel II. En el dichoso reinado de Carlos III, España pareció despertar de su sueño secular, al choque con las ideas de la nueva filosofía social. Se puso coto á las intrusiones de la Curia romana; se proclamó y afirmó la independencia del poder civil, y si no se abolió la Inquisición, se la cortaron cuando menos las uñas. Toda la actividad del Estado se encaminó hacia el cultivo de las ciencias, el desarrollo de la instrucción pública y el fomento de los intereses económicos, sin que quedasen olvidados el ejército y la marina. Habríase dicho que la sociedad española entraba en una era venturosa de desenvolvimiento progresivo. No hubo nada de esto, sin embargo. Aquello fué como una llamarada. La conciencia española no pudo apropiarse ninguna de las nuevas ideas, y se volvió á tender, no bien desapareció el monarca reformador, en el surco de la tradición. En el movido reinado de Isabel II, los entusiastas del régimen constitucional, favorecidos por los intereses dinásticos, tuvieron fuerza para luchar contra los tenaces defensores del absolutismo, mas no para vencerlos, terminándose la lucha por un convenio. El interés dinástico se salvó; el régimen siguió en litigio. La lucha se trasladó de los campos á la política, donde fueron ganando terreno los tradicionalistas, al extremo de provocar, con sus medidas de cada vez más restrictivas, la revolución de 1868. El triunfo pareció entonces definitivo; pocos fueron los contemporáneos que no creyeran ver surgir una nueva España libre, culta y progresiva. La decepción ha sido terrible. De nuevo la conciencia social ha carecido de vigor para construir la nueva síntesis con lo utilizable de lo antiguo y lo sano de lo nuevo, sobre la base de nuestro temperamento y carácter, y después de treinta años de aparente paz, en realidad de lucha sorda y demoledora, hemos venido á caer en el estado actual de desmoralización y desvalimiento. Hoy todo lo social ha muerto entre nosotros; sólo queda vivo lo individual. Exteriormente, el orden es com-

pleto; en lo interior, la congoja anida en todas las almas. Brota la protesta de los labios de todos, así de los que se han resignado á encerrar su atención en la estrecha celda de lo privado, como de los que todavía la dejan volar hasta las alturas de los ideales y afectos sociales.

Estas ligeras indicaciones justifican la afirmación de que es muy difícil vencer nuestra pereza para adelantar en los órdenes de la idea y de la acción, de la cultura y del derecho. Mas esto no quiere decir que sea imposible. Afortunadamente, España tiene por vecinas á las demás naciones del Occidente de Europa, en las que la vida pública se desenvuelve ordenada y progresivamente, y ha lugar á la esperanza de que, por influjo de la vecindad, que ha sido en todos tiempos de eficacia suma, pueda la conciencia española efectuar el desarrollo necesario para elevarse á la concepción y práctica del Estado moderno. Requiérese al efecto, por parte de los españoles, un esfuerzo supremo, mediante el que adquieran un nuevo grado de poder mental y moral, sin lo que la vecindad y cualquier otro bienhechor influjo serían ineficaces. Este esfuerzo incumbe á todos los que ejercen funciones directivas, pero en especial á los políticos, los cuales, por ser órganos de la voluntad colectiva, constituyen la clase directora por excelencia; y consiste en que cambien radicalmente de pensamiento y de conducta, consagrando toda su atención á los problemas de gobierno y ejerciendo las funciones públicas con desinterés, con abnegación, con estricta sujeción á la ley y sin otro objetivo que el bien público. La política es hoy una granjería; es menester que sea un sacerdocio. Todas las funciones directivas llevan aparejado el sacrificio, á causa de no tener, por la alteza de su fin, expresión económica equivalente, y la función política, que es la más difícil y elevada de todas, impone también un sacrificio mayor que ninguna otra. ¿Son capaces de realizar este sacrificio los optímatas de nuestros partidos? Hay sobrados motivos para dudarlo. Ni por la elevación de su pensamiento, ni por el desinterés de sus afectos, ni por la firmeza de su carácter,

pueden nuestros personajes políticos infundir la esperanza de romper algún día el círculo de hierro en que se mueve hace siglos nuestra política: abuso de poder arriba, por ignorancia ó por herencia; abuso de poder abajo, por el mal ejemplo de arriba. Su carencia de principios fijos y su hábito de acomodarse al medio, lo que es muy cómodo y fuente de grandes satisfacciones, los incapacita para adoptar é imponer nuevas normas de conducta. ¿Dónde está el jefe de gobierno capaz de pedir sinceramente al pueblo la confirmación de sus poderes, resignándose á perder las elecciones antes que consentir á nadie vulnerar la ley? Fundado es el temor de que nuestros actuales políticos, tales como son, tales morirán. Y no es esto lo peor, sino que los jóvenes que van ingresando en la vida pública, educados en la escuela de semejantes maestros, se moverán mañana en los mismos moldes que ellos. Por este camino no hay salvación.

Puede proponerse otro: educar convenientemente á los individuos de las nuevas generaciones que tengan vocación á la política, dotándoles de profundo sentido moral y de una instrucción sólida y amplia, basada sobre los principios fundamentales del gobierno de los pueblos, inducidos de la historia del mundo; y que los tales jóvenes, una vez terminados sus estudios, pasen dos ó más años en los países mejor gobernados, para observar cómo funcionan allí las instituciones que son entre nosotros meras sombras. Basta, al efecto, con organizar una enseñanza de las ciencias sociales bajo la dirección de buenos maestros, y obligar á cursarla á los que piensen dedicarse al ejercicio de los cargos políticos. Porque es verdaderamente anómalo que para todas las funciones directivas se exija cierto orden de conocimientos, y que no se pida ninguno para la más compleja y difícil de ellas. El gobierno es ciencia y arte juntamente, y el que no posea esta ciencia y este arte carecerá de base para pensar y de norma para obrar, quedando expuesta la nación á todo linaje de desventuras.

¿Sería eficaz este procedimiento? Cabe dudarlo. Aun en el

supuesto de que nuestros gobiernos se decidieran á organizar esta enseñanza, que no se decidirán, y de que dispusiéramos de maestros adecuados, que no tenemos ni es fácil traer de fuera, nuestro ambiente político tiene tal poder de atracción, que seduciría á los jóvenes educados conforme al nuevo sistema, por firme que fuera su propósito de poner por encima de todo la obediencia á la ley, el respeto al derecho, el culto á la dignidad moral y el sacrificio por el bien de sus semejantes. Fíjese cada cual en el período que abarca su personal experiencia, y observará que todos nuestros reformadores, incluso los surgidos á consecuencia del desastre colonial, que han ingresado en la vida pública, han caído envueltos y anulados por el ambiente que se respira en nuestras Cortes y en nuestros centros burocráticos. Por otra parte, aun en el caso de que se consiguiese alguna mejora, el procedimiento es muy lento, daría sus frutos á largo plazo, cuando ya el enfermo no tuviese cura.

Porque el remedio urge; no hay instante que perder. Las naciones del Occidente de Europa no han cesado un punto de marchar adelante: después de haber realizado felizmente la doble evolución política de la geocracia á la timocracia y de ésta á la democracia, fundando un individuo autónomo é inviolable, han entrado en una nueva evolución de carácter económico y ético, la evolución socialista, que tiende á fundar sobre el individuo emancipado una sociedad basada sobre la justicia y el amor. España, en cambio, está parada, estacionada en la transformación política, que ha realizado en las leyes, no en las costumbres; en la forma, no en el fondo; y esto la incapacita para adelantar un paso en la nueva evolución socialista, por carecer de base, que es el individuo considerado como parte integrante del todo social; y así como entonces nuestros esfuerzos sólo sirvieron para romper los vínculos sociales del antiguo régimen, sin sustituirlos por los propios del nuevo, de donde provino la relajación de nuestras costumbres públicas, así es de temer que nuestras tentativas de ahora sirvan sólo

para romper los escasos vínculos morales que aun subsisten entre los representantes del trabajo y los del capital, y determinar la disolución completa de la sociedad.

Y estos temores no son infundados. Obsérvese que mientras los demás Estados del Occidente y Centro de Europa extienden sus funciones económicas y saben ejercerlas tan bien ó mejor que los particulares, el Estado español, por no disponer de funcionarios inteligentes y probos, se despoja torpemente hasta de las suyas propias, transfiriéndolas á compañías explotadoras. Los monopolios del tabaco, de las cerillas y del azúcar, la cobranza del impuesto de consumos y de la contribución mueble é inmueble, hasta el crédito, todo lo arrienda el Gobierno español, entregando á los ciudadanos, atados de pies y manos, á la rapacidad de empresas avaras, despiadadas y crueles. En vez de trabajar por formar al individuo respetándole, educándole y coadyuvando á su bienestar, hace todo lo posible por anularle, negándole el derecho y dificultándole la vida. ¿Qué importa que, por otra parte, nos apliquemos á mejorar las condiciones del trabajo, que hayamos dado la ley de accidentes del trabajo y la del descanso dominical (1), que hayamos fundado el Instituto de Reformas Sociales, modelo, por cierto, de

(1) Por citar la ley del descanso dominical, no se entienda que la aplaudo ni que la apruebo. Donde el descanso en domingo haya nacido por evolución social espontánea, como en Inglaterra, quizás deba ser respetado, cualquiera que sea su extensión; mas donde no ha nacido y se quiere establecerlo, como en España, hay que proceder con gran mesura, con gradación insensible, para no causar en vano perturbaciones y daños. Dar descanso los domingos á los mancebos de comercio y á los dependientes de ultramarinos, por ejemplo, que pasan la semana tras el mostrador, sin ver el sol ni respirar aire puro, muy santo y muy bueno; pero imponerlo á los labradores, que viven en el campo, y á los obreros que trabajan al aire libre, es un error y una tiranía. Muy estimable es la igualdad, pero delante de ella está la libertad, la cual no debe ser coartada en la esfera privada sino transitoriamente y en virtud de razones muy poderosas. Nuestra ley del descanso dominical es igualataria y digna de la democracia socialista. Nueva prueba de que sólo sabemos andar á saltos: de la libertad anárquica saltamos á la igualdad niveladora.

labor inteligente y asidua, si nada de lo que se formula en la ley penetra en la conciencia ni se condensa en costumbre? Daremos una segunda edición de lo que hicimos en la evolución política, donde formulamos un admirable sistema de leyes orgánicas (1), y sin embargo, nadie tiene garantido su derecho. El problema se plantea en términos precisos y fatales. La evolución socialista requiere, como base para fundar la nueva sociedad justa y ética, un individuo consciente de su derecho, autónomo é inviolable, y donde este individuo no se dé, todos los poderes terrestres y celestes fracasarán en la empresa de fundarlo. Pues nosotros carecemos de semejante individuo; nosotros no tenemos más que Estado, el Estado fuerza, especie de dios Moloch, que tiene por fin su propio bien, no el bien de los gobernados, á quienes despoja sin piedad del producto de su trabajo, cuyos derechos menosprecia y vulnera, que hasta pone trabas á la expresión de sus deseos y de sus quejas. Hay que repetirlo una y mil veces: mientras no logremos realizar la evolución política fundando el individuo autónomo, la persona social, será perdido cuanto intentemos para edificar la nueva sociedad sobre la base de un individuo que no tenemos.

Ahora bien: ¿pueden nuestros actuales partidos políticos efectuar la evolución democrática, crear la persona social? Resueltamente, no; sin distinción de monárquicos, carlistas ó re-

(1) Spencer, en sus *Estudios políticos y sociales*, dedica un artículo á estudiar el exceso de legislación en Inglaterra; ¡cuántos no habría escrito si hubiese vivido en España! De poco tiempo acá, ha renacido entre nosotros la opinión que padecieron los déspotas ilustrados de la segunda mitad del siglo XVIII, de que basta con dictar leyes para cambiar las sociedades; y dominados por este prejuicio, nuestros políticos no dan paz á la mano en lo de revocar leyes, de muchas de las cuales no puede decirse que fueran buenas ni malas, porque nunca se habían cumplido, sustituyéndolas por otras, que también quedarán incumplidas. ¡Qué error! ¿Quién ignora hoy que las sociedades cambian únicamente al tenor que mudan las ideas y los afectos de sus individuos, y que las leyes sólo son eficaces cuando interpretan fielmente estos cambios? ¡Leyes impuestas por la fuerza! Admirables para perturbar y disolver.

publicanos. Así vivan mil años, no saldrán de los cauces por donde han andado hasta aquí. Devotos discípulos de Metternich, practican el régimen constitucional tal como este gran estadista lo definía: «quítate tú para ponerme yo». Los incapacita para cosa mejor la falta de ideal, lo que hace que no los una el amor al bien público, sino la adhesión personal, ganada por el favor recibido ó esperado, por donde se divorcian del pueblo, cuyos deseos é intereses, que deberían ser la base de su conducta, no cuidan de consultar, y erigen en suprema norma de sus actos la conveniencia del partido, lo que les lleva á menudo, contra su voluntad, á violentar las leyes y cohibir el desarrollo de sanas energías. Este linaje de despotismo revestido de formas populares es el más disolvente de todos. Los partidos que lo ejercen son capaces de destruir, incapaces de crear. En la vida de los Estados modernos no debe tener cabida otra voluntad que la formulada en la ley ó la expresada por el pueblo; en la vida del Estado español no se tropieza con otra voluntad que la individual. Nuestros políticos, con todo su buen deseo, no se transforman, al ocupar la función pública, en órganos de la conciencia colectiva; siguen inspirándose en la privada, á cuyos impulsos ajustan en primer término su conducta. Esta estrechez de horizonte desvirtúa en su alma las elevadas concepciones de ley, deber, virtud, justicia, patria, humanidad, inspiradoras del sacrificio que santifica á los individuos y salva á los pueblos. Por estas causas no puede esperarse de los actuales partidos políticos (1) que

(1) Nuestros actuales partidos monárquicos se formaron á raíz de la restauración, con el fin, espontáneo ó reflexivo, de fundar una monarquía democrática. Cumplieron á maravilla su cometido, habiendo sido su último acto el establecimiento del sufragio universal. Entonces, cumplido su fin, debieron, ó renovarse proponiéndose nuevos empeños en armonía con las nuevas necesidades, cuando menos la práctica sincera de las leyes votadas por ellos mismos hasta transformarlas en costumbres, ó retirarse cediendo el puesto á otros partidos con nuevas orientaciones. Faltóles plasticidad para lo primero, virtud para lo segundo, y siguieron en sus puestos, mas no como partidos, sino como agrupaciones personales, que monopolizaron

realicen la evolución democrática ni, mucho menos, la social. ¿Qué hacer entonces? ¿Resignarnos con la muerte? Queda un recurso: sustituirlos.

V

Las transformaciones sociales tienen por punto de partida el cambio de ideas y aspiraciones ó, como habría dicho Tarde, de creencias y deseos; á este cambio corresponde una alteración en el sistema de valores sociales, y esta alteración lleva consigo la sustitución de clases. Cada clase representa un determinado valor social, y decae al tener que este valor pasa del primer puesto al segundo, al tercero, al cuarto, etc. Así, en toda transformación social ha surgido á la vida pública una clase nueva, la cual ha compartido en un principio la dirección del Estado con la que antes lo monopolizaba, y más tarde la ha reemplazado por completo. Los valores y las clases nacen por diferenciación, de la misma suerte que las funciones. En la primera parte de la Edad Media, el primer valor social era la tierra, con la soberanía, ambas indivisamente, patrimonio de la sociedad feudal; el segundo, el trabajo servil, que prestaba la sociedad dominial. Desde el siglo XII, por el renacimiento del derecho romano, la extensión del cultivo y el desarrollo de la vida industrial y mercantil, empieza á formarse una clase nueva, compuesta de legistas, artesanos y

el poder para gozarlo en amigable turno, infringiendo al efecto leyes, perturbando el orden y desmoralizando al pueblo. Así prepararon nuestra caída. La agrupación liberal dejó de ser reformista; la conservadora perdió el tono de templanza y el ambiente de cultura de que la dotara D. Antonio Cánovas del Castillo. Los republicanos se inutilizaron, primero, por las divisiones de sus jefes, y luego, por haberse inmovilizado en su programa de 1874 y en el procedimiento revolucionario, mostrándose no menos incapaces que los monárquicos para asimilarse las nuevas transformaciones sociales. Con lo dicho basta para convencerse de que el Estado español carece de órganos de gobierno, no siendo los que se dicen tales sino restos más ó menos debilitados de los que lo fueron, orientados hacia lo pasado y con las espaldas vueltas á lo presente y lo futuro.

mercaderes, el llamado tercer estamento ó brazo, el cual representaba valores incompatibles con la organización feudal: la inteligencia, el trabajo libre y la riqueza mueble. Por ello, este brazo fué, casi en todas partes, apoyo firmísimo del poder real, y contribuyó eficazmente á su triunfo, que fué en parte su propio triunfo. Bajo la monarquía absoluta, los legistas se elevan á consejeros de los reyes; los mercaderes y artesanos enriquecidos obtienen patentes de nobleza, y la aristocracia feudal cede en breve período el puesto á la cortesana, hechura del trono. Esta transformación fué mayormente política; se limitó á transferir la soberanía de los señores al rey, el cual reunió los atributos de señor feudal y, como tal, propietario eminente del suelo; príncipe soberano, en los términos del derecho público romano; representante y ministro de Dios. La tierra, sin la soberanía, fué ahora el primer valor social, y de la tierra dependió la condición de las personas. La tierra libre, exenta de tributo, fué privilegio de las dos clases directoras, la clerecía y la nobleza; la tierra sujeta á tributo caracterizó al pechero; la tierra sujeta á prestación personal, al villano; la tierra trabajada á la fuerza, en beneficio de otro, al siervo. La riqueza mueble y la cultura no fueron computadas, siendo mirados con desdén sus poseedores.

En virtud del gran vuelo que el renacimiento intelectual del siglo xv imprimió á los estudios y de los dilatados espacios que á la actividad industrial y mercantil abrieron los descubrimientos geográficos, el tercer brazo, mejor dicho ahora, la clase media, creció rápidamente en importancia á partir del siglo xvi, al tenor que fueron marchando la renovación de las ideas y el incremento de la riqueza mueble. Poco á poco, la riqueza, en cuanto fruto de la inteligencia y del trabajo, fué ocupando el primer puesto en el sistema de valores sociales, perdiendo la tierra su condición privilegiada y pasando á ser estimada simplemente como factor económico. Llegó un instante en que las nuevas concepciones, extensamente difundidas y profundamente arraigadas, quebrantaron el poder de las antiguas

creencias é instituciones, y en que los poseedores de la riqueza mueble, que influía en el bienestar de la vida tanto ó más que la inmueble, no pudieron resignarse por más tiempo con su situación desairada. Entonces estalló la lucha, en cada país á su tiempo, según la celeridad con que en cada uno se habían desarrollado los nuevos valores: en Inglaterra primero, luego en Francia, á continuación en las demás naciones europeas, de Occidente á Oriente. El resultado de estas revoluciones fué transferirse la dirección de la vida pública de la nobleza territorial y cortesana, que fué desapareciendo con el antiguo régimen, á la clase media, que pasó á ser el órgano principal del nuevo Estado y lo dirigió con acierto durante cierto período. La transformación fué honda y completa. La sociedad cambió de fundamento: éralo antes la tierra; lo fué ahora la persona, no con entera independencia aún, sino en cuanto poseedora de una cantidad fija de riqueza. Mas esto no importa: el principio estaba sentado, y no había de tardar en desprenderse de esta leve limitación.

Apresuró esta emancipación la conducta de la clase media, que no tardó en pervertirse. Se empeñó en mantener cerradas para siempre las puertas de la vida pública á los representantes de la cultura y del trabajo (capacidades, pequeños labradores, industriales y comerciantes); contrajo una sed devoradora de riqueza, y no con el fin de invertirla en nuevas empresas para bien de los desheredados, sino con el de ostentarla en locos caprichos é insensatas vanidades; para atesorarla empleó todos los medios, hasta los más inmorales é inhumanos, y no satisfecha con la posesión de la riqueza, se decoró, para ocultar lo humilde de su origen, con los títulos de la antigua nobleza cortesana. Así se constituyó una oligarquía adinerada, la llamada burguesía, caracterizada por su codicia y egoísmo, y que abusó del gobierno ejerciéndolo exclusivamente en provecho de sí misma. La corrupción fué espantosa. Baste recordar el gobierno de Walpole en Inglaterra, y el de Guizot en Francia. Esta conducta apresuró en la conciencia

social la transformación que, á impulso de los rápidos progresos de la instrucción pública, se estaba efectuando en el sistema de valores sociales, emancipándose de la riqueza la inteligencia y el trabajo, y dándose á estos dos últimos factores la misma consideración que al primero. Por virtud de este cambio, desde mediados del siglo XIX empezó á efectuarse la transformación del Estado timocrático al democrático, abriéndose á todos los ciudadanos, en cada país más ó menos gradualmente, las puertas de la vida pública.

Con el advenimiento del Estado democrático ha coincidido la aparición del socialismo científico y práctico, que limitado primero á las relaciones entre el trabajo y el capital, se ha ido aplicando á las demás esferas sociales, hasta comprender la vida entera del Estado. El fundamento de su desarrollo ha sido la nueva alteración efectuada en el sistema de valores. No tardó en advertirse, en efecto, que la riqueza es un producto, inferior, como tal, á las actividades que la crean, la inteligencia y el trabajo, y en reconocerse que el primer valor social es el pensamiento, luz y guía de la vida, que abre camino para todo; el segundo, el trabajo, creador de la riqueza, tanto más meritorio cuanto más inteligente; el tercero, la virtud, que presta eficacia al trabajo y al pensamiento; el cuarto, la riqueza, que sólo es legítima y fecunda cuando se adquiere por medio del trabajo. Conforme á este sistema de valores, que parece ser completo y definitivo, á los representantes de la inteligencia y del trabajo corresponde el primer puesto en la consideración pública y en la dirección del gobierno; y en efecto, de unos años acá van conquistando la una y la otra en todas las naciones de América y en muchas de las europeas, en cuyos Parlamentos obtienen de un año á otro representación más numerosa é influyente. Tal es la transformación que se está efectuando á nuestra vista. De su importancia puede juzgarse con sólo advertir que, en los estados sociales anteriores, ha ocupado el primer puesto un valor parcial y secundario, que ha conferido el derecho á una determinada clase con preteri-

ción de las restantes, al paso que en adelante regirá la vida social el sistema completo de valores, que asegurará á todos los individuos la condición jurídica y económica que les corresponda, en razón á las aptitudes y méritos de cada uno.

En España, esta evolución ha marchado al par que en las demás naciones del Occidente de Europa, hasta la hora de empezar á efectuarse la transformación timocrática (Constitución de 1812), la cual tropezó aquí con resistencias tan vivas que ni la revolución de 1820, ni la guerra de siete años, después de la muerte de Fernando VII, ni los veintiocho años de dictaduras militares que siguieron á la guerra, pudieron vencer. Nuestra clase reformista desplegó virtudes heroicas durante la lucha; pero fué incapaz de fundar el nuevo régimen después de la victoria. La renovación se limitó á las leyes; el espíritu y las costumbres persistieron invariables. Ni la Constitución se cumplió, ni las elecciones fueron sinceras, ni las Cortes libres. El poder ministerial se erigió en dueño, y gobernó con la misma arbitrariedad que los reyes absolutos. El antiguo Estado se desorganizó sin llegar á fundarse el nuevo, á consecuencia de lo cual los vínculos sociales se rompieron y la desmoralización empezó á causar estragos. Poco á poco, el egoísmo se erigió en supremo director de la conducta; perdióse el respeto á los intereses públicos, y no se creyó ilícito administrarlos en beneficio de los privados. En esta situación, la revolución de 1868 quiso llevarnos de un salto de la timocracia á la democracia. ¡Qué utopia!

Fracasó, naturalmente, á pesar de lo cual la Restauración, cediendo á generosas pero injustificadas impaciencias, incurrió en el mismo error, estableciendo definitivamente el sufragio universal. Desde entonces se precipitó nuestra decadencia. Los jefes de partido, tomando por categoría fundamental lo que es mero accidente, se aplicaron, con fervor digno de mejor causa, á cerrar todas las puertas por donde pudiera manifestarse la voluntad social, lo que consiguieron poniéndose de acuerdo para turnar en el poder, sobre la base de tolerar, ya

que no fomentar, todas las formas de la violencia y del fraude, donde la ignorancia no las hacía innecesarias, para burlar la ley y escarnecer la voluntad de los electores. A maravilla consiguieron su objeto. En los diez y nueve años que lleva de ser ley el sufragio universal, ni un socialista, ni un pensador independiente, no afiliado á un partido político, ha penetrado en nuestras Cortes. Mas no previeron que el falseamiento del sufragio, aislando á la política del medio social, había de privarla de todo sentido y representación, esterilizarla, corromperla; había de cambiar la representación nacional de órgano de la voluntad colectiva, encargado de resolver, previo detenido estudio y meditación profunda, los grandes problemas que sin cesar se van planteando en la vida de los pueblos progresivos, en miserable campo de batalla entre intereses locales y egoísmos personales. Hoy cosechamos el ponzoñoso fruto de aquella desastrada labor. El sacrificio por el bien público, primera condición de la profesión de político, es cosa que nadie comprende en este país. Los políticos más poseídos de su deber creen cumplir con dedicar su atención algún que otro rato, como por pasatiempo, á los asuntos públicos; ninguno hace de la ciencia política y del arte de gobernar la profesión de su vida. No van á los ministerios los políticos más aptos, por sus facultades y preparación, para desempeñar los deberes de su cargo lo mejor posible, condición sin la que ninguna sociedad política puede prevalecer en la lucha por la existencia (1); van generalmente los menos aptos, y no faltan quienes, haciendo gala de facultades universales, saltan, sin desdoro para ellos ni extrañeza de nadie, de uno á otro ministerio. Nuestras Cortes no representan ninguna fuerza social: ni la inteligencia, ni el trabajo, ni siquiera la riqueza. Cierto que hay en ellas intelectuales, hacendados y rentistas, mas no están allí en virtud de representación, sino por el grato querer de los ministros. Nuestros partidos políticos no difieren entre

(1) Ammon: *L'Ordre Social*, pág. 63. Traducción del alemán.

sí en punto á ideas, de las que están igualmente huérfanos; más que partidos, son compañías, que se transmiten amigablemente el poder cuando uno de ellos se cansa de ejercerlo. Todo es abstracción y rutina, convencionalismo y apariencia; nada de sinceridad. Unas cuantas voluntades (las de los ministros), revestidas de formas democráticas, pero inspirándose en intereses y afectos parciales y usando de procedimientos despóticos, he aquí nuestra actual forma de gobierno, monstruoso conjunto de todo lo negativo del nuevo y del antiguo régimen. Ni en Corinto, ni en Cartago, ni en Venecia, ni en parte alguna, ha habido una oligarquía tan abusadora del poder, tan menospreciadora del derecho, tan descuidada del gobierno y de la administración. Esto explica las desdichas que ha sufrido esta desventurada nación, y las que todavían le aguardan, si Dios no la tiene de su mano.

Como se ve, el mal es hondo y extenso, y se necesita, para curarlo, de hombres nuevos, de gran vigor intelectual unos y todos de elevado carácter ético, que se impongan el sacrificio de ir á la política y restituirla á su condición de órgano de la voluntad social, mediante asiduo estudio, observación diligente, interpretación racional de los hechos sociales, circunspección, tino, valor y perseverancia. ¿Disponemos de tales energías en cantidad suficiente para realizar esta saludable transformación?

Obsérvase en nuestra sociedad, de unos años acá, un fenómeno triste: el de quebrantarse, por lo general, la moralidad y el carácter en los individuos que frecuentan nuestros centros docentes, al tenor que se instruyen, por la sed de riqueza y de medro que se apodera de sus almas; y estos individuos son los que más tarde van á la política, ocupan los cargos públicos y forman el contingente principal de las clases directoras. Entre las causas de esta descomposición, figuran el influjo del medio social y el carácter memorista y externo de la cultura, falta de fuerza para refrenar los impulsos egoístas. Acertada es la denominación de intelectual aplicada á esta clase, en cuanto

utiliza la inteligencia como arma para satisfacer sus ambiciones personales á costa de los intereses públicos. He aquí las fuerzas sociales enfermas. ¿Cuáles son las sanas?

Sálvanse de este deterioro algunas individualidades de constitución mental privilegiada, en las que el sentimiento de la dignidad y del deber tienen echadas hondas raíces, y casi todos los que eligen el cultivo de la ciencia como fin de su vida. De la importancia numérica de estas dos clases, que unimos en la denominación de pensadoras, es difícil juzgar, porque viven dispersas, en la oscuridad de la vida privada, no juntándose nunca para una acción colectiva; pero hay indicios para pensar que son numerosas. La organización de nuestros partidos, que imponen al individuo la renuncia á su juicio y voluntad; la sobreestima otorgada en la vida política á cualidades puramente externas, como palabra fácil y dón de gentes, con menosprecio de las internas, la verdad, la sinceridad y el saber; el bajo nivel de los móviles políticos, inferiores á los de la media social, alejan de la esfera del Gobierno á lo más noble que produce la raza, á los individuos de cierto vigor de pensamiento, profundo sentido ético y carácter firme y sostenido. Si dichas dos clases, que sin embargo de vivir diseminadas son el nervio y sostén de la sociedad, no fuesen numerosas, tiempo ha que ésta se habría disuelto. A estas fuerzas de índole directiva debemos juntar las ejecutivas, representadas por los trabajadores no pervertidos por el espectáculo del lujo ó el contacto con el vicio en los grandes centros, los cuales, dirigidos por el sentimiento más que por la reflexión, conservan íntegra la moral de la raza, entre cuyos preceptos figuran el amor á Dios y al prójimo, la veneración á los padres, el culto al trabajo y el respeto á la propiedad. Nuestra clase trabajadora (1), inclu-

(1) Acerca de la importancia del trabajo, ya el inglés Cobbett escribía en 1816 á los labradores ingleses: «A pesar de la infatuación del rango, de la riqueza ó de los títulos universitarios, la fuerza real de un país es siempre el trabajo de su pueblo».

yendo en ella á cuantos hacen del trabajo la ocupación de su vida, desde el bracero al hacendado, desde el obrero al industrial, obra por motivos, si no muy elevados, por lo general rectos, en los que se hermanan el interés individual y el social, y aunque inclinada á la tradición, no deja de abrigar aspiraciones reformistas. Esta clase tiende á que se dé al trabajo el puesto que le corresponde en la organización social y que se proporcione la recompensa al mérito de la obra; tiene bastante arraigado el sentimiento de justicia; mira con respeto lo ajeno, sea de propiedad privada ó común; es laboriosa, ordenada y sobria; hállase dotada de fuerte simpatía, acudiendo á socorrer la desgracia ajena, á veces hasta con peligro de su vida. Su gran defecto es la incultura. He aquí las fuerzas sociales sanas.

¿Cuál de los dos grupos de fuerzas es el más importante? Al lado del fenómeno antes apuntado, se observa en nuestra sociedad otro animador: el de brotar de los labios de todos los españoles que se mantienen alejados de la vida pública, dondequiera que se habla de política, protesta enérgica contra los desaciertos de nuestros legisladores, las arbitrariedades de los gobernantes, el abandono de los intereses públicos y lo enredoso de la administración; y esta protesta revela la existencia de una opinión extensa y profunda contra el actual modo de entender y practicar el gobierno y de un deseo vehementísimo de mejora. Tomando esta opinión por barómetro, debemos pensar que las fuerzas sanas superan en importancia á las enfermas. Entonces, ¿por qué no se imponen? Porque viven dispersas, en estado difuso, y necesitan, para surtir efecto, condensarse en un movimiento concreto, bien orientado, con finalidad concreta y cierta. ¿Es capaz el pueblo español de realizar esta condensación? Sin duda. Cierto que del pensamiento á la acción, cuando hay que sacrificar intereses individuales, media gran trecho: pero los españoles han salvado más de una vez esta distancia condensando fuerzas importantes para fines revolucionarios. Hoy no se trata de esto; los actos de fuerza

pasaron ya, á no ser que gobernantes ciegos extremaran la represión, al punto de no respetar las libertades individuales. Desde que terminó la lucha por la conquista de los derechos políticos, que han abierto las puertas al progreso en todas direcciones, el desenvolvimiento social ha trocado la forma revolucionaria por la evolucionaria, debiendo las fuerzas reformistas marchar por los senderos jurídicos, en consonancia con las exigencias de los intereses económicos y de los principios éticos, que son las normas á las que ajustan su conducta las actuales sociedades. La moral social condena hoy las revoluciones en los Estados organizados sobre la base del derecho, con la misma energía que condena la guerra. Mas es indudable que el pueblo que supo condensar fuerzas para obtener reformas por el peligroso sendero de la revolución, sabrá condensarlas para conseguirlas por el suave camino de la evolución. Tiene, al efecto, cuanto necesita: una clase directora, para darle ideal; y un pueblo, para imponerlo con sus votos.

Por tanto, la solución consiste en la unión firme é íntima de los obreros con los pensadores, de la fuerza con la idea, del trabajo con la dirección (1). Los pensadores deberán aplicarse á educar á los obreros en términos que, sin perder las virtudes que hoy poseen, adquieran las propias de la cultura, y abandonando los vicios de que hoy adolecen, no contraigan los de la clase media. Los obreros, que tienen á favor suyo el número, deberán elegir por consejeros y representantes á los pensadores, los cuales llevarán á las funciones de gobierno el ideal de justicia, de igualdad y de amor, la entereza de carácter, la abnegación y el sacrificio que son indispensables para el régimen y progreso de las sociedades. Juntas estas dos cla-

(1) Esto mismo se propuso nuestro gran estadista D. Nicolás Salmerón al aceptar la presidencia de la solidaridad: el camino era derecho; el éxito, seguro; pero los solidarios catalanes se han encerrado en su Cataluña, no han sabido elevarse al punto de armonizar los intereses de su región con los de las demás, y esto ha hecho que el movimiento apenas haya repercutido fuera de las fronteras del Condado.

ses, y secundadas por cuantos guarden en su pecho un resto del amor patrio, quizás puedan crear aún la persona social y fundar el nuevo Estado, que deberá tener por base la voluntad del pueblo, sinceramente consultada y libremente expresada; por medio, el imperio de la ley, á la que se obligue á todos á prestar obediencia; por fin, la realización de los ideales económico y ético, consistente el primero en no consentir que haya ninguna actividad baldía y hacer, por medios directos ó indirectos, que el haber social se reparta en proporción á la cantidad y calidad del trabajo prestado; el segundo, en que los individuos subordinen sus intereses á los de la comunidad y ajusten sus actos á las normas sociales de conducta.

Sin embargo, la empresa de unir para una acción política común á los obreros con los pensadores no es fácil, sino dificilísima, tanto por la frialdad en que ha de tropezar arriba, cuanto por los recelos y desconfianzas que ha de suscitar abajo. En nuestros pensadores no abundan la esperanza ni el entusiasmo, y la ignorancia, junto á una larga serie de desengaños, ha vuelto suspicaces á nuestras clases trabajadoras, las cuales reciben con prevención, cuando no vuelven desde luego la espalda, á las personas que se les acercan con el noble fin de mejorar su condición. Mas el entusiasmo se despertará arriba por la virtud de la idea; la desconfianza se vencerá abajo con la educación y con repetidos ejemplos de desinterés y generosidad. A los pensadores incumbe la iniciativa; á los trabajadores, el secundarla. La clave del problema está en que haya entre nosotros unos cuantos varones de clara y bien cultivada inteligencia, de corazón animoso y puro y de voluntad inquebrantable, en condiciones de consagrarse á reunir los elementos sanos de una y otra clase bajo el nuevo ideal social y político, desarrollado en una serie de proposiciones claras, sencillas y precisas, ya para constituir con ellos una fuerza política independiente y luchar con fervor y ahinco hasta imponerse, ya para incorporarse á aquel de los actuales partidos que tenga la vista vuelta hacia el porvenir é infundirle el nuevo espíritu

de aplicación, justicia, moralidad y sacrificio (1). Si existen esos varones, España puede aún salvarse; si no los hubiere, entonces ha sonado la hora de aplicar á los españoles las palabras que Jesús dirigió, camino del Calvario, á las mujeres de Jerusalén: «Hijos de España, llorad por vosotros y por vuestros hijos, porque en breve habréis de dejar la bendita tierra que os vió nacer. Esta patria, grande y gloriosa un día, hoy mutilada y maltrecha, ha entrado en el período de descomposición y ruina. Dichosos los que se vayan, porque su dolor, aunque intenso, será breve; desgraciados de los que se queden, condenados á penar moral y materialmente por todos los días de su vida».

MANUEL SALES FERRÉ

(1) Por este camino parece que andan los políticos que se proponen formar el bloque liberal; pero su finalidad es más modesta. Tratan éstos de unir las fuerzas republicanas á las liberales y oponerlas juntas á las conservadoras, con el fin de salvar el actual estado de derecho y los intereses de la cultura que estiman amenazados. Como se ve, su aspiración no va más allá de lo presente. El resultado sería, á lo sumo, librar á España de un posible retroceso, que pudiera ser su muerte definitiva; no levantarla á una vida nueva, ya porque ni liberales ni republicanos tienen ideal, ya porque unos y otros son hombres de la *antigua* ley y no habían de renunciar á sus hábitos. Mas aun así, y dado el actual predominio de las fuerzas tradicionales en nuestra sociedad, la formación del bloque podría ser un bien en sí, y quizás prepararía otro movimiento de finalidad más alta.

RECUERDOS

Dediqué el último artículo á mi discurso de «la trenza del quemadero», que este nombre se le daba.

Eran recuerdos personales y que á mi persona se referían de preferencia, lo cual no es de extrañar, puesto que soy yo quien recuerdo y quien va dictando los recuerdos.

Y, sin embargo, con ser tan personales, tienen un sentido general, y dan á conocer el estado de los espíritus y de la opinión en aquellos días de las Constituyentes de 1869.

Si el discurso tuvo tanta resonancia, es porque respondía á un estado general de los espíritus.

El 80 por 100 del éxito debióse, sin duda alguna, á la oportunidad, á que yo sentía lo que sentían todos, y á que lo expresé en forma más ó menos dramática, que en armonía estaba con el romanticismo de aquella política.

Y ya ven mis lectores que generosamente cedo el 80 por 100, y que con el 20 por 100 me quedo para mí, que en esto de méritos propios todos somos un tanto usureros.

Claro es que el efecto del discurso duró lo bastante para hacerme ministro; si fué un bien, Dios se lo pague al discurso, al quemadero de la Cruz, á los inquisidores que lo aprovecharon y á mi amigo D. José Morer, que me dió la noticia, que yo supe aprovechar con algún acierto.

Pero todo se gasta, y, naturalmente, se gastó el discurso; y algunos meses más tarde, cuando ya era yo ministro de Fo-

mento, que lo fuí casi dos años seguidos, precisamente hasta la venida de D. Amadeo, el discurso se fué poco á poco gastando, y ya le hincaban el diente al hierro, á la trenza y al drama inquisitorial.

Y le hincaban el diente los que debían y los que no debían, los amigos y los adversarios.

Dejemos á los amigos en el olvido, que es en mí acto de generosidad, y vamos á los adversarios.

***

Un literato eminente, que luego fué gran apasionado mío, á quien debí verdadera simpatía y grandes favores en el orden de la Literatura, escribió por entonces un formidable folleto contra los hombres de la revolución, haciéndome el honor de colocarme entre ellos, que era honor inmerecido por mi poca importancia política; pero allá fuí á los versos del poema, porque era un poema casi, á la par que Serrano, Prim, Topete, Sagasta y Zorrilla.

¡Dios del cielo! ¡Cómo podía yo imaginarme verme tan en alto!

Pues en el poema estaba, y de mí decía el admirable literato á quien me refiero, que admirable fué y lo será siempre en la historia de la Literatura patria:

> ...Echegaray, el de la ciencia y lira,
> el que los hierros funde,
> y no el cabello en la abrasada pira.

La acusación era injusta, y yo me consolé pensando que lo era, y que al pretender darme una lección de Física, se había cogido los dedos, como vulgarmente se dice, mi futuro amigo y gran maestro.

Porque es lo cierto que, por mucho que yo me hubiera empeñado, ó por mucho que se empeñasen los inquisidores, no hubiéramos podido encontrar la manera, ni ellos ni yo, de fundir una trenza de cabello.

Es operación física que nadie ha podido realizar, por grandes que sean sus aptitudes para encender piras.

El cabello se chamusca, se quema, se reduce á gas, pero no hay manera de fundirlo.

De suerte que, si no lo fundí en el discurso, obré con prudencia.

Además, tampoco fundía el hierro.

Y esto de encontrar objetos medio quemados junto á metales que el fuego oxidó ó cambió de estructura, es un ejemplo que se ha repetido centenares de veces. En el museo de Kensington, en una vitrina que contiene restos del gran incendio de Londres, hay metales deformados, y telas y cuerdas y materias análogas á medio quemar.

Porque una hoguera es cosa muy complicada, por más que en aquellos tiempos (á los de la Inquisición me refiero) fuera cosa sencilla y corriente.

Con esto, es decir, con esta defensa, queda mi conciencia tranquila y cumplidos los más elementales deberes de gratitud para con aquel discurso, que á tan larga distancia lo veo, que ya casi no me parece mío, y que si lo leyese, que no he de leerlo, podría juzgarlo casi con absoluta imparcialidad.

Y sigamos adelante.

*
* *

Y adelante siguió el debate sobre el proyecto de Constitución.

La forma de gobierno, los derechos individuales, la base religiosa y el sufragio universal fueron, naturalmente, los problemas más discutidos, y en que la Cámara se mostró á mayor altura; altura no superada ni antes ni después.

Algo se discutió sobre la existencia de las dos Cámaras, el Congreso y el Senado; pero, aunque de importancia, este debate fué oscurecido por los que antes he señalado.

Sobre el sufragio universal pronunció Cánovas del Castillo un soberbio discurso. Admirable por la forma, por la enérgica

entonación, por la profundidad del pensamiento, y hasta por cierto espíritu profético.

Todo esto desde el punto de vista conservador, que es y será siempre respetable, y con el cual habrá que contar siempre. Que la misma locomotora, que está hecha para marchar, si lleva vapor hirviente, lleva también frenos y regulador.

Entre otros muchos puntos de vista, dominaba éste: establecer el sufragio universal es entregar en lo futuro al socialismo la gobernación del Estado.

Los demócratas ya lo sabían, y sin embargo, el sufragio universal estaba en su credo, porque tenían fe en el derecho y fe en las energías vitales de la sociedad.

Se encargó de contestar á Cánovas del Castillo el gran tribuno Río Rosas: *á todo señor, todo honor*, como dicen en Francia; y además, las ideas democráticas, defendidas por un individuo de la «Unión liberal», tenían más fuerza política que defendidas por un demócrata, aunque el demócrata se llamase Martos ó Rivero.

Realmente, era un nuevo triunfo del grupo democrático.

Río Rosas era un gran tribuno; pero era, sobre todo, un orador de combate.

Aunque era hombre de cultura, la defensa doctrinal de las ideas no era su fuerte.

Él necesitaba la lucha, el ataque, el golpe recibido, el golpe devuelto, la espada que choca con la espada, la chispa que salta al golpe violento de los hierros.

Esto de la chispa no suele ocurrir con frecuencia; pero en Retórica suena bien.

En suma: Río Rosas era un admirable batallador parlamentario.

Sus frases quedaban siempre esculpidas.

Cuando se levantaba y apoyaba las dos manos en el banco de delante y empezaba á oscilar su cuerpo, como el de león que se prepara para dar el salto; y entre párrafo y párrafo respiraba fuerte, con respiración que unas veces era el ronquido

andaluz de la Serranía, y otras veces semejaba el rugido de la fiera; y de este modo interrumpía á trozos el discurso para dar paseos á lo largo del banco, los diputados se iban retirando poco á poco haciéndole espacio, y al fin se quedaba solo, rugiendo, perorando con voz poderosa, y cuando era preciso, lanzando un latín de Tácito, que la mayor parte de los oyentes no entendía, pero que á todos les aterraba.

Porque realmente, una cita de Tácito es siempre formidable.

Y así empezó su contestación á Cánovas.

Pero la materia era doctrinal: no era el terreno predilecto de D. Antonio el de los Ríos y las Rosas; para rebatir al otro Antonio, era preciso saber mucho y pensar mucho, tener mucha erudición y mucha lectura moderna, y era preciso, sobre todo, sentir hondamente lo que se defiende, combatir por una Dulcinea, y no creo yo que la idea democrática pudiera ser la Dulcinea de los hombres de la «Unión liberal».

Ello fué que el discurso avanzaba, y el orador no conseguía los aplausos á que estaba acostumbrado: la oración resultaba lánguida, pesada y fría.

Se le oía con respeto, porque á Río Rosas se le respetaba siempre.

Los demócratas le oíamos con gratitud; pero ni en unos ni en otros había entusiasmo.

Y él lo comprendió; hizo un cuarto de conversión, varió de tono, se dejó de defensas doctrinales de las nuevas ideas, enardeció la voz, y arremetió contra Cánovas del Castillo, diciéndole, con algo semejante á un rugido, que era «¡inicuo!»

—«Su señoría es inicuo»;—y en un grito terrible, más bien que pronunció, rugió la palabra *inicuo*, haciendo vibrar todas las letras.

Realmente, ni nadie comprendió, ni nadie pudo comprender, por qué era inicuo Cánovas del Castillo al combatir desde su punto de vista el sufragio universal.

Y sin embargo, todo el mundo le aplaudió á Río Rosas,

porque llamar inicuo al adversario, con razón ó sin ella, siempre suena bien.

Yo, por lo bajo, y con mi desdichado espíritu de justicia, le preguntaba á Martos:—¿Por qué dice que es inicuo?

Y él me decía:—Es usted nuevo en política; Río Rosas tiene razón; el adversario es siempre inicuo.

Y continuó su discurso Río Rosas, y le aplaudieron.

Y contestó Cánovas con la valentía y la superioridad de siempre, y aquel duelo entre dos gigantes del Parlamento fué verdaderamente interesante.

Claro es que el sufragio universal triunfó, y algunos años más tarde, el mismo Cánovas del Castillo tuvo que aceptarlo, acomodándose á las circunstancias.

En la política siempre habrá un tanto por ciento muy elevado de oportunismo.

El pasado tiene fuerza: la tradición es una fuerza viva, que adquirió la sociedad durante siglos, y que no puede anularse de golpe, sin choque y sin catástrofe.

El porvenir reclama cambios, y evoluciones, y sacrificios; pero entre la tradición y el porvenir, el presente se impone.

¿Por qué decía yo esto, que me parece que he perdido el hilo del pensamiento?

Ya lo recuerdo: para explicar cómo Cánovas, habiendo combatido el sufragio universal, al fin lo aceptó.

*
* *

Y acabó de discutirse en discusión noble y amplia la Constitución del 69, que fué, quizá, la más amplia de Europa, porque en sí llevaba hasta reglas y preceptos para su propia modificación legal.

Fué como un pacto de todos los partidos: la aspiración de sus autores era que fuese una legalidad común, y que cerrase para siempre el camino al pronunciamiento y á la revolución.

¿Hasta qué punto lo consiguió?

Como yo no soy historiador, no tengo para qué decirlo.

Hecha la Constitución del 69, había que organizar los poderes públicos.

Al duque de la Torre se le nombró Regente del Reino: era el jefe del Estado, era una especie de rey constitucional mientras se elegía monarca.

Y así, los términos del problema cambiaron.

Antes, el problema supremo era tener una Constitución; ahora, el problema era buscar un monarca para el trono vacante.

Entretanto, el duque de la Torre era Regente, y era presidente del Consejo y ministro de la Guerra el general Prim.

Un Regente, una Constitución, un presidente de Consejo de gran fuerza: la revolución se detuvo un instante y pudo respirar; su obra se iba realizando.

Pero había que buscar rey.

Esto á mucha gente le parecerá cosa fácil.

No hay más que salir á la calle y al primero con quien se tropiece preguntarle cortésmente:—¿Quiere usted ser rey?

Y es probable que conteste:—Con mucho gusto. ¿A dónde hay que ir y cuándo ha de ser la coronación?

Pues esto, que en los cuentos de *Las mil y una noches* parece cosa fácil, en la realidad resultó dificilísimo.

Al principio se creyó que no lo era; había una candidatura patrocinada por D. Salustiano Olózaga, aceptada por casi todos los progresistas, aceptada también por los demócratas, y á la cual no podían oponerse de una manera ostensible la mayor párte de los unionistas; candidatura que aun á muchos republicanos federales, allá en el fondo de sus patrióticas conciencias, no les resultaba repulsiva.

Me refiero á la candidatura de D. Fernando de Portugal.

Esta candidatura era por entonces la que parecía sumar más voluntades y la que aminoraba, por decirlo de este modo, la hostilidad de los montpensieristas y la de los republicanos.

Iba enlazada con la cuestión ibérica; parecía para el porvenir un lazo sólido con Portugal, y halagaba las esperanzas,

según unos, las ilusiones, según otros, del gran problema de la Unión Ibérica.

Problema es éste en que había fijado principalmente don Juan Prim su voluntad y sus anhelos; problema que acariciaba Ruiz Zorrilla, y problema, en suma, que preocupaba á todos.

Y estando conformes Prim y Zorrilla, no pudiendo oponerse abiertamente ni aun los que teníau compromisos anteriores con el duque de Montpensier, y viéndose obligados, aun los republicanos, á poner sordina á sus odios monárquicos ante el problema supremo de la unión de España y Portugal, claro es que la candidatura de D. Fernando fué en general aceptada con regocijo y con entusiasmo.

Nos reunieron por grupos á los diputados monárquicos; yo recuerdo perfectamente haber asistido al de los demócratas, y todos aceptamos la candidatura propuesta.

Sólo un pequeño grupo acariciaba otra candidatura, á que daba el nombre de candidatura nacional, que era la del ilustre Espartero, el héroe de Luchana, el invicto duque de la Victoria.

Pero esta candidatura fué siempre platónica: todos respetaban al candidato por su historia gloriosísima; pero, si he de decir la verdad, ninguno la tomaba en serio.

Espartero no tenía hijos, y aun afirmaban sus íntimos que, aunque se le ofreciese, jamás querría ocupar el trono vacante de D.ª Isabel.

Durante algunos días, no creo que llegase á un mes, la candidatura de D. Fernando fué vencedora y, al parecer, definitiva.

¿Qué sucedió después? ¿qué sucedió cuando se le empezaron á hacer insinuaciones?

Se contaron muchas historias dramáticas, cómicas, misteriosas.

Yo de esto sólo sé lo que se contaba en los pasillos del Congreso y en los círculos políticos; y como todavía no era más

que director de Obras públicas, no tuve ocasión de penetrar en el fondo de aquel problema.

Y como sólo refiero mis recuerdos y sólo afirmo lo que personalmente me consta, soy ante la Historia testigo que nada sabe de este asunto sino lo que públicamente se contaba, y esto no vale la pena de que yo lo repita.

En resumen: D. Fernando no aceptó, y fracasó la candidatura.

Le oí en la intimidad tronar á Ruiz Zorrilla, dando rienda á su carácter violento, cuando contrariedades políticas cerraban el paso á sus ideales; le oí tronar, digo, contra el eterno femenino, que desde los tiempos de Eva se mezcla y toma parte, á veces decisiva, en los problemas humanos.

***

Y nos quedamos sin candidato.

¡Y qué difícil era buscar otro, ó, mejor dicho, encontrar otro!

Contra otro cualquier candidato recobraban sus furores antimonárquicos los federales; ante ningún otro candidato cedían los montpensieristas.

Se murmuraba por lo bajo que éste iba ganando terreno; que entre los progresistas había quien con el duque había adquirido compromisos recientes, y aun más tarde se habló de algún demócrata, y de los más ardientes, como nuevo partidario de la candidatura de Montpensier.

Y todo esto contribuyó á dividir á la mayoría de la Cámara, á agrandar las distancias entre los tres grupos, demócratas, progresistas y unionistas, y á sembrar desconfianzas y recelos entre todos.

Y volvieron las luchas entre demócratas y unionistas.

Y trascendieron hasta el mismo Gabinete, y por último vino una cuestión batallona, que no recuerdo cuál fué y no quiero tomarme el trabajo de averiguarlo, contra D. Martín Herrera.

Creo no equivocarme, pero si me equivoco da lo mismo; subsiste siempre el hecho de que los demócratas le pusieron la proa al Ministerio; mejor dicho, á uno de los ministros procedentes de la Unión liberal.

Estalló el conflicto en el Parlamento; los demás ministros, incluyendo á Ruiz Zorrilla, salieron á la defensa de su compañero, unos con todo el ardor de sus ideas políticas, otros por lealtad, todos por compañerismo y por evitar divisiones.

Generosidad inútil: el grupo democrático no cedió.

Los demócratas habían dictado, puede decirse que habían impuesto, ésta es la palabra, la mejor parte de la Constitución.

La Constitución era, casi toda ella, suya, y sin embargo no tenían ningún ministro que los representase en el banco azul.

Esta situación humillante no podía tolerarse, porque la exclusión del elemento democrático en el Gobierno era algo así como un principio de traición á la revolución de Septiembre.

Y cuenta que no hablo por la mía; me limito á repetir lo que se dijo públicamente, aunque es claro que en la discusión la idea fundamental se tradujera de otro modo.

Ello fué que, á pesar de los esfuerzos del Gobierno, hubo de recaer una votación que traía consigo, ó la derrota de Martín Herrera, ó la ruptura entre el Gobierno y los demócratas, ó las dos cosas al mismo tiempo si no se llegaba á una componenda.

¡Qué cosa tan extraña!

La componenda fuí yo. Es decir, yo fuí *uno de los elementos* de la componenda.

* * *

Y á propósito de la frase que acabo de dictar, recuerdo el discurso de un diputado progresista que, enumerando sus sacrificios y trabajos revolucionarios, decía con soberano arranque y voz poderosa:—El primer tiro que se disparó en la provincia de Gerona fuí yo.

Y me decía Martos por lo bajo:—Siempre sospeché que ese hombre era un tiro.

Pues bien, la frase no es tan desatinada como gramaticalmente parece, porque en aquella crisis ministerial, tan necesitada de una componenda para evitar la ruptura de los elementos revolucionarios, en parte la componenda fuí yo.

Y voy á explicar cómo.

Entiéndase que entré en la componenda, pero inconscientemente, sin hacer nada por mi parte, contemplando el espectáculo y nada más, y descansando todavía tranquilo y satisfecho sobre la trenza del quemadero.

***

Como decía antes, estalló la tormenta parlamentaria, y los demócratas pidieron votación nominal.

Primer conflicto parlamentario para mí; para mí, que odio estos conflictos, que no me gusta votar contra nadie; para mí, que quisiera siempre votar en favor de todo el mundo.

¿Qué necesidad hay de dar disgustos á personas buenas y simpáticas, manifestando ante el país que encuentra uno mal lo que hacen, cuando la ley matemática de probabilidades demuestra que casi todos los demás ciudadanos lo harían mucho peor?

Pues no hay remedio; hay que levantarse del asiento, poner la cara severa, dar notas graves á la voz y decir:

Fulano, sí; ó Fulano, no.

Las votaciones nominales me han disgustado siempre sobremanera.

Y en aquel caso me disgustaba aún más, porque era la primera vez que ejercitaba en público el monosílabo parlamentario; personalmente me era simpático Martín Herrera, ó el que fuese; y además, como Zorrilla había de votar sosteniendo á su compañero y yo había de votar con la sana intención de derribarlo, porque así lo exigía la política, resultaba fatalmente que yo tenía que votar contra Zorrilla.

¡Votar contra Zorrilla, á quien yo le debía todo en el or-

den político, que tan cariñoso era conmigo, con quien pasaba seis ó siete horas al día departiendo amistosamente!

De mí no se podía exigir este sacrificio: era una proclamación de ingratitud: á mí me parecía una indignidad.

¡Un director de Obras públicas votando contra el ministro, contra él!

¡Imposible, absolutamente imposible!

En aquellos malditos escaños rojos pasé un rato cruel.

¿No sería lo mejor marcharme?

Estoy seguro que esta idea de la fuga se le habrá ocurrido muchas veces á muchos diputados en circunstancias análogas á las mías.

En fin, no sabiendo qué hacer ni qué resolución tomar, cambié de sitio, me fuí á buscar á Gabriel Rodríguez y á Cristino Martos, y les expuse con toda ingenuidad, con ingenuidad algo infantil, mi situación.

En suma: yo no quería dar aquel disgusto á D. Manuel, porque les aseguraba que Zorrilla iba á tener un verdadero disgusto.

¿Cómo terminó mi primer conflicto parlamentario?

Lo explicaré en el próximo artículo; y ahora déjenme mis lectores tomar aliento, que sólo el recordar aquel trance me acorta la respiración y me sacude un tanto los nervios.

José Echegaray

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

LA MEMORIA

Hacía mucho tiempo era sabido que Velázquez también manejaba la pluma. Palomino, después de relatar que el rey le encargó en el año 1656 la clasificación de los cuadros destinados á El Escorial, añade: «De éstos escribió Velázquez una descripción y memoria, en que da noticia de sus calidades, historias y autores, y de los sitios donde quedaron colocados, para manifestarlo á S. M., *con tanta elegancia y propiedad,* que calificó en ella su erudición y gran conocimiento del arte, porque son tan excelentes, que sólo en él pudieran lograrse las merecidas alabanzas».

Si bien después no se volvió á ver esta obra, no era inverosímil que estuviese oculta en algún archivo, conjetura que también aventuró Stirling. Y en el año 1871 sorprendió la noticia que el Sr. Adolfo de Castro había conseguido descubrir en Cádiz dicha Memoria; pero con la particularidad de que estaba impresa, un *unicum*. Según aquélla, está en las Memorias de la Academia Española (1), prologada por Cañete en Agosto de 1872, y después, en 1874, traducida al francés, con notas, por Ch. Davillier, con un grabado de su autor por Fortuny (2).

---

(1) Memorias, cuaderno XII, año II.—*N. del T.*

(2) MÉMOIRE DE VELÁZQUEZ sur 41 tableaux par le Baron CH. DAVILLIER. París, 1874. El título original es el siguiente: Memoria | de las pin-

La Memoria consta de dos partes. En la primera se describen los nuevos cuadros por el orden con que fueron donados; en la segunda se da cuenta de su instalación.

El júbilo de los amigos de Velázquez por tal presente (32 páginas impresas, de su pluma, con notas sobre los maestros italianos) se vió, sin embargo, un tanto defraudado por la observación de que la obrita y el texto contenían poco de nuevo. Todo ello corría ya impreso desde hacía más de doscientos años, varias veces editado, tomado de una obra para otras, y leído delante de los cuadros y en su casa por cientos de personas.

El padre fray Francisco de los Santos, lector de las Santas Escrituras en el colegio de El Escorial, en 1657, en su «Sucinta descripción del Monasterio de San Lorenzo el Real», sin citar las fuentes de donde lo hacía, incorporó el contenido entero de la Memoria y algunas insignificantes observaciones, cambios, giros é interpolaciones casi literalmente; pero de manera tan hábil, que hasta entonces nadie había notado el zurcido ni la mano extraña.

La Memoria (que tenemos á la vista), con el nombre de su autor en la cubierta, no fué impresa por éste. Un discípulo y admirador, el octogenario D. Juan de Alfaro, un cordobés de familia noble, hubo de sentirse indignado por la aparición de la «Descripción» del Padre, de tal modo, que sintiéndose más celoso de la honra literaria de su maestro que este mismo, y deseando reivindicarla ante la posteridad, quizá también persuadiendo al pintor de cincuenta y nueve años, obtuvo su per-

turas, | que la magestad Catho- | lica del Rey nuestro Señor Don Philipe | IV. embia al Monasterio de San Laurencio el Real del Escorial, este año de M.D.C.LVI. | descriptas y colocadas, | por Diego de Sylva Velazquez | Cavallero del Orden de Santiago, Ayuda de Camara de Su Magestad, Aposentador mayor | de Su Imperial Palacio, Ayuda de Guarda Ropa, Vgier de Camara, Superintendente extraordinario de las obras reales y pintor de Camara, Apeles de este siglo.—La ofrece, dedica y consagra | á la Posteridad, | D. Joan de Alfaro. | Impresa en Roma en la Oficina de Ludouico | Grigiano año de M.D.C.LVIII 16. 8.°

miso para la publicación de su pequeño manuscrito. Poseído de juvenil impaciencia y deseando ganar el enojoso intervalo de la censura, ocurriósele suponer como lugar de la publicación Roma, y poner en la cubierta el nombre de una imprenta de dicha ciudad; también en este punto el Aposentador hizo la vista gorda.

Tan honrado intento de Alfaro se vió completamente frustrado, por lo que se refiere al menos á la posteridad de las dos siguientes centurias. El folleto desapareció rápidamente, y hasta ahora nadie le ha citado ni utilizado para nada. El mismo editor parece que no se quedó con ningún ejemplar. Por lo menos, Palomino, que examinó su herencia para sus estudios sobre Velázquez, no halló ninguno. Tampoco puede haber pensado Alfaro en su extensa narración en los últimos años de Velázquez, fuente de la biografía de Palomino, de esta historia que le excitaba tanto. Pues Palomino, que reunió y mencionó todos los libros de arte español, y que le cita con un catedrático de Salamanca émulo suyo, no hubiera olvidado este precioso documento si le hubiera conocido ú oído hablar de él.

El afortunado descubridor habla, en su informe á la Academia Española (1), del silencio de todos los escritores sobre la obra de Velázquez. «Este profundo silencio de casi dos siglos ha sido roto por el Ilmo. Sr. D. Pedro Madrazo en un excelente discurso sobre Velázquez.» Este señor menciona la noticia de Palomino, añadiendo: *que creemos lastimosamente perdida*» (la Memoria).

Pero las palabras de *profundo silencio* de casi dos siglos, hasta el Excmo. Sr. Madrazo (1870), no son completamente exactas. Sir W. Stirling, en sus Anales (1848) del Arte español y en su biografía de Velázquez sacada de los mismos, no sólo menciona la Memoria, sino que hasta aventura la hipótesis de que la pudiera haber utilizado de los Santos en su des-

(1) Cádiz, 18 Marzo 1871. Memorias de la Academia Española, 1871, 481.

cripción de El Escorial (1). Así, pues, el célebre bibliófilo de Cádiz no conocía ninguno de estos dos escritos (la biografía estaba también traducida al francés). La comparación de ambos textos ha demostrado de sorprendente manera cómo el noble escocés había dado en el blanco. Si este ingenioso y sabio escritor hubiera seguido su hipótesis intentando reconstituir las partes componentes de la Memoria entresacándolas de la obra de los Santos, sólo hubiera necesitado transcribir los pasajes correspondientes á los cuarenta y un cuadros, ordenarlos, cortar algunos conceptos teológicos, y hubiera tenido ante sus ojos, casi exactamente, la Memoria de Velázquez tal y como la encontró el Sr. de Castro.

El trabajo de Velázquez sirvió, pues, únicamente para elevar el renombre del Padre de los Santos como escritor y conocedor del arte, el cual, por cierto, si bien más tarde, cayó en desprestigio. En el informe á la Academia Española, D. Adolfo no trata muy dulcemente al prior de San Lorenzo. Cuando dicha Academia, en el año 1729, admitió al referido Padre en el segundo tomo de su Diccionario, con motivo de su «Descripción», entre las autoridades de la Lengua, concedía realmente esta honra al propio Velázquez. Había tenido las cinco hojas transcritas (á este número ascendían) entre las 163 de la Descripción, en 1682, ante la vista, sin echar de ver el fuerte contraste que ofrecían con el resto. «¡Qué hubiera sido de él, sabio aficionado (así le llamaba á Santos, en 1746, un inglés) sin la existencia de Sigüenza y Velázquez!», exclama. Los académicos de Madrid repararon pronto la falta de sus predecesores, arrojando al «usurpador» de su sitio de honor. La lectura de la Memoria puso á dicha Corporación en excitación tal, que al punto (sesión de 23 de Marzo de 1871) asoció al pintor aque-

(1) He drew up a catalogue of the whole noting the position, painter, history, and merits of each picture, a paper which probably guided Fray Francisco de los Santos in his description of the Escorial, and may perhaps still exist in the royal archives. STIRLING: Annal of the Artists of Spain, II, 654 y sigs. Londres, 1848.

llos *testi di lingua*, «porque en sus exactas y lacónicas descripciones y en sus juicios críticos sobre los cuadros se encontraban palabras y giros técnicos referentes al arte de que con tanta maestría se había servido». Pero conociendo como conocían algunos de estos inmortales la Descripción de El Escorial, ¿cómo podían sorprenderse tanto con la lectura de la Memoria?

Pero tratemos de determinar más concretamente estas aventuras del opúsculo.

Francisco de los Santos había ya empezado su libro, emprendido por indicación del rey, acerca de la «Terminación de El Escorial por Felipe IV», esto es, sobre el panteón y la traslación de los restos reales (1654), cuando llegó el cuadro 21.° En el año de 1656 se encargó de ellos Velázquez: los colocó y elevó informe á Su Majestad. Ahora bien: el privilegio de la Descripción lleva fecha de 15 de Octubre del mismo año 1656, lo cual supone que el manuscrito había estado ya algún tiempo en poder del censor y la impresión fué terminada antes del 20 de Marzo de 1657, pues en tal día se notó su correspondencia con el manuscrito original. Un folleto de 184 folios no se improvisa; por consiguiente, en el momento en que al autor pudo serle comunicada la Memoria por el rey, su libro debía estar ya dispuesto en su parte más esencial. Así, pues, en la hora que precedió al envío del manuscrito al censor, debía estar ya añadido el contenido del texto del pintor, que él adornó con glosas teológicas de su propia cosecha, con tal habilidad, por cierto, que su trabajo parecía haber manado de una sola plumada. Y hasta puede decirse que aprendió con toda rapidez del pintor; pues en varias descripciones hechas por él imitó el estilo de Velázquez y se sirvió de sus mismas expresiones.

Que el Padre buscó auxilio en el arte profano para su trabajo, por ejemplo, en los capítulos de arquitectura, es cosa cuya demostración huelga. Tampoco él trata de ocultarlo. En el prólogo (el cual también fué examinado por el Sr. de Cas-

tro) confiesa que pidió consejo, no á uno, sino á varios señores, mejor informados que él en tales asuntos. De lo contrario, ¿cómo se hubiera atrevido á escribir tal obra en tan breve tiempo? (1).

Se le reprochó el haberse aprovechado de los trabajos de su predecesor Sigüenza, con lo cual se vino á pensar que el plagio estaba en su carácter. Pero en el prólogo declara abiertamente que quedaría de lo que antes de su tiempo existía sólo un extracto de su «Historia de la Orden de San Jerónimo». Lo allegado de Sigüenza pertenece á la parte general añadida á su propio relato para redondearle.

Otra es la relación con la Memoria. La sección que versa sobre los regalos del rey pertenece á la parte del libro que él daba como trabajo suyo nuevo; su fuente no era, como la otra, conocida, por haberse publicado; no sólo aprovechaba, copiaba, y, sin embargo, ocultó el nombre de su autor. Procedimiento un tanto candoroso aun en aquella época de compilados y de usos bastante libertinos, en lo que se refiere al aprovechamiento de propiedades ajenas.

Quizá no sólo el aprovechamiento (lo que de suyo se deja comprender, pues la Memoria no pudo llegar á sus manos con otro objeto), sino la ocultación del nombre de Velázquez, tuviese lugar á ciencia y paciencia de éste. Quizá no daba ningún valor, como artista y aspirante á una cruz, á este testimonio de su pluma; estaba contento con su fama y no aspiraba á la de escritor. Ya sabemos el concepto en que la nobleza española tenía los trabajos eruditos y literarios. Pero el capellán de corte difícilmente se hubiera arriesgado á hacer algo que hubiera podido disgustar á su Señor y al Aposentador. El latrocinio no hubiera podido quedar oculto mucho tiempo. ¿Y cómo podría Velázquez haber dado después al Alfaro el per-

(1) Y á no haver topado otras (fuerzas) de mayor caudal, que me diessen la mano para conseguir la empresa, nunca intentara en pocos dias el trabajo de muchos tiempos.

miso para publicar el escrito bajo su nombre y con él poner en evidencia al Padre?

Ahora bien, al año de la impresión todo el mundo tenía en la mano la prueba del plagio: ¿cómo no publicó el Prior en las ediciones posteriores alguna aclaración? Para ello se ofreció una ocasión en la edición de 1681, en que tuvo que describir un cuadro de Velázquez, la Túnica de José, que Felipe IV destinó para El Escorial, poco antes de su muerte.

«Felipe IV, dice en la Descripción, pág. 67, honraba á Velázquez por su mérito y fieles servicios. Como el palacio real, debe también El Escorial á sus esfuerzos que aparezca en la pintura tan maravilloso, como en la arquitectura. Dirigió la Sacristía, la Aulilla y el capítulo del Prior, y los cuadros con que adornó estas habitaciones los había reunido él mismo; trayéndolos de diferentes partes del mundo. Era un hombre de *famoso gusto* y *elección*, sobresaliente en los retratos; pero en estos cuadros se ve que no lo era menos en todo lo que emprendía.» Aquí puede creerse que la mano sentiría comezón de añadir: sobresaliente, hasta cuando cambia el pincel por la pluma, pues le debemos preciosos datos, etc., etc.

Es lo cierto que ningún descubrimiento en el dominio de la literatura artística fué recibido con más curiosidad que esta Memoria de Velázquez. Tenía más alto interés que el de una mera reliquia ó curiosidad. Íbamos á saber cómo se reflejaban Tiziano, Correggio, Rafael y Andrea en el cerebro del pintor. De un pintor que tenía tras de sí una práctica de cerca de cuarenta años, la dirección de la galería real y dos viajes á Italia, para estudios y compras.

Echemos una ojeada á la forma del libro primeramente.

Según Palomino, estaba dirigido al rey, á manera de informe oficial del aposentador, con motivo del cumplimiento de un encargo propio de su competencia.

Pero este aposentador parece hacer poco caso de las formalidades burocráticas. Empieza su informe algo *cavalièrement*, sin siquiera dirigirse á su señor, sin indicación del manda-

to que trata de cumplir. Se precipita á puerta abierta. En vez del nombre que se espera encontrar de Felipe IV, vemos el de Carlos Estuardo, el rey de Inglaterra, ejecutado ocho meses antes. Así, pues, se trata de una especie de ensayo *in medias res*, que trata de encadenar la atención del lector con un asunto sensacional.

Sólo en la última página aparece lo que creíamos encontrar en la primera. Dícese allí: «S. M. advirtió que algunos locales (de El Escorial) estaban escasos de cuadros, y se apresuró á remediar esta falta. Una *providencia* sin duda de su ilustre abuelo; pues si la gran piedad de este último anticipó la erección de la santa maravillosa obra, dejó en cambio lugar suficiente para que el real ingenio de su nieto hiciese con su adorno y enriquecimiento que sus monjes, movidos por la natural gratitud, rogasen continuamente á Dios por la bendición y prolongación de una vida que tan importante es á todos».

Aquí nos aparece, pues, Felipe II, en previsión profética de la munificencia de su nieto, dejando algo que éste hiciese, si bien no se enteró de ello Felipe hasta después de transcurridos treinta y tres años de su reinado. Pudiera ser este el estilo del cortesano, pero el padre de los Santos creyó conveniente simplificar el pasaje (1). Capellán y artista parecen haber trocado sus papeles: aquél escribe en estilo sencillo y concreto; éste, en estilo de *proskynesis*. Hay aún otro pasaje por este estilo.

El asunto de la Memoria era el inventario de los 41 cuadros y su colocación en los nuevos locales. Pero no sabemos completamente ni con toda claridad qué 41 cuadros eran éstos. En primero y principal término se habla de 24 lienzos, en su mayor parte por el orden cronológico de donación; después se hace una nueva distribución relacionada con los restos y con

(1) Allí, donde su real imaginación pudo mostrarse por haberle dejado lugar su gran abuelo en la pasmosa creación, trató de adornarla y enriquecerla, sin demorar un momento tal empresa.

algunos otros que se encontraban allí; pero nunca se saca en consecuencia cuáles son los nuevos; cinco de los más preciados, que no estaban colocados aún, no se citan.

Pero limitémonos á la parte que únicamente nos interesa: á la descripción. Los 24 capítulos, de muy desigual extensión (de 3 á 25 líneas), se reducen estrictamente á la explicación clara del asunto, con algunas cortas observaciones sobre su belleza. El tono de estos artistas es laudatorio, á veces entusiasta y pomposo. Frases cortas, animadas á menudo sin *cópula*. La terminología de que el pintor se sirve para la caracterización artística es más bien estética que técnica; da antes la impresión del sentimiento que la instrucción sobre el valor artístico de la obra. Adolfo de Castro dice, en efecto, de ella: «El estilo es ático, tiene las mismas cualidades que sus cuadros: ardiente fantasía, alta y aguda comprensión, juicio profundo é insondable, colores armoniosos y brillantes, pincel agradable y audaz y seguro al mismo tiempo (!)».

Pero pocos, á mi juicio, leerán esta descripción sin confesar que esperaban otra cosa de Velázquez. Más sobriedad tal vez, más terminología y juicios del hombre del oficio. Quien quiera ver cómo se expresan éstos, que lea la descripción del P. Sigüenza, el cual, á consecuencia de su comercio de largos años con la colonia de pintores de El Escorial en tiempo de Felipe II, había aprendido el tecnicismo artístico.

El autor de la Memoria elogia en los cuadros su belleza, delicadeza y expresión religiosa, nobleza y majestad, trabajo y novedad; cualidades que no constituyen ciertamente la médula del estilo de Velázquez. En cambio, se echan de menos observaciones sobre el claro-oscuro, palabra que, como la de *relieve*, apenas aparece. Pudiera creerse que no escribía para especialistas; pero aun así, aparece su lenguaje poco apropiado y significativo. Admirable, exquisito, encantador; hermosísima, divina y graciosamente sensual imagen de María: palabras que se le ocurren á cualquier señorita, cuando por primera vez se para delante de un cuadro. La túnica verde del

ángel «divinamente pintada»: esto suena en verdad á cosas de mujeres. «Aquí hay vida y carne, pero no pintura», son frases que desde los sopistas y epigramáticos helénicos, repiten incesantemente aquellos que no saben decir otra cosa sobre un cuadro. Tales frases carecen aquí de sentido, y son empleadas no sólo respecto de Tintoretto, sino de un cuadro de la escuela de Rafael (*Los paños son verdad*, I); se encuentran en el libro de Sigüenza (1). Y es demasiada concesión considerarlas «como expresión del más ardiente realismo» (Menéndez y Pelayo, loc. cit., II, 640).

Algunas afirmaciones hasta resultan en abierta contradicción con la práctica constante de Velázquez.

La Memoria aplaude que Pablo Verona, en las Bodas de Caná, entre tantos retratos no haya tomado modelo para la Virgen, *porque tiene mayor decoro y divinidad*. Además, su edad parece estar en relación con la de su hijo (unos cuarenta y cinco años), pues muchos pintaban á Cristo como un hombre y á la Virgen como una muchacha (2). Pondera en tono entusiástico la bella desnudez del niño [*todo él desnudo bellísimo*, tan tierno, etc. (VII)]. Ahora bien: él mismo, en la Epifanía y en la Coronación, ha pintado á su María copiándola de un modelo vivo, sin género alguno de duda. Precisamente, en su Coronación, contemporánea de la Memoria, la pinta joven (según las prescripciones de Pacheco); por último, en la Epifanía, el niño está envuelto en pañales.

Según la conversación, que ya transcribiremos en otro lugar, con Salvador Rosa, Velázquez se muestra bastante frío con respecto á Rafael. En la descripción de la Perla habla

(1) José Sigüenza: Historia del orden de San Jerónimo. Parte III. Madrid, 1601. En el Refectorio y ante la Cena del Tiziano, aparecen los Apóstoles «como vivos», y los frailes abajo regodeándose «pintados».

(2) La cabeza de la Virgen, siendo muy hermosa, corresponde proporcionadamente á la edad de Cristo, que está á su lado; cosa en que yerran muchísimos pintores que, pintando á Cristo en la edad perfecta, pintan niña á su Madre.—*L. c.*

como un idólatra de este pintor. «No hay palabras para describir la gracia de la Santa Virgen; su semblante es más que humano»; expresiones más propias de un teólogo dilettante y que son las menos apropiadas para este cuadro. La observación de que Rafael es tan excelente en el dibujo como en el colorido parece como dirigida á los pintores de su propia tendencia, que consideraban al de Urbino como eminente en el dibujo. Y precisamente la Perla tiene las negras sombras y la fría suavidad de Julio Romano. Dice también que nada había en España digno de ponerse al lado de ella hasta entonces; y, sin embargo, allí está la Madonna con el pez, descrita por él mismo, obra de primer orden y característica.

Pero hay razones más concretas que dan mucho en que pensar. En la cubierta, el entusiasta amigo de Velázquez ha incluído todos los títulos y honores de éste encima de la Cruz de Santiago. Ahora bien: ya hemos demostrado que el 26 de Febrero de 1639 habían terminado las discusiones del Consejo de la Orden sobre las pruebas de linaje con un pronunciamiento favorable; de suerte que la entrega del *hábito* no tuvo lugar hasta el 26 de Noviembre del mismo año, previa la dispensa papal y la declaración de *hidalguía* por el Soberano. ¿Es creíble que el *pretendiente*, mientras la información estaba en curso, pusiera el título que aun no poseía en un impreso de 1698, debajo de su nombre?

En la lista de sus títulos no se olvidaron ni aquellos más modestos que desempeñó al principio de su servicio en la Corte. Entre éstos se encuentra también el que se le concedió, en 1627, de *Ujier de cámara,* que cedió en 1634 á su yerno J. B. del Mazo. ¿Pudo él añadir en el año 1658 este título, que, según Flavio Atli, significaba algo más que portero y algo menos que *ayuda de cámara?*

Así, pues, no puede excusarse la sospecha de si la obrita pertenecería al número de perdidas y encontradas que fueron desenmascaradas como falsos pretendientes. ¿Cómo? Si alguien, por la indicación de Sir W. Stirling, se hubiese empe-

ñado en descubrir la mano de Velázquez en los folios del Prior, imaginando la memoria del pintor de la Descripción, y después le hubiera acometido la tentación de poner á prueba á sus paisanos eruditos. La preparación de un manuscrito antiguo, por medio de un poco de papel antiguo auténtico, y los restos de alguna imprenta antigua, no es ya un milagro ni brujería, dados los conocimientos actuales en la técnica de las antigüedades artificiales. No era sagaz atribuir la publicación de la Memoria á su mismo autor, pues ¿cómo hubiera podido desaparecer de la memoria de las gentes la obra de un hombre de su fama y de su posición? Por esto se le ocurrió al supuesto descubridor atribuir la impresión á otra persona y suponerla en Roma, en casa de Ludovico Grignano, con lo cual se ahorraba tener que insertar el texto de la censura de Madrid. La persona del editor Alfaro proporcionó el minucioso epitafio que él y su hermano pusieron dos años más tarde al venerado maestro: en vez de *Posteritati sacrum*, en el estilo lapidario allí, aparece aquí con amplitud moderna: *ofrece, dedica y consagra á la posteridad*.

El Sr. Adolfo de Castro no nos ha revelado dónde halló este único ejemplar, en qué inaccesible biblioteca pudo ocultarse un libro en cuya primera página aparece el nombre de Velázquez. El feliz descubridor había ya atraído la atención sobre sí con motivo del hallazgo de un escrito de Cervantes, el *Buscapié*. Hallábase éste en un manuscrito cuya genealogía trató de probar hasta el año 1606. El *Buscapié*, como en efecto se deduce de la lectura de la obra de Tiknor (*History of Spanish Literature*, III, 404 y sigs.) es una mixtificación.

El que las tan alabadas veinticuatro descripciones no sean un plagio de la Memoria, sino el trabajo original del Doctor de las Sagradas Escrituras de San Lorenzo, no excluye que utilizase términos y expresiones que debiera á Velázquez en sus conversaciones con éste durante su estancia en el Monasterio con motivo de la instalación de los cuadros. Este ingenioso Doctor de El Escorial había tenido frecuentes ocasiones

de acompañar, oir é interrogar á muchos visitantes versados en artes; así fluye de él, como de los inteligentes castellanos, todo lo que en aquél se sabía y decía sobre estas cosas: llegaban á ser inteligentes de oídas, cuando no de vista. Esta ciencia se encuentra reunida en su libro.

Huellas de tales sugestiones artísticas créense reconocer concretamente en la descripción del Lavatorio de Tintoretto de San Marcola de Venecia. Este artículo, el más largo de todos, es también el más animado: en él parece que habla Velázquez (I, pág. 275). Sabemos que el gran maestro se excedió allí á sí mismo. «La facilidad y *gala* desconcertarían al pintor *más despejado y práctico.*» La perspectiva del recinto es tan profunda y tan propia por la representación del *aire ambiente*, que se cree poder andar por el cuadro. «Toda otra obra parece, ante ésta, pintura; esta sola es verdad.» Son éstas palabras que parecen expresar el propio ideal del pintor. Pero es singular que el *non plus ultra* «sigue en segundo término, pero no inferior, la Perla de Rafael», fuera tan fácil de copiar. El autor vió en Venecia una copia que se confundía con el original. En general, es un especial conocedor de Tintoretto. La Asunta de Anníbal Caraccio afirma tiene en el color gran semejanza con Tintoretto.

Se ha querido descubrir que la *discordancia* entre los supuestos plagios hechos á Velázquez y las numerosas descripciones del padre es extraordinaria. En aquéllas ve Adolfo de Castro un gran esfuerzo de ingenio y de elocuencia, al cual es extraño el padre y desaparecen en su trabajo original. Al lado de aquel laconismo de su estilo, rico de pensamiento gráfico y lleno de brío, parece éste «difuso y lánguido». Esta descripción es un tanto exagerada. Cierto que, por necesidad, la manera de escribir de un fraile y teólogo, educado en sus colegios y seminarios, debía diferir en cuanto á la forma y el fondo de la de un pintor cortesano; pero una mirada sin prejuicios no hallará este grado de diferencia. Las descripciones que Fray Francisco añadió en las posteriores reimpresiones de su

libro son, sin duda, más detalladas; pudo corregirlas con toda calma, pues tuvo durante largos años los cuadros á su vista diariamente, mientras que las primeras fueron redactadas con precipitación, á raíz de la colocación de los lienzos. También aparecen en la primera edición descripciones que no corresponden á los 41 cuadros, pero que están redactadas con la misma brevedad y viveza.

Todo el mundo puede apreciar que las expresiones técnicas en los artículos de ambos autores son las mismas. Encontramos las observaciones del padre idénticas ó semejantes, en cuanto á la descripción de la belleza ideal de las cabezas de Cristo y María: expresión, composición y distribución; el mismo elogio de los paisajes del fondo, las mismas frases técnicas «en la mejor manera del Maestro», con la mayor frecuencia el elogio hiperbólico tan característico en favor del «Patriarca del naturalismo español», se refiere á su engañosa verdad naturalista. Las figuras «no parecen pintadas, sino la verdad misma»; se pueden coger con las manos, *abrazar;* se oye el murmullo de las aguas; en resumen, «apenas hay diferencia entre lo vivo y lo pintado».

A veces también recurre á expresiones propias y realmente discretas. En vez de disposición y perspectiva, dice *el arte de los términos y distancias* (pág. 53); llama á la resolución y separación de los términos del fondo *desahogo* (págs. 62, 65); á una bien movida composición, *de mucha introducción, ruido, posiciones y movimiento;* al buen agrupamiento, *consonancia;* á una mímica afortunada, *movimiento muy del caso;* las cabezas, llenas de expresión, *hablan y respiran, tienen alma;* á los colores armónicos: *admirable* diferencia *en las tintas, elección del colorido;* de la figura del Salvador en el Centurión de Paolo, dice: *la planta de airoso y grave movimiento* (pág. 61). Con frecuencia se nota también profana inseguridad en el uso de los términos técnicos. Por ejemplo, contra el uso admitido, emplea la palabra colorido, por lo menos cinco veces, en lugar de *colores: son muy lindos coloridos,* ó llama *caprichos* á la

ejecución. También en Cervantes y Quevedo encontramos *brutescos* en vez de *grotescos*.

Sólo *una* noticia, por cierto histórica, contiene la Memoria que falta en la obra de los Santos; el autor estaba en este punto bien informado. Dícese que los Doce Césares de Tiziano y el retrato de Carlos V con el perro proceden de la almoneda de Carlos I. No conozco la fuente de esta indicación; hasta es contraria á lo que enseña el Catálogo del Museo del Prado, tan bien informado en estos asuntos. Pero su verdad está demostrada. El retrato aparece en el inventario de Felipe II, falta en el de 1636, y vuelve á aparecer en el de 1665. En cambio, en la galería de Carlos I, en Londres, se encuentra descrito un cuadro semejante con la advertencia de que lo llevó el rey de España (1); así, pues, debió ser regalado por Felipe IV al príncipe de Gales, en 1623. En el catálogo de los que Cárdenas compró en Londres falta.

El biógrafo madrileño A. de Beruete (pág. 175) está conforme con las anteriores deducciones, y, por efecto de sus indicaciones, Villaamil ha impugnado en sus anales la autenticidad de la Memoria. Posteriormente, Menéndez y Pelayo se adhirió también á esta manera de pensar, aunque sin creer que la falsificación provenga del honorable Adolfo de Castro. Según él, tanto el papel como la impresión son del siglo XVIII, en que tales mixtificaciones eran muy corrientes y alguien pudo (quizá el conde Saceda) que la aparición de la obra de Palomino (1724), en donde se menciona por primera vez la Memoria de Velázquez, concebir tal intento. Me uniría gustoso á tal hipótesis del erudito literato, si el anterior descubrimiento del *Buscapié*, de Cervantes, y el secreto del lugar donde se halló la Memoria, no suministrasen indicios vehementes contra el descubridor.

---

(1) Item: The Emperor Charles V, brought by the king from Spain, being dowe at length, with a big whith Irish dogin a curved gilded frame. Tritian (6 ½'', 4'). Catál. colecc. Carlos I, pág. 86.

LA TERCER MANERA

Cuando Velázquez reanudó en 1652 sus ocupaciones en Madrid, estaba en el dintel de la vejez. Pero á los años que aun le quedan pertenecen las más celebradas y originales de sus obras, y nadie encontrará en ellas el menor indicio de decadencia, que en los últimos trabajos de un Tiziano, un Franz Hals ó un Rembrandt no pueden ocultarse. En esta época de la vida suelen decrecer la potencia para el trabajo, el vuelo de la fantasía y la receptividad ó facultad asimilativa; pero la suma de experiencia, observación y práctica adquiridas da una indiscutible seguridad aun sobre la juventud, que no siempre es pródiga en facilidad, elegancia é ingenio.

El «tercer» estilo, al cual casi siempre se refieren los que hablan de Velázquez, corresponde á sus últimos diez años. Su característica está en el abocetamiento, llamado en Italia *bravura di tocco* y en España pintura de *borrones* (palabra que significa también mancha de tinta y defecto); el toque suelto con trazos sin fundir, *tachones* ó *chafarrinadas*, *manchado*. «Sus pinceladas pueden contarse... en semejante caos sólo de lejos toman relieve las formas y los objetos.» Este género descrito aquí un tanto exageradamente, nadie le ha cultivado con más genio, juicio y gusto que Velázquez; en este punto le han tributado su admiración siempre pintores de todas las confesiones. Ya Quevedo en la conocida *Silva* citada alaba sus *manchas distantes*. El panegirista de los pintores venecianos, Marco Baschini, un idólatra de Tintoretto, encuentra en este pintor la pura cepa veneciana, y Richardson *la grande variété des teintes couchées séparément sans être noyées ensemble*. También el *Abrégé* de la Galería de Dresde (1) conocía ya este *touche fière*, y Rafael Mengs admiraba su manera de pintar *con risoluzione e per così dire con disprezzo* (*Disprezzatura* atribuye

(1) Lehninger: Abrégé der Dresdener. Galerie, 1782, pág. 215.

Lodovico Dolce al colorido de Tiziano). «Donde otro sólo creería haber empezado—dice Charles Blanc—quizá demasiado ingenioso, Velázquez considera que ha dado la última mano; apenas ha desflorado la naturaleza *effleuré*, se apodera de ella, la posee, la representa, y al representarla, la infunde una segunda vida.»

Se cree que esta clase de pintura estriba en el carácter español. Velázquez no la inventó, por cierto. El Greco fué quien sorprendió por primera vez con sus *borrones* tomados del Tiziano á los hasta entonces pedantescamente detallistas pintores españoles. El libro de Pacheco pone de manifiesto su irresistible impresión sobre la juventud y el desconcierto en que puso á los hombrès de la vieja escuela. Su pincel tiene algo de caballeresco; ensalzaba el menosprecio de las artes manuales, en lo que los nietos de los godos estaban de acuerdo con los árabes, y que aun hoy consideran el trabajo como algo que rebaja. «Impaciencia» es, según un ingenioso escritor de aquel tiempo, el defecto de su nación, así como la paciencia es la cualidad de los holandeses. Estos acaban con las cosas, mientras que las cosas acaban con aquéllos. Luchan hasta vencer la dificultad; pero una vez satisfechos con su victoria, no saben darla remate: demuestra que pueden, pero no quieren (1).

El arte de Velázquez tiene aire aristocrático, que se explica hasta por su carácter de cortesano: la necesidad de almacenar le faltaba por completo; el deseo de vender sus cuadros, y con ello la tendencia de encontrar siempre nuevos atractivos para la muchedumbre.

La era del *diseñismo* español empieza en el siglo de Lope y Calderón, que un crítico del XVIII llamaba «un siglo y una corte de improvisadores» (2). Un momento antes reinaba la manera minuciosa y detallista, el procedimiento fino y lamido.

---

(1) BALTASAR GRACIÁN: Oráculo Manual, 242. Impaciencia de ánimo. Tacha de españoles.

(2) CEAN BERMÚDEZ: Diccionario, IV, 903.

Lo quiere la ley de la moda. Pantoja de la Cruz, con sus pasmosos cuadros de ropaje, precedió á Velázquez en su empleo, y su maestro fué el más grande pedante en los anales del arte pictórico español. Una generación después aparece la escuela de Madrid, en que una serie de incuestionables talentos coloristas, como Cerezo, Muñoz, Herrera el joven, inundan á España de iglesias y palacios de alegres colores, deslumbrantes improvisaciones en que ya se advierten síntomas del próximo agotamiento de la pintura nacional. Del más talentudo quizá, de Francisco Rizi, son las frívolas palabras: «Un pintor ligero no puede perecer» (1).

Mas el relato de las transformaciones no es una explicación, no es una historia; es imposible abordar las cuestiones que Velázquez suscita en su última manera. Pues su natural no era nada dispuesto en esta dirección, como por ejemplo Tintoretto y el mismo Tiziano, que afirmaron su larga y gloriosa carrera con el horror á la *maniera secca, cruda e stentata*. Velázquez hasta los treinta años pintaba sus asuntos con figuras de contornos acentuados, recortados con perfecto modelado y accesorios minuciosos y mortnaturistas. Entonces (si bien en cierto modo en todo tiempo) la terminación de una obra era para él distintivo de la obra de arte (sólo el falso artista piensa de otro modo), y no entró nunca en su manera de pensar el contentarse después de asegurar el fondo del asunto, contentarse con vagas indicaciones respecto de lo demás. Y este era también el sentido de la estética española de aquel tiempo. «Nunca permitir, á medio hacer las cosas (dice Baltasar Gracián), gozarse en su perfección... El objeto grande antes de ser todo es nada. Guárdese el maestro de mostrar su obra en embrión» (2).

Pudo durante largo tiempo ante los venecianos del Palacio

(1) Decía que tanto importaba saber pintar como el saber ganar de comer, porque el pintor largo no pereciera. PALOMINO, II, 411.

(2) BALTASAR GRACIÁN, l. c., 231.

Real estudiar y tratar de imitar su horror al contorno, sin su *morbidezza*. Como ellos, nunca hizo dibujo, sino tal vez por comodidad desde luego trazó las figuras con el pincel sobre la tela. Sólo Italia debió ejercer en él un especial influjo; Venecia debió producirle la impresión de que sus pobladores se habían quedado atrasados en un siglo. Desde entonces declara solemnemente á Tiziano y Tintoretto de los suyos. Sin embargo, la *pintura aborronada* no fué en él nunca una firma convencional obligada. Fué siempre *poco piú e poco meno*, lo que pedían las circunstancias. Así, por ejemplo, en sus *Draperie* estudió y modeló sus figuras más ligeras cuidadosamente, aun en aquellas tintas más fluidas que permiten un procedimiento ligero y como á la aguada. Los *borrones* sólo producían buen contraste con aquellas superficies bien afirmadas en las cuales parecían como arrojados á brochazos.

El efecto plástico fué siempre uno de los puntos á que consagró especial cuidado. Difícilmente podría considerársele como el campeón de una doctrina que despreciase el modelado y redujese la pintura á un mosaico de crudos colores, que redujese sus medios de representación á un mínimum y que pusiese al espectador en la extraña situación de adivinar por los defectos de ejecución lo que en otras partes no hace falta más que ver.

La flemática sangre fría de su temperamento, rayana en el escepticismo, se revela en los *pentimenti* que hallamos hasta en sus cuadros de la última época (pág. II y sig.). También aquí se debe recordar una sentencia del oráculo tantas veces citado: las obras de la naturaleza tienen un punto de perfección del cual descienden; entre las obras de arte pocas hay que no sean susceptibles de mejora (39).

Diferentes causas le impulsaron en esta dirección. La presbicie que en el ojo normal se presenta á los cincuenta años le hizo pintar á cierta distancia, obligándole á hacer síntesis sumarias por grandes rasgos y manchas, como si renunciase al efecto definitivo, lo que hacía su pintura apreciable sólo de le-

jos (1). En gran parte influyó la escasez de tiempo por su empleo palatino, envidiado de tantos. También los asuntos que trataba y el concepto que allí se tenía de ellos jugó un papel importante; por ejemplo, cuando su señor le encargaba retratos de bufones y pícaros, los cuales eran con frecuencia admirados como muestras de este estilo. Bajo la impresión de estos trabajos ligeros (*lienzos de mera decoración*), buenos para la ornamentación de las escaleras de Palacio ó para los palacetes de caza, ha llamado un español á Velázquez «el primer pintor escenógrafo de su época». «Su estilo, dice el citado autor, es el más atrevido y temerario en hecho de licencia que se puede permitir un artista seguro de su genio, y que estaba cierto de su triunfo ciego é irreflexivo» (2). Pero el procedimiento abocetado no rebaja á un cuadro á la categoría de decoración cuando, según sus propias leyes, expresa la vida y el carácter y posee corporalidad y consistencia.

Con igual inexactitud ha sido conceptuado Velázquez como un virtuoso (3). A no ser que se llame virtuosidad á la destreza y elegancia en la ejecución y al gusto particular por acumular dificultades técnicas. Con más razón se llamaría virtuosos á muchos otros grandes artistas en los cuales el asunto sólo era un pretexto para presentar el motivo principal en variaciones más ó menos nuevas. En este sentido, virtuoso sería todo lo contrario del verdadero artista. Velázquez ha adecua-

(1) Desde entonces debió de servirse de largos pinceles aplastados, de cerda, de los cuales habla Palomino; en efecto, en sus retratos (por ejemplo, las Meninas) usaba pinceles cortos y redondos. Pero aquí ante los reyes había desistido de las grandes superficies y trabajaba con toques de detalle.

(2) V. était le premier peintre de théâtre de son siècle... C'est tout ce que peut s'arroger, en fait de licence hardie, un artiste confiant de son génie, et sûr du succès aveugle et irréfléchi réservé à l'œuvre de ses pinceaux... Toutes ces œuvres, exécutées entre les années 1652 y 60, sont purement et simplement des ébauches. P. DE MADRAZO: *L'Art*, 1878, IV, y en las *Joyas*.

(3) Kölnische Zeitung, 8 Febrero 1874.

do siempre su procedimiento al asunto y desdeñó de repetir muchos de los asuntos que más gustaron, contra los usos generales de los demás artistas.

Igualmente sería extraña idea considerar esta última manera como algo imaginado ó pensado según principios, como un especial estilo, como el estilo pictórico por excelencia, según la opinión del maestro. ¡Como si empezase aquí, en el dintel de la vejez, el verdadero Velázquez; como si hubiese que tener en menos sus creaciones de la juventud, trabajadas en plena potencia y en toda su agudeza de observación! ¿Cómo ha de subordinarse la categoría artística de las obras á procedimientos que dependen más de la casualidad ó de las circunstancias que de la invención ó del asunto? El Baco, por ejemplo, es una de sus obras mejor dibujadas, en muchos puntos insuperable; un perspicaz aficionado me confesaba que en Nápoles, en otro tiempo, delante de una pareja de esta obra apareció ante él por primera vez el espíritu del pintor español.

El genial artista sabe también sacar partido especial hasta de las dificultades y apuros. Se puede también creer de un Velázquez que sabía encontrar bellezas especiales que favorecía el procedimiento abreviado.

A menudo el maestro obtiene con pocas pinceladas lo que el oficial con infinita labor no puede conseguir.

Conoció el raro arte de «conservar sus bosquejos», ó sea la primera concepción determinante y viva fijada en el diseño hasta terminar la ejecución fragmentaria y penosa, sin perjuicio de la idea principal. Lo que al profano le parece lo más fácil, es, en realidad, lo más difícil, como decía Lemoine, según Diderot: *Qu'il fallait trente années de métier pour savoir conserver son esquisse.*

Para expresarnos de otra manera, pintaba con espíritu. ¿Qué es espíritu en la pintura? A menudo carecen de espíritu los que le tienen en las palabras y en las ideas, pero que se sirven de las cosas visibles sólo como lenguaje para simbolizar en él las ideas, por agradables que parezcan, los alegóricos,

satíricos y pintores de programa (1). «No te fíes, dice Diderot (2), de los que tienen su saco lleno de ingenio, y lo van esparciendo por todas partes. Estos no tienen el demonio en el cuerpo.» Rembrandt, Correggio, Tiziano, Murillo, fueron pintores espirituales, no porque hayan tenido ocurrencias ingeniosas ó porque hayan pintado asuntos literarios, materia de declamación ó de discurso, sino porque tenían el espíritu en los ojos y en los dedos. Espíritu es expresión característica, sorprendente, ante la cual los mismos maestros confiesan que á ellos no se les hubiera ocurrido; aquellos que ven lo que otros no ven, y respecto de los cuales no se puede predecir cómo tratarán un asunto, y que, como dice Kant, hacen cosas que no se pueden sujetar á reglas.

La escasez de tiempo le llevó á imaginar este lacónico procedimiento característico con el cual actualizaba sus intenciones, con los medios más estrictos, en un solo trazo y hasta los últimos detalles. De aquí esa desconcertante amplitud, esa infalible seguridad, pues trabajaba previniendo la impresión total; de aquí la imposibilidad de juzgar las manipulaciones inspiradas en el calor de la lucha por la inspiración óptica del momento. Especialmente la maestría completamente nueva con que pintaba el juego de la luz sobre las ropas, y el reflejo y el brillo de las superficicies (3), nos hace creer que se dió perfecta cuenta de la utilidad del procedimiento, no fundido para ciertos casos.

Sabido es que ciertas apariciones se hacen más palpables y persuasivas cuando se encomienda la mezcla de los colores y pinceladas á la retina del observador. Un fisiólogo nos enseñaba cómo el paso entre la visión de los puntos y líneas sueltas y los unidos en el *sfumatto*, en un tono completamente

(1) D'Arnold: Anleitung zur Kunztkennerschaft, Hannover, 1834, 68.

(2) Salón; refiriéndose á Vanloo.

(3) David Wilkie fué el primero que notó este detalle. Murillo being all softness, while V. is all *sparkle and vivacity*. Carta de 12 de Noviembre de 1827. Vida de Cunimgham de Wlikie.

igual, y la incertidumbre que como consecuencia se produce, hace retroceder la impresión del plano formando el relieve (1). Y el pintor John Burnet demuestra que nada sería aquí peor aplicado que aquella degradación fundida, que se obtiene, por ejemplo, por medio de un baño de laques. Ningún pintor hizo menos uso de tales nociones acomodaticias que Velázquez. Antes bien, siembra las superficies que ha modelado y como fundido con pinceladas sueltas y, por decirlo así, flotantes, como hacía también el Greco y Franz Hals, y que las llamaba su rúbrica. También se obtiene por estos medios la ilusión de las vistas estereoscópicas. A veces se nota un doble contorno paralelo que corre por todo el borde de la figura. Y en ciertas partes movidas como las manos, se puede tomar este contorno vacilante como una contrafigura fuera de su sitio. Por tales medios conseguía que sus figuras no sólo se destacasen, sino que se moviesen, se volviesen. Parece como si se vieran al través de la superficie. Recuerdan los relojes de cristal con que comparaba Goethe los caracteres de Shakespeare.

LA TÉCNICA

La técnica de Velázquez es tenida por los mismos pintores (2) por insondable, por cosa de magia. Su secreto estriba ante todo en la finura de su vista y en la puntual obediencia de los hábiles dedos (3).

Los grandes pintores del siglo anterior, Juan van Eyck y los italianos de la Edad de Oro, así como los coloristas holandeses del siglo XVII, habían poseído una técnica sólida cerrada

(1) E. Brücke: *La fisiología de los colores*, 285.

(2) W. Burger exclamaba: Cet artiste est une fée qui évoque toutes les apparitions instantanément en aparence, mais après de mystérieuses conjurations dont personne n'a le secret.

(3) For handling, no one surpasses him. Wilkie, Th. Phillipps, 14 Febr. 1828.

á las variaciones y á la disolución. Los primeros que faltaron en esto fueron grandezas secundarias, también en asuntos de mayor trascendencia.

Todo nos induce á creer que Velázquez concedió gran importancia á la imprimación, exigiendo ó cuidando que fuese lo más absorbida posible por la tela. Cuando Palomino dice que cuanto más delicada es la imprimación, cuanto mejor se ve el tejido de la tela, tanto más seguro, firme y duradero es el cuadro (Museo, II, 31), parece basarse en la tradición del maestro, pues otros pintores españoles, como Murillo y Ribera, preferían imprimaciones pastosas, este último en perjuicio de sus cuadros. Muchos cuadros de Velázquez, entre ellos los más admirados, sorprenden por la delgadez de la capa de color. La inalterabilidad y resistencia de ésta parece relacionada con dicha circunstancia.

Otra de las causas de su duración es el evitar que la primera capa de color fuese oscura (especialmente con ocre), que á menudo, cuando sobreviene el desecamiento de los colores puestos encima, se manifiesta de tan desagradable manera. Sólo en los primeros cuadros aparecen algunas superficies anchas, apagadas y rojo-oscuras, que deterioran las demás capas. Después se sirvió de un fondo gris claro ó blanquecino, al cual debieron los antiguos holandeses su fuerza luminosa. Sobre este fondo claro trazaba el contorno en los bocetos con lápiz (por ejemplo, el de las Meninas), pero ordinariamente con el pincel impregnado de color pardo. Las sombras ó el fondo oscuro de los retratos eran empapados, si acaso, con pardo. En algunos cuadros, la mayor parte sin acabar, se ha dejado este tono pardo caliente y translúcido en el lado oscuro del fondo y en el escorzo de la cara. En la disposición gradual de los colores parece haberse atenido á la tradición, si bien simplificándola cada vez más. Se solía disponer el *bosquejo* con medios tonos claros, amarillos ó pardos, finos y ampliamente en forma de mosaico; el color fundamental en tono débil, como indicado ligeramente. Las partes destinadas al primer término se acen-

tuaban á menudo con blanco negro y el color de la imprimación. Después se empezaba á *retocar*, *acabar*, empastando absoluta y resistentemente las grandes superficies de los paños ó de la carne, sin consideración á los matices de la luz. Después se añadían las medias tintas del modelado.

Por último, se procedía á dar corporeidad á algunos puntos para producir luces y brillo; con frecuencia se acentuaban con laques los colores de los paños, dando redondez por retoques oscuros y relieve por sombras fuertes en los bordes.

Como en el bosquejo, era en el colorido la economía regla. Trataba de hacer todos los matices necesarios con la menor cantidad de colores ó mezcla de colores posible. Este procedimiento fué de felicísimo resultado para sus obras. Los colores no están ni rotos ni sobados ú oscurecidos, lo que hace que en otros pintores resulten atormentados. En la reducida paleta que utilizó en las Meninas cuéntase el cinabrio, el blanco, *terra de Sevilla*, carmín y tres ó cuatro tonos oscuros; el azul y el amarillo faltan (1).

Por lo tanto, la magia que en nuestros días ejercen estos cien retratos antiguos no debe su valor ni su forma al método ó procedimiento secreto. Su causa última y honda está en la sinceridad y lealtad del hombre, el cual prescindía de todo lo que, por otra parte, puede seducir á la vanidad humana y artística, sin tampoco sujetarse á los modelos célebres de otros pintores; así poseía, como decía Mengs, el grande y ferviente imitador, solamente la ambición de la «Imitación de la Naturaleza». Por este camino llegó á la manera que tanto cautiva á los modernos. Produce excitación en los hombres del oficio, se la llama *amusant*; *sprezzatura* parece superioridad, halaga la vanidad; la facilidad es el sello de la maestría; el abocetamiento parece prodigalidad, cosa que agrada al filisteo.

Pero los que le imitan no siguen su camino. Toman sólo lo que para él era medio por médula y espíritu de su pintura,

(1) A. de Beruete: Vel., pág. 168.

cuando lo hacen con brutal amplitud, feroces pinceladas, sin acabarlo, en tono gris y cruda y fría pintura grasienta en gran tamaño y con los más bajunos modelos. Han dado ocasión para que se diga que sólo saben desenterrar vieja quincallería (1). Diéronse tiempos en que todos, aun las cabezas más mecanistas, trataban de ofrecer furia y bravura. Los pobres de espíritu han tenido siempre la imaginación febril y desconcertada por genial; el genio verdadero piensa, por el contrario, que el genio equivale á paciencia. Alberto Durero y Juan van Eyck no eran menos pintores que Tintoretto y Franz Hals, aunque pintaran como los orfebres cincelan. Con sólo comprimir en la botella un poco de ácido carbónico habrá fermentación, ya sea de champagne, ya sólo un compuesto químico. En el último caso, producirá sólo un cosquilleo momentáneo y un estómago echado á perder.

El sello distintivo de Velázquez no es la *bravura di tocco*, sino la exactitud y finura del dibujo y modelado, la comprensión de la forma y contextura, la claridad y perspectiva de los espacios, la frescura y transparencia de las carnes, dulce y fluido reflejo de la luz en la oscuridad: su verdad, que es inimitable.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)

---

(1) Ces critiques à courte vue acceptèrent, comme des trouvailles de génie, ces vieilleries maladroitement exhumées. JULES BRETON: *Nos peintres du siècle*, 202. Por el contrario, en los retratos de Regnault y Baudry puede notarse un influjo interesante y completamente libre de su estudio; el autor recuerda haberlos visto en la Exposición de *Portraits du siècle*, 1883.

EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción de

EDUARDO OVEJERO

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Buen viaje!

Ulrico lanzó esta exclamación viendo escapar la liebre, que pasó por delante de él como una centella y que corrió, con sus enhiestas orejillas inclinadas hacia atrás, por la arena de las dunas. En el mismo instante saltó otra delante de sus pies de entre los matorrales, y emprendió la fuga tras de la primera. El cazador echóse de nuevo la escopeta á la cara; pero el gatillo bajó hasta el seguro y quedóse allí como si hubiera echado raíces. Antes de apuntar de nuevo, la liebre había desaparecido tras de la próxima loma.

Ulrico examinó la vieja y oxidada escopeta pensativo. Si aquélla, según las protestas del armero de colorada nariz, era la mejor de las seis que había proporcionado á los señores bañistas aficionados al deporte, ¿cómo serían las demás? Le estaba bien empleado. Por dejarse en casa su magnífica Lefaucheux. A lo menos le había evitado la vergüenza de matar una liebre en Julio. Pero ¿qué no hará un pobre bañista sumido en el más desesperante aburrimiento durante tres largas semanas?

—¡Tenía que ayudarme á pasar la cuarta! Esta misma noche se la devuelvo. No hay duda que este chisme es más peligroso para el cazador que para la pieza. Por lo que hace á las liebres, juraría que sólo hay estas dos en toda la isla. ¡Sabe Dios cómo habrán llegado hasta aquí! Quizá en el Arca de Noé.

Cruzóse la escopeta á la espalda, miró el reloj, examinó el cielo y miró de nuevo al reloj.

—¡Hum!—murmuró.—Hubiera jurado que era más tarde. Pero no, el sol está muy alto. Y pica de firme. Creo que tendremos tormenta. Probablemente me dará tiempo para llegar á casa. Con todo, necesitaré un par de horas. ¿Por dónde iré más pronto?

La elección no era sencilla: podía tomar en tres direcciones. Delante de él, á la derecha, bastante alejadas, alzábanse las pirámides blancas de las dunas, que ahora parecían grisáceas por la posición del sol. Hasta llegar á ellas, el terreno, formado á trechos de gruesa arena y á trechos de hierba ó matorrales, era medianamente transitable; pero desde las dunas hasta la playa era preciso hacer no breve caminata por la movediza arena, y la misma playa, ahora en la marea baja, no era en verdad un cómodo paseo, hasta que allá á lo lejos, del lado del pueblo, se hacía firme y seca. A la izquierda, algo más cerca y casi detrás de él, estaba el faro, del que partía la carretera del pueblo. Luego tenía que atravesar los arrecifes con su desolado aspecto, por entre los cuales se marcaban mil huellas de pasos en la arena húmeda, y más allá de ellos se extendía la cinta ondulante del agua sobre la leve orilla arenosa. Ya recorrió otra vez este camino, jurando que sería la primera y la última. Así, pues, no quedaba más que un tercero: atravesar las dunas que se elevaban ante él con su sinuosidad, hacia la derecha, hasta salir á la playa, para seguir el resto del camino todo lo largo de las rompientes hasta su casa.

Hasta allí le quedaba buen trecho; la travesía de las dunas exigía sanos pulmones y buenas piernas. Hacía ya un rato que

se había terciado la escopeta á la espalda, con el fin de tener las manos libres y agarrarse á las hierbas con fuerza para no resbalarse en los medio escalonados taludes. Varias veces se vió obligado á renunciar abiertamente á su propósito de caminar en línea recta por respeto á alguna que otra peña que tras la cuesta que atravesaba elevábase tan á pico, que hubo de preguntarse irónicamente si los conejos, cuyos agujeros se veían á la mitad del acantilado, no necesitaban guía para ir y venir por aquel sitio.

Pero estos obstáculos le agradaban: no corta experiencia le había enseñado que la fatiga corporal era el único medio de aliviar, al menos temporalmente, el peso que oprimía su alma.

Allí, donde el médico le envió á instancias de Herta, le parecía sentir esta opresión más fuerte que nunca.

Sin embargo, los primeros días no fué así: conocía bien las playas del Báltico, las de su país; pero el mar del Norte era la primera vez que le visitaba. La melancólica soledad de las dunas; la majestad de su mar, cuya proximidad con el Océano hacía tan palpable el eterno y siempre nuevo fenómeno del flujo y reflujo; la frescura del ambiente aun en el mes de Julio; los paseos solitarios cerca de las olas, en la playa, firme y elástica á la vez, todo esto le interesó; sintióse ligero y alegre como de muchacho á los diez y seis años, cuando en las vacaciones dejaba la estrecha ciudad y la ahogada escuela para correr á la finca paterna, al lado de su familia, á hacer la vida habitual por jardines, campos y bosques.

Después, al cabo de una semana aproximadamente, la antigua dolencia apareció de nuevo, como si hubiera llegado con el paquete de ropa interior que Herta le enviaba para el caso, muy probable, de que cambiase el tiempo, exponiéndole seguramente á un reumatismo.

Pero el cambio de tiempo no sobrevino, como tampoco las demás siniestras profecías de Herta. Diariamente el sol aparecía en toda su radiante magnificencia, extendía sus fuertes

rayos por el cielo sin sombra de nubes, y descendía por fin hasta el mar como un gran disco enrojecido; diariamente podía dar sus largos paseos de un lado á otro de la isla hasta los puntos más lejanos á que podía llegarse.

¡Sus paseos solitarios!

Los cuales estaban en abierta oposición con las prescripciones del doctor Baltasar y las exhortaciones de Herta. Los primeros días recordaba aún sus palabras: «Ante todo, querido barón, esté usted siempre que pueda acompañado. Mézclese en sociedad. Hace diez años estuve yo allí. Entonces Hannover no pertenecía aún á Prusia. Entonces que no se hablase de sociedad, al menos á nosotros los burgueses, que éramos considerados sólo como bañistas de segunda clase, y entre quien no había ninguna verdadera comunicación. Pero esto no se refiere ya á usted; y desde la guerra del sesenta y seis ha mejorado todo radicalmente». Y las últimas palabras de Herta habían sido: «No busques otra vez la soledad, Ulrico, que bastante tenemos aquí. Haz amistades, si no encuentras á nadie conocido. No nos olvides. Pero bueno es que te separes alguna vez de tu mujer y de tus hijos».

Llevaba las mejores intenciones de poner en práctica el consejo de la fiel esposa; pero no pasaron de intenciones. No encontró conocidos, fuera de uno cuyo encuentro trató de evitar luego que se hubo cambiado entre ellos un fugitivo saludo. En lo cual le correspondió aquél. No fué necesario que Herta le diese calabazas doce años antes al juez suplente de Odebrecht; ya se odiaban en los bancos del colegio. Y este odio creció más tarde, cuando la circunstancia de ser paisanos les destinó en Heildelberg al mismo grupo. ¿Por qué habían de tratarse en Norderney, cuando desde que aquél ejercía las funciones de juez de primera instancia en el villorrio del puerto habían considerado su vecindad ocasional como una desgracia común? Por lo demás, el resto de los bañistas eran gente completamente extraña, que probablemente tanto se ocupaban de él como él de ellos. Sólo una vez en los primeros días estuvo á

punto de salir de su retraimiento. El director de los baños, señor de Hinze-Hinzenstein, dejó su tarjeta en su cuarto, y él correspondió, como era natural, á su atención. También le fué ocasionalmente presentada la señora de Hinze, que le obligó á asistir al café que presidía todas las tardes al terminar la comida, á los acordes de la orquesta, en el salón del balneario, detrás de la galería desde la cual dominábase el jardín del establecimiento. Aceptó la invitación, pasando en tan cortés compañía (un general retirado y dos propietarios de la Marca, con otros señores y señoras de diferentes clases, todos de la nobleza, por supuesto, con excepción de un violinista que debía tocar aquella noche, y á quien los referidos personajes miraban con desdén) una hora tan terrible, que juró no volver á poner los pies en aquella sociedad.

Para asegurar la realización de este juramento renunció á la bulliciosa mesa del establecimiento y comió desde entonces en casa de un extraño individuo, á la vez comerciante de pescado, anticuario y fondista, y que suministraba, á los pocos que podían pagar su elevada tarifa, comidas excelentes, condimentadas por él en colaboración con su esposa, y vinos selectos.

A más de esto, tuvo la precaución de no dejarse ver por la playa á la hora del paseo y no aportar por allí sino después de dar un gran rodeo por las dunas y asegurarse de que sólo encontraría algún excursionista aislado. Y ni aun así estaba tranquilo hasta que los dejaba atrás y no divisaba en toda la extensión de la playa ningún punto oscuro que delatase la presencia de un sér humano.

Entonces respiraba honda y prolongadamente, como si se librase de un gran peso, para sentir quizá en el mismo momento que la depresión de su espíritu era más fuerte que nunca.

Singular depresión que hacía largo tiempo le atormentaba, y de la cual guardábase muy mucho de quejarse, en la seguridad de no poder dar ninguna explicación sobre un esta-

do que no sabía á qué causa atribuir. No podía achacarse á ninguna causa física, de creer al doctor Baltasar, del cual se había dejado reconocer varias veces cediendo á las reiteradas súplicas de Herta, y que después de repetidas auscultaciones y percusiones declaró con la más satisfactoria sonrisa que nunca había tenido entre sus manos un hombre más saludable.

¿Ni á qué causa física ó de otra especie podía atribuir aquel humor sombrío, él que vivía sin preocupaciones de ninguna clase, fuera de los cuidados diarios inevitables á un labrador hábil y trabajador que quiere aumentar su hacienda? ¿No tenía una mujer que le amaba sobre todas las cosas, aún más que á los tres preciosos niños que le había dado, y á la cual él á su vez amaba y tenía mil motivos para amar? Si todo esto no lo hubiera pensado, lo habría oído de boca de todos, hombres y mujeres, en tres leguas á la redonda, y de hecho lo oía siempre que se presentaba la ocasión. No, no tenía motivo ninguno para su hipocondría, que él mismo execraba, y que en definitiva (pues todo en el mundo tiene su origen en alguna parte) consideraba como dolorosa herencia de su madre, muerta poco antes, cuyo rostro blanco y fino con grandes ojos melancólicos recordaba perfectamente.

Cien veces durante su permanencia en la isla habían acudido á su mente estos recuerdos, y ahora volvieron otra vez, cuando para tomar aliento de la penosa marcha sentóse á la sombra de la alta y escarpada duna á que había dado cima. Había creído que la duna en que se encontraba era la última por el lado de la playa; pero delante de él, á sus pies, extendíase una ancha vertiente, más allá de la cual elevábase una nueva cadena, que al parecer era la última. Tampoco podía estar ya muy lejos del pueblo, pues en la vertiente mencionada verdeaban, diseminadas entre los zarzales, plantaciones de patatas que no había en el resto de la cuenca dunífera. La cordillera que ante él se extendía del lado del mar era de menos elevación que la en que se encontraba, pero no tanto que se pu-

diera ver el mar. El sol, como inmensa esfera roja y opaca, pendía sobre la ondulosa línea de las dunas en la tenue bruma grisácea que cubría el horizonte. Ni el más ligero soplo de viento se agitaba; las altas gramíneas salvajes se elevaban inmóviles; respirábase penosamente un aire pesado, como en la proximidad de un horno encendido; de abajo, de los zarzales y tuberosas, subía un vapor más dulzón, que tenía algo de extrañamente letárgico. Parecía como si la Naturaleza, conteniendo el aliento, esperase algo terrible, monstruoso, que se estuviese preparando.

Ulrico experimentaba esta misma sensación. Nunca hasta entonces había sentido aquella inexplicable opresión sobre su alma tan cruelmente como en aquel momento; experimentaba entonces un verdadero dolor físico hacia el corazón, como si hubiera llegado á su paroxismo, ó fuera á sucumbir, ó á sucederle algo extraño, terrible, que le librase para siempre de sus tormentos.

Una apiñada y estridente bandada de gaviotas precipitóse por cima de él en dirección á las dunas. Algunas pasaron detrás meciéndose en perezoso vuelo. Una de ellas, cuando estaba sobre Ulrico, soltó su siniestra risa cavernosa. Levantóse éste bruscamente y descendió la rápida cuesta, no porque se atemorizase ante la tormenta que se venía encima, sino por huir de sí propio y de la loca angustia que oprimía su corazón.

CAPÍTULO II

Pronto atravesó la ancha pendiente. En las dunas á que ahora llegaba abríase una estrecho desfiladero que se ensanchaba poco á poco, y que, como él había supuesto, conducía inmediatamente á la playa. A la derecha, saliendo del desfiladero, y algo más arriba de donde él se encontraba, sobre un pico saliente de la duna, vió á una dama que, con el álbum sobre sus rodillas, parecía dibujar ó pintar. Echó una rápida

ojeada sobre ella, que, inclinada sobre su trabajo, no era fácil que le viese ni que oyese su rápido paso apagado por la arena. Ulrico, después de avanzar unos doce pasos, detúvose estremecido. Cuando dos horas antes inspeccionó el mar por última vez, se ofreció á su vista un cielo azul intenso y el sol centelleando en las ondas. En aquel momento yacía el mar completamente inmóvil, como cubierto por una capa de plomo, de modo que en la playa las dunas apenas formaban unas cuantas líneas blanquecinas, á pesar de que, según su cuenta, la marea debía haber empezado ya. El mar, en una extensión de unos mil pasos, parecía completamente libre; después cubríase de una niebla blanquecina, sobre la cual se elevaba en el horizonte á media altura, de Nordeste á Sudeste, una compacta masa de nubes de un negro azulado, sobre cuya inquietante plataforma cerníase el sol, no ya sangriento como antes, sino amarillo, pálido y sin brillo, como un espectro.

Ulrico no había tenido que soportar en Nordeney una sola hora de mal tiempo, y mucho menos un temporal; pero presenció más de uno en la costa de su país, y no dudó un momento que se preparaba una tormenta, y con mucha prisa, á causa de la acumulación de electricidad durante algunas semanas. De la misma opinión debían ser centenares de bañistas que solían llenar á aquellas horas la playa y los alrededores del pueblo, y de los cuales apenas se podían contar aquel día unas cuantas docenas, que con todo el apresuramiento posible trataban de ponerse al abrigo de los edificios.

Estaba pensando seguir su ejemplo y había ya dado el primer paso, cuando miró en torno suyo. La dama seguía aún sentada en el mismo sitio, mirando no al álbum, sino al mar, para volver al instante á inclinar la cabeza y seguir trabajando con ardor.

—No sospecha lo más mínimo que dentro de diez minutos se va á poner como una sopa—murmuró para sí.

No había tenido tiempo, al pasar, de ver su rostro inclinado bajo el ancho sombrero de paja, y ahora, al levantar ella

los ojos, fué un movimiento tan rápido y la distancia tan grande, que no pudo distinguir si la dama era bonita ó fea, joven ó vieja. Por lo demás, esta cuestión le era indiferente.

Retrocedió con rapidez. Esta vez debió oirle ó verle, pues al acercarse clavó la vista en él con interrogadora expresión de extrañeza.

—Me pone en curiosidad—dijo ella entre sí.

Por fin llegó Ulrico ante ella con el sombrero en la mano; con su bien proporcionada figura de hombre, aún en la primera juventud; con su correcto y simpático rostro encuadrado en una barba oscura y bien cortada. La mitad superior de la frente destacábase por su rara blancura del resto profundamente moreno de la piel. El sencillo traje medio de caza no estaba exento de cierta elegancia, y la mirada de expresión respetuosa que sobre Eleonora fijó con sus grandes y serios ojos azules bastó para tranquilizar á ésta por completo. Sólo restaba averiguar qué es lo que el caballero deseaba de ella.

Ulrico no la dejó mucho tiempo en la incertidumbre.

—Perdone usted si la molesto, señorita—dijo:—no puedo verla á usted sentada aquí tan tranquila, estando como estamos amenazados de un gran temporal, que estallará, por las trazas, dentro de muy pocos instantes.

—¿Cree usted que es tiempo de volver á casa?

—Efectivamente lo creo así, y me atrevo á aconsejarle que no pierda un momento.

—Muchas gracias, caballero.

Eleonora se levantó y guardó las hojas en el álbum y los utensilios de pintar en la caja, lo cual hizo después asimismo con el álbum. El saliente que le servía de asiento elevábase á pico unos cuantos pies sobre el sitio en que se encontraba Ulrico. Este ofrecióle la mano, que ella aceptó con naturalidad, con una ligera inclinación, para descender más fácilmente.

—Doy á usted nuevamente las gracias—dijo.

—No hay por qué—contestó Ulrico.—Sería para mí un placer que llegase usted á su casa sin mojarse.

Una fugaz sonrisa, que dejó por un instante al descubierto su blanca dentadura, plegó los labios de Eleonora.

—Lo mismo deseo á usted.

—En cuanto á mí, nada importa: estoy habituado al viento y al agua.

—No dejo de estarlo yo tampoco.

—Tanto mejor. Dios mío, ¡qué hermoso es esto!

Dijo estas palabras después de haber bajado ambos la duna, deteniéndose de pronto y señalando al mar con la mano derecha, que le quedaba libre.

—Espantosamente hermoso—agregó Ulrico.—Comprendo que este espectáculo cautive á una artista.

—No soy artista; nada más que una humilde *dilettante*.

—Sospecho que las hojas de ese álbum demostrarían lo contrario.

—¿Acaso es usted artista?

—Desgraciadamente, no; un sencillo labrador: Ulrico Randow.

—Yo soy la señorita Eleonora Ritter.

Ulrico se había dirigido hasta entonces á la dama llamándola señorita, no al acaso, sino porque hubiera jurado al ver su rostro (por fugitiva que fuese la impresión) que no estaba casada. Agradóle, por lo mismo, que al presentarse ella misma previniese una posible equivocación. Esta franqueza cuadraba perfectamente con su porte, que nada tenía de afectado. Ulrico, penetrado de este agradable sentimiento, dijo, cuando después de esta mutua presentación se pusieron otra vez en camino:

—Debería en realidad pedirla á usted permiso para seguir acompañándola; pero no sé verdaderamente qué otro camino tomar. ¿Quiere usted que le lleve el álbum?

—Muchísimas gracias; tiene usted bastante con la escopeta.

—No me molesta.

—A mí tampoco me molesta el álbum. ¿Voy bastante de prisa?

—Ya quisiera yo que todas nuestras damas caminasen como usted.

No era en verdad un mero cumplimiento. En tanto que él, con sus botas de cazador, se hundía hasta el tobillo en la suelta y profunda arena de la playa, próxima todavía á las dunas, ella se deslizaba ligera con su elástico paso, en perfecta armonía con su figura regular y esbelta. El sencillo vestido gris claro, alto hasta el nacimiento del cabello, dejaba adivinar por los bordes vueltos del corpiño á la moda, en cuyos bolsillos introducía las manos sin guantes, un delicado busto. Llevaba el oscuro pelo recogido con un sencillo nudo en la nuca. Ahora que estaba á su lado podía contemplar el perfil de su rostro, cuya nariz correcta agitaba sus finas alas en una encantadora palpitación, mientras sus negras cejas jugaban expresivamente. Del color de los ojos no estaba seguro Ulrico; ¿eran azules ó grises? En todo caso, eran de un tamaño no común, y su mirada, á pesar de su dulzura extraordinariamente franca á la vez que candorosa y firme, parecía suponer el respeto de los que la miraban más bien que pedirlo.

Eran éstas fugaces observaciones que él mismo se maravillaba de poder hacer en vista del temible espectáculo que ofrecían el cielo y la mar. La sutil y blanquecina niebla de poco antes habíase espesado y descendía de modo que sobre la extensa playa sólo se divisaba la estrecha línea de las aguas tranquilas y grisáceas; la masa de nubes del horizonte, antes de un negro azulado, parecía ahora completamente negra, ocultando tras de sí el pálido espectro del sol como si hubiera empezado una noche eterna. El aire era apenas respirable; sobre la frente de Ulrico brillaban gotas de sudor; miraba con angustia el rostro de su compañera, que le parecía en aquella luz gris extrañamente pálido, pero sin la menor señal de la inquietud nerviosa de que él se sentía poseído. Por el contrario: sus grandes ojos, desmesuradamente abiertos, se fijaban como con avidez en el imponente espectáculo que la naturaleza ofrecía;

los entreabiertos labios, su nariz agitada, su pecho palpitante, parecían desafiar un enemigo invisible.

—¡Qué hermosa criatura!—pensó Ulrico.

De la movediza arena habían pasado al suelo firme de la playa, é involuntariamente se detuvieron, la joven subyugada por el aspecto de la naturaleza, él abandonándose á la contemplación de Eleonora. Y por fin, como buscando la confirmación de lo que ella misma sentía, volvió sus ojos á él, y por primera vez se cruzaron sus miradas, descansando la una en la otra. Fué un momento. Un segundo después estalló un trueno, cuyo estruendo parecía el disparo de cien cañones á un tiempo; el trueno del huracán, que rozando la superficie del mar encontró en las dunas, como primer punto de resistencia, la terrible voz que correspondía á su furor. Los dos retrocedieron, vacilando, unos pasos; pero Ulrico, haciendo un supremo esfuerzo, pudo sostenerse de pie y recibir á Eleonora, que había perdido el equilibrio, en sus brazos. Por terrible que fuese el momento, y aun cuando su acción había sido completamente instintiva, no pudo reprimir un dulce estremecimiento al sentir en sus brazos el suave y flexible cuerpo de la joven y la presión de sus manos, que se apoyaban en su hombro y brazo izquierdos. Y por segunda vez encontráronse sus miradas, la de él llena de solícito cuidado hacia ella, que á juzgar por la profunda palidez de su rostro y el temblor de sus labios parecía luchar contra un desvanecimiento; la de la joven rebosando el agradecimiento de su corazón al hombre caballeroso que (según pudo advertir) no la estrechó ni una línea más de lo necesario para impedir que cayera.

Después se desasieron ambos.

Tenían que habérselas durante toda la extensión de la playa, en la cual se encontraban completamente solos, con la tormenta, cuyos truenos hacían imposible toda conversación; con la arena, que, arrancada del suelo endurecido de la playa, era arrojada por el viento contra las dunas, y que les envolvía hasta las rodillas; con la lluvia, que les azotaba la

cabeza á latigazos; con la oscuridad, que convertía la tarde en una noche de negrura grisácea. Ulrico la protegía con su cuerpo poniéndose del lado del temporal; pasó el álbum, que ha largo rato había cogido debajo de su brazo derecho, con objeto de ofrecerla á ella el izquierdo, en el cual se apoyaba convulsivamente. Así tenían que abrirse camino paso á paso, obligados más de una vez á detenerse ó á volverse de espaldas al huracán. Por fin llegaron al pie de una última duna defendida del mar por una empalizada. Consiguieron subir la duna y llegar hasta el puesto de bebidas, desde el cual quedaban ya pocos pasos para llegar á las primeras casas del pueblo.

Mas precisamente en aquel momento sopló el huracán, que en los últimos minutos parecía haber cedido un tanto, con mayor furia que hasta entonces; la lluvia caía á torrentes, golpeando sus rostros. Buscando con la mirada un refugio de cualquier clase para su compañera, cuyas fuerzas estaban visiblemente agotadas, vió Ulrico enfrente de sí, en la oscuridad, unos cuantos objetos grandes que blanqueaban: eran casetas que, durante la tarde, antes de que estallase la tormenta, habían sido colocadas en fila allí á la mayor distancia posible del mar. Estaban sólo á unos cuantos pasos de la primera, á la cual Ulrico transportó más bien que condujo á la joven, exánime. La puerta de la caseta no quería abrirse, tal era la violencia del huracán que contra ella se precipitaba; por fin pudo Ulrico traerla hacia sí; con un desesperado esfuerzo hizo subir á su compañera la escalerilla y la sentó en el banquillo de la caseta, mientras el viento movía la pesada puerta golpeándola como si fuese una banderola.

Durante toda esta escena no se había cambiado una palabra entre ellos. Ella le dejaba hacer, no inerte, sino sometiéndose á la superior fuerza y á la rápida mirada de aquel hombre, en la seguridad de que podía confiar incondicionalmente en él. Así le pareció natural que la soltara cuando la hubo sentado en el banquillo, después de lo cual, medio vuelto de espaldas, miraba por la ventanilla de la caseta los revueltos ele-

mentos, á cuya acción se habían sustraído. ¿Pero por cuánto tiempo? Ulrico se hacía esta pregunta con inquietud. La caseta, de anchas ruedas hundidas profundamente en la arena, era sacudida fuertemente por el viento; la probabilidad de que fuese derribada no era inverosímil. Sin embargo, creyó poder resistir algunos minutos hasta tanto que se encontrasen con fuerzas para recorrer el camino que tenían que recorrer. En esto pareció que la lluvia y el viento empezaban á ceder un tanto desde la última terrible explosión; también comenzaba á aclarar un poco; ahora podía distinguir con precisión la línea de la empalizada á la derecha detrás de ellos; la base de la duna, sobre la cual estaba el puesto, y una parte de la playa, en donde se habían batido con el temporal. Una cosa llamóle la atención: sobre esta parte de la playa se había extendido repentinamente una cubierta blanquizca, que un momento después había desaparecido. Ulrico pensó en una ilusión de óptica, pues la marea no podía ser. ¿Cómo había de haber podido recorrer en apenas un cuarto de hora, desde la bajamar en que se encontraba, los cien pasos que le separaban de ellos, espacio que ordinariamente invierte tres horas en salvar? Pero otra vez volvía á extenderse la blanca sábana, que ahora reconoció distintamente como bullidora espuma; y al punto rompió la onda espumosa, y silbando allí mismo debajo de él, contra la rueda de la caseta, y llegó hasta la empalizada. Saltó á la puerta empujándola violentamente, y pudo ver el agua que retrocedía para dejar paso á una segunda onda, que llegó hasta el primer escalón de la escalerilla.

Al volverse estaba ella de pie detrás de él.

—¡Un momento aún!—dijo él.

Había descendido la escalera tan pronto como la segunda ola retrocedió; ella estaba en el escalón más alto inclinada hacia adelante, en actitud de apoyarse en su mano para bajar, cuando otra tercera rompió con fuerza salpicándole hasta la rodilla. Pudo, sin embargo, cogerla en sus brazos antes de que sus pies se mojasen, y llevarla por cima de las espumosas y

arremolinadas aguas, rodeando los últimos postes de la empalizada, hasta la falda de la duna. La distancia era corta, pero tenía que andar muy despacio, pues no quería exponerse al peligro de resbalar en la movediza arena, en que se hundían sus pies hasta el tobillo, y debió agradecerla que, apoyando su busto en su hombro de modo que pudiera ver libremente, le rodease el cuerpo con sus brazos.

Así llegaron al pie de la duna, en terreno seco, y él dejóla deslizarse al suelo.

—Muchas gracias—murmuró ella.

El no pudo contestar nada: el poderoso esfuerzo hacía palpitar su corazón, ahogándole. Se alegró de no poder hablar; por otra parte, no necesitaba decir lo que decir hubiera querido cuando vió aquellos grandes ojos con tan cordial expresión dirigidos á él.

Y de pronto, los dos se echaron á reir.

—Somos verdaderos náufragos—dijo ella.

—Permítame usted, por lo menos, ir á buscar su álbum—dijo él disponiéndose ya á ir hacia la caseta.

—¡Por Dios!—exclamó ella:—él tiene la culpa de todo. ¿Y vuestra escopeta?

—Poco importa.

—Pues entonces, creo que los debemos abandonar á su suerte.

Echaron á andar. En el sitio en que se hallaban, la empalizada ofrecía algún abrigo; echaron por un pequeño desfiladero, por el cual sin gran trabajo subieron hasta el puesto de bebidas. Ulrico tenía el propósito de refugiarse allí, y así se lo dijo á su compañera, la cual se mostró de acuerdo con él. Pero al llegar á la barraca, vieron por la ventana que todo el recinto, de bastante capacidad, alumbrado por la opaca luz de unas cuantas lamparillas, estaba completamente ocupado por fugitivos que habían llegado antes que ellos, y no había que pensar en que la multitud que se revolvía apiñada se aquietase. Por otra parte, el viento silbaba y mugía de manera tan

horrible en el endeble edificio, y sacudía y golpeaba puertas y ventanas con tal furia, que Ulrico pensó en la terrible catástrofe que ocasionaría un posible hundimiento.

—Sigamos adelante—dijo con insistencia.

—Es lo mejor—contestó ella:—otra vez me siento con fuerza.

—Pero tenga usted la bondad de apoyarse en mi brazo. Tenemos delante un trecho bastante endiablado.

En efecto: estaban en la estrecha, larga y libre cresta de la duna, que tenían que recorrer completamente expuestos al viento y á la lluvia. Debían, como anteriormente en la playa, recorrerla paso á paso, en lucha con el huracán; púsose él del lado del viento, ofreciéndola de este modo un abrigo por débil que fuese, y cuando el resbaladizo terreno no exigía su atención, volvía su mirada hacia ella, que, pendiente de su brazo, se estrechaba dulcemente á él. La lluvia había convertido su sombrero de paja en un objeto informe, deshaciendo en parte su peinado. El viento arrojaba pequeñas briznas mojadas á su rostro, que pálido y extenuado, y, por decirlo así, arrasado, no había perdido aún el encanto de sus grandes ojos oscuros, que de cuando en cuando levantaba para mirar á Ulrico. Los vestidos, completamente calados, se ceñían á su cuerpo, haciendo más visibles las formas de los brazos, del cuello y del pecho. Y allí donde no encontraban arena en que hundirse hasta la rodilla, notó él por primera vez cuán distinguido, pequeño y elegante era su pie, á pesar de que la arena y la humedad habían estropeado sus delicadas botitas. De todo corazón deseaba por ella que la trabajosa peregrinación llegase pronto á su fin; y al punto se apoderó de él el sentimiento de que en todo caso le quedaban pocos minutos de estar á su lado, y que tal vez no volvería á tenerla más junto á sí, lo que le infundió dolorosa melancolía.

Por fin alcanzaron, dejando á la izquierda la duna, las primeras casas del pueblo. Al abrigo de los edificios no hubieran podido formarse idea de la furia de los elementos que habían

tenido que soportar; parecía como si entraran en un recinto cerrado. La misma lluvia cesaba, proyectando sólo fuertes gotas aisladas. La anticipada noche se disipaba también, de modo que podían distinguir con precisión los objetos á una luz diurna, en que el crepúsculo vagaba aún por los tejados de las casas y dibujaba la poderosa torre, que surgió gigantesca de pronto ante ellos, hundiendo su veleta en las negras nubes que se corrían del lado de la isla.

—¿Dónde vive usted, señorita?—preguntó Ulrico.

—A unos cuantos pasos de aquí; en la segunda... no, en la tercera casa de la derecha.

—¿Aquí?

—Aquí. Creo que usted, para ser la primera vez, ya estará harto de su caballeresco servicio.

—No por cierto, si bien me alegro de dejarla á usted en su casa. Seguramente la esperarán con ansiedad.

—No sé quién; serán mis patronos, y creo que no se apuran fácilmente.

—Los juzga usted mal, pues la esperan á la puerta.

—En efecto, allí están.

Se encontraban delante de una casita pequeña, en cuyo jardincillo, un paseo estrecho, pavimentado con baldosas de piedra, conducía hasta la puerta. En su dintel dibujábase fuertemente sobre el fondo iluminado de la cocina el rudo perfil de un hombre y una mujer.

—Por última vez doy á usted las gracias de todo corazón —dijo Eleonora soltando su brazo y tendiéndole la mano. Su pequeña mano estaba helada y húmeda; sin embargo, la hubiera besado de buena gana: pero ella le había dicho que no la esperaba nadie, y ante una dama sólo el respeto era un doble deber. Así, pues, contentóse con retener unos instantes su mano entre la suya, para dejarla y después disponerse á partir con un sordo saludo, mientras las dos figuras del fondo se separaban de la puerta para ir al encuentro de la huéspeda que regresaba.

CAPITULO III

Ya había andado unos cuantos pasos, cuando se volvió: quería fijarse en la casa, pues todas ellas eran parecidas, para traerla al día siguiente temprano el álbum. No era fácil confundirla: estaba situada frente por frente de la torre de la iglesia. Por las dos ventanas de la izquierda, que hasta entonces habían estado á oscuras, se veía ahora la luz de la lámpara en la mesa, delante del sofá; por un momento vió su silueta delante de la mesa, en actitud de quitarse el deformado sombrero, el cual después parecía enseñar á alguien, con el brazo extendido, riendo: á la patrona, á quien ahora se distinguía en la ventana corriendo la cortina.

—Buenas noches—dijo Ulrico en voz alta y saludando con la mano, como si ella le hubiera podido ver ú oir. Después le debió parecer á él mismo una tontería, y se echó á reir al alejarse de allí. ¡Mas la despedida había sido tan brusca, tan inesperada! Hacía un momento la tenía apoyada en su brazo; hacía un momento sentía su dulce hombro rozando el suyo; hacía un momento escuchaba el suave y profundo tono de su voz; y todo esto había cesado, como un sueño del cual se despierta, y cuyo delicioso eco aun resuena en nuestra alma. Había pasado, y no volvería á ser. Seguramente no. ¡Y quién sabe si sería aquella la primera y última vez en su vida que viese á tan seductora criatura! ¡Quién sabe si saldría mañana temprano en el primer vapor! Esto, sin embargo, no era probable. Seguramente hacía pocos días que estaba allí. Si llevase más tiempo, no habría dejado de fijarse en tan poco vulgar aparición, por poco que se cuidase de la colonia veraniega. Y además, se lo habría dicho ella, sin duda. ¿Por qué sin duda? El álbum era un indicio, pero podía habérsele olvidado; y por otra parte, ¿por qué motivo había de haberle hecho tal confidencia? ¿Qué interés podía tener en darle parte de si se iba ó se queda-

ba? Se habían encontrado en el camino de su vida; la casualidad hizo que él la prestase un servicio sencillo y natural; le había dado las gracias: esto era todo.

Ulrico llegaba á tan desconsoladora conclusión, cuando se encontró frente á su casa. No hubiera podido decir cómo había llegado hasta allí por el oscuro y tortuoso paseo pavimentado de baldosas. De su cuarto salía la luz por entre la cortina echada justamente, lo mismo que por el de ella. La casa también se parecía á la suya; el jardín también tenía las mismas reducidas dimensiones, la misma puerta enrejada; el mismo sendero enlosado entre los macizos conducía á la puerta de entrada. Y ¡extraña casualidad! había elegido á su llegada el mismo cuarto á mano izquierda, en vez del de la derecha, como pudo haberlo hecho.

En el vestíbulo salió á su encuentro la señora Juana. La gruesa hostelera, por cierto mujer de pocas palabras, no había dejado de sentir inquietud por el señor barón, pues sabía que después de comer había ido de caza á las dunas, y era de suponer que el temporal le habría sorprendido á la vuelta. El señor barón debía mudarse de pies á cabeza. La cena le esperaba en la mesa y el agua caliente para el té. Por cierto que el té no era bastante aquel día. Quería prepararle un vaso de grog muy cargado. Al señor barón no le vendría mal beberse dos ó tres. De lo contrario, era fácil que le pasase la humedad á los huesos. Esto lo sabe quien ha sido más de veinte años hostelera.

Ulrico se dejó cuidar de la buena vieja. Hasta entonces no había sentido la menor incomodidad; pero ahora el frío le hacía tiritar hasta dar diente con diente. Llevaba la ropa calada hasta el último hilo; le costó trabajo quitársela del cuerpo. Ni esto, ni la fuerte lucha sostenida contra el temporal, no habían de hacer mella en él. Pero ella debió llegar en el mismo estado, y á pesar de la elasticidad de sus movimientos, bien á las claras se conocía que no era fuerte. ¡Cuán suave había sido la presión de su mano, por tanto tiempo apoyada en su

brazo! ¡cuán delicado su esbelto talle! ¡cuán ligera su proporcionada figura, sin ser en modo alguno pequeña! Y ninguna persona robusta tiene aquellas facciones movibles de su rostro, ni sus grandes ojos, que tan pronto ríen luminosos como miran melancólicos. ¿Si acaso estaría enferma? ¡Los médicos de Nordeney le inspiraban tan poca confianza!

Ulrico cambióse de ropa para que la señora Juana pusiese á secar las prendas mojadas en la cocina, y sentóse á la mesa cubierta de limpia mantelería y bien provista de toda clase de apetitosos manjares. No tenía hambre, sino sed; pero la buena hostelera prefería que tomase un par de bocadillos de jamón y huevo revuelto y bebiese un sorbo de grog caliente. Estaba muy cansado, dijo él. La señora Juana lo creía. Pero como se quedase en la cocina escuchando, cuando unos minutos después oyó al señor barón abrir la puerta de su cuarto y salir de la casa, movió la cabeza pensativa. Era la primera vez, desde hacía tres semanas, que salía tan á deshora, ¡y precisamente hoy, después de decir que no podía comer ni beber de cansancio!

Ulrico no estaba cansado. Cuando hubo recorrido unas cuantas veces la habitación, pensó que iba á asfixiarse en aquel estrecho y ahogado recinto. Y aun cuando ella no partiese de madrugada, ¿no era fácil que la marea penetrase en la caseta y diese cuenta del precioso álbum? O que trasladasen la caseta del sitio peligroso en que se encontraba, y ¡vaya usted después á buscar! Desde su vivienda al reservado de las damas, por la playa alta, había un corto trecho, y más oscuridad que en el pueblo no podía haber fuera.

La oscuridad era densa, en efecto, según pudo notar al salir de su casa y dirigirse por la enarenada calleja á las dunas que le separaban del mar. Al llegar á la cima de las dunas empezó á escuchar el estruendo de las olas. Del lado de allá, sobre el mar, temblaba una luz que no podía explicarse qué era.

Cuando llegó á la parte más alta quedóse parado lleno de asombro: tan lejos como su mirada alcanzaba, veía en la ex-

tensión de unos cien pasos, mar adentro, la bullidora espuma del oleaje teñida de un blanco resplandor, y más lejos, sobre las negras aguas de alta mar, distinguía con toda precisión amontonarse unas sobre otras las olas, que sacudían en línea interminable sus dentadas crestas de plateado fulgor.

A la vista del fenómeno de que tanto había oído hablar, pero de que no tenía idea, detúvose su aliento, y en seguida pensó: «¡Si estuviese aquí ella! ¡Si lo viese! Ciertamente en el pueblo no sospechan esto. ¿Debo ir á buscarla?»

Desechó la idea al punto, y pronto disipóse aquel éxtasis que no podía compartir con ella.

«¡Admirable!, dijo entre sí; parece propiamente como si la joven no tuviera otra cosa que hacer que complacerte. ¡Y cómo se reiría si supiera esto!: que vienes aquí á romperte una pierna ó un brazo en la oscuridad, cerca de las olas, para buscar un álbum que tal vez no tiene para ella valor ninguno. Y ¿cómo te compondrás para llegar á la caseta? Ya estará hace una hora rodeada de agua. Es pura terquedad. En mi vida me ha ocurrido otro tanto.»

Mientras murmuraba á media voz estas palabras, había dado la vuelta para dirigirse al puesto de bebidas y seguía inclinado de medio cuerpo la senda empedrada que conducía á ella. No podía caminar muy de prisa, pues aun cuando el temporal había cesado por completo, soplaba un fuerte viento en dirección contraria á la que él llevaba, y el huracán y la lluvia habían arrancado de cuajo las piedras del camino. Encontró algunos grupos de personas que, á despecho del viento, contemplaban el extraño fenómeno. Después, seguía andando lentamente, ó se paraba cerca del grupo cuando notaba la presencia de alguna dama y acechaba su rostro envuelto en la capucha y sus flotantes vestidos, hasta convencerse de que no era ella. No hubiera sido lo natural encontrarla en tal compañía, compartiendo las afectadas exclamaciones y las vulgares ocurrencias que llegaban á su oído en palabras sueltas. Le había dicho que nadie la esperaba en su casa. Carecía, pues, de relaciones

de familia, y quizá huía también del tumulto de los bañistas y amaba la soledad. Había algo en sus ojos que confirmaba esta suposición, y, sin embargo, en sus modales notábase cierto desembarazo, que sólo poseen las personas de sociedad. Pero entonces, ¿por qué se encontraba sola allí? ¿Sería una artista? Podría pasar por tal, aunque ella afirmaba lo contrario.

A la claridad que el mar despedía pudo Ulrico vislumbrar en la playa un trozo bastante grande sin agua, á pesar de que la marea no dejaba de subir. Indudablemente recobraba su normalidad, al cesar la tormenta que hizo subir el agua hasta la empalizada. Así, pues, descendió y pudo recorrer á pie enjuto el espacio que le separaba de las casetas. Eran tres, según pudo advertir; la última de la izquierda, la que les sirvió de refugio. La puerta abrióse esta vez fácilmente; después de algunos tanteos á ciegas en el oscuro interior, halló primero la escopeta apoyada en un rincón, y luego el álbum encima del banquillo, sobre el cual estuvo ella sentada unos instantes. El álbum estaba húmedo; pero, encuadernado en gruesa piel, podía haberse conservado intacto su contenido. De todos modos, podía devolverle al día siguiente á su dueña.

Volvió por el mismo camino que recorriera en compañía de Eleonora: el desfiladero, la duna de la empalizada, el puesto de bebidas, que ahora estaba sumido en la oscuridad. La multitud que antes le ocupaba había tenido tiempo de irse á su casa sin mojarse. Sin embargo, aun pudo alcanzar algunos rezagados que subían la senda con bullicio y algazara. Algunos borrachos se reían de ver en la oscuridad á un hombre que con la escopeta al hombro y un objeto en la mano, que podían tomar por un morral de caza, deslizábase á su lado, y lanzaban exclamaciones burlonas que el viento se llevaba. Por fin entró en el pueblo y llegó frente á la casa de la joven. Temía que hubieran cerrado ya; pero sólo lo estaba la mitad baja de la puerta con picaporte, á usanza del pueblo, y por encima pudo ver el oscuro vestíbulo, hasta la cocina, iluminada, en la cual el patrón estaba sentado á la mesa fumando su última

pipa, mientras en la sombra se movía otra persona. Vió luz en sus ventanas. Fácil era que abriese la puerta de su cuarto, por delante de la cual tenía que pasar; y entonces, ¿qué...? De este modo la entregaría el álbum en su propia mano en vez de entregárselo á los patronos. Latióle el corazón al entrar en la casa; atravesó el vestíbulo rápidamente y se presentó en la cocina, entre los dos huéspedes, que se quedaron sorprendidos ante tan intempestiva visita. Y creció su asombro cuando el visitante, murmurando unas palabras ininteligibles, dejó sobre la mesa el ya conocido álbum de su señorita y se alejó tan bruscamente como había llegado.

Ya fuera respiró libremente, como quien sale de grave peligro, y marchó precipitadamente por las oscuras calles, riendo del asombro que se pintaría en su dulce rostro cuando la patrona entregase el álbum aquella misma noche, ó, á más tardar, por la mañana temprano. Era locura pensar que marchase de madrugada. Seguramente se volverían á ver mañana cuando volviese á informarse de si la aventura no había tenido malas consecuencias para su salud. Lo cual era simplemente un deber de cortesía.

Aquella noche tardó Ulrico en dormirse más que de ordinario. El viento mugía con prolongados lamentos; en los intervalos resonaba, ya fuertemente, ya como un eco apagado, el estruendo del mar, que en aquel momento debía alcanzar su máxima altura. De cuando en cuando la lluvia, que empezaba de nuevo, golpeaba la ventana de su cuarto. El canalón que en un extremo de su habitación había al lado de su lecho, gorgoteaba incesantemente. Y sobre este caos de ruidos oía la profunda voz de ella y trataba de recordar cada una de sus palabras. Ahora echaba de ver que habían sido contadas, y sin embargo le parecía que habían hablado mucho, mucho... que se habían dicho muchas cosas el uno al otro.

Por fin se durmió. En sueños se sintió transportado en su duro colchón de hierbas marinas, que él llamaba sus dunas por los altibajos que presentaba, primero sobre la cálida y

fina arena de la duna, después sobre una nube que le elevaba; después desaparecía la nube y flotaba en el aire sobre las dunas y sobre el mar, arriba y abajo, de un lado á otro, como ligera gaviota. De pronto despertó y recordó con extrañeza que desde niño no había volado en sueños.

Durante la noche volvió á soñar varias veces lo mismo; pero ya no lo extrañó al despertar, y pensó que el volar libre de todo lastre es no sólo algo hermoso, sino un derecho que tienen todos los seres.

Hasta la mañana no logró caer en un sueño profundo y tranquilo.

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

MONUMENTOS Y RECUERDOS DE LOS BORGIA

EN EL REINO DE VALENCIA

(Con este título publica la *Gazette des Beaux-Arts*, en sus números de Febrero y Marzo últimos, el siguiente notabilísimo trabajo.)

El ferrocarril que parte de Valencia para llegar á Madrid atraviesa la bella y fecunda Huerta y se detiene, tras una carrera de cincuenta kilómetros, ante una muralla de rocas, por la que sube serpenteando el recinto en ruinas de una ciudadela.

Un poblado, cuyos blancos campanarios emergen de entre naranjos y palmeras, se extiende sobre las primeras graderías calcáreas, entre el jardín siempre verde y la montaña abrupta. Es Játiba, la antigua *Saetabis*, adonde fué á establecerse en el siglo XIII una familia noble y sin fortuna que conservaba el nombre de su país de origen, Borja, pueblecillo próximo á Tarazona. La rocosa rudeza de este nombre aragonés se suaviza en el habla valenciana. La *jota*, que ahogaba en una aspiración ronca el rumor de la *r*, fué reemplazada por un sonido de *ch*. El nombre, así pronunciado (*Borcha*), tomó la sonoridad que la historia conoce por la transcripción italiana: *Borgia*.

Alfonso Borgia, que inició la fortuna de la familia, fué ele-

vado en 1429 al obispado de Valencia. Nombrado cardenal en 1444, gracias á la protección de Alfonso V, rey de Aragón y de Sicilia, llegó á Papa en 1455 y tomó el nombre de Calixto III. Hizo del obispado del que había sido titular un arzobispado, que dió en 1458 á su sobrino Rodrigo Borgia. Cuando éste, á su vez, ciñó la tiara en 1492 y tomó el nombre de Alejandro VI, cedió su mitra de arzobispo á su hijo César, de diez y siete años de edad. Después de haber renunciado, en 1499, á las dignidades eclesiásticas para casarse con una princesa de Navarra y ser duque en Francia, César tuvo por sucesores en su sede arzobispal á otros dos Borgia, los cardenales Juan y Pedro. Hasta 1511 no perdieron los Borgia el arzobispado de Valencia, que poseyeran como un señorío durante medio siglo.

A la familia, que desempeñó un papel magnífico y sangriento en la historia de Italia, quedábale un rico patrimonio en la región de Valencia. Era el ducado de Gandía, que el cardenal Rodrigo compró el 3 de Diciembre de 1485 para donárselo á su hijo mayor, Pedro Luis, y que perteneció á su descendencia hasta 1748.

A principios del siglo XVI el ducado de Gandía estaba regido por una mujer dos veces viuda, D.ª María Enríquez, prima de Fernando el Católico. Prometida de Pedro Luis Borgia, lo perdió antes de realizarse el matrimonio y se casó con Juan, hijo segundo del cardenal Rodrigo.

Después de la muerte trágica y misteriosa de su esposo, la duquesa, que se quedó en Gandía, compartió su vida entre la educación de su hijo Juan y las prácticas religiosas. Terminó sus días en el convento de Santa Clara, legando á los suyos el ejemplo de la piedad más austera. Su nieto, Francisco de Borgia (Borja), fué santo. Fundó en Gandía una universidad de jesuítas y entró en la Compañía. En 1565 fué nombrado general, á la muerte del padre Láinez, sucesor de Ignacio de Loyola.

Gandía únese á Valencia por un ramal del ferrocarril de

Madrid á Carcagente, el lugar de las naranjas. No le separa de Játiba sino una estrecha cadena de rocas, la *Sierra de las Agujas*.

La capital del antiguo ducado de los Borgia está situada, como Valencia, á pocas millas del mar, y comunica por vía férrea con un puerto pequeño. Elévase también en medio de una verde llanura que parece continuar hasta el horizonte, la llanura de las aguas azules. La huerta de Gandía, miniatura de la de Valencia, no es menos fértil; cultiva los frutos tempranos y envía sus tomates y sus judías verdes á Londres y á París.

Un enorme bloque de piedras domina la población: es el castillo de los Borgia. Los jesuítas lo compraron en 1880 á la familia de Osuna, que le dejaba desmoronarse. Han establecido en él un noviciado y han consagrado el monumento entero á la memoria del Borgia que fué uno de los suyos.

El San Francisco de Gandía es popular en toda España. Su conversión, según una leyenda célebre, data del día en que, después de haber acompañado hasta la capilla real de Granada el cadáver de la emperatriz Isabel, mujer de Carlos V, asistió al acto de abrir el féretro. Otra leyenda atribuye al duque un amor respetuoso por la princesa, cuyo rostro había de ver desfigurado por la muerte. Francisco de Borgia pasó á ser, como enamorado, el protagonista de una zarzuela que se representó en Madrid en 1896 con el título de *El duque de Gandía*. En la misma Gandía, la piadosa duquesa María Enríquez no es venerada sino como abuela del santo Borgia.

El jesuíta ha hecho olvidar en España á los dos Papas, uno de los cuales fué su bisabuelo, y á D. Juan, su abuelo, y á su tío abuelo, César. Sin embargo, Játiba, Gandía y Valencia conservan monumentos y obras que evocan los nombres y hasta los rostros de los Borgia de Roma. Estos recuerdos históricos no han sido reunidos por nadie. Los hay que hubiesen hecho estremecerse de emoción, de haberlos descubierto, á un Carlos Iriarte y á un Gregorovius.

*
* *

En 1896 erigióse en una plaza de Játiba, en medio de las palmeras, una estatua de Calixto III. La pintoresca fachada frontera á esta estatua es la de un hospicio construído en el siglo XVI.

El niño que había de ser Papa nació, á lo que se dice, á pocas millas de Játiba, en un castillo señorial edificado cerca del pueblo de Canals, en el lugar llamado la Torratta (1). Este castillo cayó en ruinas; á fines del siglo XIX se demolió la última torre, maciza y cuadrada. Los Borgia poseían en la misma Játiba otra morada. Elevábase al lado de la colegiata, en una calleja ascendente. Era una sólida casa del siglo XIV, construída sobre roca viva. No queda de ella otra cosa que la pared de la fachada. La cintra del portalón está formada por esos clavos delgados y largos que son uno de los detalles más característicos de la antigua arquitectura urbana en el reino de Aragón, y que se encuentran hasta en Perpignan.

Una larga placa de marfil, incrustada sobre la antigua puerta, ostenta tres escudos con las armas de los Borgia, toscamente esculpidos; el escudo del centro es el de Calixto III, coronado por la tiara. Está en medio de dos escudos cardenalicios, ambos con las armas de Rodrigo Borgia (el que fué Alejandro VI) (2); el escudo «partido» con el buey de los Borgia en un lado, y en el otro las tres barras de los Doms (3).

---

(1) T. Llorente: *Valencia (España, sus monumentos y artes)*, página 733, nota. Luis Pareja y Primo: *Canals ilustrada*, Valencia, 1728.

(2) El abuelo de Alejandro VI, D. Rodrigo Gil de Borgia, legó en 1401 á sus hijos otra casa de Játiba, situada en la plaza de Aldomar, y que ha desaparecido (Llorente, págs. 733-734).

(3) Doms era el apellido de la abuela de Alejandro VI, Sibila. Las barras que figuraban en las armas de esta familia se encuentran ya mencionadas en el siglo XIII en la *Trova* en que Febrer cantó al rey Jaime y á sus compañeros de armas. Estas barras eran de *arena* y no de *azul*, como lo indica Irlarte en un estudio que ha rectificado muchas inexactitudes (*César Borgia*, I, págs. 23-24). Yo puedo, gracias á la amabilidad de don Isidro Fourrat, un erudito de Valencia que conoce mejor que nadie la historia genealógica y heráldica de los Borgia, citar aquí la descripción más

Calixto III, modesto y económico, hizo «pocos gastos en edificios» (Platina). No dejó más monumentos en Játiba que en Roma. La única construcción para la que envió dinero á sus hermanas, que permanecieron en su lugar natal, fué la de una capilla de familia en la colegiata, en donde habían de ser enterrados los parientes del Papa. Esta capilla ha desaparecido con la antigua iglesia, sustituída por un edificio ambicioso, empezando en 1596 con proporciones de gran catedral, y que aun no está terminado. Sin embargo, esta iglesia, enorme y fría, conserva una obra de arte preciosa y todavía desconocida: el retablo pintado á mediados del siglo XV para la capilla de los Borgia. Es un tríptico, cuyas tres grandes hojas fueron colocadas en el siglo XVI en un marco macizo. En medio del retablo figura Santa Ana, á quien estaba dedicada la capilla. Tiene en las rodillas á la Virgen, pequeña y adornada como una infanta, y la cual, á su vez, muestra el Niño desnudo. Ante el trono están arrodillados, el uno frente al otro, Joaquín, el marido de Ana, y el ángel que se apareció al anciano para anunciarle que sería padre (1). Dos obispos están sentados á derecha é izquierda de Santa Ana, en las tablas laterales. El uno es San Agustín, que tiene un modelo de iglesia, en calidad de Padre de la Iglesia; Santa Mónica, su madre, está arrodillada ante él. El otro prelado es San Ildefonso, el arzobispo de Toledo, al que ora el donante Alfonso Borgia, con la *cappa* y el sombrero de cardenal. El cardenal, ya viejo, tiene las facciones del Papa Calixto, como figura en la medalla atribuída

auténtica de las armas adoptadas por el cardenal Rodrigo y por su familia. Encuéntrase dada en 1463, en un documento inédito: «Armes e senyal de Borja sens altra mixtura, ço es *tres barres grogues* (amarillas) *et tres negres a la una part, e l'atra Bou*, segons hui les fá lo dit Reverendissim Senyer Cardenal». (Donación de 29 de Octubre, hecha por D.ª Isabel de Borja, hermana de Calixto III y madre del cardenal Rodrigo, á su yerno D. Pedro Guillem Llansol de Romaní, ante el notario de Valencia Benito Salvador; archivos del Mis de Malferit.)

(1) En la banderola que tiene el ángel: *Noli timere Joachim*.

á Guaccialotti, y que lleva en el reverso la inscripción: *Alfonsus Borgia Gloria Ispania* (1).

Alfonso Borgia, cardenal en 1444, trocó en 1455 el sombrero por la tiara. El retrato de Játiba se coloca entre estas dos fechas; para precisar más, hay que buscar al autor del cuadro.

El perfil del ángel coronado de olivo podría ser florentino. Los angelillos, de alborotados cabellos, vestidos y alados de azul de ultramar, son completamente flamencos. La orfebrería y las piedras preciosas están trabajadas como de bulto á la manera de los van Eyck. Sin embargo, la obra no es ni italiana ni flamenca.

Los pavimentos, compuestos de *raptas* de dibujos azules, son comunes en los cuadros aragoneses y catalanes del siglo xv; el fondo, de oro crudo, está adornado con bandas finamente labradas, como el tríptico de San Martín, que está en el museo de Valencia y que fué pintado á principios del siglo xv para la Cartuja de Porta Coeli (2).

El grupo de las tres generaciones sagradas, en el que la Virgen, con el Niño en brazos, no es á su vez sino una niña en las rodillas de su madre, forma una imagen de una seductora y singular ingenuidad. Pueden citarse análogas en país flamenco y germánico y en Francia (3); en el grupo de piedra que forma en Aix, en Provenza, el centro del «retablo de la Tarasca», la Virgen, que tiene al Niño, es una jovencilla en pie apoyada en su madre. Las representaciones de este género son excepcionales al norte de los Pirineos. En los grupos

(1) E. Müntz: *Historia del Arte durante el Renacimiento*, t. I: *Los Primitivos*, pág. 91.

(2) Reproducido en la *Revue de l'Art ancien et moderne*, 1907, t. II, página 119.

(3) Pinturas: reverso de una hoja de tríptico por Jacob Cornelisz de Amsterdam, en el museo de Berlín (Reinach, *Répertoire de peintures du Moyen âge et de la Renaissance*, I, pág. 595), pintura mural en el convento de los Franciscanos de Cracovia. Respecto á la escultura, M. Vitry ha citado algunos ejemplos de grupos análogos (*Michel Colombe*, págs. 267-268), y reproduce el de Bendigamos á Dios (pág. 465).

franceses, tales como el de Chantelle (Museo del Louvre), la Virgen adolescente aprende á leer con Santa Ana; no tiene el Niño, que el ángel no ha anunciado. En Italia, Leonardo de Vinci es el único que haya sentado á María en las rodillas de su madre: les puso á ambas la misma sonrisa de juventud inmortal. No sé en dónde tomó el maestro el modelo que hizo suyo. Antes de él, los pintores italianos del siglo XV imaginan un trono de dos pisos, en el que Santa Ana está sentada detrás de María y sobre ella (1). Los pintores colonianos, flamencos, holandeses, westfalianos, hacen sentar á María en la hierba, á los pies de su madre, ó bien las ponen sentadas juntas en un banco de honor (2).

Solamente en España es en donde se ha reproducido, como la imagen corriente de Santa Ana acompañada de la Virgen y del Niño Jesús, el grupo representado por el retablo de Játiba. Las imágenes de este género son innumerables; forman una serie que comprende tres siglos, hasta la célebre escultura de madera policromada que se ha conservado en la catedral de Granada y atribuída á Alonso Cano (3). El grupo de Játiba aparece en el siglo XV en varios cuadros de altar, que se pue-

(1) Masaccio, cuadro pintado en 1426 para el Carmelo de Pisa (Florencia, Academia de Bellas Artes); Perugino, en el museo de Marsella (Reinach, *Répertoire*, I, pág. 253); Pinturicchio (?) en la iglesia San Pietro in Unentorio, en Roma (idem, I, pág. 259).

(2) Maestro de Colonia por el año 1400 (museo de Colonia, núm. 53); maestro de Colonia llamado de la *Santa Familia* (museo arzobispal de Colonia); la *Genealogía de la Virgen*, por Gerardo David, en el museo de Lyon; la obra maestra de Quintín Metsys (museo de Bruselas); el cuadro de Ysigny (Ionne), completamente flamenco por el estilo, é intermediario entre Hugo van der Göes y Gerardo David (Reinach, *Répertoire*, t. II, página 232); la hoja de tríptico en la antigua colección Quédeville (*ibid.*, I, página 330); las *Santas Familias*, de los hermanos Dünnegge, en Dortmund y en Xanten; grupos en madera esculpida en la Exposición trusdeuse de 1900, etc.

(3) M. Dieulafoy: *La Sculpture polychrome en Espagne*, París, Hachette, 1908, pl. 76. Citaré, como una incomparable orfebrería de madera pintada y dorada, el grupo esculpido por Gil de Siloé para uno de los retablos de la capilla del Condestable, en la catedral de Burgos.

den ver en la catedral de Cuenca, en la de Avila, en el museo de Valladolid.

El tríptico de la capilla de los Borgia tenía una predela, de la que dos tablas han sido conservadas y puestas en un altar, en una capilla lateral de la colegiata de Játiba. Una de ellas representa á la Virgen, rodeada de ángeles, apareciéndose á San Ildefonso en la catedral de Toledo, y entregándole la casulla milagrosa. Otra tabla, la que está colocada debajo de San Agustín, representa el bautismo del santo, al que todavía acompaña su madre, Santa Mónica (1).

Estas dos tablas se encuentran reproducidas, con pequeñas variantes, en un retablo conservado hoy en la sacristía de la iglesia de las Clarisas de Segorbe y que procede de la Cartuja de Val de Cristo. Aquí el bautismo de San Agustín está reemplazado por el de San Martín, y el grupo de los ángeles músicos que acompañan á la Virgen gloriosa está situado encima de una gran imagen del obispo de Tours, muy semejante á las dos imágenes de obispos que acompañan á la Santa Ana de Játiba (2).

El retablo de San Martín está fechado en 1457: el milésimo se halla escrito en cifras árabes en un cartelito, en medio de una de las tablas laterales: la que representa una aparición de la Virgen á San Martín.

El autor del retablo de Segorbe, que es ciertamente el del retablo de Játiba, es hoy conocido. Llamábase Jacomart Baço, y era, probablemente, oriundo de Valencia. El conservador del Museo provincial de Valencia, D. Luis Tramoyeres y Blasco, ha encontrado una obra auténtica de ese pintor, célebre en su tiempo. Es un retablo pintado en 1460 para la iglesia de Catí, en el Alto Maestrazgo, y que se encuentra todavía en ese

(1) Reproducido en la *Revue de l'Art ancien et moderne*, 1907, t. II, página 359.

(2) Reproducido en la *Revue de l'Art ancien et moderne*, 1907, t. II, página 343.

pueblo, perdido entre Vinaroz y Morella: se parece grandemente al retablo de Segorbe.

Algunas fechas y algunos hechos son hoy conocidos en la biografía de Jacomart (1). Era hijo de un sastre de la corte, y recibió el mismo nombre que su padre. Según todas las probabilidades, en la misma Valencia es en donde fué iniciado sumariamente en la técnica y en el arte de Juan Van Eyck, ya por Dalmau (si volvió de Flandes antes de 1440), ya tal vez por un pintor de Brujas, Luis Alimbrot, que se hallaba en Valencia en 1440. Jacomart no fué á Brujas. El acontecimiento de su vida fué un viaje á Italia.

El 27 de Octubre de 1440, el rey Alfonso de Aragón, ocupado en el sitio de Nápoles, escribió desde su campamento al bailío de Valencia para que le enviase á su servicio *lo ffil del mestre Jacme Jacomart, pintor*. Cítase á Jacomart en los documentos de la cancillería napolitana en 1442, 1443, 1444 y hasta en 1447. Entre los raros cuadros del siglo XV que ha conservado Nápoles, hay uno que debe adjudicarse al pintor de Valencia: el *San Francisco dando la regla* de la iglesia de San Lorenzo. En 1451 Jacomart estaba de regreso en Valencia, y allí murió en 1461.

¿En qué período de su vida y de sus viajes pudo pintar el tríptico de Alfonso Borgia el pintor de Alfonso V? El cardenal no volvió á visitar su obispado de Valencia desde el día en que recibió el capelo. Ciertamente, pudo hacer desde Roma un encargo á Jacomart, cuando éste se hallaba de vuelta en Valencia. Pero pudo ser muy bien que sirviera de modelo en Italia al pintor del rey de Aragón, é incluso que le llevase á Roma. De todos modos, se puede poner el tríptico entre el verano del año 1447, en que Jacomart pintó estandartes para su soberano, y el año 1455, en que fué elegido Calixto III. A me-

(1) He estudiado al detalle, mediante las investigaciones de los eruditos españoles é italianos, la vida y la obra de este pintor, en la *Revue de l'Art ancien et moderne* (1907, t. II, págs. 339, 360). En este estudio se encontrarán los documentos justificantes de las afirmaciones que aquí hago.

diados del siglo xv, el tríptico en el que Jacomart Baço pintó el retrato de Alfonso Borgia, es á la vez un documento iconográfico de los más notables y una obra capital de la primitiva escuela valenciana.

***

La colegiata de Játiba ha poseído hasta principios del siglo xix otro cuadro de altar donado por un Borgia. Encontrábase en la capilla de *Nuestra Señora de la Fiebre*, fundada en 1497 por D. Francisco de Borgia, camarero y tesorero de Alejandro VI, que fué nombrado en 1495 obispo de Teano, en Campania. Este personaje, cuyo origen es oscuro, era llamado el «Bastardo de Borgia». Ciacconio hace de él un hijo natural del piadoso Calixto III; según otros, el obispo Francisco tuvo por padre á D. Juan de Borgia, hijo natural éste de Rodrigo Gil de Borgia, el abuelo de Alejandro VI.

El cuadro fué enviado á Valencia en 1818 para servir de modelo á otro cuadro que un fiel quería consagrar á Nuestra Señora de la Fiebre. No lo reclamó nadie, y pasó á la Academia; transportado al nuevo Museo, ocupa en él un puesto de honor. Este cuadro, donado á Játiba por un Borgia, es un Pinturicchio.

El donante, de rodillas, visto de perfil y descubierto, tiene una toga carmesí, que está abierta por los dos lados, y deja asomar las estrechas mangas de la blanca alba. Mira al Niño Jesús, el cual, en pie sobre un alto taburete, lee en el manuscrito iluminado que sostiene su Madre, y que está abierto por el Oficio de la Virgen (1).

A. Schmarson, que ha sido el primero en describir este cuadro, del que ha dado una reproducción muy mediana, ve en el personaje vestido de rojo al cardenal Rodrigo, el que será Alejandro VI (2); este nombre ilustre es el que luce en el mu-

(1) *Incipit officium be Marie virginis.*

(2) *Pinturicchio in Rom*, Stuttgart, 1888, pl. I, pág. 7 y 10, núm. 3. El cuadro se lo indicó C. Justi á A. Schmarson.

seo de Valencia en la etiqueta del marco dorado. Carlos Iriarte ha vacilado en reconocer al cardenal Rodrigo en ese perfil que no se parece nada al de Alejandro VI (1); M. Steimann ha tenido los mismos escrúpulos (2).

El donante del cuadro de Játiba no puede ser Rodrigo, no solamente porque no tiene su nariz gruesa ni sus abultados labios, sino porque no es cardenal: la insignia puesta ante él en el florido césped no es el capelo, sino la mitra. En fin, las armas, repetidas por dos veces en el taburete y ornadas con la mitra, no son las de Alejandro VI, con las barras negras de los Doms al lado del buey. El personaje que Pinturicchio pintó á los pies de la Virgen de la Fiebre es, sin duda alguna, el prelado que fundó la capilla puesta bajo dicha advocación en la colegiata de Játiba. Francisco Borgia lleva el escudo de Borgia «antiguo», idéntico, menos el bordado de llamas, al de Calixto III, el Papa de quien, si se cree al más grave de los historiadores pontificios, el obispo fué un bastardo (3).

La tabla no ha sufrido sino roeduras de gusanos, que han trazado sobre el fondo de oro un ancho surco. Ningún cuadro de Pinturicchio tiene tonos más vivos ni más puro esmalte; jamás el *fa presto* del siglo xv no se mostró más atento en cincelar los menores ornamentos. El manto de la Virgen, azul de ultramar, con verde oliva, está abierto sobre una túnica de púrpura carminada; está bordado con un delicado galón y sembrado de estrellas de oro, que apenas se perciben por lo suelto de sus rayos. El manto púrpura del Niño tiene un galón todavía más grácil y más finamente recortado; la túnica de

(1) *César Borgia*, Paris, 1889, t. I, pl. fuera de texto, con inscripción, página 282: *Antom des Borgia*, 1891, pág. 83-85.

(2) *Pinturicchio* (col. de los *Künstlermonographien*), pág. 83, fig. 74; página 88-90.

(3) Al lado de las armas de los Borgia distínguese sobre el taburete un medallón acuartelado como un escudo, y sobre el que alternan dos emblemas que se encuentran sobre las bóvedas de la habitación Borgia: cinco llamas de gules sobre plata; dos coronas reales opuestas, de las que brotan cinco radios, todo ello de oro sobre plata.

brocado de oro que recubre es una orfebrería comparable á las de los antiguos maestros de Siena. El fondo de oro, con sus compartimentos estampados y las bandas de su paño de honor bordadas de palmas á la antigua, no está más ricamente adornado que el césped, cubierto de pequeñas plantas floridas, entre las que se mezclan cardillos. Todo el cuadro tiene la riqueza y la finura de las letras pintadas sobre pergamino que mira el Niño Jesús.

Esta minucia de iluminados, unida á la rigidez de las actitudes, da al cuadro un aire de arcaísmo. Schmarson lo colocaba hacia 1470, y hacía de él la primera obra conocida de Pinturicchio, todavía adolescente, y apenas salido de las lecciones de Fiorenzo di Lorenzo. Un artista tan joven ¿hubiera burilado con tanta fuerza el grave perfil del donante de toga? Es inútil preguntarlo. Nada prueba que Francisco Borgia estuviese en Roma desde 1470, ni siquiera que Pinturicchio fuese á ella antes de 1482, en que comenzó á trabajar, al lado de Perugino y de los maestros de Florencia, en la capilla de Sixto IV.

El donante arrodillado al lado de su mitra episcopal no puede ser otro que Francisco Borgia: sentado esto, se hace imposible fechar el cuadro antes de 1495. Hasta este año no recibió el obispado de Teano el primo ilegítimo de Alejandro VI; en 1499 pasó al arzobispado de Cosenza; en 1500 fué nombrado cardenal. El cuadro del museo de Valencia es anterior á esta última fecha: hubo de ser encargado el mismo año en que se fundó en Játiba la capilla de Nuestra Señora de la Fiebre, es decir, en 1497. En la obra de Pinturicchio, el retablo de Francisco Borgia figura inmediatamente después de los frescos de la habitación Borgia.

*
* *

Calixto III envió desde Roma á la catedral de Valencia, en donde estaba su sede episcopal, y á la colegiata de Játiba, en donde se encontraba la capilla y la tumba de su familia, un

gran número de reliquias. Mandó, sin duda, algunos relicarios. Los de Valencia han desaparecido: casi todo el tesoro de la catedral fué fundido en 1812 por orden de un general español (1). Se ha conservado en la sacristía de la colegiata de Játiba un relicario donado por Calixto III. Es de plata dorada y de dibujo gótico; en el pie hay dos chapas redondas que llevan el escudo del Papa, con el buey esmaltado de rojo, y coronado por la tiara. Este relicario parece ser de trabajo español. El pequeño tesoro de la colegiata posee un cáliz que ha debido de salir del mismo taller, y donado por el mismo Papa. Sobre una banda de plata que rodea la pieza de orfebrería, entre el pie y el nudo, se lee la inscripción siguiente: CALIXTUS P. P. TERTIUS. El pie está adornado con follajes repujados; el nudo con seis medallones, en forma de cuatro hojas, en las que están grabadas siluetas de apóstoles, vistos de medio cuerpo, y que conservan huellas de esmalte traslúcido.

En Valencia, la iglesia de San Nicolás se glorifica de poseer otro cáliz donado por Calixto III, con su patena. Son dos piezas que no tienen par. El cáliz tiene el tamaño de los mayores cálices ministeriales; la patena tiene el diámetro de un plato. La plata ha sido tan sólidamente dorada, que conserva la magnificencia del oro macizo. Casi todos los relieves son motivos antiguos: cabezas de niños ó de ángeles alados, *putti* desnudos, cabalgando sobre delfines; cabezas de carneros, guirnaldas de follajes mezclados con frutas, y corona de laurel. Solamente unos ángeles de débil relieve, dispuestos en número de seis, sobre el embasamiento del pie, llevan los atributos de la Pasión. Están separados los unos de los otros por seis medallones ornados de grabados que representan asuntos religiosos: la Crucifixión, el grupo de la Anunciación y una serie de santos reunidos dos á dos: San Pedro y San Pablo, San Mateo y San Lucas, San Nicolás y San Pedro mártir, San Marcos y San Juan Evangelista. Un medallón semejante ocupa el me-

(1) V. la *Gazette des Beaux-Arts*, 1897, t. II, pág. 108.

dio de la patena: vese allí un Juicio final abreviado, dominado por la imagen del Omnipotente, que aparece entre nubes pobladas de ángeles; en el reverso, San Cristóbal. Estos grabados no tuvieron nunca esmalte. El dibujo, de una amplitud y de una valentía singulares, recuerda á Antonio Pollaiuolo.

Un punzón muy ancho ha sido impreso por dos veces en la plata del cáliz; la huella forma una serie de caracteres imprecisos, sobre los que hay una corona. No sé todavía á qué taller pertenece ese punzón. Es evidente que el cáliz, con su patena, no ha sido trabajado en España, y que fué enviado desde Italia. Pero en la misma Florencia no se encontraría, bajo el pontificado de Calixto III, es decir, por 1455, una pieza de orfebrería religiosa tan emancipada de toda reminiscencia gótica, y como consagrada por entero al Renacimiento triunfante. El dibujo de los grabados parece ser de fines del siglo XV; el estilo amplio y grueso de los relieves anuncian el siglo XVI. Si el cáliz italiano de San Nicolás de Valencia es, como parece más que probable, un recuerdo de los Borgia, debe de ser un presente de Alejandro VI.

*
* *

El Papa que ha dado al nombre de Borgia su inmortalidad de gloria y de ignominia había nacido en Játiba.

La grande y magnífica custodia de la colegiata pasa por ser dón de él y dorada con el primer oro que fué enviado del Nuevo Mundo á Roma. El *tempietto*, de plata dorada, es de arquitectura flamante (1); lleva un punzón que yo no he podido ver, pero que se encontró cuando se desmontó la pieza para ser enviada á la Exposición colombina de Madrid, en 1892: es un punzón de Lérida. La representación de la hostia y los dos ángeles que la sostienen son de un dibujo italiano, harto pesado para que se les atribuya al Renacimiento; en efecto, un documento ha dado á conocer que estos ángeles y dos de los

(1) Fototipia en el *Álbum de la Exposición histórico-europea*. Madrid, Laurent, 1892, pl. LXXVII.

pináculos del edículo se ejecutaron en 1633 por un orfebre de Valencia, Pere de Avendanyo (1).

Ni Valencia ni Játiba recibieron las larguezas de Alejandro VI, sino Gandía, de la que Rodrigo Borgia hizo el patrimonio de sus hijos. El historiador valenciano Viciano transcribió en 1564 la lista de las reliquias enviadas por Alejandro VI á la colegiata de Gandía: «Primeramente, una cruz muy rica, conteniendo un pedacito de la madera de la verdadera cruz de Cristo Jesús; un díptico de plata sobredorada, de la que cada mitad tiene veintidós celdas ó compartimentos con reliquias de santos; un rico relicario con una espina de la corona del Señor, una parte de la camisa y del sudario de Cristo Jesús; una mano de plata con un pulgar de San Erasmo; una mano de plata con una parte de la mano de Santa Ana; una mano de plata con una parte del brazo de Santa Martina; un busto ó imagen de San Sebastián, de plata, con una reliquia del santo; una custodia y un cáliz muy grandes. Son éstos objetos que, aparte de su gran riqueza, son muy estimados por su maravilloso trabajo» (2). Casi todos los objetos de orfebrería donados á Gandía por Alejandro VI han sido destruídos ó reemplazados; algunas de las piezas más notables que posee el tesoro de la colegiata no han entrado en ella hasta el siglo XIX, y proceden del monasterio suprimido de San Jerónimo de Cotalba, á una hora de la ciudad: tal, la custodia monumental, obra de un religioso de ese monasterio, Antonino Sancho de Benavent, que la terminó y firmó en 1548, á los siete años de trabajo.

En medio de estos objetos, impónese á la atención un reli-

(1) Llorente: *Valencia*, t. II *(España, sus monumentos y artes)*, páginas 733 y 1.058. Un cofrecillo de hueso, que se muestra, con la custodia de Játiba, como un dón de Alejandro VI; es una obra italiana del siglo XIV, como se encuentran en muchos tesoros de iglesias y de colecciones públicas y privadas.

(2) *Segunda parte de la Crónica de Valencia, compuesta por Martín Viciano;* edición primera, 1564, folio 9, y segunda edición, publicada por la Sociedad valenciana de Bibliófilos, 1881, pág. 21.

cario como obra noble y rara (1). Distínguense á través del cristal las reliquias insignes donadas por Alejandro VI: la santa Espina yérguese entre los dos trozos de la túnica y del sudario de Cristo. El pie del relicario, construído á manera de candelabro, tiene alguna semejanza con el pie del cáliz de San Nicolás, de Valencia, más ancho y más macizo. Cuatro delfines avanzan encima del embasamiento rectangular; en los ángulos de éste se encuentran sentados cuatro niños músicos. Hay que reconocer que el trabajo de orfebrería es de los más groseros. En las partes donadas se transparenta la plata. Los angelotes tienen las piernas demasiado cortas, y sus cabellos crespos les hacen parecer unos negrillos. Los florones son bastante mezquinos y están hechos sencillamente de láminas recortadas. En fin, la filigrana está empleada por todas partes, sin variedad y sin gusto, á la manera de un relleno. Diríase que el trabajo de metal ha sido descuidado como accesorio ó encomendado á un simple obrero; en cambio, la plata desaparece casi enteramente bajo una magnífica capa de esmalte pintado.

El decorado polícromo está compuesto de los motivos más diversos: palmas, hojas, figulinas vestidas y desnudas, cabezas de hombres y de mujeres, animales. Los esmaltes son de trabajo italiano y de fines del siglo xv. Los fondos son traslúcidos y aplicados sobre pajizo: es un resto del procedimiento del esmalte sobre relieve, llamado de baja talla, que se ha conservado en Italia, al lado de un procedimiento completamente nuevo, probablemente salido de las oficinas de los vidrieros (2). El camafeo de oro, que derrama luces sobre los cabellos y los paños, y que se compone de figurillas enteras, está empleado como lo fué en 1465 por el florentino Antonio Filarete y, en la misma fecha, por Juan Fouquet, que había sin duda aprendi-

(1) Altura, 0m,63; largo de la muestra, 0m,20.

(2) Véase, sobre el esmalte pintado en Italia, el librito de Emilio Molinier, *L'Émaillerie*, sencillo volumen de la *Bibliothèque des merveilles* (París, 1891), que no ha sido aventajado.

do á pintar en esmalte durante su viaje á Italia. La pintura es de la más preciosa finura y del más atrevido estilo.

Es imposible que no llame la atención, al examinar el relieve, el pequeño número de motivos religiosos admitidos en su opulenta ornamentación: el disco de cristal que protege la santa Espina y las otras dos reliquias está rodeado de angelillos desnudos que sacan medio cuerpo de entre unas nubes y tocan la música. En medio de ellos, y sobre las reliquias, el Padre Eterno está bendiciendo. La placa redonda que sirve de fondo al compartimento de las reliquias lleva las letras I H S en azul. El ancho medallón que le acompaña forma una miniatura magnífica, de fondo rojo traslúcido, sobre la que está pintada la Virgen con el Niño entre dos ángeles. En torno del medallón vuelan ángeles adolescentes, vestidos de túnicas ligeras, remangadas en la cintura, y *putti* mofletudos.

Todas las otras pinturas son profanas. En torno de la Virgen gloriosa y del coro de ángeles, los medio círculos que forman el bordado festoneado sirven de marco á bustos de mujeres y de hombres peinados á la moda italiana de fines del siglo xv. Sobre el nudo del pie, medallones de emperadores y de héroes, con cascos ó laureles á la romana, en hojas de acanto; fondo rojo traslúcido. Arriba y abajo, en compartimentos de forma ovoide, niños desnudos en camafeo de oro sobre esmalte azul traslúcido. Más abajo, en cuatro compartimentos análogos separados por bandas de filigrana, las cuatro Virtudes. Una cacería—perros corriendo que persiguen á unas liebres—da la vuelta al disco inscrito en el cuadrado que forma la parte superior del basamiento y parece pasar bajo los delfines de plata.

La ornamentación del basamiento cúbico no es ya solamente profana, es pagana. Las cuatro caras, cuyo fondo es púrpura, están adornadas con grisallas modeladas como bajorrelieves y que representan los trabajos de Hércules.

Estos motivos profanos y mitológicos, cuya abundancia está buscada para asombrar, se encuentran en otra pieza de

orfebrería en forma de custodia, con esmaltes pintados en Italia, y que también se conserva en un tesoro de iglesia en España. Esta obra, la única que yo pueda comparar con el relicario de Gandía, es casi tan desconocida como ella. Ha servido de custodia en la capilla real de la catedral de Granada, y su cabeza fué nimbada en el siglo XVII con rayos de plata sobredorada; hoy se halla oculta en el espesor de una pared, detrás de una puerta secreta, con otros tantos objetos preciosísimos, el gran cáliz y la cruz procesional, donados por los Reyes Católicos.

La custodia de Granada tiene el mismo aspecto que el relicario de Gandía y ha tenido las mismas dimensiones (1). Su pie al principio estaba adornado con «serpientes» que se mencionan en un inventario del siglo XVI y que debían ser semejantes á los del relicario. El disco de la custodia está rodeado en una de sus caras por una ronda aérea de niños desnudos, y tiene en la otra cara cuatro medallones que imitan camafeos: no hay el menor motivo religioso. El basamiento del pie, montado sobre tres garras de león, es de forma circular y ensanchado á manera de cubeta. Cuatro medallones ovales, dispuestos en la concavidad, representan una justa de jinetes con la *barbuta* italiana del siglo XV, un combate de peatones, una cacería de ciervos y dos damas tocando el laúd y la mandora. Perros y niños desnudos figuran en el gran anillo que forma el borde de la cubeta esmaltada. Entre las escenas infantiles hay dos que aluden claramente á la leyenda de Hércules: el niño que se apodera de las serpientes y el niño instruído por el Centauro. El tema mitológico se desarrolla ampliamente en la base troncónica del pie: dos cuadros de esmalte pintado, desgraciadamente muy deteriorado, representan en camafeo gris y oro, con magistral firmeza de dibujo é increíble finura

(1) D. M. Gómez Moreno la describió por primera vez en su *Guía de Granada*, p. 303, publicada en 1892, y que, bajo su modesta forma, es una obra admirable por la conciencia, la erudición y el gusto.

de pincel, una cara de Diana y el combate de Hércules contra los Centauros.

¿Por qué figura esta imagen de la vida belicosa y galante, esta profusión de recuerdos mitológicos, sobre un objeto de forma sagrada? Un inventario de 1537 da la respuesta en una descripción sumaria: «Una custodia con sus cristales, pieza de plata sobredorada y esmaltada ricamente, que pesa 28 marcos... era espejo de la Reina Católica». *Era espejo de la Reina Católica;* estas palabras lo explican todo, incluso la forma del objeto y la del pie, que se eleva en medio de un «vaciabolsillos» destinado á recibir collares y joyas. El disco del espejo era muy pequeño: debía de ser de forma convexa, como los espejos que se ven en los antiguos cuadros flamencos. Los espejos con pie de este tipo han sido ciertamente excepcionales; sin embargo, eran conocidos en el siglo XV, no solamente en Italia, sino en Francia.

¿Puede pensarse que el relicario donado por Alejandro VI á la colegiata de Gandía fuera al principio, como la custodia de Granada, una pieza de orfebrería pagana—un «espejo de Lucrecia Borgia»?

Ciertamente, el pie del relicario, con su ornamentación antigua y mitológica, pudo servir de soporte á un objeto de tocador. Las santas imágenes que figuran en el disco no serían las primeras que hayan acompañado al metal pulimentado ó al cristal de un espejo. Más de un espejo de princesa francesa llevó en el dorso «una imagen de Nuestra Señora», como la que está pintada con colores fantásticos en el relicario de Gandía. Veíase sobre espejos franceses del siglo XV, no solamente la imagen de la Virgen, sino la «Verónica», es decir, la Santa Faz. Cuando los más devotos no tenían inconveniente en yuxtaponer el reflejo de su rostro mortal y la máscara milagrosa del Hombre de los Dolores, no hay nada chocante en poner encima de un espejo al Dios Padre del relicario de Gandía, bendiciendo con ademán de Creador una sonrisa de mujer.

¿Pero hay que pensar en una mujer? Si los perfiles femeni-

nos alternan con los rostros de mancebos en torno del disco, los esmaltes del pie no muestran, como los del espejo de la Reina Católica, las jóvenes músicas al lado de los combatientes, y Diana al lado de Hércules.

En cada una de las caras del muestrario, una banderola de plata, que se arrolla en torno de una rama que estuvo esmaltada de verde, lleva unas letras grabadas en bellas mayúsculas italianas, y que componen una inscripción. Léese al lado de la reliquia: *Sudorem fert virtus*—«La virtud quiere sudores»;—al lado de la Virgen: *Virtus laudata crescit*—«La virtud se nutre de gloria».—La virtud en cuyo nombre están dictadas estas máximas no es cristiana: es la *virtud* del Renacimiento italiano, poderosa tanto para el mal como para el bien, y que se confunde con la Fuerza.

Sudor y gloria. ¿No es ésta la lección de Hércules, cuyas hazañas celebró el esmaltista? Si se dirigía al poseedor del objeto, y si este objeto sirvió de espejo, habría que creer que perteneció, no á una princesa, sino á un caballero ó á un soberano; no á una Lucrecia Borgia, sino á un César—ó al Papa Alejandro.

Para transformar este espejo en relicario, bastaba con modificaciones insignificantes: el disco central reemplazado por un cristal, las letras I H S grabadas y esmaltadas en un círculo de plata, á espaldas del medallón, en el que está pintada la Virgen; en fin, el crucifijo minúsculo plantado sobre el coronamiento, en donde tiene todo el aspecto de una adición mezquina. Todo el objeto, en su estado actual, es contemporáneo de Alejandro VI; fué enviado seguramente como relicario con la reliquia. El papa que hizo pintar en su alcoba la historia de Osiris y del buey Apis, antepasado fabuloso del buey de los Borgia, encima de las leyendas de Santa Catalina y de Santa Susana, no podía sentir escrúpulos al encerrar reliquias insignes en un objeto de uso profano, sobre el que se emparejan las pinturas cristianas y profanas como en las obras de Pinturicchio.

Queda una hipótesis: las ramas esmaltadas, en las que se arrollan las banderolas de plata, no tienen hojas; forman una corona erizada de menudas ramillas talladas. Tal vez representan la corona de espinas. El objeto pudo ser encargado, para servir de relicario, á un orfebrero que fabricara espejos de precio y que repitió en la custodia la ornamentación esmaltada de un objeto de tocador. Pero este obrero no arrolló, por su propia iniciativa, en torno de la corona la inscripción de Hércules. ¿Se querrá imaginar que fué compuesta por un humanista capaz de poner al Dios crucificado en paralelo con el matador de monstruos y de ver en el sacrificio de la Pasión un acto de *virtud?* Creo más sencillo aceptar la hipótesis que me ha impuesto la comparación del relicario de Gandía con el espejo de Isabel la Católica y considerar este relicario como un espejo de una riqueza real.

Esta pieza de orfebrería es el único objeto que pueda hoy darnos una idea de lo que fué el mobiliario precioso de la Habitación Borgia. ¿Fué ejecutada expresamente para Alejandro VI? El espejo de Isabel la Católica, inseparable del relicario de Gandía, ha salido del mismo medio artístico. Queda por buscar el taller ó, por lo menos, la ciudad en donde pudieron ejecutarse estos dos objetos de arte.

La orfebrería de las dos piezas presenta detalles de técnica que parecen venecianos: en el relicario de Gandía, la filigrana que cubre con sus finas mallas la mayor parte del pie; en la custodia de Granada, la fina red de pámpanos cuyos racimos forman sobre los anillos del pie un engranaje casi continuo; en fin, los plegados, de aristas angulosas, que son de un perfil y de un trabajo completamente germánico. Sin embargo, el dibujo de conjunto de estos pies de plata esmaltada, y su esbeltez de candelabro antiguo, contrastan con la pesadez de las formas bizantinas y la complicación de los motivos góticos, que se repiten en las custodias y relicarios ejecutados en Venecia hasta el siglo XVI. Recuerdan más bien los caprichos de los marmolistas lombardos que decoraron la cartuja de

Paire. El relicario de Gandía y la custodia de Granada son venecianos por el detalle, «milaneses» por la silueta; tales, en una palabra, que hubieran podido ser ejecutados en un medio en donde se encontraran reunidos orfebres procedentes de diversas partes de Italia. Ahora bien: hubo en Roma, en la corte de Alejandro VI, en donde los orfebres umbrianos eran los más, orfebres milaneses y obreros en materias preciosas oriundos de Venecia: el veneciano Bartolommeo di Tommaso, joyero de Inocente III, pasó al servicio de Alejandro VI, y contribuyó, en 1492, á preparar las fiestas de la coronación.

Emilio Molinier atribuía á los esmaltes pintados en Italia á fines del siglo xv un origen veneciano. Hay que decir que no conoció ni el objeto esmaltado de Gandía ni el de Granada.

Nada análogo á los grandes espejos de pie de plata esmaltada se encuentra en los inventarios de los comerciantes de Venecia que tenían los artículos de tocador y los objetos de lujo, y á los que se llamaba «vendedores de almizcle» (*muschier* en dialecto veneciano). Las pinturas de las dos piezas de Gandía y de Granada aventajan con mucho, por el vigor del dibujo y la precisión del toque, á las figurillas pintadas en blanco sobre fondo azul opaco que decoran algunas custodias venecianas. Los esmaltes venecianos del siglo xv son esmaltes de vidriero; los del relicario de Gandía y de la custodia de Granada son esmaltes de pintor. Los mismos modelos de estas pinturas no son los que eran conocidos en Venecia. Tal vez es posible designar estos modelos, al menos por lo que respecta al relicario de Gandía, cuyos esmaltes están intactos.

Los *Trabajos de Hércules* y los *putti* tienen muchas relaciones con las figuras que representan los mismos asuntos en una habitación del palacio de Venecia y que fueron pintadas en Roma por un discípulo de Antonio Pollaiulo. La Virgen sentada, en medio del ancho medallón de esmalte, en el nicho de forma de concha de su trono, se parece á las figuras femeninas de las *Artes liberales* que se encuentran en la Habitación Borgia y á otras obras de Pinturicchio, tales como la *Virgen*

de Santa María Fra Fossi, en el museo de Perusa. Pinturas de estilo florentino y umbrío en una orfebrería de dibujo milanés y técnica veneciana: tal es el relicario donado por Alejandro VI á Gandía. Creo que una obra así compuesta no pudo ser dibujada, cincelada y esmaltada sino en Roma.

En cuanto al espejo esmaltado de la capilla real de Granada, es evidentemente un objeto de arte que la Reina Católica recibió de Italia. Pudo serle ofrecido por el Papa que, en 1493, envió á Isabel la rosa de oro.

Otros emprenderán los análisis y las comparaciones que autoricen conclusiones netas y formales. Será preciso, sin duda, tener en cuenta las semejanzas que el relicario de Gandía presenta con el pie de plata esmaltada del célebre «Calvario», que fué donado por el hijo de Mathias Corvin al tesoro de la iglesia de Grau, la primada de Hungría.

Por mi parte, me contento con haber dado á conocer un monumento de orfebrería de excepcional importancia para la historia y para el arte. El *Espejo Borgia*—es, así lo espero, el nombre que ha de quedar al relicario de Gandía—domina desde muy alto á las rarísimas piezas decoradas con esmaltes pintados que hasta aquí podían haberse atribuído á Italia, y de las que las más notables son joyas muy pequeñas, como el triple medallón que posee el conde de Valencia de Don Juan (1); merece ser célebre, como una obra maestra de la pintura italiana en esmalte en tiempos del Renacimiento.

E. Bertaux

(Concluirá.)

(1) *Album de la Exposición histórico-europea*, Madrid, 1892. Pl. LXXXXV y LXXXXVI.

CRÓNICA LITERARIA

Estudios de la vida, reinado, proscripción y muerte de Carlos IV y María Luisa de Borbón, Reyes de España, por Juan Pérez de Guzmán, de la Academia de la Historia.—Madrid, 1908.

El Sr. Pérez de Guzmán ha tenido el mérito, raro en el historiador y en el artista, de elevarse por encima de su asunto. Sobre la trama de espionaje, de asechanzas y persecuciones que, por modo magistral, pinta en su libro *Estudios de Carlos IV y María Luisa, Reyes de España*, flota una intención generosa: la de devolver el lustre y el honor á algunas figuras históricas. No se contenta con narrar de un modo ameno y atrayente, ni con descubrir nuevos datos documentales para la historia: quiere convertir á ésta en un instrumento de póstuma justicia moral. Esto avalora su obra y la rodea de una noble aureola, cualesquiera que puedan ser los resultados del intento.

Cuatro estudios comprende este libro: *Las alhajas de la Reina, La ahijada de María Luisa, Cómo murió la Reina María Luisa* y *El testamento de la Reina*. Abarca un período breve de tiempo, desde 1815 á 1819, y todavía los principales sucesos que narra fueron ocurridos en un solo año, en 1818. El lugar de la acción es Italia, y en ella Roma, Florencia, Pisa y algunas otras cortes y lugares italianos. Los personajes, María Luisa, Carlos IV, Godoy, Pepita Tudó, Carlota de Godoy y Borbón, los jóvenes Luis y Manuel Godoy, el embajador

Vargas Laguna, el confidente Martínez, y en término más lejano Fernando VII, el siniestro rey chispero; Metternich, Kaunitz, el emperador Francisco, el rey Fernando de Nápoles y muchos otros sujetos, ya españoles, ya de la corte papal ó de los varios Estados en que se hallaba dividida Italia.

El más extenso y dramático de estos estudios es el titulado *Las alhajas de la Reina*. Los reyes Carlos IV y María Luisa residían en Roma en el palacio Barberini. Junto á ellos continuaba Godoy con su hija Carlota, habida en el matrimonio del valido con D.ª Teresa de Borbón y Villabriga, hermana del cardenal de la Scala, aquella á quien las turbas del motín de Aranjuez que persiguieron á muerte á Godoy llevaron en triunfo, como en señal de condenación y protesta de los amores del favorito con la Tudó. Esta, alejada de Roma por el Gobierno pontificio, á instancias de Fernando VII, residía con sus dos hijos en Pisa. Entre el palacio Barberini y la residencia de Pepita Tudó mediaba activa correspondencia, sostenida principalmente por la reina María Luisa y Godoy con aquella atractiva mujer, á quien un largo y fuerte vínculo amoroso, estrechado por la maternidad, hacía mirar como en posesión de estado de esposa del ministro caído, y á quien la reina prodigaba las más extremas demostraciones de su afecto, así como á los hijos varones de Godoy, que por bastante tiempo habían vivido, durante el destierro, en la familia de los reyes padres.

Sobre los desterrados de Roma y de Pisa ejercía Fernando VII, por medio de su embajador cerca del Papa, Vargas Laguna, una vigilancia incesante y un activo espionaje. Tenían aquéllos entre sus familiares gentes vendidas que comunicaban sus palabras y actos. Su correspondencia era interceptada y abierta. El Sr. Pérez de Guzmán ha descubierto esa correspondencia y la sostenida por Vargas Laguna con la corte de Madrid, y esa fuente documental interesantísima, rica en pormenores íntimos, ha sido la base de su estudio.

Vargas Laguna era una de las antiguas hechuras de Godoy. Este le había traído á Madrid, le había dado entrada en

la Sala de alcaldes de casa y corte y le había hecho ingresar después en la diplomacia. Tal vez por esto se veía en el caso de extremar su oficiosidad en las misiones policíacas, cuya dirección ejercía, y en la coacción moral que de continuo hacía pesar sobre los desterrados. El interés de Fernando VII en vigilar á sus padres y al que había sido depositario de la confianza de ellos y su ministro omnipotente, se explica de sobra si se recuerda cómo subió al trono el hijo de Carlos IV, elevado á impulso de la sedición de Aranjuez, que arrancó al rey Carlos una abdicación forzada, de la cual hubo de retractarse después al engañoso amparo de los franceses, y que volvió á ratificar, restaurado ya en el trono Fernando VII. La situación turbada de España y las inquietudes de una turbia conciencia debían de sugerir á Fernando el temor de que su padre pudiese tratar de recobrar el trono. Otros motivos de orden inferior se unían á éste. El rey participaba del general convencimiento de los amores entre su madre y Godoy, hecho ó especie al cual había dado autoridad de cosa juzgada el decreto de las Cortes que separaba de la sucesión á la corona á la reina de Etruria y al infante D. Francisco de Paula Antonio, considerados como espurios. Conociendo la índole liberal y dadivosa de la reina, la debilidad y corta inteligencia del rey Carlos y el ascendiente que sobre ambos ejercía Godoy, se temía que éste, desposeído de la mayor parte de sus bienes, que le fueron confiscados al caer del Gobierno, caso frecuente en validos, tratase de explotar á los ancianos reyes en beneficio propio, en el de su amante Pepita Tudó y de los hijos habidos en ésta.

Gracias á la enérgica intervención de Murat, había salvado el favorito, á más de la vida, alguna parte de sus pasadas riquezas. Pero eran grandes sus gastos, considerable la carga de pensiones que seguía pasando á los antiguos servidores fieles de sus épocas de esplendor. La holgura y aun el lujo con que vivía la Tudó, á quien Carlos IV en los días dichosos y triunfantes de Godoy había decorado con el título de condesa de

Castillofiel, daba color á las sospechas de que el valido explotaba largamente la liberalidad de sus antiguos amos. Así llegó á forjarse la sospecha de que la reina le había entregado las desaparecidas alhajas de la corona, y que él á su vez las había pasado á manos de Pepita Tudó ó las conservaba ocultas. De ahí vino el episodio histórico que con tanto arte, logrando una verdadera resurrección de estos sucesos íntimos, ha narrado el Sr. Pérez de Guzmán.

Los personajes de este drama ejercían unos sobre otros una mutua coacción. Fernando VII, el más poderoso, puesto que poseía la efectividad del poder real, estaba contenido en sus anhelos de persecución y de venganza por el temor de provocar un escándalo en Europa, que redundase en desdoro de la majestad regia y repercutiese en contra suya en la opinión de España. Los reyes padres, ó acaso hablando con mayor exactitud, María Luisa, se hallaban sujetos por el temor de que el rey su hijo, influyendo sobre la corte romana, hiciese separar de su lado al valido, y aun procurase su extradición. Carlos IV, dominado por su esposa, buscaba ante todo la quietud doméstica. Inspirándose en ella, pidió y obtuvo que se permitiese la estancia de Godoy en Roma; y más adelante, cuando dádivas y halagos le pusieron de parte del rey su hijo, no pasó de sostener con éste una correspondencia reservada y ayudar secretamente á sus designios, sin osar ponerse abiertamente enfrente de la reina, que le dominaba. Godoy, por su parte, temía por sí y conservaba acaso esperanzas remotas de rehabilitación ó por lo menos de reintegro de alguna parte de sus bienes, que le obligaban á mostrar resignación y á no colocarse en actitud de hostilidad á la corte de Madrid, de la que había recibido tantos agravios y de la que se sabía tan odiado.

El gran anhelo de María Luisa, de Godoy y de Pepita Tudó fué librarse de la presión moral de estas amenazas. Para ello intentaron la naturalización y establecimiento de Godoy en Austria, á fin de que bajo la protección imperial pudiese

residir seguro en Roma junto á los reyes padres y acompañado de Pepita Tudó y de sus hijos, á quienes esperaba se haría extensivo aquel beneficio. Metternich y Kaunitz se mostraron propicios; se trató de que el valido adquiriese en Austria tierras y títulos, y aun obtuviera alguna dignidad, como la de consejero privado del emperador, que le restituyese alguna sombra ó simulacro de sus pasadas grandezas. Los agentes de Fernando VII, ayudados por la traición de las personas de quienes se servían en sus gestiones los desterrados, desbarataron este proyecto, como habían estorbado la tentativa de anulación del matrimonio de Godoy con la condesa de Chinchón, Teresa de Borbón y Villabriga, intento encaminado á hacer posible el enlace del Príncipe de la Paz con la Tudó y la legitimación de sus hijos.

No se consiguió este resultado, sin que el emperador, con demostraciones visibles de frialdad, diese á entender el desagrado que le producían estos manejos, ni sin que Metternich acusase, con razón, á la diplomacia española de no ocuparse más que en *chinchorrerías*. Otros desaires aún más notorios tuvo que sufrir Fernando VII en sus empeños de persecución contra Godoy. El Consejo de la Legión de Honor se negó á exonerarle del gran cordón de la Orden con que Napoleón le había condecorado, mientras no hubiese contra él una sentencia formal; y el Gobierno de la Confederación helvética, de quien se solicitó que negara asilo en Ginebra á la condesa de Castillofiel (Pepita Tudó) y sus hijos, respondió altiva y secamente:

Les formes constitutionelles d'une fédération des Républiques ne sont compatibles avec l'action d'une police secrète.

Surgió entonces el asunto de las alhajas. Carlos III había vinculado las espléndidas joyas de la Corona. Cuando, triunfante el motín de Aranjuez, Carlos IV se vió forzado á abdicar, los reyes padres hicieron entrega de aquellas preseas, sin separar de ellas las piedras preciosas de su propiedad particular que á algunas de ellas habíanse añadido cuando las usaba

para su adorno María Luisa. Al volver Fernando del destierro habían desaparecido esas alhajas, y el rey, cuando él y su hermano D. Carlos María Isidro casaron con las infantas de Portugal D.ª María Isabel Francisca y D.ª María Francisca de Asís, carecía de joyas de proporcionado valor que ofrecer á la nueva reina. Movido de la sospecha de que la reina María Luisa retuviese las joyas de la Corona ó parte de ellas, ó las hubiese pasado á poder del valido, y éste al de Pepita Tudó, impulsó á Vargas Laguna á procurar la restitución de aquellas ricas joyas. Este episodio es el asunto del más extenso de los cuatro estudios históricos del Sr. Pérez de Guzmán, coleccionados en el volumen de que vengo hablando.

La tenebrosa gestión de Vargas Laguna tuvo por término el fracaso; por compañeros, la odiosidad y el ridículo. Se arrancó á la reina el inventario de sus joyas particulares. Se ocuparon las alhajas de Pepita Tudó, y una vez examinadas en Roma, se vió que eran las de su propiedad personal, y fué forzoso restituírselas, después de enérgicas reclamaciones de su parte. Hubo pormenores de sórdida mezquindad, como el de retener unos botones de brillantes que Carlos IV había regalado á Godoy, y éste á su amiga. Al final de la empresa, después de haber despertado las hablillas y la rechifla en las cortes italianas, de haber desacatado á la majestad real en la persona de María Luisa, de haber sembrado la discordia en el palacio Barberini, de haber utilizado espías despreciables y de haber hecho objeto de injustas vejaciones á la compañera de Godoy, los promotores de este negocio quedaron confusos y avergonzados de su obra.

Según el Sr. Pérez de Guzmán, las desaparecidas joyas formaron parte del botín de guerra de los franceses.

La ahijada de María Luisa, á quien está consagrado otro de los estudios del Sr. Pérez de Guzmán, era D.ª Carlota de Godoy y de Borbón, nacida del matrimonio del valido con la condesa de Chinchón. Mientras su madre vivía en Toledo á la sombra de su hermano el cardenal de la Scala, la joven siguió

á su padre á la emigración, y vivió en compañía de los reyes padres, de quienes era ahijada. El asunto de esta monografía histórica consiste en la recelosa vigilancia y en las intrigas que la diplomacia de Fernando VII ejerció respecto de los proyectos matrimoniales de Carlota. Hubo un momento que se habló de un posible enlace de la hija de Godoy con el infante D. Francisco de Paula Antonio, y la corte de Madrid puso un resuelto veto á esta alianza, contra la cual se suponía que militaban impedimentos de sangre. Después, el matrimonio de Carlota siguió siendo una pequeña cuestión de Estado, en la cual, de parte de Fernando VII y de su representante Vargas Laguna, se traslucía el temor de que un brillante enlace de la joven con algún príncipe italiano pudiese levantar á Godoy de su caída y hacerle otra vez temible ó independiente. Muerta María Luisa, Carlos IV, enemistado ya con Godoy desde el viaje á Nápoles, corte de su hermano Fernando IV, donde hubieron de convencer al ya caduco monarca de que el valido había ultrajado el tálamo real, se apresuró á significar su voluntad de que la joven saliera del palacio Barberini, y la señaló una pensión de mil duros al mes, que fué suprimida apenas falleció, diez y ocho después de la muerte de su esposa, el anciano rey. Carlota casó al cabo con el conde Camilo Ruspoli, y de este episodio, rodeado del mismo ambiente de ruindad moral que el de las alhajas de la Corona, se destaca como pormenor inhumano y doloroso el hecho de que los enemigos de Godoy llegasen á convertir á Carlota en espía de los proyectos de su padre.

Cómo murió la reina María Luisa y el *Testamento de la reina* son otros dos estudios episódicos que completan el cuadro de la historia secreta y doméstica de los reyes desterrados en Roma. ¡Tristes bastidores de la historia, por donde pasean en lamentable desnudez las flaquezas humanas! La reina murió de una pulmonía en Roma. Los años, los sinsabores y agravios del asunto de las joyas habían quebrantado su salud más que su ánimo. Murió rodeada de sus hijos y teniendo á la

cabecera á Godoy, mientras Carlos IV se hallaba en Nápoles, adonde le habían atraído los obsequios y ovaciones con que allí fuera acogido en otro anterior viaje, y que eran para él como un eco de sus días de reinado. El testamento de la reina, autorizado por la firma de Carlos IV, dejaba por heredero universal á Godoy, «á quien, en descargo de nuestra conciencia—decía María Luisa,—debemos esta indemnización, por las muchas y grandes pérdidas que ha sufrido, obedeciendo nuestras órdenes y las del rey, mi augusto esposo aquí presente, y porque cuando lo pidió le impedimos hacer dejación de los empleos y cargos que tenía en el Reino, y que se retirara á pasar su vida tranquila alejado de las revoluciones políticas».

Este testamento no se cumplió. Carlos IV, con su inconsecuencia y su flojedad de siempre, reñidas con todo sentimiento de formalidad y de decoro varonil y regio, declaró que lo había firmado porque la reina estaba muy mala cuando testó y no se atrevió á contrariarla. De los hijos de María Luisa, la princesa de las dos Sicilias y la reina de Etruria, se manifestaron dispuestas á respetar la voluntad de la muerta. La princesa de Portugal reclamó su parte, y con ella los demás herederos que se habían mostrado vacilantes. En cuanto á Fernando VII, excusado es decir que no hizo caso alguno del testamento. Godoy se limitó á mandárselo privadamente al rey, y apoyó en aquella institución de heredero incumplida sus peticiones de indemnización ó socorro, cuando ya en la ancianidad llegaron para él tristes días de miseria y se vió desamparado por completo, hasta que en 1847 se dictó el decreto de su rehabilitación y se le devolvieron los restos de sus bienes.

La principal rehabilitación histórica que persigue el señor Pérez de Guzmán, ó sea la de refutar la creencia en los amores de María Luisa y Godoy, ¿se destruye con esta interesantísima correspondencia? La respuesta me parece dudosa. Los documentos no son decisivos en la historia, porque no recogen to-

dos los hechos ni los recogen con imparcialidad. Los papeles históricos callan y desfiguran muchas cosas, sobre todo cuando son éstas de índole reservada y secreta. Sería preciso para formar juicio definitivo conocer otras fuentes, entre ellas el archivo secreto de Fernando VII, del cual dice el ilustre historiador que será la «última palabra documental» para la rehabilitación de María Luisa y Godoy. En la correspondencia ahora publicada hay indicios contradictorios; la constante solicitud de la reina en favor de Godoy, su testamento, el hecho de que hasta al morir esté el valido á su cabecera, alternando con los hijos de la moribunda, parecen señales de un afecto superior á la amistad. En cambio, el cariño apasionado que demostraba María Luisa á Pepita Tudó y á sus hijos, y hasta el proyecto de boda entre Carlota Godoy y el infante D. Francisco de Paula Antonio, parecen refutar la leyenda de los amores roales, aunque no carecerían de explicación, si la leyenda fuera verídica. María Luisa era ya anciana, y el amor se trueca á veces en un afecto maternal. El proyecto de enlace pudo ser una ficción ó una de esas especies que se dejan circular sin ánimo de llevarlas á la práctica. ¿Quién penetrará en el secreto de aquellas vidas?

Pero si esta rehabilitación no aparece clara y decisiva, en cambio del libro magistral de Pérez de Guzmán brota otra, una rehabilitación moral de los caracteres. La noble dignidad con que soporta Godoy su desgracia; la consecuencia de la reina en afectos, fuesen de amistad ó de amor; la ternura de madre y de amante de la Tudó, ennoblecen estas figuras y piden para ellas una mirada simpática é indulgente. Para que nada les falte, tienen el contraste de los ruines caracteres que trabajaron en su daño y del lamentable y borroso carácter del insignificante Carlos IV. Lo oscuro del fondo hace resaltar más aquellas figuras, las presta luz y hace más nobles sus contornos.

El mérito de un libro de historia no consiste en demostrar. Aunque el Sr. Pérez de Guzmán no hubiese demostrado lo que

se proponía—extremo sobre el cual no me pronuncio,—no valdría menos por ello este trabajo histórico de peregrino estilo, vivo interés dramático y paciente y erudita investigación. En nuestra moderna literatura histórica hay pocos libros que puedan alternar con este bello y sabio volumen.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Costumbres: El arte del policía moderno.=Historia: El celibato eclesiástico.=Crítica: ¿Arribistas ó arrivistas?—La imposibilidad de poder.—Por la forma y por el fondo (galicismos).=Literatura: Pablo Verlaine.=Enciclopedia: Observaciones y pensamientos de Renan.=Impresiones y notas: Una poesía de Lady Byron.—La profesión de escritor en Inglaterra.

COSTUMBRES

El arte del policía moderno.—La novela judicial está de moda. Todo el mundo se interesa por los asuntos policíacos, y hasta en la austera literatura médica, so capa de medicina legal, ha penetrado la literatura policíaca. Bercher, en su tesis del doctorado, según dice el Dr. Romme en *La Revue*, ha establecido el paralelo entre el médico que busca su diagnóstico y el detective que sigue una pista. Y en efecto, las enfermedades, á veces, en lugar de manifestarse por una serie de síntomas clásicos, se manifiestan por uno ó dos signos de difícil interpretación: el médico perspicaz los analiza y hace por ellos su diagnóstico; el policía á su vez, sin más datos que un botón, un pedazo de tela ó un pañuelo, descubre una pista, la sigue y reconstituye el crimen con todos sus pormenores: Lecoq en las novelas de Gaboriau, Sherlock Holmes en las de Conan Doyle, Dupin en la de Edgar Poe (y el Dr. Romme se olvida del Zadig de Voltaire, que es el verdadero modelo) son otros tantos ejemplos de estos hábiles policías, tipos reales aunque parezcan imaginarios, pues basta hoy con las publica-

ciones médicas para encontrar hechos auténticos del mismo género.

No hace mucho llegaba á la oficina de Correos de Lausana una carta certificada con mil francos; abierta por el destinatario, se encontró con que faltaban 400 francos. El sobre estaba intacto; iba ya á archivarse la causa, cuando un policía examinó el sobre á la lámpara y descubrió una rebaba de cola sobre un sello pegado al cierre; como el sello llevaba el timbre de la oficina de Lausana, era evidente que la carta había sido abierta allí; circunscrito así el campo de investigación, no tardó en descubrirse al culpable, que era un empleado del Correo.

Hace unos veinte años se halló estrangulada en su cuarto, en Lyon, á una mujer de mala vida: llevaba en la parte interior del cuello cinco huellas digitales, cuatro á la izquierda y otra más ancha á la derecha; al agente encargado del proceso le chocó la irregularidad de aquellas huellas, y tratando de aplicar sus dedos á ellas, no lo pudo conseguir sino forzando el índice, de donde dedujo que el estrangulador debía tener mal formado aquel dedo; uno de los sospechosos tenía, en efecto, el dedo índice mutilado por un accidente; se le prendió y confesó su crimen.

En el cuarto de una mujer que había sido asesinada, en una villa belga, sólo se encontró, por todo indicio, en una mesa, un cilindro de ceniza de cigarrillo; el agente, que era fumador, reconoció que aquella ceniza procedía de tabaco argelino. Como el artículo era algo raro, la estanquera recordó que la víspera había vendido un paquete á un individuo, cuyas señas dió; dos horas más tarde era preso, y en el bolsillo de su chaqueta se encontró el paquete revelador.

Podrían multiplicarse estos ejemplos, que prueban el espíritu de observación de la policía. ¿En qué consiste, sin embargo, que, á pesar de esa penetración, cada vez es mayor el número de crímenes impunes? Porque si el policía afina su perspicacia, el criminal afina sus procedimientos. Hoy manejan

bien el cloroformo, el opio y la morfina, y no está lejos el día en que abandonen el arsénico para emplear toxinas micróbicas difíciles de descubrir en un cadáver. El criminal moderno es muy ilustrado y está al corriente de todos los adelantos de la ciencia que puede aprovechar. ¿No ha sido recientemente forzada la caja de caudales de un banco de Marsella por medio del soplete oxiacetilénico, aparato inventado hacía menos de un año por un ingeniero para poder cortar con rapidez las planchas de acero?

Claro es que si el criminal se ha hecho científico, la policía no se ha quedado atrás. Antes, cuando se quería descubrir una falsificación por raspadura, se ponía en el sitio sospechoso una gota de agua: si el papel había sido raspado, se corría; si no, quedaba íntegra; con esta prueba insegura se estropeaba el documento. Hoy se fotografía, y el raspado se descubre perfectamente por diferencias de color bien claras y definidas; ó bien se pasa una plancha caliente por el reverso, y la caramelización de las sustancias gomosas de la tinta hace resaltar en negro los rasgos raspados; y hasta se hace reaparecer la imagen latente de la escritura por el mismo procedimiento, de tal modo que al estafador no le basta con arrancar de su cuaderno las hojas acusadoras, pues tiene que arrancar también las que estaban en contacto con ellas, á pesar de su inmaculada blancura aparente. Cuando el falsario se ha servido de ácidos y cáusticos, la fotografía los revela también, porque las tintas de los sitios atacados son diferentes en la prueba fotográfica. Hay casos en los que una carta quemada puede descifrarse en el papel carbonizado, cuidadosamente recogido. Pero hasta cuando no se encuentra una hoja, sino montones de papel quemado, no se debe desesperar. Por de pronto se fotografían, para lo cual se sopla con un cartón, y cuando se ha levantado la primera hoja ó pedazo de papel, se mete entre ella y la siguiente una placa de cristal, y se la embebe con un fijativo que la haga menos quebradiza; se desarrolla y se fotografía; y así se hace con las demás.

En cuanto á las manchas, para saber si son ó no de sangre, antes se las examinaba al microscopio, y según el aspecto de los glóbulos, así se resolvía si eran ó no de sangre humana: el medio no era malo si la mancha era reciente; pero cuando estaba muy seca era de todo punto ineficaz. Hoy se lava la mancha, se vierten unas gotas del lavado en un tubo de suero específico procedente de un conejo inoculado con sangre de hombre, y si la adición del agua del lavado enturbia el suero ó produce un precipitado, no hay duda de que la mancha analizada es de sangre humana.

Un buen agente de policía debe ser un psicólogo; pero esta psicología debe utilizarse en el interrogatorio de los acusados. El profesor Münsterberg ha ideado para ello un método excelente basado en la asociación de las ideas. En una hoja de papel se escribe una serie de palabras, en la que alternen términos indiferentes con otros relacionados con el crimen, haciendo que el acusado la lea en alta voz, agregando á cada palabra las que se le ocurran por asociación de ideas; así, la palabra *tinta*, por ejemplo, despierta las de *papel*, *pluma*, *escribir*, etc. Está probado que la respuesta viene en seguida para las voces indiferentes; pero tratándose de las otras, el criminal vacila, se retrasa, las pronuncia de otro modo, y así se recoge algún indicio.

En lo que se ha progresado mucho ha sido en la identificación de los criminales. Las huellas de los pies fueron un dato de identificación muy útil: al principio se dibujaron; pero luego se modelaron con escayola, goma laca, parafina y cera. En 1855 se procesaba al incendiario Petit, que negaba todo y que iba á ser absuelto, cuando un testigo llamó la atención de la Audiencia sobre un hueco que había en la huella de la planta del pie que se había recogido; se hizo descalzar al acusado, y precisamente en el sitio del hueco se vió que tenía una gran verruga, y que el pie se adaptaba perfectamente á la huella recogida. Condenado á muerte, fué ejecutado en Ruán.

Bertillon es quien ha llegado á la perfección, haciendo de

la identificación de los criminales una ciencia exacta como lo es la Antropometría, cada vez más perfecta, con sus fichas antropométricas y dactiloscópicas, con sus fotografías, con su conjunto de datos infalibles, que tantos servicios han prestado á la policía y que hoy están adoptados por todas las naciones cultas.

Un proceso curioso, en el que la antropometría ha representado brillante papel, es el referido por el Dr. Lacassagne en su *Tratado de Medicina legal*. La condesa Kwilecka, noble polaca, era acusada de sustitución de niño para obtener la herencia de un mayorazgo, suponiendo los herederos presuntos que la condesa había simulado un parto y que el hijo que daba por suyo lo había comprado á Cecilia Meyer. Estaba tan embrollado el asunto, que el Tribunal de Berlín decidió nómbrar una comisión compuesta de dos médicos y un pintor para examinar fisiológicamente al niño de la cuestión, comparándolo con los miembros de la familia de la condesa y con los de la familia Meyer. La prueba fué aplastante para los acusadores, y la maternidad real de la condesa quedó reconocida sin vacilaciones por la conformación de las orejas, la forma de las cejas y del arranque de la nariz y el color de los ojos; el niño se parecía completamente á la condesa, teniendo además la barbilla la misma forma que la de otras dos hijas de la acusada, sus hermanas mayores; en cambio ninguno de sus caracteres anatómicos se encontraba en la familia Meyer.

Como se ve, la Medicina y las Ciencias exactas han invadido el terreno de la policía judicial, con lo cual nada han perdido una ni otra. El arte del agente de policía ha dejado de ser lo que era antiguamente. Hoy se necesita, como siempre y como primera condición, tener olfato; pero ese olfato está hoy avivado por múltiples recursos, que deben ser conocidos para poder ser utilizados.

HISTORIA

El celibato eclesiástico.—El problema del celibato eclesiástico, como dice en la *Grande Revue* el abate Ménéloff, es un problema complejo que afecta á la vez á la psicología, á la moral, á la historia y á la sociología. Abarcado en su totalidad exigiría un nutrido volumen; pero Ménéloff sólo lo estudia por el lado pintoresco, por el de la curiosidad, dividiendo la historia del mismo en dos épocas bien distintas, la primera hasta el siglo IV y la segunda hasta nuestros días.

El autor de la primera epístola á Timoteo es quien estableció la primera regla práctica, deducida del ideal de continencia recomendado, aunque no impuesto, por Jesucristo. «Es preciso, dice (III, 2), que el obispo, es decir, que el vigilante, sea irreprochable, *usando de una sola mujer*; sobrio, circunspecto, arreglado en su conducta, hospitalario, apto para la enseñanza». En la epístola á Tito se reproduce (I, 6-7) esta prescripción: «Te he dejado en Creta para que establezcas ancianos en cada ciudad, si hay en ella algún hombre intachable, *marido de una sola mujer*». Como se ve, no es de celibato, sino de monogamia de lo que aquí se trata.

En el siglo IV las *Constituciones apostólicas* precisan el alcance de los términos algo vagos de *obispos*, *vigilantes* y *ancianos* de la edad apostólica, extendiendo á todo el clero la obligación de renunciar al segundo matrimonio. Como entonces el bautismo se recibía en la edad adulta, hubo dudas acerca de si la monogamia se extendía á la edad anterior al bautismo ó sólo á la posterior, hasta que los Papas resolvieron que se extendía á toda la vida. Todavía quedaba otra duda: ¿se trataba de la bigamia simultánea ó de la sucesiva? Había opiniones; muchos obispos habían tenido sucesivamente varias mujeres, y la práctica excluía de las órdenes únicamente á los que tenían dos mujeres á la vez; como solución á estas dudas se adoptó como

regla general que la bigamia era un impedimento para recibir órdenes sagradas.

El matrimonio, por consiguiente, estaba permitido, y con él se conciliaban intereses atendibles sin faltar á la tradición ni á las prácticas apostólicas. El ideal, sin embargo, era siempre el celibato, y muchos sacerdotes, todos los escogidos desde luego, practicaron la continencia como una virtud. Así se dejaba á un lado la letra del Evangelio para penetrar en su espíritu y acomodar la vida al ideal con voluntaria y meritísima abnegación.

A principios del siglo III, Tertuliano se encontró con un viudo que quería volverse á casar. Para apartarle de su propósito, el rígido moralista le expone el espectáculo de la belleza del celibato eclesiástico. Por el mismo tiempo Eugenio de Alejandría se explica en términos semejantes, abogando por el celibato, y apoyándose para ello en la Escritura, que interpreta alegóricamente. En el siglo IV el historiador Eusebio hace notar que la continencia conviene á los sacerdotes y á todos los empleados en el servicio divino; y hasta Sinesio, filósofo neoplatónico hecho á pesar suyo obispo de Ptolemaida, dice que los obispos casados, al recibir órdenes sagradas, tenían costumbre de renunciar á los derechos conyugales y vivir desde entonces en continencia. San Jerónimo, por su parte, en su polémica con Vigilancio, adversario de la virginidad, afirma que las iglesias de Egipto y de Roma no aceptaban en aquella época sino sacerdotes vírgenes ó continentes; si estaban casados, se les exigía que renunciasen á todo trato con sus esposas.

Como ocurre siempre en casos semejantes, ciertos autores han rebasado el alcance de estos textos, y en lo que constituye un impulso hacia la perfección evangélica han querido ver un título jurídico; más celosos que críticos, más propagandistas que historiadores, esos autores estiman que los testimonios citados suponen que el celibato ha sido establecido por una ley apostólica. Es un deseo plausible de poner la institución del celibato bajo la autoridad de los apóstoles; la intención es bue-

na, pero está en pugna con los hechos históricos; otras autoridades, como Clemente de Alejandría, el canon 10.° del Concilio de Ancira (314), el 4.° del Concilio de Gangres y las Constituciones apostólicas (del 400 probablemente), confirman la existencia del matrimonio eclesiástico; el 6.° canon apostólico prohibe al sacerdote y al obispo alejar á su mujer so pretexto de piedad, con amenaza de excomunión; los cánones de Hipólito establecen que «el sacerdote cuya esposa ha dado á luz siga en sus funciones». Es, pues, un hecho perfectamente comprobado que el celibato, como estado ideal vivamente deseado por todas las almas escogidas de los primeros siglos, no tiene por base ninguna ley apostólica.

Y ahora viene la segunda parte. A partir del siglo IV, la disciplina del celibato, oscilante hasta entonces, tiende á tomar forma fija y normal. Pero la Iglesia griega se separa de la latina en este punto. En Oriente, la Iglesia griega invoca las *Constituciones apostólicas* y los *Cánones apostólicos*, que modifica en el sentido de la severidad cuando se trata de los obispos, para legitimar el matrimonio de sus sacerdotes; estas pretensiones están en pugna con toda la tradición histórica de las mismas iglesias orientales. El historiador Sócrates garantiza el uso de la de Macedonia y la Hélada; según su relato, el episcopado casado observaba habitualmente la continencia, práctica que llegó á convertirse en ley general; la legislación político-religiosa de Justiniano, por oposición á la de Teodosio, llega al exceso de establecer que «quien tenga hijos ó nietos no podrá ser ordenado de obispo», porque el obispo es el padre espiritual y no podría conciliar esta misión con los cuidados de la familia. Los clérigos inferiores pueden usar sus derechos conyugales, pero los sacerdotes, diáconos y subdiáconos no tienen facultad de casarse después de la ordenación; el clérigo que infrinja esta ley pierde su dignidad, siendo además nulo su matrimonio é ilegítimos sus hijos. En el Concilio de Trullo (692) la Iglesia de Oriente arregló en el mismo sentido justiniáneo la disciplina del celibato, estableciendo que el

obispo está sujeto á la abstinencia absoluta; si está casado, su esposa debe, desde la ordenación, dejar el domicilio conyugal y vivir en un monasterio alejada del mundo, atendiendo el obispo á sus gastos; los presbíteros, diáconos y subdiáconos tampoco pueden casarse después de ordenarse, pero si están casados pueden hacer uso de los derechos del matrimonio; renunciar á ellos, como quiere la Iglesia romana, es ir contra los antiguos cánones. Tal es la disciplina de la Iglesia griega actual, que se separa en esto de Roma; la Iglesia griega estima el celibato como un ideal; la romana lo impone como una obligación.

El Occidente dió más firme orientación á la práctica del celibato. El canon 33 del Concilio de Elvira (300) es el testimonio más antiguo de esta orientación; según el mismo, los obispos, presbíteros y diáconos deben abstenerse de todo trato con sus esposas, so pena de deposición. El Concilio de Roma (386) prohibe á los presbíteros y diáconos habitar bajo el mismo techo que sus mujeres. El Papa Siricio, que lo presidió, quiso extender esta regla á toda la Iglesia latina, y para ello escribió á Himero, obispo de Tarragona, y á los obispos de Africa. El Papa Inocencio I renovó estas prescripciones en sus cartas á Witricio, obispo de Ruán, y á Exuperio, de Tolosa. Gracias á la intervención pontificia, Africa, España y Galia entraron por el camino que se les trazaba. Los Concilios de 390 y 401 de Cartago prohiben á los presbíteros y diáconos casados usar de sus mujeres; y el Concilio de 406 en Toledo toma la misma decisión.

San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín, los grandes doctores de la Iglesia latina de esta época, prestan su eficaz concurso á la iniciativa del papado, combatiendo enérgicamente las doctrinas de Helvidio, de Joviniano y de Vigilancio, demasiado favorables á las exigencias de la carne, y á partir del siglo v el Papa San León obliga hasta á los mismos subdiáconos á la observancia del celibato. En las Galias los Concilios de Tours, de Orange y de Arlés en la segunda mitad del

siglo v mantienen el celibato, aunque suavizando las penas contra los violadores, á quienes se admite á comunión privándoles de las funciones sagradas. Se llegaba prácticamente á la última etapa de la evolución.

Importaba, sin embargo, reglamentar la suerte de las esposas de los sacerdotes. La Iglesia tuvo con ellas muchos miramientos. He aquí la regla de San León: «No es preciso que los ministros del altar despidan á sus mujeres; basta que vivan con ellas como si no lo fuesen; que su matrimonio carnal se transforme en unión espiritual; de este modo el amor conyugal quedará á salvo y las obras nupciales cesarán».

Estas reglas rigieron la disciplina hasta el siglo XII, salvo algunos incidentes. Así en el siglo VIII el celibato pasó por una gran crisis á consecuencia de la relajación de costumbres. En Galia está en decadencia bajo Carlos Martel; en España el rey Witiza lo deroga. Bajo los Carlovingios mejora la situación. En el siglo x, «el siglo de hierro», el celibato sufre eclipsis general, y el clero de Alemania, de Lombardía, de Normandía y de Roma vive en pleno desorden. Una serie de Papas inteligentes y enérgicos, León IX, Gregorio VII, Urbano II y Calixto II, logran restaurar la disciplina y hacer entrar al clero en la senda del deber. El Concilio ecuménico de Trento, con la institución de los seminarios, da la última mano á la obra, y corona el edificio secular estableciendo en sólidas bases la ley del celibato, que desde entonces no ha sufrido ninguna alteración.

CRÍTICA

¿ARRIVISTAS Ó ARRIBISTAS?—En una correspondencia de París, inserta en el *A B C* y firmada por Cadenas, se llama á los señores Berteaux y Maudel, los dos personajes que se propinaron un par de sonoras bofetadas en plena Cámara, «políticos y *arrivistas*»; y como la palabra se emplea bastante en Francia, y ha empezado á usarse hace tiempo también en España, y es

seguro que será de las que tienen fortuna, porque responde á un hecho positivo que tiene en ella su perfecta expresión, conviene salirla al paso para vestirla á la castellana antes de que su disfraz francés se popularice y sólo con él se la reconozca.

En francés *arriver*, llegar, da *arriviste*, el que llega (á la meta), ó mejor dicho, el que pretende llegar, el que tiene por credo y por sistema el llegar; la palabra *arriviste* está, por consiguiente, bien formada en francés; pero ¿puede decirse *arrivista* en castellano? De ninguna manera; si se tratara de una de esas voces que carecen de expresión propia en nuestra lengua y que tenemos que importar para entendernos sin circunloquios, como nos ha sucedido, por ejemplo, con el inglés *beefsteack*, hasta trocarlo en el popular *bistek*, con las dos variantes vulgares de *bisté* y *bisteque*, según la mayor ó menor finura de la menegilda que lo guisa, entonces nada habría que decir. Pero en castellano podemos sin ningún escrúpulo adoptar ese neologismo en la forma de *arribista*, perfectamente castiza, y más expresiva todavía que su análoga francesa *arriviste*; porque si los franceses tienen *arriver*, llegar, nosotros tenemos también *arribar*, que es llegar á la orilla, al puerto, á la meta, y además tenemos el adverbio *arriba*, que quiere decir *á lo alto, en lo alto*, por encima siempre del sitio en que se esté, del lugar que se ocupe, del puesto que se obtenga. Las dos voces son hermanas, como procedentes del latín; pero el francés *arriver* se ha distanciado más de su origen, perdiendo, en general, el sentido de *tocar á la orilla*, para quedarse con la significación más vaga de *llegar*, mientras que el castellano ha conservado puro aquel sentido en el verbo *arribar*, espiritualizándolo en el adverbio *arriba*. Y claro es que si el francés ha sacado *arriviste* y *arrivisme* de su *arriver*, nosotros debemos sacar de *arribar* nuestro *arribista* y *arribismo*, más expresivos todavía que los términos franceses correspondientes.

***

La imposibilidad de poder.—Declaro que los artículos que R. Mayol ha publicado en *El Globo* sobre el terrorismo barcelonés constituyen uno de los estudios más serios, más completos y más acertados que yo haya leído sobre el pavoroso problema; y afirmo, además, que en cuanto á la forma son bastante correctos y aceptables, no habiéndosele pegado todavía del francés al autor, á pesar de vivir en París, más que algún que otro abuso del *un* («Mateo Morral era *un* elegante hijo de *un* gran fabricante, y su presunto cómplice *un* capitalista») que, en materia de galicismos, es de los más tolerables.

Esto no obstante, en uno de esos artículos he tropezado con este giro: «Sin embargo de la absoluta imposibilidad de poder garantir un solo momento la vida del monarca...» Dejo á un lado *garantir*, que hubiera estado mejor en la forma *garantizar*, y voy á la «imposibilidad de poder». En el *Diario de Sesiones* del mismo día tropecé también dos veces con el mismo giro, y nada tan frecuente como oir, no ya á personas sin cultura, sino á distinguidos profesores y literatos, frases como «me es imposible poder ir», «no es posible poder hacer eso», «si fuera posible poder llegar», etc. Claro es que se habla así porque no se pára la atención en lo que se dice; pero debe pararse, y deben evitarse tales redundancias y pleonasmos tan viciosos. ¿Qué es eso de «ser imposible poder ir», «en la imposibilidad de poder llegar», etc.? ¿No basta con decir «es imposible ir», «en la imposibilidad de llegar»? Pues hablemos y escribamos así, que eso es lo correcto.

***

Por la forma y por el fondo.—Hoy debe ser llamado á capítulo *El Imparcial* en estas páginas. *El Imparcial* es uno de nuestros grandes periódicos, y presumiendo con sobrada razón de bien escrito, y honrándose sus columnas á diario con la prosa inimitable, por lo galana, amena, ática y deliciosa de Cavia—uno de los mejores hablistas contemporáneos,—es doloroso que se cuelen á lo mejor de contrabando en la popu-

lar hoja de los *Lunes*, que tan glorioso papel ha desempeñado en la cultura nacional, sobre todo en los tiempos de Fernanflor, artículos como *Dos lágrimas*, de Gabriel Miró, y *Reconquista*, de José Francés. El primero por la forma y el segundo por el fondo, merecen ser fustigados sin compasión.

El primero es de lo más ñoño que puede imaginarse; pero eso es cuestión de gustos, y cada cual con el suyo. Lo inaguantable no es lo que dice, sino el modo de decirlo. Lo he leído y releído, tratando de convencerme de que era una guasa de nuestros estilistas galiparlantes, y he tenido que rendirme á la evidencia: el artículo está escrito en serio, y ni se trata de una broma del autor, ni de una broma del director, puesto que no lleva ninguna advertencia ni nota que avise al público de que aquello se inserta allí para los mismos efectos que Boileau buscaba al recomendar que se oyeran los sermones del abate Cotin: «para saber lo que debe evitarse».

No hay por dónde coger el tal artículo, que por fortuna es corto. Empieza así (conservo su puntuación, que es detestable): «Era un dulce varón (¡dulce varón! Sería un caramelo, porque si fuera una rosquilla sería dulce hembra) alto y anciano, de noble frente, ojos habladores de tristezas, y manos blancas de lenta y suavísima acción (eso de lenta y suavísima es impagable). Vivía con su hija y con los nietos cuyo padre muriera (¡cuyo padre muriera! ¿estamos en un manicomio? ¡Un hombre que vive con sus nietos cuyo padre muriera! A mí se me va la cabeza con este modo de decir. ¡Cuyo padre muriera! No sabemos si murió ó no murió. ¿Qué le pasó á ese padre?)

Habla luego de que las casas del pueblo eran «bajas y morenas». ¡Miren ustedes que unas casas morenas! Añade que «los campos eran oliveros»... ¡Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe! Así se titulaba una de aquellas novelas caballerescas, edición Santarén, de Valladolid, que hacían nuestras delicias de muchachos. Y agrega que «en el villaje silencioso que tenía ambiente de agua y yerbas de acequias, de frutas y mazorcas colgadas en los desvanes, de pesebres cálidos y mu-

llidos, se alzaba ufana una casa de arquitectura flamante, plagio de edificio de ciudad»... ¡Basta! ¡El villaje! ¿Qué es eso de *villaje* en tierra española? ¡Ambiente de agua y yerbas de acequia! ¡Vaya un ambiente! ¡Y vaya un olfato el del autor para percibir en ese ambiente las emanaciones de mazorcas colgadas en los desvanes! ¿Y aquella casa de arquitectura flamante?... ¡Lagarto, lagarto! Eso sí que es ambiente de galicismo puro, mejor dicho, de galicismo impuro, que trasciende á la legua, con el *villaje* y las *casas morenas*, á mal traductor, que, sobre maltratar la lengua propia, no acierta siquiera á comprender la ajena. Esa *arquitectura flamante* huele á *architecture flamande*, y por lo visto, el autor no sabe que *flamande* no tiene nada que ver con flamante, sino con *flamenca*, que no es precisamente lo mismo, por muy flamante que pueda ser. En fin, dejemos en paz tan desdichada quisicosa, y procure *El Imparcial* poner más tiento en lo que publica, si tiene en algo su merecido crédito literario.

El otro artículo, de José Francés, es del género que los franceses llaman *nouvelle*, y está dialogado según la última moda. Algo podía decirse de su estilo, pues «es noche» no está de paso, siendo preciso decir «es de noche» para que la frase resulte bien vestida; y «tumbado contra la meridiana» no es lo mismo que «tumbado en la meridiana», que es lo que se ha querido decir; yo puedo coger una silla y recostarme en ella *contra* la meridiana, y entonces podré decir que estoy «tumbado *contra* la meridiana»; pero si me tumbo *en* la meridiana, no me expreso bien y me expongo á que no se entienda cuál es mi verdadera posición. Estas y otras cosillas merecerían algún rapapolvo; pero son pecadillos ligeros al lado de otras graves faltas del autor, que afectan, no á la forma literaria ni á la expresión ortoléxica, sino al fondo mismo del asunto.

La escena se desarrolla en Madrid, en el lujoso hotel de un Sr. Hermida, persona distinguida y culta, que está esperando á su señora, María Luisa. Esta llega á las nueve, y pretende disculpar su tardanza con la modista y con el encuentro de su

madre; pero su esposo la interrumpe muy sereno, diciéndola con voz indiferente: «María Luisa, tú vienes de casa de Pablo Herrera, tu querido».

¡Mentira! No hay marido español que sea capaz de manchar sus labios con semejante vileza, como no esté ya corrompido hasta la médula de los huesos. Ni en las clases altas, ni en las medias, ni en las bajas, ni en las ínfimas. Esa escena es completamente falsa. El marido español que sabe que su mujer le engaña podrá aguantarse, aunque no es lo corriente; podrá matar, lo que no es raro; podrá recriminar á su mujer con más ó menos dureza, pues eso va en temperamentos; pero nunca, nunca, nunca es capaz de decir, con tranquilidad ni sin ella: «tú vienes de casa de Fulano, tu querido». Eso es falso, y no puede pasar sin enérgica protesta. Podrá decir: «¿A qué engañarme? Vienes de tal parte». «No te canses en buscar disculpa; sé de dónde vienes: de ver á Fulano», etc., etc.; pero eso de añadir «tu querido» revela tal depravación de costumbres, tal castración de energías, tal envilecimiento moral, que es inadmisible: porque en España habrá llegado la política á los más bajos fondos; pero la familia, afortunadamente, conserva todavía toda su dignidad, y ni aun en aquellos hogares manchados por el adulterio se dicen esas cosas, porque no hay ambiente para que vengan á los labios.

María Luisa intenta replicar; pero Hermida la ataja: «No niegues, María Luisa. ¿Para qué? Yo no soy como nuestros padres, ni mucho menos como nuestros abuelos. La época caballeresca, la época romántica están muy lejos ya. No pretendo matarte ni reprocharte nada. Evita la cursilería de las lágrimas y la cobardía de la mentira. Enemigo de la violencia, también tengo enemistad al ridículo. Ni Otelo... ni Sganarelo... Esto no lo comprenderás, porque no has leído á Chespir ni á Molier...»

No; no lo comprende María Luisa ni lo comprende nadie, porque todo eso es falso de toda falsedad, y el ridículo y el cursi es el que habla así á su mujer; lo único que dice de cierto

es aquello de «no soy como nuestros padres, ni mucho menos como nuestros abuelos». ¡Qué ha de ser! ¡Si no tiene en las venas ni una sola gota de sangre española! ¡Si eso es horchata de chufas sosa con polvos de pedantería por canela!

¿Y ella? «Su boca ha olvidado el sollozo», y oyendo á su marido «se siente abandonada de la vergüenza y el temor; el orgullo y el desprecio, aupados por la ironía de su marido, se le entronizan poco á poco». ¡Aúpa con el entronizamiento! «Pues bien, ¡sí!, exclama resuelta; ¡soy la querida de Pablo Herrera, y no lo considero como tú!»

¡Mentira también! No hay mujer española, como no sea una ramera, que hable ese lenguaje. Hay, desgraciadamente, mujeres que faltan á sus deberes, y bien perdidas son; pero en el vicio, como en la virtud, hay escalones, y sería preciso bajar hasta los últimos peldaños para encontrar una mujer casada en cuya boca no disonara una declaración como la que hace María Luisa. La mujer de Hermida no ha bajado tanto todavía, según el autor la pinta, y su lenguaje es tan falso como el de su marido. Póngase la acción en otro país, y no diremos nada. Pero en España no podemos tolerar sin protesta que se presenten cuadros como los descritos como tomados de la realidad de nuestras costumbres. Hemos descendido mucho; pero, ¡por Dios!, no nos rebajemos más todavía.

LITERATURA

Pablo Verlaine.—Con motivo del libro sobre Verlaine publicado por Edmundo Lepelletier, uno de los más antiguos é íntimos amigos del desgraciado poeta, inserta la *Nuova Antologia* un artículo de Juan Tulio, que por su imparcialidad y recto criterio es digno de ser recogido en estas páginas.

El libro de Lepelletier deja tristísima impresión, porque se piensa en la existencia que Verlaine, con las cualidades de su genio y de su corazón, hubiera podido llevar si hubiera vivido

en otro ambiente. Verlaine fué una víctima de nuestra civilización. París, con su fiebre de actividad y de pasiones, no estaba hecho para un joven como Verlaine, que llegó allí á los siete años, pocos meses después del golpe de Estado del 2 de Diciembre, con extremada sensibilidad y floja constitución. Aquel ambiente, excelente para formar tipos de extraordinaria energía en quien tiene condiciones para ello, forma en los débiles, tras un período de resistencia, desequilibrios y perversiones que los hacen casi retroceder al estado de barbarie. Verlaine sufrió desde niño aquel ambiente, odiando á París y diciendo que había nacido para vivir en el campo. Tuvo desde la infancia extrañas melancolías, desconsuelos, costumbres esquivas, momentos de desesperación. Ingenuo hasta lo increíble, sufrió desengaños, y para olvidar, se dió, como Musset, á la bebida; y el alcohol acabó de arruinar su pobre naturaleza.

Se ha querido comparar á Verlaine con Villon, pero ¡qué diferencia! Villon, emprendedor entusiasta de su profesión de trovador, seguro de sí mismo, que en dos años mata á un sacerdote, roba la caja de la Facultad de Teología y desbalija á un pariente de Angers, nada tiene de común con Verlaine, tan ingenuo, tan débil, tan incapaz de una maldad, como no fuera después de perder el juicio por el alcohol. Quienes lo han pintado, en tiempo de la Común, como fogoso revolucionario que «corría las calles de París agitando á las masas», se han equivocado; Lepelletier pone las cosas en su punto, mostrando á Verlaine, mientras el cañón tronaba contra las barricadas, escondido en el cuarto más retirado de su habitación, después de haberse quitado la divisa de guardia nacional que un arranque de patriotismo le había hecho adoptar. Tenía el alma de un niño en un cuerpo de adulto, con todos sus goces y peligros. Hasta el abuso del alcohol contribuía á debilitar su escaso carácter con las manías del vagabundeo, de la persecución, de las grandezas y del suicidio y con su gran irascibilidad.

En una época en que tantas pasiones y energías se revelaban, vivió siempre como un comparsa: ni la juventud hostil

al emperador lo tuvo por socio en ningún complot, aunque se llamaba revolucionario, ni los círculos literarios le vieron tomar parte en sus polémicas. Durante siete años fué el más ocioso de los empleados, y no pudo durar más de dos años en un puesto docente: le repugnaba todo trabajo serio y metódico. Obraba siempre por impulsos; se enamora de una joven al primer encuentro, y quiere casarse con ella en el acto; luego, á los dos años la deja y hasta abandona á su hijo, de quien no vuelve á acordarse; dispara sobre Rimbaud, su mejor amigo, y amenaza con el cuchillo á su propia madre; después de sus más resueltas afirmaciones de escepticismo, se hace creyente y se declara dispuesto á sufrir hasta el martirio. Una mañana, tras una noche de extravíos, se siente asaltado por los remordimientos, y entra en una iglesia para confesarse; y porque no encuentra al sacerdote empieza á blasfemar y le amenaza con apalearlo. ¡Efectos todos del alcohol!

También se le ha comparado con Baudelaire, por ser ambos místicos y libertinos. Cierto es que ambos presentan curiosa mezcla de religiosidad y de escepticismo, de idealidad y de vulgaridad, contraste que Verlaine ostentaba en su propio rostro con su vasta frente de pensador y sus dos amplias mandíbulas; pero Baudelaire es un harto de la vida, que observa con gran lucidez de análisis las propias miserias y la propia impotencia, y Verlaine es un chiquillo que se queda con la boca abierta, maravillado, ante cualquier cosa.

En Verlaine, el hombre y el poeta son un solo sér; su poesía es la expresión directa de sus estados de ánimo, y contiene sus suspiros, sus recuerdos, sus propósitos y sus esperanzas. Lo que ante todo impresiona en ella es la disparidad de los argumentos. Si los *Poemas saturnianos* hacen sentir el aire pesado de París, y el estrépito de las fiestas nocturnas y la vulgaridad de amores pagados, y las tristezas de un precoz vividor que se las echa de aburrido de la vida, en las *Fiestas galantes*, segunda colección de versos, el escenario y las pasiones cambian. Se revive la época de Watteau y de Fragonard con sus

jardines floridos, donde las damas, rígidas con sus crinolinas, y los caballeros con sus empolvadas pelucas, cambiaban á la sombra de los árboles frases triviales ó sentimentales dulzonerías. Amores que han perdido su frescura si alguna vez la han tenido, y de los que reclama otro amor personal, vivo, furiosamente sentido en la siguiente colección de poesías, *La buena canción*, donde se canta la campiña normanda en la primavera, los suspiros y deseos de un enamorado idealista y sincero, las esperanzas de una vida tranquila y de trabajo, con sus veladas serenas en medio de los tumultos parisinos, un amor casto, expresado en poesías sencillas, en las que acaso flotan deseos sensuales, preparatorios de las brutalidades de *Antes y poco ha* y de *Paralelamente*, publicadas después de los impulsos religiosos de *Sabiduría* y de los propósitos de mudar de vida, de las profesiones de fe, de las plegarias á Dios y de las visiones del paraíso.

Las mismas volubilidades, incoherencias é impulsiones se encuentran en la forma, que llega en ocasiones á la perfección y que otras veces carece de valor, justificando á la vez las alabanzas del grupo de jóvenes que lo eligieron para ocupar el puesto de príncipe de los poetas, y las censuras de quienes, como Max Nordau, lo despreciaron. Las lesiones cerebrales que casi siempre se encuentran en el cerebro de los alcoholizados determinan lagunas y desproporciones en el mecanismo pensante, especialmente en la memoria. Verlaine notaba que padecía extraños olvidos, y Lepelletier afirma que le era imposible la composición de un relato con personajes y aventuras, y que jamás hubiera podido escribir una obra de observación de costumbres, de psicología.

Así se explica que Brunetière haya prescindido de Verlaine en su *Evolución de la poesía lírica francesa del siglo XIX*. Ni era un clásico, ni era un parnasiano, ni un simbolista. Hay en la poesía una metafísica que presupone la conciencia de ideas profundas y cierta capacidad de coordinación de las diversas partes, cualidades que faltan á Verlaine. No hay poesía menos

de escuela que la suya. Uno de sus principales defectos es la incapacidad de expresar con claridad los propios pensamientos. Los alcoholizados no tienen visiones claras, todo se les aparece como á través de una niebla; su contenido se mueve y cambia de puesto con rapidez: de ahí la falta de fijeza en la visión:

La lune plaquait ses teintes de zinc
Par angles obtus.
Des bouts de fumée en forme de cinq
Sortaient drus et noirs des hauts toits pointus.
Le ciel était gris, la bise pleurait
Ainsi qu'un basson.
Au loin un matou frileux et discret
Miaulait d'étrange et grêle façon.
Moi, j'allais, rêvant du divin Platon
Et de Phidias,
Et de Salamine et de Maraton,
Sous l'œil clignotant des bleus becs de gaz (1).

«¿Quién logra concebir, dice Lemaître, el paisaje nocturno que aquí se describe? *Plaquait ses teintes de zinc par angles obtus* no tiene ningún sentido. Y luego, ¿se ve claramente el humear de los tejados, de noche, cuando están encendidos los picos del gas? ¿Y ese humo tiene la forma de un cinco, especialmente cuando hace viento? Y si la luna alumbra, ¿cómo

(1) La luna lanzaba sus tintes de zinc
Por ángulos obtusos.
Colas de humo en forma de cincos
Salían rectas y negras de los tejados puntiagudos.
El cielo estaba gris, el cierzo lloraba
Lo mismo que un bajo.
A lo lejos un gato friolero y discreto
Mayaba de extraña y aguda manera.
Yo iba, soñando con el divino Platón
Y con Fidias.
Y con Salamina y con Maratón,
Bajo la mirada guiñadora de los azules picos del gas.

puede estar el cielo gris? Y si el gato es discreto, ¿cómo puede mayar *de extraña manera?* En todo eso no hay más que palabras puestas al acaso.» En el fondo los preceptos poéticos de Verlaine

> Pas la couleur, rien que la nuance!... (1).
> . . . . . .
> Rien de plus cher que la chanson grise
> Où l'Indécise au Précis se joint (2),

son derivación necesaria de su enfermedad.

Claro es que en poesía no conciertan las partes en el orden riguroso de la prosa científica; pero á través de la variedad y de las aparentes digresiones del pensamiento debe correr una fuerza poderosa que dé á las estrofas significado y dirección, que sea como su alma; esa dirección, esa fuerza de coherencia, falta frecuentemente en Verlaine. Basta leer su prosa llena de paradas, de contradicciones, de incertidumbres. Lo mismo razonaban otros bebedores, como Coleridge, cuyos discursos, leídos á retazos, parecían maravillosos de profundidad é imaginación, y en junto resultaban desordenado centón sin sentido; y como Poe, que en los últimos años de su vida habló dos horas y media de metafísica, pareciendo á todos que hablaba muy bien sin que lo entendiera ninguno.

El nexo entre unos y otros conceptos se establece caprichosamente por el automatismo intelectual; á ello se prestaba el modo de poetificar de Verlaine, que—al contrario de Baudelaire, que desarrollaba primero en prosa sus pensamientos y pesaba cada frase, y luego los ponía en rima—escribía sus versos de un tirón, con rapidez casi inconsciente. A veces gana con esto la poesía; pero si crece la excitación, todo vínculo se rompe, y los conceptos siguen á los conceptos con lazos que escapan á la más sutil observación:

(1) ¡El color, no! ¡Sólo el matiz!
(2) Nada más querido que la canción gris,
En que lo Indeciso se une á lo Preciso.

Parfums, couleurs, systèmes, lois!
Les mots ont peur comme les poules.
La Chair sanglote sur la croix.
Pied, c'est du rêve que tu foules,
Et partout ricane la voix,
La voix tentatrice des foules... (1).

Sólo el poeta puede entender cómo se desenvuelven esos pensamientos, y acaso ni él mismo lo sepa. Esta inconsciencia de la labor mental, cada vez mayor, hace que en los últimos volúmenes se tropiece con estrofas tan nebulosas que son indescifrables. En cambio, la extremada sensibilidad del poeta da á las más pequeñas impresiones grandísima intensidad, y hace que las exprese con el ritmo, con la elección de palabras, con asonancias, aliteraciones, repeticiones, cesuras arbitrarias y cambios de cadencia, que dan á la estrofa verdadero valor musical, efecto buscado y preconizado en su *Arte poética:*

¡Música ante todo!
¡Más música; siempre música!

No busquemos, por tanto, al poeta donde razona, sino donde siente. Busquemos aquellas pequeñas poesías concebidas en un momento de alegría, ó mejor aún, de tristeza, y allí encontraremos al verdadero poeta revelado en fragmentos deliciosos, en notas conmovedoras, en suspiros escapados del alma, siempre frescos, puros y originales. En esto se relaciona su poesía con la poesía popular, y por contraste viene á encajar en la evolución de la lírica, como el canto sencillo, espontáneo, subjetivo, que brota sugestivo después de la enorme poesía de elocuencia objetiva, con todo su aparato de tradi-

(1) ¡Perfumes, colores, sistemas, leyes!
Las palabras tienen miedo como las gallinas.
La Carne solloza en la cruz.
Pie, es sueño lo que pisas,
Y dondequiera se fisga la voz,
La voz tentadora de las multitudes.

ciones, erudición y retórica de Víctor Hugo. Por eso Verlaine es cabeza, no de la escuela de los decadentes, para quienes toda vocal tiene un color y todo color un instrumento, sino de la nueva tendencia de la lírica en busca del intimismo, de lo familiar, indiferente á la historia y á la política, cantando simples paisajes y las pequeñas alegrías y los pequeños tormentos de la vida cuotidiana.

La historia de la literatura es historia de reacciones. Detrás de Chateaubriand y de Lamartine vino Beranger, y detrás de Beranger Víctor Hugo, como detrás de Víctor Hugo aparece Verlaine, dándose la mano con Heine y con Schumann, que representaban en Alemania reacciones semejantes á la suya.

ENCICLOPEDIA

Observaciones y pensamientos de Renan.—El título del cuaderno de Renan que publica la *Revue Bleue* se titula «Observaciones y hechos psicológicos»; pero como no todo es psicología, aunque la observación psicológica sea la dominante, preferimos colocar los extractos que del mismo hemos recogido bajo la rúbrica de *enciclopedia* por su carácter variado y universal. No se olvide, como advertimos en el número anterior, que estas observaciones y apuntes han sido escritos por Renan estando en el Seminario de San Sulpicio, el año 1843. Helos aquí:

«Me ha llamado la atención con frecuencia que el Evangelio no hable nunca de la morada fija de Nuestro Señor durante su vida pública. ¿No la tenía, ó no ha querido que se hablase de ella, á fin de que fuese como si no la tuviera? No sé. Pero lo positivo es que ahí está la más bella alegoría del alma elevada y cristiana en la tierra: no tiene allí su domicilio.»

«¡Qué encantadora comparación emplean los Padres para expresar la necesidad del desprendimiento del cristiano: es el

atleta vestido! ¡Qué bien pinta el cristianismo! (Véase Rodríguez, *Perfección cristiana*, tomo III, pág. 146.)»

«Las facultades que constituyen nuestro espíritu son cajitas, moldes de cierta forma, cuadrados por ejemplo; y las verdades son cuerpos de cierta forma también, que se trata de encasillar en estos moldes. Pero estas verdades son de toda clase de formas, de órdenes completamente distintos, cuadradas, redondas, etc. Y es evidente que sólo entrarán las cuadradas. Las demás, ¡imposible! Los hechos son los cuadrados; las verdades metafísicas y los misterios son las redondas.»

«Hecho curioso de asociación de ideas: esta noche se leía en la lectura espiritual la historia de un filósofo antiguo que tiró su dinero al mar para dedicarse mejor al estudio; y la comunidad se echó á reir. Si se hubiera contado este rasgo de un santo, lo hubieran admirado.»

«Preciso es que haya una institución de Dios ó de otra clase en nuestra naturaleza que haga que no nos conmuevan las cosas de la otra vida; pues si fuésemos con ellas como con las cosas presentes, el mundo marcharía muy de otro modo. Quizá consista ello en que no se cree. Por lo demás, cualquiera que sea la causa, el hecho no es un mal quizá, en el actual estado de cosas. Pero de que eso es como necesario en el estado actual, se podía tal vez inducir que ese estado actual no es el verdadero.»

«Todo silogismo en que una proposición por lo menos no sea un hecho ó una definición, no conduce á nada. Por eso la mayor parte de los razonamientos teológico-metafísicos no son más que círculos viciosos. El hecho es el elemento objetivo que hay que casar con los principios objetivos de razón para producir algo.»

«El espíritu de raciocinio (la escolástica), la idea de derecho y la de lealtad ú honor son las tres clases del problema de cómo ha salido la sociedad moderna de la edad media. Hay medio para con eso solo explicarlo casi todo.»

«Habría investigaciones muy curiosas que hacer sobre el

modo con que las lenguas han formado las contradictorias de ciertas palabras. Así *feliz*, *infeliz*; *infeliz* es contradictoria por la palabra y contraria por la idea, porque quien no es feliz es infeliz. Lo mismo con *probus*, *improbus*; en estas ideas el espíritu humano ha confundido lo contradictorio con lo contrario. No así con *útil* é *inútil*. *Inútil* es tan contradictorio por la idea como por la expresión; aquí hay una contradictoria distinta nociva. Casi sólo en las ideas morales se encuentran ejemplos del primer género.»

«La sola consideración de que hasta Moisés el Pentateuco está escrito en forma de historia, y desde Moisés en forma de diario, bastaría á un espíritu inductivo para probar su autenticidad.»

«Se considera de ordinario á Nuestro Señor en el pesebre y en la cruz cuando queremos formarnos idea de sus humillaciones. Pero hay una posición en que prefiero considerarlo para este efecto: en el vientre de su madre, en estado de embrión. Quisiera que fuese cierto el sistema de los animales espermáticos para considerarlo en forma más humilde todavía, y decir á la letra: *Vermis sum et non homo.*»

«Cuando el fuego no quema, ennegrece, dice Rodríguez.»

«Cuando encargan á alguno de alguna función, como por ejemplo, la de dictar en clase, todos están de mal humor contra él, y tratan de morderle por todos los rincones. Todos están de acuerdo en eso, pero se lo disimulan unos á otros. Es un estado psicológico singular, muy difícil de explicar.»

«Por qué se arrasca uno cuando le pica en algún sitio. Es un fenómeno relacionado con la atención. La sensación de la picazón es ligera, y por ende incómoda para los nervios. Al arrascarse uno se produce una sensación mucho más enérgica, que aparta la atención de la picazón. Pero cuando esta fuerte sensación se debilita, la atención se debilita también y se fija en la picazón. Es como cuando para ahogar un ruido pequeño se arma un estrépito. Sin embargo, puede ocurrir que el movimiento de los nervios producido por el arrasque sea tan fuerte

que ahogue completamente el de la picazón, que por eso no vuelve.»

«El hombre más apurado es con frecuencia el más insolente (tratando de no parecerlo); pensamiento de Chesnel. ¡Qué listo es ese chico!»

«El medio de insinuarse en el favor de los grandes—dice Abbadie—no es hacer que nos estén obligados, sino que nosotros lo estemos á ellos. Es muy singular, y sin embargo, admirablemente cierto. Lo primero nos los somete; lo segundo nos somete á ellos.»

«La mejor prueba de la religión está en la historia de la filosofía, y la más fuerte objeción contra ella en la historia de la Iglesia.»

«Hace tiempo pensaba que la caída de la Universidad podría dar como resultado el aniquilamiento en Francia de la facultad de razonar. He ahí, decía, una cosa lamentable y enteramente contraria á los progresos de la humanidad. Hoy sostengo todavía la mayor, pero abandono la menor. En la apreciación de lo que es realmente progreso con relación á la humanidad, hay que tener en cuenta el progreso relativo á nosotros y el progreso absoluto. Supongamos un camino que va de A á B por innumerables revueltas, pero de tal modo que no hay otro. El que lo sigue cuando el camino vuelve sobre sí mismo, relativamente á nosotros retrocede y se aleja del fin; pero absolutamente hablando, se acerca, puesto que ese retroceso era necesario. Lo mismo pasa con la humanidad: he aquí algo que la va á hacer retroceder atrozmente; no tengáis miedo, es para avanzar, porque al relanzarse salta siempre más arriba de donde había caído. No es una pura elasticidad inerte en que el relance iguale la longitud de la caída, sino una fuerza interna que hace á la reacción siempre más grande que la acción. Tal estado era más favorable á su desarrollo, decís. ¿Y qué sabéis vosotros? ¿Y si la caída relativa que se dé al caer es condición necesaria para colocarla en otro punto de vista más importante y más cerca de su término? Dejad-

la que hile su coco. Es el viejo Balaam que cae y sus ojos se abren. En los bárbaros, por ejemplo, tenemos la caída de la civilización romana; comparad el siglo de Augusto con los siglos x y xi. ¡Qué retroceso! Sí; pero eso no es ver más que un trozo de la curva, y hay que verla en todo su desarrollo. No basta comparar el siglo de Augusto con el x y el xi; hay que comparar también el siglo de Augusto con el siglo xix, al que son necesarios los siglos x y xi. En una palabra, he aquí la curva del espíritu humano: las oscilaciones van siendo cada vez más amplias, pero también el movimiento es cada vez más rápido; de modo que casi son isócronas. Los espíritus mezquinos que no consideran la curva más que en una región, de A á B ó de B á A, dicen que avanza ó que retrocede; pero el que considera el todo dice que avanza retrocediendo, puesto que, en suma, el punto D está más elevado sobre la horizontal que el punto B, cima de la oscilación precedente. Dejad á la fuerza que preside el movimiento producir su efecto, pues todo lo que podáis hacer es nulo si no está ya calculado por el que sabe convertir los esfuerzos contra él en esfuerzos por él. Niños que quieren tirar hacia atrás el carruaje que los arrastra. Es luchar contra el torrente que nos lleva. Y por otra parte, esos mismos esfuerzos entran en el plan del progreso: *Per damna, per cædes... ducit opera.* Creyendo detenerlo, lo empujan; es el nudo que se aprieta al querer desatarlo, el fuego que se enciende al querer extinguirlo. He ahí sin contradicción la más bella ley de la humanidad y la más propia para hacer reflexionar. ¡Qué bien había sentido esto Jouffroy! Está uno tentado, dice, á cruzarse de brazos y dejarse llevar. El hecho es que, hágase lo que se quiera, la humanidad anda siempre; no hay fuerza más indomable. Sin embargo, otro hecho: el hombre tiene conciencia de su libertad, luego la tiene. ¿Cómo conciliar esto? Se verá. Cuando obráis, vuestra acción estaba ya calculada y entraba en el plan; sin embargo, sentís que esa acción es vuestra. No sé si los autoteístas han tenido este pensamiento; pero es cierto que su hipótesis es la conci-

liación más plausible en apariencia de estas dos asombrosas leyes. Porque si nosotros mismos somos la fuerza, se concibe que seamos arrastrados, y sin embargo libres, puesto que somos arrastrados por nosotros mismos. Pues ser arrastrado por sí es ser libre, en el sentido de hecho de la palabra, no acaso en el sentido de definición que le dan los metafísicos escolásticos, al que temo no corresponda ningún hecho. Sea de ello lo que quiera, estas leyes habían sido entrevistas hace largo tiempo y los teólogos las habían expresado en su lengua. Nuestras Escrituras las habían presentado también en su estilo magnífico, y acaso, en suma, el más exacto de todos. Esa fuerza que todo lo conduce á través de todo es la Providencia; esa fuerza que fuerza por sí lo que es contra sí es el Dios que tiene en su mano los corazones, que inclina los corazones, que hace su voluntad por los esfuerzos de sus enemigos. Ahí está todo el espíritu de la Biblia y de los profetas.»

«Hay notable analogía entre el procedimiento de los algebristas en la resolución de las ecuaciones y el del espíritu humano en la eliminación del error y hasta el fenómeno de la digestión.»

«La mayoría no anda sino por interés y por miedo; no es eso lo que tiene derecho á gobernar al mundo. ¡Cómo! ¡Una mayoría de pesados propietarios que no quieren que les incomoden adormecería al mundo!»

IMPRESIONES Y NOTAS

Una poesía de lady Byron.—Sabido es que lord Byron, gastados los restos de su rica fortuna, apurada la copa del placer y acosado por los deudores, buscó una *golden dolly*, una *muchacha de oro*, que le sacase de apuros, y se casó al efecto con una tierna sobrina de la señora de Melbourne, Ana Isabel, que le llevó en dote 250.000 francos, suma no despreciable para la época, aunque de todo punto insuficiente para un gas-

tador como Byron. Casados en Enero de 1815, tuvieron en Diciembre una hija, Augusta Ada, que no logró llevar al matrimonio las corrientes de afecto que tan feliz hubieran podido hacerle. Los apuros de dinero no habían tardado en reaparecer, y la incompatibilidad de caracteres era insuperable. Ella era una señora de buen sentido, modesta y equilibrada, pero dulce y sensible, y el poeta parece no haberla comprendido. Byron mismo cuenta que una vez, estando preocupado por sus deudas, le dijo su mujer:

—¿Os fastidio acaso yo?

Y él contestó con brutalidad:

—Atrozmente.

Aquellas fueron las últimas palabras que se cruzaron en el matrimonio, pues no volvieron á verse. Byron marchó á Grecia, donde murió en 1824, y su esposa siguió en Inglaterra hasta 1860, en que murió.

En una poesía escrita por Byron en 1816, después de la separación, cuando apenas llevaban un año de matrimonio, decía el poeta: «¡Adiós, adiós! Y si este adiós es para siempre, que lo sea. Pues aunque yo no pueda perdonar jamás, jamás mi corazón podrá volverse contra ti». El duque de Argyll ha enviado al *Pall Mall Magazine* la respuesta á esta poesía, escrita por lady Byron, en la misma clase de estrofas, y siguiendo el curso de la de Byron. He aquí esta poesía, que no carece de interés:

«¿Y era, pues, cosa noble para ti simular el tono de un falso dolor? ¿Cómo puede tu corazón, muerto á todo sentimiento, exhalar tan mágicos ritmos?—No es dolor el tuyo, no es desdén momentáneo el que se alberga en tu alma misteriosa; es sólo salvaje voluptuosidad la que te hace golpear y ensañarte en la herida.—Creí en tus palabras, y volví afectuosa hacia ti, y hasta te adoré, aunque alguno susurrase á mi oído que me engañaba; mi alma se rebeló ante tal idea.—¡Ay de mí! Luego tuve que convencerme, y traicionada, abandonada, destinada á probar toda especie de odio, mi paciencia no hizo más

que provocar todo tu desdén con todo mi amor.—Aunque tu aspecto pareciese dulce y afectuoso á los extraños y tu papel de enamorado estuviese bien representado, luego en la intimidad te cobrabas ampliamente en mí tu deuda de refinada descortesía.—Si luego la sonrisa de un instante me hacía reabrir el corazón á la esperanza, eso no hacía sino más profunda y amarga la habitual desdicha.—Hubieras querido despreciarme como á un reptil, un reptil venenoso que hubieras encontrado en tu camino; vanas eran mis lágrimas y vanas mis sonrisas, haciéndome apurar con ellas la amarga copa del dolor.—¡Más que amarga era aquella copa que tu fría voluntad había resuelto llenar, poniendo en ella toda la más refinada malicia que alma humana pueda imaginar!—¡Y para eso se empeñó mi fe de niña! ¡Para eso abandoné las caricias de mi madre! Apenas estaba encendida la lámpara nupcial, cuando su llama se apagó, sofocada por la desesperación.—¡Y tú juzgaste que el plácido sueño no había jamás de verter su bálsamo sobre mis sentidos doloridos! Mi pecho no está ocupado por malos pensamientos, y el sueño de la inocencia es dulce.—¡Adiós, pues, para siempre! Aunque sin poderte perdonar, recordaré siempre que fuiste mío, y mi enviudado amor no tendrá arrepentimiento, porque un día mis más fúlgidas alegrías fueron tus alegrías.—Y cuando nuestra hija, infantilmente devota, recite sus oraciones, las lágrimas que anegarán mis párpados y toda mi turbación la sugerirán la gracia de buscar á Dios. —¡Adiós! Encontrarnos en la tierra, no; pero brote fuera tan ilícito deseo; haz que se destierre de ti del todo el recuerdo de aquel corazón que tanto te amó.»

*
* *

La profesión de escritor en Inglaterra.—Los ingleses leen mucho y suelen pagar bien lo que leen. Según Arnoldo Bennet (*Mercure de France*), mientras las ediciones de obras clásicas se venden baratísimas, las de obras nuevas son muy caras. El precio neto normal de la novela inglesa es de 5,40 pese-

tas; pero las demás obras, biografías, viajes, etc., obtienen precios mucho mayores. Ningún personaje de alguna importancia muere en Inglaterra que no dé ocasión para publicar su biografía en uno ó dos tomos, que se venden y se agotan generalmente al precio de 20 á 50 pesetas. Los sportsmen y viajeros que se dedican á recorrer países y á buscar aventuras sólo para luego contarlas son muchísimos; un libro de G. Schillings, *In Wildest Africa*, en edición de 5.000 ejemplares ilustrada con fotograbados, se ha vendido á 29 pesetas, agotándose en pocos días.

A esta venta contribuyen extraordinariamente las bibliotecas circulantes que, por 13 á 150 pesetas al año, prestan á los abonados por valor de cuatro á cinco mil pesetas de libros. Las principales son tres: *Mudie's*, *Smith's* y *Times Book Club;* la última, que es la menor, cuenta con 80.000 abonados. Estas bibliotecas compran las obras nuevas, y sobre todo los libros de moda, no en cantidad de dos ó tres ejemplares, sino por cientos, y hasta por miles, para atender á los pedidos de sus suscriptores. La de Mudie y la de Smith se han aliado á veces para obligar á los libreros á bajar el precio de sus obras, y á ellos se debe que las novelas no pasen hoy de 5 pesetas, cuando antes llegaban al de 40. Tal situación favorece además la independencia de la crítica, respetada por autores, editores y periódicos, y que todos reconocen ser de una gran conveniencia. En los periódicos, la administración y redacción están completamente separadas, y si un periódico tuviera su organización montada de otro modo, se haría sospechoso, perdería su prestigio y no tardaría en notar las consecuencias en su caja.

Hace doce años calculaba Walter Besant que había en Inglaterra cincuenta novelistas que ganaban por lo menos 25.000 pesetas como producto de sus obras; hoy este número ha crecido extraordinariamente. El novelista novel cuya obra es del agrado de un editor recibe un tanto por ciento, del 10 al 15, sobre el precio de la venta; si ésta pasa de mil ejemplares, puede llegar al 20 por 100 con un buen anticipo; si pasa de

5.000, le dan hasta el 25 por 100 y un anticipo de 7.500 pesetas.

Hay en Inglaterra más de cien novelistas que perciben por cada novela que escriben un mínimum de 7.500 pesetas. Los derechos de autor cuando la venta excede de 20.000 ejemplares llegan á ser del 50 por 100, y Hall Caine ha llegado á percibir hasta 3,50 pesetas por cada ejemplar vendido. En este Olimpo literario se encuentran actualmente la señora Humplory Ward, Rudyard Kipling, S. M. Barrie, María Corelli, Hall Caine y otros que ganan sumas fantásticas, á veces medio millón por un solo libro. Bajo ellos hay otros muchos notables, cuya popularidad es menor, aunque tengan mayor valor artístico, como Wells, Jorge Moore, Roberto Hichens, Eden Phillpotts, Mauricio Hewlet, Quiller-Couch y otros, que obtienen de las letras un promedio muy aceptable de 50.000 á 100.000 pesetas anuales.

Fuera de su país los ingleses ganan muy poco; hasta en los Estados Unidos han acabado por dejarlos de leer, y el Canadá mismo hace de ellos muy limitado consumo. La colección Tauchnitz, que es la que difunde por todo el mundo las mejores obras novelescas inglesas, no paga más de 500 pesetas por los derechos de traducción de cada una.

Las mejoras logradas por los autores ingleses son en gran parte debidas á una institución desconocida en los demás países: el *agente literario*, que es el intermediario entre el autor y el editor. Suelen ser hombres fríos y calculadores, que estudian las condiciones del mercado y los deseos de los editores, y saben así sacar el mejor partido para los autores, que, allí como en todas partes y hoy como siempre, suelen ser malos administradores, incapaces de hacer un negocio.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Correspondencia epistolar del P. Andrés Marcos Burriel, existente en la Biblioteca Real de Bruselas, por D. Jesús Reymondez del Campo, ex-becario por oposición de la Universidad de Salamanca, doctor en Leyes, etc. (publicado en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Marzo de 1908).

La nueva fase en que entraron nuestras Letras al promediar el siglo XVIII será siempre digna de especial mención en la historia de la cultura patria.

Epoca verdaderamente glòriosa, porque en ella resucitaron ingenios poderosos y hombres insignes que transformaron por completo la vida científica nacional é hicieron que España rivalizase en la esfera del saber con las demás naciones de la culta Europa.

Con razón el P. Flórez llamó á esta empresa de titanes *expedición y conquista de unas Indias literarias*.

Pero una obra de tal importancia no podía menos de exigir un *Colbert* que organizara, una *cabeza de coloso* que uniera á su laboriosidad un talento singular y fuera capaz de dirigir este movimiento saludable de *reforma* y dar un plan para cada uno de sus valiosos descubrimientos.

Esto se halló en un jesuíta ilustre, en un sabio como *Andrés Marcos Burriel*.

Ayer nos llenaba de admiración su vida y esfuerzo por lo que de él conocíamos; hoy nos *pasma* su obra literaria después de publicada la notable monografía del Sr. Reymondez.

Este joven de veintitrés años, dando un ejemplo que le honra, entró un día en los ricos archivos de Bruselas, donde vió arrinconados cuatro códices que contenían noticias inéditas referentes á nuestra literatura, y concibió la plausible idea de darlas á la publicidad.

La *Real Academia de la Historia* premió su labor y publicóla en su *Boletín* en atención á su mérito y valer.

Su trabajo está precedido de una *Introducción* crítica llena de erudición y escrita con sobriedad; sigue después, colocada por orden riguroso de tiempo, una larga serie de ciento sesenta y nueve cartas y documentos, que comprenden la interesante correspondencia científica del P. Burriel con Mayans, Flórez, Palomares, Infantes, Rávago, Losada, Larramendi, Carbajal, Castro, los Ulloas y otros, y corona su *Memoria* con un *Apéndice* importantísimo, que es la lista de lo que mandó á *Wall* el P. Burriel en cumplimiento de su orden tiránica y abusiva.

Elogios merece la conducta del Sr. Reymondez, que, aparte de sus brillantes estudios en la Universidad de Lovaina, supo hallar y recoger también en archivos extranjeros joyas preciosas de nuestra Literatura patria.

A. C.

ÍNDICE

	Págs.
La Cruz de Madrid, por Carlos Cambronero	5
José de Espronceda y Delgado, por José Cascales y Muñoz	23
Horas críticas de España, por Manuel Sales Ferré	56
Recuerdos, por José Echegaray	77
Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi	89
El suplicio del silencio (novela), por Federico Spielhagen	115
España fuera de España, por E. Bertaux	139
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	162
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	172
Notas bibliográficas, por A. C.	204

CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, Fomento, núm. 7, bajo.—Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier.—Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.
Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La génesis), 4 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 ptas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 20. NUM. 234.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

JUNIO 1908

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

11.730

RECUERDOS

Había quedado, si la memoria no me es infiel, al terminar el precedente artículo, consultando con ansiedad suma á Gabriel Rodríguez, en cuyo criterio tenía yo confianza absoluta, y á Cristino Martos, á quien ya reconocía como jefe ó como uno de los dos jefes del grupo democrático, sobre mi situación política, y el conflicto en que me encontraba, ó en que iba á encontrarme, al llegar la votación próxima, que había de decidir de la suerte ministerial de Martín Herrera.

Y mi conflicto puramente del orden moral, pero grande, era éste.

Votaba contra el Gobierno: pues era votar contra Ruiz Zorrilla, porque todos los ministros votaban, como era natural, en pro de su compañero.

Votaba en pro: pues me separaba de todos los demócratas.

Me abstenía: pues era un acto cobarde y que para mí tampoco resolvía nada.

Martos, calándose los quevedos, en tono amistoso, pero en que vibraba cierto acento de autoridad, me dijo, poco más ó menos, lo siguiente:

—Querido Echegaray, yo comprendo su situación de usted; pero si sigue usted en la política, en muchas ocasiones como ésta ha de verse; y para el hombre político, aunque usted lo sabe, permítame que se lo diga, sus deberes están antes que sus afecciones, sus amistades ó sus gratitudes: afectos todos

que pueden tener cumplida satisfacción en otra esfera, pero que en la esfera política deben subordinarse á más altas obligaciones.

Si usted no vota con nosotros, será como si de nosotros se separase, y será para todos un disgusto, y para usted no creo que sea una satisfacción.»

—Pero el disgusto, y grande—le repliqué yo,—se lo voy á dar á D. Manuel, á quien estoy muy obligado, como usted sabe, y de quien soy verdadero amigo.

Y Martos sonrió, y mirándome entre burlón y compasivo, me dijo:

—¿Pero usted cree que va á ser muy grande el disgusto de Zorrilla si vota usted contra Martín Herrera? ¿No pudiera ser que, al contrario de lo que usted supone, le proporcionase usted sin saberlo una satisfacción? ¿Tan encariñados supone usted á los progresistas con los ministros procedentes de la Unión liberal, que derramen lágrimas de pena porque se malogre uno de estos últimos?

Yo no me daba por convencido, y batallaban en mí fieramente, y angustiosamente pudiera decir, mis afectos con mis deberes, según Martos les llamaba y según eran, que como deberes, y deberes imperiosos, yo los reconocía.

Y en esto intervino Gabriel Rodríguez, que, como tenía más confianza conmigo de la que por entonces tenía Martos, y como su carácter franco y enérgico no le permitía velar su pensamiento ni endulzar sus frases, me disparó esta andanada:

—Pues yo le digo á usted como Martos, pero más en seco, que debe usted votar con nosotros, piense lo que quiera Zorrilla. Que de lo contrario, nos hace usted traición y se pasa usted, por lo menos á los progresistas, y que todo el mundo pensará y dirá que ha votado usted con Zorrilla por miedo de perder la Dirección de Obras públicas; y no se haga usted la ilusión de imaginar, que nadie ha de creer ni en sus amistades ni en sus gratitudes: conque ahí tiene usted mi opinión en términos claros y concretos.

Yo me encabrité, y perdóneseme la frase, aunque el único que tendrá que perdonarla en todo caso seré yo.

Me encabrité, digo, al sentir el espolazo de Rodríguez, y sin decirles palabra, bajé al hemiciclo, lo crucé, me acerqué al banco azul y le dije á Zorrilla:

—Tengo un sentimiento muy grande; pero pertenezco al grupo democrático, y voy á votar contra ustedes: sé lo que á usted le debo, mi gratitud es muy grande, pero usted comprenda lo que dirían de mí si hiciera otra cosa. Sólo ante la duda, ya lo dicen.

Pero yo no puedo votar en contra y conservar la Dirección; de suerte que, suceda lo que quiera, dé usted por presentada mi dimisión, que me proporciona una pena muy honda, no por mí, sino por usted, y que es irrevocable.

Yo quería seguir, pero él me interrumpió:

—Bueno, bueno; de eso más tarde hablaremos, y de la dimisión no hablaremos nunca, y á saber cómo concluirá todo esto. Conque usted vote lo que quiera.

—Y tan amigos como siempre—le dije dándole la mano.

Él me dió la suya riendo, y agregó:

—Tan amigos como siempre, y no sea usted romántico, que en política no aprovecha.

Subí agitadísimo á mis bancos. Llegó la votación, voté con los demócratas, vino una crisis y cayó Martín Herrera.

***

Ya expliqué antes que la crisis era más honda de lo que parecía.

En suma, se trataba de si los demócratas habían de tener ó no representación en el Gobierno; y empezaron las conferencias, los cabildeos, las luchas de siempre y para mí nuevos conflictos.

Por eso he dicho muchas veces que la política me molesta, me aburre y me pone nervioso.

Por eso huyo de ella siempre que puedo, y me doy á todos

los diablos cuando el cilindro laminador me coge y me lamina.

Y no es que yo crea, como algunos, que la política es funesta y nefanda, y que á todo trance debía suprimirse.

Ni es posible suprimirla, ni podría suprimirse aunque se quisiera; y además, con todas sus impurezas y corrupciones, la considero grandemente fecunda.

Más corrupción tiene el abono, y gracias á él hay cosechas.

Y después de todo, la política es la acción activa, y á los cuatro vientos, y á la luz del sol, de todas las energías nacionales, que toman parte directa ó indirectamente en la marcha de los negocios.

Con todas sus corrupciones es motor, y es freno; y es látigo y es elemento de regeneración.

Todo lo cual no impide que á mí me moleste grandemente y que huya de ella siempre que pueda.

En la faena universal hay para todos los gustos, y el principio de división del trabajo ése sí que es grandemente fecundo; de suerte que los que tengan afición á la vida política pueden y deben ser hombres políticos, dejándome á mí en paz con mis gustos tranquilos y pacíficos.

***

Aquella crisis resultó en mi provecho, y sin embargo yo de ella renegaba porque volvió á ponerme en situación bien crítica.

D. Manuel Ruiz Zorrilla, cuya influencia era ya muy grande, planteó el problema de este modo:

—Yo paso á Gracia y Justicia: queda vacante el Ministerio de Fomento, y en el Ministerio de Fomento entra Echegaray.

Y así me lo dijo riendo.

—Me presentó usted la otra tarde su dimisión de director, y yo, enojadísimo con su conducta de usted, se la acepto, pero en cambio me voy de Fomento y entra usted en mi lugar.

Era imposible demostrarme más cariño ni hacer más por mí; que un padre no hiciera tanto por su hijo.

Todo esto debía ser para mí motivo de regocijo y de nueva gratitud para con D. Manuel; y á tanta bondad debía yo corresponder en términos cariñosos: más que agradecidos, sumisos.

—Haga usted de mí lo que quiera—debí decirle,—que hace usted por mí mucho más de lo que merezco.

Pues véase lo que es la política, y qué agria y qué áspera es de puro severa, cuando le da por mostrarse severa y recta. La oferta de Zorrilla, porque sus compañeros habían aceptado la combinación, fué para mí un nuevo conflicto y motivo de un gravísimo disgusto; vamos á ver cómo y por qué.

La combinación propuesta por Zorrilla no sólo no fué aceptada por el grupo democrático, sino que fué rechazada en seco y por razones poderosas; hay que reconocerlo. Martos las explicaba con su claridad acostumbrada: aquella solución, según él, no era solución para la crisis política, que se había planteado. Era un cambio de personas: si el nuevo ministro no lo proponía el grupo democrático, sino un ministro progresista como Zorrilla, por simpático que el candidato fuese, debía considerarse como un ministro progresista más en el Gabinete. Y yo tenía el deber de rechazar el ofrecimiento de D. Manuel Zorrilla.

Eran tan claras las razones, que yo no dudé un solo momento y declíné la honra que se me dispensaba.

Pero no por la honra en sí, ni por interés bastardo de ninguna clase, ni por ambiciones mortificadas que yo no sentía, sino por verme obligado á mostrar despego, siquiera aparente, á quien me había colmado de favores, renuncié con profundo dolor.

Porque yo me ponía en el caso de Zorrilla ante mi negativa, y pensaba yo que pensaría D. Manuel:

«¡Qué pronto empieza la ingratitud! He hecho por él lo que no ha hecho nadie: le he sacado de la oscuridad; he sido para

él más un amigo que un jefe; le he buscado turno en la discusión; le hago ministro á los seis meses de figurar en la política, y todavía se muestra desdeñoso y altivo si por mi influencia le dan el ministerio.»

Yo, para los efectos personales, tengo una sensibilidad exquisita, tan exagerada que á veces es morbosa, y revolviendo todas estas ideas mientras duró la crisis, pasé momentos muy amargos.

Hubiera dado cualquier cosa por continuar en mi Escuela de Caminos entre mis discípulos y mis compañeros, sin tropezar á cada paso en este árido é ingrato campo de la política con un conflicto entre mis amistades y mis deberes.

Cumplía mis deberes siempre, pero de mala gana, sin satisfacción íntima ni contentamiento.

*
* *

¿Por qué contaré yo todas estas cosas al lector? Ni son dramáticas, ni por lo tanto interesan; ni son cómicas y al menos hacen reir.

Son pura y simplemente insustanciales.

Insustanciales para los demás; para mí no lo eran.

Y la verdad es que todos estos estados interiores de un hombre político no está de más que se conozcan, se sepan y se estudien, porque á veces tienen más trascendencia de la que parece.

En un granillo que ruede está toda la gravitación universal.

En el sentimiento de un hombre, por modesto que sea, si es sincero, acaso está la humanidad entera.

De suerte que en estos casos es inútil hablar de lo pequeño y lo grande, de lo insustancial ó de lo jugoso, de lo que entretiene ó de lo que aburre.

Hay que tomar el hecho, por diminuto que sea, y estudiarlo.

Digo esto con cierta malicia, para imponerme de buena manera al lector y que no proteste más de lo justo.

Todas estas son cosas pequeñas, si se quiere, mas ya vendrán cosas grandes, que para todo hay hueco en el espacio y en el tiempo.

Por fin la crisis se resolvió imponiéndose los demócratas.

Nos propusieron á Becerra y á mí, y los dos entramos en el Ministerio, él en el de Ultramar, yo en el de Fomento, en representación ambos del grupo democrático.

***

Zorrilla quedó, no diré enojado conmigo, pero quedó tristón, si vale la palabra.

Aunque nada me dijo en este sentido, y hasta el último instante extremó sus pruebas de afecto, algo de amargura debió quedarle en el alma; si no un desengaño, la sombra de un desengaño al menos.

Y no tenía razón: yo seguí fielmente á su lado, sin pedirle nada, sin molestarle nunca, defendiéndole siempre, ayudándole en su política hasta que, después de muchos años, que al menos á mí muchos me parecieron, cuando él, en los ardores de la lucha, tomó derroteros que yo en conciencia no pude seguir, me retiré del campo de la política y volví á mi casa, á mis trabajos y á mis aficiones: á la literatura y á la ciencia y al estudio.

Y fuí ministro, y me sorprendió grandemente el serlo, porque yo jamás había aspirado á tan alto puesto.

Me acuerdo, sí, la primera vez que bajé de mi casa en la calle del Barquillo y entré en el coche ministerial.

Es una ráfaga de recuerdo, por decirlo así.

Y recuerdo que los caballos del coche ministerial me parecieron muy feos, muy desgarbados, muy poco artísticos; para llevar caballos tales en el coche, casi no valía la pena de ser ministro.

Con ellos seguí, sin embargo, durante los dos años que estuve en Fomento, y al salir los dejé tan desgarbados y tan feos como cuando se pusieron á mis órdenes.

El arte domina en mí, y no debe extrañar el lector que el

sentimiento artístico pudiera aún más que la vanidad satisfecha, ni es maravilla que así fuese, porque vanidad no sentía ninguna.

***

Votada ya la Constitución, organizados los poderes públicos con un regente y un Gobierno responsable, y la representación en ese Gobierno de los tres partidos que habían hecho la revolución, unionistas, progresistas y demócratas, la cosa pública había llegado á adquirir cierta normalidad relativa.

El problema político había cambiado.

Antes se necesitaba una Constitución: Constitución ya la teníamos.

Ahora para esa Constitución se necesitaba un rey: había que buscarlo.

Y aun antes de que la Constitución se votase habían empezado los trabajos, según explicaba yo en otro artículo.

Pero la candidatura de D. Fernando de Portugal había fracasado, y el problema se planteaba de nuevo.

Así estuvimos año y medio ó más, y en aquel período nuestro ministerio de conciliación vaciló varías veces, y fué preciso toda la energía, toda la habilidad, toda la constancia invencible y todo el prestigio del general Prim, para que llegásemos al término, con rozamientos, con dificultades, con algunas crisis parciales, pero sin descomposición total.

Así seguí yo en el Ministerio de Fomento durante todo aquel período, hasta los primeros días del setenta y uno, en que llegó á España Don Amadeo, y en que se constituyó el Ministerio de prohombres como Ministerio de amplia conciliación y de eminencias.

De estos dos años mucho tengo que decir, porque muchos recuerdos conservo, aunque revueltos y á veces confusos.

Pero no importa; diré lo que recuerde, y si me equivoco que rectifique la Historia, dado que se digne rectificar mis enmarañadas impresiones.

***

La figura, la gran figura que en este período se destaca, es la de D. Juan Prim.

¡Qué labor la suya, qué calma, qué paciencia, qué tenacidad, qué buen sentido, qué energía, qué constancia!

Antes de conocerle pesonalmente, me lo había figurado de modo muy distinto del verdadero.

Me lo habían pintado como un hombre enérgico, pero excesivamente enérgico, arrebatado y violento. Valeroso hasta la temeridad y el delirio, pero dejándose arrebatar de sus ímpetus casi siempre; con grandes condiciones de mando, pero á lo militar.

En suma, un impulsivo con genio y con valor, pero sobre todo impulsivo: pues encontré, si no todo lo contrario, algo muy distinto de lo que yo había imaginado.

Tenía todas las cualidades que le habían concedido; pero tenía todas las cualidades que tenazmente le negaban.

Casi dos años estuve á su lado, y jamás le vi arrebatado por la cólera.

Sólo dos veces, por motivos que explicaré más adelante, le vi apretar los dientes, apretar los puños y palidecer con palidez verdosa, como si estuviera á punto de estallar. Pero no estalló: con prodigioso esfuerzo se contuvo; su voluntad fué más poderosa que sus iras, y todo aquello, que había sido un relámpago, terminó por una sonrisa fría y desdeñosa.

Más adelante explicaré los motivos de aquellos dos conatos de tempestad, y agrego que la razón estaba toda de su parte, y que cualquier hombre de carácter pacífico no hubiera podido contenerse como se contuvo el general.

En las cuestiones, y en los incidentes políticos, y en las crisis era siempre contemporizador. Nunca pretendía imponerse, ni hacía alarde de autoridad en cosas pequeñas ó relativamente pequeñas; para las cosas graves, para los conflictos serios reservaba sus energías, y entonces sus fuerzas eran incontrastables.

En lo pequeño, ¿para qué?

Recuerdo una crisis en que tuvo que ver á Ríos Rosas, y en que fué á verle á su casa solo y modesto.

Vivía el gran tribuno en un cuarto tercero de la calle de la Magdaleña, en una de dos casas iguales, que llevaban el mismo número: uno de ellos era el duplicado.

Se equivocó de casa D. Juan, y subió al cuarto tercero, en que no vivía D. Antonio; tocó la campanilla, y salió una vieja grosera y malhumorada, que se irritó sobremanera cuando le preguntó el general:—¿D. Antonio de los Ríos Rosas?

—Todo el día están con lo mismo; todo el día están colgados á la campanilla para preguntar si vive aquí ese señor de los Ríos ó de las Rosas.

—Señora, no se moleste usted—le contestó D. Juan;—sin duda me he equivocado, y vive en la casa próxima.

—Vivirá donde á mí no me importa—replicó la vieja,—y á mí no me moleste usted más y márchese usted. ¡Vaya con el hombre! Todo el día preguntando si viven aquí los Ríos ó las Rosas—y dió un descomunal portazo.

Cuando D. Juan nos refería la escena y se reía de buena gana, diciendo:—Vean ustedes á lo que ha venido á parar un presidente del Consejo de Ministros: á que una vieja malhumorada le dé con la puerta en los hocicos.

Y bajó con mucha calma, y volvió á subir al otro cuarto tercero, frío, tranquilo, á su objeto.

¿Es éste el D. Juan Prim que pintaba la leyenda?

Yo no sé si el de la leyenda, el verdadero, era exacto ó no era más que un aspecto, ó si la voluntad llegó á imperar por completo en su naturaleza.

Porque como este ejemplo pudiera citar muchísimos, y citaré algunos.

He conocido á muchos hombres políticos; he tratado algunos con intimidad; he estudiado sus caracteres y sus pasiones, porque soy aficionado á los estudios psicológicos; pero no he encontrado ningún carácter más digno de estudio ni en que la voluntad dominase en todos los momentos sobre todas las

demás pasiones y tendencias con más imperio que en Prim, sobre todo cuando había gente delante que le observase.

Yo creo que el talento y la voluntad llegaron á crear en él una segunda naturaleza: ya lo iré demostrando todo esto en otros artículos, porque, como antes decía, la figura de D. Juan Prim llena todo este período.

José Echegaray

ASOCIACIÓN MENTAL

Ya en tiempos de Aristóteles, como en los tiempos de Leibnitz, fueron objeto de detenido estudio los fenómenos intelectuales, fijándose la atención de los sabios en el resultado de una relación entre el yo y el no yo. Igualmente sucedió con los fenómenos afectivos, que tienen por carácter distintivo consistir en placeres ó dolores. Reconociéndose que toda fuerza es sustancia y toda sustancia es fuerza; que la sensibilidad es una facultad puramente subjetiva y simple; que los atributos esenciales son los que no pueden variar, como esencia que son de la cosa; que los accidentales son los que pueden sufrir variaciones, conservándose intacto lo que es esencial de la vida. Del hombre y de la mujer son propiedad usufructuaria esos atributos, y ambos poseen las facultades del alma, cuyos caracteres están bien marcados y definidos.

Por esas facultades pueden asociarse las vidas de los dos sexos, en todas las edades, entre las razas y en todo momento histórico. La sensibilidad en sus efectos es de rapidez tan sensacional, tan fugaz, que pudiese compararse con el fenómeno que produce la chispa eléctrica. A todo el cuerpo llega, y como él es vida, puede ser muerte.

De ahí que sean los caracteres afectivos, el placer y el dolor, manifestaciones que se impongan firme y resueltamente. La sustancia, siendo fuerza acumuladora de firmeza, traza rasgos definidos, en la mujer como en el hombre. Va pisando accidentes la esencialidad de la vida. Siendo forzosa la coincidencia

de sexo con sexo, y por serlo, también las acciones intelectual y afectiva. A la voluntad incumbe dar los medios demostrativos, y lo que es más trascendental, la iniciativa de elegir una ú otra dirección en el mar proceloso de la vida. Salen á la superficie con Descartes los fenómenos de género volitivo, con aparente oposición á los de la sensibilidad y á los de la inteligencia. Algo análogo á lo que pasa respecto á la existencia de hombre y mujer cuando son juzgados superficialmente.

La voluntad no puede comprenderse de otro modo que siendo acción libre. Si la tiene el hombre, incumbe que la tenga la mujer. Como se ve todos los días por actos demostrativos de evidencia notoria. Cuando se rechaza la soledad, se busca el trato social de éste; el más íntimo del alma está reservado tenerlo entre hombre y mujer. Él solicita, ella acepta. Sobre las excepciones habría mucho que hablar, y no poco que deplorarse de su historia.

¡La soledad! Ella es refugio del triste cuando asocia sus recuerdos abrumadores. Ella puede ser también efusión del alma consigo misma, para reconstituir en su fantasía escenas placenteras. Ella es dado que sirva para evoluciones del pensamiento, con las que se aleja de las impurezas de la realidad, ó se abstrae en especulaciones científicas. Y por más que quiera el género humano, tiene que ser creyente, aun en estado de desesperación. Si se tiene fe, se ha llegado al colmo de la felicidad. Que es misticismo sin beaterio.

¿Para qué negar el juicio que celebran capacidad y facultad? Esta potencia activa, aquella que representa la pasividad dispuesta á secundar mandatos. Juicio de paz para avenirse ambas partes.

No puede aplicarse esa tramitación social á la mujer al pie de la letra. Tampoco es dado al hombre adjudicarle su posesión. La mujer, siempre que, como yo, toma conocimiento de una manifestación anímica, es instantánea su impresionabilidad. A ésta presta atención por el hombre, elaborándose ó encadenándose fenómenos internos. ¡Cuántos habrá que queden descono-

cidos para todos, y no bien comprendidos por el interesado mismo! Porque no siempre se toma conocimiento exacto de la manifestación impresionada. La sensibilidad puede ser distinta, los momentos diferentes. Uno de los sexos de aptitud más viva y delicada, el otro de mayor reflexión y pausa. Cada sexo peregrina cumpliendo su misión. Como pudo verse bien esto fué en las Cruzadas á Tierra Santa. Que sin la mujer no hubiesen favorecido la civilización como la favorecieron.

Si los fenómenos internos nos preocupan, tampoco quedan descuidados los externos. Estos, en el sentido y meditando que se realizan con tal orden de amplitud, que deja espacio á la atención para compararse mejor entre fenómeno y fenómeno. Mientras que la perfección interna, estando tan de cerca intervenida por la observación, siendo hecha sosegada, aunque sin pereza, ofrece más garantías de exactitud. No importa que sea más tardía para sus naturales efectos, siempre que haya oportunidad, que es en ocasiones el todo. Pararse á tiempo, es lo mismo que pasa experimentalmente con los rayos solares; es preciso aprovechar los minutos de estudio; mirando á los signos conocidos del Zodiaco, puede seguirse el curso de los astros.

Para los dos sexos, es la distracción opuesta á la atención, son ellas directas ó indirectas, la imaginación influye decisiva sobre lo espiritual y lo corporal. Además, siendo la distracción de dos especies, negativa ó positiva, la atención, á su vez, cabe decir de ella que falta ó que es opuesta al objeto perceptible. Al mismo tiempo puede actuar con funciones propias la imaginación, reproduciéndose mentalmente las imágenes de los objetos. Su importancia es decisiva como medio de percepción y de trasmisión. Fácilmente puede irse de error en error, ya por mala percepción, ya por mala trasmisión.

¿Cuál de los dos sexos corre más peligro? No olvidemos que la educación y la instrucción, como pueden conducir á la virtud, pueden conducir al vicio; todo depende de la elección de camino en el andar de las aspiraciones. Napoleón, por ir de victoria en victoria sobre todas las naciones de Europa, pudo creerse

invencible, hasta que en los campos de Waterlóo fue vencido. Él, tan coronado de laureles recogidos por Italia y Alemania.

Nunca la mujer ha incurrido en error tan trascendental como el que tuvo el glorióso guerrero de Córcega. La distracción, influída soberbiamente, puede hacer que el *yo* se adore á sí mismo. Por lo mismo que no tiene ocasión la mujer de llegar hasta la tentación de ensoberbecerse apoteósicamente, su ceguera intelectual ha de ser menor que la del hombre. La distracción aparece (puede ser) convenientemente contenida por instinto de conservación, ó preservativo de sentido común.

Si la distracción es verdad que gira entre dos polos, balanceándose en ellos, importa penetrarse de sus propiedades, una negativa, otra positiva. En la inteligencia de que una es la indecisión, otra la precipitación. Mares cuyos escollos interesa salvar. La imaginación, por su importante independencia, por su fantasía fascinadora, suele aglomerar causas y efectos. De aquéllos es pretensión del hombre ser soberano, y éstos quieren relegarse á la mujer. ¡Como si fuese posible un deslinde de campos tal que la imaginación quedase vinculada á peso y á medida! Que si la mujer lo puede todo por la imaginación. ¡Ay del hombre muerto para ella! Así, no hubiésemos conocido á Ventura de la Vega ni á Chateaubriand, y otros muchos inspirados vates. Y la memoria imaginativa, como creadora de imágenes, desempeña papel determinado que, como puede sujetar atascar el freno miserable, puede elevar á la más alta cúspide de la sublimidad.

A vasto y deleitoso estudio convidan atención y distracción, destacando la imaginación por su facultad creadora.

Ahora bien: ¿cabe dar reglas precisas? Dudoso es el pleito; tiene que serlo el fallo.

En los órdenes ó manifestaciones de la vida, dos tienen gran importancia. Uno es religioso en el curso de la historia. Fué en el siglo IV de la Era cristiana, cuando Santa Elena, con el título glorioso de madre del emperador Constantino, se dirige desde el Bósforo á tierra de Palestina, teniendo la dicha

de encontrar lo que buscaba: *La cruz del Redentor*. Fué en el siglo XVI cuando, para gloria de España, vivió Teresa de Jesús, única doctora de la Iglesia, autora del *Castillo interior ó las Moradas*. Mujer extraordinaria como cristiana, religiosa, literata, emprendedora, perseverante. Ha sido en el siglo XIX cuando hace estado el pensamiento, que corre á cargo de la Sagrada Congregación de ritos, para decidir y fijar reglas al culto que haya de consagrarse á Catalina de Francheville y á Paula Frassinetti, ambas fundadoras. La misma Congregación hace declaraciones favorables para hombres que considera dignos de los altares. Así ambos sexos comparten por igual los honores de la santidad.

En el siglo XX las misiones católicas de China consiguen librar á mujeres y á niños de la esclavitud á que están sometidos por los hombres del celeste imperio. Así se abre vasto y fecundo campo á una atención que puede ser fecunda en éxitos; para la imaginación ser activa en imágenes; para el sentimiento influyendo favorable y suavemente sobre las costumbres; para las simpatías como propagadoras del trato social. Los ideales se multiplican, el cristianismo prevalece, el hombre se inclina á la honradez, la mujer progresa en abnegación. Su ejemplo da frutos naturales, abundantes, hermosos. La sensibilidad impresiona hacia el sacrificio por prestigios afectivos. En una palabra, la atención es fructífera en bienes. Puede serlo como esté bien educada.

Entre las manifestaciones seglares del siglo XX las hay muy convenientes por su alteza de miras. Por ellas queda demostrada la recíproca influencia de los dos sexos. Caso de haber dudas, las excluye el amor en su realidad.

El sexo femenino de la hermosa capital napolitana abusa de los aplausos á su gobernador militar. Del bello sexo nace la iniciativa para conseguir que cesen esos aplausos; de él es la influencia real para que cesen por traslado de mando de la persona ovacionada. El bello sexo es causa, medio y efecto en suceso, hasta cierto punto trascendental, que tiene encantos

de idilio, realidades pasionales, escenas por demás dramáticas. Al mismo tiempo, en Turín, un novio, en el colmo de la felicidad, al llegar á la posesión matrimonial de la mujer adorada, tan intensa es su pasión que pierde el juicio y se lanza á estrangular la mujer amada. ¡Cuánta aberración! ¡Qué influencia tan poderosa psico-física! ¡Cómo se vive entre la vida y la muerte!

¡La muerte!... ¿Lombroso, todos los casos de locura podrá explicarlos científica y satisfactoriamente? Ellos están comprendidos en la *Psicología* del amor, ciencia que entendió bien González Serrano, quien si no ha tenido tantos admiradores, atribúyase á superficialismo de las gentes.

Sencillez y certeza son pruebas de convicción expresadas con sinceridad. Si se pone atención bastante en el fenómeno sociológico, se observa su repetición y los ejemplos se multiplican. Esto sin la consideración de los que son ignorados. Los dos sexos podrán no atinar á perfeccionarse, pero inclinación no les falta á la perfección. Sólo que en la investigación, al hacerla por la verdad, puede hacerse por el error. Cuando la simpatía se convierte en pasión, queda expuesta á confusiones de la realidad, á impurezas. Por éstas el amor, que es acción natural, puede ser soberano de sexo á sexo. Sin embargo, puédese por él llegar hasta el crimen consciente ó inconsciente. En este caso, de ser así, ha sucedido porque prevaleció un desconocimiento total de situación en el ambiente social.

Es decir, las reglas existen; lo difícil es conocer su aplicación, practicarlas como actores de consuno sujeto y objeto. Cabe seguir la línea recta, pero cabe también desviarse de ella. Por eso el estudio, si con él se contraen responsabilidades, también pueden tenerse satisfacciones. Mas la soberbia expone á duros sinsabores.

A veces el estudio, requiriendo profunda atención el genio, utilizándolo, ocurre lo que pasó á Campoamor, que para el *escepticismo* reservó sus más sublimes inspiraciones poéticas. De Rousseau se apoderó el amor con vehemencia singular, lle-

gando (al menos aparentemente) al paroxismo amoroso, y en tal estado quiso filosofar serenamente. Condillac presiente, pero se extravía en laberíntica asociación de ideas, las que más que nadá hace de ellas descripción. Mantegazza, si sorprende puerilidades de amor, elevándolas á lo sublime, no juzga más que una parte del fenómeno creído de que abarcaba el todo. Binet se fija y analiza en los peligros que se corren al confundir y tomar como esencial lo que es accidental del problema psicológico, á veces secundario en la serie biológica. Charcot, filosofando sobre Psicología mórbida del amor, se extiende en observaciones atinadas, como son todas las suyas, reflexivas y de maduro examen. Magnan, en lo que es relativo á la degeneración de la especie humana, en cuanto puede ser principalmente el grito de la carne, da juiciosos consejos. Proudhon, genio de tantas ofuscaciones, en su concepto de lo que es en sí la propidad, de lo que puede ser y de lo que debe ser, se detiene ante la *selva negra* del amor. Michelet se atreve á llamar una enferma á la mujer, desde que lo es, y como tal cree que en su persistente enfermedad excede á todo cálculo y previsión racionales.

¡El amor! Su existencia es de estudio complejo cuando no es el de los padres á los hijos, por ejemplo. Si es amor de patria en toda su pureza y en toda su integridad, entonces el patriotismo limpia de toda mancha. El amor: cuando á él se entrega el asceta, es por haberse extinguido la mortificación de la carne. El amor sin forma corpórea no señala peligros por incentivos de lòs sentidos. Entonces el amor, en su elevación espiritual, recorre todos los grados de la mayor pureza humana. Es puro y lo purifica todo.

El campo de las emociones queda muy deslindado; la voluntad, diáfana. En línea de batalla amorosa figuran las virtudes en su pura concepción, dándose muchos casos, aunque no todos vistos por velarlos la modestia. En línea opuesta militan los que pudiéramos llamar genízaros de la concupiscencia á impulsos de fuerzas físico-químicas. No siempre, ni mucho

menos, la ciencia puede imponerse ni la razón avasallar los ánimos. La religión hace prodigios; los éxtasis son maravillas católicas de que es única poseedora la religión de Cristo.

A manera de destello divino que ilumina lo humano. Entonces del Creador se ve la presencia real. Dios del alma es aparición inefable; no puede decirse lo mismo del cuerpo: cada vida en misión de existencia propia. Presencia todo sin ninguna confusión. El cuerpo sólo es sustentáculo del alma.

La caridad no se concibe más que como manifestación del espíritu, señalándose diferencias esenciales del amor que mandan las potencias del alma al otro amor que manejan los sentidos del cuerpo. El amor de Abelardo y Eloísa quiere la vida en brazos del egoísmo, se va sobre lo terreno, no pueden predominar los vuelos purísimos de la imaginación. Muy al contrario se aman Julieta y Romeo, que viven y mueren identificados. El amor de éstos sí puede embellecerlo la imaginación, creadora de fantasía. Por amor á la filosofía se sacrifica Sócrates; por la gloria bélica de Grecia muere Alejandro; por desilusiones palaciegas se hace monje Francisco de Borja. Ya el Catolicismo frente á frente del Paganismo, la imagen de la *Purísima* se sobrepone á todo otro ideal. Después que hubo mártires á millares entre los primeros cristianos, lo mismo en circos romanos que fuera de ellos, bajo el imperio de los Césares.

Ha dejado dicho González Serrano: «Efecto del hervor de vida que consume y á veces agosta todas las energías, cuando el amor llega al paroxismo de la pasión, es la inagotable riqueza de sus manifestaciones, que, en vez de ser reguladas y previstas, aparecen con una originalidad propia de la idiosincrasia específica de cada cual». El organismo desempeña funciones que producen sensaciones violentas.

Las razas tienen cada una su signo característico. La asociación de los dos sexos es indudable. Lo que no está aclarado cuál es dominador, y cuál es el dominado. ¡Son tan engañosas las apariencias, y es tan perjudicial la vanidad! Cómo, á veces,

lo que no puede el león lo puede la hormiga. Así un niño, un recién nacido influye para explosiones de amor sorprendentes por lo inesperadas. Los contrastes mismos, tantas contradicciones influyen poderosamente obligando á multiplicarse la atención. Que todo agita las pasiones.

Llega un día, como ha dicho escritora tan culta como simpática, que la niña viste el traje blanco, tan blanco como blanca está su alma inmaculada. En ese día, entre niñas y jovencitos es la primera comunión. Día de la primavera de la vida, y que es el más hermoso. En contraste con él vienen sucediéndose otros días de grandes tempestades del corazón, cuando se busca lo que es más que nada un sueño. ¡La felicidad! Con frecuencia se repiten escenas trágicas, en las que el hombre, para baldón de ignominia, no sólo abusa de la fuerza bruta, sino que hace su mano criminal. Por ley de las contradicciones, el amante llega hasta matar á su amada. Acto inaudito. El matador se suicida. No aparece ni sombra de virtud con grandeza de ánimo. Ni resulta tampoco la fiereza salvaje; lo que resulta es un reptil que deja huellas ponzoñosas. Cuando se cometen asesinato y suicidio, por no querer la mujer reanudar relaciones amorosas, se da uno de los casos más horrendos que puede cometer la humanidad. ¿Cómo no, si es destruir lo que se quiere poseer? ¿Si es un atentado á mano airada, hollando los respetos hasta dejarlos profanados todos? Divinos y humanos.

Allá en el siglo xv estaba el poderoso Carlos V en el apogeo de su colosal poderío. Era el 21 de Marzo de 1527. La esposa de D. Carlos, D.ª Isabel de Portugal, tan adornada de virtudes como de belleza física. D.ª Isabel encontrábase en Valladolid, hospedada en la morada de D. Bernardo Pimentel, nombrado por este servicio marqués de Rivadavia. La emperatriz dió á luz, sufriendo antes muy fuertes dolores sin exhalar un quejido, revelándose así sufrida hasta el grado heroico. Heroísmo de cristiana, de soberana, de maternidad: de voluntad que, sometida á vigorosas leyes naturales, se ofrece rendida á Dios.

Y es que la mujer, como se dice en tono de aforismo, es más sufrida que el hombre. Por amor, ella se asocia más de corazón á todos los trances de la vida, por penosos que sean ellos. Niña ante el altar, mujer ante la sociedad, compañera en la familia, responsable de vidas y haciendas, en días de alegrías como en días tristes, entregada á la imaginación, ó dueña de su reflexión. Siempre en la vida destaca su figura, asociada unas veces á los mandatos divinos, otras á sugestiones infernales.

Todo es vida, se dirá. Pero ¡qué diferencias!

Los dos principios vitales de la actividad humana: la sensibilidad y la contracción. Aquélla bajo la dependencia del sistema nervioso, que á su vez es productor sensacional y distribuidor en toda la economía física de corrientes apropiadas. La contracción, que es período de exteriorizarse la actividad vital. Está comprobada su existencia de modo racional: para la ciencia es un hecho probado que á la intervención de la sensibilidad es debida la manifestación contractiva. Considérese en el hombre y en la mujer aquel espacio que separa las dos espaldas, sin perjuicio de otros ejemplos. Funcionando nerviosamente la existencia humana, y se ve sucederse á la sensibilidad la contracción. Que tienen una intervención cada uno de los temperamentos. ¿Quién lo duda? Los casos se presentan constantemente por millones. La dificultad está en saberlos enumerar por investigaciones clasificadoras. De ahí que se incurra en tantos errores. En la anterior explicación de la ciencia no puede dejarse de correr riesgos de concepto.

Seguramente que, por suceder así, merecen estudiarse los sucesos que entrañan estos acontecimientos fisiológicos trascendentales, sin negarse en absoluto el aspecto fisiológico. Se ofrecen al estudio dos problemas, que es obligada la intervención en ellos de los dos sexos. Ahí está la historia demostrando, con juicio imparcial juzgada, que existen corrientes de ideas justificadas por costumbres inveteradas; corrientes que están bien ó mal avenidas, pero para ellas fijados siempre los

linderos: fisiología. Y la higiene física y la higiene moral: corrientes de ideas nuevas, en un todo con demostraciones brillantes, por estudios psicológicos. *Buena nueva* que solicita pureza moral, y alejamiento de confusiones, por acceder á lo heterogéneo. Se trata de que haya armonía entre pensamientos y afectos, otras buenas esperanzas de mejorarlas, afirmar y resaltar la categoría de la mujer, consolidar la asociación de vida de los dos sexos. Que del pasado retroceda todo lo malo de él, hasta quedar de monumento en el gran período del paganismo de Roma. A la manera que la maravillosa imaginación de Goethe creó el espanto para Mefistófeles, ante la *Cruz*.

Desde que la Cruz fué consagrada signo de *redención*, los trabajos más importantes se han encaminado á conseguir la dignificación de la personalidad humana. La sociedad de los dos sexos se quiere, existiendo en un ambiente moral, hasta para ventaja del orden físico. La sociedad conyugal cristiana atestigua el aserto. El cristianismo no aprueba otros amores que los que benefician el cuerpo y favorecen el alma. Lo que llama el modernismo higiene moral, higiene física. La simpatía educada para hacer espléndida la vida. La simpatía que sea como la electricidad, que puede ser útil para mucho, aun lo más contrario, como esté bien dirigida. No obstante ser la acción eléctrica por fluidos positivo y negativo, coincide su ejecución. Así la mujer, con apariencias tan contrarias á las del hombre, con éste se identifica y él con ella. Esas apariencias de realidades irreductibles, sin embargo, se ve que ocultan fuerte atracción. Sabia Naturaleza aumenta hasta lo indecible goces y goces asociados bien los sexos; si la educación encamina la voluntad para crear ellos inspiraciones poéticas, actos prácticos, fines bienhechores, amores generosos. Entonces es la humanidad gloria de Dios.

ANSELMO FUENTES

JOSÉ DE ESPRONCEDA Y DELGADO

SU ÉPOCA, SU VIDA Y SUS OBRAS

(CONCLUSIÓN)

Estudiado Espronceda como enamorado y mujeriego, véase cómo seguía su vida política, sin olvidarse un momento de las musas.

Al tratar de sus relaciones con Teresa, alude el Sr. Rodríguez Solís á un motín ocurrido en tiempos del Ministerio Istúriz, en el que estuvo comprometido el poeta; y es que éste tomó parte en todas las algaradas de aquellos días de motines y pronunciamientos, unas veces como ciudadano particular y otras como individuo de la guardia miliciana, en la que ingresó desde que fué separado del Cuerpo de Guardias de Corps por leer en un banquete político unas décimas en que censuraba amargamente al Gobierno.

Por aquellas décimas fué desterrado además al pueblo de Cuéllar (de la provincia de Segovia), y durante este destierro, tan corto como el de Guadalajara, escribió su única novela, *Sancho Saldaña ó El Castellano de Cuéllar* (que editó por su cuenta en 1834), inspirándose para escribirla en las luchas de Sancho el Bravo con su padre Alfonso X; esto es, en un asunto histórico, en armonía con los gustos del romanticismo, que

había tomado carta de naturaleza entre los escritores españoles.

Las novelas de Walter Scott, las de D'Arlincort, los horripilantes dramas de Casimiro de la Vicgne, de tal modo habían trastornado el cerebro de muchos jóvenes literatos, que algunos de ellos se vieron á punto de ir á ser huéspedes involuntarios de un manicomio. Las escenas de *La Torre de Nesle*, de *Isabel de Baviera*, de *Margarita de Borgoña*, hacían enloquecer de entusiasmo. Las descripciones del novelista escocés eran de un encanto irresistible. Los literatos españoles de aquel tiempo lo ensayaban todo, y Espronceda, como los demás, fué también novelista, siendo su obra favorablemente acogida por la crítica.

Además de la novela *Sancho de Saldaña* y de la descripción del viaje histórico *De Gibraltar á Lisboa*, cultivó la prosa en otros trabajos, como *Un recuerdo* de Londres, y *España y Portugal*, que se conservan en las «Páginas olvidadas» (1), en un folleto atacando á *El Ministerio Mendizábal* y en diferentes artículos publicados en los periódicos *El Siglo*, *El Español*, *El Pensamiento* y la *Revista de España*.

Y con la misma valentía y acierto que abordó los campos de la novela y el periodismo, probó también fortuna en el teatro, en el que ya ocupaban puestos preeminentes Martínez de la Rosa, Larra y el duque de Rivas.

En la noche del 25 de Abril de 1834 se representó en el Teatro de la Cruz su primera producción dramática, una comedia en tres actos y en verso, escrita en colaboración con don Antonio Ros de Olano, y titulada *Ni el tío ni el sobrino*.

Fígaro la juzgó en esta forma, desde la *Revista de España:*

«Esta representación nos ha probado que no basta el talento, por grande que sea, para hacer una buena comedia; cuando la más detenida meditación no preside al plan, cuando la demasiada confianza tal vez ó la precipitación hacen correr irre-

(1) Que ya he citado.

flexivamente la pluma del poeta, es muy de temer que el ingenio, comprimido en límites harto estrechos, produzca una obra descolorida y falta de vida y movimiento. *Ni el tío ni el sobrino* es, indudablemente, una comedia que se resiente de poca meditación en el plan... Hay, sin embargo, algo bueno en el fondo de la comedia; con alguna meditación acaso se hubiera podido sacar más partido de la idea principal. El diálogo nos ha parecido florido y correcto; no carece de chistes, de viveza y naturalidad, y es buena su versificación.»

En 1838 volvió Espronceda al teatro. En la noche del 28 de Septiembre estrenó en el teatro del Príncipe un drama en cinco actos y en prosa, *Amor venga sus agravios*, escrito también en colaboración con otro amigo, D. Eugenio Moreno López, ocultando ambos sus nombres bajo el seudónimo de *D. Luis Senra y Palomares*.

El Eco del Comercio, que era el periódico más importante de aquella época, emitió el siguiente juicio de esta obra, cuya acción se desarrollaba en la sociedad española del tiempo de Felipe IV:

«*Amor venga sus agravios* ha obtenido aplausos y logrado sus momentos de favor, como los privados de Felipe IV, señalados con aplausos inequívocos; pero de nada ó de poco sirven las bellezas de detalle en las obras dramáticas cuando no se ha podido vencer la gran dificultad, que consiste en formar un todo proporcionado, verosímil, interesante y que no choque abiertamente con las costumbres de la escena para donde se escribe.»

Animado con los pequeños éxitos de sus primeros ensayos, y atribuyendo quizás á sus colaboradores las deficiencias de las obras estrenadas, escribió sin ayuda de nadie una tragedia, en cinco actos y en verso, titulada *Blanca de Borbón*, que no llegó á representarse. Sirvió de asunto á la obra la esposa de Don Pedro I de Castilla y las luchas de éste con su hermano D. Enrique, y fué dada á conocer, después de muchos años de muerto el autor, por su amigo Escosura, que hizo un detenido ex-

tracto de ella en el apéndice al discurso leído en la Academia Española el día de la sesión pública inaugural de 1870.

El Sr. Escosura consideraba que Espronceda era «demasiado lírico y pindárico para que su gran talento se ciñera á las exigencias del teatro»... y halla que «los dos primeros actos son tan clásicos como románticos los tres últimos».

*
* *

Volviendo á la vida política del autor, conviene observar que, tan pronto como terminó su destierro en Cuéllar y puso los pies en la corte, fundó, en unión de los señores D. Antonio Ros de Olano, D. Ventura de la Vega y D. B. Núñez Arenas, el periódico titulado *El Siglo*, del que fueron inspiradores Quintana, Lista y el duque de Rivas.

El primer número apareció el 21 de Enero de 1834, coincidiendo con la subida al poder de Martínez de la Rosa, al que le hicieron sus redactores abierta oposición; oposición que costó á Espronceda algunos días de cárcel.

La víspera de la apertura de las Cortes fueron detenidos Villalta y Espronceda en la forma que describe éste en la siguiente carta, publicada el 9 de Agosto en la *Revista de España*:

«*Cárcel de Corte, 7 de Agosto de 1834.*

»Señores redactores de la *Revista*: El 25 del mes pasado, á las seis de la mañana, dos comisionados de policía se presentaron, uno en casa del Sr. Villalta y otro en la mía, y después de haber ocupado nuestros papeles nos condujeron incomunicados.

»Al cabo de ocho días, y cuando esperábamos saber la causa de nuestra prisión, sin tomarnos declaración alguna y estando aún á disposición de la policía, se nos puso en comunicación á las cuatro y media de la tarde, caso nunca sucedido con ningún preso. En vano preguntamos quién era el juez de nuestra causa, puesto que ninguna se había formado contra

nosotros; y sólo al día siguiente se nos comunicó otra Real orden y nos devolvieron nuestros papeles, dándonos ocho días de término, en la cárcel, para arreglar nuestros asuntos y disponernos á marchar, el Sr. Villalta para Zaragoza y yo para Badajoz, con prohibición expresa de volver á Madrid y sitios reales.

»Tal ha sido la sentencia que ha recaído sobre nosotros sin ser juzgados ni habernos dicho aún el motivo de este atropello. Sírvanse ustedes insertar en su apreciable periódico esta carta, para que el público juzgue de un hecho que no hay necesidad de comentar.

»De ustedes s. s., q. s. m. b.,

JOSÉ DE ESPRONCEDA.»

Con fecha del día 12 de aquel mes volvió á publicar la *Revista* otra carta de Espronceda. Esta iba dirigida á Cristina, pidiéndole, con empeño, que se le juzgase con arreglo á la ley, y que, una vez reconocida su inocencia, se le autorizase para reclamar contra los que tantos y tan graves perjuicios le habían ocasionado.

Aquella carta dió por resultado su inmediata libertad y la suspensión de la orden de destierro.

Martínez de la Rosa empezó su gobierno oponiéndose á los arrestos de los diputados liberales, y disgustó á éstos, que reprodujeron los pasados motines. Para mayor desdicha del Gobierno, el 17 de Julio se desarrolló repentinamente el cólera en Madrid; los descontentos hicieron correr la voz de que los frailes habían envenenado las aguas de las fuentes públicas, y el populacho asaltó los conventos, ensañándose en los religiosos.

El conde de Toreno sucedió á Martínez de la Rosa en la presidencia del Consejo de Ministros, y cuando la Milicia Nacional se sublevó contra él el 15 de Agosto de 1835, apareció Espronceda al frente de su compañía, que era la octava del tercer batallón, y que, como las demás, fué vencida por las tropas del general Quesada. Pero el poeta no escarmentó, y con

el mismo ó peor resultado volvió á sublevarse contra el Ministerio Istúriz, que, en oposición con las Cortes, las había cerrado el 22 de Mayo de 1836.

Este acto disgustó á toda España; Málaga fué la primera en levantarse, siguiéndole primero las demás capitales andaluzas, después Aragón, Cataluña y Valencia, y por último Madrid.

El 3 de Agosto suena en Madrid el toque de generala llamando á las armas á la Milicia, y Espronceda, con otros muchos milicianos, se lanza á la calle dando gritos á la libertad, hasta que, al ver que no secundaban el movimiento los Cuerpos de la guarnición que estaban comprometidos, se retira el revoltoso vate y se esconde hasta esperar el resultado de los acontecimientos.

La insurrección llega á La Granja, donde se hallaba la reina gobernadora; y el sargento García tiene el atrevimiento de hablarla y la suerte de convencerla de que para terminar aquella crisis no había otro remedio que jurar la Constitución de Cádiz en toda su pureza y destituir al Gobierno.

En el mes de Febrero de 1836 publicó Espronceda un folleto contra el Ministerio Mendizábal (anterior al de Istúriz), y en el mes de Octubre de 1836 realizó una excursión de propaganda revolucionaria por las provincias andaluzas, empezando por Granada, donde conferenció con los jefes de una conspiración. De allí pasó á Málaga, donde estaban sus amigos Méndez Vigo, Ros de Olano, Isac, Núñez Arenas, Zaragoza y Sorní. Luego fué á Cádiz, y de Cádiz á Sevilla, desde donde regresó á Granada, á la que volvió en el mes de Julio de 1839.

Este, su último viaje á Granada, no fué político, sino literario, para cumplir la promesa que había hecho á D. Julián Romea de visitarle en aquella ciudad; y le acompañó su amigo D. Miguel de los Santos Alvarez. La *Asociación Literaria* granadina dispuso en honor de ambos poetas una solemne velada, en la que leyó Espronceda su *Estudiante de Salamanca*, y Santos Alvarez una poesía titulada *¡Pobres niños!* Los dos fueron

proclamados socios honorarios, y sus composiciones se publicaron en el periódico *La Alhambra*, órgano de *La Asociación.*

De regreso en Madrid, asistió Espronceda, el 2 de Mayo, á la solemne ceremonia de la traslación de los restos de los héroes del 808 al sarcófago construído en el Paseo del Prado, y con este motivo improvisó y publicó en *El Labriego* su célebre poesía, sobre los sucesos de aquel día tan infausto, que tuvo un éxito completo. Lo patriótico del pensamiento, la energía de la frase, la grandeza de la idea, el encanto de la rima, todo, en fin, sedujo al pueblo y á la Milicia y despertó la admiración general hacia el autor, que el 7 de aquel mes redactó la felicitación que los milicianos de la corte dirigieron al ejército liberal por las recientes victorias obtenidas contra las facciones de Cabrera.

El 11 de Junio salió para Cataluña D.ª María Cristina con sus dos hijas, á fin de tomar los baños de Caldetas. Espartero salió á recibirla en Lérida y la aconsejó que desistiese de publicar la nueva ley de Ayuntamientos, tenida por reaccionaria. La regente no hizo caso y la sancionó el 14 de Julio, pero el 18 estalló una sublevación en Barcelona. Espartero dimitió en el acto todos sus cargos y honores. El 1 de Septiembre hubo otro pronunciamiento en Madrid, donde se constituyeron un Ayuntamiento independiente y una Junta revolucionaria. La reina ordenó á Espartero que viniese á sofocarla, y el general se negó.

Espronceda, que estaba en los baños de Archena, abandona su curación y corre á ocupar su puesto en la Milicia madrileña.

El movimiento revolucionario triunfa en toda España, y entonces Cristina (el 15 de Septiembre de 1840) encarga del poder á Espartero, quien recibe una estruendosa ovación á su entrada en la capital. El 7 de Octubre sale aquél para Valencia á presentar á Cristina los ministros que ha elegido.

La reina gobernadora, ya casada con Muñoz, comprendiendo lo peligroso de su vuelta á Madrid, abdica la regencia y se

embarca para Francia el 17 del mismo mes de Octubre, en tanto que Espartero, con su Gobierno convertido en Ministerio-regencia, regresa á la corte el día 28, acompañado de las princesas D.ª Luisa Fernanda y D.ª Isabel.

La regencia de Espartero se vió combatida por el nuncio de Madrid, que fué expulsado, y por el Papa, que en el Consistorio leyó una alocución contra ella.

En Septiembre de 1840 es denunciado el número 90 del periódico *El Huracán* por decir en un artículo que la reina gobernadora había salido á pasear en un coche cuyos caballos guiaba uno de sus criados, refiriéndose á Muñoz, que ya era su esposo.

Espronceda fué el encargado de defenderlo ante el Jurado, y consiguió que fuese absuelto. Este triunfo le proporcionó un ruidoso éxito. Según Ferrer del Río, que escuchó los discursos de Espronceda, cada frase suya fué una saeta y cada idea un golpe mortal para la monarquía.

El 19 de Marzo de 1841 se abren las nuevas Cortes y empiezan las discusiones sobre si la regencia había de ser una ó trina. Puesto á votación este asunto, decidieron 153 votos contra 136 que la regencia fuese una, obteniendo Espartero 170 votos contra 103 para encargarse de desempeñarla.

El anciano D. Agustín Argüelles fué nombrado tutor de la reina y de su hermana.

Reconocido Espartero como regente único, nombró un Ministerio que disgustó á sus enemigos; y, mientras las Cortes se entregaban á la obra reformadora, se difundieron contra él las calumnias más inverosímiles.

Montes de Oca en Vitoria, O'Donnell en Pamplona y Borso di Carminati en Zaragoza, se sublevaron al grito de ¡abajo Espartero!, ¡viva Cristina!, y el general D. Manuel de la Concha, al frente de algunas compañías del regimiento de la Princesa, intentó asaltar el palacio de Oriente para apoderarse de las augustas huérfanas.

Entretanto, Espronceda, con quien había simpatizado el

ilustre vencedor de Luchana, fué nombrado secretario de la legación de España en La Haya, y á fines de 1841 salió para Holanda el que ya era reconocido como un notabilísimo y popular poeta, desde que en 1840 publicó sus *Poesías varias* y empezó á escribir *El Diablo Mundo*, colocándose á la cabeza de los mejores líricos de su tiempo.

***

Ni la novela *Sancho Saldaña*, ni las composiciones dramáticas *Ni el tío ni el sobrino* y *Amor venga sus agravios*, ni sus artículos periodísticos le habían conquistado la deseada popularidad.

El 5 de Mayo de 1840 anunciaron los periódicos que se habían puesto á la venta en las librerías de Escamillas y Cuesta la colección de sus *Poesías varias*, y á los pocos días de ser leídas, y comentadas en todas las tertulias, emitió el insigne maestro Lista este juicio acerca de ellas:

«Mucho tiempo hace que no se presentan al público en las colecciones de poesías ideas más osadas, elocución más esmerada, armonía más robusta ni intenciones más poéticas. A pesar de las muchas razones que personalmente nos asisten para no dar elogios á estas poesías... ha sido preciso ceder á la impresión que nos causa su lectura; impresión que no dudamos será la misma en todos los lectores instruídos, aun en aquellos que no juzguen dignos del pincel poético algunos de los argumentos. Al dar cuenta, pues, de esta publicación, extraordinaria bajo todos conceptos, debemos limitarnos á justificar con citas la sensación que nos causa ver sometidos los pensamientos, por más atrevidos que sean, al yugo de la lengua y de la versificación castellana, cosa sumamente rara en el día. La primer obra es la colección de fragmentos del poema épico el *Pelayo*, que el autor se propone concluir y dar á luz. Estos fragmentos desmienten de la manera más solemne á los que creen ó afectan creer que la epopeya es un género incapaz de interesar la sociedad actual... Cuando se hacen, repeti-

mos, versos como éstos, no se debe desesperar de imprimir interés á una acción grande y que se presta admirablemente á todos los adornos de la novela y de la epopeya. Siguen dos composiciones amatorias, de las cuales la primera nos parece muy superior á la segunda, que es de carácter satírico, y que, por tanto, requiere un genio de diferente clase que el de Espronceda. El romance *A la noche,* por el contrario, es uno de los más bellos que hay en nuestra lengua. La energía y fluidez en la versificación, y el sabor melancólico de la frase y hasta el asonante, le colocan, en nuestro entender, entre las obras perfectas. Siguen algunas canciones, cuyos títulos son: *El pescador*, *La cautiva*, *El pirata*, que tienen toda la libertad y energía que anuncia su título. *El cosaco* y *El mendigo* son singulares por el giro y los pensamientos, aunque bastante incorrectos. En estas composiciones hay algunas sobre los asuntos de las de Osian y en el mismo estilo, y un himno *Al sol*, lleno de fuego y poesía.

»Las composiciones intituladas *El reo de muerte* y *El verdugo* nos parecen muy débiles en la elocución y en los pensamientos... Pero de nuevo se ciñe el genio sus alas, y vuela atrevido y triunfante cuando se restituye á su verdadero país, cuando se siente animado por el valor y el patriotismo. Las composiciones de esta clase que comprende la presente colección pueden ponerse al lado de las mejores que hay en castellano. No ceden en mérito las que el autor ha consagrado á lamentar la pérdida de las ilusiones juveniles, señaladamente la de *La orgía*, en que está muy bien retratada la degradación moral del hombre que ha trocado la nobleza del sentimiento por la inmundicia de la crápula y del sensualismo.

»Concluye el libro con un cuento en que hay dos retratos inimitables: el de Elvira y el de Montemar... No hemos visto después de la *Eva* de Milton una descripción más bien hecha del primer amor en un corazón inocente.»

En los primeros días del mes de Octubre de aquel año 1840 empezó á publicar Espronceda su poema *El Diablo Mundo*,

editado por Boix, en cuadernos ó entregas. «El poeta—dice Cortón—escribía al compás que éstas se iban imprimiendo y vendiendo; y aunque estaba seguro de sí mismo, no lo estaba tanto del editor ni del público, como decía al fin de un canto ó cuaderno, prometiendo otro:

«El cual sin falta seguirá, se entiende,
Si éste te gusta y la edición se vende.»

»Miradas las cosas así, no hay crítica que valga contra Espronceda: tenemos que ponerle sobre las nubes; es fuerza declararle sobrehumano prodigio. Daba por entregas un tesoro de poesía. Era fuente perenne de inspiración, que sólo pudo secar la muerte. El editor no se cansó, la edición fué vendiéndose, y el público gustó de los cuadernos ó cantos; de modo que se publicaron hasta seis, más la introducción, que suman siete.»

El amigo del autor, Sr. Ros de Olano, decía en el prólogo que puso á la primera edición de este poema:

«El joven D. José de Espronceda se levanta con la osadía del genio para escalar adonde nadie se ha atrevido á mirar de hito en hito sin confundirse. Aspira nuestro poeta á compendiar la humanidad en su *Diablo Mundo*, y lo primero que al empezarlo ha hecho ha sido romper todos los preceptos establecidos, excepto el de la unidad lógica. En la introducción de su libro se ven recorridos todos los tonos de la poesía, los del sentimiento y los de la metrificación, con un desempeño que asombra. Espronceda, en poesía, con tal superioridad maneja el habla castellana, que ha revolucionado la versificación. Antes, la *armonía imitativa* estaba reducida á asimilar en uno ó dos versos el galopar monótono de un caballo de guerra, por ejemplo, y hoy nuestro aventajado poeta expresa con los tonos en todo su poema no sólo lo que sus palabras retratan, sino hasta la fisonomía moral que caracteriza las imágenes, las situaciones y los objetos de que se ocupa. Esta es la *armonía del sentimiento*, llevada á la perfección por el sentimiento íntimo y delicado del que escribe.

»A nuestro juicio, es el plan mayor que hasta hoy se ha concebido para un poema. Su héroe ha rejuvenecido ya como el doctor Fausto, pero su mocedad no es el préstamo de un tiempo mezquino por la hipoteca y la enajenación del alma; el protagonista de *El Diablo Mundo*, sin nombre hasta ahora, ha aceptado la juventud y la inmortalidad sin condiciones.»

Otro escritor de la época decía hablando de este poema: «*Adán*, el héroe del poema, debe pasar con un cuerpo de hombre y alma de niño por las situaciones más originales entre las diversas jerarquías de los seres vivientes: preso al amanecer rejuvenecido; cuidado con esmero por una mujer del pueblo bajo; instruído por el padre de ella con máximas propias de un presidio; arrastrado sin saberlo á un robo, y embelesado en contemplar la hermosura de una dama reclinada en su lecho, mientras que sus camaradas saquean el palacio; fugitivo y oculto en una casa donde se compran placeres, y cuya dueña llora la muerte de una hija, *Adán*, repetimos, es un personaje de sumo interés.»

El Labriego decía en su número del 7 de Octubre: «La política en España no guarda armonía con las artes, ni con la literatura, ni con el comercio, ni con las costumbres, ni con nada que no sean las intrigas de partido.

»Sólo así podría haber pasado sin gran aplauso el poema de más importancia publicado en nuestros días en castellano, que es, á no dudarlo, *El Diablo Mundo*, del Sr. Espronceda. En este compendio, que diríamos, del *mundo*, dejando aparte lo que de diablo tiene, ha comenzado el autor un íntimo análisis de la existencia moral, con toda la profundidad, con toda la brillantez y con toda la gala que le son propias.»

Pero aunque la política estaba tan decadente como indica el redactor de *El Labriego*, Espronceda (que ya empezaba á recobrar su propia personalidad, y que sus sentimientos, sus ideas, sus gustos y su temperamento empezaban á mostrarse en toda su natural pureza, con independencia de las influencias del medio que hasta entonces le había esclavizado, en apa-

riencias por lo menos), era por entonces un perfecto burgués, como ahora decimos, y un disciplinado político.

A fines de 1841 había salido para Holanda, y á principios de 1842 regresó á España como electo diputado suplente de Almería, por donde lo había encasillado el Gobierno.

Las Cortes se habían abierto el 26 de Diciembre, apareciendo en ellas tres facciones: la de los ministeriales, la de los trinitarios, dirigidos por López y Caballero, y la de los disidentes, que seguían á Olózaga y á Cortina.

Espronceda, que juró el cargo el 1 de Marzo de 1842, ingresando en la sección segunda, se manifestó desde luego como un progresista moderado, y, el poeta soñador y amante de las contiendas del espíritu, intervino con preferencia en las discusiones de los asuntos financieros; formó parte de las comisiones encargadas de estudiar: la *supresión de toda clase de fundaciones, memorias y obras pias;* el *aumento de jueces de imprenta en las capitales de provincia* y *el arreglo de la Deuda interior*, desempeñando en ésta las funciones de secretario; y aparte de los discursos que pronunció al discutirse estas cuestiones, tomó participación en los debates sobre la *movilización de la Milicia nacional*; sobre *la admisión de los documentos justificativos de anticipaciones y suministros en pago de contribuciones*; sobre *el cumplimiento de la ley de aranceles relativa á los algodones*; sobre los *presupuestos* y sobre el *reemplazo del ejército*, hasta la sesión del 17 de Mayo, que fué la última á que asistió. En la del día 20 excusó su asistencia por hallarse enfermo, y en la del 23, el secretario de la Cámara, Sr. Domenech, leyó la siguiente comunicación: «Excmo. Sr.: A las nueve de la mañana, y al rigor de una aguda enfermedad, hemos tenido el dolor de perder al dignísimo diputado por la provincia de Almería, D. José de Espronceda. Lo que nos apresuramos á comunicar á V. E. para su conocimiento. Madrid, 23 de Mayo de 1842. —*Juan Antonio Delgado.—Eugenio Moreno López.—Conde de las Navas.*—Excelentísimo señor presidente del Congreso de los señores diputados.»

Terminada esta lectura, pronunciaron sentidos discursos necrológicos el presidente, Sr. Acuña, y los Sres. Luján y González Brabo, estimulando á sus compañeros para que asistieran á los funerales.

*
* *

¿Cómo ocurrió la catástrofe? Espronceda sufría desde hacía tiempo grandes dolores de estómago y también padecía de la garganta, no obstante lo cual tomó parte en la discusión del 16, y se disponía á hacerlo en la del 18. Este día marchó de madrugada al real sitio de Aranjuez, donde se hallaba pasando la primavera su prometida D.ª Bernarda Beruete, y de donde regresó en pocas horas para no faltar á su puesto en el Congreso. A las molestias de este viaje, que exacerbaría la enfermedad de su garganta, atribuyen unos la causa de su muerte, y otros á un enfriamiento que experimentó al salir de una recepción del general Espartero, enfriamiento que degeneró en garrotillo.

Durante la breve enfermedad no se separaron de su lado su hija Blanca, su señor tío, el obispo de Córdoba y electo patriarca de las Indias D. Juan Bonel y Orbo, y los señores conde de las Navas, Julián Romea, Enrique Gil, Moreno López, Delgado, García Villalta, Ros de Olano, Rosell, Tirado y Bretón.

Muerto el insigne poeta, quedó la tierna niña bajo el amparo del conde de las Navas, que la colocó en el colegio de Tepa.

Como respecto á la fecha de la muerte de Espronceda han existido las mismas dudas (aunque menos explicables en escritores como el P. Blanco y otros) que respecto á la de su nacimiento, no estará de más transcribir aquí la certificación correspondiente, que dice:

«Yo el Doctor Don Carlos Rivadeneira, Presbítero, Cura Ecónomo de la Parroquia de San Sebastián de Madrid, Certifico: Que en el libro cuarenta y cuatro de Difuntos, folio ciento veinte y seis vuelto, se halla la siguiente partida:=D. José

de Espronceda.=Como Teniente mayor de Cura de la Parroquia de San Sebastián de esta M. H. Villa de Madrid, Provincia de su mismo nombre, mandé dar sepultura en el día de la fecha al cadáver de D. José de Espronceda, natural de Almendralejo, Provincia de Badajoz, de treinta y cuatro años de edad, de estado soltero, Secretario de la Legación de Holanda y Diputado á Cortes por la provincia de Almería, hijo del brigadier D. Juan de Espronceda y de D.ª María del Carmen Delgado, su mujer: falleció en 23 de Mayo de mil ochocientos cuarenta y dos, de una inflamación en la laringe, según certificación del facultativo; hizo testamento, y fueron testigos Ramón Núñez y Antonio Miranda, dependientes de esta Parroquia. Y para que conste lo firmo á veinticuatro del mes y año referidos.=*Antonio Pérez Arcas.*=Concuerda con su original á que me remito.=Y para que conste lo firmo y sello en San Sebastián de Madrid á trece de Octubre de 1905.=*Doctor Carlos de Rivadeneira.*»

El entierro se verificó, en efecto, el 24 de Mayo, con toda solemnidad y gran concurrencia; dando cuenta de él todos los periódicos madrileños, entre ellos *El Corresponsal*, del que reproduzco los siguientes fragmentos:

«Vamos á cumplir un deber tan sagrado como triste... Eran las cuatro y media de la tarde, y un inmenso concurso llenaba el templo de San Sebastián, donde se hallaba depositado el cadáver de Espronceda, agolpándose en la Plaza del Angel y calles contiguas. Veíanse entre aquellos miles de personas cuanto encierra de notable y distinguido Madrid. El Congreso de los Diputados iba casi en cuerpo; de las notabilidades literarias faltaría alguna; y finalmente, al lado de nuestros más ilustres artistas mirábanse jóvenes de la grandeza, oficiales del ejército y de la milicia, comisiones del Ateneo y del Liceo, senadores, generales, individuos del Cuerpo diplomático, todos reunidos al pueblo, que no era el último en llorar la muerte de uno de sus más nobles y generosos hijos. Mr. Viadort, esposo de la señora Paulina García, representa-

ba la literatura francesa en el cortejo fúnebre de un poeta cuya gloria es europea ciertamente.

»El féretro fué colocado en un carro vestido de negro, conducido por cuatro caballos cubiertos de paños del mismo color. Sobre él veíanse esparcidas multitud de flores arrojadas de los balcones de la carrera, especialmente desde la balaustrada del teatro del Príncipe.

»Algunos pobres de San Bernardino precedían al acompañamiento. Los senadores y diputados por Almería marchaban al lado del carro fúnebre, y los señores patriarca de las Indias, Delgado y parientes del difunto, juntamente con el señor presidente del Congreso y los señores conde de las Navas y Moreno, componían el duelo. Una música de la Milicia nacional lo cerraba, y multitud de coches caminaban detrás.

»En extensas y silenciosas filas pasó la comitiva fúnebre por la calle de las Huertas, del Príncipe, Carrera de San Jerónimo, Plazuela de Cervantes, por frente del Jardín Botánico, hasta tocar á la puerta de Atocha. Llegados todos al cementerio de la Sacramental de San Nicolás, entró el féretro en el reducido templo, donde se apiñaba un inmenso concurso, rezándose el Oficio de difuntos. Desde allí, y antes de ir á ocupar el nicho en que yace, los señores que conducían el féretro lo pasaron al modesto albergue donde se guardan las cenizas de nuestro inmortal Calderón. En aquel augusto y santo recinto, y á presencia de una docena de entrañables amigos del nuevo genio español, fué abierta la caja, y el Sr. Marraci, cogiendo una de las coronas de laurel que adornaban la urna donde se encierran los restos del autor de *La vida es sueño*, manifestó, á nombre de las tres personas que tuvieron el noble y patriótico pensamiento de trasladar las cenizas del gran poeta á aquel sagrado lugar, que ofrecía hoy aquella corona á D. José de Espronceda, en tanto que la posteridad concedía otra á su eterna memoria. El cadáver vestía un frac negro, y nosotros, que teníamos el triste deber de hallarnos en aquel recinto, queríamos devorar con nuestros llorosos ojos aquel

semblante tan triste, tan pálido como cuando vivía; aquel semblante que tanto expresaba, que una vez visto es imposible olvidar. Antes de cerrarse la losa fatal que guarda los fríos restos de Espronceda, la inmensa concurrencia oyó resonar el acento de otro poeta, que se complacía en llamarle su protector cariñoso, su inolvidable amigo. El Sr. D. Enrique Gil, con lágrimas que ahogaban su voz, y con una conmoción que le produjo una afección nerviosa, leyó unos sentidos versos, oídos con una emoción silenciosa y aplaudidos vivamente por el concurso.

. . . . . .

»Seguidamente el elocuente diputado Sr. D. Joaquín María López alzó su voz entrecortada por los sollozos...

»En vano fuera querer pintar la dolorosa sensación que estas palabras, arrancadas al corazón, produjeron. Habló luego el señor conde de las Navas, y en breves palabras lamentó el funesto acontecimiento que reunía en aquel sitio tantas tristezas. El Sr. González Brabo, invocando la sombra del poeta y del amigo, le saludó con el título de jefe de la juventud española.

»El Sr. Príncipe pronunció un soneto á la memoria del poeta, é igualmente lo hizo nuestro joven amigo D. Gregorio Romero Larrañaga.

. . . . . .

»El Sr. Romea tuvo el fatal honor de leer los últimos versos del ilustre poeta: un fragmento precioso de *El Diablo Mundo*, vestido de ese colorido triste y melancólico que se traslucía en todas las poesías de Espronceda, verdadero canto de cisne que era imposible oir sin llanto.

. . . . . .

»En medio de la aflicción de todos, era un triste, sí, pero consuelo al menos, el ver cómo la corte, siendo en esto verdadero intérprete del sentimiento de la nación toda, ha tributado el más espontáneo homenaje de nuestros días á la memoria del más inspirado de los poetas españoles, el más querido de

esos jóvenes esperanza de nuestro país. La pompa de estas exequias—como dice hoy muy bien *El Correo*—ha consistido en la inmensidad del concurso. ¡Magnífica y preciosa pompa en la tumba del genio! Y, en efecto, las lágrimas empañaban ayer los ojos de los que no podían dominarlas; el dolor más amargo y profundo veíase impreso en todos los semblantes.

»Ya de noche, una gran parte de la comitiva, silenciosa y triste, volvió á pisar las calles de la corte, como hace hoy justamente un año volvíamos todos de dejar en la mansión del descanso los últimos restos del gran Calderón. ¡Séales á ambos genios la tierra ligera!»

El 24 de Mayo de 1902 fueron trasladados los de Espronceda al panteón de hombres ilustres del Cementerio de San Justo.

*
* *

Muerto y enterrado el gran poeta, su fama no murió con él, sino que creció y sigue creciendo más y más, y sus obras han sido después, fría y escrupulosamente, examinadas por la crítica.

Si como revolucionario distó Espronceda mucho de ser un Mazzini, un Desmoulins ó un Kossuth, y como político empequeñeció su gran figura intelectual con su gubernamentalismo y sus discursos parlamentarios, como escritor, y sobre todo como poeta lírico, fué un verdadero coloso.

Mr. Charles de Mazade, en su *España Moderna*, le considera «con una gran inspiración, incierta, confusa, enérgica, influída por Goethe y Byron y la nueva escuela francesa. Su forma poética es la de los grandes maestros españoles, y la profundidad de sus pensamientos, hijos de aquellos genios extranjeros. Considera su mejor obra *El Diablo Mundo,* y lamenta su temprana muerte en lo más vigoroso de su genio, que impidió gozar por completo poema tan hermoso».

D. Juan Valera ha dicho de Espronceda: ·

«Este poeta es como síntesis y personificación del período en que vivía. Resume en sí todas las excelencias y no pocos de

los defectos de sus compañeros y coetáneos... Podemos asegurar que los tres poetas más grandes de nuestro siglo han sido Goethe, Byron y Leopardi... En Espronceda había el sér, los atributos y las condiciones mentales y de corazón bastante para hacer de él uno de no menor importancia y valer que los otros tres citados.

.....

»Espronceda, menos fecundo que Zorrilla y que el duque de Rivas, era más apasionado. Sus versos, cuando son de amores, ó cuando la ambición ó el orgullo le conmueven, están escritos con sangre del corazón. Espronceda, con pensamientos de ángel y mezquindades de hombre, hubiera sido más que Byron, á nacer como y donde Byron nació. Su Elvira de *El Estudiante de Salamanca* es una creación admirable. ¿Quién no ha soñado con Elvira en sus sueños de amor? Espronceda, verdadera encarnación del romanticismo, nos dejó un poema no acabado: *El Diablo Mundo,* en el cual, por más alta manera que Goethe, pensaba encerrar y explicar todo lo creado é increado, legando á la posteridad un monumento más grande que la *Iliada* y que la *Divina Comedia.*»

*
* *

Mas, si como escritor ha sido bien juzgado Espronceda, como hombre ha seguido siendo desconocido hasta nuestros días, en que algunos escritores, entre los que se encuentra su último biógrafo, Antonio Cortón, han analizado seriamente la psicología y la conducta de Espronceda.

Si éste hubiera nacido más tarde, habría sido socialista ó anarquista, y á estas horas sería un incondicional diputado del grupo que dirige el Sr. Maura, cultivaría el modernismo y estrenaría en Apolo ó en el Español obras festivas ó trascendentales, hasta que un acta de diputado y una novia de distinguida familia, con la que se pensara casar, le convirtiesen en el hombre más sensato y normal de este mundo.

Pero nació en la época en que estaban de moda los pronun-

ciamientos, las emigraciones de los hombres de valer, las persecuciones políticas, en que vestía mucho ser miliciano nacional y en que los chicos ilustrados habían de ser escépticos, cuando no librepensadores y progresistas y románticos; y Espronceda siguió los gustos de aquella sociedad, demostrando, por lo mènos en las apariencias, que era todo lo que convenía ser para lucir y figurar.

Pero se contradecía constantemente hasta en sus mismas producciones.

El supuesto librepensador, que *sólo creía en la paz de los sepulcros*, cuando describe en su *Diablo Mundo* la figura de un sacerdote indigno y repugnante, atenúa en el acto su delito, casi retractándose, en una nota que pone á todos los versos, haciendo constar que «los más de nuestros sacerdotes son modelos y dechados de todas las virtudes».

Y en el mismo poema pone en ridículo la modernísima *religión natural* de los deístas ingleses (á quienes aparentaba admirar), haciendo esta sátira de un pobre comerciante:

«Leyendo está *Las Ruinas de Palmira*,
detrás del mostrador, á aquellas horas
que cuenta libres, y á educarse aspira
en la buena moral;
y á la patria ser útil en su oficio,
habiendo ya elegido, en su buen juicio,
en cuanto á religión, la natural.»

Y lo mismo que de los racionalistas, se burla de los milicianos, de los que fué (cuando era de buen tono pertenecer á este Cuerpo) primero compañero y últimamente oficial.

Véase la prueba:

«¡Oh gloria, oh gloria! ¡Lisonjero engaño
que á tanta gente honrada precipitas!
Tú al mercader pacífico en extraño
guerrero truecas, y á lidiar le excitas;

su rostro vuelves bigotudo, huraño,
con entusiasmo militar lo agitas,
y haces que sea su mirada horrenda
susto de su familia y de su tienda.»

El Sr. Rodríguez Solís no quiere sufrir la decepción de que Espronceda no hubiera sido lo que aparecía ser, y halla disculpa para todas las contradicciones que se notan en la vida del poeta.

Al tratar de su nombramiento de secretario de la Legación de Holanda, dice: «Á pesar de la fiebre revolucionaria que abrasaba á Espronceda, y de que el interés personal era tan ajeno á sus actos como la prudencia misma, pues hablando como escribiendo, en poesía como en política, sólo obedecía á su inspiración; los ruegos de sus amigos, quizás los de su familia... le hicieron aceptar el puesto.»

«Respecto á su escepticismo (dice el mismo Sr. Rodríguez Solís), forzoso es declarar que éste fué producido por sus desventuras privadas y sus dolores públicos...

»Si halló la sociedad vacilante, escéptica y sin creencias, ¿con qué derecho podremos exigirle que él sea creyente? Espronceda es el primer hijo de su siglo, con todos sus defectos, sí, pero con todas sus grandezas.

.....

»En Espronceda vemos nosotros algo de Prometeo atado á la roca. ¿Cómo extrañar, por tanto, que el Titán, sentenciado por su nuevo dios de la mitología social que se llama *desengaño*, y mortificado por el buitre de la *duda*, lance gritos de dolor entremezclados con alguna blasfemia?»

El Sr. Cortón hace con buen acierto el siguiente retrato de Espronceda:

«Espronceda guardia de Corps; Espronceda simpatizando con ministros poetas; Espronceda doliéndose de que lo metan en la cárcel; Espronceda satirizando á la honrada Milicia, y bendiciendo á la fortuna que lo hizo diputado, resultó mil ve-

ces más sincero que el Espronceda impresionable de la primera juventud. El falso era el otro, el que parecía un romano de los primeros días del Monte Aventino... El romanticismo, poniendo en su rostro un antifaz, hizo de Espronceda, que había nacido generoso, y á quien indignaban las vergüenzas que la nación sufría, un combatiente de las barricadas y un demagogo de guante blanco...

»Su amor propio le llevó á representar toda su vida un papel para el cual no había nacido y al cual era muy superior...

»Sus tradiciones de familia, la elegancia de sus costumbres, sus finos modales, su afición á la sociedad, y especialmente su carácter humanitario, le habrían hecho, probablemente, en tiempos mejores un enemigo de los pronunciamientos.»

No obstante las revelaciones de las más escrupulosas críticas, hay todavía muchas personas ilustradas para quienes Espronceda fué durante su vida todo un racionalista. Si para desvanecer tal error no fuesen bastantes los antecedentes de sus padres, tan excesivamente piadosos que les faltaba tiempo para que sus hijos recibieran el agua del bautismo el mismo día en que venían al mundo, y la educación que éstos le dieran; si no bastase la lectura de los versos transcritos en que se ridiculiza la *religión natural*, sepa el que este artículo leyere que el autor de *El Diablo Mundo* recibió, como el mejor católico, antes de morir, los Santos Sacramentos del Viático y la Extremaunción.

José Cascales y Muñoz

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

MONUMENTOS Y RECUERDOS DE LOS BORGIA

EN EL REINO DE VALENCIA

(CONCLUSIÓN)

Los ornamentos de la iglesia que se enseñan en Játiba y en Gandía como dones de los Borgia pertenecen todos á un período bastante avanzado del siglo XVI. La única de las innumerables ropas conservadas en los tesoros de España que lleva las armas de un Borgia de Roma, es, á lo que creo, la capa de Alejandro VI, en la catedral de Valencia. El paño es un soberbio brocado de oro, cuyos motivos más salientes—enormes frutos esterilizados, tejidos de oro rizado—se destacan sobre un fondo de terciopelo carmesí. Este paño, intacto, salvo un pedazo que ha sido muy torpemente rehecho en bordado, es probablemente veneciano. El galón, bordado en relieve, es español y de dibujo pesado. En la parte baja del galón, en las dos caras de la capa, el bordador ha reservado un sitio para el escudo, bordado aparte. Las piezas de armas son las que llevó Alejandro VI; pero aunque el escudo sea visiblemente contemporáneo del ornamento, aquéllas están mal dispuestas: el buey, en vez de encontrarse á la diestra de las tres barras, está colocado encima.

***

Entre las obras de arte que los Borgia de Roma enviaron de Italia al reino de Valencia ó encargaron á artistas españoles, se han podido encontrar algunas que son de un interés capital para la historia de las artes más diversas: el tríptico de Jacomart Baçó, el cuadro de Pinturicchio, el relicario esmaltado de Gandía, la tela de la capa de Alejandro. Cuadros, orfebrerías, ornamentos de iglesia, no tienen otra cosa de común que el nombre de sus donantes; no están unidos por ningún parentesco de escuela. Solamente en Gandía es en donde la familia de Alejandro VI formó, durante algunos años, un verdadero centro de arte, al que consagraré lo restante de mi estudio.

*
* *

El castillo de Gandía en donde nació San Francisco de Borja dominaba desde hacía mucho tiempo el curso sinuoso del Serpis cuando la ciudad, con el ducado del que era el centro, fué comprada por el hijo mayor del cardenal Rodrigo Borgia (1). Fué seguramente construído antes del año 1399, en que el rey Martín creó el ducado de Gandía en favor de su sobrino Alfonso de Aragón. Era un castillo real; el escudo de Aragón, de cuatro barras, se encuentra estampado en la rústica cerradura de su portalón. El antiguo edificio, hoy restaurado, rodeaba un amplio patio. Las ventanas, más antiguas, bilobuladas ó trilobuladas, ostentan esas finas columnillas de mármol con capiteles en pirámide invertida, que se encuentran en la costa mediterránea desde Valencia á Perpignan.

La escalera exterior, montada sobre tres arcadas macizas y protegida por un tinglado que sostienen tres pilares esbeltos y atrevidos, es una de las obras más felices de la arquitectura aragonesa del siglo XIV. A lo largo de una escalera modesta, á la altura del entresuelo, se ha encontrado una pintura mu-

(1) Los jesuítas, que han adquirido y restaurado en nuestros días el castillo de Gandía, le han consagrado una notabilísima monografía, dedicada á los PP. Solá y Cervós: *El palacio ducal de Gandía;* Barcelona, Thomas, 1904, con una ilustración fotográfica de las más completas.

ral contemporánea del edificio: un adorno geométrico compuesto de «grecas» é imitado de los revestimientos de porcelana morisca, se encuentra limitado por dos tiras: en la una, grandes iniciales pintadas forman las palabras del *Ave-María;* en la otra, los dos escudos de Aragón y de Sicilia alternan con monogramas cúficos, como los escudos de Castilla en los artesonados del Alcázar de Sevilla.

La sala del primer piso, á la que conduce la soberbia escalera, ha sido restaurada, con su techo de vigas pintadas y su artesonado de azulejos de rosetones geométricos. La salita contigua, que fué habitada por «San Borgia», hállase hoy transformada en una capilla nueva con bóvedas de ojivas, cuyo gótico es más alemán que catalán. El oratorio muy bajo que estaba junto á esta habitación ha sido revestido, hasta en su techo, de mármoles pulimentados; es una bóveda sepulcral, en la que se enterró en 1894 el dinero de un noble conde.

Las salas que mejor han conservado su ornamentación primitiva se encuentran fuera del antiguo castillo, en un ala añadida á fines del siglo XVII. Estas salas, en número de cinco, son consecutivas.

En una de ellas se ve todavía su pavimento de mayólica pintada: un gran círculo, en el que una porción de figurillas humanas y de animales diversos, dispuestos por zonas, representan los Cuatro Elementos. Esta preciosa obra de la industria valenciana es de 1713. Los techos, de color subido, son obra de Gaspar de la Huerta (1645-1714). El mayor reúne en una apoteosis teatral á San Francisco de Borgia y los Papas de su familia; la Fe alza su cáliz ante un retrato de Calixto III, y la Caridad apoya su hombro desnudo en un medallón de Alejandro VI; al lado de la Esperanza un Amor tiene un escudo, en el que triunfa la efigie del rey.

Los dos hijos de Alejandro VI, quienes sucesivamente, de 1485 á 1497, fueron los amos de Gandía, no dejaron en el castillo sino escudos de armas y emblemas. El escudo con las armas del Papa—Borgia y Doms—se halla sobre el portal de en-

trada; está sostenido por dos angelotes y coronado, no por la tiara, sino por un casco que tiene por cimera un leoncillo yacente. Uno de los emblemas que lucen sobre las bóvedas de la habitación Borgia—las dos coronas, de las que brotan cinco rayos—voltijea, dos veces repetido, en medio de las volutas que dibujan los lambrequines del casco. Escudo, casco, lambrequines, emblemas, hallábanse reproducidos, con una fantasía de decorador más brillante, en una de las tablitas de madera colocadas en el techo de la antigua sala de armas, entre las vigas maestras. Escudos de madera pintados con las mismas armas, con la corona ducal encima, colgaban de las paredes de esta sala, en donde el hijo de San Francisco de Borja podía armar en el acto á sesenta hombres de armas y seiscientos arcabuceros, y que sirve hoy de refectorio á los jesuítas.

Las tabletas y los escudos de madera que no estaban enteramente carcomidos han sido transportados al pequeño museo arqueológico formado en 1892 en una sala del primer piso. El museo ha recogido también algunos azulejos del pavimento, de color azul, que son de tres tipos diferentes; los unos llevan el escudo Borgia-Doms sobre una targa italiana en forma de cráneo de caballo; en los ángulos de la placa cuadrada, la doble corona de cinco rayos se encuentra cuatro veces repetida; otros llevan esta corona sin las armas; otros, en fin, un segundo emblema de los Borgia: las cinco llamas (1). Los dos ángeles que sostienen la pequeña tribuna de la capilla del castillo, dedicada á San Miguel, llevan un escudo diferente del de Borgia: dos castillos de Castilla encima de un león. Es el blasón de los Enríquez, la familia emparentada con el Rey Católico, de la que salió D.ª María, que fué sucesivamente prometida de D. Pedro Luis, el mayor de los hijos de Alejandro VI, y esposa del hijo segundo del Papa, D. Juan.

***

(1) Estos dos emblemas son los que se han visto reunidos en un medallón en el cuadro pintado en 1497 por Pinturicchio para una capilla de la colegiata de Játiba, como ya hemos dicho anteriormente.

El monumento de la duquesa viuda es la iglesia principal de Gandía. Esta iglesia fué construída hacia fines del siglo XIV. Con su nave única y sus capillas laterales reproducía un modelo catalán que está representado en Barcelona por las iglesias de Santa María del Pino y de Pedralbes. La duquesa, que gobernaba en Gandía como tutora de su hijo D. Juan, heredero del nombre del asesinado, obtuvo del Papa, su suegro, una bula que elevó la iglesia de Gandía al rango de colegiata. La bula es del 26 de Octubre de 1499. Al año siguiente doña María se ocupó en agrandar el edificio, para hacerle digno de su nuevo título. Estos hechos están conmemorados por dos inscripciones incrustadas en la fachada de la colegiata y grabadas en bellas capitales italianas (1).

Según la inscripción, la nueva iglesia fué empezada al lado de la portada lateral del siglo XIV que da á la plaza del Mercado, y del lado de acá con relación á la fachada; en efecto, en el lugar indicado es visible una continuación. La nueva construcción siguió el plan de la antigua: en el interior, las cuatro construídas por la duquesa no se distinguen de las otras cinco sino por las llaves de las bóvedas, marcadas con las armas papales de Alejandro VI (2).

La puerta que se abre sobre la fachada desnuda, entre las dos solemnes inscripciones, es el único adorno con que la duquesa enriqueciera el exterior de la iglesia. El dintel, muy elevado, sirve de soporte á dos targas á la italiana, con las armas de Borgia y de Enríquez y la corona ducal. Este dintel

(1) Llorente las ha publicado con algunas inexactitudes; *Valencia*, II, página 681, núm. 3. He aquí el texto:

»Alexander VI pont. max. suppdice ill, Maria Heur. Duce Gand. Hujus eccl. collegium instituit anno post Jesu natale millesimo quingenteno.

»Impensa et auspiciis ill. Mariae Heurices et ejus filii Johannis Borgiae ducum Gandiae a porta veteri citra est hoc fanum refectum anno quingenteno supra mill. post Virginem enixam.»

(2) Las del siglo XIV están adornadas con grupos en bajorrelieve: *La Resurrección*, *La Ascensión*, *Pentecostés*, *La Asunción*, *La Coronación de la Virgen*.

separa dos grupos de estatuas: abajo, la Virgen entre San Pedro y San Pablo; en el tímpano, Dios Padre entre San Miguel y San Rafael. Talladas en una piedra gris y ruda estas estatuas, con amplias y pesadas vestiduras, respiran salud y fuerza; los dos apóstoles son verdaderos hombres del pueblo; los arcángeles, verdaderos adolescentes, cuyos rostros redondos aparecen entre rizosos cabellos. El escultor debió de conocer estatuas flamencas; imitó los múltiples plegados de los paños de aquéllas, dando á la tela la flexibilidad de una lana espesa. La obra tiene alguna semejanza con las que se esculpieron en la Francia del Norte por los alrededores de 1500: es la de un maestro.

Cuando estuvieron terminadas la nave y la fachada nuevas, la duquesa de Gandía se ocupó en amueblar la iglesia. Dispúsose á la entrada del edificio, bajo las bóvedas que llevaban las armas del Papa, una sillería destinada á acoger al colegio de canónigos que acababa de instituir Alejandro VI. La madera es de un dibujo elegante y sencillo; sobre el friso que corre por encima de las sillas, el buey de los Borgia alterna con el emblema de la doble corona de cinco rayos.

El adorno más magnífico de la iglesia fué el retablo elevado en el coro del siglo XIV, cuyas paredes y bóvedas de ojivas fueron estucadas en el siglo XVIII. Los restauradores perdonaron la alta y ancha arcada que separa la nave del coro; á través de este encuadramiento arcaico y sombrío aparece en plena luz el retablo del Renacimiento, con el brillo de sus dorados y de sus pinturas.

En torno de la estatua de la Virgen, de madera pintada y dorada, hay dispuestos siete cuadros consagrados á los siete Gozos de María. Las cuatro primeras escenas se siguen, empezando por arriba y saltando de izquierda á derecha. La Anunciación, la Natividad, la Adoración de los Magos, la Resurrección de Cristo. Las dos últimas están traspuestas: la Ascensión á la derecha, y la Venida del Espíritu Santo á la izquierda. La muerte de la Virgen, que abre el Paraíso á la

Madre de Dios, está representada en un cuadro mayor que los otros, y que ha sido colocado encima de la estatua. Sobre este cuadro hay una Crucifixión. La predela, muy alta, comprende cuatro tablas: la Oración del Huerto de los Olivos, la Cruz á cuestas, el Descendimiento de la Cruz y la Misa en la tumba (1). El guardapolvo está adornado con imágenes de santos: San Juan Bautista y San Juan Evangelista, San Sebastián desnudo y el Papa San Calixto, San Francisco y San Jerónimo, San Bruno y San Luis de Anjou, San Miguel y San Rafael. Encima de la cruz, flanqueada por los dos arcángeles, bendice el Padre Eterno.

Este retablo está exactamente conforme con lo estipulado en el contrato que hizo la duquesa el 29 de Noviembre de 1501 con el escultor y el pintor (2).

El escultor era un valenciano, Damián Forment, cuya fama debía de pasar en el siglo XVI las fronteras del reino de Aragón, y cuyo nombre será célebre cuando el arte español esté mejor conocido. Las gigantescas obras maestras de Forment son los retablos conservados en Zaragoza en la basílica del Pilar (1512) y en la iglesia de San Pablo (1517), en Huesca (1520), en Barbastro, en Poblet (1527) (3), en Santo Domingo de la Calzada (1536) (4). En estos monumentos vive un pueblo de estatuas robustas y de figurillas delicadas. Las ar-

(1) El tabernáculo que debía elevarse en medio de la predela ha desaparecido; ha sido reemplazado en nuestros días por una copia del Cristo eucarístico de Juanes.

(2) El original del contrato se encuentra, con muchos pergaminos de los Borgia, en los archivos de la casa de Osuna, que adquirió el palacio ducal de Gandía con su contenido. Un notario de familia, D. Pascual Sans y Forés, publicó en 1889 una copia de este documento en la efímera *Revista de Gandía*, y en un inhallable folleto titulado *Memorias de Gandía*, D. Roque Chabás la reprodujo en el *Archivo*, t. V, pág. 380 y sigs. Valencia, 1891.

(3) Documento inédito comunicado por D. Luis Tramoyeres.

(4) Para las fechas de estos retablos véase: conde de la Viñaza, *Adiciones al Diccionario de Cean Bermúdez*, 1894, II, pág. 201-206; Martí y Monzó, *Estudios histórico-artísticos*, Valladolid, 1892, pág. 574-585; Tra-

quitecturas que componen el marco de las esculturas revisten sucesivamente, en el espacio de veinticinco años, la exuberancia tupida del gótico hispano-flamenco, la riqueza delicada y preciosa del Renacimiento lombardo, la solemnidad rígida de los órdenes clásicos *á lo romano*.

En el retablo de Gandía, la parte del escultor está limitada á la estatua de la Virgen y al marco, con sus gráciles columnillas, con sus rellenos ondulantes y sus doseles; al lado de estos adornos arquitectónicos no hay lugar sino para los dos ángeles, vestidos con largas túnicas, que sostienen el guardapolvo con sus alas plegadas, y para las dos parejas de *amoretti* que sostienen encima de los dos santos Juan, patronos del joven duque, el escudo acuartelado con las armas de su padre y de su madre, Borgia y Enríquez.

Damián Forment, en la época en que esculpió este retablo, conocía ya el arte del Renacimiento italiano. Los angelillos, cuya flotante túnica deja al descubierto los brazos y las piernas, imitan las actitudes danzantes de los *putti* de Donatello. Las pilastras de los capiteles corintios que hay á los lados del nicho central tienen la esbeltez florentina. Sin embargo, la Virgen que hay en ese nicho se parece mucho á la Virgen de la portada gótica. Las diferencias no están sino en la materia y en el trabajo: aquí, la piedra rugosa y fuerte; allí, lo brillante del oro. Los dos ángeles de cabellos rizosos que ante la portada sirven de soportes á la estatua de San Pedro, están peinados como los que sostienen el guardapolvo; hasta los amorcillos que llevan el escudo reaparecen en el grupo de los tres niños apelotonados bajo la estatua de San Pablo. La portada que encargó la duquesa de Gandía puede estudiarse como la primera obra conocida de Damián Forment (1).

*
* *

moyeres, notas biográficas publicadas en el Almanaque del periódico de Valencia *Las Provincias*, 1903; artículo de la *Cultura Española*, I, 1906, fase 3.

(1) Un retablo hoy conservado en el Museo provincial de Valencia, y

El pintor encargado de dorar y bruñir la Virgen del retablo, esculpida por Forment, así como el marco con sus adornos, y de pintar las tablas, era un italiano, Paolo de San Leocadio, oriundo de un pueblo próximo á Reggio de Emilia, del que no conserva huella alguna el mapa de Italia. En los diversos contratos en que se le nombra desígnase á Paolo como un lombardo y hasta como un galo cisalpino: *pintor lombart*, *gallus cisalpinus pictor extremus* (1).

Desembarcó en Valencia en 1472, con un pintor napolitano llamado Francesco Pagano. Tal vez los dos artistas hicieron el viaje en el barco que llevaba al cardenal Rodrigo Borgia. El cardenal venía por primera vez, desde que fué nombrado arzobispo de Valencia, á hacer una visita á su catedral. Él fué quien, de acuerdo con el Capítulo, hizo el 28 de Julio de 1472 un contrato con los dos pintores italianos. Paolo da San Leocadio y Francesco Pagano se comprometían á pintar al fresco las bóvedas del coro de la catedral, que un incendio había ennegrecido en 1469 (2). Eran bóvedas del siglo XIV, bajo las que se cruzaban ramas de ojivas. En cada una de las rinconeras se pintó un ángel volante. La decoración fué tan admirada en Valencia, que en pleno siglo XVI sirvió de modelo á las pinturas de un salón del palacio comunal. Estas últimas pinturas han desaparecido: los frescos de la catedral fueron recubiertos de estuco en 1682.

Para juzgar del arte que los dos italianos aportaban á Valencia no tenemos más que dos frescos pintados, el uno al lado del otro, en una de las paredes de la sala capitular contigua á

---

cuyas tablas pintadas las terminó Nicolás Falcó en 1502, tiene estatuillas y relieves, en los que D. Luis Tramoyeres ha reconocido muy cuerdamente la mano de Forment.

(1) Los hechos más salientes de la carrera de este pintor han sido indicados por Justi y por D. Elías Tormo y Monzó en dos noticias sumarias (*Repertorium für kunstwissenschaft*, XVI, 1893, fase 2. *Varios estudios de Artes y Letras*, números 1 y 2; Madrid, 1902). Ninguna de sus obras se ha reproducido hasta ahora.

(2) Véase la *Gazette des Beaux-Arts*, 1907, t. II, pág. 109.

la catedral, y que pasan por dos ensayos impuestos por el Capítulo á los artistas antes de firmarse el contrato. El documento no los menciona. Una de las pinturas es una Adoración de los Magos, cuyas dos terceras partes están bien conservadas: largo desfile de personajes flacos, dibujados con un toque duro y anguloso; cabalgata mezclada de animales exóticos; paisaje pueril con un pueblecillo de madera. Este fresco está todo lo distanciado posible de la factura brillante y ligera de las tablas de Gandía, y debe de ser del napolitano. El segundo fresco de la sala capitular, más estrecho que el primero, es una Natividad: no queda sino lo alto del paisaje y las dos cabezas de la Virgen y de San José, mutiladas é informes. ¿Cómo adivinar, en presencia de esta ruina, lo que fué en 1472 el fresco de Paolo da San Leocadio?

Por lo menos es seguro que, cuando el italiano se dedicó al gran retablo de Gandía, no pensaba ya de la misma manera que treinta años antes. Paolo da San Leocadio hubo de volver á Italia después de su primera estancia en Valencia: siguió el desarrollo de la escuela artística en que se había formado. Las tablas de la colegiata de Gandía, separadas de su marco español, se pondrían fácilmente, por los alrededores de 1500, entre las obras de los pintores secundarios de la Emilia y de la Romaña, colocados entre las dos escuelas de Ferrara y de Bolonia—entre Lorenzo Costa y Francia (1). Los colores al óleo, entre los que domina la laca carminada, en otro tiempo llamada de Florencia, son ricos y profundos (2). El oro está empleado discretamente en los galones de los trajes, que dibujan á veces inscripciones en finas mayúsculas italianas, y en los nimbos, indicados por un toque ligero y tan transparente co-

(1) Tormo y Monzó: *Varios Estudios*, pág. 29.

(2) El empleo de colores finos al óleo, y no *a tempera*, se especifica en el contrato: «Item es pactat é concordat entre les dits parts que lo dit mestre Paulo sia tengut é obligat pintar lo dit retaule al oli é no al tempere de les millors é mes excellents colors que pulxen haber à totes ses despenses».

mo un vapor atravesado por el sol. La fineza de los detalles pierde su carácter en lo uniformemente esfumado del modelado. Los rostros son blancos y dulces, las miradas lánguidas y húmedas. La impresión de conjunto es la de una elegancia lánguida y muelle. Se juzgará de esto por un cuadro que cuelga en la sacristía de la colegiata de Gandía, y que es más fácil de estudiar y reproducir que las tablas del gran retablo. Es una *Crucifixión*, que ha debido de figurar en un altar, en una de las capillas, y que ha conservado todo el brillo de sus colores (1).

Paolo da San Leocadio puede referírselo á la escuela de Bolonia. Sin embargo, imitó sin duda, después de su regreso á España, obras que no tenían nada de italiano. Las figuras del retablo de Gandía se parecen á veces más todavía á las de Gerardo David que á las de Costa. La Muerte de la Virgen, puesta encima de la estatua de Damián Forment, es, por la agrupación de las figuras, por los trajes y hasta por el mobiliario, una composición completamente flamenca; la tabla de Gandía recuerda, á primera vista, los cuadros famosos de Munich y de Colonia, cuyo autor, Josse van Claef, de Amberes, fué durante mucho tiempo conocido con el solo nombre de «Maestro de la *Muerte de María*». Paolo miró sin duda, al mismo tiempo que cuadros venidos de Flandes, algunos cuadros hispano-flamencos. El arcángel Miguel del retablo de Gandía lleva la armadura pulimentada y la magnífica capa del caballero celeste pintado por Mestre «Rubeus» (2), que no es otro, á lo que parece, que Vermejo de Córdoba. El San Miguel del italiano tiene solamente menos vivacidad, altivez y «raza» que el San Miguel del español.

(1) En la misma sacristía, encima de un armario, hay un cuadrito que representa á la Virgen con el Niño en medio de un riente paisaje. Don E. Tormo y Monzó, que sin duda lo ha visto de lejos, lo ha atribuído á Paolo. Es una copia muy mediana de una Virgen de Rafael, *La Virgen en el prado*, cuyo original está en Viena; está pintada *en cobre*, y no puede ser anterior al siglo XVII.

(2) Véase *Gazette des Beaux-Arts*, 1905, t. I, pág. 303.

Con este eclecticismo pasivo, el pintor no hubiera desempeñado en su patria más que un papel de segunda fila. En Valencia y en Gandía fué honrado como un maestro.

*
* *

En virtud del contrato celebrado el 28 de Noviembre de 1501, el retablo de la colegiata de Gandía debía terminarse en tres años, á contar del 24 de Junio de 1505. No lo estaba al cabo de cuatro años; tal vez el pintor se distrajo en otras empresas. La duquesa D.ª María tomó el partido de tomar á Paolo á su exclusivo servicio. Pactáronse compromisos recíprocos el domingo 10 de Enero de 1507 ante el notario Francisco Pérez de Culla, y en presencia de dos testigos, uno de los cuales era el deán de la colegiata de Gandía. El documento es de los más curiosos (1).

Paolo se comprometía á dejar Valencia, en donde habitaba; á establecerse en Gandía, en donde la duquesa le alojaría gratuitamente á partir de 1502, y á permanecer allí hasta el fin de sus días. Debía construir para él, su mujer y sus hijos una casa de 200 ducados de oro de valor. En adelante no podrá aceptar otros trabajos que los que le encargue la duquesa. No podrá dejar la población de manera definitiva, ni aun por una «causa justa y legítima», sino previo parecer favorable de una verdadera comisión de cuatro miembros, nombrados dos por la duquesa y dos por Paolo.

Por su parte, la duquesa, que había ya prometido por el retablo sin terminar una suma de 30.000 sueldos de Valencia, se comprometía á dar á su pintor una nueva suma igual á la primera. Debía pagarle la renta de esta cantidad, ó sea dos mil sueldos valencianos ó 100 libras, sobre las rentas de la baronía de Almanient. El pintor estaba exento de ciertos impuestos,

(1) Este segundo contrato ha sido publicado, como el primero, por don Pascual Sanz y Forés, en un su libro: *Memorias de Gandía*, que no he podido encontrar sino en casa del autor. Sirvióse ofrecerme uno de los tres ejemplares que le quedaban.

así como del alojamiento de «huéspedes», y ser tratado en este concepto como las «personas eclesiásticas». Su familia debía participar de la munificencia de la duquesa. D.ª María prometía tomar á su servicio á una de las hijas de Paolo cuando tuviera la edad; dotarla y casarla, con el consentimiento de su padre; si la muchacha quisiera tomar el velo en el convento de las Clarisas de Gandía, la duquesa la haría entrar con el dote necesario; en este caso recibiría en su palacio á otra de las hijas del pintor, y la casaría, á menos que ésta, á su vez, no quisiera consagrarse á Dios.

El contrato debía entrar en vigor en San Juan del año 1507 (24 de Junio). Por esta época el pintor se encontraba establecido en Gandía. Pero seis meses después el retablo de la colegiata no estaba aún terminado. Para apremiar el trabajo, la duquesa ordenó sobreseer el pago de la anualidad prometida (1). Es probable que el pintor no tardase en terminar su gran obra; emprendió otros trabajos para la duquesa.

El contrato de 1506 mencionaba una tabla ya pintada, y para la que no faltaba hacer sino una «tapa». Es una «imagen de Jesucristo» (2). Creo que esta imagen es la del *Cristo con la cruz á cuestas*, que se ha conservado en Gandía en la casa del notario D. Pascual Sanz y Forés. ¿No había de ver la piadosa viuda al Salvador bajo la figura del Hombre de los dolores?

Un Cristo casi idéntico al de Gandía, y que es también obra de un pintor de la Emilia, se encuentra en Módena, en la *Galería Estense*. Otros dos de la misma mano han pasado á la galería de los Oficios y á la galería Doria. Estos tres cuadros han sido atribuídos al parmesano Gian Francesco dei Maineri. Si la atribución es exacta, es pintor delicado, que

(1) Paolo de San Leocadio reclamó su pensión por el ministerio del notario que había redactado el contrato del 10 de Enero de 1507 (documento del 8 de Febrero de 1908), publicado por D. Pascual Sanz y Forés.

(2) «Item ha de fer lo dit mestre Paulo un cubertor de lo pinturo que sa senyora manderá pala tanla de la Imatge de Hiesu Crist que lo dit mestre Paulo ha pintat á sa senyora.»

trabajó de 1489 á 1504 para las cortes de Ferrara y Mantua; es sin duda entre todos los artistas italianos el más parecido á Paolo da San Leocadio.

Al contrato de 1507 va unido el encargo de dos retablos y de una serie de cuadros aislados. El más importante de los retablos estaba destinado á la iglesia del monasterio de Santa Clara, en donde la duquesa se proponía que entraran las hijas de su pintor que no hubiesen tenido vocación de casadas, en donde profesó su propia hija Isabel, y en donde ella misma, á la mayor edad de su hijo, proclamado el duque Juan II, se retiró y murió. El retablo que se alza hoy bajo las bóvedas del coro es una obra pretenciosa y mediocre de principios del siglo XVII, que lleva las armas del último duque de Gandía, D. Carlos II Francisco de Borja y Centelles. Las tablas del retablo pintado por Paolo da San Leocadio, del que nadie tenía conocimiento en Gandía cuando yo pasé por allí, se encontraban colgadas en el claustro del monasterio, é invisibles. La reverenda madre abadesa tuvo la bondad de hacer que las sacaran un momento de la clausura para permitirme estudiarlas y fotografiarlas. Los asuntos representados debían de ser, como en el retablo de la colegiata, *Los Siete Gozos de la Virgen*. No quedan hoy sino cuatro tablas: la Natividad, la Adoración de los Magos, la Resurrección de Cristo y el Tránsito de María. Este último cuadro no repite la composición flamenca que se ha observado en la colegiata. María está arrodillada en su lecho, bordado; los apóstoles que la rodean son once. Falta Santiago, que se ve venir á lo lejos apresuradamente, con el sombrero de peregrino en la cabeza y el bastón en mano; viene de los confines del Océano después de haber evangelizado las Españas.

A principios del año 1508 no se había entregado aún la madera de las tablas que debían formar el retablo de Santa Clara. Por esta fecha, el pintor esperaba también del carpintero las tablas del retablo que le habían encargado para la capilla del retablo de los Borgia, dedicada á San Miguel. Si se pintó este retablo, no queda de él el menor resto: el retablo

actual, cuya arquitectura clásica está adornada casi exclusivamente con estatuas doradas, fué ejecutado en 1635 á expensas de D. Francisco Diego Pascual de Borja y Centelles, Doria y Carreto, cuyo padre donó el retablo de Santa Clara. En la capilla de San Miguel se encontraba en el siglo XVI un cuadrito, la Virgen amamantando al Niño. Como uno de los primeros discípulos de Ignacio de Loyola, el bienaventurado Pedro Fabro, hubiese ido á pasar algunos días al castillo de San Francisco de Borja, en 1546, la Virgencita de la capilla, ante la que el jesuíta estaba arrodillado, alzó sobre él su mirada baja. La milagrosa imagen fué transportada á Madrid, á la iglesia de las *Descalzas Reales*. Venérase allí en un marco del siglo XVII, y al abrigo de un cristal, sobre el que hay una hoja de plata recortada de manera que deja ver la silueta de las dos figuras (1). Al través de las aguas del cristal y titileo de los diamantes de que está cuajada la plata, he creído distinguir una obra toscamente repintada de Paolo da San Leocadio.

D.ª María había encargado á su pintor, además de los dos retablos destinados á la iglesia de Santa Clara y á la capilla del castillo, un cuadro que debía ponerse en el oratorio particular de la duquesa, y cuyo asunto se reservaba indicar ella, más una serie de cuadros cuyo destino no se precisaba: el Bautismo de Cristo, la Adoración de los Magos, la Natividad, la aparición de Cristo á su Madre después de la Resurrección. Es posible que se encuentre un día alguno de estos cuadros, como acaban de serlo las tablas de Santa Clara y Cristo con la cruz á cuestas.

Aparte de Gandía, más de una población del reino de Valencia ha poseído ó posee todavía tablas de Paolo da San Leocadio. Viciana, que escribía su crónica de la segunda mitad del siglo XVI, cita como obras de Paolo los retablos que vió en las dos ciudades próximas de Castellón de la Plana y de Villa-

(1) Descripción detallada y reproducción todo lo clara posible en la monografía citada de los PP. Salá y Cervós, págs. 46-48.

rreal. El primero ha sido destruído; las tablas del segundo fueron encontradas por Justi en la sacristía de la iglesia de Santiago, en Villarreal. La leyenda de Santiago de Compostela, narrada en esas tablas, forma escenas más imprevistas y pintorescas que la historia evangélica repetida en los retablos de Gandía. La ejecución es más fina, más nerviosa; es probable que el italiano terminara ese retablo antes de entrar al servicio de la duquesa.

En la misma Valencia, las iglesias no han conservado nada de Paolo. No conozco en la ciudad adonde llegó el pintor en 1472 sino dos cuadros que se le deben atribuir: la pareja de los dos santos Cosme y Damián, sobre fondo de oro, en una colección privada, y una *Sagrada Familia* en el museo. Este último cuadro, en donde la frescura de la invención rivaliza con el brillo del colorido, y en el que algunas torpezas de dibujo toman aspecto de ingenuidad, es, para mí, la obra más amable del fecundo artista.

El fin de la carrera de Paolo da San Leocadio es desconocido. El pintor de la duquesa desaparece á partir de 1508. Hizo escuela en Valencia, en donde su acción se prolongó aún después que en 1507 los dos discípulos de Leonardo de Vinci, Ferrando Yáñez de Almedina y Ferrando de los Llanos, trajeron la revelación de un arte, al lado del cual lo que el pintor de Reggio había aprendido en la Emilia era poca cosa. Felipe de Pablo da San Leocadio, que no puede ser sino el hijo de Paolo, pintó en 1525, para el convento de Santo Domingo, un retablo, que ha desaparecido.

Otros discípulos del pintor italiano son conocidos, al menos por sus obras. Uno de ellos trabajó en Játiba. Pintó en las hojas de un tríptico conservado en una capilla de la colegiata, y cuya parte central es un bajorrelieve de la *Piedad*, los *Siete gozos de la Virgen* (1): son reproducciones de las grandes ta-

(1) Estas pinturas han sido atribuídas por D. E. Tormo y Monzó al mismo Paolo en el periódico de Valencia *Las Provincias*, número del 30 de Noviembre de 1903.

blas del retablo de Gandía. El mismo artista pintó para una capilla, fundada, dicen, por Calixto III en la *Torretta* de Canals, cerca de Játiba, un curioso cuadro representando un Juicio final, y en medio del cual está intercalada bastante torpemente una imagen de la Virgen, con el retrato arrodillado de un donante laico vestido de negro. El Juicio final, de Canals, está compuesto como el que Ferrando Yáñez pintó para la colegiata de Játiba. Creo que el cuadro de Játiba fué el que sirvió de modelo al cuadro de Canals. Nada prueba que el donante de este último cuadro sea un Borgia.

Es cierto que un discípulo de Paolo da San Leocadio, tal vez el mismo que trabajó en Játiba, pintó para los Borgia; dejó una tabla, que es el recuerdo más saliente de la familia trágica en el reino de Valencia.

*
* *

La Virgen, con el Niño, en pie sobre la media luna de oro, entre Santo Domingo y Santa Catalina de Sena; á sus pies, en el pavimento de azulejos, dos grupos de hombres con trajes de principios del siglo XVI. Ante Santo Domingo, un hombre barbudo y en la fuerza de la edad tiende su espada, con la punta hacia abajo; ha tirado al suelo su guantelete de hierro; á su lado un joven le mira esbozando un gesto indeciso; ante Santa Catalina, un hombre, barbudo como el que le hace frente, está arrodillado con las manos cruzadas. Tiene puesta ante él su gorra; rodea su cabellera una corona de rosas, y la Virgen, que inclina hacia él su rostro sonriente, tiene encima de la cabeza, coronada de flores, una rosa encarnada. Mientras tanto, un estafero, de cara ceñuda, se yergue al lado del hombre en oración y levanta sobre él un largo cuchillo.

Tal es la extraña tabla, pintada al óleo, de colores vivos y aterciopelados, sobre fondo dorado, que se encuentra confundida, en medio de una mezcolanza de cuadros admirables ó insignificantes, en el colegio del Patriarca, en Valencia. Visión celeste atravesada por una cuchillada.

¿Cuál es el crimen que fué así evocado en la sombra de una capilla encima del mantel inmaculado de un altar? ¿Cuál es el secreto de ese cuadro misterioso como una página caída de algún drama sangriento? Uno de los rostros lo revelará. No es la cara mal afeitada del asesino, esbirro anónimo: es el perfil del que dirige los golpes, del verdadero asesino. El hombre que está en pie, con la espada tendida, tiene las facciones de César Borgia, según la efigie auténtica cuyo grabado publicó Pablo Jove (1).

Pronunciado el nombre de César, todo se aclara. El príncipe arrodillado, que se parece á César como un hermano, es su hermano mayor, D. Juan, duque de Gandía. El sicario, presto á herir, está allí para recordar el crimen que espantó á Roma y á toda la cristiandad. El 16 de Junio de 1497, el cadáver del hijo de Alejandro VI fué encontrado en el Tíber, acribillado á heridas. Italia entera acusó al hermano menor de Juan, César, á quien aquella muerte daba las prerrogativas de primogenitura y el título de capitán de la Iglesia.

El asesinado está presentado ante la Virgen como un elegido. La corona de rosas que florece en su frente no es solamente un ornato celestial; es también un emblema de devoción y una figura del rosario que detrás del príncipe lleva colgando del cuello Santa Catalina. El asesino, que mira fijamente á su víctima, es aquí un acusado. El joven colocado á su lado, y que parece reprocharle su crimen bastante tibiamente, es Jofré, el hijo tercero de Alejandro VI. Sobre ellos, Santo Domingo está presto á tomar ante un tribunal celeste sus funciones de inquisidor. Pero ya César está vencido: entrega su espada.

No es esto una invención de pintor, sino la traducción en imagen de un hecho histórico. En 1504, en el mes de Setiembre, César Borgia, caído del sueño de gloria sobrehumana que había formado en vida de su padre, fué llevado á Valencia

(1) Sobre los retratos de César Borgia, véase el estudio de Carlos Iriarte, *Autour des Borgia*. París, 1891.

prisionero de Gonzalo de Córdoba. Desembarcó en aquel puerto del Grao, de donde los Borgia de Játiba partieron á la conquista de Roma.

El cuadro consagrado á la humillación de César Borgia es uno de los que fueron quitados, después de 1835, de los conventos suprimidos. La operación se hizo, particularmente en Valencia, con violencia y desorden; yo no he podido procurarme el menor dato sobre la procedencia de un cuadro que hasta aquí no ha despertado la atención de nadie.

¿Quién pudo, pues, encargar esta pintura vengadora sino la viuda que en el palacio ducal de Gandía criaba al hijo de la víctima, esperando del cielo el castigo del asesino? Paolo da San Leocadio se comprometió en 1507 á pintar para el oratorio de la duquesa un cuadro en el que debía representar «la historia de las imágenes que Su Señoría quisiera». ¿Serían estas imágenes los retratos de los tres Borgia agrupados ante la Virgen? El cuadro del oratorio debía tener toda la anchura de la capilla del dicho oratorio; ahora bien, el cuadro del Colegio del Patriarca es muy pequeño: está lejos de tener la anchura de un altar. Para tratar de deducir sería preciso medir el oratorio de la duquesa; encontrábase «en los cuartos de la habitación (del piso bajo) que tenían salida al jardín», es decir, del lado opuesto al gran patio de entrada. Esta parte del palacio ha sido cambiada de arriba abajo.

Si el cuadro es el que se encargó á Paolo da San Leocadio en 1507, no está, ciertamente, ejecutado por el pintor de la duquesa. Es más flojo y está más toscamente pintado que los retablos de Gandía: las proporciones de las figuras son más cortas y los rostros más anchos que en las obras auténticas de Paolo; las faltas de dibujo—por ejemplo, los gestos que hacen entrar los brazos en el torso, ó las piernas informes del estafero—son de un torpe. La composición simétrica y rígida es mucho más arcaica que el estilo. El desconocido pintor ha seguido á más de un maestro: se ha acordado de las madonas de mestre Paolo, pero ha imitado también las pinturas del gran

retablo de la catedral de Valencia, empezado en 1507, y particularmente al más pobre de los dos colaboradores: Ferrando de Llanos.

No está demostrado que el cuadro de los tres Borgia, extraño á la obra personal del pintor de D.ª María, proceda del castillo de Gandía. La ciudad, en donde el convento de las Clarisas fué colmado de favores por los duques, no tenía convento de dominicos en donde se pueda poner esa Virgen, á la que acompañan Santo Domingo y Santa Catalina. ¿Pero es que una Virgen del Rosario no puede hallar puesto en toda iglesia católica?

Los orígenes del cuadro que conmemora el crimen más famoso del Renacimiento están envueltos, y lo estarán tal vez siempre, en el misterio. ¿Hay que lamentarlo? Lo molesto es que las imágenes del duque de Gandía y de su asesino y de César Borgia entregando su espada hayan sido pintadas por una mano floja y como indiferente. Comparada con el Pinturicchio del museo de Valencia ó del relicario esmaltado de la colegiata de Gandía, la *Virgen de los tres Borgia* es una obra omisible. ¡Pero qué resumen de historia!

E. Bertaux

EL PENSAMIENTO DE ESPRONCEDA [1]

«Tebaldeo... Je plains les peuples malheureux; mais je crois, en effet, qu'ils font les grands artistes; les champs de bataille font pousser les moissons, les terres corrompues engendrent le blé céleste.»

(Alfredo de Musset: *Lorenzaccio;* II, 2.)

Tengo por cierto y evidente que, quien para penetrar en el pensamiento de una época, se atenga sólo á los libros y trabajos de quienes doctrinalmente se propusieron manifestar sus

(1) Bibliografía: La primera edición de las poesías de Espronceda salió á luz en Madrid en 1840. Tengo á la vista la de *El Diablo Mundo*, impresa en Madrid, por I. Boix, en 1841 (dos tomos de 214 y 88 páginas en 8.° m., respectivamente, con un buen retrato del autor). El drama *Blanca de Borbón* fué publicado en Madrid, 1870, por la hija del autor, Blanca, é *impreso* por las nietas de Espronceda, Luz y Laura (118 págs. en 8.° m.; poseo ejemplar, verdaderamente raro, hasta el extremo de que los críticos y biógrafos de Espronceda suelen asegurar que *Blanca* no se ha impreso jamás). El distinguido erudito norteamericano y buen amigo mío, Mr. Philip H. Churchman, prepara una edición de ese drama, teniendo en cuenta el ejemplar impreso, el borrador que se conserva en el British Museum de Londres y el manuscrito incompleto que posee el Sr. Menéndez y Pelayo en su biblioteca de Santander. La novela *Sancho Saldaña* se imprimió en 1834. Los demás trabajos de Espronceda, algunos de los cuales permanecen aún inéditos, hay que buscarlos en publicaciones periódicas de la época, cuya lista puede verse en el catálogo de D. E. Hartzenbusch, como *El Pensamiento*, *El Español*, *El Siglo*, etc. Entre las ediciones posteriores de las poesías, citaremos la segunda de 1844, la de Baudry (París), la de Garnier (ídem), las seis de la *Biblioteca Universal* (Madrid), las de la

dogmas de vida, y escribieron estirados volúmenes acerca de su filosofía y su moral social, andará muy lejos de la verdad y estará expuesto á caer en errores de bulto. La moda y el espíritu de sistema pueden mucho en obras doctrinales, como en otras expresiones de la actividad humana; y el pensador que organiza en su cerebro la representación del mundo entero, necesariamente se sentirá inclinado á trasplantarla á la sociedad que le rodea, y al dirigirse á sus conciudadanos, prescindirá de la relación en que de ordinario se mueve, para demostrar su originalidad con peregrinos descubrimientos ó para encaminar á sus semejantes hacia el ideal que le enamora. Por eso, el pensamiento total, la norma ó las normas de vida de una época cualquiera, han de buscarse en el conjunto de sus obras, no sólo en las que pudiéramos llamar *teóricas* ó de investigación, sino también en las *prácticas* ó de ejecución, entre las cuales ocupan preeminente lugar las artísticas. Platón, sin Aristófanes, sin Eurípides ó sin Fidias, sería para nosotros

---

Biblioteca amena é instructiva de Barcelona, y la ordenada por D. Patricio de la Escosura (Madrid, 1884), que es la más interesante de todas. Falta, sin embargo, y es un bochorno este olvido para la cultura española, una buena edición de las *Obras completas* del vate.

En cuanto á estudios críticos y biografías, aparte de los de D. Alberto Lista, D. Enrique Gil, D. Antonio Ferrer del Río y D. Patricio de la Escosura, citaremos los dos siguientes: *Espronceda, su tiempo, su vida y sus obras*, por E. Rodríguez Solís (Madrid, 1883); y *Espronceda*, por Antonio Cortón (Madrid, 1906; mucho mejor que el precedente). Véanse también: P. Francisco Blanco García: *La literatura española en el siglo XIX*, 2.ª edición. Madrid, 1899; I, 154 y sigs.; y D. Juan Valera: *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*. Madrid, 1902-1904; I, 102 y sigs.; V, 197 y sigs.

La edición de *El Estudiante de Salamanca*, publicada en Madrid (A. Marzo) en 1903 (64 págs. en 8.°), se dice estar corregida por la nieta del autor. Consúltese igualmente *El Burlador de Salamanca*, leyenda lírica de José de Espronceda, adaptada á la escena, en dos actos, por Martín de Samos (M. M. de V. y A. B. y S.n M.). Madrid, 1908.

Existe una preciosa versión francesa del *Estudiante*, debida al eminente hispanófilo Mr. R. Foulché-Delbosc (París, H. Welter, 1893).

Espronceda nació en Almendralejo el 25 de Marzo de 1808, y murió en Madrid el 23 de Mayo de 1842.

poco menos que un libro cerrado, por lo que respecta al conocimiento del alma griega; Cicerón, expositor de doctrinas ajenas con comentarios propios, daría una debilísima idea de lo que fué Roma en los últimos tiempos de la república si no tuviéramos á Horacio. Más penetrante luz proporcionan para la psicología nacional española del siglo XVII los *Sueños* ó el *Buscón* de Quevedo, que los ingentes tratados de los moralistas de su tiempo; una macerada y tristísima figura del Greco, un bufón ó un pícaro de Velázquez, dicen más acerca del espíritu de su pueblo que cuantas pompas y grandezas narran los historiadores que les vieron pintar. El hombre, que al dogmatizar está muy sobre sí y no dice más que lo que quiere, en los períodos de acción obra y se expresa como siente; y de aquí el valor grande de esas sentencias que condensan la sabiduría popular y que suelen *hacer traición* al propósito y aun á las creencias formales del pueblo mismo.

Digo todo esto á guisa de prefacio y explicación de las consideraciones que siguen acerca del gran poeta español José de Espronceda, á quien con justicia llamó D. Juan Valera «el más completamente romántico en España». El mismo insigne crítico habló del poeta en términos de fina y aristocrática ironía, que nos han de servir de punto de partida para estas deshilvanadas reflexiones: «Veinte meses antes de la muerte de Espronceda—dice Valera—le conocí y traté yo en mi primera mocedad, casi en mi niñez, hallándonos ambos en los baños de Carratraca. El culto que él daba al mundo, suponiendo, no sé por qué, que el mundo se lo exigía, estaba tan bien dado, que no dejaba traslucir el feroz entretenimiento que él nos dice que por entonces tenía de arrancarse del pecho el corazón á pedazos. Espronceda, al contrario, nunca faltaba en bailes, ni en tertulias, ni en jiras campestres.» Con su arrogante figura, con su amena conversación y con su galantería, embelesaba y hasta enamoraba á las más guapas y elegantes señoras y señoritas que había entonces allí. Toda la juventud masculina le rodeaba, le reía los chistes y le aplaudía y le admiraba cuan-

do recitaba sus versos. Sólo alguno que otro caballero solía amostazarse por el fervor apasionado con que su novia charlaba con el poeta y por la tibieza y hasta por el desdén con que desde que ella conoció al poeta trató al prosaico y desventurado novio. En suma, al ver al poeta en su vida real, nadie, á no ser un prodigioso zahorí de conciencias humanas y un perspicaz sabidor de patología interna, hubiera podido adivinar que Espronceda estuviese ya herido de muerte, ni en el cuerpo ni en el alma, sino que alma y cuerpo prometían aún larga duración y muchos triunfos no bien él sentase la cabeza, como vulgarmente se dice. No niego yo la sinceridad de su dolor profundo, de su desesperación blasfema y de no pocos otros furores suyos, pero me inclino á creer que todo ello era momentáneo y sentido sólo cuando el estro le picaba y él componía sus hermosos versos; pero que en prosa no era ni con mucho tan desventurado, sino sobre poco más ó menos como los demás mortales». En suma: «Si Espronceda murió temprano, fué porque Dios quiso, sin que sepamos la causa. No fué por *haberse realizado su esencia*, como dirían los krausistas».

Permítaseme que disienta en este caso del maestro insigne cuyo culto guardo en el fondo de mi corazón; no creo que la asistencia á bailes, tertulias y jiras, el hablar cortesano y el trato agradable sean motivos suficientes para dudar de la sinceridad del sentimiento poético de Espronceda ni para poner en tela de juicio que su espíritu estuviese atormentado por las dudas é inquietudes que él nos revela. ¿Quién nos dice que la farsa, y la hipocresía, y la máscara teatral, no consistieran precisamente en ese trato mundano y en esa diversión continua? Pienso que el poeta es más sincero cuando escribe que cuando habla, y que aquellas reconditeces sutilísimas del alma que al papel traslada, son más verdaderas y más hondas y revelan mejor su situación real en la comedia de la vida que las galanterías y las frases de ingenio que se le ocurran en una tertulia. Generalmente suele suceder que los grandes humoristas, los de frase chispeante y conversación encantadora, son por den-

tro los más grandes doloridos de la miseria humana; y no es raro encontrar gentes de fúnebre y patibulario pensar á quienes aguardan en sus casas opíparas cenas y arcas repletas de buenos doblones.

Convengo en que, como decía Fígaro, «nunca está el hombre más filósofo que en sus malos ratos; el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía como un falto de pelo su *bisoñé;* la filosofía es efectivamente para el desdichado lo que la peluca para el calvo; de ambas maneras se les figura á entrambos que ocultan á los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra» (1). Pero me parece fuera de razón admirarse de que Kant estuviese cinco horas de sobremesa y aun se mostrase en ellas harto decidor y comunicativo, según nos cuenta su biógrafo Kuno Fischer, ó de que Schopenhauer durmiese muy bien y aun le naciera un hijo natural por los mismos días en que produjo *El mundo como voluntad y como representación*, donde predica el renunciamiento á la voluntad de vivir en el individuo y en la especie. Estas *pequeñas miserias* no demuestran otra cosa sino la flaqueza del natural humano, en virtud de la cual el creyente suele demandar el auxilio de la divina Gracia, el pagano la asistencia de algún dios y el caballero andante la protección de la dama de sus pensamientos; mas no prueban en modo alguno que no sean sinceras las palabras que el pensador ó el poeta nos dirigen *ex abundantia cordis*, ni que Kant haya querido divertirse con sus semejantes al concluir la incognoscibilidad de la *cosa en sí*, ó Schopenhauer burlarse de nosotros predicándonos la negación de la Voluntad.

Aparte de que hay mucho de verdadero en aquella teoría de la *irresponsabilidad* poética, tan bellamente expuesta por Platón en el *Ion*, según la cual, cuando el poeta está verdaderamente inspirado y dice cosas grandes y hermosas y fuera de lo usual y ordinario, no es él quien habla, sino un dios el que

(1) Art.: *El mundo todo es máscaras. Todo el año es Carnaval.*.

se expresa por su boca. De lo cual se sigue que, en ausentándose el sér inspirador, el poeta vuelve á la vida común, y piensa, dice y escribe como los demás hombres, y comete las mismas inconsecuencias que ellos, y á veces se nos presenta quizá como un ente vulgarísimo y adocenado, sin que nos expliquemos cómo pudo ser él quien tan sublimes y grandiosas ideas vertiese en sus composiciones.

¿Quién que superficialmente examine los escritos de Larra y vea en ellos agudos donaires, sátiras discretísimas, ocurrencias provocantes á risa, censuras burlescas de los dramones truculentos y horripilantes de su época, dejará de tenerle por hombre satisfecho de sí mismo, contento de la vida y enemigo de toda exageración y discordancia? Pues Larra, como es sabido, acabó de un modo tristísimo, revelador de la desesperación más honda y más trágica que puede abrigar el pecho de un hombre.

De todo lo cual infiero que el alma de Espronceda debió de ser tal como sus obras nos la revelan y estar en consonancia con todos los incidentes de su corta vida (que no fué, por cierto, tranquila ni apacible). Si hubiese sido un hombre contento de la existencia y creyente en el placer, le hubiera ocurrido lo que á tantos otros poetas; exceptuando las ráfagas de disgusto que todo humano siente alguna vez, habríase entretenido en cantar el pájaro de Lesbia, la boca de Filis ó las gracias de Galatea. No muy lejos tenía los ejemplos de Meléndez Valdés, de Fray Diego González ó de José Antonio Porcel: y si á lo extranjero quería recurrir, á mano estaban Thomson, Pope ó Gessner. En último término, si no le placía el género bucólico, pudo continuar el *discreteo* florido de nuestros clásicos del siglo XVII ó dedicarse á la poesía filosófica, como Jove-Llanos y Forner, ó celebrar la vacuna y la invención de la imprenta, como Quintana. Y sin embargo, nada de eso hizo, á pesar de haber tenido por maestro á un pedagogo tan atildado y clásico como D. Alberto Lista y á pesar de haberse ensayado, en su mocedad, en las pulcras octavas reales del *Pelayo*. Su natural

impulso, su ideal, las circunstancias de su azarosa vida, el ambiente de la época, le llevaban por otro camino, y él expresó lo que sentía: el dolor y la duda, y los expresó admirablemente, prodigiosamente, con más intensidad que ningún otro, por lo mismo que los sentía también de una manera más profunda. Fué, para decirlo brevemente, un *romántico*, el primero de los románticos españoles, en el sentido técnico y en el vulgar de la frase.

***

Pero, ¿qué es un *romántico*, y qué significa el *romanticismo?* Vocablos son ésos que trajeron muy preocupados á los críticos de las generaciones que nos han precedido, y que, por fortuna, nos desvelan muy poco en nuestros tiempos. La Academia, con su habitual superficialidad, dice que *romanticismo* es un «sistema de los escritores que no se ajustan en sus producciones á las reglas y preceptos observados en las obras que se tienen por clásicas y forman autoridad», de lo cual se sigue que si hallamos, por ejemplo, una tragedia de Racine en que no exista el coro, elemento esencial y capitalísimo en el drama griego, tendremos derecho para calificar á Racine de *romántico*, puesto que deja de observar un precepto indispensable «en las obras que se tienen por clásicas y forman autoridad». ¡El absurdo es evidente!

No; el romanticismo no estriba en la mera inobservancia de reglas que otros hayan obedecido. Esquilo es un clásico, y, sin embargo, el *Prometeo encadenado* es y será siempre una obra perfectamente romántica, un esfuerzo gigantesco de rebeldía y de independencia, comparados con el cual, el *Cromwell*, de Víctor Hugo, ó *Los bandidos*, de Schiller, son niños de teta. El romanticismo es algo más hondo, más íntimo y más fundamental. Un romántico puede observar todas las reglas habidas y por haber, y ser, no obstante, romántico. Un arbitrario puede hollar todos los preceptos de los Escalígeros pasados y presentes, y ser, no obstante, un majadero. Así como el anar-

quista, en el sentido racional de la palabra, no es aquel que aborrece toda norma, sino el que sólo acepta y sigue las que él mismo se haya impuesto, así el romántico (que en buen romance es un verdadero anarquista) no detesta la regla, la ley, en su arte por arbitrariedad ni por capricho, sino aquellas reglas ó leyes *impuestas* que se le quieren aplicar contra su conciencia por el mero hecho de pretenderlo así una *autoridad* cualquiera. Ni la anarquía es el *desorden*, ni el romanticismo es el *capricho*, sino la expresión y el desenvolvimiento armónicos de la actividad personal bajo las leyes de la propia conciencia. Son, en suma, la voluntad libre, ó lo que es lo mismo, la vida libre; son, no *anómicos*, sino *autonómicos*.

Así comprendo yo el romanticismo, y así digo que fueron románticos los hombres del Renacimiento, aunque nos representemos este período como un anhelo de restauración de la cultura clásica; y lo digo fundándome en aquella su efervescencia libérrima, amplísima, pasional, que sometió á examen crítico las viejas creencias, que se mofó de la dialéctica escolástica con Luis Vives, de la pedantería oficial con Erasmo y Cornelio Agripa, del formalismo religioso con Lutero, de los libros de caballerías con el Ariosto y de la credulidad necia con los eruditos y los impresores. Así me explico que el *naturalismo* sea hijo legítimo del romanticismo, y que Zola, el gran naturalista, sea al propio tiempo un grande, un inmenso romántico, por lo mismo que la gloriosa eflorescencia de la novela picaresca española, el siglo de los Lázaros de Tormes y de los Guzmanes de Alfarache, el de los Buscones y Rinconetes, el de los Estebanillos y Trapazas, desciende por línea derecha de las alegrías y realismos de Cristóbal de Castillejo, de Rodrigo de Reinosa, de Francisco Delicado y de Lope de Rueda en los días felices del citado Renacimiento. Lo *impuesto* es siempre artificioso, antinatural; no se ha hecho carne de nuestra carne, ni hueso de nuestros huesos; por eso no es *realista*. Lo romántico conduce á lo realista y á lo verdadero, porque supone y exige libertad, y nada hay tan libre ni tan *liberador*

como la Verdad. («Y conoceréis la Verdad, y la Verdad os libertará», dijo Jesucristo.)

Cuando decae en España el cultivo de la novela picaresca y realista á mediados del siglo XVII, se entronizan en nuestra patria el decadentismo y el clasicismo. Los románticos alemanes del primer tercio del siglo XIX ensalzaron á porfía nuestro teatro del XVII, personificado para ellos en Calderón, considerándole como una labor gallarda y esencialmente romántica. Lo parece, en efecto, si nos atenemos al concepto formal antes transcrito, dado por la Academia; pero dista enormemente de serlo si reparamos en la estrechez de su criterio y en la pobreza de su osadía; cierto que allí no se observan las unidades de tiempo ni de lugar, cierto que allí abundan las aventuras y los amores; pero reina en todo él un convencionalismo absurdo acerca de las creencias fundamentales de la vida. ¡No hay derecho para calificar de romántico un teatro donde se empieza por proclamar que la duda es el más horrendo de los *pecados!* (1).

***

Nadie como Alfredo de Musset, en las páginas inmortales de su *Confesión de un hijo del siglo,* ha descrito el estado moral de la generación que subsiguió á la Revolución francesa y á las campañas napoleónicas: «Toda la enfermedad del presente siglo—escribe—procede de dos causas: nada de lo que había existe; nada de lo que ha de ser existe todavía. No busquéis en otra parte el secreto de nuestros males». He ahí á un hombre cuya casa se caía; la ha derruído para edificar otra. Yacen sobre su campo los escombros, y espera piedras nuevas para un nuevo edificio. En el instante en que se halla dispuesto á tallar sus piedras y á echar su cemento, con los brazos remangados y el azadón en la mano, vienen á decirle que faltan piedras, y se le aconseja que blanquee las antiguas para aprove-

(1) Véase á Calderón: autos sacramentales de *Psiquis y Cupido.*

charlas. ¿Qué queréis que haga, si no quiere escombros para construirles un nido á sus polluelos? La cantera es, sin embargo, profunda, pero los instrumentos demasiado débiles para sacar de allí piedras. «Espera—se le dice,—poco á poco se sacarán; ten confianza, trabaja, adelanta, retrocede.» ¿Qué de cosas no le dicen? Y durante ese tiempo, el hombre, no teniendo ya la vieja casa, ni disponiendo aún de la nueva, no sabe cómo defenderse de la lluvia, ni cómo preparar su cena, ni dónde trabajar, ni dónde descansar, ni dónde vivir, ni dónde morir; y sus hijos son recién nacidos. O mucho me engaño, ó nos parecemos á ese hombre.»

Sí; se parecían, y en gran parte nos seguimos pareciendo. Por eso aquella generación era una generación profundamente triste, terriblemente melancólica, porque había comprendido el dolor del mundo (*der Weltschmerz*, que dicen los alemanes). Por eso todos aquellos poetas, á quienes, según la expresión del griego, *los dioses amaban*, aquellos que se llaman Keats y Byron en Inglaterra, Musset y Murger en Francia, Leopardi en Italia, Espronceda y Enrique Gil en España, por rara coincidencia mueren jóvenes, muy jóvenes, como si se sintieran anonadados por lo apocalíptico de su visión en el período más brillante y lisonjero de la vida. El único que les sobrevive es su representante en el terreno de la filosofía, Arturo Schopenhauer, el cual sucede á Kant, al modo que los poetas suceden á los generosos y escépticos enciclopedistas de la Revolución francesa, y cuyas doctrinas sobre el dolor como base real del mundo, el placer como efecto de la ilusión individual, la piedad como fundamento de la moral, la necesidad como signo distintivo del *operari*, y el amor como engaño doloroso de la especie, parecen eco reflexivo y sistemático de los latidos inconscientes de aquella generación lastimada. Nosotros hemos de comulgar aún en el pensar y en el sentir de aquellos hombres, por lo mismo que la libertad dista muchísimo de ser la reina del mundo, y he ahí por qué, á pesar del espíritu crítico que nos corroe, aun somos románticos, y aun simpatizamos de

corazón con la bohemia, aunque á veces no lo confesemos de palabra, cuando escuchamos en las tablas los lamentos de Mimí, los lirismos de Rodolfo, las bromas de Marcelo, los entusiasmos de Schaunard y la melancólica filosofía del erudito Colline.

Sospecho que todo el movimiento romántico, en el terreno de las ideas, procede más ó menos directamente de Rousseau, cuya significación filosófica no ha sido bien estudiada hasta estos últimos tiempos. Cuando reparo en la poética figura del gran solitario y en sus titánicos esfuerzos por resucitar *el estado de naturaleza*, en el cual todos los hombres eran libres y felices; cuando leo las teorías morales y pedagógicas del *Emilio* y de la *Nueva Eloísa;* cuando reflexiono en las doctrinas de *El contrato social* sobre la propiedad y el origen de la autoridad política; cuando encuentro en el *Discurso sobre las ciencias y las artes* aquella invocación á Dios Todopoderoso, que tiene en sus manos las almas, para que «nos liberte de las luces y de las funestas artes de nuestros padres, y nos devuelva la ignorancia, la inocencia y la pobreza, únicos bienes que pueden hacer nuestra felicidad», veo pasar ante mis ojos, como en revuelto y vertiginoso calidoscopio, á Víctor Hugo con sus miserables y sus Quasimodos; á Gœthe con su Fausto; á Max Stirner con su egotismo; á los románticos con sus dolores y sus luchas; á los positivistas y naturalistas con sus relatividades y sus realismos.

*
* *

Cuando se habla de los orígenes del romanticismo español y se cita á Martínez de la Rosa y al duque de Rivas, suele darse al olvido con demasiada facilidad el nombre ilustre de José de Cadalso (1741-1782). No afirmo que Cadalso se desligara nunca por completo de los moldes clásicos; pero entiendo que por su vida, por sus trágicas aventuras y por algunos de sus escritos, merece ser considerado quizá como el precursor más señalado de nuestros románticos. ¿Habéis leído las

Noches lúgubres, hasta cierto punto inspiradas en la famosa obra de Young? Alienta en toda su horrible y declamatoria melancolía un suceso real: los amores de Cadalso con la actriz María Ignacia Ibáñez (así como otro suceso, también real, motivó el *Canto á Teresa* y la composición *A Jarifa en una orgía*, de Espronceda); parece como que el narrador se complace, como Espronceda mismo, en hacer pedazos sus ilusiones y en despojar al objeto de su pasión de cuantos atractivos le rodeaban en vida. Es un modo nuevo, inesperado, cruel, de comprender el amor, en el cual el enamorado representa el papel del *Heautontimorumenos* antiguo, y que debe considerarse como uno de los *hallazgos* del romanticismo. *Tediato* (su mismo nombre lo indica) es en las *Noches lúgubres* de Cadalso la personificación del primer romántico á la moderna. Sus diálogos con el sepulturero; su ida al cementerio para visitar la tumba de su amada; sus desesperantes reflexiones sobre la vanidad de todos los afectos, á excepción del que le domina; el momento tan fúnebre como repugnante en que se resuelve á contemplar los restos de la que amó, todo forma un conjunto de sensaciones extrañas, sorprendentes, macabras, que no se comprenderían en un escritor del siglo XVII, que parecen peregrinas en uno del XVIII, y que desentonan del conjunto general de la literatura de su época. O mucho me engaño, ó las *Noches lúgubres* debieron de ser uno de los libros favoritos del autor de *El Estudiante de Salamanca* (1).

---

(1) Don Félix, en *El Estudiante*, exclama:

«¡Vive Dios! ¿Qué pasa aquí?
. . . . . .
Sombras, fantasmas, visiones...
¡dale con tocar á muerto!
y en revueltas confusiones,
danzando estos torreones
al compás de tal concierto.»

Y Tediato, en las *Noches*, dice: «Las fuerzas me faltan... Sólo mi co-

La *duda* como primer principio de pensamiento; el *dolor* como realidad positiva en la vida; el placer como ilusión del mundo; la muerte, la negación de la voluntad de vivir, como solución de todos los problemas: he ahí las cuatro afirmaciones que encontraremos en todos los verdaderos románticos; he ahí, pudiéramos decir, la *cuádruple raíz* del romanticismo. Veámoslo en Espronceda.

La duda empieza por la primera causa:

«Tendió una mano el infernal gigante,
y la turba calló, y oyóse sólo
en silencio el estrépito atronante
del flamígero mar: luego un acento
claro, distinto, rápido y sonoro,
por la vaga región cruzó del viento
con rara melancólica armonía,
que brotaba doquiera,
y un eco en derredor lo repetía.
Voz admirable, y vaga, y misteriosa
viene de allá del alto firmamento,
crece bajo la tierra temblorosa,
vaga en las alas del callado viento.
Voz de amargo placer, voz dolorosa,
incomprensible mágico portento,
voz que recuerda al alma conmovida
el bien pasado y la ilusión perdida.
.....
¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
y hierve el rayo en su irritada mano,
y la angustia, el dolor, la muerte lanza
al inocente que le implora en vano?

---

razón aun permanece cubierto de densas y espantosas tinieblas. Para mí nunca sale el sol. Las horas todas se pasan en igual oscuridad para mí. Cuantos objetos veo en lo que llaman día, son á mi vista *fantasmas, visiones* y *sombras*, cuando menos... algunos son furias infernales.» (Ed. de Madrid, 1840. Imprenta de Ferrer y Compañía.)

Si algún día se escribe científicamente un libro sobre Espronceda, ésta y otras semejanzas habrán de resaltar por necesidad.

¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza,
frívolo, injusto y sin piedad tirano,
del corazón del hombre, y le encadena,
y á eterna muerte al pecador condena?
Embebido en su inmenso poderío,
¿es Dios el Dios que goza en su hermosura,
que arrojó el universo en el vacío,
leyes le dió y abandonó á su hechura?
¿Fué vanidad del hombre y desvarío
soñarse imagen de su imagen pura?
¿Es Dios el Dios que, en su eternal sosiego,
ni vió su llanto ni escuchó su ruego?
¿Tal vez secreto espíritu del mundo,
el universo anima y alimenta,
y derramando su hálito fecundo,
alborota la mar y el cielo argenta,
y, á cuanto el orbe en su ámbito profundo
tímido esconde ó vanidoso ostenta,
presta con su virtud desconocida
alma, razón, entendimiento y vida?» (1).

Las dudas se extienden luego al hombre y á su ciencia:

«¿Será en vano que tu mente
á otras esferas remontes,
sin que los negros arcanos
de vida y de muerte ahondes?
¿Viajas tal vez hacia atrás?
¿Adelante tal vez corres?
¿Quizá una ley te subyuga?
¿Quizá vas sin saber dónde?
Las creencias que abandonas,
los templos, las religiones
que pasaron, y que luego
por mentira reconoces,

(1) *El Diablo Mundo*, Introducción.—Todas las citas que haga en adelante, de poesías de Espronceda, se refieren á la edición barcelonesa de 1883.

¿son quizá menos mentira
que las que ahora te forjes?

.....

Y al fin la materia muere;
pero el espíritu ¿adónde
volará? ¿Quién sabe? ¡Acaso
jamás sus cadenas rompe!!!

.....

¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?
¡Un misterio también!... Corren los años
su rápida carrera, y escondida
la vejez llega envuelta en sus engaños:
vano es llorar la juventud perdida,
vano buscar remedio á nuestros daños;
un sueño es lo presente de un momento,
muerte es el porvenir; lo que fué, un cuento!...
Los siglos á los siglos se atropellan,
los hombres á los hombres se suceden,
en la vejez sus cálculos se estrellan,
su pompa y glorias á la muerte ceden:
la luz que sus espíritus destellan
muere en la niebla que vencer no pueden,
y es la historia del hombre y su locura
una estrecha y hedionda sepultura!

.....

Y á nadie asombre que á afirmar me atreva
que, siendo al alma la materia odiosa,
aquí, para vivir en santa calma,
ó sobra la materia, ó sobra el alma.
Quiere aquélla el descanso, y en el lodo
nos hunde perezosa y encenaga;
ésta presume adivinarlo todo,
y en la región del infinito vaga;
flojo, torpe, á traspiés como un beodo
que con sueños su mente el vino estraga,
la materia al espíritu obedece
hasta que, yerta al fin, cede y fallece.

Llaman pensar así filosofía,
y al que piensa, filósofo, y ya siento
haberme dedicado á la poesía
con tan raro y profundo entendimiento!
.....
¿Será que el alma su inmortal esencia
entre sueños revela, y desatada
del tiempo y la medida su existencia,
la eternidad formula á la espantada
mente oscura del hombre? ¡Oh ciencia! ¡Oh ciencia,
tan grave, tan profunda y estirada!
Vergüenza ten y permanece muda:
¿puedes tú acaso resolver mi duda?» (1).

Que en el dolor consiste la ley de la vida, es pensamiento que á cada paso expone Espronceda. Ya presenta al *Mendigo:*

«mostrando cuán cerca habitan
el gozo y el padecer,
que no hay placer sin lágrimas, ni pena
que no transpire en medio del placer»;

ya escribe en *El Diablo Mundo:*

«Nosotros, ¡ah!, los que al nacer lloramos,
que paso á paso á la razón seguimos,
que una impresión tras otra recibimos,
que ora á la infancia, á la niñez llegamos,
luego á la juventud: ¡ah! no alcanzamos
á imaginar la dicha y la limpieza
del alma en su pureza.
¿Quién no lleva escondido
un rayo de dolor dentro del pecho?
¿Por cuál dichoso rostro no han corrido
lágrimas de amargura y de despecho?
¡Quién no lleva en su alma,
¡ah!, por muy joven y feliz que sea,

(1) Págs. 162, 163, 168, 169, 170 y 171.

un penoso recuerdo, alguna idea
que nublando su luz turba su calma!» (1).

El dolor es la única Verdad. Todo lo demás, placeres, riquezas, gloria, es pura ilusión y fantasmagoría, y hasta la misma ilusión es ficticia:

«¡Todo es mentira y vanidad, locura!»
«Delirio son engañoso
sus placeres, sus amores;
es su ciencia vanidad,
y mentira son sus goces:
¡sólo es verdad su impotencia,
su amargura y sus dolores!»
«Sueño son los deleites, los amores,
la juventud, la gloria y la hermosura;
sueños las dichas son, sueños las flores,
la esperanza, el dolor, la desventura:
triunfos, caídas, bienes y rigores
el sueño son que hasta la muerte dura,
y en incierto y continuo movimiento
agita al ambicioso pensamiento» (2).

Y exclama en *El Estudiante de Salamanca:*

«¡Ay! el que descubre por fin la mentira;
¡ay! el que la triste realidad palpó,
el que el esqueleto de este mundo mira,
y sus falsas galas loco le arrancó...»,

haciendo, por último, esta soberbia declaración en las vibrantes estrofas: *A Jarifa en una orgia:*

«Yo me arrojé cual rápido cometa,
en alas de mi ardiente fantasía:
doquier mi arrebatada mente inquieta
dichas y triunfos encontrar creía.

(1) Págs. 72 y 199.
(2) Págs. 167, 161, 181 y 182.

Yo me lancé con atrevido vuelo
fuera del mundo en la región etérea,
y hallé la *duda*, y el radiante cielo
vi convertirse en ilusión aérea.
Luego en la tierra la virtud, la gloria,
busqué con ansia y delirante amor,
y hediondo polvo y deleznable escoria
mi fatigado espíritu encontró.
Mujeres vi de virginal limpieza
entre albas nubes de celeste lumbre;
yo las toqué, y en humo su pureza
trocarse vi, y en lodo y podredumbre.
Y encontré mi ilusión desvanecida
y eterno é insaciable mi deseo:
palpé la realidad y odié la vida;
sólo en la paz de los sepulcros creo» (1).

Ignoramos la finalidad de lo que nos rodea. Un destino, una fatalidad ineluctable nos encadena en la vida. La muerte es la única solución de nuestros males:

«UN CORO

Allá va la nave:
¿quién sabe dó va?
¡Ay! ¡Triste el que fía
del viento y la mar!

UNA VOZ

¿Qué importa? El destino
su rumbo marcó.
¿Quién nunca sus leyes
mudar alcanzó?
Allá va la nave;
bogad sin temor,
ya el aura la arrulle,
ya silbe Aquilón.»

(1) Págs. 124 y 99.

«Vamos andando, pues, y haciendo ruido,
llevando por el mundo el esqueleto
de carne y nervios y de piel vestido,
¡y el alma, que no sé yo dó se esconde!...
Vamos andando sin saber adónde.»
«Yo indiferente sigo mi camino
á merced de los vientos y la mar;
y entregado en los brazos del destino,
no me importa salvarme ó zozobrar» (1).

Los versos más hermosos, más delicados, más profundamente sentidos y bellamente expresados que pueden leerse en Espronceda, y estoy por decir que en literatura alguna, son aquellos en que la Muerte hace su presentación al protagonista de *El Diablo Mundo*. ¿Quién no los recuerda y no los repite?:

«Débil mortal: no te asuste
mi oscuridad ni mi nombre;
en mi seno encuentra el hombre
un término á su pesar.
Yo compasiva le ofrezco
lejos del mundo un asilo,
donde á mi sombra tranquilo
para siempre duerma en paz.
.....
.....
En mí la ciencia enmudece,
en mí concluye la *duda*,
y árida, clara, desnuda
enseño yo la verdad;
y de la vida y la muerte
al sabio muestro el arcano,
cuando al fin abre mi mano
la puerta á la eternidad.
Ven, y tu ardiente cabeza
entre mis manos reposa:

(1) Págs. 155, 201 y 97.

tu sueño, madre amorosa,
eterno regalaré;
ven, y yace para siempre
en blanda cama mullida,
donde el silencio convida
al reposo y al no ser.
Deja que inquieten al hombre,
que loco al mundo se lanza,
mentiras de la esperanza,
recuerdos del bien que huyó;
mentira son sus amores,
mentira son sus victorias,
y son mentira sus glorias
y mentira su ilusión» (1).

*
* *

He ahí, según yo alcanzo á resumirle, el pensamiento de Espronceda, pensamiento melancólico, pensamiento lúgubre si queréis, pero sugestivo, profundo y verdadero. No es en la hora en que el sol meridiano hiere nuestras frentes cuando nos sentimos inclinados á la meditación; es en el momento del crepúsculo, cuando las sombras nocturnas se apoderan calladamente del espacio, cuando la frialdad encoge á la tierra, cuando el silencio y la quietud sustituyen al bullicio y al movimiento. ¡De la misma suerte que acabó el día, acabará nuestra corta vida y la exigua duración de los seres que nos rodean! Entonces el hombre comprende lo transitorio de sus dichas y lo irrealizable de sus anhelos, despertando á la reflexión, como despierta Adán en el último canto de *El Diablo Mundo* al contemplar atento, con angustia y dolor indefinibles, el cadáver de la pobre Lucía.

Ese pensamiento era también el de los viejos ascetas buddhistas (cuya doctrina ha resucitado en parte Schopenhauer), cuando decían: «Ni en el reino de los aires, ni en medio del mar,

(1) Págs. 172 y 173.

ni aunque penetres en los agujeros de las montañas, encontrarás sobre la tierra un lugar adonde no te alcance el poder de Mâra *(el demonio tentador)*.—De la alegría nace el dolor: de la alegría nace el temor. Aquel que está libre de alegría, para aquel no hay dolor; ¿de dónde había de venirle temor?—Del amor nace el dolor; del amor nace el temor. Aquel que está libre del amor, para aquel no hay dolor; ¿de dónde había de venirle temor?—El que baja los ojos sobre el mundo como si viese un globo de espuma, como si mirase un sueño, aquel escapa á los ojos de la soberana Muerte» (1).

Tal pensaban igualmente los demás románticos, aunque ninguno de ellos fuese tan enérgico, tan profundo, tan incisivo ni tan vibrante como Espronceda. Su amigo y discípulo, el que cantó su gloria al borde de su tumba (como Zorrilla junto á la de Larra), el melancólico y delicadísimo Enrique Gil, escribió también:

«Para baldón y vergüenza,
la juventud hoy comienza
do paró vuestra vejez;
mas ¡ah! que en nosotros falta
vuestra hidalguía tan alta,
y fama, y valor, y prez.
Y falta vuestra inocencia,
y pundonor, y creencia,
y religiosa piedad,
y vaga el hombre inseguro
por el crepúsculo oscuro
de la duda y vanidad.
Y no hay estrella en sus mares,
ni esperanza en sus cantares,
ni en su mente porvenir,
porque el mundo que le engaña
en su corazón empaña
el espejo del sentir.
.....

(1) *Dhammapada*, trad. Oldenberg.

Vemos arenal tendido,
y pálido y desabrido,
que es forzoso atravesar,
sin árboles ni verdura,
sin una corriente pura
donde la sed apagar» (1).

El mismo Zorrilla, que vale incomparablemente más como poeta legendario y épico que como lírico, decía en *Las hojas secas*, comulgando en las propias ideas:

«Como esas hojas marchitas,
no volverán á su rama:
el cierzo las desparrama,
la lluvia las pudrirá.
Como el bosque queda triste,
y silencioso y desnudo,
seco, y solitario y mudo
mi corazón siento ya.
.....
Eso son nuestras creencias,
nuestras miseras ficciones:
eso son nuestras pasiones,
nuestra vida terrenal:
nacen, dan sombra un instante,
suenan, se mecen, se cruzan,
caen, ruedan, se desmenuzan,
y las lleva el vendaval.»

Y un pesimismo semejante se observa en otro patriarca del romanticismo, el duque de Rivas, cuando canta en bellísimas estrofas la *brevedad de la vida*, aunque D. Angel de Saavedra fuese hombre muy creyente en Dios y en el amor. Pero nadie como él ha trasladado al arte, en las escenas de su

(1) *Poesías líricas* de Enrique Gil. Madrid, Medina y Navarro, *sin a.*, páginas 92, 93 y 95. Véanse también las págs. 75, 79, 87, 88 y 89.

Don Alvaro, aquella fatalidad que según Espronceda rige al hombre, aquella Ἀνάγκη, que Víctor Hugo vió grabada en los sillares de Nuestra Señora de París.

*
* *

Se ha discutido la *originalidad* de Espronceda. Se ha hablado de Goethe, de Byron, de Heine, de Milton, de otros varios poetas, en cuyas obras pudo inspirarse. Cierto que las reflexiones de aquel viejo que anhelante lee, á la melancólica luz del quinqué, se parecen un tanto á las del Doctor Fausto, sentado ante su pupitre y proclamando:

«Dafür ist mir auch alle Freud entrissen,
Bilde mir nicht ein, was Rechts zu wissen,
Bilde mir nicht ein, ich könnte was lehren,
Die Menschen zu bessern und zu bekehren.»

Cierto que aquella Voz que se lamenta:

«Errante y amarrado á mi destino,
vago solo y en densa oscuridad.
¡Siempre viajando estoy, y mi camino
ni descanso ni término tendrá!»

trae á la memoria las palabras del Espíritu:

«¡In Lebensfluten, im Thatensturm
Wall ich auf und ab,
Wehe hin und her!
Geburt und Grab,
Ein ewiges Meer,
Ein wechselnd Weben,
Ein glühend Leben,
So schaff ich am Sausenden Webstuhl der Zeit
Und wirke der Gottheit lebendiges Kleid.»

Pero ¡cuánta diferencia entre ambas concepciones! Goethe aprovecha la tradicional leyenda del Doctor Fausto, vulgarizada en la época del Renacimiento, y conocida desde el si-

glo XVI en España, y toma por punto de partida el consabido pacto con Mefistófeles. En *El Diablo Mundo* no existe pacto de ninguna especie. Fausto rejuvenece de cuerpo, pero no de espíritu, mientras que el Adán de Espronceda es un hombre nuevo, que ni siquiera conoce el uso de la palabra. Y, por lo demás, las diferencias de plan son enormes y notorias.

Claro es que no se pueden negar en las obras de Espronceda ciertas reminiscencias exóticas. Los poemas del falso Ossian, entonces tenidos por auténticos, entusiasmaron á la generación á que Espronceda pertenecía, por lo mismo que revelaban la rudeza y virilidad de aquellos pueblos bárbaros, cuyas leyendas hoy nos encantan en los *Mabinogion*, y traían á la memoria las auras frescas y confortantes de una naturaleza primitiva. El propio Espronceda compuso *Oscar y Malvina*, declarando llanamente que se trataba de una «imitación del estilo de Ossian» (1). El romance *El hacha del rey* recuerda el ambiente de *Ricardo en Palestina*, de Walter Scott, cuyas novelas inmortales se traducían y leían entonces en España. Que conocía Espronceda á Byron, y que le admiraba, también es notorio, puesto que dos versos del canto IV de *Don Juan* sirven de lema á la parte segunda de *El Estudiante de Salamanca;* aparte de lo cual, ya es hecho advertido que la *Canción del pirata* recuerda *The Corsair,* de Byron, y que la carta de Elvira es casi una versión de la de Julia (en el canto I del *Don Juan*). Pero ahí acaban las *imitaciones*, y, por otra parte, tan general era la adoración á Byron en aquel tiempo, que ni Musset, ni Leopardi, ni Puchkine, ni Heine, se libran de ella. El mismo *Conde de Montecristo*, de Dumas, no es otra cosa que una variante del *Don Juan,* y Haidée es uno de sus personajes principales, como lo es en el poema inglés.

El espíritu del romanticismo era un espíritu de rebeldía, y en todos sus representantes había de resaltar, por consiguien-

(1) También Byron escribió *La muerte de Calmar y de Orla*, declarándola «imitación de Ossian».

te, el *Donjuanismo*. Mas en materia de imitaciones, lo mismo en poesía que en música, en filosofía y en cualquier otra esfera de la actividad humana, me siento inclinado á otorgar patente de *originalidad* á cuanto no sea una desenfadada *copia*; porque de otra suerte, ¿qué quedaría de los autores más ilustres, no habiendo, como no hay, nada nuevo debajo del sol? ¿Qué hubiese hecho Shakespeare si se le hubiera impedido tomar argumentos de novelas italianas ó de cronicones populares? ¿Es acaso la leyenda de Fausto *original* de Goethe? La originalidad no estriba en el tema, sino en la manera de tratarlo, y en este sentido Espronceda lo es tanto como cualquier gran poeta del mundo, y aun harto más original que muchos grandes y celebradísimos poetas.

Pero es además español, y de cepa muy neta y muy castiza. Por lo pronto, la tradición que recogió en *El Estudiante de Salamanca*, y que también aprovechó Zorrilla en *El capitán Montoya*, no podía ser más de la tierra. Constaba parcialmente en el *Jardín de flores curiosas* (1570), de Antonio de Torquemada, y en la comedia de Lope *El vaso de elección, San Pablo* (recientemente descubierta y publicada por el Sr. Menéndez y Pelayo), y pudo leerla además en los romances de *Lisardo, el estudiante de Córdoba*, que después incluyó Durán en su *Romancero*, y en las conocidísimas y pesadísimas *Soledades de la vida y desengaños del mundo* (1658), del Dr. D. Cristóbal Lozano. Y fué tan brillante, y tan poética, y tan esplendorosa, la forma que Espronceda supo dar á esa leyenda, que descuella como clásico tipo entre todas las demás derivaciones. No dudo de que si se trasladase al teatro, como podría y debería hacerse si nuestros actores y empresarios sintiesen el amor al arte que tanto se echa de menos en tierra de garbanzos, se notaría cuánto debe el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, publicado en 1844, al *Estudiante* de Espronceda (impreso en 1840), y cómo sin éste es muy probable que aquél no se hubiera escrito nunca. Aparte de lo cual, se observaría también cuán lógico y cuán sostenido es el carácter de Don Félix, rebelde desde el

principio hasta el final, insensible al amor puro y al dolor profundo, y cuán enérgico es su contraste con el botaratesco y dulzaino *Don Juan*, que comenzando en Petronio acaba en San Agustín, y á quien saludará con amargura Don Félix desde las calderas del infierno, donde igualmente se anda tostando Elvira, mientras Tenorio y Doña Inés gozan de las bienaventuranzas celestiales, por haberse acordado á última hora de cumplir con ciertos requisitos de procedimiento canónico.

No discutiré yo aquí (ni éste es lugar adecuado para ello) si la leyenda de Don Juan es castiza y genuinamente española, ó importada á nuestra patria de otras regiones. En esa leyenda existen varios temas poéticos que deben distinguirse y clasificarse para estudiar sin confusión los orígenes; pero entiendo que el tipo de Don Juan es de todos los tiempos y de todos los pueblos, que le han personificado por la misma razón que personificaron universalmente al genio del mal, aunque después en cada pueblo y en cada tiempo haya revestido apariencias diversas. Espronceda tomó de la tradición de su tierra la leyenda del hombre que presencia su propio entierro, como Tirso y sus sucesores se fijaron en la tradición del convite fúnebre (1); pero el tipo en sí mismo es tan antiguo como el mundo, y no es necesaria gran erudición para encontrar sus rasgos fundamentales de rebeldía, valor, arrogancia y escepticismo desde las más remotas épocas (2).

---

(1) Véase el admirable libro de D. Víctor Said Armesto, *La leyenda de Don Juan*; Madrid, 1908.

(2) Sin olvidar, por lo que á España respecta, esta distinción hábilmente trazada por D. Rafael Salillas: «Los dos Juanes (*el de Zorrilla y el de Tirso*), no solamente son literariamente hijos de distinto padre, sino que evolutivamente, dentro de la evolución natural, pertenecen á dos familias naturales y literarias. El de Zorrilla debiera llamarse, como Francisco Esteban, *Don Juan Tenorio el Guapo*, porque pertenece, como Don Luis Mejía, á la familia de nuestros matones. El de Tirso se podía llamar *Don Juan Tenorio el Sátiro*, porque ésta es su familia, renaciente en el tipo del *Burlador*». *Poesía matonesca* (*romances matonescos*); New York, París, 1907; *Revue Hispanique*, pág. 20. El *Don Juan* de Espronceda, como el de D. Antonio Zamora y el de Zorrilla, pertenece al tipo matonesco.

No sólo es español Espronceda por la tradición que elige para su *Estudiante;* no sólo lo es por haber cantado glorias nacionales, como *Pelayo* y el Conde Lozano (en *El Templario*), sino que el mismo argumento de *El Diablo Mundo* está revelando un español de raza. Procuraré demostrarlo, porque no falta quien niegue semejante hecho, ó por lo menos ponga en duda la posibilidad de su prueba.

A pesar de no estar terminado el poema; á pesar de lo inarmónico del plan, para mí es indudable que Espronceda le tuvo, aunque no llegase á desarrollarle por completo. Él ya expresa su propósito con toda claridad:

«Nada menos te ofrezco que un poema
con *lances raros* y revuelto asunto,
de nuestro mundo y sociedad emblema,
que hemos de recorrer punto por punto.
Si logro yo desenvolver mi tema,
fiel traslado ha de ser, cierto trasunto,
de la vida del hombre y la quimera
tras de que va la humanidad entera.»

Después, su método puede sintetizarse en los siguientes conceptos:

A) Introducción.—Se describe el confuso espectáculo del mundo; las batallas de la carne y del espíritu, del bien y del mal; las dudas y contradicciones que asaltan y atribulan á la mente humana.

B) *Canto I.*—Presentación del viejo, desengañado de la Vida, pero lamentando más aún la proximidad de la Muerte, que en visión contempla. La diosa de la Vida se le aparece y le otorga la inmortalidad.

C) *Canto II* (*A Teresa*).—El mismo Espronceda declara que este canto es anecdótico, y representa un desahogo lírico de su corazón.

D) *Canto III.*—El viejo renace bajo la forma de Adán, y viene al mundo *como el primer hombre*, sin lenguaje, sin vesti-

do y con ansias efusivas de libertad y de acción. ¡Y aquí comienzan los desengaños! Su desnudez constituye un atentado á la *moralidad* pública, y el inocente Adán, que contra nadie va y á quien sólo produce regocijo el brillante espectáculo de la Naturaleza, recibe golpes y pedradas de sus prójimos, y paga sus desmanes dando con los huesos en la cárcel.

E) *Canto IV.*—Adán se educa en la prisión, y son sus maestros los criminales. Nació para el bien, y la sociedad le alecciona en el mal.

F) *Canto V.*—Siente amor, y sólo halla impureza y hedionez; quiere grandeza, y sus circunstancias le rebajan al crimen.

G) *Canto VI.*—Adán prosigue su camino de dolores. El espectáculo de la muerte de una desdichada, le hace pensar en los misterios de la vida y razonar por cuenta propia:

«Sueños de su confuso entendimiento
su mente asaltan, y, *por vez primera*,
Adán súbito siente,
volar queriendo, sin saber adónde,
del corazón ardiente
la perpetua ansiedad que en él se esconde.»

Y aquí queda en suspenso el poema, en el momento en que el protagonista era ya un mortal como los demás y podía comprender con acierto sus vicios y sus virtudes. Como se ve, la idea se desarrolla con cierto plan, á pesar de las digresiones (que existen en *El Diablo Mundo*, como en el *Fausto*, en el *Paraíso perdido*, en la *Ilíada* y en cualquier otro poema, y á las que Espronceda era muy inclinado, por ser su condición, al revés de la de Zorrilla, más bien de poeta lírico que de épico).

Ahora bien: la idea madre de *El Diablo Mundo* es eminentemente española. Ya en el siglo XII la acoge un pensador de raza oriental: Abucháfar Abentofáil (m. 1185) en su novela psicológica: *El viviente, hijo del vigilante,* cuyo héroe viene al mundo y llega al uso de la razón sin lenguaje articulado, que poco á poco va dándose cuenta de los problemas y dolores de

la vida, y á quien también incita á meditar el espectáculo de la muerte. Reproduce luego la misma idea un moralista ilustre de nuestra patria (admirado y traducido al alemán por Schopenhauer), Baltasar Gracián (1601-1658), en su *Criticón*, cuyo Andrenio se parece extraordinariamente al Adán de Espronceda, y en cuyas páginas se leen, entre otras, estas interesantes consideraciones: «Entramos todos en el Mundo con los ojos de el alma cerrados, y cuando los abrimos al conocimiento, ya la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean, no deja lugar á la admiración. *Por esso los varones sabios se valieron siempre de la reflexión, imaginándose llegar de nuevo al Mundo, reparando en sus prodigios, que cada cosa lo es, admirando sus perfecciones y filosofando artificiosamente*» (1).

***

En conclusión: Espronceda es un romántico, con la más pura representación del tipo, y en cuanto romántico, pesimista; pero su pesimismo no es de los que desgarran, deprimen y sofocan, como el de Bartrina y, hasta cierto punto, el de Campoamor, sino de los que estimulan á la acción y al combate. Por eso dije que había en su romanticismo (de idea, no de forma) un fondo decididamente anarquista, y él propio lo declara y lo significa, tanto al colocar como lema de su *Estudiante* aquellas palabras inolvidables «sus fueros, sus bríos; sus prem áticas, su voluntad», con que pinta Don Quijote al caballero andante, como cuando enaltece al corsario, cuyo Dios es la libertad y cuyas leyes son la fuerza y el viento, ó sublima al cosaco que arrasa las naciones

«cual tromba que arrebata el huracán»,

ó irónicamente describe, en *El Diablo Mundo*, cómo

«Llega la multitud formando cola
al sitio en que se alzaba Mariblanca,

(1) Ed. de Barcelona, 1757, pág. 9.

y la nueva fatal de que tremola
yá su pendón, y que asomó una zanca
el espantoso monstruo que atortola
al más audaz ministro, y lo abarranca,
el *bu* de los gobiernos, la anarquía,
llegó aterrando á la secretaría.
Órdenes dan que apresten los cañones,
salgan patrullas, dóblense los puestos,
no se permitan públicas reuniones,
pesquisas ejecútense y arrestos,
queden prohibidas tales expresiones,
obsérvense los trajes y los gestos
de los enmascarados anarquistas,
y de sus nombres que se formen listas»;

añadiendo luego estas sabrosísimas estrofas:

«¡Oh cuadro horrible! ¡pavoroso cuadro!,
pintado tantas veces y á porfía
al sonar el horrísono baladro
del *monstruo* que han llamado la *anarquía*.
Aquí tu elogio para siempre encuadro,
que á ser llegaste el pan de cada dia,
cartilla eterna, universal registro
que aprende al gobernar todo ministro.
¡Oh, cuánto susto y miedos diferentes,
cuánto de afán durante algunos años,
con vuestras peroratas elocuentes
habéis causado á propios y aun á extraños!
Mal anda el mundo, pero ya las gentes
han llegado á palpar los desengaños,
y aunque cien tronos caigan en ruina,
no menos bien la sociedad camina.
¡Oh imbécil, necia y arraigada en vicios
turba de viejas que ha mandado y manda!
Ruinas soñar os hace y precipicios
vuestra codicia vil que así os demanda.

¿Pensáis tal vez que los robustos quicios
del mundo saltarán si aprisa anda,
porque son torpes vuestros pasos viles,
tropel asustadizo de reptiles?
¿Qué vasto plan, qué noble pensamiento
vuestra mente raquítica ha engendrado?
¿Qué altivo y generoso sentimiento
en ese corazón respuesta ha hallado?
¿Cuál de esperanza vigoroso acento
vuestra podrida boca ha pronunciado?
¿Qué noble porvenir promete al mundo
vuestro sistema de gobierno inmundo?
Pasad, pasad como funesta plaga,
gusanos que roéis nuestra semilla;
vuestra letal respiración apaga
la luz del entusiasmo, apenas brilla:
pasad, huid, que vuestro tacto estraga
cuanto toca, y corrompe, y lo amancilla;
sólo nos podéis dar, canalla odiosa,
miseria y hambre y mezquindad y prosa.»

El anarquismo empezaba á ser por entonces el terror de los gobernantes, como el romanticismo era el terror de los clásicos. Por aquellos días, discutiéndose en el Senado la famosa cuestión de la regencia, el general D. Antonio Seoane, «con su lenguaje sibilítico y asustadizo, anunció el desembarco de 400 puñales (*hoy serían bombas*), procedentes de Génova, los cuales se habían repartido (decía él) entre los *anarquistas*, gente feroz y desalmada, cuya palabra sacramental es el *asesinato*, y que á puñaladas había de trastornar los fundamentos del orden social y derrocar la Constitución del Estado» (1). Por aquellos días también, los clásicos trasnochados se horrorizaban de que hubiese quien sacase á plaza fatalidades inflexibles, pasiones desenfrenadas, fealdades disformes, tumbas profanadas, fúnebres esqueletos y sombras temerosas. Y sin

(1) J. Segundo Flórez: *Espartero;* Madrid, 1845; tomo IV, pág. 39.

embargo, todo ello respondía, más ó menos arbitrariamente, á un anhelo infinito de expansión y de libertad.

Esto dice y esto siente Espronceda; y como no quiero extralimitarme de mi asunto, no me entretendré en comentarios. Sólo haré una ligera consideración: días hace que en letras de molde he leído con regocijo que hoy hay realmente libertades políticas en España. Pues bien: supongamos que cuatro mozalbetes, en lugar de atusarse la melena ó de hacer antesala en un ministerio ó en una redacción, se divierten ahora, como Espronceda, Vega y Escosura en 1823, en fundar una sociedad como los *Numantinos;* ó supongamos que Espronceda, en vez de escribir esos conceptos en 1840, lo hubiese hecho en el año feliz de 1899. Pues en lugar del destierro á Guadalajara, la autoridad podría aplicarles muy lindamente el artículo 4.° de la ley de 2 de Setiembre de 1896, y ¡adiós *Numantinos* y *Diablo Mundo!* ¡No volveríais á pasearos por la Península Ibérica ni por sus adyacentes islas!

¡Pero, en cambio, podríais trataros mal los unos á los otros, y poneros de oro y azul, y aun mentar vuestras respectivas familias, no por si tú eres progresista y yo soy reaccionario, ni por si tú eres creyente y yo soy ateo, ni por si tú gustas de Luis Felipe y yo de María Cristina, sino por si tú eres de Castilla y yo soy de Cataluña, por si tú hablas vizcaíno y yo castellano, por si allá en el siglo XIII eran tus antecesores los que pagaban tributo á los míos, ó eran éstos tributarios de los tuyos; porque hoy se ha progresado mucho, y nacemos con ciencia infusa y peregrina, y lo trascendental está resuelto, y no padecemos en el destierro como vosotros, ni llegamos á Lisboa con un duro como Espronceda, ni perecemos en Berlín como Enrique Gil, ni corremos peligros de muerte como el duque de Rivas, ni cantamos á Torrijos, ni á Chapalangarra, ni al 2 de Mayo, ni á Bailén, ni á los Arapiles, sino á Pierrot, á Kempis, á la senectud, á la lujuria, á la fe y á los palillos de dientes, y el ritmo que tú llamabas «alma del mundo» nos tiene perfectamente sin recelo! ¡Vosotros erais ro-

mánticos y bohemios, y retabais á Dios y á Lucifer, y se os daba un bledo el pagarlo con las setenas, porque amabais la libertad, y os apresurabais á merecerla y conquistarla á la edad en que nosotros empezamos el bachillerato! ¡¡Nosotros también la queremos y la deseamos; pero no podemos arriesgar nada para lograrla, porque nuestros nervios son tan sutiles y delicadísimos, transmiten tal número de minúsculas sensaciones que vosotros no comprendíais, que necesariamente hemos de limitarnos al adorable y *arbitrario* círculo de lo pequeño!!

Adolfo Bonilla y San Martín

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

CUADROS RELIGIOSOS DE LOS ULTIMOS TIEMPOS

LA CORONACIÓN DE MARÍA

Por aquellos años halló el pintor de la corte nueva ocasión para tratar asuntos religiosos. En este tercero y último grupo de sus obras religiosas encontramos dos lienzos muy característicos.

La Coronación de Nuestra Señora estaba destinado al oratorio de la nueva reina Mariana, á quien se debía presentar con un trabajo original (1). Un asunto que parecía exigir un procedimiento simbólico-musical, que era más propio de la Edad Media, con sus formas típicas, solemne y magnífica pompa, tronos y capas pluviales, que de la pintura realista del siglo XVII, que con certero tino escogía como accesibles las escenas más populares de Belén, la Pasión y las historias de monjes. Sólo los maestros del movimiento, de los éxtasis y del claro oscuro, como Correggio en la tribuna de San Giovanni, sabían hacer de estos Misterios, grandes creaciones en su género. Murillo no pintó nunca la Coronación de María de manera más notable.

(1) 1,74 × 1,34. Con el cuadro *La Trinidad* se menciona en los inventarios el presente.

Velázquez pensó muy detenidamente las condiciones de esta imagen. No se le podía ocultar que en tal ceremonia en las nubes serían inoportunos los detalles realistas, que se debía mostrar á los fieles la escena tradicional vivificada y renovada menos por estudios del natural que por la nobleza de las formas, elevación y dignidad del sentimiento, sencillez y proporción y seria sinfonía del color. Como en otro tiempo Rafael, abandonó en la Transfiguración el procedimiento dramático de los cartones y volvió á la simetría del bizantinismo. La Reina de los Cielos está sentada en el centro; un poco más arriba, y en segundo término, Cristo y el Eterno Padre. Por tanto, resulta una disposición poco pictórica tomada de la escena en que la coronada se vuelve á las Majestades del cielo para hacerse más visible á los devotos. La indumentaria medioeval ha desaparecido por completo; los ropajes son sencillos; en vez de la corona de oro, una guirnalda de rosas.

Se ha tratado de dar á la Madona toda la nobleza de la apariencia femenina. Las facciones son más suaves que las de la Epifanía, la mirada altiva, la expresión de graciosa simpatía. En ella se mezclan el santo gozo, la sorpresa y la gratitud. Puede decirse que así se habría conducido una castellana en semejante situación; su principal pensamiento hubiese sido mostrar la expresión y la actitud apropiadas al caso; adopta la dignidad de su nueva jerarquía. Las sombreadas pestañas, inclinadas, recuerdan la gracia de otros tiempos, pero sólo para hacer sensible su ausencia. Fuertes cejas y ojos grandes, nariz pequeña, dulce boca, negros cabellos ondulados y sueltos, muy traídos sobre las sienes y dibujando el óvalo de la cara, dan á la cabeza algo del gusto del modelo.

Pero falta aquel no sé qué que idealizaba los tipos ordinarios y deformes del siglo XV, transformándolas en Madonnas llenas de feminidad, á la cual deben su soberanía por la gracia del pueblo. Si se piensa en la Asunta de Tiziano, aparecerá bien distinta la diferencia entre el espíritu del arte italiano y el del español, en el cual la etiqueta se introduce hasta en el cielo.

La expresión está encomendada á la mímica de las manos. La derecha toca al pecho, la izquierda se extiende en dirección horizontal como esperando el solemne momento. A nosotros nos aparece esta mímica en toda su gracia fría y melodramática; pero en España estos ademanes son muy corrientes y se observan aun en la conversación ordinaria. Las manos son de hermosa perfección, de encantadoras curvas y delicados movimientos. Así las encontramos en aquel ingenioso observador de la vida española, Domenico Greco. Si se observa con detenimiento, se verán reminiscencias de este pintor en la composición y ropajes, en el colorido y en las luces.

El Cristo recuerda al del Crucifijo de San Plácido; también aquí penden los grandes bucles oscuros, los de la derecha recogidos detrás de la oreja, los de la izquierda caídos y suministrando fondo para el noble perfil del rostro. La mirada es de seriedad melancólica. Esta figura inclinada podría servir para el interrogatorio ante el Supremo Sacerdote.

En el «Padre de los días», como en el libro de Daniel se llama á Jehová, es realista como Zurbarán. Mientras Pacheco exigía un hombre de bella contextura y sin calva (Arte, II, 178), eligió Velázquez un anciano de pelo gris, que aprovechó después como más adecuado para San Pablo el Ermitaño. Párpados enrojecidos, boca desdentada, nada de espiritualidad en las secas facciones.

En lo que respecta al ropaje y colores, está tratado del modo más original. En los cuadros de la Trinidad solía representarse la primera persona con manto pontifical y á Cristo como resucitado, desnudo de medio cuerpo y con la herida del costado visible. Aquí en cambio ambas Personas visten larga túnica y manto, los cuales, con sus grandes masas plegadas, perjudican el efecto solemne. Se cree ver la prueba fatigosa del maniquí, pues tales mantos no se llevaban en España; pero había que evitar como profana la semejanza con la callejera *capa*. El ropaje de la Madona es más sencillo.

Estas importantes masas de tela tienen tres notas: las lar-

gas túnicas de los hombres, violeta; sus mantos, de carmín purpúreo; el vestido de la Virgen, rojo y azul corrientes. El violeta se ha obtenido sobre el carmín por una capa azulada. Triada sin ejemplo en la nueva pintura. Velázquez prefería estos colores de los lados frío y oscuro de la escala para llegar al tono fundamental de solemne seriedad; el simbolismo eclesiástico los hubiera elegido antes para una ceremonia fúnebre que para la coronación de la Virgen. El violeta azul y rojo púrpura dan por su proximidad la más fuerte mezcla de tonos. Violeta y azul, violeta y rojo son considerados como de contraste peligroso. Asimismo la conjunción del azul y del rojo, favorita del arte antiguo, es por lo menos una gradación poco feliz. Estos inquietos tonos no están interrumpidos por ninguna sombra neutral; en vano buscan los ojos alivio en algún cálido contraste; hasta el blanco helado de las nubes contribuye al desagradable efecto de frialdad del conjunto (1). Pero justamente estas anomalías parecen haber contribuído recientemente á la popularidad del cuadro, especialmente entre los pintores.

LOS ERMITAÑOS

Más feliz fué Velázquez en su probablemente último cuadro religioso (único de monjes), la visita de Antonio Abad á Pablo el Ermitaño. Fué destinado este cuadro para el altar del oratorio de la Ermita de San Antonio en el Parque del Buen Retiro, fundación de portugueses; fué colocado en el año 1659.

(1) Las doctrinas de la armonía en el color no eran desconocidas de los españoles. Palomino pone el rojo y el violeta como ejemplo de *mala vezindad* (II, 135). Un crítico de la *Quarter Review* (1872) cita en cambio el tono de nuestro cuadro como más caliente; otros, Stirling «brighter in hue», como usual. Pacheco, en el capítulo sobre la Trinidad (II, 178), aconseja para la primera persona un alba con luces blancas y toques lila (*colombrino*), manto de brocado ó de un color serio, túnica azul claro y manto violeta clara; para Cristo el manto rojo.

El cuadro tenía un magnífico marco dorado, entonces algo extraordinario, con esquinas talladas en redondo, que después se cambió por uno rectangular, llenándose los ángulos con color (1).

Los ancianos eremitas del desierto eran tema predilecto de tiempos de la decadencia de Tintoretto y del joven Palma y aun de Guido y Rubens. Estos abuelos del ascetismo espiritual daban una sensación demasiado material; eran trozos de bravura que representaban lo perecedero de la envoltura mortal. Sus poderosos esqueletos vestidos con la rugosa piel de la ancianidad, la visible maceración de la carne, resistencia contra el terror del desierto, contra el diablo y el paroxismo visionario. Los Gabinetes de todos los países se disputaban los San Jerónimos y Antonios que aparecían en Nápoles de la manufactura del Españoleto.

Velázquez utilizó modelos parecidos á los del Españoleto, pero siguió un camino propio. Subordinó contra su costumbre los patriarcas al paisaje, proponiéndose así hablar á la imaginación, tanto por el escenario como por las figuras y los gestos. Por aquella naturaleza en que se desarrollaron los éxtasis de los esenios y anacoretas, esta adaptación de la religión al desierto por un *milieu* en el cual pareciesen naturales las insignes extravagancias de los héroes del Renacimiento. Representa el cuadro la visita por indicación divina del nonagenario Antonio á su colega Pablo, de ciento trece años, hasta entonces desconocido de él. En la extrema miseria de su vida se le hizo ver que había una vida más perfecta que la suya. Pablo el Tebano habitaba desde la persecución de Diocleciano en una caverna; una palmera le proporcionaba alimento, sombra y vestido. Transcurrieron noventa años sin que los hombres supiesen de él... Antonio llegó á la hora de su muerte (2).

---

(1) El boceto del Louvre (núm. 286) era una copia reducida; hoy en Piccadilly. Mr. Beaumont.

(2) Karl Hase, *Historia de la Iglesia*, 74.

Ambos están sentados delante de la caverna, sobre unas piedras, cerca del manantial. Su conversación es interrumpida por la aparición del cuervo con el pan en el pico, que durante sesenta años pone diariamente á los pies del santo; esta vez la ración es doble. El cuervo desciende del de Elías. En la ósea figura de San Pablo se lee la suma vejez y su salvaje aislamiento; el San Antonio (menos favorecido) está más cerca de la civilización, como demuestran sus vestiduras. Los brazos levantados con las manos juntas, el brillo de sus ojos, expresan agradecimiento y hambre; Antonio está todo maravillado. Velázquez es aquí, como siempre, el maestro de las adecuadas actitudes que no expresan nunca ni más ni menos de lo que deben expresar. Las vivas así como también pictóricas actitudes del Españoleto en el espíritu de Miguel Angel, parecen á su lado convencionales. Sólo en las vestiduras deja de ser exacto. Pablo, que se presenta aquí sentado con una blusa blanca sin mangas, ajustada á la cintura con una cuerda, llevaba un traje de hojas de palma (lo cual sabía ya Don Quijote). Antonio, con túnica blanca y capa negra, debía llevar una pelliza de oveja y una capucha de paño burdo.

En el segundo término y en el fondo ha diseminado las transformaciones de la vida del Santo Antonio, según la leyenda medioeval y el final de la piadosa novela. Encontróse en este viaje una porción de monstruos del desierto, centauros que el ciego paganismo veneró como semidioses. Primero un centauro, al cual preguntó qué camino debía seguir; después, un hombrecillo con pies de cabra, que se le representó como fauno y que le dió una misión—para los suyos. Después se le ve ante las puertas de la caverna—pidiendo que se le abran. Cuando el santo, por fin, cediendo á sus lágrimas, sale y reconoce al hombre, cuya visita le había prometido el Señor para antes de su muerte (la cual se acerca), le ruega que vaya á buscar el manto de San Atanasio. Cuando Antonio vuelve con éste, encuentra al santo muerto de rodillas, saca el cadáver y le reviste con el manto. Mientras canta los salmos é himnos de

rúbrica, aparecen piadosos lobos que abren una fosa, por lo cual reciben la bendición del santo (1).

La leyenda de los patriarcas de la vida monástica, como de los profetas sus modelos, había dado ocasión desde mucho antes á estudios de paisaje. Los monjes se adelantaron en mil años á los hijos del siglo en el gusto por las viviendas en románticas asperezas.

Pero no en todos los climas se pueden hacer estudios de ermitaños. En San Pedro de Gante se ve la misma visita en el gusto flamenco: aquí se contempla un exuberante valle con torres y palacio en el fondo, un río de riente y sosegado curso, y en fin, una populosa ciudad. ¿Qué necesidad tenía de molestarse aquí el cuervo? En el cuadro de Miron (Ermitage, 529), hay extendidos por el prado una infinidad de manjares delicados, si bien todos del género vegetariano. Ni los serios y solitarios bosques de Ruisdael cuadran á este asunto, que necesita amplitud de horizonte y la poesía del desierto.

Los abruptos taludes del Sur, con sus grandes líneas salvajes, donde la Naturaleza se ha sobrepuesto al hombre y á la civilización, son los únicos que dan la tonalidad apropiada para las leyendas de los esforzados campeones del ascetismo. Así pintaba Gaspard Dughet las historias de Elías y Elisa, en la iglesia de San Martino, en Monti de Roma. De la montaña de la Sabina procede el espíritu, cuyo lenguaje comprendían los videntes; allí caían las vendas de sus sentidos y adquirían el poder profético con que aparecían ante los reyes y naciones. Sobre estos feraces valles de cimas escarpadas, y aquellas llanuras silenciosas despobladas por la malaria, hay cierta sagrada solemnidad, en la cual parece revelarse de nuevo la divinidad de la Naturaleza, sin necesitar de aquellos fantasmas cuya desaparición arrancaba á Schiller sentimentales quejas.

(1) Un español, á quien encontré en el turbulento invierno de 1872 á 73, creía reconocer en este cuadro una visión del porvenir: el postrero día de España, en que el último carlista y el último republicano celebraban su banquete de reconciliación.

Aún más feraces, y semejantes á la Tebaida, son los despoblados de Castilla y Extremadura. Al abrigo de la sierra que le protege del mundo, hay un estrecho valle que una fuente convierte en oasis. Este verde valle, con sus boscajes y las aromáticas plantas de sus laderas, desemboca en una garganta umbría, sobre la cual se hallan suspendidas enormes masas de piedra calcárea, como desfiladero que conduce desde el mundo de la luz á la inaccesible mansión del renunciamiento, y que sólo tiene salida al mundo ultraterreno. Las masas rocosas del primer término, como muro ciclópeo, nos ocultan las dos terceras partes del paisaje. En ellas está la caverna del santo. La humedad rezumante ha dado á las rocas una capa de verdura. El pintor, para dar más vida al asunto, quiso utilizar un paisaje que conocía. En las formaciones rocosas, que por espacio de muchas leguas bordean el valle por donde cabalgó con frecuencia en el bosque de Balsaín á Segovia, se encuentran á menudo hendiduras que las aguas han agrandado hasta convertirlas en cavernas. Estas rodean las floridas márgenes del riachuelo Eresma, en el cual desemboca el arroyo Clamores.

En una de estas cuevas fué donde San Fruto, patrón de Segovia, después de dar todos sus bienes á los pobres, se ocultó; allí terminó su vida; allí solían ocultarse en tiempo de los moros los cristianos muzárabes. La palma con cuyas hojas se vestía Pablo, y que diera sombra á los dos ancianos, ha sido puesta arriba en un extremo á manera de emblema. En su lugar hay un esbelto olmo de menuda hoja, cubierto de yerba y de espinas, como dispuestas á defender el camino del Norte de España. El cielo atravesado por ligeras nubes, y en él un sol que abrasa la yerba y los cerebros. Un cielo propio del desierto que, despertando en el espíritu del hombre la representación de lo infinito, reduce lo temporal á la nada. Este firmamento, todopoderoso, da al cuadro un marco apropiado á su carácter.

El estilo es de indecible encanto. Sólo escribe así una mano

que ha ejercitado cuarenta años el pincel. Es el cuadro pintado con toque más fino de todos los suyos, terminado según el primer diseño y no tocado después; todos los efectos están obtenidos con un mínimum de aparato en el procedimiento y en el asunto. Sobre una tela fina en fondo blanco amarillento, han sido fijadas suavemente unas pocas tintas azules y pardas; con lo cual se ha obtenido lo que de otro modo apenas se obtiene después de repetidos lavados ó aplicaciones de la espátula. Pero lo más notable es, en esta falta de cuerpo de la capa pictórica, la precisión de las formas en las figuras, ropajes y hasta los arbustos. El dibujo se mueve debajo de los colores como palidecidos, como si se viera á lo lejos al través de una delicada gasa.

MITOLOGÍAS

También los últimos cuadros de esta clase parecen haber sido pintados para cumplir un deseo del rey; por lo menos, fueron destinados á dos locales creados ó reformados por el monarca: la Torre de la Parada y la Sala de los Espejos de Palacio. En el primero se encontraban Esopo y Menipo y un retrato del dios de la guerra, Marte; en el segundo, cuatro escenas de Venus y Mercurio. La Sala tomó su nombre de ocho espejos iguales, cuyo tamaño era, en nuestro concepto, muy pequeño, con marcos de ébano rematados por bronces dorados, figurando águilas que cubrían el mueble con sus alas. Estos espejos se pueden ver en los retratos de Carlos II y de su madre, de Carreño. A lo largo de la sala estaban los retratos de cinco Austrias: Carlos V; Felipe II con su hijo Fernando (nac. 1591) después de la batalla de Lepanto, de Tiziano; Felipe III en la Expulsión de los moriscos, de Velázquez, y Felipe IV de joven, por Rubens. A ellos se agregó más tarde el Carlos II de Carreño. Encima, y entre las ventanas y sobre los espejos, se colocaron escenas mitológicas, con otras del Antiguo Testamento. Allí se veían las cuatro furias (Sísifo y sus compañe-

ros), de Tiziano; cuatro lienzos de Tintoretto: Judith y Holofernes, Venus y Adonis, el Rapto de Elena, Píramo y Tisbe; tres escenas bíblicas de Pablo Veronés: Jacob y Raquel, Moisés salvado de las aguas, el Niño Jesús en el templo, la Fragua de Vulcano, de Bassano. Los últimos cuadros de Rubens fueron colocados en esta sala: Andrómeda, Hércules y Anteo, Robo de las Sabinas. Además Scævola, Aquiles y Deidamia, Jacob y Esaú, las Ninfas con el cuerno de la abundancia, el Sátiro dando de beber á unos leones. A estos extranjeros agregáronse dos españoles: Ribera, con Jael y Sirera, Sansón y Dalila (sobre las ventanas), y en modesto lugar Velázquez.

Rara colección por cierto: asuntos antiguos de la mano de los primeros naturalistas del siglo. Las historias del Viejo Testamento estaban elegidas y tratadas desde el mismo punto de vista novelístico alegórico.

De estos cinco lienzos del maestro se conservan aún: Marte, la Venus con el espejo, y el Mercurio y Argos. Apolo y Marsias, Venus y Adonis se han perdido.

MARTE

Para demostrar que Velázquez no tuvo éxito en las escenas mitológicas (un español dice que no acertó á tratar la colección de dioses porque era muy buen católico), se ha traído á colación principalmente á Marte. R. Ford halla en él las formas de un mozo de cordel gallego; un escultor ve en él un Hércules de circo deteriorado; un tercero le considera como un estudio de modelo cualquiera; á W. Burger le recuerda los flamencos de la decadencia.

Se puede colegir aproximadamente cómo le sobrevino esta idea.

Había visto en Roma al elegir moldes varias representaciones de Marte, y á tal estímulo quizá se deba el cuadro. Es un hombre completamente desnudo, con reluciente casco en la

cabeza; así se veía al dios en la Villa Medici en el grupo de Venus; en la Villa Borghese se hizo vaciar una estatua de mármol de esta clase (hoy en el Louvre). Representa al feroz dios de la guerra, al fogoso héroe homérico en reposo; así lo vió en estatua de la Villa Borghese, que se atribuye nada menos que á Skopas; también allí tiene la pierna izquierda puesta en la misma forma. Esta misma obra indicada como gladiador la llevó consigo en vaciado.

La expresión de descanso domina aquí. Ha tirado la armadura y las ropas, y se halla sentado en el borde de un lecho de campaña. Precisamente en la negligencia de la actitud se observa mejor que en la tensión de la lucha la expresión de poder de aquel cuerpo y su fuerza sugestiva. Hasta la mano derecha con el palo (¿un mango de hacha?) oculta debajo del manto. ¿Quién podría ver sin terror la mano derecha de Marte? Este manto rojizo resbala por ambos lados del cuerpo y se refleja en el escudo: un reflejo del «sangriento ángel exterminador» homérico.

En lo que se refiere á la forma, nadie hubiera esperado de Velázquez la copia de una estatua, pues sólo pudo pintar á Marte de haber encontrado un hombre que se pareciese al «homicida», pintado por los griegos. El dios de la guerra es descrito por los poetas como una figura grosera; los antiguos le atribuían una recia musculatura, fuertes espaldas, cabellos cortos y erizados. ¿Debemos vituperarle porque hallase el modelo del «demoníaco que no conoce ninguna ley» en una figura de los vagabundos de Wallenstein y Marradas? Es un cuerpo de «acero» (Iliada 5, 866), de potente pero proporcionada estatura; al igual que en el Hércules Farnésico, aparece el pecho como atenazado entre los brazos. Un cuerpo de más notable firmeza en la carne, y que al lado de las exageradas musculaturas en tensión de los Renacentistas y las hinchadas de Bernini tienen la excelencia de la perfecta verdad de la grasa y de la piel.

Tanto el sujeto como la manera de tratarlo son aquí más

en el sentido de los antiguos de lo que parece. La cólera se retrata en este semblante, que difiere del idealismo de los antiguos retratadores de dioses. Pero los «pequeños ojos y narices de alas abiertas» pertenecen á la fisonomía del dios de la guerra; y llegamos por fin al bigote, el cual no se puede negar que produce un efecto irresistiblemente bufo. Se reconoce aquí su despreocupación en la eliminación de los detalles inoportunos del modelo. Un griego le habría definido como un Marte de los celtas, no sólo por el bigote, que también solían usar los reyes francos.

El dorado del casco, profundamente metido, sombrea las facciones y contrasta con los ojos sin brillo; ni se puede distinguir si miran con amenaza ó con desprecio. Aquí debía indicarse lo siniestro de este demonio insondable. El sombreado del rostro por el casco, el brazo apoyado sobre la rodilla con la mano en la barba y el derecho pendiente, encuéntranse en el Pensieroso de Miguel Angel.

Los asuntos clásicos están hoy en mala situación. En el siglo de la pedantería, cuando en Madrid hasta «los lacayos hablaban en latín» (Quevedo), costaba ya trabajo poner nombres antiguos en un cuadro; hoy exhalan un soplo de tedio. Cuando el artista trata de vivificarlos con rasgos de naturalismo, hacen reir á los eruditos. Las figuras antiguas de Velázquez no son más bufas que las de Rubens ó las del Renacimiento.

El color y el tono aparecen ya en otros trabajos de esta década. El rojo violeta del manto con sus toques blancos no cuadra con el tono de la carne ni con el azul del paño de la cintura. Algunos han encontrado aquí «monotonía» ó «tono de fresco», mientras otros encuentran en ello lo único bueno del cuadro en «ciertas cualidades del tono». Muy discretamente ha colocado el pintor las piezas de acero oscuras, bruñidas y doradas, en la cabeza y los pies de la figura.

El Marte es citado por primera vez en el inventario de la Torre de la Parada, hecho á la muerte de Carlos II, en el octavo cuarto al lado de Zetis y Pedro de Rubens, y entre Esopo

y Menipo, tasados cada uno en cincuenta doblones. Debió, pues, de ser pintado para dicho palacio. El feroz guerrero se veía así entre dos sabios indigentes, imagen del destino de la ciencia en los tiempos belicosos.

El Instituto de Gijón posee un cuidado dibujo en rojo de indudable autenticidad, que no es otra cosa que un estudio del mismo modelo (1). La posición varía un poco. La pierna izquierda, sobre la que se apoya el codo, está sobre la otra; la cabeza, bastante inclinada á un lado, descansa en la palma de la mano; los ojos están cerrados. El modelo, aburrido, se durmió; el pintor dibujó en esta posición que le interesaba, porque no se perdía el punto de gravedad por que el modelo durmiera. Al mismo tiempo que la cabeza ofrece el perfil, el tronco muéstrase completamente de frente; el busto aparece en toda su poderosa amplitud.

MERCURIO Y ARGOS

Entre las ventanas de la Sala de los Espejos encuéntrase este cuadro como pareja del Apolo y Marsyas (2). Ambos, asuntos favoritos, como clásicos relatos de sangre y á causa de su fecundidad alegórica. Lope, en el «Peregrino», nos conduce á la prisión de un hidalgo en Barcelona, el cual, para consolarse, cubría con jeroglíficos (hieroglyphicos) que contenían su destino las paredes de su celda. Al lado de Orfeo y Sísifo se ve también nuestra escena, que indica, según el epigrama de Vespasiano Estroza,

Amor sutil al más celoso engaña.

(1) Número 409, 23 × 9 c. Facsímil en Ceballos y Escalera, bocetos del Instituto de Jovellanos; Gijón, 1818. Tiene también bigote y finos cabellos. Tamaño del cuadro, 1,79 × por 0,95.

(2) Otros dos quadros yguales de entre bentanas de á 3 varas de ancho y vara de alto de dos fábulas, la una de Apolo desollando á un sátiro, y la otra de Mercurio y Argos con una Baca; ambos originales de Belázquez, tasados á cien doblones cada uno. Inventar. de 1866. Tamaño, 1,27 × 2,48.

En la primera habitación del cuarto bajo de verano del rey se veía el Apolo y Marsías, de Españoleto, pintado el año de su recepción en la Academia Romana (1630). Este cuadro de suplicio era tenido por los poetas y pintores anteriores (¡Dante y Rafael!) como emblema de la intolerancia de todos los verdaderos amantes del arte contra la mediocridad.

En la Torre de la Parada había también un Rubens: un paisaje crepuscular donde Mercurio adormece al vigilante guardador de la vaca Io y le corta la cabeza; vulgar adaptación de sensuales actitudes. Velázquez pensó también en este asunto, y no tomó el pincel hasta que no hubo estudiado la historia. Dió comienzo á un cuadro poderosamente crepuscular: el negro cielo cubierto de pesadas nubes grisáceas envía aún algunos haces de luz sobre la silueta de la figura que emerge del suelo oscuro. Como los indios de las Pampas, avanza Mercurio á gatas llevando en la mano derecha la espada desnuda y rodeando á su víctima; vuelve la cabeza á la izquierda, y se encuentra delante del guardián de Io, una imagen de repentina é invencible tentación de sueño. Parece como si hubiera tenido presente la estatua del gladiador moribundo de la Villa Ludovisi que hizo vaciar para palacio. La figura del raptor de la vaca, con el sombrero de alas anchas, dibújase, con la cabeza del cornúpeto (1), sobre el sombrío y cárdeno cielo. El interés de las líneas está en la oposición de la figura del durmiente, hecho un ovillo é inclinado hacia delante, y la del asesino, inclinado sobre el suelo; los rostros están escorzados y sombreados; en la indecisa lucha del claro oscuro con los reflejos de la luz se adivina sin embargo el seguro modelado de las poderosas formas.

---

(1) Es un perfecto ojo de vaca, pero palpita en él la angustia de un alma que ve llegado el momento en que va á decidirse su suerte. H. KUACK FUSS, Velázquez, pág. 60.

LA VENUS DEL ESPEJO

«El tocado de Venus» servido por ninfas es conocido por los antiguos pintores monumentales; hay estatuas en que la diosa se mira en el escudo de Marte; pero también entonces se ven algunas pinturas en que se ha introducido un espejo real. La Venus del espejo pintada por Tiziano para Felipe II, desaparecida en el siglo pasado de Madrid, estuvo colocada en el año 1636 en el cuarto de verano del rey, y después en la galería sobre el jardín de los Emperadores. Parecía algo temerario excitar, por la elección de tal asunto, la comparación con el veneciano; probablemente debemos agradecer al rey que Velázquez haya intentado la representación de un juvenil y hermoso cuerpo femenino con ocasión de este tema, considerado por todos los verdaderos artistas como uno de los más difíciles y elevados. Para evitar reminiscencias, el pintor de la corte trató de elegir una posición lo más distinta posible; la pintó echada en la cama y vuelta de espaldas. Ya la había empleado Tiziano en su Venus con Adonis para hacer una pareja de su Danae. Quizá Velázquez empleó en su Adonis (perdido) la posición contraria. También pudo ser estimulado por la estatua del hermafrodita de Villa Borghese, que mandó vaciar. Quizá se le reveló aquí el valor pictórico del contorno y modelado de un dorso juvenil.

También en su cuadro el Amor la presenta un espejo con marco de ébano; ella levanta un poco la cabeza hacia la izquierda, que antes descansaba en el brazo. El niño está puesto con más comodidad, de rodillas y apoyando las dos manos una sobre otra en el marco. En su dulce agilidad infantil recuerda al pequeño escolar de la «Escuela del Amor», del Correggio. Como del rostro de la diosa apenas se ve parte del perfil, el pintor nos ha indemnizado con el espejo. En él se ve una placentera cabeza de virgen de frente rodeada de espesos cabellos sin peinar, pintada con cierta fusión, con sombras

grises que proceden de la pared, que se refleja en el espejo. Los espejos de cristal rara vez eran allí completamente límpidos; quizá querían que la belleza no se retratase en ellos exactamente. Debemos confesar que esta imagen del espejo no cumple del todo lo que el bello contorno, con el cabello castaño recogido, promete.

Así, pues, el cuerpo es el trabajo más importante. Un tipo de española; se ha reconocido en él el modelo de las «Hilanderas». Nada de formas poderosas «creadas para la estatuaria» de raza latina ó griega. Es más bien una delicada andaluza hecha para las danzas de su país. Se adivina que puede hacer música con todo su cuerpo. Las dos líneas del cuerpo, la superior con los pronunciados salientes del hombro y de la cadera (con lo que se acentúa el talle), y la inferior con las curvas alargadas y los contornos del centro, terminan en la cabeza y en el pie, extendido aunque sólo diseñado; todo da una incomparable sensación de esbeltez, elasticidad y agilidad. Tiene cierto hálito oriental, como en el Diván de Goethe:

> Sus pies resbalan como raicillas
> y acarician el suelo.

La construcción de esta delicada figura difiere por lo tanto del gusto veneciano, pero no el modelado, que está hecho á toda luz, con sólo algunos estrechos bordes de sombra con toques luminosos en el contorno inferior. Hasta en el acento de delicadeza y precisión de las ondulaciones de las superficies centrales sobrepuja á aquéllos. Sólo que aquí el tono es notablemente más frío; en lugar del color caliente amarillo de la piel aparece un rojizo frío. Los colores de los accesorios: el púrpura saturado de la cortina, el rosa claro de la cinta del espejo, la banda azul del niño, no armonizan con aquél. Ningún veneciano hubiera puesto junto á un desnudo aquel paño negro que pende á lo largo de la línea inferior del cuerpo en su forma circular. Está destinado á hacer resaltar el blanco de la carnación aislándole de las sábanas.

El cuadro hubiera hecho muy poca gracia á su ya fallecido suegro, el cual prescribía que sólo deben utilizarse de los modelos femeninos el rostro y las manos, y en cuanto al resto, servirse de fuentes de segunda mano (El Arte, I, 354). Velázquez es el único de los antiguos españoles que osó afrontar á la diablesa Venus, si bien ya era sabido desde Vargas que la ciencia del desnudo se había mostrado en este «depósito de todas las perfecciones corporales», y para esto sólo daban ocasión los asuntos mitológicos. Ribera pintó una vez la muerte de Moisés; pero su diosa, completamente vestida, podía servir lo mismo para representar una Magdalena (1). Las numerosas pinturas de Venus en el palacio real proceden todas de pinceles extranjeros. La Inquisición castigaba la ejecución y exposición de imágenes lascivas con excomunión, quinientos ducados de multa y un año de destierro; sin embargo, Palomino recuerda que el desnudo no es *lo deshonesto*, y aun difiere mayormente de lo lascivo (Museo, II, 55). Pero también recomienda á los pintores el Ovidio y el Teatro de los dioses, sólo para que comprendan mejor las imágenes en los palacios, no por el asunto que les pueda ser propuesto. La proscripción de tales imágenes obedecía antes al respeto á la Inquisición y á la hipocresía nacional, que por su verdadera severidad de costumbres cristianas. Quien haya visto muchas iglesias españolas de los siglos XVI y XVII, recordará que en los mismos altares la sensualidad no entraba en poco en la edificación de los fieles.

Pues desde los días de los fenicios tuvo allí la otra reina de los cielos culto ferviente á menudo por los mismos devotos en todo tiempo. Así, pues, comprenderemos qué valor se debe dar á los catones de hoy día, ante los cuales el duque de Alba y Felipe II aparecen como gentiles y publicanos, que lamentan que Velázquez «tratase asuntos tan opuestos á su es-

(1) Al fin del siglo XVII; quizá el cuadro encontrado recientemente en la GALERÍA CORSINI de Roma.

píritu cristiano y varonil» (1). Sin embargo, se le reconocen circunstancias atenuantes, pues se guardó de aquella locura pagana de divinizar *nuestro miserable físico* (¿Génesis, 1, 31?), como lo hicieron aquellos *valientes pecadores* llamados Julio Romano, Tiziano, Rubens. Como muestra de que el pintor español abjuraba de los «*torpes halagos* de la Musa erótica que se hizo *dueña tirana de la inteligencia de los artistas* italianos y flamencos, nos presentan el aspecto de esta Venus: hasta ha puesto el espejo el «púdico y severo Velázquez», de modo que sólo se ve el rostro y la diosa nos *oculta el seno* (2). Santa Celestina, ¡qué hubieras dicho de tales españoles!

La Venus aparece en el inventario de 1686 bajo el nombre de *Psiquis y Cupido* en la sala de los Espejos (3), y desapareció después del incendio (1734); quizá heriría la delicadeza de los Borbones; hacia mediados del siglo reaparece el celebrado cuadro, como lo llama Ponz (Viaje, V, 303), en el palacio de Alba. De allí peregrinó á la Galería del Príncipe de la Paz, y fué adquirida en la almoneda (1808) con «las ninfas dormidas», de Tiziano, por Mr. Wallis. Buchanan los tasó en 4.000 guinees. Por consejo de Sir Thomas Lawrence, compró la Venus Mr. Morit en 500 libras. En Yorkshire, en la posesión Rokeby, que consagró Walter Scott, estaba la pobre diosa provisionalmente segura de un auto de fe, como el decretado en otro tiempo por el «casto y severo sentimiento» del duque Louis de Chartres, contra el Io y Danae del Correggio.

---

(1) Esto leemos en la *Ilustración Española y Americana*, 1874, 11. MENÉNDEZ Y PELAYO, en su *Historia de las I. E.*, 11 631, califica esto de «pudibundez, no ya de pintor cristiano, sino de cofrade ó congregado».

(2) TARTUFFE:

> Couvrez ce sein que je ne saurais voir;
> par de pareils objets les âmes sont blessées
> et cela fait venir de coupables pensées.
>
> MOLIÈRE, *Le Tartuffe*, III, 2 (1667).

(3) Otros dos quadros iguales de á vara de alto y vara y media de ancho, el uno de Adonis y Venus, y el otro de Siquis y Cupido, originales de mano de Belázquez, 150 y 100 doblones.

RETRATOS DE LA FAMILIA REAL

LA REINA MARIANA

Al terminar la extenuadora guerra de Holanda, creyó el rey tan duramente probado, por repetidos reveses de familia y estado desde el año 1640, que podía esperar aún días menos aciagos. Y en su casa comenzó una nueva vida. Había perdido en los últimos diez años á su reina, á su hijo, á su hermano Fernando y á su hermana María. Un momento se vió casi solo. Pero, en cambio, ahora veía otra vez el envejecido rey una joven reina á su lado, una hija querida y, por fin, un hijo, esperanza de la Monarquía.

Podemos seguir el retrato de Mariana de Austria durante casi medio siglo en la sala de los abuelos; primero de recién casada, aún casi una niña, últimamente de viuda: en esta figura pasó á los sucesores de Velázquez, Mazo, Carreño y Coello.

María Anna, nacida en 1635, fué la hija del emperador Fernando III y de María, el cual había contraído matrimonio veinte años antes, en Viena, con la hermana predilecta de Felipe IV. Según la frase de Calderón, fué un presente que devolvió Alemania á España.

Con motivo de la repentina muerte del novio heredero de la corona, las Cortes rogaron al monarca que volviese á casarse; decidióse á ocupar el puesto del hijo. No faltaron votos que tuvieran este matrimonio por infausto y no profetizaran nada bueno (1). También en España se sabía que los enlaces entre parientes tan cercanos eran peligrosos (2).

(1) Bassadona: Desp. cifr., 3 Agosto 1649. Matrimonio il più impropio.

(2)
Ni suceden
descendencias que se logren
de casamientos parientes.

Tirso: *Esto sí que es negociar*, III, 8.

No habían pasado seis meses de la muerte de D. Baltasar (9 de Octubre de 1646), cuando ya se habían firmado las capitulaciones en Presburgo (2 de Abril de 1647). El matrimonio tuvo lugar por poderes, en Viena, al siguiente año. Ella tuvo que esperar en Triento desde Noviembre de 1648 hasta la primavera, porque hasta Abril no llegó el duque de Nájera y Maqueda. El conde de Lumiares la entregó la *joya;* consistía en 22 diamantes, estimados en 25.000 escudos el más grande y todos en 80.000. Ningún viaje de reina española tuvo que luchar con más obstáculos, incluso financieros. Dos años y medio habían transcurrido desde los esponsales, cuando la novia de catorce años era recibida por el rey (treinta más viejo que ella) en Navalcarnero, donde el Arzobispo de Toledo bendijo la unión.

Que apenas catorce apriles
bebió del alba la risa.

Pero el recibimiento en la capital debía demostrarla y demostrar al mundo lo que era todavía España. «La corte—dice Bassadona—quiso demostrar que podía hacer aún milagros cuando todos creían que estaba en el último trance.» En efecto, la villa lo pagó todo por contribución. Y esta buena voluntad, el inagotable amor á la casa real, le parecía al veneciano el más grande de los milagros. «Para no olvidar la vanidad nacional, que se contenta con apariencias.»

El engalanamiento de la ciudad desde el Buen Retiro hasta el Alcázar fué lo más grande que en este orden se había hecho allí. Nunca había tenido Madrid un gremio de pintores tan numeroso y hábil. El teatro del Buen Retiro había sido una escuela en el arte decorativo. Se pusieron de acuerdo con los escultores, arquitectos y poetas; y Calderón, que nos lo describe todo en la comedia *Guárdate del agua mansa*, dió los asutos alegóricos para el arco de triunfo. Esta entrada fué un manto de púrpura que se echó sobre las heridas y miserias del país. Pero cuando las artes agotan sus formas de expresión,

consiguen por transacciones y adaptaciones novedades que á veces producen los más fuertes efectos.

En un claro y tranquilo día de Noviembre (el 15), con un «sol de cristal», tuvo lugar la entrada. La carretera de San Ildefonso al Escorial estaba iluminada; había arcos con 2.300 lámparas. En el Buen Retiro descansó la reina; seguíanla las damas: doce á caballo; las demás en coches. Delante iban los guardias alemanes, flamencos y españoles; 350 hombres con librea de terciopelo; después los heraldos; cien jinetes; los grandes, con un ejército de pajes, y demás personajes.

Las fachadas de las calles que conducían á palacio estaban cubiertas con tapices, *sargas* pintadas y cuadros en tela. Un testigo presencial las comparaba con la nave de una iglesia adornada en una solemnidad. De cinco arcos triunfales resplandecientes de oro, cuatro representaban España dominando al mundo; estatuas etnográficas y cuadros simbolizaban el poder de España en las cuatro partes del mundo; estaban situadas en la Puerta de Guadalajara, en el Prado, en la Carrera de San Jerónimo, en la Puerta del Sol y en la Plaza de Santa María. El arquitecto fué Sebastián de Herrera Barnuevo, al cual nombró el rey en esta ocasión maestro mayor de las obras de palacio. Cada arco costó 25.000 escudos. El embajador florentino alaba sus dimensiones y noble estilo; el del Prado fué atribuído á Alonso Cano. Alzábase allí el Parnaso adornado de flores naturales y artificiales, Hércules y el caballo alado, coronado de pámpanos en ambas cimas; en la falda, Apolo con las Musas; á ambos lados, estatuas de los grandes poetas españoles de la antigüedad: Séneca, Marcial, Lucano; los del Renacimiento: Juan de Mena, Garcilaso y Camöens; y por fin, los muertos recientemente: Quevedo, Góngora, Lope. Al Parnaso uníanse los Campos Elíseos, que terminaban en el arco de la Carrera de San Jerónimo. En la puerta fué recibida la reina por los 52 regidores de Madrid, vestidos con togas brocadas de oro para el besamanos, y recibió la llave de la ciudad

del corregidor. El rey estaba en un balcón del palacio de Lerma. La reina entró á caballo bajo el baldaquino.

En las desembocaduras de las calles se levantaron veinte escenarios para danzas nacionales y farsas. Las fuentes de la Puerta del Sol y de la casa de la villa fueron abiertas. Delante de San Felipe se veían en nichos las estatuas doradas de los antepasados de Carlos V y Fernando I con sus hazañas pintadas; no faltaban tampoco las estatuas polícromas y vestidos de la pareja real. En la plaza de palacio había dos carros triunfales con la estatua de Mercurio, el Himeneo deponiendo sus funciones, rodeado de mozos con antorchas y musicantes. Estos los llevaron consigo, acompañándolos al portal, en donde el rey los recibió. Clarendon le encontraba fuerte y de buen color, aunque no sin señales de sus anteriores vicisitudes. En las grandes carreras merecía aún el aplauso de los espectadores competentes: era todavía el primer jinete de su reino.

La heroína de esta fiesta era una personilla infantil, ignorante y caprichosa. La carita chata, en que la inteligencia aun dormía, mostraba líneas nada bellas; lo único característico era la forma de la boca, peculiar en la familia. Sólo merced á sus catorce años llamaban la atención su color fresco, los cabellos rubios y los claros ojos azules.

Mucho trabajo costóle á la camarera mayor hacer que abandonase los sencillos vestidos alemanes (*il costume sincero d'Allemagna*): no era propio de una reina de España el reir tan alto las bufonadas del enano. Ella pensó que se debía apartar de su lado á aquel irresistible humorista; también hubiera podido decir: entonces, ¿por qué es propio de la Majestad estar rodeada de estos polichinelas? Sus gustos no eran muy distinguidos: en el Carnaval de 1651 soltaron ratones entre las damas de la corte, y la inventora de esta broma fué ricamente recompensada.

Felipe IV, que antaño desatendió á la amante discreta, enérgica y mucho más linda, Isabel, hizo la corte á la insignificante Mariana con la tierna asiduidad del viejo; hasta fué

un buen marido, pues sólo se trataba ahora de obtener un heredero para la Monarquía. A esta real ternura se debieron sus numerosos retratos.

La impaciencia del rey no pudo esperar la vuelta del pintor de cámara, y le sustituyó por su yerno. Juan Bautista del Mazo se excedió á sí mismo en un retrato muy parecido, que labró su fortuna, haciendo que se fijaran en su persona. Palomino, que lo vió en Guadalajara expuesto, lo llama un milagro del pincel (l. c., 372).

Los tres retratos del Museo de Madrid no son de estos primeros tiempos; parece ser que los que hizo Velázquez á su llegada se mandaron á sus parientes. La niña se había desarrollado desde su partida de Alemania en el largo viaje; debía presentarse ahora en la pasmosa moda de la corte á que llegaba.

El más hermoso ejemplar, en Viena (núm. 617), procede de la galería del archiduque Leopoldo Guillermo, entonces gobernador español en Bruselas. Un duplicado de menos valor ha desaparecido recientemente (núm. 618) (1). ¡Cómo puede una criatura poco favorecida de las Gracias y de las Musas agradar á los ojos á pesar de ello por la juventud y la salud! Parece resplandecer en los primeros goces de aquellas fiestas celebradas sin interrupción en su honor.

La primera impresión de este retrato es de asombro por el peinado y el vestido. En la segunda mitad del año 40 se adoptó esta moda. El peinado, hasta entonces alto, fué completamente aplastado en una ancha línea horizontal, como el buen gusto, con nunca visto atrevimiento, exigía. Vale la pena de detenerse un momento y dar una idea del martirio que tenían que soportar los pintores de damas españolas de aquel tiempo.

El moño alto y los bucles cayendo en forma de racimos por

(1) Primero tenida por María Teresa, hoy hijastra de Mariana. El conde Ottonelli cuenta que en Febrero de 1653 el marqués Mattei, embajador del archiduque, viajaba á Flandes para llevar el retrato de los reyes y de la infanta (María Teresa); credo per fomentargli la speranza del matrimonio con la detta S.ª T.ª (25 Febrero 1653).

las mejillas, habían desaparecido; pero cuando ya en éstos ocasionalmente debía entrar la peluca, no había que pensar en una restauración del edificio por el adorno natural. Los cabellos artificiales de seda ó de lana (*cabellos postizos*, *moños*) estaban peinados lisos y trenzados á ambos lados en cinco ó seis filas de bucles verticales simétricas; eran adornados con desdichada regularidad con cintas, rosas, joyas, y cortados horizontalmente en la parte superior de la frente. La colección de piedras preciosas que se ponían parecían como un sextuplicado de los pendientes. Detrás todavía, á manera de remate, grandes plumas de avestruz sobre esta especie de tabernáculo que formaba el peinado. Bajo la rubia peluca asomaba el nacimiento del pelo natural, especialmente los amplios rizos de la frente. Cuando el vestido era escotado, el descote corría en línea recta por pecho y espalda, como la línea de agua por el pecho de un bañista; lo mismo sucedía con los collares.

El delgado y rectilíneo cuerpecillo se oculta con su jubón uniforme en el monstruoso vestido, primero cónico y luego cada vez más cilíndrico. A la opresión de las curvas naturales de la parte superior del cuerpo sucede una monstruosa hinchazón de la falda. En la primera mitad del siglo las damas usaban ún aro en el borde inferior del vestido. Ahora se ponían dos y hasta cuatro aros de esparto, y después alambre forrado de tela en la parte superior. El jubón pasó de la forma de campana á la de miriñaque *(asciugapani)*. Esta especie de tontillo se llamaba *guardainfantes*, y las damas afirmaban que estaban con él interesantes y coquetas (*curiose e galanti*); estas faldas eran vaporosas y cómodas, porque la ropa interior podía ir ancha y suelta. El *guardainfantes* alcanzaba, pues, debajo del talle toda su amplitud, como si la figura estuviese metida en un tonel; pero no era redondo, sino achatado por delante. Subía y bajaba al andar; las manos descansaban en él como en un antepecho, y como nosotros la cadena ó los guantes, ellas llevaban colgando reloj, espejos y retratos. Cierta dama llenaba todo un lado de un carruaje. Le costaba tra-

bajo pasar por las puertas, y los comediantes la exigieron doble billete. En relación tenían también las damas prendas de un imponente perímetro. El pañuelo de mano parecía una servilleta; el cuello de tul llegaba hasta la mitad del pecho; los collares y hasta los engarces de las joyas eran gruesos y pesados. Los pies quedaban, como es natural, completamente ocultos (1).

Lo que quedaba al descubierto de la obra del creador de Eva era pintado con colores chillones, no sólo la cara, hasta las pestañas y el agujero de las orejas, sino también la espalda y las manos. Todo era antes máscara que adorno.

A los extranjeros (como las damas de la corte de Luis XIV) les parecía esta moda odiosa y hasta indecente, y en algunas personas simpáticas lamentable. Cuando por primera vez se conoció en Roma, á la llegada del virrey de Nápoles, produjo protestas y burlas (2).

Hubiera sido trabajo perdido querer ennoblecer tales figuras y hacerlas amables, así como dar á estos vestidos forma pictórica. Velázquez permaneció también en este punto fiel al estilo español, que nada disfraza y no retrocede ante ninguna realidad. Y lo hizo por medio de un procedimiento infinitamente ingenioso, sin sombras y con reflejos plateados. Estos retratos de dama joven, ahora su principal ocupación, le llevaron á un nuevo sistema de colores. El blanco y el rojo de esta alemana cantada por Calderón se puso de moda en Madrid y sirvió de *leitmotiv* á los pintores. A la blanca piel de esta rubia le sentaban muy bien el brillo de los diamantes y

(1) Cuando en su viaje á Madrid una diputación de una ciudad presentó á la reina muestras de sus tejidos, entre ellas medias de seda, el mayordomo se las tiró á la cara al comerciante, diciendo: «*Habéis de saber que las reinas de España no tienen piernas*». Esta tenía tal concepto formado de *las cosas de España*, que creyó en efecto que en Madrid le iban á cortar los pies, y se echó á llorar.

(2) Roma sesta maravigliata del bruto, e disonesto habito domesco spagnolo atteso massime a tempi passati ch'era tenuto honesto. AMEYDEN, Diario 31 de Marzo de 1646.

de las perlas (*nácar*), á los cuales vencía en esplendor; el rosa de las mejillas repercute en el rosa natural del pelo y en el de las sedas y lazos; pero todo es realzado por el fondo; por ejemplo, el verde oscuro de la cortina. Blanco y negro (de los encajes), oro, cinabrio, se mezclan á menudo en borrones casi chillones, sin un tono medio que los suavice ó una sombra que los entone. Como en el mar de luces de una fiesta emergen las figuras deslumbrantes, aquí los juegos de luz y de color en toda su fuerza se apoderan de los sentidos antes que el gusto, unido al juicio, pronuncie su fallo (1).

Pronto, bajo la dirección de su camarera mayor, pudo desempeñar la Vienesa su papel. La rigidez de la etiqueta española imprimió á su rostro un cierto aire de orgullo aburrido; pero una retorsión malhumorada de la boca revelaba su carácter; ya se la llamaba la «voluntariosa y terca alemana», (*ostinata é pertinace Allemana*). Un tedio malhumorado envejece; en los dos retratos en que está frente al rey ya no sorprende la diferencia de los treinta años. También el conjunto de colores del retrato es más serio y oscuro.

Se la ve en los tres grandes cuadros del Prado que debieron ser pintados en los últimos años del maestro; cuando murió éste, contaba veinticinco años. Son, en verdad, los retratos menos simpáticos que pintó.

---

(1) Numerosos duplicados de estos primeros años demuestran cuán solicitados eran los retratos de la joven reina. El único que yo conozco que se parezca á aquel retrato de Viena pudiera ser la copia de la galería La Caze, del Louvre (núm. 37). Beruete lo tiene por auténtico, como estudio original. Cerca de él están los muy infantiles bustos que aparecieron en la exposición del *Palais Bourbon* (1884, Mr. Ledieu). El celebrado ejemplar que Fernando VII cambió al canónigo Cepero en Sevilla por dos Zurbarán adquiridos en la almoneda del general Made (1847) por R. Ford en 13 guineas, está pintado con pincel vivo y amplio, si bien blando y monótono, casi sólo con negro y amarillo. Tales colores apagados oscuros tiene el maestro por lo menos en aquella época. La peluca está trenzada en bucles verticales, los rellenos en forma de arco. Semejante es el busto en Nicolás Gato de Lema, en Madrid (Laurent, 1893), y el de la Galería Villante de Montija, descrito en H. Thodes, Kunstfreund, 1885.

El retrato (1.076) de figura entera fué repetido hasta en sus accesorios (por ejemplo, el contorno del pañuelo en la pareja de su esposo en armadura) (1.079). Viste traje negro, con ribetes plateados en el jubón, falda y borde inferior. El rosa de la cortina y del sillón de la mesa (con reloj dorado) sobre fondo verde, está neutralizado por un medio tono pardo. En el núm. 1.078, las manos tienen un modelado más dulce, la armonía es un tanto más acentuada. Este retrato es la base de la media figura que estaba en Manchester y llegó desde la colección Hugh Buillie al Sr. Hércules B. Brabayon. En el dudoso del Prado (1.082), donde está arrodillada en un reclinatorio frente al retrato del rey, parece más vieja ella, y los ojos como de llorar, la figura sobre el fondo granate de una gran cortina. Las manos que cogen el breviario están algo desgraciadamente crispadas. Esta pareja fué destinada al Escorial.

Recientemente ha aparecido en Vieu un notable retrato (núm. 605). No pudo ser pintado mucho antes de la muerte del rey ni después de la de Velázquez, de cuya concepción y sentido pictórico difiere completamente, por lo que apenas puede llamarse una imitación quizá de Francisco Rizi. Han desaparecido el afeite de la cara y las cintas del caballo; el fino encaje negro del borde hace bien sobre el rojo moteado del vestido, en el que impera otra vez la forma de campana. La luz refleja caliente ambarina está en armonía con las formas del cuerpo que aun se desarrolla, y sientan muy bien con la crepuscular cortina roja brochada del fondo. Sobre los ojos hay un tono de oro delicado como un velo, que le da cierto aire de melancolía. Lleva riquísimo adorno de perlas, dos gigantescas sobre las sienes, y en el pecho un alfiler de seis perlas rosa. A la izquierda penetran por la puerta la luz y el aire de un parque; se ve una escalera con balaustrada, una pared roja con nichos y bustos; álamos. En el sillón hay un mono atado.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)

EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción de

EDUARDO OVEJERO

CAPITULO IV

La señora Juana había tenido que renovar ya por dos veces la jarra de agua caliente de delante de la puerta del cuarto de su huésped, y como por fin le oyera levantarse y llamar, se atrevió á preguntar si el señor barón deseaba tomar excepcionalmente un par de huevos de desayuno. La respuesta fué, con gran contentamiento suyo, afirmativa, y Ulrico halló preparado su almuerzo cuando salió de su cuarto.

Junto á la tetera encontró una carta de Herta. Dejóla allí mientras saboreaba su primera taza. Durante los diez años de su matrimonio había recibido otras tantas cartas de su mujer. ¿Qué ocasiones habían tenido de escribirse si estaban constantemente juntos? La presente era exactamente igual á la anterior: breve y sucinta como si hubiera tenido prisa de acabar apenas empezada, y fría como si su corazón no tomase la menor parte en lo que escribía: en casa, como siempre; la cosecha del trigo había empezado el lunes, pues no se podía demorar más tiempo, puesto que el grano, con los últimos calores, había madurado mucho. Mas no por eso debía apresurar su vuelta ni siquiera una hora, aun cuando por su última saca-

ba en consecuencia que su estancia en el mar le servía de poco. Sin embargo, ya que estaba allí, lo mejor era que continuase, pues bien pudiera el efecto sentirse después.

Ella bien, como siempre, y también los niños. Helena había tenido noches atrás un pequeño resfriado con algo de fiebre, y temió que fuese escarlatina; pero ya estaba completamente restablecida. Recomendaba que no olvidara, si llovía ó cambiaba el tiempo, ponerse la ropa interior que le había mandado. Después añadía «un millón de besos», expresión con la cual terminaba indefectiblemente todas sus cartas.

Ulrico no había juzgado nunca el estilo epistolar de su mujer; por primera vez notaba hoy que éste era tan torpe como su letra. Las mismas palabras repetidas constantemente; de sintaxis correcta no había que hablar, y menos de puntuación; una muchacha del campo que llegase al colegio escribiría como ella. ¡Claro, su falta de costumbre! Y además, si tampoco conseguía hablar con finura, ¡cómo iba á tenerla al escribir! ¡Y qué frialdad la de aquella carta! Nadie como él sabía cuán ardientemente palpitaba por él su corazón, pues sus mismos hijos debían contentarse con aquella parte de afecto que el deber solo la imponía. Lo cual en ella era su modo de ser, pues se interesaba por todos y por todos sufría, y sus continuas inquietudes no le dejaban gozar los placeres de la maternidad. Ni tampoco los demás goces de la vida, en cuyo horizonte, por muy despejado que estuviese el cielo, siempre había nubes.

Ulrico miraba obstinadamente delante de sí, mientras hacía estas observaciones entre la primera y segunda taza de té. No era la primera vez que acudían á él. ¡Cuán frecuentemente había lamentado en silencio esta melancólica disposición de Herta! ¡Cuán á menudo la había exhortado á que tuviese en cuenta también el lado risueño de la vida! Ahora se asociaba á estos recuerdos una nueva reflexión. Él de por sí no era un carácter sombrío; lo había llegado á ser con el curso de los años. Había sentido que la tristeza se apoderaba de él poco á

poco como el opresor influjo del sofocante calor del día anterior, hasta que... ¡Ah!

Saltó del sofá y acercóse á la ventana, que abrió bruscamente. Entró entonces un torrente de aire puro y confortante, que respiró con avidez, y arriba brillaba en plena claridad el cielo azul, en cuya profundidad insondable se perdía la mirada. Aquella era la imagen de la vida tal como él la soñara durante muchos años, como el viajero del desierto sueña con el murmullo del manantial; de la vida, cuya verdadera esencia se le reveló el día anterior, cuando reuniendo todas sus fuerzas contra el huracán sostenía entre sus brazos á la vacilante joven y sus miradas se cruzaban por un momento con las de ella, momento que no olvidaría nunca, nunca; como Pablo el instante en que se le apareció el Señor en el camino de Damasco.

Y cuando la señora Juana entró un cuarto de hora después en la habitación del señor barón, ya había éste apartado los utensilios del té y escribía con ardor. «Estará contando á su querida esposa la tempestad de ayer tarde», dijo para sí la señora Juana. Y así lo hacía realmente Ulrico con toda prolijidad y en un rapto de estilista, que estaba muy lejos de oponer á la sobriedad epistolar de su mujer. Así como tampoco las entrañables palabras con que contestaba á sus indispensables «mil besos». Sin embargo, cuando leyó la carta le pareció completamente incolora. Habría querido contarlo todo como sucedió. Pero cuando llegó el momento de entrar en escena Eleonora y de pintar cómo se le apareció, dibujando sobre el picacho, tiró la pluma y, después de meditar un instante, se dijo: «¡Quita allá! Esto no lo comprendería Herta. Mostraba una profunda aversión á todo lo que se apartaba de lo corriente. Y mucha más contra las mujeres extraordinarias. Hubiera apostado diez contra uno á que se trataba de una aventura. Esto es ridículo, pero es así; ¡quita allá!»

Y lo suprimió, para añadir que en los últimos días empezaba á experimentar el buen efecto de las aguas, y, á ser posible,

prolongaría su ausencia si la buena marcha de la recolección y de los demás asuntos domésticos se lo permitían.

Con esto cerró la carta y miró al reloj. Eran las once. ¿Sería momento oportuno para visitar á una dama? No tenía experiencia de estas cosas. Pero mientras se vestía y echaba la carta en el próximo buzón serían las doce. ¡Buena hora!

En efecto: muy cerca de las doce estaba al pie de la torre acechando el interior de la casa en que ella vivía. Hasta aquel momento había sentido, ante la idea de volverla á ver, la misma alegría de un colegial en vacaciones; pero súbitamente golpeóle el corazón como si lo que intentaba fuese algo grave y decisivo. Esto le parecía ridículo. El cumplimiento de un sencillo deber de cortesía. ¿Pero y si ella encontraba su visita no cortés, sino impertinente, ó pensaba que iba á recibir las gracias por la devolución de su álbum, lo cual no podía estar más lejos de su ánimo? ¿No sería mejor volverse á su casa y dejar que la casualidad decidiera si habían ó no de volver á verse?

En aquel momento apareció por la mitad superior de la puerta de la casa la recia figura de la patrona, que abrió la otra mitad de la puerta y salió al jardín, donde se inclinó para arreglar las flores ó cosa parecida. Ulrico no podía dejar escapar tan favorable ocasión. La mujer, al oir abrir la verja, lanzó, sin moverse de su sitio, una mirada investigadora al importuno, á quien reconoció en seguida; algo como una sonrisa se dibujó en su ancha faz, y salió á su encuentro llevando en la mano izquierda un manojo de reseda, y tendiéndole su derecha carnosa para saludarle.

Este amable recibimiento parecióle á Ulrico de buen augurio; con mediana desenvoltura preguntó por la señorita. La señorita había salido diez minutos antes, y había de sentir mucho no ver al señor. El álbum, que ella le entregó aquella misma noche, la había llenado de júbilo, no pudiéndose explicar cómo en noche tan oscura el señor halló el camino de las casetas. También había dejado una carta para el señor, que

Nancho tenía encargo de llevarle en cuanto regresara de la escuela. Nancho no había vuelto aún, por lo que la carta estaba todavía encima de la mesa. El señor mismo podía cogerla.

Ulrico protestó; pero la celosa mujer, sin desconcertarse, corrió á la casa y volvió al punto con un billete en la mano, que Ulrico al principio no quería tomar, pero que después cogió al advertir que estaba herméticamente cerrado y que el sobre contenía su nombre y apellido en una hermosa y elegante letra inglesa. Recordaba con precisión que se había presentado á la señorita Ritter no como barón, sino como Ulrico de Randow; pero ¿para qué son las listas de viajeros? La mujer, que entretanto se había presentado como señora Nilsen y al mismo tiempo hermana del patrón (el parecido era bastante marcado), pareció extrañarse de que el señor, en vez de leerla, se lo guardase apresuradamente en el bolsillo del pecho, de donde sacó después una cartera y entregó una tarjeta, con la súplica de que la dejasen encima de la mesa de la señorita.

—Así lo haré—dijo la señora Nilsen,—y pondré á su lado esta reseda que acabo de coger. Le gusta mucho, y siempre cuando vuelve del baño encuentra un ramo encima de su mesa. Tenemos en abundancia.

Señalaba al banco de reseda, en un rincón del jardín, en el cual había apretados y florecientes manojos que con sus dulces emanaciones aromatizaban el ambiente soleado y templado. Ulrico parecía abandonarse; hubiera hablado largo rato con aquella buena mujer, la hubiera hecho mil preguntas: si volvería pronto la señorita, cuánto tiempo pensaba permanecer allí, si acostumbraba ir á las dunas á pintar, dónde comía; pero no quiso ser indiscreto, y el billete que tenía en el bolsillo parecía quemarle el corazón. A ningún precio hubiera querido leerle allí. Por lo cual alargó la mano á la señora Nilsen; la rogó que saludase á la señorita, dió un golpecito en la redonda mejilla á Nancho, que volvía de la escuela, y marchóse pretextando que se hacía tarde para el baño.

Pero apenas volvió la esquina y entró en la calleja que conducía de la plazoleta de la iglesia á las dunas (la misma que atravesara con ella el día anterior) y estuvo seguro de que nadie le observaba, sacó el billete y leyó:

«Muy señor mío:

»El azar juega un papel muy importante en la vida humana, pero no hay que fiarse de él. Por esto yo no podía esperar hasta que al destino le pluguiese depararme un segundo encuentro con el hombre que ayer tarde se condujo conmigo de manera tan caballeresca, y, no contento con eso, acometió la heroica empresa de arrancar á las ondas, en el horror de una noche tempestuosa, mi desgraciado álbum, que tan merecido hubiese tenido este fin. No soy poeta, y por consiguiente no puedo dedicar una canción «al hombre osado», sino darle en mala prosa, pero no por eso menos cordial, las gracias por todas sus bondades. Si el acaso no volviese á mostrarse benévolo conmigo, quede aquí consignado que nunca olvidaré un encuentro efectuado en tan extrañas circunstancias.

»Repito á usted las más expresivas gracias.

ELEONORA RITTER.»

El primer sentimiento de Ulrico fué llevar á sus labios la hoja de papel tocada por la mano que el día anterior hubiera besado con tanto gusto; pero precisamente en aquel momento pasaban dos caballeros que venían de las dunas y entraban en la calleja; guardó, pues, la carta, y siguió su camino, satisfecho de haber contenido un impulso que le parecía pueril. Además, no sentaba bien á un hombre casado caer en un éxtasis amoroso tan sólo porque una dama le escribía unas cuantas líneas de gratitud por un servicio que hubiera prestado á cualquiera otra; y así como, cuando poco antes había suprimido en la carta á Herta la descripción de su pequeña aventura, lo había hecho por razones de que no tenía que avergonzarse, para ocultar esto último no hubiera tenido motivos tan inocentes. A más que para ella era indudable que con su esquela

daba por terminado el asunto: «Si el acaso no volviese, etc...»; lo cual quería decir claramente que no pensaba forzar el acaso, y que suponía y deseaba que él haría lo mismo por su parte.

Y mejor es que así suceda—pensó Ulrico.

No obstante, parecióle de pronto que el sol brillaba con menos claridad, y físicamente sintió que el antiguo peso volvía de nuevo á oprimir su corazón. Quiso arrojarle de sí, pero no pudo.

Tampoco el soberbio baño que tomó en las majestuosas ondas radiantes de sol de la marea alta consiguió devolverle el sentimiento de alegría de la tarde anterior y de aquella mañana. En el delicioso ensueño de la noche no había que pensar.

Esto pasa una vez y no vuelve á pasar—dijo entre sí.—O se necesita que transcurran muchos años; tantos como desde tu niñez hasta hoy. Y entonces serás ya un viejo. Y bien mirado, ya lo eres. Si no, ¿cómo sería posible que soportases la vida que llevas, la soledad monótona, en la que un día se parece exactamente al pasado, ya sea verano ó invierno? ¿Vida en que el acaso no interviene para nada nunca? No hay que fiarse de él—dice ella.—Puede ser cierto. Pero ¡cuán hermoso, cuán indecible hermoso es que el acaso rompa alguna vez, como ayer tarde la tormenta, el curso ordinario de las cosas! Dios mío, ¡cuánto compensan de tus míseros días vulgares un par de horas de grandiosa tempestad!

Mientras daba después del baño en la soleada playa, confundido entre la gente, su solitario paseo, sumíase Ulrico más y más en esta melancólica disposición de ánimo. Contra su costumbre, subió al puesto de bebidas y pidió un vaso de vino para delante de él, y sentado ante una de las ventanas, mirando fijamente al movido mar, meditar á sus anchas. ¿No sería lo mejor dar por terminada su inútil y desconsoladora estancia allí y volver á su casa á ocuparse de la recolección del trigo? Cierto que Pasedag era resuelto y llevaría el negocio tan bien como él mismo ó mejor. Realmente, ¿qué es lo que hacía él en el mundo? ¡Los niños! Ahora, según el pensar hu-

mano, tenían un porvenir asegurado, y dentro de unos años le habrían olvidado seguramente. ¡Herta! En efecto, para ella era mucho, y según decía ella, todo. Pero esto era una sugestión suya. Ser todo para otra persona cuando tan poco es uno para sí mismo, esto, bien mirado, es un ridículo contrasentido. Ella es un alma que saca energías de la propia vida y que puede seguir hilando, muerto ó vivo el que todo lo es para ella. Quizá después le pese un tanto la vida. Quizá no. Sus graves cuidados, sus eternas angustias... Por lo menos quedaría libre de los que yo la inspiro.

Unos cuantos señores de la mesa vecina, que debatían ruidosamente sobre la cerveza, turbaron su meditación. En su solitario rincón de Otterndorf nadie le molestaría. Era, además, la hora de comer. Desde la mesa cogería su mortífera escopeta que había enviado al armero para que la limpiara, y á vagar por las blancas dunas mientras sintiera la arena bajo sus pies, y así entretendría la tarde. Y la noche también pasaría, aun sin alados ensueños. Y por la mañana temprano partiría. Indefectiblemente.

CAPÍTULO V

Hacía un cuarto de hora que Ulrico, sentado en su rincón de Otterndorf, esperaba que le sirviesen la sopa, como la media docena de huéspedes diseminados aquí y allá en las otras mesas. Debía de haber ocurrido algún percance en la cocina, ó tal vez fuese que el señor Otterndorf esperase aún el resto de los comensales para repartir más equitativamente sus refinamientos culinarios. Algunos huéspedes comenzaban á impacientarse. Ulrico, que conocía los hábitos del original fondista, hojeaba pacientemente un periódico ilustrado. Desde hacía ocho días le encontraba siempre en la segunda silla desocupada de su mesita. Antes, durante toda una semana, fué una crónica del siglo XVII. Probablemente, á consecuencia de haberle visto comprar dos dudosos jarrones délficos, el señor

Otterndorf le tenía por un bibliómano. Ulrico tomó su resolución: si traían la sopa dentro de cinco minutos, compraría para despedida el en su sentir siempre valioso libro; si no, no.

Riendo entre irónica y melancólicamente, y después de haber mirado al reloj, había llegado á la puerta del comedor, y escuchaba la voz de Otterndorf en la cocina. Este tenía la costumbre ante la llegada de un nuevo huésped de aparentar extrañeza. El recién llegado debía saber que sentarse á la mesa del Sr. Otterndorf era un favor que éste concedía, no un derecho de que podía gozar cualquiera; favor que negaba si el huésped no era de su agrado. Por esta razón, Ulrico no se extrañó de oir la seca pregunta:—¿Qué se le ofrece á usted?

—Usted perdone—dijo la voz de la persona que había entrado;—creía que podría comer aquí hoy.

Ulrico dió un salto.

—¿Vos aquí, señorita?—dijo avanzando después de hacer una inclinación hacia Eleonora.

—¡Qué agradable encuentro!—contestó ella tendiéndole la mano.

Ulrico comprendió en el modo de estrecharle la mano que aquellas palabras no eran un mero cumplimiento; leyólo también en su semblante, que en su ligero enrojecimiento y su amable sonrisa parecía más dulce que el día anterior.

—¿Quieren los señores tomar asiento?—dijo Otterndorf con un amable gesto de invitación é indicando la mesa de Ulrico, en la cual en vez de un cubierto había dos, y desapareció en la cocina.

El rubor de Eleonora acentuóse un tanto.

—No tiene usted más remedio que aceptar—balbuceó Ulrico:—nuestro huésped no permite que le contradigan.

—Con mucho gusto—contestó con ligera intimidad y, lo que á Ulrico le tranquilizó más, con ojos risueños.

Sentáronse á la mesa el uno frente al otro.

—¿Por qué feliz casualidad se encuentra usted aquí?

—¿Ha comido usted alguna vez en una mesa redonda?—contestó ella.

—Desgraciadamente. En los ocho días primeros. Creí volverme loco con aquel barullo.

—Pues ese es mi caso. Sólo que á mí el miedo me ha entrado ya hace tres días.

—¿Tan poco tiempo lleva usted aquí?

—Figúrese usted. Y ya he hecho un conocimiento, sin el cual mal lo hubiera pasado ayer tarde, y hoy encuentro á ese conocido en este apartado rincón.

Paseó una mirada por la habitación grande y baja de techo, que realmente, con sus antiguos armarios, sus pájaros disecados y peces y sus chucherías sobre el armario y en las rinconeras de las paredes, ofrecía un extraño aspecto.

—Debe de ser un hombre muy raro nuestro señor fondista—prosiguió volviéndose á Ulrico.—Creo que sin su intervención de usted me hubiera dado con la puerta en las narices. Otra deuda de gratitud que contraigo con usted. Ayer sin su ayuda hubiera muerto ahogada; hoy, de hambre. Casi casi lo estoy.

—Pues aquí viene la sopa; y debo advertir á usted que es exquisita.

El Sr. Otterndorf había aparecido con una inmensa sopera, cuyo contenido repartía dignamente desde el estrecho borde de la gran mesa, de pie en medio de la habitación, en tanto que un joven con traje medio de camarero, medio de marinero, servía los platos.

—Efectivamente, es exquisita—dijo Eleonora llevándose con avidez, pero con delicadeza, la cuchara á la boca.

—¿No es verdad?—dijo Ulrico.

Hubo un momento de pausa en la conversación, que á Ulrico le vino muy bien. Poco antes, al oir su voz, había dado un salto su corazón y latíale aún tan vivamente, que le costaba trabajo disimular su turbación. Felizmente, ella no parecía notarlo, y después de su ligero rubor se mostraba desenvuelta

y tranquila, y sus palabras salían con tanta naturalidad de sus labios como si departiese en una comida de familia con un antiguo amigo.

¿Y cómo no?—dijo él entre sí.—Puede ser casi hija mía.

Este feliz pensamiento la dió fuerzas para contemplarla por primera vez á su sabor. En vez del traje gris del día anterior, llevaba uno más claro y delicado, pero, no obstante, también muy sencillo, de cierta tela de verano que le sentaba admirablemente, así como el sombrero de paseo, que conservó puesto, después de haber dejado la larga sombrilla y el abrigo, esta vez amarillo. Los oscuros cabellos que asomaban por las sienes debajo del sombrero, estaban recogidos, como el día anterior, en un ligero nudo. Sus pequeñas manos con sus afilados dedos no llevaban anillos, como tampoco se observaba en su persona joya de ninguna clase. Sus ojos parecían aún más grandes y expresivos. Sólo respecto del color de los ojos notó Ulrico, á pesar de estar sentada de espaldas á la luz en la habitación, que ya de por sí no estaba muy iluminada, que era indefinible. Quizá era pálida la luz, y el aire no le prestaba alguna entonación. Alrededor de su boca, no muy pequeña, pero perfectamente dibujada, notó Ulrico por primera vez un rasgo de melancolía, tanto más notorio cuanto no desaparecía al reir.

A la sopa siguió un sabroso plato de pescado. Ulrico preguntó si quería vino. Ella le dió las gracias, pero no bebía nunca ó casi nunca. Rogóle, sin embargo, que no se hiciese violencia.

—Temo—añadió—que usted trate cuidadosamente de evitar otro encuentro conmigo.

—Perdone usted, señorita—dijo Ulrico;—pero eso no lo cree usted.

—Tiene usted razón—contestó ella resueltamente;—era una frase completamente inoportuna respecto de usted.

—¿Por qué respecto de mí?

—Porque usted no las hace.

—¿Está usted segura?

—Así lo creo. Por lo menos ayer no escuché ninguna de sus labios.

—Quizá fué porque no tuve tiempo.

Ella dejó escapar una pequeña y cordial risa, y dijo:

—En efecto, no había tiempo de bromas ayer. A propósito: ¿ha recibido usted mi carta? ¿No ha echado usted nada de menos en ella?

—¿Echar de menos? Nada.

—La reprimenda que merecía usted por la loca temeridad de ir de noche, después de lo que usted se había molestado por la tarde, á buscar mi album.

—La temeridad no era tan grande; y lo que se hace con gusto, y perdone usted mi primera frase, no sirve de molestia. Además, mi nocturno paseo me proporcionó ocasión de contemplar el más extraño espectáculo.

—¿La mar iluminada? Debe ser muy hermoso. En el baño de señoras se ha hablado mucho de él, si bien ninguna parecía haberlo visto. Yo lo he visto más de una vez, y nunca más hermoso que en el Mediterráneo, en una travesía de Siracusa á Malta.

—¿Tan lejos ha ido usted?

—Mucho más allá: al Egipto, precisamente á Nubia. Subimos hasta el templo de Abú Simbel. Desde allí volvimos.

Ulrico hubiera dado cualquier cosa por saber quiénes estaban incluídos en este «volvimos», pero no se atrevió á preguntarlo. Así que dijo con un suspiro apagado:

—Yo he tenido que contentarme con conocer el país de los Faraones por la lectura de los libros, especialmente de uno, pues los restantes enseñan poca cosa, que me ha gustado mucho; pues leyéndole materialmente parece que se respira el aire de Egipto.

—Dispense usted. ¿Se trata del *Nile Notes of an Howadji* de William Curtis?

—El mismo, en efecto. Sólo que no he leído el original.

—¿Pero usted lee inglés?

—Sí, señor.

—¿Y lo habla?

—Algo.

—Entonces, desde ahora conversaremos en inglés.

—¡No, por Dios! Y digo no, por Dios, porque ha de saber usted que hasta hará unos catorce días no he hablado durante cuatro años otra cosa que inglés y no puedo olvidarlo, puesto que es el único patrimonio que tengo para andar por el mundo. Y como usted ha oído, hasta bastante lejos, de la manera más cómoda, con guía, criado, dos camareras y en compañía de toda la familia de un lord, compuesta de padre, madre, dos hijas crecidas y una mis no menos crecida, familia de que he tenido el indiscutible alto honor, y á veces el placer algo más discutible, de ser su última institutriz alemana.

Ulrico reía cordialmente porque había hecho el relato en tono tan desenvuelto, tan vivo y con sonrisa tan franca, que incluso el pliegue melancólico de sus labios había desaparecido esta vez. ¿Leyó acaso en sus ojos la pregunta que él no se había atrevido á formular? ¡Quién sabe! De todos modos, su penetración de mujer sintió que el hombre que estaba frente á ella deseaba saber algo más sobre sus relaciones, y aprovechó hábilmente la primer ocasión que se le ofrecía para satisfacer su curiosidad.

Un momento después acudió á la mente de Ulrico un recuerdo melancólico. Sus hijos tenían ahora la tercera institutriz, con la cual Herta se entendía tan mal como con sus predecesoras. Institutriz. ¡Cielo santo! Él había compadecido siempre á estas pobres criaturas en su dependencia y desvalimiento, aunque tenía que reconocer sus muchas deficiencias.

¡Y aquella hechicera criatura no había alcanzado mejor suerte! Estaba, por mucho que mereciera la admiración y el amor de los hombres, en el mismo triste escalón de la sociedad, sola probablemente y pobre, y para andar por el mundo

no tenía, ella misma lo confesaba, otro patrimonio sino su inglés y las demás artes docentes de una institutriz.

—Bien—dijo él imitando como pudo la vivacidad de su tono,—ha tenido usted más suerte que yo, pues fuera de un par de leguas en Suiza, no he traspasado nunca las fronteras de Alemania. Como turista al menos; pues las varias semanas ó meses de la campaña bohemio-austriaca hace dos años serán todo lo que usted quiera, menos un viaje de placer.

Sucedióse una de las largas pausas que el Sr. Ottendorf tenía la costumbre de proporcionar á sus comensales.

Ella apoyaba ligeramente su barba en la mano arqueada; en sus grandes ojos, que tenía dirigidos á él, no se reflejaba curiosidad, sino cordial simpatía, la cual palpitaba en el tono de su voz cuando dijo:—¿Y usted ha sentido deseos de ver hombres y países extranjeros?

—Ha sido mi mayor anhelo. Ya de niño, los libros que más me gustaba leer eran los libros de viajes, y la Geografía mi estudio predilecto. Después, al salir de la Universidad, fué la Historia. Pero la Geografía y la Historia, como usted sabe, se dan la mano. Su estudio, al cual más tarde se agregó un poco de idiomas y Filosofía, me ocupó durante más de tres años, trabajando, puedo decirlo, con gran asiduidad; con tanta asiduidad, que mi buen padre, que me visitaba en Heidelberg, creyó que antes del último semestre y del doctorado debía emprender un viaje de instrucción; recorrer la Suiza, Italia y hasta alguna parte de Grecia por espacio de seis ú ocho semanas, durante las vacaciones. Pero no pasé de Berna. Allí, sobre el Schänzli, apenas empezaba á admirar la hermosa perspectiva de los Alpes, sin saber realmente si lo que veía eran nubes ó verdaderas montañas, cuando un mozo del hotel me trajo un telegrama. Debía volver inmediatamente á casa, pues mi hermano estaba gravemente enfermo. Sólo tenía uno, al cual amaba muchísimo. Pocos años mayor que yo, hombre admirable bajo todos aspectos, labrador por naturaleza y que debía pronto encargarse de la hacienda de mis padres; por

desgracia, era un temerario jinete y sufrió una gravísima caída del caballo. Cuando llegué estaba moribundo... Pero ¿á qué le contaré á usted estas cosas tan tristes?

Ella no había variado de postura; su mirada seguía descansando en él con la misma cordial y afectuosa expresión.

—Siga usted—dijo vivamente, con un casi imperceptible movimiento de sus labios,—siga usted, le ruego.

—Yo no volví á la Universidad ni á mis estudios. Mi padre, que ya estaba muy delicado, no pudo sobrevivir á este terrible golpe; decayó visiblemente desde entonces. Mi madre había muerto hacía mucho. Aunque hubiera tenido un natural contemplativo y poco inclinado al mundo exterior, no hubiera podido intervenir allí. Y era preciso intervenir. Mi padre no pudo resolverse á confiar la hacienda, que desde años atrás estaba enteramente en manos de mi hermano, á incapaces ó poco escrupulosos administradores; no era buena ocasión tampoco para arrendar las fincas. Por otra parte, nuestra situación entonces era algo difícil. Un pleito terminado felizmente había consumido gruesas cantidades; era preciso hacer algunas reparaciones costosas; mi hermana mayor, que estaba ya pedida, no podía casarse sin una dote crecida. Yo debía ser en este apuro el que salvara la situación; yo, que de labranza ni de lo que con ella se relaciona no entendía más de lo que puede haber oído un muchacho criado en el campo. Aunque hubiese titubeado, no me quedaba, á la muerte de mi padre ocurrida, un año después, otro remedio que bajar la cabeza. Mis hermanas (tenía además de la casada otras dos más pequeñas) quedaban bajo mi dirección. ¡Un cabeza de familia de veintitrés años! Una carga muy pesada, puedo asegurárselo á usted, y tanto más pesada para mí, cuando en silencio, mientras recorría las tierras á caballo y repasaba las cuentas, recordaba mi apartada celda de Heidelberg y mis queridos libros. Pero ha dicho muy bien Wallestein: «¡A qué no se habituará el hombre!» Hasta el mismo porvenir que soñamos, las esperan-

zas que acariciamos, los proyectos que forjamos, todo se hunde sucesivamente.

Ulrico calló. Ella dejó resbalar el brazo en que se apoyaba lentamente hasta el regazo y respiró profundamente, pero no contestó.

Tampoco hubo tiempo para ello. Trajeron un nuevo plato, que comieron en silencio. Sólo á los postres empezó Eleonora de nuevo.

—Es muy triste lo que me cuenta usted de su vida. Me imagino con espanto lo que es verse obligado á ir por un camino del que se siente uno apartado por sus inclinaciones y aptitudes. ¿Y la suerte no ha tratado de indemnizar á usted de su injusticia en otra forma?

Y al decir esto, su mirada, quizá casualmente, resbaló por su mano izquierda, en donde brillaba el anillo nupcial.

—Tu deber es decírselo pronto—dijo Ulrico para sí y luego en voz alta, adoptando un tono ligeramente alegre.

—¡Vaya! Ha tratado de indemnizarme como ha podido. Me ha hecho esposo de una buena mujer y padre de tres niños, que mis muy amables amigos (no hago más que referir, señorita) elogian como los más guapos de tres leguas á la redonda.

—¿Y usted se ha reconciliado con la suerte?

Sobre los labios de Ulrico agitóse esta contestación: En este momento lo estoy. En vez de lo cual, dijo no sin cierto embarazo:

—Debo estarlo. Y á la postre, ¿de qué sirve quejarse de la suerte? En todo caso, no ha sido tal mi intención al contarle á usted esta larga y enojosa historia. ¿A qué ha venido todo esto? ¡Ah, sí! Quise explicarle á usted el por qué no he visto del mundo más allá de los Alpes de Berna. Los proletarios romanos al servicio de las legiones tenían una amarga frase—SINE MISSIONE NASCIMUR—nacimos para no tener jamás voluntad. Por lo que se refiere á mis últimos doce años, puedo yo decir lo mismo de mí.

En esto entró el Sr. Otterndorf y se acercó á la mesa á exigir el debido tributo, lo cual hacía siempre personalmente. Con este motivo dirigió á Eleonora en tono malhumorado la pregunta que siempre hacía á un nuevo comensal, aun cuando fuese de su agrado:—¿Volverá usted mañana?

Eleonora miró con extrañeza al sombrío y descortés fondista, y al punto volvió los ojos á Ulrico.

Este se reía.

—¿Tengo que decidirlo hoy mismo?—preguntó en tono indiferente, abrochándose con calma los guantes.

—Sí, señora.

—Creo que esta señorita volverá—dijo Ulrico.

—Está bien.

El hombre extraño se volvió á hablar con otros huéspedes. Ulrico y Eleonora salieron á la calle.

—Perdone usted, señorita, que me haya atrevido á contestar por usted—dijo Ulrico.—Conozco á mi hombre, y sé que hubiera sido capaz de dar un espectáculo. Por lo demás, mi promesa no la obliga á usted en modo alguno. El asunto corre de mi cuenta.

—¿Para que el monstruo le dé á usted un mal rato? Prefiero volver á comer otra vez en su caverna. Suponiendo que á usted no le resulte pesado.

Dijo todo esto con su más risueña sonrisa, mientras abría su sombrilla. Con la sonrisa que á la rosada luz que á través de su sombrilla iluminaba su rostro, animado por sus grandes y oscuros ojos, y haciendo al pronunciar las últimas palabras un gracioso movimiento de cabeza para mirarle, parecióle á Ulrico la más encantadora figura de mujer que había visto en su vida.

—Quiere usted animarme á que haga una frase. No me suelen resultar.

—Eso no es una contestación.

—Pues bien, diré á usted que la hora que usted ha tenido la bondad de hablar conmigo ha sido para mí una rara y grande felicidad.

—¿Y eso no será una frase?

—Voy á decir más: una dicha de que yo no he disfrutado desde que salí de la Universidad: la dicha de poder comunicar lo que uno siente dentro de sí, en el delicioso convencimiento de que otra persona sabe comprenderlo, sabe interpretarlo todo.

—Algo así como si hubiera usted encontrado lo que se llama un buen camarada.

—Sí, si usted así lo quiere.

—Ciertamente que lo quiero yo misma; doy el más alto precio á un buen camarada. Así, pues, buenos camaradas. Vea usted, esto es hermoso; es realmente muy hermoso. Especialmente en esta extraña isla, en donde, á lo que parece, hay que luchar con tempestades ó con monstruos, cuando no con el aburrimiento. ¿Piensa usted estar aquí mucho tiempo?

Sólo entonces se acordó Ulrico de que una hora antes había resuelto partir al día siguiente. ¡Qué fortuna no haber escrito todavía á su casa! Después de todo, debía permanecer allí el tiempo prefijado.

—Una semana por lo menos—contestó.—Quizá dos.

—¡Cuántas tempestades y cuántos monstruos nos queda que soportar aún!

—Y también, á no dudarlo, muchas horas agradables.

—Estoy segura de ello.

Habían recorrido el corto camino que les separaba de la vivienda de Eleonora, y se encontraban delante de la verja: Ulrico con el sombrero en la mano.

—Así, pues, hasta la vista, señorita.

—Hasta la vista, es decir, hasta mañana...

Él la miraba cuando cesó de hablar, esperando.

—¡Bah!—dijo ella decidida:—estas son míseras trivialidades, que no vienen á cuento cuando se trata de buenos camaradas. Así, pues, me permitiría decirle: el día es desesperadamente largo, y si usted viniera á buscarme para dar un paseo,

á las seis me parece que será la mejor hora, le esperaría á usted aquí, en este mismo sitio. ¿Le conviene á usted?

—No sé qué placer mayor podía usted depararme.

—Entonces hasta la vista, á las seis.

—A las seis en punto me encontrará usted aquí.

CAPÍTULO VI

Desde aquella hora pudo verse á los dos con frecuencia juntos. Mas, para su satisfacción, parecía que nadie reparaba en ellos. Los personajes que Ulrico conoció en la tertulia del director debían de haber partido ya, así como también su compañero de Universidad, el señor de Odebrecht. Al menos, no le había vuelto á encontrar. Eleonora no conocía á nadie ni era conocida. Ulrico se había mezclado anteriormente tan poco en la colonia de bañistas, que él y ella, cuando á menudo aparecían en público, podían pasar por un matrimonio recién llegado, ó bien por hermano y hermana. En favor de esto último parecía hablar una cierta semejanza en la alta estatura, en los cabellos oscuros, y hasta quizá en el corte de las facciones ó en la expresión y la circunstancia de que no iban nunca del brazo.

Se habían prometido ser buenos camaradas, y trataban de serlo para cumplir su promesa. Aun no había oído Eleonora de su boca la primera frase; pero ya no esperaba ni temía oirla como en su primer encuentro: ya estaba harto convencida de que su caballeresca cortesía radicaba en su corazón. Tampoco había adivinado Ulrico en la conducta de ella nada que pudiera tener vislumbres de coquetería; continuaban siempre en la misma cordialidad amistosa, en la misma hermosa espontaneidad, que parecía no conocer la mezquina desconfianza con que las demás personas miden sus palabras. Tampoco habían vuelto á hablar de sus familias ni de sus relaciones de otra clase. Ella no preguntaba más, y él sabía

agradecérselo. La había comunicado lo que podía comunicarle. Lo que callaba prefería en su actual estado de espíritu olvidarlo, si bien á pesar suyo volvía algunas veces á presentarse ante su mente, por cierto á una luz á la cual no lo había visto nunca, y tanto más le espantaba cuanto más claro lo veía. Por su parte ella le relataba en diferentes ocasiones este ó aquel episodio de su vida; de modo que reuniendo los fragmentos podía formarse un cuadro completo de su pasado.

¡Cuán deliciosa fué la descripción que le hizo de su niñez en el palacio ducal de recreo, de que era comandante su padre, un oficial retirado que gozaba del privilegio de vivir en aquella hermosa mansión! Y en la pequeña villa, situada al pie de la montaña, con sus anticuadas casas de puntiagudos techos y sus habitantes á la vieja usanza, que tan honrada y placenteramente vegetaban. Después sus padres pusiéronla en el «Liceo de los Cuáqueros» para que perseverase firmemente en el temor de Dios y en el respeto á su «soberano», un joven principillo, durante cuya menor edad gobernaba un severo tío suyo aquel principado liliputiense. Cien veces en el parque del castillo jugó con el joven magnate, un poco mayor que ella, y que le enseñaba las siete cosas buenas que debe saber y desear una niña cuyo destino á la muerte de sus padres, sin fortuna, probablemente estaría circunscrito á uno de estos tres extremos: profesora, aya ó señorita de compañía. Entretanto la vida pasaba como risueño idilio en el convento entre aquellas compañeras de edad, tan ávidas de vida como ella, bajo la égida de las bondadosas hermanas, que tan severa cara tenían y tan amigablemente perdonaban las faltas. Después, una traidora y contagiosa enfermedad que estalló en la villa, y que su madre, como recompensa de sus caritativos sentimientos, llevó de la villa al castillo, arrebató la vida de ésta, así como la de su esposo. Ella permaneció más de un año en el convento, donde se la trató con afecto, y ella misma no hubiera estado á disgusto; pero la curiosidad de la vida venció su inclinación por los ensueños y meditaciones, y la condujo primero á Ber-

lín, con sus únicos parientes, la hermana de su padre, viuda de un consejero, que luchaba duramente con la vida en compañía de una hija suya ya crecida, tratando de ayudarse en sus estrechos recursos admitiendo á pensión jóvenes extranjeros. La permanencia en casa de su tía, leal mujer, aunque un poco pedantesca, con su prima, una muchacha de alma candorosa que en todas ocasiones, viniera ó no á cuento, prorrumpía en lágrimas, le hubiera sido muy tolerable sin los pensionistas. Por otra parte, su estancia en aquella casa de antemano había sido fijada como una estación entre el convento y su vida en el extranjero, entre gentes desconocidas. Así, pues, seis meses más tarde salió para Inglaterra, acompañada de las bendiciones de sus parientas y de las declaraciones de amor y fidelidad hasta la muerte de seis jovencillos de distintos países, de los cuales, por fortuna, ninguno pasaba de la elocuente edad de diez y seis años. En Inglaterra entró primero de institutriz en casa de un rico comerciante de Londres, el cual quebró al mes siguiente, y de allí pasó á casa de un lord escocés, donde permaneció cuatro años, hasta que la joven confiada á su dirección salió á sociedad y fué presentada á la reina. Este importante acontecimiento tuvo lugar catorce días antes. Y ahora volvía á su patria, más que nada con la intención de fortalecer su salud, que en los últimos tiempos había padecido algo, antes de aceptar una nueva colocación.

Cuando de este modo hubo trazado un rápido bosquejo de su vida hasta los veintidós años, añadió después algunos episodios que principalmente se referían á los últimos cuatro años. El lord había sido un viajero fanático y profesaba el principio de llevar consigo á su familia en los viajes. Con este motivo Eleonora durante esta época estuvo en París nada menos que tres veces, siempre en las estaciones medias. Conoció la Escandinavia, así como la Francia meridional, España, y por último Italia, desde donde decidieron continuar hasta Oriente, como así lo hicieron. Así se explicaba su desembarazo y soltura adquiridos en el trato constante de la alta socie-

dad, la desenvoltura de su conversación, el arte con que sabía unir la sencillez á la más fina elegancia en el vestir, y aquellos detalles por los cuales una dama del gran mundo se distingue de las demás; lo que no comprendía Ulrico era su vasta erudición, por lo menos en la literatura moderna. A lo cual había que añadir, como Ulrico tuvo ocasión de apreciar, que era tan consumada dibujante como acuarelista, hasta el punto de poder justamente aspirar á la categoría de artista.

—Dígame usted, por Dios, ¿cuándo ha tenido usted tiempo de aprender tantas cosas?—decía con asombro.

—Tal vez me juzgue usted con demasiada benevolencia—contestaba ella;—por lo demás, si he de concederle á usted que poseo un poco de afición y una modesta dosis de talento, esto se debe á dos circunstancias especiales. En primer lugar, no he perdido un minuto de mi vida aporreando pianos; y luego, desde niña fuí una mala durmiente, y las innumerables horas que otros pasan soñando las llené yo con la lectura. Por lo demás, el aprender idiomas es cosa de juego, cuando se vive en país extranjero en donde hay que hablar. Y por lo que respecta á la pintura, en la familia de mi lord las damas eran rabiosas dibujantes y acuarelistas. Aun me río de recordar cuando en la cubierta de un vapor ó sobre una lancha del Nilo, en los alrededores de un chalet ó á la orilla de un arroyo que serpeaba por prados ingleses ó en la falda de una colina escocesa, nos sentábamos y trazábamos en el papel torpes borrones, que nos enseñábamos unas á otras elogiándolos como obras maestras inmortales. Después yo también reincidí en la pintura al óleo; ya lo sabe usted. Además tuvimos en Londres y París los mejores maestros que por dinero y buenas palabras era posible tener. ¿Le parece á usted todavía un milagro el llegar á una altura tan insuperable?

Y, sin embargo, no eran sus SMALL ACCOMPLISHMENTS, como ella solía decir, lo que á él le parecía más valioso en la rara joven. Más, mucho más profundamente que sus conocimientos y aptitudes, que otras podían asimilarse y cultivar, le maravi-

llaba la agudeza y claridad de sus juicios y el valor con que llegaba á sus últimas consecuencias en la cadena de sus razonamientos. Sobre Dios y el mundo, sobre naciones y sociedades, sobre los hombres y sus relaciones mutuas, sobre la amistad, el amor y el matrimonio había hecho observaciones profundas y llegado á conclusiones de las cuales ella misma decía que se guardaría muy bien de comunicar al primero que llegase. Mas por atrevidas (doblemente para una joven) que fuesen sus deducciones, su manera de expresarse era siempre correcta, y nunca se escapó de sus labios una palabra fea ó impúdica.

—Creo —dijo una vez, cuando estaba á punto de pasar los límites que, según el uso aceptado, una mujer no puede trasponer ni en pensamiento sin que su pudor padezca—que el saber nunca deja de ser hermoso y jamás será vulgar; sólo puede serlo el querer y apetecer, que traen después como consecuencia las acciones bajas y feas. Yo soy una fanática del saber, y defendería con tanto celo su pureza y su poder hasta sacrificarle, creo yo, toda mi felicidad y todos mis deseos.

¿Pero no sería sólo en parte sino una consciente falsedad, una de esas engañosas autosugestiones, á las cuales están expuestas precisamente las almas más elevadas?

Ulrico se preguntaba esto una vez y otra al ver aquellos ojos oscuros en que tan á menudo brillaba un extraño fuego, que repentinamente desaparecía como un sol que se cubre de nubes; cuando contemplaba el juego de sus labios que tan cordialmente reían para quizá en el momento mismo plegarse con un gesto dolorosamente melancólico. Parecía incomprensible que el amor nunca hubiese comunicado su alegría á aquellos ojos ó los hubiese empañado con sus lágrimas; que aquellos labios no se hubiesen estremecido en un beso apasionado. Una criatura que se destacaba entre mil de su sexo no podía ir por el mundo sin trastornar la cabeza y el corazón de muchos hombres; ¿y era posible que el suyo no hubiera cambiado sus latidos con alguno de ellos? En los recuerdos de una mujer bella y joven no es posible que ocupe el único lugar la vani-

dad de haber herido de punta de amor á cuatro pensionistas de diez y seis años. ¿No había ningún otro recuerdo en su vida? ¿Había pasado ante todos los hombres tan indiferente como ante los paseantes de la playa, de los cuales no había uno que á su encuentro no la mirase obstinadamente ó volviese la cabeza cuando había pasado? Al principio pensó que se trataba para él, más que de otra cosa de un interés psicológico, de la inclinación natural de bucear en un alma que tanto digno de aprecio ofrecía, aun para un observador superficial. Después se dijo: No puede serle indiferente al amigo lo que pasa en su corazón. ¡Le habría proporcionado una dicha tan intensa ver feliz á aquella adorable criatura! ¡Sería un goce tan grande para él poder aconsejar cuando necesitase consejo; prestar ayuda cuando necesitase ayuda; consolar si hubiera menester consuelo á la que no tenía padres ni hermanas, y al parecer nadie en el mundo en quien poder confiarse, en quien hallar un refugio!

Pero si sólo sentía por ella este interés humanitario, esta simpatía de amistad, ¿qué sensación dolorosa opresora era aquella, sin la cual desde algunos días no podía abandonarse á estos pensamientos? No parecía ya aquello una simpatía desinteresada; tenía un sabor inquietante á celos, si es que no eran celos real y efectivamente. Celos del hombre á quien alguna vez hubiese ella amado ó amase al presente, ahora cuando la tenía á su lado alegre y habladora, ó después cuando llegasen á separarse; del hombre á quien cupiese la dicha de poder llamarla suya. ¿Había un hombre digno de esta dicha? ¡No, mil veces no! Él no solía pensar mal de sí mismo, y no lo hacía. Pero ¡cuánta distancia, cuánta, de él á ella! La fortuna distribuye sus dones sin equidad ni justicia. Alguien sacaría el número de la suerte á costa de otro que oprimiera la bola negra en su mano menesterosa.

Y después espantábase Ulrico de sus malos ensueños y calificábase de loco. ¿No era una insigne tontuna dejarse arrebatar por tales murrias la felicidad de unas horas que iban á

desaparecer pronto? ¡Horas tan dichosas como nunca las había gozado y nunca, nunca volvería á gozar! Horas que el cielo parecía depararle expresamente como indemnización á su mezquino pasado y á la soledad con que el porvenir le amenazaba. Así, pues, estaba en su derecho de apurar hasta las heces su presente voluptuosidad, y no era ningún crimen si trataba de prolongarla algunos instantes.

Faltaban sólo dos días para acabar aquella semana, que debía ser la última de su permanencia en el mar. Debía decidirse.

En puridad de verdad, ya no había realmente nada que decidir; sólo le faltaba escribir á Herta la carta participándole su decisión de permanecer allí unos días, quizá una semana más, y justificarla con hábiles razones.

Pero ¿dónde estaban éstas? Las noticias de su casa eran buenas; ¿pero cómo era posible suponer que no ocurría nada en la administración contra sus deseos ó instrucciones que debiese ser corregido, poniendo de relieve su tardanza? Además, la recolección estaba en su período álgido. Antes nunca se había hecho esperar; era hasta cargo de conciencia no estar ya en su puesto. ¿Dónde buscar, pues, las razones habilidosas? ¿Inventar cualquier fábula ó refugiarse en un engaño manifiesto? No; antes sentiría cerrarse tras de sí las puertas del paraíso, lleno de luz y de sol, y volver otra vez á su vida gris que la fatiga y el trabajo le harían soportable, como se la habían hecho hasta entonces.

Pero precisamente cuando se sentaba á escribir á Herta para anunciarle su próximo regreso recibió una carta suya. Se manifestaba en extremo contenta porque en los últimos días se empezase á sentir mejor Ulrico. No debía, pues, ser impaciente y romper el tratamiento que tan buen efecto empezaba á surtir sólo porque terminase el tiempo prefijado para su estancia allí. Quizá no podría volver á salir de su casa tan pronto. Y todos los asuntos marchaban bien. La recolección del trigo era tan buena como fácil, y según Pasedag, para

cuyo celo no tenía más que alabanzas, la de centeno no debía empezar hasta dentro de una semana. Y no creía necesario asegurarle que ella estaba encima siempre, y todo lo veía y cuidaba de todo. Así, pues, le rogaba por Dios que estuviese allí una semana más. La vida sin él le era bastante triste y la casa le parecía completamente desierta á pesar de los niños. Pero algún sacrificio había que hacer.

La carta terminaba con el obligado «mil besos».

El alivio que había comenzado Ulrico á sentir durante la lectura de aquella carta desapareció tan pronto como llegó al final. Era un duro sacrificio el que Herta le ofrecía. ¿Podía él aceptarlo en otro sentido enteramente distinto del sentido en que ella se le brindaba? ¿Le habría exhortado á que se quedase, si le viera un día y otro al lado de Eleonora?

Pero la dicha que su proximidad le proporcionaba, ¿era acaso un delito? ¿Era un delito que quisiera prolongarla unos cuantos días? ¡Sí, si él la amara! Pero no la amaba, ó la amaba no de otro modo que como se ama al cálido sol cuando se ha estado mucho tiempo en la oscuridad. ¡Y en cuanto al sol! ¡Cielo santo! el sol está tan alto que no se entera de los beneficios que reporta á las míseras criaturas de esto mundo. Y seguirá luciendo cuando sobre los mortales vuelvan á caer otra vez las habituales sombras.

—¿Le ha sucedido á usted algo desagradable?—preguntó Eleonora cuando, según costumbre, se vieron al medio día en el restaurant Otterndorf.

—Si usted cree que lo es el que mi esposa me dé permiso para que permanezca aquí ocho días más...

—¿Cómo puedo yo saber eso?

—Sin embargo, pudiera yo pedirle á usted consejo.

—Y yo se lo doy, con la condición que Goethe acostumbraba imponer cuando alguien le pedía consejo.

—¿Cuál?

—No seguirle.

—Si quisiera usted por una vez tan sólo no chancearse...

—¿Por una vez? Bueno. Pues ahora, hablemos en serio: ¿de qué se trata?

—De esto.

Y Ulrico le leyó de la carta de su mujer lo que podía leerle.

—Yo temía—añadió—hacer más falta en casa de lo que mi mujer cree. Por otra parte, creería mentir descaradamente si dijese que espero sacar algún provecho para mi salud, supuestamente alterada, de una larga permanencia aquí, pues creo que esta cuestión de la salud es una invención de mi mujer y de nuestro médico. Sin embargo, me siento aquí tan alegre y dichoso y... ¿quién no quisiera prolongar este estado todo lo posible?

Eleonora, mientras Ulrico hablaba, con los ojos bajos miraba enfrente de sí.

—Y bien, ¿qué dice usted?—preguntó Ulrico, viendo que su respuesta se hacía esperar.

Ella levantó su mirada hasta descansar en la suya, y dijo en voz baja, lentamente:

—Su mujer de usted es muy buena.

—Yo sería el último que lo dudara—respondió Ulrico.—Pero esa no puede ser su respuesta de usted.

—En parte, aunque el resto le suene á usted un tanto enigmático. He notado siempre que de dos partidos igualmente importantes, de los cuales el uno es difícil y el otro fácil, se suele adoptar el último.

—¿Por qué?

—Porque siempre hallamos á mano las razones que justifican el fácil, mientras que para el difícil, si bien las encontraríamos, no queremos tomarnos la molestia de buscarlas.

—Así, pues, ¿usted cree que debo partir?

—Sí; es lo que creo.

—Entonces me quedo.

—¿Cómo?

—¿No me dijo usted al principio que hiciera lo contrario de lo que usted me aconsejase?

—Entonces haga usted lo que no tiene más remedio que hacer. Esta es mi última palabra.

—No podía desear otra mejor.

—Es usted incorregible.

— Debo serlo, cuando sus fuerzas de usted fallan.

—¿Será esa su primera frase?

Los dos reían; pero, sin saber por qué, no era ya la risa libre de los primeros días, y se apresuraron á cambiar el asunto de la conversación.

CRÓNICA LITERARIA

España sin Rey: Episodio nacional por B. Pérez Galdós.—La psicología de los personajes.—La verosimilitud en literatura.—Los retratos históricos.—Alusiones á sucesos públicos.

Una parte de la vida moral española se pasea por la media docena de novelas recientemente publicadas que merecen la atención de la crítica. La novela no sólo es archivo de costumbres donde se almacenan datos de la historia privada, también es ventana por donde puede verse la psicología de la raza en acción, sorprendida en su movimiento espontáneo, en el abandono íntimo del traje de casa, y no en postura y atavío retratables, como la presentan los analistas.

No es lo menos interesante que puede estudiarse en las novelas de un autor ó en las de un período literario, qué tipos espirituales predominan en ellas, cómo sienten y piensan los personajes novelescos, qué ideas les dirigen y qué pasiones les agitan principalmente...

Galdós ha continuado sus *Episodios Nacionales*. La publicación de *España sin Rey* nos da motivo para pasmarnos una vez más de que no se agote, al cabo de recorrer casi un siglo de historia de España en cuarenta volúmenes, el fecundo ingenio de este novelista. Verdad es que el objeto histórico se renueva; pero con todo, se repiten en él los tipos y las situaciones lo bastante para que haya sido gran mérito en Galdós salvar la monotonía á que expone el tratar muchas veces el mismo asunto ó asuntos semejantes.

España sin Rey es la España del Gobierno provisional, la

España de las Cortes Constituyentes, la hora triunfal de la elocuencia. Creo que Galdós ha atendido principalmente, en esta novela que es de ambiente social, de estado colectivo, de fisonomía de una época, á fijar ese rasgo, aquel poder de la oratoria, que nunca llegó tan lejos entre nosotros como entonces, pues jamás anduvieron las gentes tan suspensas y embebecidas con los discursos de los grandes artífices de la palabra. Esta sugestión general la ha cristalizado Galdós en un personaje muy gracioso, de ese humorismo fino á lo Dickens en que lo cómico no es cruel ni mordaz, sino humano, benévolo y hasta sentimental, y que el autor de los Episodios maneja diestramente. Ese personaje, D. Wifredo de Romarate, es un hidalgo provinciano, chapado á la antigua, lleno de ideas caballerescas y de vetustos pensamientos, que llega á Madrid con una misión carlista, y aquí asiste por curiosidad á las Cortes, oye á Castelar su famoso discurso de la libertad de cultos, y de tal suerte le trastorna aquella elocuencia, que todas las piezas de su edificio mental se conmueven y desconciertan, y entra en aquella morada gótica un espíritu nuevo que alborota y escandaliza, afligiendo al piadoso caballero, quien se da cuenta de la transformación que se ha operado en su sér, de aquel enemigo que se le ha deslizado en el alma, que paraliza los arrestos de su voluntad y detiene y hiela las protestas que en otras circunstancias le habrían inspirado las cosas que ve y oye D. Wifredo. Se halla éste en la situación extraña de un hombre que, acordándose de lo que ha sido y deseando seguir siendo lo mismo, se siente cambiar por una fuerza misteriosa. Es el estado de un poseso que se diera cuenta de la posesión y, sin poder resistirla, la repugnara. Galdós ha personificado en este personaje aquella alucinación oratoria que sintió España, y que ni sirvió siquiera para inducirla á ventilar sus querellas por vías de discusión y de razonamiento. El prestigio de la elocuencia era sensual, exterior, prestigio de pasión, música de palabras, y lo que vino después fué asimismo pasión y calentura, pero no se contentó ya con floridos tropos y ma-

jestuosas síntesis históricas, sino que apeló á la última ratio, al fusil del partidario carlista y al fusil del cantonal. Al diálogo retórico de los oradores sucedió el bronco y estruendoso diálogo de los fusiles.

Otro elemento hay en la transformación de D. Wifredo que tiene también cierto carácter de época, y que no debe omitirse al hablar de esta novela. D. Wifredo, hombre hasta entonces morigerado y casto, cae en Madrid en carnales aventuras, y emplea su romanticismo en idealizar mujerzuelas. Es corriente que en épocas de ebullición espiritual, de alteraciones y trastornos reine una gran libertad de costumbres. Parece que al cuartearse y venirse al suelo el edificio político, también se resienten las paredes maestras de la moral consuetudinaria. Acaso hay una influencia recíproca en estos dos órdenes de normas sociales. La relajación de costumbres abre camino á las revoluciones, y las revoluciones suelen traer como secuela la corrupción de costumbres, hasta que, calmada la fiebre, vuelve la sociedad á entrar en caja, recobran su pasado imperio las preocupaciones, las normas éticas y los motivos de conducta que han sobrenadado en la tormenta, y torna á acompasarse y regularse la vida. Y aun por otro motivo puede ser considerado D. Wifredo como personaje simbólico ó representativo. También España, romántica y fácil á la ilusión, puso sus amores y esperanzas en hombres comparables en su acción social á las mujerzuelas que inspiraban á D. Wifredo poéticos y quintesenciados sentimientos.

En la economía literaria de *España sin Rey*, D. Wifredo es un personaje episódico; mas si se atiende al fondo social de esta novela, casi es la más importante figura de las que por ella transitan. En las novelas históricas suele ocurrir esto: que personajes que no son los primeros en los sucesos de la fábula poética, se sobreponen á los protagonistas, como personificación de estados colectivos. La historia es multitud, no individuo, y á medida que la conocemos mejor, más se nos revela el carácter social del drama que ella cuenta, y más claramente

descubrimos que los héroes cuyas cabezas sobresalen por encima de la muchedumbre y que en algunos momentos parecen los actores únicos del drama, son como los gigantones de las fiestas populares, figuras conducidas y aupadas por anónimos cirineos, aunque ellas mismas no se den cuenta de cómo es el cuerpo social quien las levanta y las empuja en aquello que parece obra de su albedrío. Por eso en novelas de esta clase, figuras de poco valer individual, y que están clasificadas y formadas en el coro, pueden adquirir superior relieve estético, y ser las más expresivas é interesantes, á título de casos ejemplares y personificaciones del vivir y el sentir colectivos. El amor y el cuidado con que está trazada la figura de D. Wifredo es señal de que el novelista ha apreciado bien su importancia.

Otro personaje, también muy significativo, también tipo social, es Urríes, que en la novela desempeña el papel de galán joven, de héroe de la intriga amorosa. Es menos importante que D. Wifredo como creación artistica, pero es una buena imagen del hombre gozador, epicúreo, á quien no le molesta el peso de las ideas, y que con su labia y mundología se abre fácilmente camino, y triunfa en amor y en política; hombre de intriga, de travesura, de seducción personal, que ha privado mucho en España, y de que hemos conocido numerosos ejemplares de altas, medianas y bajas tallas, de grandes fortunas y de pequeños éxitos, según la condición y clase de cada uno. Galdós le caracteriza con una pincelada: Urríes conversaba admirablemente y no sabía escribir. Embelesaba á su novia con la charla; pero ausente, perdía por completo el estro al escribirla. Hay muchos Urríes que no sólo saben charlar, sino también escribir. Lo que no suelen hacer es discurrir; pero esto no es indispensable, y como es negocio interior, no se advierte demasiado su falta. Este tipo social y político, que ha pululado y ha triunfado en buena parte del siglo XIX, está ya en decadencia.

Las figuras femeninas de la novela, Céfora y Fernanda, son de fantasía ó invención, menos representativas que los

hombres, acaso más poéticas, lo cual quiere decir que son representativas de un modo más general y menos histórico, puesto que la poesía propende á lo universal de los caracteres y estados fundamentales del alma, y hace menos caso del bagaje histórico y de la determinación actual. Su método intuitivo repugna la observación, y lo que sabe lo sabe por reminiscencias oscuras y por acumuladas experiencias, que se han tornado anhelos y aspiraciones del espíritu.

A una de estas mujeres, á Céfora, el novelista ha querido rodearla de misterio, y al hacerlo la ha dado el supremo atractivo de las cosas. Céfora es rubia, fina, elegante. En su origen hay un misterio. Vive en una situación un poco equívoca, con una parienta lejana, mujer de intriga, una *declassé* de la aristocracia. Céfora es mística y sensual, devota y enamorada como las damas del antiguo teatro español, como las románticas tapadas del tiempo de los Austrias. Ama á Urríes, siendo ella bastante inteligente para conocer la vacuidad del personaje; le ama con atracción física, como á hombre que sirve para eso, para enamorar mujeres. El amor tiene para Céfora toda la punzante y dolorosa voluptuosidad del pecado, todo el sugestivo decorado romántico.

Con Céfora contrasta Fernanda. Fernanda es una señorita honesta, hija de honrados y ricos padres, y cuya vida se ha deslizado en un ambiente de decoro, de orden, de respeto á las conveniencias sociales. En la vida de Fernanda no hay misterios ni enigmas. Tampoco la hay en su alma, que tiene cierta primitiva rudeza de doncella celtíbera, ó viniendo á más cercanos tiempos, de aquellas doncellas cervantinas, que eran capaces de correr mundo y arrostrar aventuras en hábito de varón, no por impulso de liviandad ni por idiosincrasia picaresca, sino por negocios de honra y por motivos de exaltado y espiritual amor, bastante humano, no obstante, para no ser inasequible á las tentaciones de la carne. Fernanda ama también á Urríes; pero no le ama como Céfora, sino con honesta pasión que aspira al matrimonio y está contenida por el deco-

ro. Fernanda, que es cándida y sencilla, ve á Urríes al través de su idealismo; le ve mucho más caballeresco que es; le ve semejante á sí misma, como ella quisiera que fuese. Por eso, el desengaño que recibe al conocer los amores de su novio con Céfora es tan fuerte, que la enloquece y la conduce á extremos impropios de su condición y hasta de su sexo. Al final de la novela, Fernanda mata á Cáfora, y la mata en condiciones extrañas, inverosímiles, dramáticas, de tan subido color romántico, que toma el desenlace relieve de alegoría, de oscuro símbolo entregado á la interpretación del lector. Puede que en el pensamiento del autor no haya tal alegoría ni tal símbolo. A veces hay símbolos espontáneos y aparentes, moldes de símbolos que esperan una imaginación que los llene.

El hecho es que, cuando en un relato de cosas llanas y corrientes surge algún inesperado suceso que se aparta de los caminos ordinarios, de la verosimilitud y de la lógica, y reviste insólitas y extrañas apariencias, nos hace pensar que aquello debe de tener algún significado oculto, alguna secreta razón que justifique su rareza. Lo diputamos por símbolo ó cifra de algo que late bajo el hecho desusado y sorprendente.

El desenlace de *España sin Rey* es inverosímil. No es corriente ni natural que una señorita de buena familia, bien educada, cuidadosa de su buen nombre y de su pudor, mate á una rival que la disputa el cariño de un novio, de un hombre con quien la homicida ha tenido ó tiene relaciones honestas. Estos crímenes pasionales se dan en otra esfera social y en otra clase de relaciones amorosas. Pero de que no sea frecuente el caso ni fácil, no se sigue que sea imposible. La verosimilitud en el arte y en los hechos es apariencia de verdad, y la verdad tiene fórmulas comunes y casos excepcionales y disonantes. Por eso se dice que la realidad es, á veces, inverosímil, aunque la realidad inverosímil sea la excepción, con lo cual se indica que aquel caso de la realidad á que se aplica ese concepto, discrepa y se aparta del curso regular y ordinario de las cosas. Los hechos reales no necesitan ser verosímiles; son, existen y

eso les basta. El arte, tratando de dar la ilusión de la verdad, busca la verosimilitud como apariencia de ella. La verosimilitud literaria y artística tiene dos esferas ó aspectos. Es verosimilitud esencial ó lógica cuando se ajusta á las consecuencias ordinarias que producen los motivos humanos, cuando nos presenta los hechos más probables, las consecuencias que en la mayoría de los casos producirán ciertas premisas y antecedentes. Es verosimilitud formal y aparente cuando representa con tal viveza y tal fuerza plástica los sucesos, que nos da la ilusión de que los vemos y si son raros y casi increíbles, de que asistimos á alguno de los hechos excepcionales que se dan á veces en la vida. En el primer sentido es inverosímil el desenlace novelesco de *España sin Rey;* mas en el segundo reviste color de verosimilitud, apariencia de realidad (aunque sea de realidad excepcional), por el vigor y precisión de la pintura.

Galdós ha cuidado mucho de las circunstancias exteriores de este desenlace. El motivo psicológico en que lo basa, el afán de Fernanda de ver, de convencerse por sus propios ojos de la infidelidad del hombre amado, es verdadero y humano; está dentro de la psiquis del enamorado, y especialmente dentro de la psiquis femenina. El azar de que Fernanda halle á mano la espada con que da muerte á Céfora, está introducido con habilidad y lógica exterior. Mas la visión total del suceso nos deja una impresión de extrañeza y de asombro. El viejo romanticismo levanta la cabeza en la novela moderna, aunque se presente ante nosotros disfrazado con ropaje naturalista.

¿Cómo están ensamblados los personajes en la acción novelesca? Urríes, en el curso de un viaje electoral, conoce á Fernanda y la pide relaciones honestas. D. Wifredo, que es uno de los amigos de la familia de la joven, viene á Madrid, donde conoce á Céfora, y sorprende sus relaciones con Urríes. D. Wifredo ha padecido aquella embriaguez de la oratoria de que antes hemos hablado; se ha visto arrastrado á livianas aventuras con mozuelas de fácil acceso; mas estas nubes, que han empañado su serenidad de virtuoso caballero cristiano, no

han podido ahogar el impulso quijotesco que le mueve á impedir la que él cree perdición de Céfora y peligro de Fernanda de caer en las redes de un seductor. En lo íntimo de estos impulsos caballerescos hay un motivo egoísta y personal. D. Wifredo ha amado platónicamente á Céfora y siente por Fernanda un respetuoso y quintesenciado afecto. Y es D. Wifredo quien, resuelto á impedir la fuga de Céfora y Urríes, lleva al escondite, desde donde los vigila, la espada que tan á punto encuentra Fernanda para consumar su venganza. El propio D. Wifredo, caballeresco hasta el final, se declara autor de la muerte de Urríes. Galdós ha tenido el arte de sacar de lo grotesco lo sublime, de coronar á un personaje cómico con rasgos de elevada idealidad y noble desinterés.

El material y aparato histórico que ha colocado el novelista en torno de esta romántica fábula consiste principalmente en retratos de personajes de la época. Rápidamente, con cuatro palabras, con un trazo casi siempre feliz, están presentadas en *España sin Rey* muchas figuras de las Cortes Constituyentes de 1869, de la política y del periodismo de la época: Castelar, Cánovas, Prim, el duque de la Torre, Sagasta, Moret, Echegaray, Suñer y Capdevila, Manterola, el cardenal Cuesta, Romero Robledo, Paul y Angulo, Viñader, Gabino Tejada, Navarro Villoslada, Muñiz, García Ruiz, el marqués de Albaida, Rivero, Alvareda, Ulloa, Figueras, Sánchez Ruano, Olózaga, Garrido. Algunos de estos retratos y referencias no ocupan más que un renglón, y se compendian en un pormenor, en un rasgo fisionómico ó moral, mas casi todos son expresivos y certeros. Referencias ó escenas de sucesos públicos hay pocas, mas el carácter de la época se dibuja en algunos acontecimientos significativos, como el motín de Tarragona, en que es arrastrado el gobernador interino, Reyes, y la aparición de las primeras partidas carlistas con el cura de Alcabón. Son los prodromos de la época turbulenta y caótica que va á abrirse. La conspiración montpensierista se dibuja también como pasajero, aunque intenso matiz de la política. Aquel conciliábu-

lo de El Escorial, en que se les ocurre á espíritus plebeyos y beocios ver la momia de Carlos V, es una feliz pincelada de costumbres y una interpretación de almas.

Esta interpretación de almas es el rasgo principal de esta novela, que no se detiene en la traza exterior de los sucesos, sino que aspira á que aparezca ante nosotros el espíritu de una época. Eso es lo que explica y lo que pone en concordancia con el marco histórico el carácter romántico y exaltado de la fábula. Galdós ha querido representar en unos cuantos sujetos poéticos la hora romántica de la España revolucionaria, la hora de los ensueños, de la seducción oratoria, de la embriaguez de la palabra, hora de ebullición y de pasión, preludio de los momentos trágicos de sangre y de lucha que llamaron con descompuestas voces á la fuerza, para que de nuevo instaurase el orden.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: La moral en las obras de Oscar Wilde.—Hacen falta críticos.=Higiene: Por qué se envejece y por qué se muere.=Crítica: El Avemaría.=Historia: La espuma del centenario del alzamiento del pueblo de Madrid contra los franceses.=Biología: El secreto de los sexos.=Impresiones y notas: Las Enciclopedias.—Las mujeres de los autores dramáticos en los estrenos de sus maridos.

LITERATURA

La moral en las obras de Oscar Wilde.—Jorge Barini, tomando pie de la protesta que las señoras de Nápoles dirigieron al arzobispo contra las representaciones de *Salomé,* y del prejuicio formado contra Oscar Wilde por el escándalo de su proceso, creyendo que toda la labor literaria del procesado constituye una apoteosis del pecado, emprende en la *Nuova Antología* la tarea de demostrar que Oscar Wilde no sólo es un escritor moral, sino propugnador de la moral más severa, llevada hasta la rigidez.

Hay que contar con que no hay escritor más paradógico que Oscar Wilde; él es quien dice en sus *Frases y filosofía para uso de la juventud:* «El primer deber en la vida es ser tan artificial como se pueda; el segundo, no lo conoce nadie todavía.» «Nada de lo que ocurre realmente tiene la menor importancia.» «Se debería ser siempre un poco inverosímil.» «Vivimos en una época en que las cosas inútiles son las únicas necesarias.» «El cinismo consiste en ver las cosas como son, y no como deberían ser.» Hay que acostumbrarse á las expresiones paradó-

gicas de Wilde para darse cuenta del verdadero sentido de su labor.

Echemos, ante todo, una ojeada á la primera colección de novelitas publicada por Oscar Wilde en 1888, *El príncipe feliz y otras historias*. En lo alto de la ciudad, sobre una columna, surge la estatua del príncipe feliz; revestida de láminas de oro, tiene por ojos dos rutilantes zafiros, y en la empuñadura de su espada flamea gran rubí; una golondrina, retrasada en su retorno otoñal por amor, busca asilo por la noche á los pies del príncipe, y mientras se dispone á dormir, nota que, á pesar de estar el cielo sin una nube, le cae una gota, y luego otra y otra; son lágrimas del príncipe que, cuando estaba vivo, pasaba todos los días alegremente en su palacio, donde no llegaban los ecos del mundo, y ahora, colocado en aquel alto, veía todas las maldades y todas las miserias de su ciudad, y se le saltaban las lágrimas. Despierta la golondrina, oye la voz de la estatua, que la ruega arranque el rubí de su espada y lo lleve á una pobre bordadora que tiene un niño enfermo y no tiene que darle más que agua del río; la golondrina, compadecida, consiente en ello y lleva el rubí. La noche siguiente, cuando se iba á marchar á la claridad de la luna, el príncipe la ruega que se quede otra noche más y que lleve uno de los zafiros que tiene incrustrados en sus ojos á un joven poeta á quien el frío quita las fuerzas para terminar un trabajo que hará su fortuna y su gloria; la tercera noche la golondrina consiente también en quedarse para llevar el otro ojo-zafiro á una pobre niña. Ciego ya el príncipe, la golondrina no quiere abandonarlo; recorre la ciudad y cuenta al príncipe los dolores que descubre; por su orden le va despojando, hoja por hoja, de su envoltura de oro, y la distribuye á los pobres, difundiendo alegría y bienestar en muchos hogares. Pero el frío crece y la pobre golondrina queda yerta una mañana á los pies del príncipe; entonces se oye un chasquido en el interior de la estatua: es el corazón del príncipe que se ha despedazado. La estatua fué derribada y fundida; pero el corazón no cede á las más

fuertes temperaturas y es arrojado á un montón de inmundicias, donde yace también el cadáver de la pobre golondrina. Un ángel recoge ambos restos y lleva al cielo el corazón despedazado del príncipe y el pajarito muerto. ¿No es este cuento la apoteosis de la bondad y de la caridad?

El amigo devoto es la historia de un joven jardinero, el pequeño Hans, y de su afectísimo amigo el rico molinero Hug. «Los verdaderos amigos—dice éste—deben tenerlo todo en común.» Y Hug recoge en el jardín de Hans grandes ramos de flores y las mejores legumbres y las frutas más exquisitas; pero nunca tiene un puñado de harina ni una gota de leche que dar al jardinero. Hans se queda con la boca abierta oyendo hablar á Hug de la solidaridad de los verdaderos amigos, y siempre encuentra ocasión de hacer algo por el molinero; por él sacrifica sus intereses y llega á perder la vida. Hug, entretanto, sólo ha prometido un carro viejo é inservible que no llega á darle nunca. ¿No es esta la historia del egoísmo, humorísticamente criticada?

En *El ruiseñor y la rosa*, el cantor de los bosques sacrifica su vida por hacer florecer una rosa roja, deseada por un joven enamorado que espera obtener por ella el amor de su adorada; pero ésta ha encontrado quien le dé joyas y no hace caso de la rosa, convenciéndose el joven de que en este mundo hay que ser prácticos, siendo inútil el poético sacrificio del ruiseñor ante el alma prosaica de la joven pretendida.

En *El gigante egoísta* hay un jardín lleno de yerbas y de flores, de frutos y de pájaros, en el que los niños, á su salida de la escuela, corren y juegan con infantil bullicio; pero un día el gigante, que había estado fuera, al encontrarse invadido el jardín por los niños, los echa y ciñe su posesión con altos muros. Faltando los niños, se van los pájaros y las flores, y la nieve, el granizo y el viento se dan cita en el jardín. Una mañana el gigante ve que los niños han abierto una brecha en el cercado y han penetrado por ella; las plantas han reflorecido, y sólo un árbol conserva su escarcha en las ramas desnudas,

porque á sus pies hay un niño tan chiquitín que no ha conseguido trepar por él y está llorando. El gigante comprende entonces que los niños son los que llévan consigo la alegría, la luz y la vida; coge al chiquitín y lo coloca en las ramas más altas del árbol para consolarlo; en seguida el árbol se cubre de flores y de pájaros, y el niño abraza al gigante y le besa. El gigante derriba la cerca, y con los niños vuelve al jardín la primavera. Una mañana de invierno ve un árbol esplendente, con ramas de oro y frutos de plata, y á su pie el chiquitín que hacía tiempo había desaparecido, y que tenía en sus manecitas y en sus piececitos las huellas de los clavos que los habían traspasado.

—Me dejaste jugar en tu jardín—dice al gigante,—y hoy vengo á buscarte para llevarte al mío, que es el Paraíso.

Y á la mañana siguiente los niños encontraron al gigante muerto al pie del árbol, cubierto de flores.

La historieta de *El cohete ilustre*, que desprecia los demás fuegos artificiales para ir á dar á un foso después de hacer de sí mismo los mayores elogios, va también contra el egoísmo y el orgullo.—¿Qué es una persona sensible?—Una persona que, teniendo callos, anda siempre pisando los pies de los demás. *La casa de los granaderos* comprende cuatro leyendas también moralísimas. La primera presenta á un *Joven rey*, criado entre campesinos, sin saber su condición; la víspera de su coronación se adormece pensando en el bellísimo traje que ha de revestir, y ve en sueños una cáfila de míseros tejedores que tejen con hilos de oro el traje para el rey; luego el fin doloroso de un buzo, que muere después de sacar del agua una magnífica perla para el cetro del rey; luego una multitud de hombres, destruídos por la malaria y la peste, que buscaban rubíes para la corona del rey; el joven soberano despierta aterrado, rechaza todo adorno, y marcha al templo con su traje de pastor; los nobles y el pueblo murmuran; pero el sol envuelve al rey en sus rayos y hace resplandecer su sencillo atavío, cual si estuviera formado por piedras preciosas; todos se arrodillan ante

él y apenas se atreven á mirarlo, porque su rostro parece el de un ángel. La segunda, *El engendro de la infanta*, nos revela la aridez de los corazones educados en la farsa y en las tristezas de la corte. La tercera, *El pescador y su alma*, es la historia de un pescador que coge en sus redes una sirena de maravillosa belleza; la suelta á condición de que vendrá y cantará cuantas veces la llame; se enamora de ella y quiere ser su esposo, pero necesita dejar su alma humana para conseguirlo; consulta con una bruja, y separa el alma de su sombra, casándose con la sirena; al cabo de un año, el alma, privada del corazón, con el que se ha quedado el pescador para poder amar, vuelve y llama al joven, diciéndole que ha conquistado el saber, y que desea volver á entrar en su cuerpo; pero él prefiere el amor; al año siguiente, conquistada la riqueza, hace nueva tentativa, siendo también rechazada; al tercer año, el alma le dice que ha visto una muchacha que danza admirablemente; el joven quiere verla, y el alma penetra en él; pero como ha estado sin corazón se ha hecho mala, y obliga al pescador á ejecutar las peores acciones; su amor, sin embargo, es tan grande, que logra vencerse, y muere oprimiendo entre sus brazos el cadáver de la sirena; el amor, pues, es el que vence á la sabiduría, la riqueza y la belleza. En la cuarta, *El niño estrella*, se cuenta que un niño de maravillosa belleza aparece como caído del cielo, y es adoptado por un pobre leñero y su mujer; el muchacho, orgulloso con su belleza, se hace malo, y se burla de una pobre anciana, que es su madre; una repugnante fealdad transforma al joven, y sólo su madre adoptiva es buena con él; entonces se arrepiente, huye, expía duramente su falta, sufriendo con paciencia penas indecibles y haciendo bien, hasta que, readquirida la belleza, es reconocido por sus padres, hecho rey, y querido de todos por ser justo y misericordioso.

Una de las historietas más desarrolladas de Oscar Wilde es *El delito de lord Arturo Sabile*. Este joven lord estaba enamorado de Sibila Merton; pero un quiromántico famoso le había anunciado que había de matar á una persona, y no quería ca-

sarse sino después de haber cumplido la tremenda profecía, para estar libre de aquella horrible preocupación. Para ello pensó en envenenar á su anciana tía Clementina, que estaba muy enferma, y al efecto, la llevó una cápsula de aconitina, encargándola la tomara en la primera crisis de su padecimiento del estómago; hecho esto, parte desconsolado para Italia, y allí recibe la noticia de que su tía ha muerto dejándole sus bienes; vuelve á Londres, abre la bombonera en que había puesto la cápsula de aconitina, y la encuentra intacta; la tía había muerto de muerte natural. Era preciso pensar en matar á otra persona, y se fija entonces en otro tío, gran coleccionista de relojes. Ayudado por un conde ruso, nihilista, se proporciona un reloj explosivo, cargado de dinamita, que había de explotar á una hora en que su tío estuviera seguramente en casa; pero llegado el momento, el reloj hizo un poco de ruido y humo, y nada más. Lord Arturo queda anonadado, y renuncia á toda otra tentativa y á la boda con Sibila. Vaga á lo largo del Támesis desesperado, y á las dos de la noche ve á un hombre apoyado en el parapeto: era el quiromántico Podgers. Arturo se acerca silenciosamente, lo agarra por las piernas y lo echa al río; unos días después se descubre el cadáver, y lord Arturo se casa con su adorada. La malvada sugestión del quiromántico es castigada como merece, y aquel bribón es la única víctima de su perversidad.

El fantasma de Canterville es un relato interesante. El americano Otis compra el castillo de Canterville, donde hacía 300 años el conde Ismon había matado á Leonor, su mujer, desapareciendo misteriosamente; su fantasma vagaba desde entonces por el castillo, y muchas veces se había aparecido á los habitantes. El americano, enterado de estos sucesos, declara que compra el castillo con su fantasma, hace que lo inscriban en el inventario, y se instala con su familia en su nueva posesión. Con un quitamanchas privilegiado borraron una mancha de sangre que había en el suelo, y como la mancha se reproducía, la borraron de nuevo varias veces, observando que

su color iba cambiando, hasta que últimamente era verde esmeralda. Una noche se oyó gran ruido de cadenas; Otis se levantó y vió en el corredor al fantasma con cadenas herrumbrosas en las manos y en los pies; Otis rogó al fantasma que untara las cadenas para que no metieran tanto ruido, y le ofreció para ello un excelente lubrificador americano; el fantasma se indigna, y su cabeza es golpeada por un almohadón que le tiran los pequeños Otis, dos gemelos endiablados que no se asustan de fantasmas. Otra vez, queriendo espantar á los huéspedes del castillo con una horrible carcajada, se abre una puerta junto á él y aparece la señora Otis, que le ofrece cortésmente un medicamento americano; si está indispuesto le sentará muy bien. El fantasma quiere vengarse y organiza una serie de apariciones espantosas; pero los americanos siguen la broma y le arman toda clase de trampas para hacerle caer, poniendo cuerdas, enjabonando las escaleras, echándole jarros de agua helada y haciéndole tropezar con otro fantasma fingido que llevaba este cartel sobre el estómago: «Este es el fantasma Otis, el único verdadero y auténtico. ¡Desconfiar de las imitaciones! Los demás son falsificaciones.» Al fin se ve obligado á cumplir sus deberes de fantasma á escondidas, y para que no se oiga el ruido de las cadenas roba el lubrificador americano. La joven Virginia Otis lo descubre una noche y se compadece de su desolación; le echa un sermón por la muerte de la mujer y por espantar á la gente, y le ofrece dinero para que se vaya á América, donde hará fortuna. El fantasma cuenta sus sufrimientos; Virginia le induce al arrepentimiento y á la oración, y Simón de Canterville logra descansar en su tumba, dejando el castillo tranquilo. Moraleja: un buen arrepentimiento es la salvación del más endurecido pecador.

El modelo millonario es la historia de un joven Hughie, que no puede casarse con la que ama porque el padre pone por condición que sea dueño de diez mil libras esterlinas, y está muy lejos de poseer ese capital. Visitando á un pintor, amigo suyo, vió que le servía de modelo un viejo mendigo; Hughie se

compadece de él y le da todo lo que tiene en el bolsillo; pero el supuesto mendigo era un millonario, y sabedor del apuro de Hughie, le dió las diez mil libras que necesitaba para casarse y le hizo feliz. Moraleja: sed caritativos, y el cielo os recompensará.

El teatro de Oscar Wilde no es menos moral, y nada nos sería más fácil que hacer el análisis de sus obras dramáticas para demostrarlo, sucediendo otro tanto con sus novelas. Y lo que da trágico sentido á la rigidez de la moral wildiana es la aplicación práctica de esa moral á la vida misma del escritor. Oscar Wilde se dejó arrastrar por el morboso deseo de poner en práctica las teorías paradójicas de alguno de sus héroes, y fué castigado con una condena infamante, de la que brotó su doloroso *De profundis* y su trágica *Balada de la prisión de Reading*, siguiéndole la expiación hasta su misma muerte, ocurrida lejos de su patria, en el abandono y el olvido.

*
* *

Hacen falta críticos.—Pedro de Múgica, un español que á pesar de residir en Berlín desde hace muchos años no sólo no ha perdido, sino que ha ganado mucho en casticismo, escribe en *España y América* un artículo, dedicado á Gómez de Baquero, con el sugestivo título de *Hace falta un Clarín II*. Dejando á Gómez de Baquero la tarea de corresponder á la cortés dedicatoria y al bien merecido aplauso de Múgica, quiero yo echar mi cuarto á espadas en esta cuestión, por estimarla de gran interés y alcance para el prestigio de las letras españolas.

Sí, nos hacen falta críticos en España, lo que no quiere decir que no los haya, sino que carecen de tribuna adecuada en la prensa de gran circulación. Los críticos que tenemos, ó los que pasan por tales y ejercen ese sacerdocio en los rotativos, ó son críticos á medias ó carecen de libertad. Voy á explicarme.

El ejercicio de la crítica requiere condiciones especiales de cultura y de temperamento difíciles de reunir. El crítico no

es otra cosa que el juez, y para juzgar se necesita: 1.° Conocimiento de la materia juzgada. 2.° Firme resolución de dar á cada cual lo suyo. Pues bien: el crítico que tiene saber bastante para emitir un juicio acertado, no suele emitirlo por falta de carácter, y el que tiene carácter para imponerse, no tiene condiciones suficientes de cultura. De modo que aquí nos encontramos con que la crítica es siempre incompleta y falta de autoridad. De ahí su desprestigio.

Hoy los tipos corrientes—salvo rarísimas excepciones—de críticos pueden reducirse á dos: los bombeadores y los reventadores, dos formas distintas de una sola sustancia, la adulación. El bombeador adula al bombeado porque le pagan el bombo, ó porque se trata de un amigo, ó de un recomendado, ó de un personaje influyente de quien se espera algo ó á quien se debe algo, ó de un accionista del periódico, ó de un «querido compañero» que pagará en igual moneda cuando llegue el caso; el reventador adula al público, que gusta siempre del alfilerazo ó de la cuchillada al prójimo, y cuanto más de buen cristiano se precie, mejor. Estamos, pues, entre dos adulaciones, y como el público, unos por instinto y otros por conocimiento de lo que pasa entre bastidores, sabe todo esto, no hace caso ninguno de la crítica, y la crítica está muerta.

Muerta está, en efecto, completamente en los grandes diarios la crítica científica y pedagógica, la crítica de obras de ciencia, de filosofía, de moral, de sociología, de historia, de política, de economía, de lingüística, de pedagogía; se supone sin duda—y se supone equivocadamente—que la gente no se interesa por esas cosas, y que los que se interesan tienen sus revistas técnicas especiales donde encontrar ese género de crítica. Es un error crasísimo. La complejidad de la vida moderna impone la lectura de los diarios, y el ingeniero no busca en ellos un artículo serio de crítica de su especialidad, porque para eso tiene, en efecto, sus revistas especiales, nacionales y extranjeras; pero como esas revistas no las tiene el abogado, ni el literato, ni el filósofo, ni el político, ni el sacerdote, ni el

comerciante, ni el industrial, y á todos ellos, sin embargo, les importa tener un barniz, una tintura de cultura general, en cuya composición entra como ingrediente el conocimiento, siquiera sea superficial, de cuanto se hace y se dice, es seguro que la crítica bien hecha, sucinta, pero sustanciosa, de una obra de ingeniería, sería leída con relativo interés por todo el público, compuesto de las clases citadas y otras semejantes, siendo por lo mismo una torpeza el sistemático destierro y el absoluto abandono en que se tiene á esta crítica en los diarios de gran circulación.

La crítica literaria queda reducida casi exclusivamente á la novela, la poesía y el teatro, sin duda porque se piensa que éstas manifestaciones literarias son las que tienen mayor público, mayor radio de acción. Pero, aun limitada á tan estrecho campo, ¿qué es nuestra crítica? ¿qué hacen nuestros críticos para reconquistar el favor del público? ¿qué hacen nuestros periódicos para montar una sección de crítica que responda á las exigencias de este género? Bien poco ciertamente.

El redactor encargado de la crítica se limita muchas veces á servir de buzón al autobombo, ó bien tiene que ajustar su crítica á las instrucciones que recibe de la Dirección, requerida en ocasiones al efecto por la Administración misma. No tiene libertad para exponer con sinceridad su juicio, y cuando la tiene, está ya tan baqueteado por los tirones de aquí y los ofrecimientos de allá, por los halagos de unos y los pellizcos de otros, que apenas acierta á usar de esa libertad con provecho para el público. Es un desengañado y un escéptico, y hace su artículo encogiéndose de hombros para salir del paso, y nada más. A lo sumo, se cree obligado á responder á la definición de Brunetière: «Un crítico es una zarza en un camino; á todos los carneros que pasan les quita un poco de lana.» ¿Y por qué se la ha de quitar?

No: el crítico necesita ser un hombre de creencias firmes, de voluntad de hierro, entusiasta y batallador, dispuesto á reñir por la Dulcinea de sus sueños todos los combates, y á des-

facer todos los entuertos y desaguisados con que tropiece por el mundo en sus andanzas caballerescas. No ha de creer por eso que su papel de crítico le obliga á censurar, á vapulear, á estar siempre con el palo alzado y el ceño adusto; criticar es juzgar, y el que juzga condena y absuelve, castiga y premia. Ni ha de tener tampoco la pretensión, porque ejerza el papel de juez, de ser él mismo infalible é impecable; el crítico se puede equivocar, y se equivoca muchas veces; el crítico puede cometer faltas, y las comete con relativa frecuencia; lo que hay que pedir al crítico es sinceridad, y que «*procure ser* en todo lo posible, ya que ha de reprender, irreprensible», aunque no siempre lo sea, y claro es que lo será cada vez menos, pues el ejercicio de la crítica afila y afina el juicio y lima y pule la expresión. Ni ha de tener la pretensión de que se le crea por su palabra, dejando de fundamentar racionalmente sus juicios; el juez dicta sus sentencias con resultandos y considerandos, que son los que dan autoridad á sus resoluciones.

Ese es otro de los defectos de nuestra crítica: se califica una obra de buena ó de mala sin fundamentar seriamente este juicio; y es que leen las obras por encima, cuando no se limitan á hojearlas, y se sale del paso de cualquier modo, si es que la obra en cuestión no sirve de pretexto para que el crítico se entretenga en exponernos sus ideas sobre el género, ó sobre la manera, ó sobre la historia del asunto tratado en el libro, cosas todas muy interesantes sin duda, pero que nadie en aquel momento tiene interés en saber.

Ahí está precisamente la clave para la solución del problema: el crítico, al examinar un libro ó al asistir á un estreno para dar cuenta de sus impresiones, debe preguntarse lisa y llanamente, poniéndose en el lugar del público: «Si yo fuera público, ¿qué pediría al crítico? ¿qué desearía yo que el crítico me dijera?» Y seguramente contestaría: «Pues pediría que me dijera en sustancia el contenido de la obra y que me diera su opinión motivada.» Eso, en efecto, es lo que pide el público al crítico, y eso es precisamente lo que el crítico no da sino en

raras ocasiones. Y de ahí la poca autoridad del crítico y el divorcio del crítico y el público.

Nos hacen falta críticos, sean del tipo de Clarín, como quiere Múgica, sean del de Revilla ó del de Faguet, aunque yo preferiría en los grandes diarios el crítico á lo Sarcey, un *causeur* agradable que nos contara con ingenuidad sus impresiones de hombre culto y competente, como pudiera contarlas á sus amigos de tertulia, fijándose no sólo en las líneas generales del argumento, sino en los pormenores de su desarrollo y de su ejecución, citando las frases salientes por su profundidad ó por su gracia, por su torpeza ó por su incorrección, para aplaudirlas ó censurarlas, haciendo comparaciones oportunas que nos permitieran saborear la originalidad de la obra, pero sin recargos de erudición y sin traer por los pelos materiales inadecuados de todas procedencias para lucimiento del crítico, pues ese lucimiento debe resultar del agrado con que se lea su crítica y de la satisfacción que el público encuentre en ella á sus legítimas aspiraciones.

HIGIENE

Por qué se envejece y por qué se muere.—Es verdad: no hay asunto más interesante ni más digno de preocupar á todas las clases sociales, pues á todas les afecta, ni hay otro, sin embargo, como dice en *L'Italia moderna* Dragonetti, que sea tratado con más ligereza. Consiste esto, probablemente, en el escepticismo que en estas materias existe, y en la equivocada creencia de que este problema, una vez planteado, debe resolverse, tarea nada fácil y que hace retroceder á muchos. No se trata aquí de una solución, sino de un estudio que nos permita darnos cuenta del estado actual de la cuestión, con arreglo á los últimos trabajos é investigaciones.

¿Se halla la especie humana en decadencia, ó no? No tenemos datos bastantes para afirmar rotundamente; las medidas

de higiene pública tomadas por los Gobiernos, los principios de higiene privada que poco á poco van penetrando en las capas sociales más refractarias, y las mejoras aportadas á las condiciones económicas de las clases inferiores, podrían hacernos creer con fundamento que la especie humana se halla en un período de evolución progresiva y beneficiosa; pero contra las deducciones precipitadas que pudiéramos hacer está el hecho de que contra las mejoras materiales obtenidas en el último veintenio las generaciones actuales tienen que sufrir las consecuencias de una educación higiénicamente defectuosa de las generaciones anteriores. ¿Quién puede asegurar que la neurastenia y la anemia, que tanto afligen á nuestra juventud, no sean consecuencia lejana, pero inexorable, del uso que entonces se hacía de la sangría, empleada como la panacea universal? Por el menor dolor de cabeza se acudía al flebótomo, y seguramente á él le debemos generaciones debilitadas y exangües por la sangría periódica, que no podían engendrar sino generaciones más débiles aún.

No estamos tampoco exentos hoy de estos entusiasmos maníacos por determinados medicamentos ó métodos curativos; hay medicaciones de moda, como hay enfermedades de moda. ¿Quién no recuerda lo que ha dado que hacer á los cirujanos la apendicitis? Hay en París, la ciudad que más se presta á estos modernismos, especialistas en apendicitis que podrían adornar las verjas de sus suntuosas casas de campo con los apéndices íleo-cecales extraídos á millares de pacientes, como los reyes de África adornan las empalizadas de sus aldeas con las cabezas de sus enemigos. Hoy, por fortuna, la chifladura va pasando, y ya puede uno preguntarse si el principio teórico que permite la extirpación del apéndice vermicular como órgano inútil y aun nocivo es realmente exacto, cosa muy dudosa por lo menos, pues si realmente fuera inútil, la naturaleza misma se habría encargado de suprimirlo por atrofia.

Dejando esto aparte, es indudable que hoy tenemos en la especie humana seres normales. Tomemos por modelo uno en

la plena posesión de su vigor físico y moral, exento de máculas hereditarias ó adquiridas, y en la feliz edad de veinte á veinticinco años. Obsérvese con el ojo del clínico ó con el del artista, que la dicha de vivir de que goza no es sino la resultante del perfecto equilibrio entre las funciones psíquicas y físicas de su organismo. Observadlo treinta años después, y no se le reconoce: su rostro está surcado de arrugas, su mirada apagada, sus cabellos caídos ó blancos, su boca desdentada, su andar vacilante y curvilíneo, sus movimientos pesados; hasta sus facultades intelectuales se hallan resentidas. Y este estado de decadencia es todavía más sensible y doloroso en la mujer, porque con él viene á perder los más esenciales atractivos de su sexo. Y no basta decir que eso es lo natural, pues es la suerte reservada á todo hombre. Según el Dr. Metchnikoff, el hombre debe gozar de la plenitud de sus fuerzas físicas y morales hasta el fin de su vida, y abandonarse luego con placer á la muerte, como quien se entrega al sueño tras un día de fatigosa labor.

Y la verdad es que mientras no lleguemos á este ideal, de poco nos sirven todos nuestros progresos, como decía un jefe de beduinos á los comisarios de la última Exposición universal de París; le habían hecho recorrer todas las salas y pabellones con todas las maravillas allí acumuladas, y al final le preguntaron qué le parecía.—Muy bien—respondió el beduino;—pero ¿habéis conseguido vencer la vejez y la muerte?—No—le contestaron.—Entonces, la distancia que nos separa no es tan grande.—Y tenía razón, como lo reconoció París entero cuando supo por el *Figaro* lo dicho por el beduino. El sarcasmo del salvaje visitante había escocido, y alguien se encargó de contestarle. Ese alguien ha sido Metchnikoff, el sabio profesor del Instituto Pasteur; sólo que esta vez la ciencia oficial parisiense ha dejado con los *Ensayos optimistas* de Metchnikoff bastante desilusionados á los que esperaban otra cosa del autor de *La inmunidad en las enfermedades infecciosas*.

En la lucha contra los agentes patógenos el organismo tie-

ne á su disposición, según Metchnikoff, dos especies de células llamadas fagocitas y macrófagas, las primeras ordinariamente móviles y las segundas fijas. La quimiotaxis positiva de estos leucocitos no puede explicarse sin el concurso de dos sustancias: una, llamada *fijador* por Metchnikoff, *sustancia sensibilizadora* por Bordet y *amboceptor* por Ehrlich, que es la que circula en el plasma de la sangre y de los demás humores; y otra, llamada por Metchnikoff *cytasis*, por Buchner *alexina* y por Ehrlich *complemento*, que no es más que un producto leucocitario. Es principio reconocido que hay constante relación entre el grado de fagocitosis y la producción del *fijador*, y gracias á este último fermento es como los fagocitos pueden apoderarse de las bacterias y destruirlas. El modo con que luego el organismo se desembaraza de los productos tóxicos eliminados por los microbios, de las toxinas, es menos conocido; pero la teoría de las cadenas laterales de Ehrlich da una explicación bastante ingeniosa y satisfactoria del fenómeno.

Ahora bien: según Metchnikoff, los elementos celulares, fagocitas y macrófagos, defensores naturales del organismo contra los agentes patógenos, se convierten, al llegar la vejez, en enemigos, y ellos son los que destruyen los elementos nobles, dando lugar á la formación del tejido conectivo, causa de la detención de los recambios orgánicos, que conduce fatalmente á la decadencia y á la muerte. La teoría es ingeniosa, pero no nos convence; es una simple hipótesis, no contrastada por rigurosas pruebas experimentales, y aun admitiéndola, presenta demasiadas contradicciones para ser aceptable; esa inversión de la función leucocitaria tiene menos importancia que la causa que la determina, y esa teoría envuelve una petición de principio, porque esa causa que se calla es la que precisamente querríamos conocer. Metchnikoff, que pretende que su teoría fagocitaria corresponde exactamente, *mutatis mutandis*, al ingenioso sistema de las cadenas laterales de Ehrlich, no reflexiona que, admitida la aplicación de su teoría á los fenómenos de la vejez, hay que abandonar la hipótesis de Ehr-

lich. Preconizar los sueros para volver á los leucocitos á su función normal, cuando no está plenamente demostrado que esa sea la verdadera causa de la decadencia del organismo, es forjarse ilusiones.

Cuando la fisiología, la biología y la higiene no sean patrimonio de los escogidos, y sus principios se hayan vulgarizado, se verá que el espíritu de sacrificio y de abnegación, la abstinencia de los placeres y la integridad de la vida constituyen virtudes, no sólo morales, sino sociales. Muchas instituciones que hoy se consideran desde puntos de vista completamente falsos serán entonces miradas conforme á los dictámenes de la razón y de la ciencia. Tal sucede, por ejemplo, con el matrimonio. Hoy no se atiende más que á la posición social de los esposos, sin parar mientes en su estado fisiológico, como si una sangre rica y sana no fuese un patrimonio más envidiable que el dinero. Entonces se reducirán á la mínima expresión las enfermedades y las vejeces. Y así se formará una nueva nobleza fundada en los caracteres fisiológicos de los ascendientes, por cuyas ramas no bajarán progenies de tuberculosos, neurastésicos ni epilépticos, sino seres normales, fuertes y libres.

¿Se llegará alguna vez á esta meta? Difícil es, pero no imposible. Esperémoslo, pues no hay por qué desesperar del progreso humano.

CRÍTICA

El Avemaría.—El mal gusto que, desde los más remotos tiempos, ha sido la característica de la literatura castellana eclesiástica y religiosa, mal gusto fustigado en *Fray Gerundio de Campazas* magistralmente, no se ha limitado á dejar su huella en los sermones más ó menos improvisados, en los libros piadosos que andan en manos de todas las devotas, en los novenarios que se rezan á vírgenes y á santos en todas las iglesias, sino que ha contaminado hasta las más hermosas y

sagradas oraciones, como hemos visto en el *Bendita sea tu pureza* y en el mismo *Padrenuestro*. Tal maña se dan los forjadores de rezos y traductores de plegarias para corromper el gusto, retorcer la frase, falsear el pensamiento y destrozar la lengua, que no sale de sus pecadoras plumas ni de sus huecas molleras ni la oración más sencilla bien librada.

Ahí tenemos como ejemplo el Avemaría. ¿Hay nada más sencillo, más natural, más claro que la salutación angélica, con su ingenuo naturalismo, con su limpieza de expresión? Pues hasta esa sencillísima oración, repetida miles de veces por millones de labios españoles de aquende y allende el Atlántico, la han vertido de tal modo del latín al castellano que han falseado su sentido con tal torpeza que, bien analizada, hasta resulta una herejía, no menor que las que hemos descubierto en nuestro análisis del *Bendita sea tu pureza*. Es un colmo, pero nada hay más exacto. ¿Se cree que nos corremos? Vamos á verlo.

El ángel de la Anunciación se aparece á la Virgen y la saluda diciéndola: *Ave*, *María*, *gratia plena*. ¿Cómo han traducido tan sencillo saludo en castellano? Del modo más disparatado posible: «Dios te salve, María, llena eres de gracia». ¿De dónde han sacado ese «Dios te salve», si en el latín no hay tal cosa, ni nada parecido? El latín dice *ave*, y en ese *ave* no se nombra á Dios ni hay para qué nombrarlo; *ave* no es *Dios te salve* ni cosa parecida; *ave* es una fórmula corriente de saludo, lo mismo que si dijéramos *buenos días* ó *buenas tardes*, ó *salud*, ó *que te vaya bien*, ó á lo sumo semejante á *Dios te guarde*, si á tanto se quiere llegar. Jamás, jamás *Dios te salve*. Así lo traducen perfectamente los franceses diciendo: *Je te salue*, *Marie*, «yo te saludo, María».

¡Dios te salve, María!, en boca del ángel, es herejía pura. ¿De qué ha de salvarse María? ¿En qué apuro tan grande se encuentra, qué grave pecado ha cometido para que tenga Dios que enviarla un ángel y decirla por su conducto: *Dios te salve*? ¿De qué se va á salvar? ¿Del pecado? ¡Herejía! La Virgen pu-

rísima, que ha sido elegida por Dios para ser depositaria de su divino Hijo en sus propias entrañas, no ha cometido jamás falta ni pecado ninguno, ni siquiera el pecado original; por eso es la Purísima, la Inmaculada, la siempre Virgen y siempre Santa y siempre Inocente Virgen María; hasta aquel pecado original, que mancilla toda existencia humana, como fruto imborrable de la herencia de la falta paradisíaca, y que la tradición cristiana, en su noble sed de ideal, se obstinaba en negar en la Virgen porque sólo así se podía comprender que llegara á ser Madre de Dios, fué borrado por el Concilio ecuménico del Vaticano, que proclamó el dogma de la Concepción inmaculada. Ni siquiera, pues, de ese pecado original tenía que salvarse la Virgen. Y siendo esto así, y no teniendo que salvarse de nada, ¿por qué los obispos españoles, la Iglesia española, autoriza que se diga y se repita por labios católicos ese incomprensible y herético *Dios te salve* que se pone en boca del ángel, y que estará muy bien aplicado á cualquier pecador, pero no á la sacratísima Virgen María, Madre del Redentor del mundo?

¿Por qué? Por la misma razón que me han dado los sacerdotes que han leído mi crítica del *Bendita sea tu pureza*, reconociendo que era acertada: porque no han pensado en ello. Pues hay que pensar, señores obispos; hay que pensar en lo que se dice y no autorizar expresiones ni dichos que, sobre ser incorrectos por la forma, contienen herejías como la encerrada en el Avemaría castellana. Hay que ir pensando en que el rebaño cristiano no se compone sólo de borregos de Panurgo, sino de otros borregos de Dios que saben hacer uso de la inteligencia que Dios les ha da dado y que quieren ponerla á su servicio *ad majorem Dei gloriam*, pensando con razón en que vale más un *Padrenuestro* dicho con conciencia de lo que se dice que un rosario entero mascullado sin sentido.

Y no vaya á decirse que antiguamente *salvar* y *saludar* eran la misma cosa, y que por eso no es extraño que, siendo tan añeja la fórmula, se emplee *salve* en lugar de *salud*. En

primer lugar, los orígenes latinos de ambas palabras son ya bien distintos, pues *salvar* viene de *salvare* y *saludar* de *salutare*. Podrá decirse en todo caso que estas palabras podían confundirse en el lenguaje hablado del vulgo en ciertas comarcas, en Andalucía, por ejemplo, en que la *d* intervocal tiende á desaparecer, y donde se decía y se dice *saluar* por *saludar*, y mucho más en el lenguaje escrito por la antigua confusión de la *u* y la *v* que daba por resultado escribir indistintamente ambas palabras por *salvar* ó por *saluar*. Pero aparte de que esto sólo ocurría y ocurre entre el vulgo iletrado, siempre quedaba á salvo, aun en ese mismo vulgo, la diferencia de sentido entre ambos verbos, y siempre resultaría sin explicación la introducción en la fórmula de Dios con el giro de *Dios te salve*. Quien saluda á la Virgen es el ángel, y no la dice *Dios te saluda* ni menos *Dios te salude*, que sería la única forma admisible por la caída de la *d* y la confusión de la *v* y la *u*, para llegar al *Dios te salve* actual (*salude* = *salue* = *salve*), sino que dice sencillamente *ave*, y lo dice por su cuenta, sin que haya modo de explicar, ya que es imposible mantener el desliz del traductor, ignorante de buena fe que habrá ganado sin duda el reino de los cielos, pero cuya ignorancia no podemos ni debemos compartir.

Siguiendo ahora con nuestro análisis, claro es que en oración tan pequeña no es poco encontrar el disparate del *Dios te salve;* pero aunque no tan graves, todavía se encuentran otras faltas, ya que no de fondo, de forma. Así el *gratia plena* del latín, natural y gracioso, lo traducen por ese arrastrado *llena eres de gracia*, capaz de sacar de quicio á quienquiera que sienta la belleza del lenguaje. ¿Qué falta hace el *eres*, que crispa los nervios y que trasciende á galicismo inaguantable? ¿No bastaba con decir lisa y llanamente, como dice el latín, *llena de gracia*? ¿No estaría mucho mejor que el herético y arrastrado *Dios te salve, María, llena eres de gracia,* un *Ave, María, llena de gracia*? Entre uno y otro giro hay la distancia del saludo grosero de un palurdo á la delicada salutación de un ángel.

Es también muy extraño que diciendo el latín *benedicta tu in mulieribus* y *benedictus fructus ventris tui*, sin emplear en ninguno de ambos casos el auxiliar, el mal traductor castellano, pareciéndole sin duda oscura la frase, echó mano del auxiliar, y en un caso metió un *eres*, «bendita tú *eres* entre todas las mujeres» (lo de *todas* es una añadidura de tan mal gusto como las otras), y en otro un *sea* «bendito *sea* el fruto de tu vientre», sin que acierte uno á explicarse por qué el primero se halla en indicativo y el segundo en subjuntivo. Si la Virgen *es* bendita, ¿por qué el fruto de su vientre no *es* también bendito? Y si el ángel en un caso se limita á expresar su deseo de que el fruto *sea* bendito, ¿por qué no desea también lo mismo tratándose de la Virgen? ¿Es porque la Virgen existe ya, y por consiguiente de ella puede afirmarse que *es* bendita, mientras que el fruto de su vientre no existe todavía, y por lo tanto no puede decirse de él que *es*, y hay que contentarse con desear que *sea*? No, pues eso sería otra herejía. El Hijo de Dios lo es según el Credo *ante omnia sæcula*, antes de todos los siglos, y un ángel, el ángel escogido por Dios para anunciar á la Virgen que va á ser madre, no puede ignorarlo; no hay motivo para el empleo del optativo, que sería poco respetuoso é inadecuado; y una de dos: ó se suprime el verbo auxiliar, como hace el latín «bendita entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre», ó hay que emplear el indicativo como expresión categórica de una afirmación eterna é indubitable «bendita *eres* entre las mujeres y bendito *es* el fruto de tu vientre»; nada de *sea*, que implica una optación, algo puramente subjetivo que puede ser ó no ser, no una afirmación rotunda como la requiere el caso (1).

(1) Escrito lo anterior, me aseguran y compruebo que hay muchas personas que dicen, como debe decirse, *bendita eres* y *bendito es*, siendo esta la forma adoptada por el Catecismo de Ripalda. Mucho lo celebro; pero á mí me han enseñado, y seguramente como á mí á muchos otros, la fórmula de *bendita eres* y *bendito sea*, y como á mí me gusta, hasta cuando rezo, darme cuenta de lo que digo, y meditar el sentido de las expresio-

Del resto de la oración «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros», etc., nada tenemos que decir. Está perfectamente, y nada se perdería con que á esa sola parte se redujera toda la plegaria, pues es la que tiene carácter de oración. Pero en todo caso, si se quiere conservar como piadoso recuerdo la salutación del ángel, déjese intacta la forma latina, despojada de las adiciones y alteraciones que la han desfigurado, y dígase así: «Ave, María, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre». A bien poca cosa se reduce materialmente la reforma, y sin embargo, con eso solo queda limpia la oración de todas sus incorrecciones de fondo y forma. ¿No vale la pena, señores sacerdotes, de dedicar algunos momentos de meditación á este trabajo de limpieza y pulimento, ya que tantas horas se dedican á otras meditaciones menos hondas y menos dignas de nuestra atención que la oración más conocida y repetida en todo el mundo cristiano? Los dogmas son inmutables é intangibles; pero estas menudencias no son dogmas.

HISTORIA

La espuma del centenario del alzamiento de Madrid contra los franceses.—La celebración del primer centenario de nuestra gloriosa epopeya de la Independencia nos ha cogido en un estado de ánimo poco á propósito para el caso: la ruda lección de nuestro último desastre colonial *parece* haber-

nes, y desentrañar su alcance, cada vez que tropezaba con el *Dios te salve* ó con el *bendito sea* del Avemaría, ó con el *venga á nos el tu reino* del Padrenuestro, ó con otros disparates semejantes de otras oraciones, me quedaba cortado, sin acertar á pasar adelante, teniendo que saltar al latín, ó al francés, ó al alemán, dejando la fórmula castellana para salvar el escollo y no quedarme atascado en el bache de la mala traducción. Estas reflexiones me han sugerido estos artículos, y si con ellos contribuyo á que se piense en lo que se dice por quienes tienen obligación de pensar para que corrijan los defectos que apunto, habré logrado mi propósito.

nos lanzado desde la cumbre de las más lisonjeras ilusiones al abismo del más tremendo desengaño. El que sólo juzgue por la superficie, diría que hemos sustituído á nuestra antigua leyenda de valor otra leyenda de cobardía, ó por lo menos de temor y de descreimiento. Nada, sin embargo, más falso. Esta nación española es hoy la misma que ayer, la misma que llegaba á constituir el más poderoso imperio de los tiempos bárbaros, para caer destrozada ante las huestes de Tarik; la misma que se alzaba luego en Covadonga, y paso á paso, con tenacidad incomparable, iba reconquistando el suelo patrio hasta arrojar á Boabdil de Granada; la misma que parecía exánime y desesperada en los tiempos de Enrique IV y de Beltrán de la Cueva, para mostrarse vigorosa y unida á los pocos años en el reinado de los Reyes Católicos; la misma que en la época del desdichado Carlos II parecía aniquilada, y que poco después sostenía empeñada guerra civil, saliendo de ella briosa y exuberante; la misma que en los tiempos de Carlos IV parecía entregada al servilismo y á la degradación, contentándose con pan y toros, y que se levanta como un solo hombre, más que contra sus equivocados invasores, contra sus reyes imbéciles y sus ministros ignorantes. Obsérvese con cuidado, y se verá repetido constantemente el mismo hecho; cuando la nación y los gobiernos ó los reyes van al unísono, todo son glorias y prosperidades; cuando los reyes ó los gobiernos no aciertan á encarnar el alma nacional, todo son desastres y miserias. Y cuando esos desastres llegan al colmo, entonces es cuando el pueblo español, harto de sufrir, toma las riendas por sí mismo, y en Covadonga ó en los campos de Avila, en 1808 ó en 1868, lanza á la patria por nuevos derroteros, y produce el milagroso espectáculo de una resurrección jamás sospechada.

Mucho se ha escrito en prosa y en verso en este mes de Mayo de 1908, y mucho se ha divagado en revistas y periódicos sobre el carácter de nuestro alzamiento contra las tropas de Murat. Casi todo lo escrito han sido artículos y poesías de encargo, género de pacotilla en el que á veces se tropieza con

alguna cosa buena, pero que en general carece de inspiración y de nervio. Yo, sin encargo de nadie, he querido contribuir también por mi parte á la celebración del glorioso aniversario, y descolgando mi olvidada lira, la he quitado el polvo, he templado sus ya viejas, pero vigorosas cuerdas, y he osado escribir, pidiendo perdón á los manes de Bernardo López García por mi atrevimiento, unas décimas, en las que tengo la pretensión de haber dado la nota justa que correspondía al actual momento histórico. Las escribí el mismo día 2 de Mayo, y he querido reservarlas para los lectores de La España Moderna que me favorecen con su atención. Helas aquí:

¡HONRA Á LOS HÉROES!

(En el primer centenario del alzamiento del pueblo de Madrid el 2 de Mayo de 1808.)

Un siglo ha pasado entero
y aún siento mi pecho hervir...
¡Dichoso aquel que al morir
salva á su patria primero!
Mostrar con mi canto quiero,
más que el odio al invasor
que puso su pie traidor
en España, el heroísmo
con que supo el patriotismo
volver á España su honor.

—

Ved las nutridas legiones
del Corso avanzar traidoras:
son las huestes vencedoras
de cien soberbias naciones.
Al tronar de sus cañones,
al gritar de su balumba,
todo el mundo se derrumba,
y hasta los cuerpos ya fríos
sienten los escalofríos
del miedo en su eterna tumba.

—

Son del gran Napoleón
las legiones indomables,
cortesanas insaciables
á sueldo de la ambición.
A la rugiente explosión
de su indómita pujanza,
han perdido la esperanza
las más potentes naciones,
hechas trizas y girones
por la punta de su lanza.

—

Creyeron que los blasones
de España empañar podrían,
que al águila ceñirían
nuestros preciados florones...
¡Qué error! ¡Antes en montones
de escombros se convirtiera!...
¡Antes España se hundiera
en los abismos del mar,
que su suelo tolerar
presa de garra extranjera!

—

¿Cómo olvidar pudo Francia
que la nación que invadía
era, sin contar Pavía,
la de Sagunto y Numancia?
¿Y aquella perseverancia
con que ocho siglos enteros
batallaron los iberos?
¿No la consigna la historia?
¿Quién, pues, teniendo memoria,
osa ultrajar nuestros fueros?

—

A España no se la humilla.
De su gloria el eco zumba
de Covadonga hasta Otumba,
en Aragón y en Castilla.

No hay en su historia mancilla
que empañe su clara gloria,
y bendita su memoria
desde un polo al otro polo
ha de ser, cuando sin dolo
llegue á escribirse la historia.

—

Se puede á veces pensar,
viéndonos llenos de lodo,
que España lo aguanta todo
con mansedumbre ejemplar.
Quien tal llegue á imaginar
seguramente se engaña:
por los Gobiernos de España
no se juzgue al español,
que si es nuestro sol su sol,
su alma á la nuestra es extraña.

—

España podrá tener
gobiernos malos ó buenos,
siempre de buenos los menos
porque así tiene que ser;
pues siempre ha de suceder
que el hombre honrado se calla,
y el sinvergüenza batalla
por mandar y prosperar,
hasta que, harto de aguantar,
el hombre de bien estalla.

—

Ni antes en el Real Palacio,
ni hoy en el ruin Parlamento,
está de España el aliento,
ahogado en aquel espacio.
Por eso habrá que ir despacio
para de España juzgar.
¿Quién habrá de imaginar
por el silencio de arriba

que España conserva viva
la herida de Gibraltar?

—

Nadie escuche al charlatán
que afirma ser hecho cierto
que en España todo ha muerto,
con hipócrita ademán.
Y al que pusiere su afán
en propagar su egoísmo
con disfraz de pesimismo,
decidle que es un cobarde
y que en sus venas no arde
ni un rayo de españolismo.

—

Decidle que abra la historia
por Enrique el Impotente...
No hay nada más deprimente
de España para la gloria.
Mas siga haciendo memoria
y verá que la nación,
que era del mundo irrisión,
sienta en su regio dosel
á Fernando y á Isabel,
y es del mundo admiración.

—

Se suele á España juzgar
por lo que hacen sus gobiernos,
por esos actos externos
que el alma suelen velar.
Quien oro quiera sacar
no eche cobre en el crisol:
nos alumbra el mismo sol,
nos rigen las mismas leyes,
mas la historia de sus reyes
no es la del pueblo español.

—

España se ha de buscar,
buscando de buena fe,

no en las mesas del café,
sino en torno del hogar.
No en el vender y el comprar,
sí en el querer y el sentir;
no al gozar, sino al sufrir;
no á oscuras ni con farol,
sino á la luz de ese sol
que hace nuestra sangre hervir.

—

Si así el gran Napoleón
buscado entonces hubiera,
¡cuán distinta suerte fuera
la de una y otra nación!
¡Qué magnífica ocasión
de rescatar Gibraltar,
de hacernos dueños del mar
y abrir al mundo latino
campo para el gran destino
que le ha tocado llenar!

—

Lejos de eso, un inaudito
salteador de naciones,
confiado en sus legiones,
nunca de triunfos ahíto,
sin escuchar otro grito
que el de su inicua ambición,
con sus tropas á traición
invade á España, creyendo
que su rey tan dócil siendo,
será como él la Nación.

—

Desarmada España está,
pero ¡no importa! Sin oro
se halla su exhausto tesoro...
¡No importa, no! ¡Qué más da!
Y de España el rey se va,
y el hambre el ánimo acorta...

Y á pesar de todo, aborta
el plan de Napoleón
al grito de una nación
que sabe decir: «¡No importa!»

—

El invasor asesina
españoles indefensos,
incendia campos extensos,
templos y casas arruina.
Mas ¡ah! por donde camina
no es de cobardes la tierra,
y en los llanos y en la sierra,
objetos de torpe ojeo,
á su grito de ¡saqueo!
responde un grito de ¡guerra'

—

Y por cada roja gota
vertida en sangrienta lid,
grande como la del Cid
un alma española brota.
Y cuando todo se agota
nunca el ánimo flaquea,
y se sigue en la pelea
hasta morir ó vencer,
seguros de que ha de ser...
lo que Dios quiera que sea.

—

En el águila atrevida
que á los inermes desgarra
el león hinca su garra
y el águila cae vencida.
Jugando siempre su vida
y andando á paso triunfal
de Bailén á San Marcial,
escribe España en su historia
nuevas páginas de gloria
que hacen su nombre inmortal.

—

Aprendido hemos después
que España ganado hubiera
siendo menos altanera
y aceptando al rey francés.
Pero España es como es,
y si en trance igual nos vemos,
lo mismo otra vez haremos.
¡Hurra por aquellos bravos!
¡A costa de ser esclavos
ni aun ser felices queremos!

—

¡Honra al heroico varón,
militar, fraile, paisano,
campesino ó ciudadano,
de Castilla ó de Aragón,
que contra Napoleón
dió su sangre generosa,
sin pensar en otra cosa
que en morir, antes que ver
á su patria esclava ser
aunque fuera más dichosa!

—

¡Gloria á la heroica mujer,
aristócrata ó villana,
que en la lucha sobrehumana
que hubimos de sostener
supo sus miedos vencer;
y en vez de gimotear,
y al hombre desalentar,
á su lado se batió,
y por su patria murió
con heroísmo ejemplar!

—

¡Gloria á esa masa española
de héroes sin nombre plantel,
que á flote puso el bajel
do el rojo y gualda tremola!

Luzca la doble aureola
del martir y el vencedor;
pues igual es el honor
de triunfar que el de morir,
si á la patria hay que servir
por deber y por amor!

—

En el hazañoso alarde
con que empezó la campaña
perdió para siempre España
á Daoiz y Velarde.
Símbolos de alma en que arde
la llama del patriotismo,
rayana en el quijotismo,
son y han sido desde entonces,
y no hay mármoles ni bronces
para ensalzar su heroísmo.

—

En la fecha aniversaria
de aquel día memorable,
sólo el patriotismo hable
rezando santa plegaria;
y de Granada suntuaria
con su muslímico sayo,
á la cumbre del Moncayo,
sólo se oigan estos gritos:
«¡Benditos, siempre benditos,
los héroes del dos de Mayo!»

FERNANDO ARAUJO

Madrid, 2 de Mayo de 1908.

BIOLOGÍA

EL SECRETO DE LOS SEXOS.—Cuestión es esta que siempre ha preocupado á todo el mundo. ¿Será hijo ó hija lo que nazca? ¿Es preferible el varón ó la hembra? El emperador de Alemania, Guillermo II, está muy orgulloso con sus seis varones; en

cambio el zar está desconsolado con sus cuatro hijas. El doctor Romme se alegraría mucho de poder indicar un medio en *La Revue*, de París, para que cada familia pudiera poblar su nido á su gusto; pero no queriendo actuar de charlatán, reconoce que la naturaleza guarda todavía su secreto.

¿Puede decirse, sin embargo, que sea el azar el único factor para la resolución del problema? No; hay hechos que permiten establecer una regla, una ley quizá que gobierna en esta materia á la humanidad. Lint la ha formulado, diciendo que «de los dos padres, el más débil es el que hace el hijo á su imagen». Esta regla se halla en contradicción con la opinión corriente, que atribuye el sexo del niño al cónyuge más fuerte y vigoroso. Veamos los fundamentos en que se apoya.

Con regularidad casi matemática se encuentran en todos os países 100 varones por cada 105 ó 106 hembras. Sólo la guerra modifica esta proporción, siendo hecho constante que durante una guerra y después de ella los nacimientos de varones superan á los de hembras; así se ha comprobado en las guerras napoleónicas y en la franco-prusiana; entre las tribus guerreras se produce el mismo fenómeno, siendo allí mayor el número de hombres que el de mujeres. Este hecho se explica perfectamente por la ley de Lint: mientras los hombres jóvenes y robustos marchan á la guerra, los inválidos, los viejos y los achacosos son los encargados de perpetuar la especie; son los más débiles, y por eso nacen más varones. Reconocido el hecho, puede explicarse como resultado del trabajo de la naturaleza en favor de la especie; el débil, que es el varón en esos casos, es el llamado á desaparecer; si no se lo sustituyera con otro varón, el equilibrio se rompería y la especie correría grave riesgo de desaparecer.

Se ha observado también, por otra parte, que cuando un hombre gastado se casa con una joven, el matrimonio sólo tiene hijos, ó por lo menos tiene más hijos que hijas, ocurriendo lo contrario cuando la esposa tiene mucha más edad que el marido. Véase cualquier estadística, la de Sadler, por ejemplo,

y se verá la prueba de este aserto. Por cada 1.000 hijas se encuentran:

865 varones cuando el padre es más joven que la madre.
948 íd. cuando son de la misma edad.
1.037 íd. cuando el padre tiene de uno á seis años más.
1.267 íd. cuando el padre tiene de seis á once años más.
1.474 íd. cuando el padre tiene de once á diez y seis años más.
1.632 íd. cuando el padre tiene más de diez y seis años que la madre.

Según Hofacker, cuando el padre tiene más de diez y ocho años que la madre, hay 200 niños por cada 100 niñas. La misma Biblia confirma el hecho: las hijas de Loth concibieron cada una un hijo de su padre; Abraham tenía ochenta y seis años cuando Agar le dió á Ismael; y Noé, á los quinientos años, tenía tres hijos: Sem, Cam y Jafet. La vejez coloca á uno de los esposos en estado de inferioridad física, y la Naturaleza se encarga de reemplazarlo por estar destinado á desaparecer primero. Cuando una mujer, dando de mamar á su hijo, vuelve á quedar en cinta, generalmente produce hembras, porque el parto y la lactancia la debilitan y se halla en estado de inferioridad física respecto á su marido. Una práctica, conocida de todos los ganaderos, viene también en apoyo de estos hechos: cuando quieren tener una ternera sangran á la vaca, y cuando desean un becerro al toro; la sangría debilita, y lo nacido es del sexo del debilitado por la sangría. El sociólogo Tarde había hecho ya notar que en las uniones ilegítimas el primogénito suele ser una niña, cosa natural, si se piensa en que la mujer en esos casos, además de ser muy joven, se halla trabajada por la resistencia opuesta á su seductor. El Dr. Billon por su parte cita un hecho muy sugestivo para el caso: en Egipto una tribu capturó unos cientos de mujeres; durante el trayecto quedaron en cinta 482, y dieron á luz 403 niñas y sólo 79 niños.

Se podrá quizá objetar que en un matrimonio en que los esposos tienen la misma edad y son igualmente vigorosos, los

hijos son tantos como las hijas. Ese hecho no va contra la ley de Lint; pues una enfermedad pasajera, disgustos, cuidados, cualquier suceso que pueda quebrantar la salud de uno de los esposos, puede bastar á determinar su inferioridad en un momento dado y á explicar el resultado que se obtenga, según los casos. El Dr. Romme cita dos hechos concretos, referidos por el Dr. Quintard, que no pueden ser más terminantes: el de una señora que había tenido cinco hijas seguidas, y al sexto parto dió á luz un hijo, y el de un oficial, que nunca tenía más que hijas, á pesar de su empeño de tener un hijo, hasta que al fin logró tenerlo; la señora no se explicaba el caso; pero resultó que su marido se había debilitado por una bronquitis rebelde; en cuanto al oficial, sólo había tenido hijas, porque llevado de la creencia vulgar, hacia todo lo necesario para robustecerse, y era un verdadero atleta; desalentado ya, abandonó sus ejercicios, vejetó disgustado por no tener hijos, y entonces tuvo un varón, cuando menos podía pensarlo.

Si tuviéramos, pues, una balanza que permitiera pesar exactamente los elementos que constituyen el estado de salud y de vigor de cada esposo, podría predecirse con certeza si el esperado fruto será varón ó hembra. Pero no tenemos esa balanza ni es fácil llegar á tenerla, por la complejidad de elementos que entran en lo que se llama salud y robustez, elementos que se mezclan y se confunden unos con otros, complicando de tal modo el problema que le hacen de solución imposible. Basta, y no es poco, la indicación general que puede desprenderse de la ley de Lint. ¿Para qué más? ¿Quién sabe lo que podría resultar el día que supiéramos á ciencia cierta el sexo de cada uno de nuestros descendientes? Cuando la Naturaleza ó Dios se ha reservado con tanto empeño la solución del misterioso problema, sin dejarnos entrever más que allá á lo lejos, por un rasgón del tupido velo, la imagen confusa de algo que se parece á esa solución, fuerza es que nos conformemos con no saber más, sin perjuicio de seguir trabajando por saberlo, pues ese es el destino del hombre.

IMPRESIONES Y NOTAS

Las Enciclopedias.—En un artículo tan curioso como suelen ser todos los suyos, trata *Alrededor del Mundo* de las más famosas Enciclopedias, antiguas y modernas, desde la *Historia natural* de Plinio, que á pesar de su título viene á ser una verdadera enciclopedia, hasta el *Diccionario enciclopédico hispano-americano* de Barcelona. Cita al efecto, además de la obra de Plinio, el *Espejo historial, natural, doctrinal y moral* del dominico Vicente Beuvais, escrito por encargo de San Luis en el siglo XIII; la *Enciclopedia dividida en siete tomos,* de Alster, en 1680; la famosa *Enciclopedia* por antonomasia, de Diderot y d'Alembert, de 1751-76, síntesis del espíritu innovador del siglo XVIII é incubadora de la Revolución francesa, y obra que con sus 28 tomos sirvió de modelo á todas las de su género, que luego no han hecho más que ensanchar el cuadro de aquella magna empresa; la *Enciclopedia metódica* francesa de 1782, en 154 tomos; la *Enciclopedia moderna* (París, 1824-32); la *Enciclopedia de los hombres de mundo* (París, 1831-44); el *Diccionario* de Larousse, obra maestra del género de todos conocida, y la *Grande Enciclopedia* de Berthelot, verdadero monumento del género.

Al lado de esta producción francesa, genial y original, propulsora del movimiento enciclopédico, aparece la producción inglesa con la famosa *Enciclopedia Británica* de 1771, dirigida por el escocés Smellie, de la que se han hecho nueve ediciones, cada vez más perfeccionadas; la *Enciclopedia para el pueblo*, de Chamber, en diez tomos, que pasa por la mejor enciclopedia inglesa. Los alemanes han adoptado el tipo del *Diccionario de la Conversación*, de Brockhaus, en 1812, que ha llegado á su 14.ª edición de 17 volúmenes, y al que ha hecho con éxito la competencia el *Diccionario de la Conversación*, de Meyer, cuyas ediciones se renuevan con regularidad cada diez

años para tenerlas al corriente de todos los hechos y adelantos. Los yankis, por su parte, han querido también tener su enciclopedia, siendo su primer tentativa la del desterrado alemán Lieber, en 1839, seguida de la *Americana Ciclopedia*, de Appleton, y de la *Enciclopedia internacional*, de Rodd.

En España, cosa que no debe extrañarnos tratándose de españoles, dice el articulista que falta una enciclopedia de la talla de las enumeradas, redactada por personas de autoridad reconocida é ilustrada con grabados absolutamente originales, detalle al que da gran importancia, citando únicamente el *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, sin recordar que España es uno de los países que más derechos tienen al reconocimiento del mundo culto en esta materia, pues después de la *Historia natural* de Plinio, á la que no estaría demás agregar las *Historias* de Herodoto, verdadera enciclopedia de su tiempo, ningún libro ha igualado en la Edad Media al de las *Etimologías*, de nuestro sabio obispo de Sevilla San Isidoro. Y viniendo á los tiempos modernos, apenas España salió de los ahogos de la guerra de la Independencia y de sus primeras luchas intestinas, cuando apareció el *Diccionario enciclopédico* de Mellado, que con todas sus deficiencias no hace mal papel al lado de sus similares, y que representa un esfuerzo colosal de las letras españolas en tiempos tan difíciles como los que entonces atravesaba España.

***

LAS MUJERES DE LOS AUTORES DRAMÁTICOS EN LOS ESTRENOS DE SUS MARIDOS.—La deliciosa Revista parisién *Femina* ha tenido la buena ocurrencia de abrir una información entre las esposas de los autores dramáticos para saber cuáles eran sus impresiones en los estrenos de obras de sus maridos.

La señora de Sardou dice que á causa de su salud no sabe nunca dos horas antes si podrá siquiera asistir al ensayo general. El día del de *L'Affaire des Poisons*, al bajar en el ascensor fué presa de dolores tan violentos, que tuvo que volverse atrás.

«¿Era la emoción? ¿los nervios? No sé...» Tampoco ha podido asistir á ninguna de las representaciones de *Madame Sans-Gêne*, reestrenado por la Réjane. Durante la representación de *La Sorcière* se vió acometida de dolores que la obligaron á dejar el palco, pudiéndose creer que la emoción era la que le obligaba á salir. Cada nueva pieza es para ella fuente de nuevas emociones, y no se acuerda cuál fué la mayor. ¡Ha tenido tantas!

La señora de Mauricio Donnay dice que las noches de ensayo general y de estreno el espectáculo no está para ella en la escena, sino en la sala; sus ojos se fijan en los espectadores, tratando de leer en las miradas la impresión producida, y así se da cuenta del efecto causado por la pieza.

La señora de Pedro Decourcelle, interrogada sobre su trac, respondió: «¿Trac? Cada vez lo tengo mayor... y ya no sé. Por ejemplo, en el ensayo general de los *Deux Gosses*, no me he dado cuenta del efecto producido, y sin embargo fué grande. Mi impresión puede resumirse así: si la pieza precedente ha tenido éxito, temo un fracaso para la siguiente; pero si ha sido un fracaso, temo otro.»

La marquesa de Flers, hija de Sardou, dice que como ha conocido desde pequeña las emociones de los ensayos y de los estrenos, las siente ahora con menor intensidad. Nunca ha tenido mucho miedo en los estrenos de su padre ni de su marido. Pero ahora su pequeño Francisco ha compuesto para su Guignol una piececita titulada *El Arca de Noé*, que debe representarse bajo su dirección en presencia de sus amiguitos, y esta vez... tiene miedo... de tener miedo.

La señora de Caillavet, el colaborador del marqués de Flers, dice así: «¿Me pregunta usted si tengo miedo los días de ensayo general? ¡Ya lo creo! Todo el mundo tiene miedo en la sala esos días. Unos tienen miedo de que la pieza no tenga éxito, y otros tienen miedo de que lo tenga. No hay más remedio que meterse en una de esas dos categorías.»

La señora de Catulo Mendes, en cambio, tiene tal fe en su

marido, que las noches de ensayo general lo son para ella de placer. Piensa que es imposible que el público no se entusiasme. Las noches de ensayo general está más tranquila porque el público está más advertido; las noches de estreno está impaciente cuando ve que el público no se siente conmovido cuando ella lo desea.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La derogabilità del diritto naturale nella scolastica, pel prof. Alessandro Bonucci. Perugia, 1906. Un vol. de 292 págs., 5 liras.

Se trata de una tesis de *laurea*, ó digamos de doctorado; pero hecha con una madurez, una discreción, una sobriedad y tal abundancia de doctrina y erudición, que difícilmente la podrán sobrepujar, por ninguno de estos respectos, los trabajos de muchos hombres envejecidos en el estudio.

Yo he leído pocos libros de su índole que me hayan satisfecho tanto como éste; aun cuando es de suponer que éntre por gran parte en este efecto el que, desconociendo yo directamente la casi totalidad de las obras medioevales á que se refiere Bonucci, la lectura de la suya me ha mostrado en toda su extensión un campo para mí antes poco menos que desconocido del todo, y que, sin embargo, me interesa por demás. No obstante, se advierte bien—pues aquí como en todo hay señales claras para formular diagnósticos—que se las há uno con una monografía construída con gran solidez y á golpe continuado de investigación directa. Para la historia de la filosofía en general, y muy singularmente para la de la filosofía jurídica y política, ofrece, á mis ojos, un valor verdadero. Recorriendo sus páginas, se entera uno de cuáles fueron los problemas fundamentales de índole jurídica que atormentaron el espíritu de los teólogos, filósofos y juristas de la época del escolasticismo, con suficiente indicación de sus predecesores y de los motivos y causas principales á que esa preocupación respondía. Con libros así se da uno cuenta de cómo los problemas contemporáneos no son, en gran parte, sino productos

que se vienen madurando desde anteriores épocas, con las cuales se entroncan y en donde hunden su raigambre; si bien, á veces, la diversidad de nombres dados á los términos con que se plantearon antes y se plantean ahora nos hace creer en una diferencia sustancial.

Otra cosa buena tiene este libro. Su autor, que á juzgar por una frase que se lee en algún sitio (p. 184), no comulga con los ideales de los teólogos católicos y escolásticos de la Edad Media (son los que principalmente estudia, como queda dicho), no sólo conoce al por menor las enseñanzas y teorías de los mismos, sino que las expone y juzga con serenidad y hasta cariño notables.

Yo no tendría que oponer al libro de que se trata sino un reparo, bien pequeño en verdad, que no afecta sino á un detalle externo de su factura: es que echo de menos en él un buen índice detallado, tanto de materias como de autores; este último, sobre todo, ahora, dado que nos las habemos con una obra de historia de la filosofía, más indicado tal vez que nunca.

Dei motivi determinanti il reato. Studio pel Dott. Pietro Capoferro. Messina, 1907. Folleto de 161 págs., 2,50 liras.

El asunto es del mayor interés, y cada día más. Pero el modo de tratarlo no me parece que corresponde á él. Aunque el libro se hubiera quedado inédito, nadie, ni el autor mismo—un principiante, pero que principia mal,—hubiera tenido por qué lamentarlo. No son trabajos de estos los que aportan el consabido grano de arena.

La crisi della scienza, per Achille Loria. Torino, Fratelli Bocca, editori, 1908. Folleto de 40 págs., una lira.

Es el discurso inaugural del curso de 1907 á 1908 en la Universidad de Turín. El profesor de ésta, el eminente economista y sociólogo A. Loria, se ocupa en él del actual estado

de la ciencia. Y si no parece creer en la bancarrosa de ésta, que tanto han jaleado otros con gran complacencia, ni siquiera hace á la misma ninguna alusión, sin embargo, fácilmente se advierte, por la lectura del trabajo, que el estado de espíritu de su autor no es de gran entusiasmo, si no llega hasta un escéptico desaliento, con relación al valor de la ciencia contemporánea. Me ha hecho la impresión de que preferiría á ésta la continuación de la que dominaba hace treinta años.

La ciencia de hace treinta años tenía, en efecto, según el autor, estos tres principales caracteres: era *objetiva*, *universal* y *positiva*. En cambio, la de hoy tiene precisamente los contrarios y es esencialmente *antiobjetiva, asintética* y *antipositiva*. Loria aduce varios ejemplos en apoyo de su tesis. No creo fuera difícil aducir otros que los contradigan. Y sobre todo, lo que menos me convence es la causa á la que el profesor italiano quiere atribuir el fenómeno: yo me atrevería á calificar el respectivo razonamiento de demasiado simplicista. Consiste sustancialmente en decir que la ciencia de hace treinta años era la que correspondía al período optimista del progreso industrial y de los perfeccionamientos técnicos, mientras que la ciencia presente corresponde al período de disgregación que ha traído la preponderancia del factor hombre y el desarrollo de los problemas que á los trabajadores manuales se refieren.

P. Dorado

ÍNDICE

	Págs.
Recuerdos, por José Echegaray	5
Asociación mental, por Anselmo Fuentes	16
José de Espronceda y Delgado, por José Cascales y Muñoz	27
España fuera de España, por E. Bertaux	49
El pensamiento de Espronceda, por Adolfo Bonilla y San Martín	69
Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi	102
El suplicio del silencio (novela), por Federico Spielhagen	129
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	157
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	166
Notas bibliográficas, por P. Dorado	203

CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, Fomento, núm. 7, bajo.—Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología oriminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología oriminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.— Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval. — María Stuardo, 6 ptas.

Molins. — Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).— Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.— Mi juventud, 3 pesetas.— Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner. — Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.— Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta. —Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.— Gautier, 1 peseta.— Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas. —La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero. — Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas. —El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée. — Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba. — Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo. — La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

AP
60
E8
año 20
no.232-34

La España moderna
1908

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY